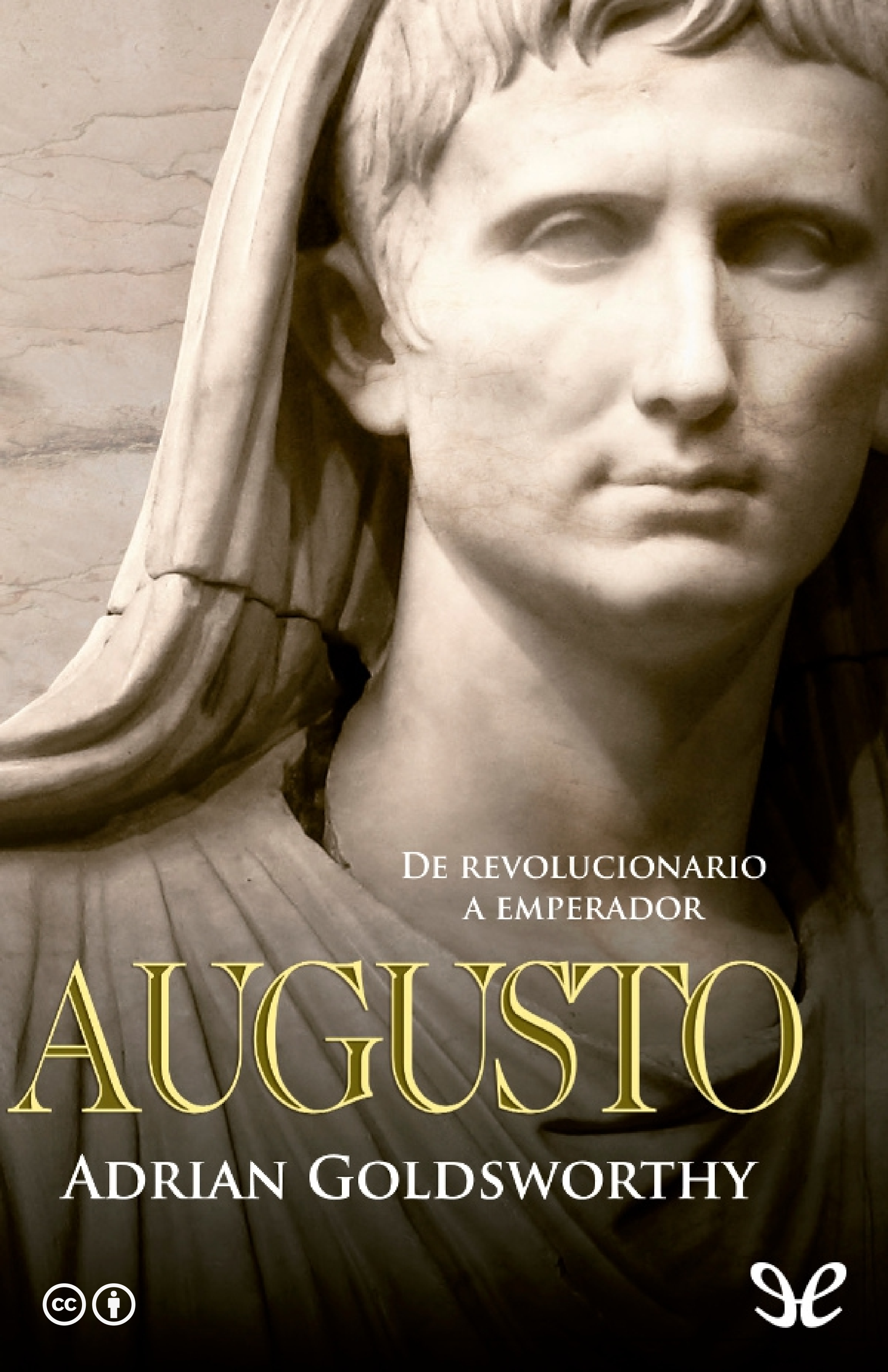

De revolucionario
a emperador
AUGUSTO
Adrian Goldsworthy

Idus de marzo del año 44 a. C., Julio César fue asesinado a los pies de la estatua de Pompeyo. En ese momento, Octavio no era más que un oscuro adolescente recién adoptado por el primer hombre de Roma. Ante el magnicidio, dio un paso al frente y se proclamó su legítimo heredero y sucesor. Nadie le tomó en serio, sin embargo, en pocos meses formó un ejército y consiguió alzarse como uno de los tres hombres más poderosos del momento con Marco Antonio y Lépido. Durante la década siguiente se fue consolidando mientras Marco Antonio fracasaba en Oriente y caía en los brazos de Cleopatra. Octavio, confiado en sus fuerzas, atacó a su viejo aliado y le venció. En el 31 a. C., ya sin rivales, se convirtió en el primer emperador acabando para siempre con la República. Y así, Octavio pasó a llamarse Augusto y Roma se transformó en un imperio. Consumado manipulador, propagandista y con gran dominio de la teatralidad, Augusto podía ser impulsivo y emocional, despiadado y generoso. De la familia y los amigos esperaba que representaran los papeles que les había asignado, por eso exilió a su hija y su nieto cuando no se ajustaron al guion. Fue el suyo un gobierno repleto de contradicciones por lo que su personalidad resulta difícil de aprehender. En esta nueva biografía, Adrian Goldsworthy como ya hiciese para abordar la figura de Julio César, se apoya exclusivamente en las fuentes antiguas para tratar en detalle la existencia del emperador y dar nueva luz sobre el hombre y su época.



Adrian Goldsworthy

AUGUSTO

De revolucionario a emperador

ePub r1.1
quimeras 10.02.18

Título original: *Augustus. From Revolutionary to Emperor*
Adrian Goldsworthy, 2014
Traducción: José Miguel Parra
Editor digital: quimeras
ePub base r1.2









LISTA DE MAPAS

AGRADECIMIENTOS

Gran parte de las ideas de este libro se han ido desarrollando a lo largo de muchos años. Al final de mi primer año en Oxford, allá por 1988, cursé una asignatura sobre la Roma augustea maravillosamente impartida por mi tutor, Nicholas Purcell, que fue el primero en ponerme en contacto con el voluminoso *A topographical dictionary of ancient Rome* (1929), de Platner y Ashby. En los años siguientes hubo conferencias, seminarios y tutorías impartidas por gente como Alan Bowman, Miriam Griffin, Fergus Millar, Barbara Lewick, Andrew Lintott y David Stockton, todos los cuales ayudaron a dar forma a mi conocimiento del mundo antiguo y de Augusto y su época en particular. Las obras de estos autores aparecen en las notas finales de este libro, y también debo reconocer mi deuda con otros muchos especialistas cuyos libros y artículos he consultado.

De una forma más concreta, debo agradecer a quienes me han ayudado durante la escritura de esta biografía. Philip Matyszak es un amigo de aquellos años en Oxford cuyas ideas sobre los entresijos del Senado romano siempre han resultado inspiradoras. Una vez más le ha robado tiempo a sus propios escritos para leerse el manuscrito y ofrecerme muchos comentarios útiles. Del mismo modo, Ian Hughes le echó un vistazo a una gran parte del libro y me proporcionó comentarios donde se entremezclaban su conocimiento de la historia con el atento ojo del corrector de pruebas. Kevin Powell se leyó todo el libro con su habitual cuidado para el detalle y su habilidad para no perder de vista el conjunto. Otra gran amiga, Dorothy King, escuchó muchas

de mis ideas según se fueron desarrollando, realizando siempre comentarios profundos e ingeniosos, además de ayudarme proporcionándome algunas de las ilustraciones. También debo darle las gracias a mi madre, por sus habilidades como correctora de pruebas, y a mi esposa por echarle un vistazo a algunas secciones. Tanto ellos como el resto de la familia y amigos han tenido que compartir sus vidas con Augusto durante los últimos años, y me siento muy agradecido por su apoyo.

Como siempre, he de agradecerle a mi agente, Georgina Capel, el haber creado las circunstancias propicias que me permitieron tomarme el tiempo necesario para escribir este libro de forma adecuada, además de por su infatigable entusiasmo por el proyecto. También debo darles las gracias a mis editores, Alan Samson en el Reino Unido y Christopher Rogers en los Estados Unidos, y a sus equipos, por crear un libro tan atractivo.

Por último, tengo contraída una gran deuda con David Breeze por crear los árboles genealógicos del libro. Inspirándose en los cuadros que aparecen en M. Cooley (ed.), *The age of Augustus. Lactor 17* (2003), no solo sugirió la idea de incluir genealogías más específicas referidas a la familia en diferentes momentos, sino que se tomó grandes molestias en crearlas para mí. Las relaciones familiares de los parientes de Augusto y sus coetáneos son complejas en extremo, pero estos diagramas casi consiguen que parezcan sencillas.

INTRODUCCIÓN

Se dio el caso de que en aquellos días salió un edicto de César Augusto para que se empadronara todo el orbe.
Este empadronamiento fue el primero durante el mandato de Quirinio en Siria. Todos se encaminaban para empadronarse, cada cual en su ciudad.

SAN LUCAS, *Evangelio*, finales del siglo I d. C.[1]

Esta breve mención en la historia de la Navidad debió de ser la primera vez que escuché hablar de Augusto y, por más que resulte difícil ser preciso con unos recuerdos tan lejanos, yo debía de ser muy joven. Como la mayoría de la gente que escucha o lee esas palabras, dudo que pensara mucho en ellas, solo posteriormente creció mi amor por la historia y desarrollé una peculiar fascinación por todo lo relacionado con la antigua Roma. No se puede estudiar la historia de Roma sin encontrarse con Augusto y su legado. Fue el primer emperador, el hombre que finalmente reemplazó una República que había perdurado durante casi medio milenio por una velada monarquía. El sistema por él creado le dio al Imperio cerca de doscientos cincuenta años de estabilidad, durante los cuales fue más grande y próspero que en ningún otro momento de su historia. En el siglo III d. C. se enfrentó a décadas de crisis y solo sobrevivió tras una amplia reforma; pero, incluso entonces, los emperadores «romanos» que gobernaron desde Constantinopla hasta el siglo XV se consideraron los legítimos sucesores del poder y la autoridad de Augusto.

Incuestionablemente importante, su historia resulta a la vez intensamente dramática. Cuando le hablo a mis alumnos sobre Augusto siempre me detengo para recordarles que todavía no tenía diecinueve años cuando se lanzó a la extremadamente violenta política de Roma, de modo que casi siempre era el más joven de la clase. A menudo no resulta sencillo acordarse de esto cuando se narra lo que hizo, abriéndose camino de forma hábil y carente de escrúpulos por entre las cambiantes alianzas de esos años de guerra civil. Sobrino nieto del asesinado Julio César, quien en su testamento lo convirtió en su principal heredero y le dio su nombre, que Augusto adoptó para señalar su adopción completa. En Roma se suponía que el poder no se heredaba, pero armado con este nombre reunió a los seguidores del fallecido dictador y proclamó su intención de asumir todos los cargos y estatus de su padre. Y eso es lo que seguidamente consiguió, con todas las probabilidades en contra y enfrentándose a rivales mucho más experimentados. Marco Antonio fue el último de ellos, y ya estaba derrotado y muerto en el 30 a. C. El joven y mortífero caudillo de las guerras civiles consiguió a continuación reinventarse a sí mismo como el amado guardián del Estado, adoptó el nombre de Augusto con sus connotaciones religiosas y terminó siendo apodado «padre de la patria», una figura inclusiva más que divisora. Ostentó el poder supremo durante cuarenta y cuatro años —un período de tiempo muy largo para cualquier monarca— y, cuando falleció de viejo, no cupieron dudas de que sería su sucesor designado quien lo seguiría en el cargo.

Sin embargo, a pesar de su notable biografía y su profunda influencia en la historia de un imperio que dio forma a la cultura del mundo occidental, César Augusto ha desaparecido de la conciencia general. Para la mayoría de la gente es un nombre mencionado en las misas navideñas o las funciones de Navidad en los colegios, y nada más que eso. Casi nadie se para a pensar que el mes de julio recibe su nombre de Julio César, pero sospecho que

todavía son menos aquellos conscientes de que agosto se llama así por Augusto. Julio César es famoso, al igual que Antonio y Cleopatra, Nerón y Alejandro Magno, Aníbal, quizá Adriano y unos pocos filósofos; pero Augusto no. Uno de los motivos es que Shakespeare nunca escribió una obra de teatro sobre él, quizá porque hay poca tragedia en un hombre que vive hasta edad provecta y muere en su cama. Aparece como Octavio en *Julio César* y como César en *Antonio y Cleopatra*; pero en ninguna de estas obras su personaje resulta especialmente atractivo, al contrario que Bruto, Antonio… e incluso protagonistas menores como Ehenobarbo. Su destino es actuar principalmente como antítesis de Antonio, de modo que aparece como alguien débil e incluso cobarde, pero al mismo tiempo frío y manipulador, cuando aquel es valiente, intensamente físico, sencillo y apasionado. El contraste ya se aprecia en las fuentes clásicas y hunde sus raíces en la guerra propagandística que tuvo lugar en esa época, el cual no ha hecho sino volverse más pronunciado en los modernos tratamientos de la historia —no hay más que pensar en la glacial interpretación, con apenas unos toques de sadismo, de Roddy McDowall en la famosa superproducción de 1963 *Cleopatra*.[2]

Calculador, astuto y completamente despiadado, un Augusto así hace que la audiencia simpatice con Antonio y Cleopatra, consiguiendo de este modo que sus muertes sean más trágicas, porque en el fondo esas historias tratan de ellos. Ninguna obra de teatro, película o novela en la que aparezca Augusto como elemento central ha capturado nunca la imaginación popular. En la novela de Robert Graves *Yo, Claudio* —y en la maravillosa dramatización de la misma realizada por la BBC, que es tanto o más conocida— no vuelve a ser sino un miembro destacado del elenco de secundarios. Este tratamiento es mucho más favorable y representa un papel diferente como el simple, emotivo —y ocasionalmente amenazador— anciano que se ve superado en as-

tucia por Livia, su manipuladora y mortífera esposa. Se trata de historias apasionantes y entretenidas; pero que no permiten comprender por qué Augusto fue tan importante, haciendo que resulte difícil establecer la relación entre el joven intrigante y el anciano emperador del que a menudo se burlan.

En la vida de Augusto hay mucho más, un «más» que está lejos de resultar aburrido. Uno de los principales peligros es el de asumir la inexorabilidad de su triunfo, ya sea debido a su genio para la política o —y se trata de una visión antigua— a las tendencias generales que hacían de la creación de la monarquía en Roma poco más que una cuestión de tiempo. La longevidad de Augusto sorprendió a todos, tanto como su éxito, sobre todo durante los primeros años. En la mayoría de las ocasiones, el amante del riesgo resulta más evidente que el planificador cuidadoso. Augusto corrió riesgos, sobre todo durante las guerras civiles, y no todos ellos pagaron sus réditos. Había en él más de Julio César de lo que a veces se ha pensado, en especial su habilidad para salir con bien de los problemas en los que él mismo se había metido. Tampoco existen pruebas reales de que existiera un plan cuidadosamente elaborado desde antiguo para crear su nuevo régimen; la imagen que aparece es, más bien, la de improvisación y experimentación, que terminó creando el sistema mediante prueba y error, con acontecimientos fortuitos que tenían un peso tan grande como la planificación. La imagen del frío manipulador se desvanece con igual rapidez cuando observamos al hombre que luchó, en muchas ocasiones saliendo derrotado, por controlar sus pasiones e irascibilidad. Es el Augusto que tuvo un *affaire* con la casada y embarazada Livia, obligó a su marido a divorciarse de ella y luego hizo que este presidiera la boda apenas unos días después de que ella hubiera dado a luz. Es un episodio que uno esperaría más de Antonio… y quizá todavía más de Nerón, bisnieto de Marco Antonio y la hermana de Augusto.

Junto a las pasiones había una gran cantidad de salvajismo. Augusto, Antonio y su compañero triunviro Lépido fueron los tres culpables de asesinatos en masa, sobre todo durante las proscripciones: «Todos estos, entonces, deben morir. Sus nombres quedan anotados», según la versión de Shakespeare, pero también en otras muchas ocasiones. Que el resto de caudillos de la época no se comportara mejor no los absuelve de semejante crueldad. A veces resulta difícil querer al joven Augusto, a pesar de la morigeración de su vida posterior. De hecho, la lucha por reconciliar dos personalidades en apariencia tan diferentes ha preocupado a la mayoría de sus biógrafos modernos. A menudo, la solución consiste en dividir su vida en dos. Su ascenso inicial hasta la victoria de Accio de inmediato se presta a la narración, repleta como está de batallas e intrigas, así como de personajes tan conocidos como Cicerón, Bruto, Sexto Pompeyo y Cleopatra. Seguidamente, muchos biógrafos saltan a sus años finales y se centran en la supuesta intriga que rodeó la elección de sus sucesores. No es una coincidencia que estas dos diferentes historias reflejen los temas escogidos, respectivamente, por Shakespeare y Graves. Otros autores, sobre todo los del mundo académico, por lo general, suelen terminar su narración en el 30 a. C. y se ocupan del resto de su vida mediante temas más generales, como, por ejemplo: «Augusto y el Senado», «Augusto y las provincias» o «Augusto y la religión».[3]

La biografía no tiene muchos seguidores en el mundo académico, a pesar de —o quizá en parte debido a— su inmenso atractivo para los lectores más generales. Escribí mi biografía de Julio César, porque ningunos de los libros más recientes sobre él resultaban completamente satisfactorios, pues carecían de detalle o solo cubrían un aspecto de su vida. Todos se dedicaban bien a su carrera política, bien a la militar, pero nunca a ambas a la vez; una diferenciación que habría desconcertado a los romanos. Mientras trabajaba en ese libro supe que un día tendría que escri-

bir uno similar sobre Augusto, porque nadie ha escrito todavía la obra que él se merece. Hay buenos tratamientos de aspectos concretos de su vida y algunas excelentes visiones generales, pero nada que trate su vida con verdadero detalle. La principal debilidad del punto de vista temático es que el hombre tiende a perderse en discusiones sobre política, ideas o la imaginería utilizada por el régimen. Con demasiada rapidez se vuelve tan inconexo como los saltos desde el joven Augusto hasta el anciano, con lo cual se pierde todo el sentido de cómo uno se convirtió en el otro. Al igual que con *Caesar: the life of a colossus* (*César: la biografía definitiva*, publicado por esta misma editorial), el objetivo es escribir como si se tratara de la biografía de un estadista moderno, planteando las mismas preguntas, por más que nuestras fuentes hagan difícil responderlas, e intentando comprender tanto como sea posible al hombre verdadero.[4]

EL CAMBIANTE ROSTRO DE UN EMPERADOR

No obstante, el verdadero Augusto resulta muy difícil de aprehender, en gran parte porque se tomó muchas molestias para reinventarse a sí mismo a lo largo de toda su vida. A mediados del siglo IV d. C., el emperador Juliano —quien recientemente se había apoderado por la fuerza del título de augusto tras varios años como césar en el sistema imperial de entonces— escribió una sátira en la que imaginaba un banquete con el que los dioses daban la bienvenida a los deificados emperadores romanos. Augusto aparece, pero descrito como una figura extraña e innatural, que cambia constantemente de color para confundirse con lo que le rodea, como un camaleón. Solo cuando es instruido por la filosofía se convierte en un gobernante bueno y sabio.[5]

Augusto era consciente de su imagen pública, pero en esa época todos los políticos romanos sacaban a relucir sus méritos y los de sus familias a la menor oportunidad. Marco Antonio sigue teniendo una reputación de general experimentado y capaz que tiene mucho más que ver con su propia propaganda que con sus

habilidades y experiencia militar. La gran diferencia con Augusto es que este tuvo mucho más tiempo para desarrollar y difundir su mensaje, así como unos recursos mucho más amplios que nadie. Se conservan más imágenes de Augusto que de ninguna otra persona del mundo antiguo. Tras Accio, incluso se incrementa la dificultad para conseguir traspasar esa fachada y llegar a comprender al hombre real. A pesar de ello poseemos muchas historias sobre su vida y sus hábitos domésticos, un montón de anécdotas sobre incidentes acontecidos en su día a día e incluso un compendio de chistes contados por él o que lo tenían a él de protagonista. Hay mucho más material de este tipo sobre Augusto que sobre Julio César o casi sobre ninguna otra figura de la historia de Roma. No obstante, hemos de mostrarnos prudentes, pues estos momentos aparentemente «naturales» son también oportunidades para actuar, y la vida pública en Roma era muy teatral. Los políticos romanos vivían sus vidas en público y Augusto en concreto quería aparecer como un modelo de comportamiento moderado, tanto en su vida privada como cuando llevaba a cabo sus deberes oficiales. Poco hay sobre él que sea por completo como parece.

Quizá debamos comenzar con el problema básico de cómo llamarlo, pues incluso el mismo Shakespeare utiliza un nombre diferente en cada una de sus obras. Nacido Cayo Octavio, al convertirse en el heredero de Julio César adoptó su nombre y se convirtió en Cayo Julio César. Al cual podría haber añadido Octaviano como recordatorio de su —bastante oscura— familia verdadera; pero, intencionadamente, decidió no hacerlo y solo sus enemigos lo llamaron Octaviano. Con el paso de los años modificó su nombre, deshaciéndose del primero de ellos, Cayo, sustituyéndolo por el muy poco ortodoxo de Emperador, es decir, general victorioso o generalísimo. Tras la deificación de Julio César se convirtió en el hijo del divino Julio y, por último, en el 27 a. C. se le concedió el nombre de Augusto gracias al voto del

Senado y el pueblo romano, al que sin duda se había tenido la precaución de hacerle saber que eso le encantaría.

De modo que tenemos un hombre con tres nombres muy característicos en tres momentos de su vida y con bastantes variaciones en la forma y el detalle de los tres. La convención moderna es llamarlo Octaviano hasta el 27 a. C. y después Augusto, evitando por completo el nombre de César y con ello el riesgo de confundirlo con Julio César. Por más claro que parezca, resulta muy engañoso y ayuda a reforzar la falsa división entre el triunviro manchado de sangre y el distinguido estadista y gobernante. Los nombres tenían mucha importancia en el mundo romano… y también en la actualidad, pues no hay más que pensar en la perdurabilidad de césar, káiser o zar como título de poder. Marco Antonio tildaba al joven Augusto de «un niño que se lo debe todo a su nombre», precisamente porque ser llamado César dio al adolescente una importancia que no podría haber conseguido de ningún otro modo. Por eso, Augusto nunca se llamó a sí mismo Octaviano, y si nosotros lo llamamos así en vez de César, eso hará más difícil comprender los acontecimientos de esos años. Es importante saber cómo se llamaba a sí mismo en cada etapa de su vida, de modo que en los capítulos siguientes me referiré a él de ese modo, y las secciones del libro están organizadas en consecuencia. El dictador siempre será llamado Julio César y si en alguna parte del libro aparece mencionado César, me estaré refiriendo a Augusto.

No solo su nombre resulta problemático. *Imperator* es la palabra latina de donde procede nuestro «emperador», pero en la época de Augusto no tenía ese significado. Él se llamaba a sí mismo *princeps*, que significa el «primer» ciudadano, y así es como los romanos se referían a él. Si lo llamamos emperador estamos imponiendo a su régimen un concepto diferente, uno nacido de la perspectiva histórica y del conocimiento que poseemos hoy de que Roma se terminaría convirtiendo en una monarquía durante

muchos siglos. Por tanto, excepto en la Introducción y la Conclusión nunca me referiré a él como emperador, aunque sí utilizaré el término para sus sucesores. Del mismo modo, me referiré al régimen creado por él no como el Imperio —dado que la República también poseía un imperio en ultramar—, sino como el principado, un término conocido por los especialistas, pero raras veces utilizado fuera del ámbito académico.

Otra palabra difícil con orígenes latinos es precisamente «república», que proviene de *res publica*, «la cosa pública». Así se referían los romanos a su Estado, pero sin la definición institucional específica que posee nuestra palabra «república». Es un término demasiado útil como para prescindir de él por completo, porque si no ¿cómo podríamos referirnos de forma sencilla al sistema político que gobernó Roma durante tanto tiempo antes de que se desmoronara en el siglo I a. C.? A pesar de ello, he intentado evitar la moderna tendencia a referirse a los oponentes de Julio César y los triunviros como «republicanos», puesto que eso supondría imponer una falsa coherencia a lo que en realidad eran grupos dispares con un amplio espectro de actitudes y objetivos. El término también otorga una legitimidad que muchos no merecen; del mismo modo que utilizar el nombre «Octaviano» otorga una victoria póstuma a Marco Antonio. (Existen límites en esta búsqueda de precisión y he utilizado «julio» y «agosto» antes de que estos nombres fueran introducidos en el calendario, puesto que pocos lectores estarán familiarizados con los meses de *quintilis* y *sextilis*).

Durante la exposición me esforzaré por ser independiente, una afirmación que puede resultar extraña cuando hablamos de conflictos y disputas con dos mil años de antigüedad; pero la historia es rápida a la hora de sacar a relucir las emociones, algo a lo que ni el más sobrio y serio de los especialistas es inmune. Julio César ha atraído a menudo sin par adulación y amargos odios, algo que resulta casi igual de cierto para Augusto, quien durante

todo el siglo XIX y después fue ampliamente alabado por haber sanado una rota República, dando a los romanos paz, estabilidad y prosperidad actuando como un benevolente monarca. En una época en la que reyes e imperios aún predominaban en Europa y gran parte del mundo, semejante interpretación se producía con facilidad. Esto cambiaría durante el siglo XX, cuando el mundo se convulsionaba y las antiguas certezas se desvanecían, siendo el estudio más influyente sobre Augusto el magistral libro de *sir* Ronald Syme, *La revolución romana*, publicado por primera vez justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Deliberadamente provocativo en su deseo de no dar por supuesto que el auge de Augusto fue algo bueno, utilizó de forma innovadora el naciente campo de la prosopografía —el estudio de las familias y relaciones entre la aristocracia— y presentó la época como la del auge de un líder y su facción, que suplantaron a la antigua elite. Detrás de todo ello se encontraba el fantasma de los dictadores contemporáneos; sobre todo Mussolini, quien en una consciente emulación del *dux* Augusto se hacía llamar *il duce* y llamaba a sus seguidores «fascistas», a partir del símbolo de las fasces, el fardo de varas que rodeaban una segur e indicaban el poder de un magistrado romano. Hoy día, el lector tenderá más a pensar en la llegada al poder del más siniestro nacionalsocialismo de Alemania o en el control totalitario de Stalin.[6]

El mundo moderno ha aprendido a mostrarse muy suspicaz con los dictadores, sean del espectro político que sean, y está mucho menos dispuesto a perdonar la mortífera naturaleza del acceso de Augusto al poder como justificada por la paz que terminó creando. No obstante, hemos de mostrarnos cuidadosos de no pintar el pasado blanco o negro, o de asumir de forma automática que todos los dictadores o imperios, de hecho todos los Estados, son iguales. Augusto mató a un montón de personas, pero en modo alguno infligió al mundo una miseria como la de un Hitler o un Stalin y, como siempre, hemos de entender su

comportamiento en el contexto de su época. En su disposición a matar a sus enemigos no fue peor o mejor que los demás caudillos que aparecieron por entonces. Julio César fue diferente, pues perdonó a Bruto, a Casio y a varios más de los hombres que posteriormente lo apuñalarían hasta matarlo; circunstancia que Augusto, Antonio y Lépido mencionaron al colgar las mortales listas de sus enemigos.

No ser tan malo como Hitler no es lo que se dice un refrendo de campanillas, y decir que alguien no fue tan malo como sus rivales solo es un poco mejor; pero ser conscientes de que un líder exitoso era imperfecto no debe hacernos olvidar los defectos de sus rivales. Syme era un historiador demasiado bueno como para caer en esta trampa, si bien se mostró extremadamente generoso en sus juicios sobre Antonio y deliberadamente severo en sus comentarios sobre los seguidores de Augusto, sobre todo la mayoría procedente de fuera de la aristocracia establecida. También era consciente de que las conexiones familiares entre la elite de Roma eran complicadas, pero que no dictaban alianzas por sí mismas, pues estas podían cambiar rápidamente o depender de otras muchas consideraciones. A pesar de tener casi tres cuartos de siglos de antigüedad, *La revolución romana* —combinada con la considerablemente amplia producción científica de Syme y su influencia en otros historiadores— continúa marcando el tono de gran parte del debate en torno a Augusto y su época, sobre todo entre los especialistas del mundo anglosajón. Ha habido muchos nuevos puntos de vista y cambios de énfasis, pero, en general, se han dirigido a temas o detalles concretos. No ha vuelto a haber un estudio general de la época que haya tenido una influencia parecida, de modo que en muchos sentidos la época —tal cual la estudié yo como alumno y tal cual la he enseñado después como profesor— sigue estando definida por la percepción que se tenía de ella a mediados del siglo XX.

La inevitable estructuración de la enseñanza formal siempre supone el riesgo de distorsionar el pasado. Los cursos sobre el final de la República tienden a terminar con Julio César. La época augustea suele empezar en Accio y, o bien se mantiene aparte o se transforma en un estudio del principado, mientras que los años del triunvirato, 44-31 a. C., reciben poca o ninguna atención, lo cual ayuda a reforzar la distinción entre Octaviano y Augusto. Más raramente, Augusto y su carrera son considerados como una continuación de la República, por lo que la atención recae entonces en las aparentes diferencias. Augusto no sabía que estaba creando un nuevo sistema que duraría siglos y estudiarlo de ese modo exagera el cambio entre la República y el principado, que en la época fue ciertamente mucho menos evidente. También favorece el uso moderno de términos como «república» y «republicanismo», además de poder extenderse hasta el punto de retratar una oposición senatorial que supuestamente obligó a Augusto a esconder la realidad de su poder tras una fachada republicana.

Las actitudes respecto a Julio César también dan forma a nuestra percepción de su sucesor. El dictador fue asesinado porque ostentaba el poder supremo permanente, mientras que Augusto consiguió el suyo y sobrevivió hasta la ancianidad. La lógica natural de la mayoría de los historiadores es, por lo tanto, que Augusto debió de comportarse de un modo fundamentalmente diferente al de su «padre», dulcificando y ocultando su poder allí donde el primero lo utilizó de forma abierta. La idea subyacente refuerza la renuencia a llamar a Augusto con el nombre de César en los textos modernos. Como veremos, muchos estudiosos siguen a Syme y llegan aún más lejos, afirmando que, una vez hubo derrotado a Antonio y se convirtió en el dueño del Estado, Augusto se distanció de forma deliberada de Julio César el hombre, como opuesto al divino Julio.

La idea es conveniente, pues de un solo vistazo explica sus distintos destinos y se repite una y otra vez, por lo que es una lástima que no exista ninguna prueba que la sostenga. En primer lugar, la comparación tiene puntos débiles, porque procede inevitablemente de la situación de Julio César a finales del 45 a. C. y de Augusto tras Accio. Nadie parece darse cuenta de que el primero acababa de conseguir la victoria en una guerra civil librada con gran esfuerzo y que durante los últimos cinco años de su vida había pasado muy poco tiempo en Roma. A pesar de toda su energía, existían límites a lo que Julio César pudo conseguir durante ese tan corto y frecuentemente interrumpido período de supremacía. En cambio, para cuando derrotó a Antonio, Augusto había mantenido sin trabas el poder como triunviro durante más de una década; período la mayor parte en el que estuvo en Roma e Italia sin ninguno de sus colegas. Empezar después de Accio supone ignorar esos largos años durante los cuales consolidó su control mediante una combinación de fuerza y el ascenso de hombres leales a su persona. Esos años también hicieron menguar las filas de las viejas familias aristocráticas, y no se puede decir que el fracaso de Bruto y Casio inspirara a otros a seguir sus pasos. Por tanto, la asunción de que igual que Julio César se enfrentó —sin conseguir aplacar— a la resistencia de una tenaz opinión senatorial tradicionalista, Augusto hubo de enfrentarse y derrotar a una oposición similar carece de fundamento. Sus situaciones difieren en demasiados aspectos. Realmente no existen pruebas convincentes de esa oposición senatorial a Augusto tan querida por muchos historiadores modernos. De hecho, los académicos han demostrado una lealtad mucho más profunda por el sistema republicano de la que nunca mostró la aristocracia de Roma. Una mirada más de cerca revela muchas menos diferencias entre Julio César y César Augusto.

Merece la pena alejarse de los abundantes debates académicos acumulados durante generaciones en un esfuerzo por contar de

nuevo la historia de Augusto. Esto no es una historia de la época, sino una biografía, y por tanto, si bien se tratan las cuestiones generales, nuestra atención se fija en el propio Augusto. Es importante conocer dónde estaba —y si es posible qué estaba haciendo— en cada momento de su vida. De este modo queda de relieve la cantidad de tiempo que pasó viajando por Italia o las provincias, algo que pocos de sus sucesores elegirían hacer, hasta Adriano en el siglo II d. C. También pone de relieve la importante carga de trabajo que mantuvo incluso cuando ya era anciano. Su carrera se basó en algo más que meras reformas y legislación, apoyándose en una atención al detalle y una conducta mantenida día a día que pueden difuminarse con mucha rapidez en estudios apresurados de lo que hizo y logró. Los cambios que ocurrieron, ya fueran institucionales, sociales y económicos, o la mera transformación de la propia Roma y del Imperio, asumen su verdadera importancia si conseguimos apreciar el ritmo al que tuvieron lugar.

Este es un libro largo, que con facilidad podía haber tenido el doble o el triple de extensión. He intentado mostrar pinceladas del impacto de Augusto en Italia y en el Imperio, de tal modo que no nos limitemos a mirar al destino de las familias aristocráticas de Roma; pero las limitaciones de espacio impiden la inclusión de más detalles. Se podrían escribir libros enteros sobre esta cuestión y sobre muchos de los temas tratados de pasada; hay algo profundamente frustrante en resumir la *Eneida* de Virgilio en un par de páginas o apenas tener la posibilidad de hablar sobre Ovidio y otros poetas. Una de las grandes alegrías de escribir este libro ha sido la posibilidad de volver a leer la poesía y otra literatura de la época, en muchos casos por primera vez desde que era estudiante. Me he esforzado por mostrar estas cosas sin perder de vista la figura central de Augusto, pues el libro trata sobre él. Para aquellos cuyo interés se sienta espoleado por el hombre y

su época están las notas y una larga bibliografía, que le darán acceso a la verdaderamente amplia literatura sobre estas cuestiones.

CONTAR LA HISTORIA: LAS FUENTES PARA LA VIDA DE AUGUSTO

Solo ha sobrevivido hasta nosotros una ínfima parte de la literatura, los documentos oficiales y la correspondencia privada del mundo romano. Era una época anterior a las imprentas, cuando todo tenía que ser copiado a mano; lo cual, además de ser laborioso, y por tanto caro, corría el riesgo de ir introduciendo un número cada vez mayor de errores. Muchas cosas se han perdido, porque nadie se tomó la molestia de realizar suficientes copias. Muchas más desaparecieron con el colapso del Imperio romano y el paso a un mundo donde la alfabetización era muchos menos habitual y había menos de la riqueza necesaria para promover la copia de libros. En la Edad Media, la Iglesia preservó algunos textos antiguos, pero fue selectiva en su elección y seguidamente esa selección sufrió sustanciales pérdidas posteriores debido al fuego, los accidentes y la negligencia. Esto significa que hay mucho que no podemos saber del mundo antiguo y que a cada momento hemos de sopesar la probabilidad estar lidiando con fuentes parciales y a menudo contradictorias.

Las narraciones más completas de esos años fueron escritas mucho después de los acontecimientos. Apiano, cuyas *Guerras civiles* alcanzan hasta la derrota de Sexto Pompeyo en el 36 a. C., escribió a principios del siglo II d. C. Dion Casio, cuya historia cubre todo el período con el mayor detalle y de la que solo faltan unos fragmentos referidos a la vida de Augusto, escribió a principios del siglo III. Ambos eran griegos —si bien Dion Casio fue también senador e importante magistrado romano— y escribieron en su lengua, lo que en ocasiones vuelve difícil estar seguro de las palabras latinas que estaban traduciendo. Ambos escribieron en una época en la cual el principado estaba firmemente

asentado y el gobierno de los emperadores era algo ordinario, de modo que tienen tendencia a transferir las actitudes de su propia época a los períodos anteriores. Veleyo Patérculo comenzó su carrera pública bajo Augusto, y su breve narración tiene la ventaja de haber sido escrita mucho más próxima a los acontecimientos, pero tiene el problema de su decidida adulación al emperador Tiberio. Estas son las narraciones más completas que poseemos, y ninguna lo cubre todo, lo que a veces obliga a recurrir a fuentes posteriores como Floro u Orosio, sobre todo para los acontecimientos en las provincias y en la frontera. Si bien son mejores que nada, estas fuentes han de ser utilizadas con la mayor de las precauciones. El historiador Livio fue coetáneo, pero de los libros correspondientes de su narración, que llegaba hasta el 9 a. C., solo se conservan resúmenes compilados en una fecha muy posterior.

Hasta su ejecución por orden de Augusto, Antonio y Lépido en el 43 a. C., las cartas y discursos de Cicerón nos proporcionan descripciones inmediatas y muy detalladas —si bien evidentemente muy partidistas— de los acontecimientos. Resultan tremendamente fascinantes, porque incluyen cartas dirigidas a él por otras personas, así como los a menudo infundados rumores que circulaban en esas desesperadas fechas, los cuales podían tener tanta influencia en las acciones de alguien como la verdad. Desgraciadamente, solo contamos con algunas de las obras de Cicerón, pues sabemos de la existencia de otras, incluida más correspondencia entre el orador y Augusto, que estuvieron disponibles para los autores grecolatinos, pero que se han perdido desde entonces.

La propia autobiografía de Augusto llegaba hasta el año 25 a. C., pero no ha sobrevivido; si bien parte de la información de la misma se conserva en la corta biografía escrita por su coetáneo Nicolás de Damasco. Tenemos *Las obras del divino Augusto (Res gestae)*, un texto preparado durante los últimos años de su vida y

expuesto en el exterior de su mausoleo —y copiado por todas partes— tras su muerte. Se trata sobre todo de un listado de sus logros y honores, con lo cual nos proporciona lo que él quería fuera el registro oficial de sus éxitos. Más completa, y mucho más personal, es la biografía escrita por Suetonio a finales del siglo I y comienzos del II d. C. Basada claramente en un conjunto de fuentes, algunas muy hostiles a Augusto y lo más probable originadas en la guerra propagandística de los años 44-30 a. C., nos proporciona una mina de información. Especialmente interesantes son los extractos de las cartas particulares escritas a miembros de su familia, algunos de los cuales aparecen también en sus biografías de Tiberio y Claudio. Más frustrante resulta la ausencia de una fecha concreta u otros puntos de referencia para muchos de los incidentes que relata.

Otras fuentes proporcionan fragmentos de material comparable. Hay algunos en las *Vidas* de Cicerón y Marco Antonio escritas por Plutarco, así como en sus otros escritos, que son de unas fechas similares a la de Suetonio y Apiano. Tácito fue su contemporáneo y un importante senador romano, pero no se ocupa de Augusto en sus obras históricas y solo de forma indirecta incluye información sobre él. Tanto Séneca el Viejo como el Joven, que estuvieron activos poco antes del siglo I a. C., nos proporcionan algunos detalles fascinantes. Muy posterior, pero basado claramente en fuentes anteriores, Macrobio, escritor de comienzos del siglo V a. C., nos proporciona la colección de chistes relacionados con Augusto ya mencionada. Por lo general, en ninguna de estas obras podemos saber dónde consiguieron su información los autores, lo que las convierte en imposibles de verificar. No obstante, el rasgo más destacado es que existan tantas anécdotas personales sobre Augusto, las cuales nos hablan de cómo lo veía la gente y, a la vez, de cómo quería él ser visto.[7]

Las inscripciones, ya se trate de las grabadas en piedra o de los eslóganes de las monedas, también ofrecen afirmaciones muy de-

liberadas sobre la época, del mismo modo que las imágenes y esculturas transmiten mensajes conscientes. Muchas de ellas poseen la ventaja de ser muy inmediatas, sobre todo cuando la fecha es clara y, por lo tanto, pueden reflejar prioridades a corto plazo tanto como mensajes más amplios. La excavación de edificios y otras estructuras también puede revelar cambios en las prioridades, si bien en este caso se necesita algo más de precaución, porque los restos sacados a la luz por una excavación requieren de una cuidadosa interpretación y pocas veces están tan enteros o se comprenden tanto como para que esta sea completamente segura. El contexto tiene mucho que decir cuando se trata de este tipo de pruebas físicas, pero nunca resulta tan evidente como nos gustaría; sin contar con que las excavaciones antiguas a menudo se realizaron con menos atención y sofisticación que las más recientes. Sobre todo con obras de arte y de arquitectura puede resultar difícil permanecer objetivos y tener que luchar, incluso, por no interpretar demasiado o demasiado poco los detalles menores. ¿Cuánto tiempo se pasaban de verdad los romanos considerando las imágenes y eslóganes de las monedas que utilizaban? Sin embargo, al contrario que las fuentes literarias, trabajos en marcha continúan aumentando las evidencias físicas sobre la era de Augusto, lo cual añade mucho a nuestra comprensión de su mundo.

Comprender a Augusto no resulta sencillo y se ha de tener cuidado con cada tipo de prueba. También es muy importante ser franco respecto a las limitaciones de nuestras fuentes. Existen algunas cosas que, sencillamente, no podemos saber y casi con seguridad no llegaremos a saber nunca. Hay muchas más sobre las que solo podemos hacer suposiciones y, de nuevo, hemos de mostrarnos francos sobre las bases de semejantes conjeturas. Nunca hemos de pretender certeza cuando ninguna es posible. La verdad absoluta es escurridiza, quizá imposible; pero eso no significa que no debamos esforzarnos lo mejor que podamos para

acercarnos a ella tanto como nos sea posible. Resulta factible contar muchas cosas sobre Augusto y, mientras intentamos comprender al hombre y su mundo, ir poniendo orden en los diferentes tipos de pruebas.

PRIMERA PARTE

CAYO OCTAVIO (TURINO)

63-44 A .C.

Cuando niño se le dio el cognomen *Turino, bien en memoria de los orígenes de sus antecesores o porque fue poco después de su nacimiento cuando su padre Octavio consiguió una victoria sobre esclavos fugitivos en Turina […]. En las cartas de Marco Antonio a menudo se le llamaba Turino como insulto, a lo cual él se limitaba a replicar que le resultaba sorprendente que pudiera pensarse que utilizar su antiguo nombre fuera un insulto*.

SUETONIO, *Augusto*, 7. 1

I

«PADRE DE SU PAÍS»

El día que nació se resolvía en el Senado la cuestión de la conspiración de Catilina, y Octavio llegó tarde debido a las labores de parto de su esposa, cuando, como se dice a menudo, Publio Nigido, al averiguar por qué llegaba tarde y saber la hora del parto, afirmó que el amo del mundo acababa de nacer.

SUETONIO, comienzos del siglo II d. C.

[8]

En el 63 a. C., Roma era de lejos la ciudad más grande del mundo conocido. Su población alcanzaba al menos los tres cuartos de millón de personas y a finales del siglo habría aumentado hasta más de un millón. La mayoría vivían en sórdidas y superpobladas viviendas urbanas, o *insulae* (literalmente «islas»), propensas a los incendios y plagadas de enfermedades. Con tanta gente en un mismo sitio, inevitablemente se producían muchas muertes y nacimientos a diario. De modo que no hubo nada especialmente destacable en que una mujer llamada Atia se pusiera de parto y justo antes del amanecer del 23 de septiembre le presentara a su esposo un hijo.

Atia era más afortunada que la mayoría de las mujeres, pues era una aristócrata, y su esposo Cayo Octavio un senador capaz de proporcionarle los mejores cuidados disponibles, así como una casa confortable en el lado este de la colina del Palatino. Cuando llegó el momento, fue atendida por los miembros femeninos de la familia, esclavas y libertas de la casa y una coma-

drona con experiencia. La costumbre excluía a los hombres de la habitación escogida para el parto y el médico solo sería llamado si las cosas iban mal; aunque, la verdad sea dicha, había poco que pudiera hacer en esas circunstancias. Atia sabía qué esperar, pues varios años antes ya le había dado a su esposo una hija.

Ni la experiencia, ni las comodidades, ni los cuidados aseguraban que Atia estuviera a salvo. Dar a luz era peligroso tanto para la madre como para el hijo y muchos de los bebés nacidos ese día fueron mortinatos o fallecerían en los días subsiguientes. Lo mismo sucedería con muchas de las madres. Nueve años después, Julia, prima hermana de Atia, fallecería durante el parto, seguida a los pocos días por su hijo, y ello a pesar de que su esposo era entonces el hombre más rico y poderoso de Roma. La edad reproductiva era, probablemente, la más peligrosa de la vida de una mujer.

Las cosas fueron bien para Atia. Salió indemne y su hijo nació sano. Cuando la partera lo colocó en el suelo para inspeccionarlo, no hubo signos de deformidades u otros problemas. A continuación el niño fue llevado a su padre. La tradición otorgaba al padre romano, el *paterfamilias*, poder de vida y muerte sobre toda su familia, aunque en esa época una autoridad tan estricta rara vez era aplicada rigurosamente. A pesar de ello, dependía de Cayo Octavio aceptar o no al nuevo hijo en la familia. Lo hizo de inmediato, mostrando al niño a los familiares y amigos que se habían reunido para esperar con él o que habían ido de visita en cuanto se difundió la noticia del nacimiento. Cayo Octavio ya tenía dos hijas —la mayor de ellas de un matrimonio anterior—. Las chicas eran útiles para un hombre ambicioso, pues las alianzas matrimoniales ayudaban a conseguir y mantener amigos políticos. No obstante, solo un hijo podía seguir una carrera en la vida pública, igualando o sobrepasando a su padre y sumando así gloria al nombre de la familia.

Se encendieron fuegos en los altares de la vivienda y se presentaron ofrendas a los dioses de la casa y el hogar, los *lares* y los *penates*, así como a cualquier otra divinidad especialmente reverenciada por la familia. Cuando los visitantes regresaron a sus domicilios realizaron el mismo ritual. Es indudable que uno de los visitantes fue el tío de treinta y siete años de Atia, Cayo Julio César, un ambicioso senador que ya se estaba labrando un nombre. Recientemente acababa de ganar una disputada elección para convertirse en el principal y más prestigioso sacerdote de Roma, el *pontifex maximus*. El cargo era principalmente político, y Julio César dio pocas muestras de poseer profundas creencias religiosas. Con todo y con eso, como otros romanos, concedía mucho valor a los ritos tradicionales. Los rituales rodeaban a los aristócratas romanos durante toda su vida y un parto con éxito era un momento feliz para una familia senatorial y sus relaciones.[9]

De no haber sido por esto, la comunidad no hubiera tenido demasiados motivos para prestarle especial atención, pues Cayo Octavio era un senador de escasa importancia. Solo mucho después, cuando el bebé hubo crecido hasta convertirse en Augusto, comenzaron a circular historias de presagios e incluso abiertas predicciones sobre la futura grandeza del niño. Suetonio nos proporciona una larga retahíla de ellas, muchas de las cuales son improbables y otras evidentemente absurdas. Entre estas últimas se cuenta la afirmación de que una profecía predijo el nacimiento de un rey de Roma, lo cual llevó al Senado a decretar que no podía permitirse que ningún niño nacido entre tal y cual fecha pudiera vivir. Se supone que la ley quedó bloqueada gracias a un grupo de senadores cuyas esposas estaban embarazadas. No es solo que la legislación no funcionaba así durante la República, sino que resultaría sorprendente que Cicerón no mencionara una medida tan desagradable y controvertida, por lo que podemos desecharla como una invención romántica. Lo mismo sucede con las

historias claramente sacadas de los mitos que rodean a Alejandro Magno y otros héroes, para los cuales se consideraba insuficiente un padre mortal. Así, se afirmaba que Atia había asistido a un rito nocturno en el templo de Apolo, quedándose dormida en su litera. Una serpiente apareció entonces y reptó sobre ella, dejando en su muslo una marca parecida a la piel de serpiente. Se despertó sintiendo la necesidad de limpiarse ritualmente, como si acabara de tener sexo; pues solo los físicamente purificados eran dignos de entrar en los recintos de los dioses. Incapaz de borrar la marca de su piel, dejó de ir a los baños públicos. Nueve meses después daba a luz a su hijo.[10]

Cayo Octavio no tenía necesidad de semejantes experiencias místicas para sentirse feliz. Los cumpleaños eran importantes en la cultura romana y se celebraban durante toda la vida de las personas. Septiembre era el séptimo de los diez meses con nombre del calendario lunar de Roma, pues en tiempos arcaicos el año comenzaba en marzo, el mes del dios de la guerra, Marte, cuando las legiones solían partir en campaña. Para los romanos, el 23 de septiembre era el noveno día antes de las calendas de octubre; pues utilizaban un sistema basado en días anteriores o posteriores a tres fiestas mensuales: la calendas el día uno, la nonas el día siete y los idus bien el día trece o el quince, dependiendo del mes. Al carecer de número cero, las calendas contaban como uno y el día 23 estaba incluido, de ahí el total de nueve días.

Para los romanos era el sexcentésimo nonagésimo primer año desde la fundación de la ciudad *(ab urbe condita)* por Rómulo. De forma más inmediata era el consulado de Marco Tulio Cicerón y Cayo Antonio. Los dos cónsules eran los magistrados más importantes de Roma, tenían igual autoridad y ocupaban el cargo durante doce meses. El sistema republicano estaba pensado para impedir que ningún hombre consiguiera el poder supremo o permanente; pues nadie podía aspirar a la reelección hasta pasada una década. El hombre que conseguía más votos en la votación

aparecía mencionado primero cuando los cónsules le daban su nombre al año. La mayoría de los cónsules procedían de un pequeño número de familias bien situadas, como los Antonios. El caso de Cicerón no era lo habitual, pues era el primero de su familia en entrar en política en Roma y hacía más de una generación que ningún «hombre nuevo» *(novus homo)* alcanzaba el consulado. Cayo Octavio también era un hombre nuevo y seguramente esperaba poder repetir el éxito de Cicerón.[11]

La precedencia de un cónsul sobre otro cambiaba en meses alternos, de modo que era Cicerón quien presidía la reunión del Senado el 23 de septiembre. Suetonio afirma que Cayo Octavio llegó tarde debido al nacimiento de su hijo, aunque como esto prepara el terreno para otra historia en la cual se predice el nacimiento del «gobernante del mundo», hemos de mostrarnos cautelosos. Quizá el incidente es una completa invención, si bien no hay nada inherentemente improbable en el retraso de Octavio o en la afirmación de que los senadores debatían los rumores de conspiración que rodeaban a uno de sus miembros, Lucio Sergio Catilina. Abundaban los rumores de revolución y muchos de ellos se centraban en Catilina, que no había podido conseguir el consulado para el año siguiente en las elecciones del verano. Si de verdad el Senado estaba debatiendo tales asuntos, por el momento no se hizo nada y pasaría algún tiempo antes de que la cuestión alcanzara su punto crítico.[12]

Mientras tanto, la vida continuó y la noche del 30 de septiembre Cayo Octavio y Atia realizaron una vigilia nocturna en su casa. Se realizaron rituales que culminaron con sacrificios y una ceremonia formal de purificación, o *lustratio*, al día siguiente, que eran las calendas de octubre y nueve días después del nacimiento de su hijo. El objetivo era librar al niño de cualquier espíritu maligno u otra influencia sobrenatural que pudiera haber penetrado en él durante el proceso del nacimiento. Se le dio un amuleto o *bulla*, por lo general de oro y que se llevaba colgado del cuello

hasta que se convertía formalmente en un hombre. Tras lo cual, uno de los miembros del colegio sacerdotal de los augures observó el vuelo de pájaros buscando captar algo sobre el futuro del niño. Es probable que a los padres les dijeran que los signos eran muy buenos.[13]

Solo entonces se le dio formalmente un nombre al niño, que en su debido momento fue inscrito en la lista de ciudadanos. En este caso recibió el nombre de su padre, de modo que se convirtió en Cayo Octavio, hijo de Cayo. Las familias tendían a utilizar los mismos nombres generación tras generación, si bien durante esos años algunas de las más poderosas familias de la aristocracia estaban comenzando a romper este tipo de convenciones, distanciándose aún más del resto de la clase senatorial. El nombre de familia o *nomen* —en este caso Octavio— era automático y la capacidad de elección solo se ejercía en el primer nombre, o *praenomen*. Los hombres más importantes tenían tres nombres o *tria nomina*. Así, el tío de Atia era Cayo Julio César. Los Julios eran un clan amplio y el tercer nombre o *cognomen* solo lo tenía esta rama concreta. El sistema no era universal, ni siquiera entre las grandes familias, en algunos casos porque no eran especialmente numerosas o, sencillamente, porque estaban seguros de ser reconocidos. Los Octavios todavía no habían tenido la necesidad de distinguir ramas específicas de su familia.

Los romanos no sintieron la necesidad de identificar a las mujeres con tanta precisión, puesto que no podían votar ni presentarse a cargos públicos. Atia no tenía más que ese nombre, la forma femenina del *nomen* de su padre, Marco Atio Balbo. Lo que importaba era la identidad de su padre y la asociación con su familia. Las mujeres romanas mantenían el mismo nombre a lo largo de toda su vida y no lo cambiaban al casarse. La hija de Atia se llamaba Octavia, como también su hijastra, la hija del primer matrimonio de su marido. Si hubiera habido otras hijas también

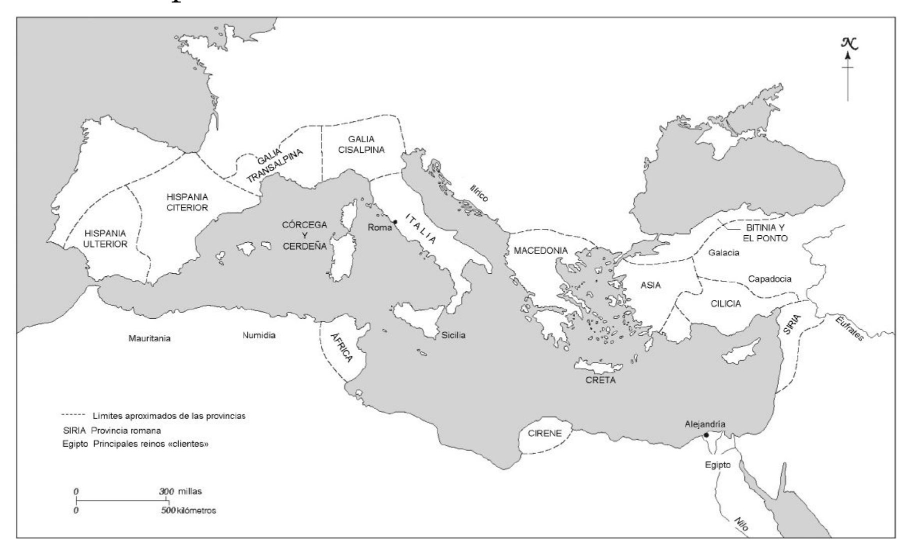
se hubieran llamado Octavia. En algunas familias, las hijas se numeraban por cuestiones oficiales.[1014]

Los bebés necesitaban una gran cantidad de cuidados, pero lo más probable es que el papel de Atia en ellos fuera el de una supervisión más o menos distante. Tenía mucho que hacer supervisando la casa y apoyando la carrera de su marido. Algunos sostenían que una madre debía amamantar a sus hijos, pero en la práctica era una costumbre poco habitual para la que se utilizaba una nodriza esclava. Por lo general, esta mujer u otra esclava hacía las veces de niñera de la criatura. (Una de las razones esgrimidas por los filósofos para que una madre amamantara a sus retoños era el miedo a que, de no hacerlo, de algún modo estos pudieran absorber junto con la leche características de esclavo). Es indudable que la cantidad de tiempo que cada uno de los padres pasaba con sus hijos era una cuestión de elección personal. En algunos casos era muy poco, si bien había excepciones. En el siglo II d. C. se nos cuenta que a Catón el Viejo, famoso por su adusta, trasnochada y vociferada virtud, solo los más importantes asuntos públicos le impedían estar presente cuando su hijo recibía un baño. La esposa de Catón era una de esas mujeres que amamantaban a sus propios hijos y en ocasiones incluso dio de mamar a niños esclavos de su propia casa.[1015]

Las fuentes no nos cuentan casi nada de los primeros años del joven Octavio, si bien otra de las historias de Suetonio sobre los signos que predijeron el ascenso a la grandeza es menos dramática que la mayoría y puede contener un ápice de verdad. En ella, su nodriza lo puso para pasar la noche en una habitación de la planta baja. De repente el niño, que por entonces presumiblemente era lo bastante mayor como para gatear, desapareció, lo cual desató una búsqueda urgente. Fue encontrado a la mañana siguiente, mirando el sol del amanecer en la habitación más alta de la casa.[16]

UN MUNDO TURBULENTO

Si esto sucedió fue después, pero en los meses finales del 63 a. C. había muchas cosas que podían preocupar a los padres del niño, pues el ambiente en Roma era tenso. La República romana había dominado el mundo mediterráneo desde mediados del siglo II a. C. Cartago había sido destruida y los reinos orientales o bien conquistados, o bien eran tan débiles y dependientes de la buena voluntad romana que no representaban ninguna amenaza. Mitrídates VI del Ponto, en Asia Menor, se había mantenido persistentemente en guerra durante toda una generación; pero acaba de ser aplastado por completo por el más exitoso y popular de los generales romanos, Pompeyo el Grande. Antes de que el año terminara, el rey, al comprobar que las repetidas dosis de antídoto que había tomado a lo largo de su vida lo habían vuelto inmune a los venenos, ordenó a uno de sus propios guardaespaldas que lo matara. En octubre las legiones de Pompeyo tomaron Jerusalén al asalto tras un asedio de tres meses, apoyando a una de las facciones de la guerra civil entre miembros rivales de la familia real judía. Parecía que nadie podía igualar el poderío militar de la República.[17]



El Imperio romano en el siglo I a. C.

Roma era mucho más fuerte que ninguno de sus vecinos y potenciales enemigos; pero los inmensos beneficios de las conquistas y el imperio amenazaban el delicado equilibrio entre la política, la sociedad y la economía. La competencia entre los aristócratas por alcanzar los cargos principales y el mayor estatus siempre había sido intensa; pero en el pasado se había mantenido dentro de unos límites estrictos de convención y ley. Ahora muchos de los puntales del sistema comenzaron a verse amenazados cuando los senadores empezaron a gastar cantidades cada vez mayores en conseguir popularidad; por otra parte, comenzaron a surgir entre la población grupos importantes que se sentían en una posición desesperada y rápidamente se unían a cualquiera que defendiera su causa. Se presentaron así oportunidades para que unos pocos hombres se elevaran mucho más alto de lo que hubiera sido posible en el pasado y sus pares se ofendieron y opusieron a ello.

En el 133 a. C., un aristócrata llamado Tiberio Sempronio Graco se convirtió en uno de los diez tribunos de la plebe electos anualmente e introdujo un programa legislativo destinado a ayudar a los pobres rurales. Consiguió grandes elogios, pero fue acusado de aspirar al dominio de un monarca y fue aporreado hasta morir por una banda de otros senadores encabezada por su propio primo. En 122 a. C., Cayo, el hermano menor de Tiberio, fue asesinado junto con cientos de seguidores tras embarcarse en una serie de reformas todavía más radical. Esta vez la lucha fue claramente premeditada y entre fuerzas organizadas. La rivalidad política se había vuelto violenta y este tipo de escenas se repitió en el 100 a. C. Una década después, el descontento entre las gentes de Italia estalló en una rebelión cuando el tribuno que había propuesto otorgarles la ciudadanía romana fue asesinado. Los romanos ganaron la guerra tras una ardua pelea, en gran medida porque al final y a regañadientes otorgaron a las comunidades italianas lo que estas querían. El número de ciudadanos au-

mentó mucho, dando a los políticos nuevos votantes a los que ganarse y trastocando de nuevo el equilibrio político.

Casi de inmediato una disputa en torno a un tribuno de la plebe se volvió tan enconada que, por primera vez, en 88 a. C. un general romano dirigió a su ejército contra la ciudad de Roma. Su nombre era Sila, y detrás del conflicto se encontraba su rivalidad con un héroe popular que se estaba haciendo fuerte llamado Mario. Una masacre siguió a otra masacre en una espiral cada vez peor de atrocidades hasta que Sila ganó la guerra civil y se proclamó dictador, convirtiendo una medida temporal de emergencia raras veces utilizada en una posición de poder supremo para él mismo. A los pocos años se retiró de la vida pública, para morir por causas naturales al cabo de pocos meses. La República ya se encontraba inmersa en una nueva guerra civil cuando Marco Emilio Lépido, uno de los cónsules del 78 a. C. reunió un ejército e intentó hacerse con el control del Estado. Fue derrotado y tanto él como sus seguidores ejecutados; pero muchos de los contrarios a Sila siguieron luchando durante años desde bases en Hispania.

El fantasma de la guerra civil todavía planeaba ominoso sobre la República en el 63 a. C. Todos los senadores habían vivido el brutal conflicto entre Sila y los seguidores de Mario, sin contar con que la mayoría habían perdido familiares en el transcurso de él. La tía de Julio César estaba casada con Mario y su primera esposa era hija de uno de los más cercanos aliados de este; probablemente, solo su juventud lo salvó de ser ejecutado a mano de los victoriosos seguidores de Sila. A pesar de ello, durante algún tiempo fue un fugitivo perseguido, hasta que las conexiones silanas de su madre le salvaron la vida. A los descendientes de los hombres ejecutados por Sila se les prohibió el acceso a la política y presionaron fuerte para que se restauraran sus derechos. Sila había desaparecido, pero todos los senadores principales eran hombres escogidos —o por lo menos no rechazados— por él.

No había ninguna razón evidente por la cual no pudiera estallar una nueva guerra civil en cualquier momento y con ella regresaran el caos, el peligro y las oportunidades. Muchos de los seguidores de Sila lograron sus fortunas gracias al botín conseguido de sus enemigos muertos. La perspectiva de una nueva revolución resultaba atractiva para quienes el sistema existente rechazaba.

Catilina era uno de los seguidores de Sila, pero su recién adquirida riqueza había demostrado ser insuficiente para su extravagante estilo de vida y la ambición política que lo volvía generoso en sus regalos a potenciales partidarios. Sila había duplicado el tamaño del Senado e incrementado hasta ocho el número de pretores —la segunda magistratura más importante tras el consulado—; pero seguía habiendo solo dos cónsules cada año, de modo que la disputa por este honor supremo se volvió todavía más encarnizada. Al grupo de candidatos que buscaban un cargo se unieron docenas de hombres expulsados del Senado en el 70 a. C. durante una repentina y bastante inusitada purga de los increíblemente corruptos y evidentemente inadecuados. Varios de ellos tenían el dinero y la ambición necesarios para querer rehabilitarse a sí mismos volviendo a conseguir un cargo.

Ascender por la escala política se había vuelto extremadamente caro. Solo para poder entrar a formar parte del orden, los senadores tenían que poseer unos sustanciosos bienes raíces, y la gente pedía prestadas sumas cada vez mayores para gastar luchando en las elecciones. Catilina lo hizo a una escala espectacular, al igual que Julio César. En la elección para el puesto de *pontifex maximus* su principal oponente fue un estadista más mayor y mucho más distinguido, y ambas facciones inundaron a las tribus votantes con sobornos. Julio César sabía que, de perder, no tenía ninguna esperanza de poder pagar a sus acreedores. De modo que apostó por ganar, confiando en que esto los convencería de que seguía siendo una buena inversión cuyo auge continuaría, convirtiéndolo en un útil contacto, así como permitiéndole pa-

garles a largo plazo. Al abandonar su casa la mañana de las elecciones, Julio César le dijo a su madre que regresaría como vencedor o no regresaría. Al final ganó y sus acreedores siguieron dispuestos a mantener su apoyo.[18]

Catilina no fue tan afortunado. Al igual que Julio César, era un patricio, pues su familia formaba parte de la aristocracia más antigua de Roma. Los plebeyos, incluidos Cayo Octavio y por tanto su hijo, eran mucho más numerosos, y con el paso de los siglos muchos de ellos habían forzado su acceso a la elite. Varias de las familias patricias fueron eclipsadas y quedaron reducidas a la oscuridad. Ni los antepasados de Catilina ni los de Julio César habían disfrutado de demasiados éxitos electorales en los últimos siglos. Ambos estaban decididos a que eso cambiara y los dos eran carismáticos, con talento y habían conseguido una reputación como vividores que cuando menos mantenía sus nombres en boca de todos, aunque solo fuera como objeto de cotilleos. Sin embargo, Julio César continuó triunfando, mientras que la carrera de Catilina comenzó a estancarse.[1019]

Un juicio por su conducta mientras fue gobernador de la provincia de África impidió a Catilina presentarse como candidato al consulado del 65 a. C. y del 64 a. C. En las siguientes elecciones, sus cada vez más alocados comentarios alienaron a demasiada gente influyente y fue derrotado por la hábil campaña dirigida por Cicerón. La derrota a manos de un «hombre nuevo» resultaba especialmente humillante para un hombre de linaje antiguo. Catilina apodó a Cicerón un mero «inquilino en la ciudad de Roma». El otro vencedor fue Cayo Antonio, uno de los hombres expulsados del Senado en el 70 a. C., que estaba volviendo a subir por la escala política. Si bien Catilina y él se habían apoyado durante la campaña, Antonio fue convencido para pasarse a la neutralidad cuando Cicerón le entregó voluntariamente la provincia de Macedonia, el mando que le había tocado por sorteo para el año posterior a su consulado. Era una región lucrativa,

donde un gobernador sin escrúpulos podía rehacer su fortuna fácilmente.[20]

Catilina probó suerte de nuevo en julio del 63 a. C., en unas elecciones presididas por Cicerón como cónsul. Los sobornos volvieron a ser desenfrenados en todos los bandos, siendo los candidatos apoyados por bandas de adeptos, hasta el punto de que Cicerón llegó con sus propios seguidores vistiendo una coraza bajo la toga, que «accidentalmente» quedó expuesta para dejar clara su determinación. Hubo intimidación, pero no violencia seria, y Catilina fue derrotado una segunda vez.[1021]

Catilina estaba desesperado, al igual que bastantes otros hombres ambiciosos. Si un senador vendía sus tierras para pagar sus deudas, seguramente lo haría con pérdidas, porque el mercado estaba a la baja; pero, lo que era más importante, al hacerlo perdería el requisito esencial de su rango y con él cualquier posibilidad de tener un futuro en la política. Para algunos la elección parecía reducirse exclusivamente a la extinción política o la revolución. En los campos de Etruria, un colega llamado Manlio, que había servido en las legiones de Sila como centurión, estaba reuniendo un dispar ejército a base de gentes pobres y desesperadas. Los veteranos de Sila que no habían conseguido hacer fructificar las granjas que les entregaron al dejar el ejército —porque la tierra era pobre, la economía mala o, simplemente, por sus propios errores— se unieron antiguos seguidores de Mario y a otros que consideraban la revolución como su única esperanza. Marcharían llevando el águila que antaño luciera una de las legiones de Mario —no de la guerra civil, sino de una de las grandes campañas con las cuales salvó a Italia de una horda bárbara—; sin embargo, al principio no estaba claro si, o cuando, se transformaría en rebelión abierta.[22]

El 21 de octubre, el Senado aprobó su decreto máximo, el *senatus consultum ultimum*, que llamaba a los cónsules a que tomaran todas las medidas necesarias para defender la *res publica*. Con

él se declaraba el estado de emergencia, pero las opiniones estaban divididas en cuanto a si esto significaba que las leyes podían suspenderse. La misma medida fue utilizada contra Cayo Graco en el 122 a. C., y de nuevo en el 100 a. C., el 88 a. C. y el 78 a. C. En muchos sentidos, era la admisión de que los mecanismos tradicionales de la República resultaban inadecuados cuando existía la amenaza de seria turbulencia interna.

Catilina seguía en Roma y continuó asistiendo a las reuniones del Senado, incluso después de que Manlio se rebelara abiertamente a finales de octubre. Las acusaciones públicas de Cicerón se volvieron más virulentas aún y un intento de asesinarlo por parte de los conspiradores fracasó. Finalmente, la noche del 8 de noviembre, Catilina huyó para reunirse con Manlio. Los cómplices que dejó en Roma demostraron ser asombrosamente incompetentes, acercándose con torpeza a los embajadores de la tribu gala de los alóbroges, en la esperanza de conseguir tropas de caballería para el ejército rebelde. En vez de ello, los galos fueron a las autoridades y, sorprendidos con las manos en la masa, los conspiradores fueron arrestados.

Cuatro senadores fueron hechos prisioneros, el más destacado de ellos Publio Cornelio Léntulo, que era pretor en ese momento y uno de los hombres expulsados del Senado en el 70 a. C. Su esposa era Julia, prima tercera de Julio César, que ya había enviudado de un matrimonio anterior. Durante un tiempo, Léntulo y los demás proclamaron su inocencia al ser llevados ante el Senado. Sin embargo, según se fueron acumulando las pruebas su determinación se derrumbó y todos confesaron, dejando abierta la cuestión de qué se había de hacer con ellos. Su destino fue decidido en una reunión celebrada en el templo de Concordia el 5 de diciembre; un lugar elegido sin duda como un deliberado llamamiento a la unidad; pero quizá también como recordatorio de las decisivas acciones tomadas en el pasado, pues había

sido construido por el hombre que encabezó la represión de Cayo Graco.

En el subsiguiente debate, orador tras orador abogaron por la pena de muerte. Cayo Octavio era un senador demasiado joven como para que se pidiera su opinión; pero Julio César era un pretor electo para el año siguiente, así como *pontifex maximus*, de modo que Cicerón no tardó en llamarlo para que diera la suya. La gente decía que el extravagante tío de Atia formaba parte de la conspiración y, pese a todo, en vez de demostrar su lealtad a la República mostrándose de acuerdo con el resto, Julio César argumentó valientemente en contra de la ejecución. Tenía razón al decir que era inconstitucional hacerlo sin un juicio previo, si bien su sugerencia de enviar a cada uno de los hombres a una ciudad diferente de Italia para allí ser mantenidos bajo custodia carecía de precedentes. Los romanos no tenían prisiones para guardar prisioneros temporalmente, y mucho menos de forma permanente.

El consenso comenzó a debilitarse y por un momento pareció como si el ambicioso Julio César fuera a conseguir gran fama por cambiar él solo la opinión del Senado. Entonces, un prometedor tribuno electo, Catón el Joven, realizó un poderoso discurso urgiendo la ejecución inmediata. Otros repitieron la idea y se expresaron serias dudas al respecto de si el encarcelamiento era práctico. Cuando se realizó la votación, esta resultó abrumadoramente favorable a la pena de muerte. No sabemos qué votó Casio, pero es muy posible que siguiera el consenso más que situarse del lado de Julio César. Uno de los más ancianos y respetados estadistas del Senado saludó a Cicerón como el «padre del país» *(parentem patriae)*.[23]

Léntulo fue desposeído de su pretoriado, pero se le concedió la cortesía de ser conducido personalmente por Cicerón al lugar de la ejecución, donde los prisioneros fueron estrangulados. Tras lo cual, Cicerón anunció lacónicamente: «Han vivido» —en la-

tín una única palabra: *vixerunt*—. En Roma se había hablado de masacres y de fuegos en la ciudad para extender el caos, y por un momento la opinión pública se tranquilizó al ver alejarse el peligro. La República había sobrevivido a una amenaza inmediata, si bien Catilina y su ejército seguían en libertad. Resultaba difícil predecir las consecuencias a largo plazo de este deseo por suspender las leyes. Si bien Roma dominaba el mundo, sus políticos seguían siendo peligrosamente competitivos, y la amenaza de la violencia y la inestabilidad rondaban cerca. No obstante, si los riesgos eran grandes, lo mismo sucedía con las recompensas, de modo que al terminar el año Cayo Octavio estaba decidido a emprender su propia carrera.[24]

II

«UN HOMBRE CON RIQUEZA Y BUENA REPUTACIÓN»

Cayo Octavio, su padre, aunque no de cuna patricia,
era descendiente de una muy prominente familia ecuestre y en sí mismo un hombre de dignidad, de vida honrada y sin tacha y de gran riqueza.

VELEYO PATÉRCULO, c. 30 a. C.[25]

No sabemos mucho del marido de Atia, Cayo Octavio. Las fuentes hablan de su considerable riqueza, si bien en ningún momento proporcionan indicaciones de la escala de su fortuna comparada con la de otros senadores. Era dueño de la casa en la zona del Palatino conocida como «Cabezas de buey» y de otra en Nola, una ciudad a unos 32 kilómetros al este de Nápoles convertida en colonia de veteranos por Sila. También había una sustancial heredad familiar en la zona de los Volscos, en y alrededor de la ciudad de Velitra, que se encontraba al sur de las colinas Albanas en las afueras de Roma. Antaño un persistente enemigo, los volscos fueron conquistados y absorbidos por los romanos en el siglo IV a. C.[26]

La riqueza de Cayo Octavio era heredada, lo que para los romanos era el mejor tipo de riqueza. Los Octavios formaban parte

de la aristocracia local de Velletri, donde una de las calles más antiguas de la ciudad llevaba su nombre. También corría una historia de un Octavio terminando apresurado un sacrificio a Marte para poder dirigir a los guerreros de la ciudad y repeler un ataque de una población vecina. Esto fue, evidentemente, antes de la conquista romana y se utilizaba para explicar una peculiaridad local en el modo de realizar los sacrificios a este dios. Más recientemente, en el 205 a. C., una época con mejor documentación, el abuelo de Cayo Octavio sirvió como tribuno militar en el ejército romano durante la guerra contra Aníbal. Cuando terminó la guerra no hizo ningún intento por conseguir un cargo público, lo cual sugiere que como muchos otros solo se unió a la lucha en un momento en que la República se enfrentaba a un peligro sin precedentes.[27]

Su hijo, el padre de Cayo Octavio, se limitó a la política local durante toda su larga vida y solo ocupó cargos en la propia Velletri. La familia ya era próspera, pero incrementó su riqueza con astutas inversiones y convirtiéndose en banquero, prestando dinero con interés —una fuente de riqueza mucho menos honorable que los ingresos procedentes de los bienes raíces—. En el futuro, Marco Antonio se burlaría de él calificándolo de cambista escuálido, mientras que otros afirmaban que Cayo Octavio continuó en el mismo negocio que su padre, ayudando a distribuir regalos y descarados sobornos a las tribus votantes en las elecciones de Roma. Los insultos personales eran moneda habitual en la dialéctica política romana, de modo que semejantes afirmaciones han de tomarse con algo más que un ligero escepticismo. El mismo Suetonio, que cuenta encantado más de una historia injuriosa sobre Augusto, dudaba de esta última afirmación.[28]

Hijo de un aristócrata local y exitoso hombre de negocios, Cayo Octavio no era simplemente un ciudadano, sino un miembro del orden ecuestre, la clase superior registrada en el censo romano. Los ecuestres tenían que poseer propiedades valoradas

en más de 400 000 sextercios, si bien en el siglo I a. C. se trataba de una suma comparativamente modesta y era habitual que poseyeran mucho más. En siglos anteriores, el ejército romano era reclutado entre aquellos lo bastante ricos como para comprarse sus propias armas y armaduras. Los más pudientes podían permitirse caballos y por eso formaban la caballería, o *equites*. Si bien su papel militar había desaparecido —ahora las legiones eran reclutadas entre los pobres y equipadas por el Estado—, el nombre se mantuvo. La categoría senatorial no se basaba en la posesión de una serie de propiedades, sino que se alcanzaba cuando un hombre era elegido para una magistratura o, simplemente, era inscrito en el Senado, pero todos ellos habían de ser ecuestres. Había unos seiscientos senadores, pero miles de ecuestres y, según las cifras del censo más reciente, realizado a principios de la década, unos 900 000 ciudadanos romanos.[29]

Es probable que por esas fechas el senador más rico fuera Pompeyo el Grande, y los beneficios de sus victorias en Oriente lo estaban volviendo por entonces todavía más. Su más cercano rival en el Senado, con quien había compartido el consulado del año 70 a. C., era Marco Licinio Craso, en ocasiones conocido como «el rico» *(dives)*. Ambos hombres sirvieron con Sila y ganaron mucho con las propiedades confiscadas a sus enemigos ejecutados. Craso también era un astuto y enérgico hombre de negocios. Mantenía a un importante grupo de artesanos y constructores esclavos, así como otros entrenados para apagar fuegos. Uno de sus trucos consistía en comprar baratas propiedades que se encontraran en el camino de uno de los frecuentes fuegos de Roma. Solo entonces enviaba a sus esclavos, que creaban un cortafuego derruyendo edificios. Después Creso reconstruía y alquilaba la propiedad, con lo que al final terminó poseyendo una parte importante de la ciudad. En un momento dado, sus propiedades en otros lugares fueron valoradas en 200 millones de sextercios; lo bastante como para otorgar a 500 hombres el cen-

so ecuestre mínimo. Afirmaba que nadie podía llamarse rico a menos que pudiera permitirse pagar su propio ejército. Eso era justo lo que había hecho Pompeyo durante la guerra civil, reclutando y financiando tres legiones de su propio bolsillo.[30]

Es poco probable que Cayo Octavio jugara en la misma división que Craso o Pompeyo, pero habría sido consciente del modo en que ellos utilizaban el dinero. Craso no deseaba ser rico por el mero placer de serlo, sino que puso su dinero a trabajar para conseguir ventajas políticas, prestando dinero a muchos senadores sin interés o con uno muy bajo. Se rumoreaba que la mayoría del Senado le debía dinero a Craso. Cuando fue acusado de estar implicado con Catilina, el miedo a repentinas demandas del pago de las deudas hizo que la cuestión no tardara en ser abandonada. También tenía amplios intereses y conexiones con compañías de publicanos *(publicanii)*, que arrendaban contratos estatales, como recaudar impuestos en las provincias. Gran parte de esto se realizaba entre bambalinas, dado que se suponía que los senadores no podían implicarse en el comercio, aunque muchos lo hacían. Probablemente Craso fue el que más éxito tenía. Además de con dinero, comerciaba con favores. Abogado capaz y de éxito, trabajó duro representando a otros en casos legales para que adquirieran una obligación para con él.[31]

Con un padre banquero, no cabe duda de que Cayo Octavio se encontró con que algunos hombres prominentes estaban o bien en deuda con él, o bien agradecidos por un préstamo anterior. A este respecto, es muy posible que continuara con el negocio familiar como una útil ayuda para sus ambiciones políticas. Al contrario que la mayoría de los senadores, la mejor parte de su fortuna no estaba ligada a los bienes raíces y, por lo tanto, se encontraba lista para ser utilizada en conseguir ventajas políticas. Seguramente fue en gran medida debido a su fortuna por lo que pudo conseguir a Atia como su segunda esposa. No sabemos si su primer matrimonio con una mujer llamada Ancaria terminó

debido a la muerte de esta o a un divorcio cuando vio la posibilidad de conseguir una relación más útil. Para la elite romana, el matrimonio era una herramienta política.[32]

El propio Julio César, originalmente comprometido con la hija de un rico ecuestre, casó a una de sus hermanas con Marco Atio Balbo, otro aristócrata local de una familia muy parecida a la de Octavio. Balbo procedía de Aricia, algo más próxima a Roma en las colinas Albanas, y poseía sustanciosos medios al estar relacionado con Pompeyo por parte de madre. Su padre se había casado claramente para emparentar con un linaje senatorial ya establecido, lo que ayudó a promover las ambiciones de su hijo de alcanzar un cargo en Roma. La otra hermana de Julio César se casó sucesivamente con otros dos miembros más de esa aristocracia menor cuyas ambiciones los impulsaban hacia una carrera en la propia Roma. Mediante esta red de alianzas matrimoniales, Julio César consiguió leales aliados ansiosos por verse asociados con un patricio de una familia tan antigua y, muy probablemente también, ayuda práctica a la hora de financiar su propia carrera.[33]

Es probable que en el 62 a. C. Cayo Octavio tuviera cuarenta y pocos años y se sintiera listo para intentar que lo eligieran como uno de los ocho pretores para el año siguiente. En Roma las carreras públicas estaban muy ligadas a la edad y Sila intentó hacerlo más claro al incorporar de nuevo a la ley una edad mínima para cada puesto. (Para más detalles sobre la carrera pública, o *cursus honorum*, véase el apéndice 1). Los pretores tenían que tener al menos treinta y nueve años. Era cuestión de orgullo para un hombre ambicioso conseguir el cargo a la primera oportunidad, sobre todo convertirse en cónsul en «su año» *(suo anno)*. Cicerón había conseguido alcanzar esta distinción, ayudado por la suerte combinada con una espectacular carrera ante los tribunales. No tenemos noticias de Cayo Octavio como abogado, de modo que sus talentos quizá no apuntaran en esa dirección.[34]

Fue dos veces tribuno militar en algún momento de los años setenta a. C., de modo que al menos al principio puede haberse esforzado por adquirir una reputación militar, algo que solía gustar a los votantes. Cada año se elegían veinticuatro tribunos militares, un legado de los viejos tiempos, en los que el ejército estaba formado solo por cuatro legiones, cada una dirigida por seis tribunos. A principios del siglo I, por lo general había docenas de legiones activas en cualquier momento y la mayoría de sus tribunos eran elegidos y comisionados directamente por los gobernadores provinciales. No sabemos dónde sirvió Cayo Octavio, pero dos períodos —cada uno de al menos un año de duración— sugieren un cierto entusiasmo por el cargo. En momentos anteriores de la República, cualquier candidato que buscara un cargo debía de haber servido durante diez años o en diez campañas. Una norma que se había relajado considerablemente en el siglo I, aunque incluso el poco militar Cicerón pasó algún tiempo en las legiones. Los jóvenes servían como *contubernales* (literalmente, «diez compañeros») de los gobernadores, actuando de hecho como oficiales menores de estado mayor y así conseguir experiencia.[35]

Seguidamente, Cayo Octavio fue elegido para la menor de las magistraturas romanas, la de cuestor, dando así el primer paso para una carrera en política. Desde las reformas de Sila, convertirse en cuestor automáticamente implicaba ser inscrito como senador. Cada año había veinte cuestores y en el año 73 a. C. uno de ellos fue Cayo Toranio, con el cual estuvo asociado Cayo Octavio posteriormente, de modo que es probable que fuera este año cuando ejerció el cargo. Las labores de estos magistrados eran fundamentalmente financieras. Algunos servían en Roma, mientras que otros eran enviados para ayudar a gobernadores provinciales supervisando las finanzas de sus provincias. No conocemos las tareas asignadas a Cayo Octavio. En cambio, Tora-

nio se encontró dirigiendo tropas contra la rebelión de esclavos de Espartaco y siendo sonoramente derrotado.[36]

En el 64 a. C. —la fecha vuelve a ser una suposición, pero parece probable— Cayo Octavio y Toranio eran los dos ediles de la plebe. Cada año había cuatro ediles, dos plebeyos y dos curules —este último cargo abierto a los patricios—. Sus tareas iban desde organizar fiestas públicas —concretamente los *ludi ceriales* que festejaban a la diosa de la cosecha y los Juegos Plebeyos— hasta regular el tráfico y las obras públicas dentro de la propia Roma. Era una buena oportunidad para ser conocido por el electorado, sobre todo para un hombre capaz de suplementar los fondos públicos con su propio dinero. Los juegos incluían procesiones, así como banquetes y entretenimientos públicos como peleas de animales. En este momento de la historia de Roma, las luchas de gladiadores seguían estando restringidas a los juegos funerarios. Con tan pocos puestos disponibles cada año, no se trataba de una magistratura obligatoria. A Toranio le ayudó a rehabilitarse tras su derrota. Para Cayo Octavio fue un modo de conseguir más amigos políticos y darse a conocer a los votantes.[37]

No era una persona ambiciosa, como el tío de Atia. Desde el comienzo de la República, la familia de Julio César se había alejado mucho del centro de la política; pero su suerte comenzó a mejorar cuando él era un niño. Fue una rama diferente de la amplia familia la que comenzó este ascenso, haciendo que como mínimo su nombre fuera conocido de nuevo. El padre de César, ayudado por el matrimonio de su hermana con el héroe popular Cayo Mario, consiguió fácilmente ser pretor y solo su repentina muerte —sufrió un colapso y murió una mañana mientras se ponía los zapatos— le impidió llegar más lejos.

Julio César recibió la principal condecoración al valor cuando todavía no contaba veinte años, se trata de la corona cívica, otorgada tradicionalmente a un hombre que salvara la vida a un con-

ciudadano durante una batalla. Es muy probable que fuera esto, posiblemente combinado con el apoyo de los patricios, lo que condujo a una dispensa que le permitía ocupar cada magistratura dos años antes de la edad mínima normal. Julio César se mostró muy activo en los tribunales, ostentoso en sus vestimentas y estilo de vida, pero meticuloso en sus obligaciones, complementando los fondos oficiales con dinero prestado. También era el héroe de coloridos encuentros con piratas e invasores enemigos, además de una abundante fuente de cotilleos por sus numerosos *affaires* con las esposas de otros hombres. Entonces, como en tantas épocas, la notoriedad era más deseable para un político que la oscuridad. A pesar de todo lo cual, la carrera de Julio César fue ampliamente convencional.[38]

El ascenso de Cayo Octavio fue más lento y menos espectacular, pero continuó de forma estable. Un hombre que aspiraba formalmente a un cargo se vestía con una toga especialmente blanqueada conocida como *toga candidata*, de donde procede nuestra palabra «candidato». Durante una campaña era importante ser conspicuo. En Roma no existían los partidos políticos tal cual los entendemos hoy y tampoco las elecciones giraban en torno a un programa político. De una forma bastante abierta, los electores elegían atendiendo al supuesto carácter y comportamiento pasado del candidato, más que a las opiniones expresadas por estos. Cuando la naturaleza de una persona no era evidente, el pueblo romano tendía a decantarse por el nombre famoso, pues existía el sentimiento de que la virtud y la habilidad se heredaban. Por tanto, si el padre y el abuelo de alguien habían ejercido el cargo con distinción —o al menos evitando la más completa ignominia—, se asumía que poseía un talento similar. También se tendía a heredar las redes de favores, obligaciones y amistadas creadas por las generaciones anteriores. Las familias aristocráticas asentadas no perdían oportunidad de alardear de sus logros. Los atrios de las casas estaban decorados con los sím-

bolos de pasadas victorias, y alguien que penetrara en ellas pasaría por delante de los bustos de los antepasados, cada uno de los cuales estaba adornado con las insignias de sus magistraturas.[39]

Los Octavios no eran muy conocidos. Pese a lo cual, era importante para los amigos, admiradores y peticionarios visitar a Cayo Octavio cada mañana. Era la rutina diaria de todos los senadores, comenzar con este saludo formal de todos sus deudos, los que esperaban favores y otros ligados a él, o que deseaban estarlo. Era especialmente importante que la casa de un candidato estuviera atareada en las horas inmediatas al amanecer, mientras la jornada se preparaba para empezar. En el 64 a. C., Quinto Cicerón escribió un panfleto sobre las campañas electorales presentado como consejos para la campaña consular de su hermano, algo que Cicerón apenas necesitaba, pero un conveniente recurso literario. Menciona que no pocas personas decidirán ir a visitar a varios de los candidatos, guardándose las espaldas a la hora de apostar por quien iba a ganar. Quinto aconseja al candidato que muestre gran placer ante tales visitas, con la esperanza de halagarlos y así convertirlos en seguidores genuinos.[40]

Un candidato nunca tenía demasiados amigos políticos y esta era una oportunidad de conseguir más. Como dice Quinto Cicerón: «puedes hacerte amigo de cuantas personas quieras sin deshonra, lo que no podrás hacer durante el resto de tu vida. Si en algún otro momento te esfuerzas en cortejar su amistad, se considerará que actúas con mal gusto; pero haciendo campaña se pensará de ti que eres un pobre candidato si no actúas así, y también con vigor, en relación con muchas de esas personas».[41]

Era una buena oportunidad para dejar que la gente le hiciera un favor a un candidato mostrándole apoyo y, al hacerlo, colocarlo en deuda con ellos para un futuro. Había muchos modos evidentes de mostrar compromiso con un candidato, sobre todo caminando con él por el Foro. Era importante estar acompañado por un grupo de seguidores tan amplio y distinguido como fuera

posible, de modo que las amistades pudieran verse. El electorado romano tendía a favorecer al supuesto ganador, de modo que cuanta más gente quería unirse al bando ganador más grandes se iban haciendo los grupos.

Cuando un candidato atravesaba el corazón de la ciudad de este modo iba saludando a los transeúntes, deseando ser asociado con tanta gente prominente como fuera posible. Un tipo especial de esclavo, conocido como *nomenclator*, tenía el trabajo de susurrar al oído de su amo los nombres de las personas, de tal modo que pudiera saludarlas adecuadamente. Depender de uno de ellos de forma demasiado evidente era considerado vulgar, claro que prescindir de ellos de forma abierta, como hacía Catón el Joven, resultaba inusual, sobre todo cuando después intentó impedir que otros candidatos los utilizaran. Al final cedió ante la presión, y los *nomenclatores* continuaron siendo una parte esencial del equipo de los políticos.[42]

Había ciertas grandes causas que ayudaban a que un hombre se hiciera popular entre algunas secciones de la comunidad. Julio César apoyó sistemáticamente legislación para repartir terrenos públicos a los pobres urbanos y a los soldados desmovilizados, siguiendo los pasos de los Gracos y otros reformadores. También luchó en los tribunales y el Senado por los derechos de los habitantes de las provincias. Una cuestión que para muchos romanos tenía una resonancia todavía mayor era la de si había límites para las acciones de los magistrados cuando el Senado invocaba el *senatus consultum ultimun*. En el 63 a. C. Julio César se vio envuelto en el juicio-farsa de un hombre acusado de matar prisioneros capturados durante los disturbios del 100 a. C., treinta y siete años antes. Todo el episodio, que pretendía dejar claras posiciones políticas, siguió un procedimiento arcaico y terminó sin veredicto. No cuestionó la necesidad de matar a los ciudadanos que empuñaran las armas contra la República, sino si a tales personas se les podía seguir denegando el derecho a un juicio formal des-

pués de que se hubieran rendido y hubieran dejado de ser una amenaza formal para el Estado. Era la misma cuestión surgida durante el debate sobre los seguidores de Catilina, y antes de que terminara el año Cicerón estaba siendo atacado por haberlos ejecutado.[43]

Es poco probable que Cayo Octavio se hubiera relacionado estrechamente con cuestiones tan controvertidas. En los primeros meses del 62 a. C., el ejército de Catilina seguía estando en fuga, amenazando con un prolongado episodio de guerra civil. Mientras tanto, sus seguidores comenzaron a alejarse de él y la revuelta no cogió impulso. Un ejército bajo el mando nominal de Cayo Octavio, pero de hecho dirigido por un subordinado con más experiencia, no tardó en arrinconar a los rebeldes. Ampliamente sobrepasados en número, la causa rebelde estaba perdida, a pesar de lo cual, Catilina y varios miles de empecinados cayeron luchando, prefiriendo la muerte en batalla a rendirse y la subsiguiente ejecución.[44]

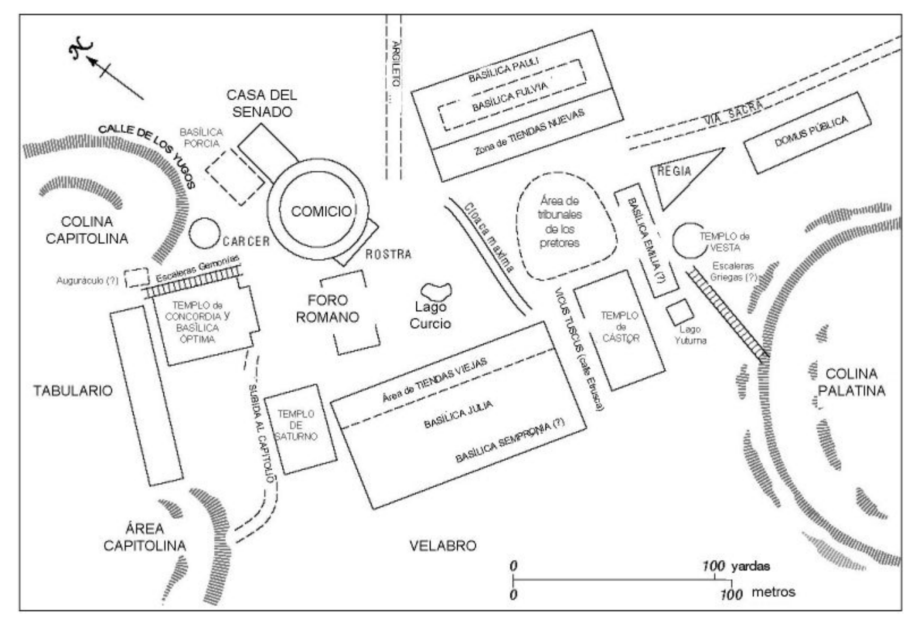
Probablemente, la principal preocupación de la vida pública durante la mayor parte del 62 a. C. fue el inminente regreso de Pompeyo el Grande de sus campañas orientales. Mitrídates estaba muerto, la guerra terminada y si bien se había entretenido algunos meses en reorganizar las provincias y los reinos aliados en esa región, el general y sus legiones estaban de camino a casa. Nadie estaba muy seguro de lo que harían cuando llegaran. Algunos temían otro Sila. Otros más odiaban la idea de que un hombre con vastas riquezas e inmenso prestigio llegara a dominar el Estado. Pompeyo ya había roto prácticamente todas las normas de la vida pública, organizando un ejército privado durante la guerra civil y luego negándose a desmovilizarlo, de modo que los senadores decidieron conferirle derechos legales y utilizarlo para luchar contra los rebeldes en vez de convertirlo en uno de ellos. No ostentó cargo electo alguno hasta que el 1 de enero del 70 a. C. se convirtió en cónsul y senador a la vez a la

edad de treinta y seis años. Durante la guerra civil se ganó el sobrenombre de «joven carnicero» *(adulescentulus carnifex)* por el entusiasmo que mostraba al ejecutar a nobles prominentes. Más recientemente, hubo gente que lo acusó de robar la gloria de otros, haciéndose con el mando de las mismas cuando las guerras ya estaban ganadas.[45]

Senadores tan diferentes como Craso y Catón se sentían igual de ofendidos por el éxito de Pompeyo; pero para la mayoría de la población era el mayor héroe de Roma. Julio César apoyó gustoso propuestas en su favor, al tiempo que mantenía su independencia política. A comienzos del 62 a. C. se involucró con un tribuno de la plebe que quería traer de regreso al general y su ejército para que se ocupara de los rebeldes de Catilina. La oposición era fuerte, de modo que el tribuno huyó y Julio César fue desprovisto brevemente del cargo de pretor hasta que se arrepintió de forma pública. Lo más probable es que Cayo Octavio se mantuviera bastante alejado de semejantes altercados, al tiempo que se aseguraba de expresar las opiniones adecuadas para tocar la fibra sensible de su público.[46]

Un candidato inteligente hacía todo lo posible por agradar a cuanta más gente mejor. De él y sus amigos se esperaba que recibieran y elogiaran tanto a personas como a grupos —el orden ecuestre, los *publicani*, las clases menos favorecidas, así como a los miembros de los distintos gremios de la ciudad y divisiones de voto en las asambleas. Era vital ser visto como generoso y con ganas de ayudar, sobre todo a cambio de apoyo. Como dijo Quinto Cicerón: «la gente no solo quería promesas […], sino promesas hechas de un modo dadivoso y halagüeño». También estaban destinadas a pedir favores. «Lo que no puedas realizar, declínalo graciosamente o, mejor todavía, no lo declines. Un buen hombre haría lo primero, un buen candidato lo segundo». Siempre que fuera posible, era mejor prometer, dado que «si rechazas estate seguro de que generarás antagonismo de inmedia-

to, y en más gente [...]. Sobre todo porque se enfadan más con quienes los rechazan que con un hombre que [...] tiene un motivo para no cumplir su promesa, aunque lo hará si buenamente puede».[47] Las promesas electorales eran tan efímeras en el siglo I a. C. como lo son hoy y los votantes igual de inclinados a dejarse vencer por el optimismo en vez de por la experiencia.



El centro de Roma en torno al 63 a. C.

Cayo Octavio tenía dinero de sobra para gastar en invitaciones, o para utilizarlo en regalos y préstamos para conservar las amistades existentes y conseguir otras más. También había, no cabe duda, conexiones anteriores nacidas de las actividades comerciales de la familia, además de parientes como Julio César que lo trataban y le demostraban su apoyo de forma visible. Los favores podían comprarse, y la mayoría de los regalos o favores no infringían las leyes destinadas a acabar con la corrupción. Era una línea muy fina que traspasar, pero a pesar de todo el dinero que prodigó en los votantes, merece la pena mencionar que Julio César nunca fue acusado de soborno. Esas cuestiones podían ser

tratadas con delicadeza y solo los infractores más patentes terminaban ante el tribunal.[48]

Había ocho pretores, de modo que inevitablemente, una docena de miembros del colegio anual de cuestores no conseguía un cargo superior. Con todo y con ello, las posibilidades eran considerablemente mayores que en la competencia por el consulado. Los pretores eran elegidos tras los cónsules, en una reunión en la misma asamblea popular, la *Comitia centuriata*. Las treinta y cinco tribus de ciudadanos romanos eran divididas en diferentes grupos de voto según sus propiedades y derivados de la antigua estructura del ejército romano. Dado que los cuerpos de ciudadanos armados no estaban permitidos dentro del límite sagrado de la ciudad (el *pomerium*), se reunían fuera de él, en el Campo de Marte *(Campus Martius)*, en una zona vallada según las divisiones de voto y conocida como la *saepta*, o redil de ovejas.

Las centurias de los más pudientes contenían menos personas y votaban primero, cruzando las calzadas de madera, o «puentes» *(pontes)*, para dejar caer una tablilla marcada con las iniciales de los candidatos que habían elegido dentro de una cesta. La decisión mayoritaria de cada centuria decidía el voto de todo el grupo. Los candidatos podían tener la posibilidad de realizar discursos en reuniones informales antes de que la *Comitia centuriata* fuera convocada oficialmente; pero después simplemente esperaban y observaban desde una plataforma situada fuera, todos ellos vestidos con su brillante toga blanca. El primer hombre que conseguía ganar suficientes centurias como para obtener una mayoría simple —97 de un total de 193— era elegido, y luego el siguiente, y así hasta terminar. El proceso era engorroso y tomaba su tiempo, habiendo ocasiones en las cuales los ocho pretores no habían sido elegidos antes de la puesta del sol, de modo que la asamblea se suspendía y las elecciones tenían que celebrarse de nuevo en la siguiente fecha oficial.[49]

En esta elección, Cayo Octavio fue el primero en conseguir una mayoría. Su suegro, Marco Atio Balbo, no tardaría tampoco en ser pretor, probablemente el año siguiente, lo cual puede sugerir que la influencia y el nombre de Julio César fueron un activo valioso para sus parientes. La principal tarea de los pretores durante su año en el cargo era actuar como jueces. Siete de ellos presidían los siete tribunales *(questiones)* creados por Sila, mientras que el restante ocupaba el prestigioso y más amplio cargo de *praetor urbanus*, cuya autoridad solo quedaba por debajo de la de los cónsules. Cayo Octavio fue destinado a supervisar uno de los tribunales.[50]

Los juicios tenían lugar sobre unas tarimas en el Foro, donde el público podía reunirse para ver un caso si era importante, entretenido o simplemente escandaloso. El pretor presidente se sentaba en la silla de su cargo, atendido por seis lictores con los fasces, el hacecillo de varas que rodeaba una segur y simbolizaba su poder para infligir castigos corporales o la pena capital. Empleados como los lictores eran profesionales, al contrario que los pretores, que cambiaban cada año, y en algunos casos esa experiencia les otorgaba una considerable influencia en la dirección de un juicio. Presidir un juicio era otra buena oportunidad para que un hombre consiguiera ser muy conocido. También podían conseguir más conexiones políticas tratando de forma cortés y compasiva tanto al acusador como al acusado, sus abogados y los jurados, que eran senadores, ecuestres y otros hombres de relieve. En el sistema romano no había equivalente al Estado o la Corona contra el acusado, de modo que quienes tenían que presentar los cargos era algún ciudadano, o un grupo de ellos. Por lo general, los acusadores eran hombres jóvenes, deseosos de labrarse un nombre, mientras que los defensores eran más distinguidos. Se consideraba más honorable ayudar a otro senador —por más que fuera patentemente culpable— que intentar acabar con su carrera. De modo que, una vez más, el sistema favorecía a la

elite establecida. Muchos juicios tenían dimensiones políticas. Todos eran importantes para los implicados y eran un modo de otorgar favores.

A finales del 60 a. C., Cicerón habló muy bien de la conducta de Cayo Octavio como pretor, aconsejando a Quinto que lo emulara durante su período como gobernador de Asia, pues:

> … debe haber civismo durante la audiencia, clemencia al decidir un caso y cuidadoso discernimiento en el satisfactorio arreglo de las disputas. Fue actuando así como Cayo Octavio se convirtió recientemente en muy popular; fue en su tribunal, por primera vez, donde el lictor no montó escándalos y el *accensus* [otro de los magistrados presentes] contuvo su lengua, al tiempo que todos hablaban tan a menudo como querían y durante tanto tiempo como querían. Es posible que al hacerlo así le diera a alguno la impresión de ser demasiado moderado, de no haber sido porque esa misma moderación la que contrarrestó un momento de severidad como el siguiente: algunos «hombres de Sila» fueron obligados a devolver lo que se habían llevado mediante violencia e intimidación, y aquellos que, una vez en el cargo, habían aprobado decretos injustos, fueron ellos mismos, al ser ciudadanos privados, obligados a inclinarse ante estas mismas sentencias. Esta severidad, por su parte, podría parecer una píldora amarga que tragar, de no haber estado recubierta por la miel de mucha amabilidad.[51]

Fallar en contra de antiguos partidarios de Sila especialmente codiciosos o despiadados era una causa popular, defendida en momentos diferentes por Julio César y Catón. Cayo Octavio parece haber sido el juez romano ideal, duro contra unos pocos; pero por lo general amable y comprensivo con aquellos que lo merecían —esencialmente los de buena cuna y buenas conexiones—. Cuando un senador se daba cuenta de que un veredicto de culpabilidad era inevitable, le estaba permitido renunciar al juicio y a sus derechos de ciudadano, huyendo de Roma con la mayoría de su riqueza intacta para vivir en un confortable exilio. Este fue uno de los motivos por los cuales Cicerón se mostró reluctante a concederles un juicio formal a los conspiradores de Catilina, pues inevitablemente hubieran escogido el exilio antes que la ejecución.[52]

Cayo Octavio actuó bien según los estándares de la clase senatorial. Con el aumento del número de provincias, la mayoría de los pretores continuaban su año en el cargo con un período como gobernadores provinciales. Los puestos eran escogidos por el Senado y luego repartidos por sorteo a cada uno. Cayo Octavio recibió la rica y militarmente importante provincia de Macedonia, con el rango de procónsul. Los procónsules y los propretores no eran elegidos directamente, sino que su poder de mando *(imperium)* les era otorgado por el Senado. De camino a su provincia, Cayo Octavio fue enviado a ocuparse de una banda de forajidos que estaban causando problemas en el área de Turi, cerca de Tarento, en el sur de Italia. Suetonio dice que se trataba de una mezcla de supervivientes de la rebelión de esclavos de Espartaco y de rezagados del ejército de Catilina, y fueron rápidamente dispersados por Cayo Octavio.[53]

Un gobernador tenía muchas oportunidades para sacar provecho del cargo y la mayoría de los romanos asociaban un servicio en el extranjero con el enriquecimiento. Por esas fechas el poeta Catulo afirmó que la primera pregunta que le hizo un amigo al regresar de servir en el estado mayor del gobernador de Bitinia fue: «¿Cuánto has ganado?». Un gobernador de Sicilia especialmente notorio afirmó que un hombre necesitaba ejercer el cargo durante tres años: el primero para pagar sus deudas, el segundo para hacerse rico y el tercero para reunir los recursos necesarios para sobornar al juez y al jurado en el inevitable juicio por corrupción que seguiría tras su regreso a Roma. La mayoría eran menos descarados, pero en su provincia el procónsul ostentaba la suprema autoridad militar y judicial y siempre había personas de sobra que querían ganarse su buena voluntad. Los gobernadores no recibían ningún salario, si bien se les pagaban sus gastos y los de un modesto estado mayor.[54]

De nuevo, Cayo Octavio parece haberse ganado la aprobación de los demás senadores por su conducta. Internamente, la pro-

vincia era pacífica y los problemas fronterizos con los besi y otros pueblos tracios le dieron la oportunidad de conseguir gloria militar. Ganó una batalla, tras la cual sus entusiastas soldados lo saludaron como *imperator*, o general victorioso. Semejante aclamación era el necesario preludio para que el Senado le concediera el honor de un triunfo. La ley estipulaba que una victoria tenía que ser a gran escala, con un resultado de al menos cinco mil enemigos muertos; pero en la práctica es improbable que alguien se preocupara de contar con tanta precisión. A menudo, que un hombre recibiera o no un triunfo tenía más que ver con la influencia de sus amigos en el Senado.[55]

La carrera de Cayo Octavio estaba yendo bien. Un triunfo ciertamente beneficiaría su campaña por el consulado. Julio César también estaba en lo alto, ostentando el consulado del 59 a. C. y había muchas posibilidades de que el esposo de su sobrina no tardara en seguirlo en la magistratura suprema. Entonces, a su regreso a Roma desde Macedonia, Cayo se puso enfermo y murió en su casa de Nola.[56]

III

EL CONSULADO DE JULIO Y CÉSAR

«¿Y qué sucede —dijo alguien— si quiere ser cónsul y seguir conservando su ejército». A lo cual Pompeyo respondió suavemente: «¿Y qué si mi hijo quiere atacarme con un palo?». Esas palabras han hecho pensar a la gente que Pompeyo tiene un pleito con César.

CARTA DE CELIO RUFO A CICERÓN,
octubre del 51 a. C.[57]

El joven Octavio tenía solo cuatro años cuando su padre murió, legando la mayor parte de su fortuna a su único hijo. La riqueza de la familia estaba destinada a respaldar las carreras de las generaciones futuras. Los matrimonios de la aristocracia eran por lo general cuestión de ventajas políticas o financieras inmediatas, y los divorcios seguidos de nuevos matrimonios eran habituales. Julio César estuvo prometido durante su juventud y después se casó tres veces. Pompeyo se casó cuatro veces. Del mismo modo que Atia no adoptó el nombre de su marido al casarse con Cayo Octavio, sus propiedades permanecieron separadas y, excepto la dote, eran controladas en su beneficio por su padre. No era habitual que una esposa heredara las propiedades de su esposo y, de hecho, la expectativa era siempre que los herederos principales fueran los hijos, sobre todo los varones.

En el testamento se nombraban tutores para supervisar las propiedades del chico hasta que alcanzara la mayoría de edad. Uno de ellos fue Cayo Toranio, el hombre que había sido edil —y quizá cuestor— con el padre del crío. Las propiedades habían de ser gestionadas y el dinero invertido para proteger e idealmente incrementar la herencia. Toranio fue acusado después de haber gastado demasiado de la fortuna de Octavio en sus propios asuntos. Existe la posibilidad de que se tratara de juicios erróneos por su parte más que de un abuso deliberado de su posición; pero cuando fue adulto Octavio no lo vio así y a su debido momento se cobró una macabra venganza.[58]

Atia era un valioso activo para su padre. Todavía joven —seguramente se encontraba en la veintena— y capaz de tener más hijos, habría resultado raro que no se casara. La ley romana imponía un período de espera de diez meses antes de que fuera aceptable para una viuda o divorciada conseguir otro marido, pues así quedaría clara la paternidad de cualquier hijo. Marco Atio Balbo obtuvo beneficios de su matrimonio con la hermana de Julio César y de su alianza con Cayo Octavio. Lo cual no significa que no tuviera libertad para buscar una nueva alianza con otro linaje aristocrático y conseguir así nuevos contactos. Atia se casó de nuevo, esta vez con Lucio Marcio Filipo, que consiguió el consulado en el 56 a. C. Filipo no era un gran amigo de Julio César; pero su familia tenía una muy buena reputación y era políticamente exitosa, lo cual lo convirtió en un buen arreglo para ambas partes. En su caso, el matrimonio pudo haber supuesto además una bienvenida inyección de dinero. Filipo ya tenía un hijo adulto que estaba comenzando su carrera política, así como una hija; pero si había esperado más hijos de su nuevo matrimonio iba a quedar decepcionado.[59]

Octavio no acompañó a su madre a su nuevo hogar. Por el momento, él —y presumiblemente su hermana— se fueron a vivir con los padres de Atia, que se hicieron cargo de la tarea de

supervisar que estuvieran atendidos y realizaran sus primeros estudios. Con el tiempo, a la nodriza se le sumaría un *paedagogus*; en el caso de Octavio, su cuidador se llamaba Esfero. Por lo general, un *paedagogus* era un esclavo de origen griego y parte de su tarea consistía en enseñar al niño ese idioma así como latín. Los aristócratas romanos del siglo I a. C. eran fluidos bilingües. Además de en leer, escribir y aritmética básica, también se hacía especial hincapié en las costumbres e historia de la república romana. Como dijo Cicerón: «Porque ¿qué es la vida de un hombre si no está entretejida con la vida de las generaciones anteriores por un sentido de la historia?». Dentro de la más amplia historia del Estado, el mayor énfasis se ponía en el papel representado en ella por la familia. Sin duda, Atia se aseguró de que Octavio aprendiera sobre las grandes hazañas e inmensa antigüedad de los Julios en general y de los Césares en particular. Sin duda la menos espectacular historia de la familia de Cayo Octavio también fue motivo de un más discreto orgullo. En años posteriores, Octavio escribió simplemente que eran «una antigua y próspera familia ecuestre», sin profundizar en más detalles.[60]

«EL MONSTRUO DE TRES CABEZAS»[61]

Pompeyo el Grande regresó a Italia con su ejército a finales del 62 a. C. Tras haberle sido otorgados por la Asamblea Popular mando y recursos en una proporción sin precedentes, sus victorias empequeñecieron las de los generales romanos del pasado. Pompeyo había servido bien a la República, su experiencia y talento natural para la organización y la planificación primero limpiaron el Mediterráneo de piratas, antes de terminar aplastando a Mitrídates del Ponto y reorganizar a fondo el Oriente Próximo. Muchos senadores se preguntaban si un hombre acostumbrado a semejante poder se contentaría con volver a ser de nuevo un simple senador. Muchos temían que utilizaría sus legiones para dominar la República por la fuerza, como hiciera Sila.[62]

Pompeyo no era Sila, además, la situación era por completo diferente, pues Sila se había enfrentado a enemigos que ya estaban en armas contra él cuando regresó de su guerra contra Mitrídates. Sencillamente, la inacabada guerra civil continuó cuando retornó de Oriente. Como gran gesto para calmar los miedos de la gente, Pompeyo comenzó a desmovilizar su ejército en el 62 a. C., nada más llegar a Italia. El ambiente político en Roma cambió mientras el alivio se iba desvaneciendo para ser reemplazado por el sentimiento de que ahora el gran conquistador era vulnerable. Pompeyo ya no ostentaba un poder formal ni controlaba un ejército, si bien permanecería fuera de los límites formales de la ciudad y mantendría su *imperium* hasta que celebrara su triunfo. En adelante tendría que confiar en su riqueza, su habilidad y en ese algo intangible que los romanos llamaban *auctoritas* —para lo cual la palabra «autoridad» es una pobre traducción—. La *auctoritas* combinaba el estatus y el respeto debido a una persona tanto por sus logros y conexiones, como por los de su familia. En esencia era, sencillamente, cuán importante consideraban todos que un hombre era.[63]

Nadie dudaba de la importancia de Pompeyo, y nadie lo sobrepasaba en dinero o conexiones políticas; pero no tenía el monopolio de esas cosas y otros muchos las poseían en menor grado. Pompeyo había pasado toda su juventud y la mayoría de su vida adulta en campaña. Poseía poca experiencia en las maniobras diarias de la vida pública, en mercadear y explotar los favores políticos. Además, ansiaba la adulación de las masas y la servicial aprobación de sus colegas senatoriales, por lo que hubo de luchar por sobrellevarlo cuando esta no se producía. En la práctica tenía tres objetivos. El primero y más sencillo era su derecho a celebrar un triunfo y hacer desfilar sus éxitos por el centro de la ciudad. El segundo era la ratificación formal de su reorganización de las provincias y reinos orientales, lo cual confirmaría todas sus decisiones. El último era una ley que garantizara lotes de

tierra a sus licenciados soldados, estableciéndolos en granjas, de modo que en el futuro pudieran mantenerse, tanto ellos como sus familias.

En sí mismas, eran todas cosas buenas para el Estado. Sus arreglos orientales eran sensatos y, cuando finalmente fueron aprobadas, muchas de sus disposiciones se mantuvieron en vigor durante siglos. Los legionarios habían luchado bien y con éxito, sin embargo, la República les pagaba un sueldo pobre y la mayoría no tenían de qué vivir ahora que el ejército ya no los necesitaba. Es cierto que con ello Pompeyo se ganaría la gratitud y los futuros votos de estos hombres, incrementando la gran variedad de clientes ya obligados a apoyarlo. Los aristócratas romanos de su generación sentían que si alguien tenía un vasto prestigio, este disminuía su propio estatus. También había muchos con rencillas contra él, nacidas de esos familiares que les había ejecutado el joven carnicero.[64]

Pompeyo hubo de luchar para conseguir su triunfo. Se trataba del tercero para él, y fue celebrado con gran esplendor y énfasis en la inigualable escala de sus logros. La muchedumbre vitoreó a los soldados, a las filas de cautivos y a las carrozas que llevaban los despojos de la guerra, listas de conquistas y pinturas con escenas de las campañas. El propio Pompeyo iba montado en un carro, con los ropajes púrpura de un general triunfante, tocado con una corona de laurel y con la cara pintada de color terracota para parecerse a las antiguas estatuas de Júpiter Optimus Maximus, el jefe de los dioses romanos. Por ese día, el general asumía el papel del dios. Los meses y años siguientes demostraron con claridad los límites de la influencia y la riqueza cuando se enfrentaban a una oposición concertada. Como ciudadano privado, Pompeyo no tenía poder y no podía convocar al Senado o presentar una ley al pueblo. En el 61 y el 60 a. C. su apoyo ayudó a que antiguos subordinados consiguieran el consulado. Ninguno de ellos

demostró ser políticamente astuto y rápidamente fueron bloqueados o postergados por sus respectivos colegas.

Catón destacó en la campaña para boicotear a Pompeyo, pero otros muchos miembros de familias distinguidas dejaron de lado brevemente sus habituales rivalidades con la esperanza de conseguir que el gran héroe recibiera una dosis de realidad. Tales personas gustaban de referirse a ellos mismos como «los hombres buenos» *(boni)* o «los mejores hombres» *(optimates)*, y cuando hablaban de libertad y de la República entendían ambos como los intereses de su propia clase. Para ellos era preferible dejar un problema sin tratar antes que permitir que un rival consiguiera el crédito de haberlo resuelto. Era la receta para que la vida pública cayera en la inercia. Ninguna ley que otorgara tierra a los veteranos —o de hecho a cualquier otro ciudadano pobre— llegó a aprobarse, mientras que el acuerdo oriental seguía a la espera de ser aprobado. Los gobernantes y las comunidades de las provincias y reinos aliados permanecieron en el limbo, sin tener la seguridad de que los poderes que les habían sido otorgados fueran a durar.

Craso tomó parte en muchos de los ataques contra Pompeyo, pero no tardó en quedar igual de frustrado que este. Varias prominentes compañías de *publicanii* habían pujado muy por encima de la probable recaudación para asegurarse el derecho a recaudar los impuestos en Asia y otras provincias orientales y ahora se encontraban con que les resultaba imposible cubrir su inversión. Presionaron para que se les devolviera su pago original al Estado. Es probable que Craso hubiera invertido en esas compañías y, ciertamente, mantenía estrechas relaciones de negocios con ellas. A pesar de toda su red de amigos políticos en deuda con él, fue incapaz de impedir que la cuestión fuera bloqueada cuando se presentó en el Senado.[65]

Es un error ver estos años solo desde la perspectiva de Pompeyo, Craso y sus adversarios. El ciclo anual de elecciones continuó

siendo acaloradamente disputado, a menudo mediante sobornos e intimidación, mientras en los tribunales tenían lugar batallas con motivaciones políticas. Julio César se pasó el 61-60 a. C. como gobernador de la Hispania Ulterior, si bien estuvo a punto de no poder ir a su provincia cuando algunos de sus acreedores le exigieron el pago inmediato de sus asombrosas deudas. Craso intervino, pagando algunas y avalando el resto. Una rebelión proporcionó al nuevo gobernador la oportunidad de lanzarse a la guerra, ganando gloria y consiguiendo mucho botín. Para cuando regresó a Roma, Julio César había aliviado su situación económica y conseguido la posibilidad de un triunfo.

Estaba decidido a redondear este éxito consiguiendo el consulado para el año 59 a. C., *suo anno*. Para hacerlo, pidió una exención de la ley que requería que un candidato estuviera presente físicamente cuando se declarara como tal. Catón bloqueó esta posibilidad utilizando tácticas dilatorias, hablando y hablando cuando se solicitaba su opinión en el debate senatorial, impidiendo así que se realizara una votación. El Senado no tenía permitido continuar un debate tras la puesta de sol, de modo que cualquier cosa que quedara sin resolver había de ser abandonada. Era una técnica que utilizaría repetidas veces, y uno de los motivos por los cuales ya se había convertido en una figura tan formidable en el Senado a pesar de su edad, comparativamente joven. En este caso su triunfo fue fugaz. Julio César fue a la ciudad y apareció como candidato, a pesar de que ello le supuso licenciar a sus tropas y renunciar a su triunfo.[66]

Parte de la hostilidad de Catón se debía a pura aversión personal, a la que no ayudaba el largo *affaire* entre Julio César y la medio hermana de Catón, Servilia. Su propio yerno, Marco Calpurnio Bíbulo —un hombre de más edad que él—, también se presentaba al consulado y puede que esperara conseguir su elección y la de un colega menos extravagante.Quizá esperaba también que un fracaso en la consecución del consulado arruinaría a

Julio César del mismo modo que hizo con Catilina; pero de ser así se trató de un gran error de cálculo. Todos los candidatos gastaron con profusión y Julio César fue elegido primero con comodidad; Bíbulo además, consiguió por poco convertirse en su colega.[67]

Todo esto era en público. Entre bambalinas, Julio César había llegado a un acuerdo con Creso y Pompeyo, convenciéndolos de que el único modo de conseguir lo que querían era dejar de lado su enemistad y trabajar juntos a través de él. También intentó llegar a una asociación igual de próxima con Cicerón, pero no consiguió convencerlo. Los estudiosos modernos llaman el «primer triunvirato» a esta alianza entre los dos hombres más ricos de Roma y el ambicioso recién llegado. Por entonces era un acuerdo secreto, y solo gradualmente durante el transcurso del 59 a. C. se fue volviendo público.[68]

En enero, Julio César comenzó su año en el cargo presentando una ley agraria al Senado. Era de tono moderado y su actitud fue conciliadora, declarando que estaba dispuesto a modificar cualquiera de sus cláusulas de haber críticas razonables. Ya había decretado que todos los debates senatoriales serían publicados, de modo que las opiniones expresadas en ellos serían del dominio público. Solo Catón estuvo dispuesto a aparecer en el registro disintiendo, y no tardó en comenzar uno de sus conocidos interminables discursos. Estallando de indignación, Julio César hizo que sus lictores lo acompañaran fuera de la sala; pero Catón era muy bueno representando el papel de víctima de un tirano. Al menos un senador se fue con él, declarando que «prefería estar con Catón en la cárcel antes que con César aquí». La reunión terminó sin una votación.[69]

Este patrón se repitió, con Catón, Bíbulo y sus seguidores aprovechando todas las oportunidades para obstruir a Julio César. Les preocupaba menos detenerlo que hacer que adoptara métodos cada vez más y más radicales, arrojando así dudas para

el futuro sobre la legalidad de todo lo que hizo. La ley agraria fue aprobada por la Asamblea Popular, de modo que los veteranos de Pompeyo consiguieron sus granjas. Pocos meses después, la primera fue completada con una segunda ley agraria que distribuía más terrenos públicos a antiguos soldados y a 20 000 hombres casados con al menos tres hijos seleccionados de entre los pobres urbanos. Se nombraron veinte comisionados para supervisar la distribución, uno de los cuales era el padre de Atia. Finalmente, las disposiciones orientales de Pompeyo fueron ratificadas al completo. Por esas mismas fechas, los *publicanii* recibieron un reembolso por su sobrepuja, si bien vino acompañado de un aviso para que fueran más comedidos en el futuro.[70]

El apoyo de Pompeyo y de Craso fue saliendo a la luz al recurrir Julio César cada vez más a reuniones públicas y a la Asamblea Popular para conseguir que se aprobara su legislación. Ambos lados recurrieron a bandas de seguidores y a la intimidación; pero los del triunvirato eran más numerosos y estaban mejor organizados. En una reunión pública sobre la ley agraria, los lictores de Bíbulo vieron cómo les rompían los fasces y a este le volcaron encima una cesta llena de estiércol. Tras esta experiencia, se retiró a su casa durante el resto del año, declarando que observaba los cielos en busca de auspicios y no dejaba de ver rayos en ellos. Si un magistrado en ejercicio veía semejante signo de Júpiter, los asuntos públicos se suspendían; pero se suponía que tenía que estar presente en la reunión o la Asamblea y no remoloneando en su casa. No obstante, sirvió para enfangar las aguas sobre toda la legislación de ese año.[71]

Tras su regreso de Oriente, Pompeyo se había acercado a Catón con la esperanza de casarse con una de sus sobrinas, pero fue desairado. Se casó entonces con Julia, la hija de Julio César, confirmando así abiertamente su alianza. El padre de Julia era seis años más joven que Pompeyo; pero a pesar de la diferencia de edad el matrimonio fue un gran éxito, con el hombre mayor dis-

frutando de la adulación de su joven y encantadora esposa. Todo el mundo sabía que Craso y Pompeyo estaban aliados con el ambicioso cónsul y hubo hombres que empezaron a hablar de que un «monstruo de tres cabezas» dominaba el Estado. Otros bromeaban con que vivían en el consulado de «Julio y César», puesto que Bíbulo era invisible y no realizó ningún intento por aprobar ninguna ley ni cuestión propias. No obstante, además de observar los cielos, estaba ocupado escribiendo injuriosos ataques contra su colega, que mandaba colgar en el Foro para que todos lo vieran. Otros se sumaron a este flujo de invectivas. Julio César fue apodado «un esposo para las mujeres y una esposa para los hombres» cuando la vieja historia de que había sido seducido por el anciano rey de Bitania volvió a ser sacada a la luz.[72]

Unidos, Pompeyo, Craso y Julio César eran capaces de hacer aprobar cualquier tipo de legislación, si bien a menudo al precio de usar métodos extremos. A pesar de lo que afirmaban sus críticos, eran incapaces de controlar todos los aspectos de las cuestiones públicas. Consiguieron asegurar la lección de dos cónsules amistosos para el 58 a. C. —uno de ellos Lucio Calpurnio Pisón, el nuevo suegro de Julio César—; sin embargo, no consiguieron evitar que personas mucho más hostiles consiguieran otras magistraturas, y menos todavía esperar controlar las elecciones a largo plazo. Al final del año, Julio César se marchó con un mandato provincial de cinco años, el cual le daba la posibilidad de conseguir gloria y suficiente dinero como para pagar sus deudas y reunir una fortuna. Una ley presentada a la Asamblea por un tribuno le otorgó las provincias de Galia Cisalpina e Iliria. Cuando el gobernador de la Galia Transalpina murió, Pompeyo propuso al Senado que se la concedieran también, de modo que Julio César recibió una tercera provincia, esta vez mediante un decreto senatorial.[73]

«ELLOS LO HAN QUERIDO»

Junto a su educación formal, los hijos de los senadores se suponía que tenían que aprender observando. Cuando cumplían los siete años comenzaban a ayudar a su padre —u otro pariente varón— mientras se ocupaba de sus negocios, viéndolo recibir y saludar a los clientes que iban a su casa a diario, y siguiéndolo por el Foro camino de las reuniones del Senado. Los niños no estaban permitidos dentro del interior de la cámara; pero las puertas se quedaban abiertas y tanto ellos como sus ayudantes se reunían fuera para escuchar. También se ejercitaban en público en el Campo de Marte, donde con el tiempo aprendían a lanzar la jabalina y a luchar con escudo y espada. Así, desde una edad temprana estaban en compañía de su generación, los hombres con quienes competirían por los cargos y servirían como colegas.

No sabemos cuándo murió Marco Atio Balbo, el padre de Atia, aunque su último cargo conocido fue el de comisionado agrícola en el 59 a. C. Es posible que el joven Octavio comenzara a aprender sobre la vida pública siguiendo a su abuelo durante los últimos años de la vida de Atio Balbo; pero no tenemos pruebas directas de que fuera así. Su tío abuelo era una presencia meramente distante, pues Julio César estaría fuera de Roma durante una década. Aproximadamente por las mismas fechas en las que comenzaban a observar la vida pública, los chicos empezaban también a recibir enseñanza formal de un *grammaticus* —un profesor tanto de literatura como de lengua—. En Roma había algo así como veinte escuelas abiertas a todos cuyos padres podían pagar esa educación. Los muy ricos por lo general tenían un *grammaticus* en casa, aunque podían permitir que los hijos de amigos, parientes o clientes se unieran a sus vástagos en las clases. En algún momento a lo largo de su educación, Octavio comenzó a forjar amistades que le durarían toda la vida.[74]

Los jóvenes romanos leían y memorizaban textos clásicos en latín y griego, de modo que pudieran comentarlos y citarlos. También se aprendían de memoria cosas como las Doce Tablas,

la antigua base de la ley romana. A pesar de lo cual, era la observación práctica de cómo funcionaba la República y los negocios privados de un senador —en el caso de las niñas las tareas de su madre dirigiendo la casa— lo que mejor los preparaba para la vida adulta. Observar la vida pública de la República en los años 50 a. C. no era muy edificante. Sin Julio César como cónsul en Roma, Pompeyo y Craso siguieron ejerciendo una inmensa influencia; pero tuvieron menos control todavía sobre los acontecimientos diarios que cuando él estaba presente como magistrado superior. Muchos senadores menores tenían menos influencia que estos grandes hombres, pero había algunos con poder para conseguir que las cosas se hicieran. Rivalidades políticas que no tenían nada que ver con Pompeyo, Craso o Julio César siguieron pululando.

Publio Clodio Pulcro era un político carismático, inquieto y decidido que se convirtió en una de las figuras de la década. El nombre de la familia era Claudio Pulcro, pero desde el principio adoptó la pronunciación vulgar de Clodio. Era un patricio hasta la médula, con toda la seguridad en sí mismo proporcionada por pertenecer a una antigua familia aristocrática que había mantenido su categoría a lo largo de los siglos. El nombre de la familia, Pulcro, significaba «bonito» y muestra bien a las claras la imagen que tenían de ellos mismos; los Claudios eran conocidos por su tremenda seguridad en sí mismos y pura arrogancia. Durante la primera guerra púnica contra Cartago, fue un Claudio Pulcro quien se cansó de esperar a que los pollos sagrados comieran y mostraran que los auspicios eran buenos para que dirigiera la flota al ataque. Al final agarró la jaula y tiró a las aves por la borda del barco almirante, diciendo: «Si los pollos sagrados no comen dejemos que beban». Los romanos atacaron y sufrieron la mayor derrota en el mar de todas las largas guerras con Cartago. Pocos años después, la hermana de Claudio Pulcro fue llevada a juicio porque, cuando su litera se quedó atascada en las abarrotadas ca-

lles de Roma, expresó en voz alta su deseo de que «su hermano fuera y ahogara a algunos más de la plebe» para despejar su camino.[75]

Clodio tenía mucho mejor sentido del estado de ánimo popular que semejantes antepasados, pero una similar falta de mesura cuando se trataba de hacer o decir lo que quería. Como patricio no podía presentarse para tribuno, de modo que realizó varios intentos para convertirse en plebeyo. El profundo odio que Clodio sentía por Cicerón era bien conocido y, cuando en el 59 a. C. el orador criticó en público el triunvirato, la respuesta fue casi inmediata. A las pocas horas Julio César como cónsul y Pompeyo como augur presidían una ceremonia de adopción en la que Clodio se convirtió oficialmente en el hijo de un plebeyo, que en realidad era más joven que él. Todo el asunto era meramente simbólico, con bastante más que un toque de farsa, pero técnicamente válido. En todos los demás sentidos, Clodio seguía siendo un aristócrata con una gran cantidad de clientes y amistades políticas que lo apoyaban, por lo que fue elegido tribuno con facilidad. Otros muchos políticos habían utilizado bandas de seguidores para intimidar e incluso atacar a sus oponentes; pero Clodio llevó esta táctica a nuevos niveles, utilizando los tradicionales *collegia*, o gremios comerciales, como base de sus bandas organizadas. Desdeñados por sus oponentes como chusma, parece como si muchos de sus esbirros fueran vendedores, artesanos y un buen puñado de libertos, como gran parte de la población urbana.[76]

Cicerón no tardó en ser atacado, sobre todo a causa de su ejecución de los seguidores de Catilina. A los pocos meses fue abandonado a su suerte y partió al exilio. Clodio no era agente de Julio César, Craso o de nadie más, y la cooperación con ellos solo duró mientras convino a sus propósitos. No tardó en amenazar con poner en entredicho la legislación del 59 a. C. y sus bandas se volvieron contra Pompeyo, hasta el punto de que durante algún tiempo el gran héroe de la República tuvo miedo de salir de

su casa. Con el tiempo, un senador llamado Milón reclutó su propia banda de seguidores —muchos de ellos gladiadores— para pelearse con Clodio por el control de las calles y espacios públicos. La violencia política se intensificó y los sobornos en las elecciones aumentaron hasta llegar a niveles nunca antes alcanzados.[77]

La antigua hostilidad entre Craso y Pompeyo resurgió, y durante algún tiempo pareció como si la alianza del triunvirato hubiera terminado. Una frenética ronda de negociaciones concluida con reuniones en Luca, en la Galia Cisalpina —dado que Julio César no podía abandonar su provincia—, arregló las cosas. Pompeyo y Craso se presentaron a las elecciones y se convirtieron en cónsules por segunda vez en el 55 a. C. Ambos lo dispusieron todo para conseguir un extraordinario mandato provincial una vez terminado su año en el cargo, al mismo tiempo que se le concedía a Julio César un nuevo período de cinco años en las Galias e Iliria. Craso se quedó con Siria y desde el principio estuvo claro que tenía pensado atacar Partia, el último gran reino oriental que no estaba bajo dominio romano. Pompeyo tenía las provincias hispanas y las legiones acantonadas en ellas, pero nunca se preocupó de viajar hasta allí. En vez de eso se quedó en su villa en las colinas albanas, fuera de los límites formales de Roma, para así poder conservar su *imperium*. Envió a sus legados —los subordinados que ayudaban a un gobernador romano, que dictaban órdenes gracias a un *imperium* delegado— para gobernar la zona, sabiendo durante todo el tiempo que disponía legiones a las que recurrir si era necesario.[78]

Nada de esto se consiguió sin violencia, y los disturbios durante las elecciones eran por entonces casi rutina, siendo las muertes algo cada vez más habitual. En una ocasión, Pompeyo regresó a casa salpicado con la sangre de otra persona y eso impactó tanto a su esposa Julia que sufrió un aborto. A pesar de todo, en los años siguientes no pudieron impedir que senadores in-

dependientes y a menudo amargamente hostiles a ellos consiguieran los cargos principales. Cuando Craso partió para su provincia fue acosado por un tribuno, quien hizo un llamamiento formal a los dioses para que maldijeran al procónsul y la injusta guerra que planeaba. En la mente de la mayoría de los senadores, los odios y las rivalidades personales tenían más cabida que los dioses de la República.[79]

Maldito o sencillamente descuidado, la invasión de Craso fue un desastre. Su ejército fue frenado en Carras en el 53 a. C. y todos excepto un pequeño remanente fueron muertos o capturados cuando intentaban escapar de la rápida caballería parta. Craso intentó negociar una rendición, pero fue muerto y decapitado. Su muerte debilitó mucho la alianza entre Pompeyo y Julio César. Por esas mismas fechas se produjo un golpe peor todavía, al morir Julia dando a luz. Su padre se apresuró a proponer nuevas conexiones matrimoniales, ofreciéndole a Pompeyo como posible esposa a Octavia, la hermana de Octavio. La oferta no fue aceptada y pronto Octavia estuvo casada con Marco Claudio Marcelo, miembro de una de las más prestigiosas familias de aristócratas plebeyos. No era amigo de Julio César, que pudo no haber tenido nada que decir en el acuerdo; pero en términos políticos era un muy buen partido para los parientes cercanos de la chica. Filipo, el esposo de Atia, fue elegido cónsul en el 56 a. C., cargo que Marcelo conseguiría en el 50 a. C.[80]

Clodio y Milón continuaron sus batallas, mientras que otros líderes participaban a menor escala. Los tumultos fueron tan malos, que el 53 a. C. comenzó sin cónsules electos; las elecciones no se completaron hasta el verano, cuando fueron elegidos dos hombres. Si acaso, la violencia fue todavía peor en el otoño de ese año, pues esta vez Milón era candidato, mientras que Clodio se presentaba para ser pretor. Los disturbios impidieron de nuevo que la *Comitia centuriata* completara su tarea y un nuevo año comenzó sin cónsules. En enero del 52 a. C. Clodio y Milón se

encontraron por casualidad fuera de la ciudad. Clodio resultó herido en la pelea y fue llevado a una taberna. Milón mandó hombres, que se abrieron paso y acabaron con su odiado rival. Seguidores y simpatizantes convirtieron el subsiguiente funeral en una especie de dramática protesta que el difunto tribuno sin duda hubiera aprobado. El cadáver de Clodio fue conducido a la propia Casa del Senado e incinerado, quemando el edificio en el proceso. Roma parecía estar cayendo en la anarquía. No existía ninguna fuerza de policía capaz de controlar a la muchedumbre, solo el ejército podía cumplir la tarea. La cuestión era quién tenía tanto el *imperium* como la *auctoritas* para controlar la situación.[81]

Catón y los *boni* consiguieron impedir que Pompeyo fuera elegido dictador. En vez de ello fue elegido cónsul único —un cargo por completo sin precedentes—. Avanzado el año tomó un colega, Quinto Cornelio Metelo Pío Escipión Nasica, cuyo largo nombre hablaba de una gran tradición familiar, la cual no venía acompañada de ningún talento natural. Pompeyo se casó también con la hija de Escipión, Cornelia, para confirmar una nueva alianza con un miembro de la clase aristocrática. El orden fue restaurado por la fuerza. Milón fue llevado a juicio ante un tribunal rodeado por soldados y una muchedumbre hostil, marchando al exilio antes de que el inevitable veredicto fuera anunciado. No cabía duda de que era culpable, pero el juicio no dio la impresión de ser justo y se hizo caso omiso del proceso normal. Bastantes más seguidores de Clodio se encontraron condenados en circunstancias similares y huyeron al norte para encontrarse que eran más que bienvenidos en el campamento de Julio César. El mandato provincial de Pompeyo fue ampliado y al final del año volvió a su poco ortodoxa postura, manteniéndose a la espera justo en las afueras de la ciudad. En ocasiones el Senado decidía reunirse en templos fuera del *pomerium*, de modo que pudiera asistir sin renunciar a su *imperium* y al mando de su ejército.[82]

En el 51 a. C., Julio César estaba terminando sus operaciones de limpieza en la Galia. Resulta dudoso que nadie —excepto, evidentemente, él mismo— hubiera esperado que demostrara ser un general tan dotado. Aprovechándose de la migración de una tribu gala que primero amenazó la Galia Transalpina y luego a los aliados romanos situados más allá, intervino sobre una zona cada vez mayor, conquistando —los romanos utilizaban el eufemismo «pacificando»— todas las tierras desde el Atlántico en el oeste hasta el Rin en el este. Sus victorias fueron espectaculares y las celebró en su propio relato de publicación anual, los famosos *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, que incluso Cicerón alabó como una de las más grandes expresiones de la lengua latina. A Pompeyo se le concedieron diez días de gracias públicas para celebrar sus victorias orientales —el doble de lo que le fuera otorgado nunca a un general romano—. A Julio César se le concedieron quince días por sus primeros éxitos, seguidos de veinte días más cuando saqueó la desconocida y misteriosa isla de Bretaña, y de nuevo cuando acabó con la rebelión de una gran confederación de tribus. Las gentes de Roma tenían un nuevo héroe militar.[83]

Julio César quería regresar de las Galias, celebrar un triunfo y luego convertirse inmediatamente en cónsul para el 48 a. C., tras haber esperado los diez años completos que se requerían legalmente entre consulados. No tenía ningún deseo de convertirse en un ciudadano normal, que podría ser llevado ante los tribunales. Varios de sus enemigos hablaban abiertamente sobre la posibilidad de juzgarlo como a Milón, en un tribunal rodeado de soldados. Para conseguir sus objetivos, necesitaba el derecho a presentar su candidatura *in absentia*, una pequeña concesión comparada con el reciente desprecio de Pompeyo a las reglas. Julio César también quería seguir siendo procónsul con *imperium* hasta finales del 49 a. C. y argumentaba que tenía derecho a ello como parte del mandato que le había otorgado la Asamblea Popular. Si

bien cosas peores habían sucedido desde entonces, sus críticos hablaban de la intimidación y violencia de su primer consulado y pronosticaban uno más violento todavía. Y lo que es más importante, presentían que Julio César se había vuelto vulnerable y se apresuraron para aprovecharse de ello igual que se habían lanzado contra Pompeyo a finales de los 60 a. C.

La actitud de Pompeyo era crucial, y durante mucho tiempo nadie estuvo seguro de cuál iba a ser. Hacía tiempo que Cicerón había reconocido que el «Alejandro romano» era un hombre difícil de interpretar. Sin embargo, poco a poco fueron apareciendo signos de que se estaba volviendo en contra de su exsuegro. Su apoyo resultaba cada vez menos y menos convincente. Para las generaciones posteriores parecía obvio, como sintetizó el poeta Lucano casi un siglo después: «César no puede soportar a nadie por encima de él, ni Pompeyo a ningún igual». Solo reconociendo la necesitad que tenía de la ayuda y apoyo de Pompeyo podría el procónsul de las Galias regresar como deseaba. Cuando le preguntaron sobre lo que haría si Julio César se negaba a obedecer al Senado, Pompeyo respondió de modo satisfecho: «¿Y qué si mi hijo me ataca con un bastón?». Afirmaciones como esta animaron a los enemigo de César.[84]

Una sucesión de cónsules se lanzó al ataque, presionando para que César fuera llamado a Roma de inmediato. El primero fue el primo y tocayo del marido de Octavia, que fue cónsul en el 51 a. C. El propio Marcelo fue igual de hostil al tío abuelo de su esposa durante su propio consulado en el 50 a. C. Para contrarrestar el asalto, el botín de las Galias inundó Roma para ganar seguidores, sobre todo entre las filas de los tribunos. El 1 de diciembre del 50 a. C. uno de ellos forzó un voto en el Senado exigiendo que tanto Pompeyo como Julio César renunciaran a sus mandatos simultáneamente. Solo 22 senadores se opusieron con su voto a los 370 que apoyaron la medida. La abrumadora mayoría no

quería correr el riesgo de otra guerra civil, aunque a muchos les disgustaran Julio César y su prominencia.[85]

Se extendió el rumor de que el procónsul ya había invadido Italia. Marcelo intentó convencer al Senado para que actuara, pero quedó en nada ante su reluctancia y el veto tribunicio. Sin hacer caso, él y su colega, escoltados por amigos, se apresuraron a ir a la villa de Pompeyo en las colinas albanas y le ofrecieron una espada, pidiendo al procónsul que defendiera a la República con sus legiones. Pompeyo no mostró reluctancia alguna en tomar las armas contra su exsuegro y amigo. Pero entonces se demostró que la información era falsa y nada sucedió. El 1 de enero del 49 a. C. otro Marcelo se convirtió en cónsul, esta vez el hermano menor del cónsul del 51 a. C. Ambos lados realizaron propuestas, pero había poca confianza y una tendencia a considerar el deseo de negociar con un signo de debilidad. El 7 de enero, el Senado aprobó el *Senatus consultum ultimun*, haciendo un llamamiento a los magistrados y procónsules cerca de la ciudad —una evidente referencia a Pompeyo— para que hicieran cuanto fuera necesario para que la República no sufriera daño. A Marco Antonio y otro tribuno, que habían estado sosteniendo el caso de Julio César, se les avisó de que su seguridad no podía seguir siendo asegurada. Huyeron de la ciudad y fueron hacia el norte.[86]

Pocos días después —probablemente el 10 de enero— Julio César cruzó el río Rubicón con una sola legión, atravesando la frontera que separaba su provincia, donde seguía teniendo *imperium* legalmente, de Italia, donde no lo tenía. El hombre que había recibido sucesivos votos de gracias públicas durante su mandato era ahora un rebelde que debía vencer o sufrir el destino de Catilina. No sabemos si llegó o no a pronunciar la vieja coletilla de los jugadores —«la suerte está echada»— mientras se encaminaba a una guerra civil; pero no cabía duda sobre el riesgo o su convicción de que no le habían dejado otra alternativa. Julio César estaba dispuesto a arrastrar a la República a una guerra civil

para proteger su posición y su *dignitas*. Pompeyo, como Catón y los demás adversarios de Julio César, estaba dispuesto a hacer la guerra por privarle de ambas.[87]

IV

UNA SALIDA

Lo deseaban; incluso tras todas mis grandes hazañas, yo, Cayo César, hubiera sido condenado, de no haber buscado el apoyo de mi ejército.

JULIO CÉSAR, al ver a los enemigos muertos en Farsalia, según el testigo presencial Asinio Polión, finales del siglo I a. C.[88]

Los detalles de la guerra civil no han de detenernos mucho tiempo, pues Octavio solo tenía trece años y era demasiado joven como para verse envuelto en ella. Julio César invadió Italia rápidamente. Quizá Pompeyo seguía esperando que su antiguo aliado se echaría atrás, o simplemente estaba demasiado satisfecho con su propio poder. Meses antes había alardeado de que solo tenía que «pegar un pisotón para que legiones y caballería surgieran del suelo de Italia». En vez de ello, sus aliados quedaron consternados al verlo abandonar Roma sin luchar y retirarse a Brundisio. Un senador le preguntó cínicamente si ya había llegado el momento de pegar el pisotón. En vez de ello se las llevó a todas al otro lado del Adriático, al norte de Grecia, donde comenzó a formar un gran ejército y armada, recurriendo a todas sus relaciones en las provincias orientales y reinos aliados. Cercano a los sesenta, Pompeyo demostró sus grandes capacidades como organizador. «¿Si Sila lo hizo, por qué yo no?», dijo repeti-

das veces, pues Sila había regresado de Grecia para ganar una guerra civil. Con todo, no se trataba del mejor de los ejemplos. Algunos de sus aliados murmuraron que estaban luchando solo para elegir el dictador que iba a gobernarlos. Otros criticaron abiertamente cada decisión que tomaba. De algún modo, Pompeyo, el hombre cuya carrera había roto todas y cada una de las normas constitucionales, se había convertido en el campeón de la República libre, al mando de muchos de los *boni* que habían sido sus más acérrimos contrincantes durante tantos años. Era una cruel ironía y produjo una incómoda alianza.[89]

Sus enemigos y la mayoría que deseaba permanecer neutral temían que Julio César demostrara ser un amo brutal y masacrara a sus enemigos como hicieron Mario y Sila; sin embargo, demostró su clemencia, luchando solo con aquellos que se enfrentaron a él y perdonando a todos los que se rindieron. En marzo del 49 proclamó: «Veamos si de este modo podemos ganar voluntariamente el apoyo de todos y conseguir una victoria permanente; pues mediante su crueldad otros han sido incapaces de escapar al odio o hacer que su victoria fuera duradera; excepto Sila, y no pretendo imitarlo. Es un nuevo modo de conquista, nos hacemos fuertes mediante la piedad y la generosidad».[90]

Tras Italia, Julio César fue a Hispania y en una rápida campaña le ganó la partida a las legiones dejadas allí por Pompeyo, obligándolas a rendirse. Donde quiera que fuera personalmente, Julio César conseguía victorias; pero sus subordinados se mostraron menos capaces y varios fueron de cabeza a la derrota. A comienzos del 48 a. C. había reunido suficientes barcos como para transportar a algunas de sus legiones a Macedonia, donde Pompeyo seguía preparándose para emular a Sila. Los efectivos y los recursos estaban del lado de Pompeyo; pero el menos numeroso ejército de Julio César estaba aguerrido tras años de guerra y era completamente devoto a su comandante. Este atacó y estuvo a punto de sitiar y someter a su más numeroso enemigo en

Dirraquio, antes de que Pompeyo consiguiera romper sus líneas. Los cesarianos se retiraron y los pompeyanos los siguieron, con prominentes senadores atosigando al general para que consiguiera una victoria rápida y se peleaban ya por el anticipado botín. En Farsalia, el 9 de agosto del 48 a. C., Pompeyo presentó batalla y Julio César aceptó agradecido. El plan de Pompeyo era sensato, si bien poco sutil, apostándolo todo a un ataque de flanco de su caballería, que sobrepasaba en número a la de sus homólogos cesarianos a razón de siete a uno. Julio César adivinó sus intenciones y las contrarrestó, tras lo cual sus veteranos hicieron pedazos a los inexpertos pompeyanos y sus auxiliares extranjeros.[91]

A los aristócratas romanos se les podía perdonar la incompetencia militar siempre que demostraran bravura, se negaran a aceptar una derrota permanente y reagruparan a su ejército para la siguiente batalla. Los nervios de Pompeyo se quebraron y huyó antes de que la batalla terminara, acabando en Egipto, donde los consejeros del rey niño Ptolomeo XIII ordenaron su asesinato con la esperanza de complacer al vencedor. Puede que su muerte fuera conveniente para Julio César, pero cuando llegó persiguiéndolo y le presentaron la cabeza de su exyerno demostró repugnancia e ira. Necesitando efectivo para pagar a sus ejércitos —ahora incrementados por las decenas de millares de pompeyanos capturados— intervino en los asuntos del reino y no tardó en estar implicado en su propia guerra civil, pues el joven rey luchaba por el poder contra su hermana Cleopatra. El pequeño ejército romano no tardó en quedar asediado y solo tras una dura pelea y la llegada de refuerzos fue derrotado el enemigo. Julio César se demoró más de lo que muchos consideraron necesario realizando una travesía por el Nilo con su amante Cleopatra. Mientras tanto, los pompeyanos se reagruparon, con la voluntad de hierro de Catón y reunieron un nuevo ejército en África. Tras abandonar finalmente Egipto, Julio César aplastó en

Asia un ejército dirigido por el hijo de Mitrídates, regresó fugazmente a Italia y luego cruzó a África. Los pompeyanos fueron derrotados en Tapso el 6 de abril del 46 a. C. Catón se suicidó antes que aceptar la compasión de su enemigo. No fue, ni mucho menos, el final de la guerra. Cneo, el hijo mayor de Pompeyo, reunió un ejército en Hispania y de nuevo Julio César abandonó Roma encaminándose a la guerra. Munda, la batalla final, tuvo lugar el 17 de marzo del 45 a. C. y fue una lucha salvaje y desesperada, en la que al final prevalecieron los veteranos de la guerra de las Galias.[92]

UN MUNDO EN GUERRA

En la época de la guerra civil, Octavio estaba viviendo con su madre en la casa de su padrastro Filipo. Su abuela Julia había muerto en el 51 a. C. y su esposo, presumiblemente, en algún momento de los años anteriores. Si bien solo tenía doce años de edad, Octavio leyó la oración en el funeral de Julia y fue felicitado por su actuación. Los funerales aristocráticos eran acontecimientos públicos que comenzaban con una ceremonia en el Foro, seguida de una procesión fuera de la ciudad, donde tenía lugar la incineración. Era una oportunidad, no solo para alabar al difunto, sino para exhibir los logros de todos sus antepasados. En los funerales más grandiosos se contrataban actores para que se vistieran de gala y llevaran las máscaras funerarias de los hombres que en generaciones anteriores habían ostentado cargos principales, convirtiéndolos en visibles recordatorios de las glorias del pasado. Lo tradicional era que un miembro joven de la siguiente generación pronunciara el elogio, conectándolo así con los grandes éxitos del pasado e, implícitamente, prometiendo logros suyos similares en el futuro.[93]

Fue la primera ocasión formal en la que el joven Octavio fue el centro de atención, la cual le proporcionó una más estrecha asociación con su famoso —y en ese momento altamente controvertido— tío abuelo. En otros aspectos no era más que otro

de los adolescentes aristócratas que cabalgaban y se ejercitaban en público, reuniéndose y compitiendo con otros de su misma generación. Se dice que Filipo tuvo un papel activo en la supervisión de su hijastro, y es más que probable que Octavio comenzara a acompañarlo cuando se ocupaba de sus negocios y asistía a reuniones públicas o al Senado. Tanto Filipo como Atia preguntaban diariamente a su *paedogogus* y tutores sobre sus actividades y progresos. Años después, Atia fue puesta como ejemplo de la madre romana ideal:

> En los buenos y viejos días, el hijo de cada hombre, nacido del matrimonio, era criado no en la cámara de alguna nodriza mercenaria, sino en el regazo de su madre, y en sus rodillas. Y la madre no podía recibir mayor elogio que decir que se ocupaba de la casa y que estaba dedicada a sus hijos [...]. En presencia de una de ellas ninguna baja palabra podía pronunciarse sin grave ofensa, y ninguna mala acción ser cometida. Religiosamente y con la mayor de las diligencias regulaba no solo las tareas serias de los jóvenes a su cargo, sino sus divertimientos y sus juegos. Era con este espíritu, se nos dice, que Cornelia, la madre de los Gracos, dirigió su crianza, Aurelia la de César, Atia la de Augusto: así es como estas mujeres entrenaron a sus principescos hijos. [94]

Las madres podían ser distantes y, ciertamente, se suponía que habían de ser figuras autoritarias, cuya aprobación el niño tenía que ganarse según se adaptaba al comportamiento esperado por la familia y el Estado.[95] Cuando la guerra civil comenzó, Atia y Filipo consideraron que Roma podría volverse peligrosa y enviaron al adolescente Octavio a una de las villas de su padrastro —conocemos al menos dos, una en Puteoli y otra cerca de Astura (en la costa más próxima a Roma), pero puede que hubiera otras—. Filipo se negó a decantarse por ningún bando, igual que hizo el esposo de Octavia, Marcelo, el hombre que apenas unas semanas antes le había entregado la espada a Pompeyo. Julio César declaró que respetaría esa neutralidad y que solo lucharía contra el que se enfrentara con él. Los pompeyanos, alardeando de su defensa de la ley y la República, amenazaron con tratar como enemigos a todos quienes no estuvieran con ellos.[96]

No sabemos cuándo se consideró seguro para Octavio regresar a Roma; pero ciertamente se encontraba allí a finales del 47 a. C., donde el 18 de octubre se convirtió en un hombre. No existía una edad determinada para esta ceremonia, que solía celebrarse en algún momento entre los catorce y los dieciséis años. Edad, esta última, que Octavio acababa de cumplir hacía unas pocas semanas. Finalmente, la *bulla* que llevaba el cuello desde que era niño quedó atrás y el joven recibió su primer afeitado. También le cortaron el pelo. A los niños se les permitía llevar el pelo bastante greñudo; pero para un ciudadano adulto era más apropiado un corte más corto y pulcro. Los niños vestían la *toga praetexta*, con el borde púrpura, que además solo llevaban los magistrados. Octavio señaló su nuevo estatus vistiéndose con la simple *toga virilis* de los hombres. Otra de las historias de Suetonio sobre augurios de futura gloria afirma que, durante el proceso de quitarse su toga de niño, la túnica de Octavio se rasgó y se le cayó hasta los tobillos… lo que significaría que algún día los magistrados y el Senado estarían sometidos a él. Como de costumbre, resulta imposible conocer si este incidente tuvo lugar o fue una invención posterior. Tras las ceremonias realizadas en el hogar familiar, los parientes y amigos varones de la familia escoltaban al nuevo adulto por el corazón de la ciudad, pasando por el Foro y luego subiendo la colina Capitolina hasta el templo de Júpiter para hacer sacrificios y una ofrenda a Iuventus, el dios de la juventud.[97]

Cabe la posibilidad de que Julio César fuera testigo de esta importante etapa de la vida de su sobrino nieto. Tras regresar de Oriente, había alcanzado Italia a finales de septiembre; pero entonces tuvo que organizar la próxima expedición a África, sofocar un motín de legionarios —frustrados por su larga ausencia —, organizar elecciones y después ir a Sicilia a mediados de diciembre. Es probable que anduviera demasiado preocupado como para asistir, pero ya estaba empezando a demostrar interés en

el chico de dieciséis años. La muerte de un destacado pompeyano en la batalla de Farsalia dejó una vacante en el colegio de pontífices y Julio César recomendó oficialmente a su sobrino nieto como candidato y el electorado accedió gustoso.[98]

Si bien ahora era oficialmente un adulto y uno de los principales sacerdotes de Roma, Octavio continuó viviendo bajo el techo de Filipo, al tiempo que Atia seguía regulando la vida y educación de su hijo. Era considerado un chaval extraordinariamente guapo. Tenía el cabello un poco rizado y ligeramente rubio *(subflavum)*, si bien las descripciones sobre el color resultan difíciles de juzgar y puede haber sido simplemente más castaño que negro. Tenía los dientes pequeños, más separados de lo habitual y que, avanzada su vida, se cariaron mucho, pero no cabe duda de que estuvieron mejor en su juventud. Su tez no era ni especialmente oscura ni clara, sus movimientos eran gráciles y su cuerpo y miembros tan bien proporcionados que parecía más alto de lo que era. Uno de sus propios libertos declararía después que como adulto midió 1,71 (5 pies con 9, en medidas romanas), pero probablemente se trate de un cálculo generoso. Está claro que Octavio se veía a sí mismo como bajo y durante gran parte de su vida llevó suelas con alzas para intentar parecer más alto.[99]

Julio César era un hombre alto con mirada penetrante y, si bien no podía igualarlo en altura, a su sobrino nieto le gustaba pensar que su propia mirada era poderosa. Los aristócratas romanos eran educados con un desarrollado sentido de su propia importancia, así como de la de su familia. Octavio estaba especialmente seguro de sí mismo, y se sabe que desde una temprana edad reunió en torno a él un círculo de amigos. Su biógrafo Nicolás de Damasco afirmaría después que también atraía la depredadora atención de mujeres mayores. Con la esperanza de esconder sus encantos, comenzó a aparecer con menos frecuencia en los momentos de más bullicio del día, llegando incluso a visitar los templos solo durante las horas de oscuridad. Tan bien educa-

das como sus hermanos, pero excluidas de la vida pública y casadas y divorciadas para cimentar o romper alianzas políticas, en Roma había muchas esposas de senadores aburridas o con maridos ausentes o desinteresados. Las hermanas de Clodio eran objeto de frecuentes cotilleos y su salvaje estilo de vida —una de ellas es la «Lesbia» de la que escribió enamorado el poeta Catulo y luego con odio y anhelo cuando lo dejó—. La madre de uno de los subordinados de Julio César, Décimo Junio Bruto, fue descrita por un colega senador en unos términos coloristas:

> Entre ellas se contaba Sempronia [...], bien bendecida por la fortuna en su nacimiento y belleza física, así como su esposo e hijos; muy leída en literatura griega y romana, tocaba la lira, bailaba con más arte de lo que debería cualquier mujer honesta, y tenía otros muchos dones los cuales fomentaron una vida de lujos. Y, sin embargo, nunca hubo nada que valorara menos que su honor y castidad; resulta difícil decidir con qué era más liberal, si con su dinero o con su virtud; su lujuria era tan feroz que era más habitual que persiguiera a los hombres que el que estos la persiguieran [...]. A menudo rompió su palabra, no pagó sus deudas y tomó parte en asesinatos; su falta de dinero y su adicción al lujo la lanzaron a una espiral salvaje. A pesar de todo, fue una mujer notable; capaz de escribir poesía, contar un chiste y hablar mesuradamente, con ternura o lascivamente; en definitiva tenía grandes dones y demasiados encantos.[100]

Se supone que el joven Octavio resistió la llamada de semejantes sirenas de buena cuna; sin embargo, los jóvenes aristócratas disfrutaban de una considerable libertad cuando se trataba de hazañas sexuales, al contrario que sus hermanas. Roma tenía muchos burdeles y había numerosas cortesanas de clase superior que necesitaban ser cortejadas y atendidas con grandes gastos. Marco Antonio tenía un *affaire* con una actriz de mimo llamada Citeris, a la cual había mostrado de una forma bastante pública mientras Julio César estaba fuera y actuaba como su segundo en Italia. Se trataba también de una sociedad esclavista, donde los seres humanos eran una propiedad. Los esclavos no tenían derecho a resistirse si su dueño deseaba tener sexo con ellos.[101]

Octavio fue a Hispania para la campaña contra Cneo Pompeyo, pero debido a una enfermedad llegó demasiado tarde para la lucha. Aun así fue bienvenido con especial cariño por Julio César. A su regreso a Roma se mudó de casa de Filipo a una casa cercana. Muchas de las *inslulae* de mejor clase tenían viviendas amplias y era habitual entre los jóvenes con posibles alquilar uno en los años anteriores a casarse y adquirir una casa propia. El joven de diecisiete años seguía pasando gran parte de su tiempo con sus padres, si bien ocasionalmente organizaba cenas para sus amigos. Algunos de ellos afirmaron después que se abstuvo de cualquier contacto sexual durante un año, considerando que era bueno para su salud en general, en especial su voz. Un hombre que quería ascender en la escala política tenía que ser al menos un orador moderadamente bueno; sin embargo, cualquiera que fuera la razón argüida, resulta muy revelador que todo un año de abstinencia sexual se considerara excepcional, no solo para los jóvenes aristócratas en general, sino como un logro para Octavio en concreto.[102]

DICTADOR

Julio César se nombró a sí mismo dictador por unos pocos días del 49 a. C. para poder organizar elecciones consulares. Se convirtió en el cónsul para el 48 a. C., y de nuevo en el 46 a. C., en el 45 a. C. (cuando al principio fue cónsul único, como lo había sido Pompeyo en el 52 a. C.) y en el 44 a. C. Cuando las noticias de Farsalia llegaron a Roma fue nombrado dictador de nuevo y se mantuvo en el cargo durante doce meses, el doble del período normal en el pasado, a excepción de Sila. En el 46 a. C. fue nombrado dictador por diez años, si bien el cargo había de ser renovado formalmente cada año. En las primeras semanas del 44 a. C. su dictadura fue convertida en perpetua. Se le sumaron otros poderes. Se convirtió en supervisor de las costumbres/comportamiento *(praefectus morum)*, haciéndose cargo de tareas asociadas tradicionalmente con la censura, que llevaba algu-

nas décadas intentando ser efectiva. En el 45 a. C., se concedió al dictador el derecho a nombrar cónsules y la mitad de los magistrados menores durante los siguientes tres años; pues planeaba una gran expedición contra los partos y esperaba estar fuera gran parte de ese tiempo.[103]

A pesar de todo su poder, es importante recordar el poco tiempo que Julio César pasó realmente en Roma, pues estuvo en campaña cada año excepto el 44 a. C. e incluso entonces estaba a punto de partir a la guerra cuando fue asesinado. Hubo muy poco tiempo y en los años que siguieron sus verdaderas intenciones quedaron oscurecidas por los rumores y la propaganda. Con todo y con eso, el dictador demostró su habitual energía incansable en un frenesí de actividad, legislación y reformas; pero a menudo resulta difícil decir cuánto de esto fue hecho de verdad más que meramente anunciado o planeado. Ciertamente hubo un amplio programa de distribución de tierras para los legionarios desmovilizados y los pobres urbanos, como continuación de sus actos como cónsul en el 59 a. C. Muchos fueron distribuidos por granjas en Italia, a menudo obtenidas de las haciendas de pompeyanos muertos o compradas con el botín de guerra. También se crearon colonias de ciudadanos en las provincias, sobre todo en Cartago y Corinto.

El número de magistrados, excepto para los cónsules, fue incrementado, de tal modo que hubo cuarenta cuestores y veinte pretores cada año. En parte esto vino motivado por la necesidad de recompensar a seguidores leales o a antiguos pompeyanos que se habían convertido en nuevos seguidores, pero también existía un elemento práctico. Con un imperio cada vez mayor que gobernar, sencillamente cada vez había más trabajo para los magistrados. Se nombraron muchos más senadores, una amplia proporción de ellos procedentes de las aristocracias locales de las ciudades italianas, y unos pocos de la población de ciudadanos de las provincias de Hispania y Galia. El Senado aumentó su ta-

maño hasta más de 900 miembros, repuestos anualmente cuando los recién elegidos cuestores ingresaban en sus filas.[104]

Pompeyo había dado a Roma su primer teatro de piedra, parte de un gran complejo pagado con el botín de sus victorias. Julio César utilizó el dinero de las Galias para comenzar a remodelar el recinto del voto en el Campo de Marte. La vieja *Saepta* iba a ser enlosada y rodeada por un muro de mármol, así como dotada de toldos para dar sombra a los ciudadanos mientras esperaban. Como dictador continuó con ese proyecto, reconstruyó la Casa del Senado y comenzó un nuevo foro, el Foro de César, que hacía ángulo con el Foro principal e incluía un templo a su divina antepasada, Venus, y más espacio para negocios públicos y el comercio. Los proyectos constructivos proporcionaron un trabajo bien pagado a los desempleados y celebraban la gloria del hombre que había tras ellos. Los aristócratas romanos llevaban mucho tiempo embarcándose en este tipo de monumentos a sus logros. Lo único que había cambiado era la escala.[105]

Nuevas leyes regularon la vida y los negocios en la propia Roma, Italia y las provincias, llevando algún alivio a los que habían contraído deudas. El calendario romano se basaba en el ciclo lunar con un año de 355 días, por lo cual requería que algunos años el colegio de pontífices añadiera un mes extra para intentar mantener alguna conexión con las estaciones. Sometido a manipulaciones de orden político, a mediados del siglo I a. C. el calendario estaba muy desincronizado con la naturaleza. El calendario juliano, ligeramente modificado en el siglo XVI, es esencialmente el que utilizamos actualmente y se basaba en el ciclo solar con un año de 364 días y un día extra cada cuatro años. Los pontífices, incluido el joven Octavio, añadieron tres meses intercalares al 46 a. C., de tal modo que ese año tuvo 446 días y el 1 de enero del nuevo calendario comenzó aproximadamente cuando debía. Como honor, el mes del nacimiento de Julio César fue bautizado *julius*, o julio.[106]

Se trató de uno más entre un verdadero torrente de honores y privilegios ofrecidos al dictador. A su regreso de la guerra en África había celebrado cuatro triunfos —uno más que Pompeyo y más que ningún otro héroe del pasado de la República—. Todos ellos, por las Galias, Egipto, Asia y África, eran ostensiblemente victorias sobre enemigos extranjeros. Pese a lo cual, en el triunfo africano hubo cuadros que mostraban la muerte de destacados pompeyanos. Cuando regresó de Hispania a finales del 45 a. C., Julio César celebró abiertamente un quinto triunfo que estaba claro que había conseguido contra conciudadanos romanos en una guerra civil.[107]

Con todo, la política de clemencia continuó. A pesar de los miedos de la gente, la victoria no hizo que Julio César sacara a relucir una oculta crueldad y se convirtiera en un nuevo Sila. Tampoco permitió que sus seguidores tuvieran carta blanca para saquear y asesinar a placer. Ciertamente, los cesarianos leales prosperaron y Julio César dijo una vez que recompensaría incluso a un bandolero si el hombre le había servido fielmente. Se nombraron senadores y se consiguieron altos cargos y mandatos provinciales. Se confiscaron propiedades de los enemigos muertos, pero no se limitó a repartirlas entre sus partidarios. Se realizaron subastas y el propio Marco Antonio se sorprendió al encontrarse con que el dictador realmente esperaba que las elevadas pujas se pagaran. Del mismo modo, aquellos que habían esperado una condonación de las deudas —una demanda popular en la política romana era «nuevos libros de cuentas» *(novae tabulae)*— quedaron decepcionados ante el moderado alivio que se les ofreció.[108]

Octavio recibió su parte de las recompensas. A pesar de haber permanecido en Italia durante el conflicto, durante el triunfo africano fue galardonado con condecoraciones simbólicas. También fue nombrado patricio cuando Julio César incrementó las filas de la antigua aristocracia, muy disminuida por la decadencia

y, más recientemente, por la guerra civil. La petición de su sobrino nieto de que perdonara a parientes de sus amigos que habían luchado del lado de los pompeyanos fueron aprobadas sin problemas por el dictador. Octavio recibió varios puestos honorarios y cierto grado de afecto público por parte de Julio César. Además de su sobrino nieto, el dictador tenía dos sobrinos, los hijos de su otra hermana Julia (no la madre de Atia). El mayor de ellos era Quinto Pedio, hijo del primer matrimonio de ella, que sirvió con él en las Galias y durante la guerra Civil. Menos se sabe del hijo de su segundo matrimonio, Lucio Pinario, lo que quizá se deba a que estaba comenzando su carrera. Resulta imposible decir si las posteriores afirmaciones del particular afecto demostrado a Octavio son invenciones. A finales del 45 a. C. solo tenía dieciocho años, demasiado joven como para que se le considerara especialmente digno de mención en la vida pública.[109]

Los cesarianos leales no fueron los únicos que prosperaron durante esos años. Dos de los nuevos pretores que asumieron el cargo el 1 de enero del 44 a. C. fueron Marco Junio Bruto y Quinto Casio Longino, los cuales habían servido ambos con Pompeyo y solo se habían rendido tras Farsalia. Bruto era el hijo de Servilia, la medio hermana de Catón y amante de Julio César durante mucho tiempo, y ahora recibió el especialmente prestigioso puesto de pretor urbano. Es probable que ambos estuvieran ya señalados para el consulado cuando tuvieran la edad suficiente. En la mayoría de los casos, las peticiones para dejar que otros pompeyanos regresaran del exilio tuvieron éxito. Cicerón dio un discurso entusiasta en el 46 a. C. cuando Julio César permitió el retorno del exilio de Marco Claudio Marcelo, primo del esposo de Octavia y el hombre que como cónsul en el 51 a. C. había sido especialmente vitriólico en su hostilidad.

LOS IDUS DE MARZO

El gobierno del dictador estuvo lejos de ser severo, sus reformas fueron prácticas y por lo general buscaron el beneficio del

Estado. A pesar de lo cual, nadie debería tener un poder tan amplio y menos a perpetuidad. Sila había sido mucho más brutal, pero al menos renunció a su dictadura tras unos pocos años para retirarse a la vida privada. Julio César lo llamó «un político iletrado» por hacerlo y no dio muestra alguna de querer renunciar a su dominio sobre el Estado. Tenía cincuenta y seis años de edad y, a pesar de sufrir de epilepsia, era perfectamente posible que viviera varias décadas más. La planeada guerra pártica le habría dado la gloria sin tacha de luchar contra un enemigo extranjero e incrementado su prestigio cuando regresara de ella, al cabo de tres años aproximadamente.[110]

Julio César tenía *regnum*, un poder regio efectivo sobre el Estado. Los honores que le fueron concedidos fueron ampliaciones de los otorgados a los grandes hombres del pasado —sobre todo a Pompeyo—, pero los sobrepasó a todos en escala. Se sentaba en una silla dorada oficial, vestía la toga del general triunfante y una corona de laurel en todas sus apariciones públicas y se le concedió el derecho a llevar botas altas y mangas largas, que afirmaba eran el atavío de sus distantes antepasados, los reyes de Alba Longa —una ciudad próxima a Roma y rival de la misma en los primeros momentos de su historia—. A su casa se le añadió un frontón, como los de los templos. Otros honores condujeron a Julio César muy cerca del estatus divino, si bien resulta difícil decir si fue o no deificado en vida. No obstante, la idea era menos sorprendente para los romanos, con su tradición politeísta, de lo que resulta para nosotros. Las historias hablaban de héroes que se convertían en dioses gracias a sus hazañas y era algo bastante común elogiar los grandes logros como «dignos de un dios».[111]

Surgieron algunas historias bastante sin sentido, como que Julio César estaba planeando trasladar la capital desde Roma hasta Ilión (Troya), desde donde las historias afirmaban que los romanos habían llegado tras ser destruida por los griegos; o que que-

ría llevársela a Alejandría, presumiblemente para gobernar y vivir allí con Cleopatra, otra de sus amantes. Esta visitó Roma en dos ocasiones entre el 46 a. C. y el 44 a. C., quedándose junto con su séquito en una de las villas del dictador fuera de los límites formales de la ciudad. Había dado a luz a un niño que probablemente fuera el hijo de Julio César. Posteriormente, los alejandrinos le pondrían el apodo de Cesarión. Como bastardo y no ciudadano, según la ley romana no podía tener ningún estatus y no existe ni la menor prueba de que el chico recibiera ninguna atención especial por parte del dictador, lo cual convierte las ideas modernas de la gran influencia de Cleopatra sobre su amante romano en una pura fantasía. Esto no impidió nuevos rumores: se supone que un senador estuvo a punto de proponer una ley que garantizara a Julio César el derecho a casarse con tantas mujeres como quisiera para poder tener hijos. Cicerón en modo alguno era amigo del dictador, pero ni siquiera él se creyó este rumor. Los observadores sensatos se mostraron sin duda escépticos ante la mayoría de esas historias; pero la cuestión no es esa realmente. El mero hecho de que circularan revela los miedos y preocupaciones del momento. Eran justo lo bastante probables como para que mereciera la pena repetirlos y reflejaban el apesadumbrado estado de ánimo de la elite romana.[112]

Muchas de las historias se centraban en la realeza. «No soy Rex [rey], sino César», dijo el dictador como respuesta a una muchedumbre que lo aclamaba como monarca —Rex era el nombre de otro linaje aristocrático—. Cuando los tribunos hicieron quitar las coronas de una de sus estatuas, Julio César respondió furioso, afirmando que le negaban la posibilidad de rechazarlas él mismo y que querían mancillar su nombre al llamar la atención sobre todo el asunto. El incidente más famoso tuvo lugar durante la fiesta de las Lupercales, celebrada el 15 de febrero del 44 a. C., con grupos de sacerdotes vestidos solo con taparrabos de piel de cabra corriendo por el centro de la ciudad y

golpeando amistosamente a los transeúntes con sus látigos. El dictador estaba presidiendo un tribunal y el líder de los sacerdotes, Marco Antonio, terminó corriendo hacia él y ofreciéndole una corona. Julio César la rechazó, para delirio de la multitud, repitiendo el gesto cuando Antonio se la volvió a ofrecer. La interpretación más probable del asunto es que se trataba de una pantomima deliberada, que pretendía mostrar de una vez por todas que no quería el título de rey. Si fue así, no funcionó. La gente no tardó en decir que se había tratado de una prueba, y que si los espectadores hubieran respondido con entusiasmo Julio César hubiera aceptado la corona. Otra de las historias que circulaba era que el Senado iba a debatir si convertirlo en rey de todas partes excepto el interior de la propia Roma.[113]

La verdad apenas tenía importancia. Muy dentro de ellos, los senadores sabían que así no era como tenían que ser las cosas. Rey o no, dios o no, y por muy amable y eficiente que fuera, Julio César poseía poder supremo, *regnum* efectivo, se llamara como se llamara a sí mismo, y eso significaba que no podía haber *res publica*… que no podía haber Estado. Para un aristócrata romano, la verdadera República solo existía cuando la clase senatorial compartía el poder y guiaba a magistrados electos mediante competencia abierta que cambiaban con regularidad, de modo que mucha gente tuviera la posibilidad de conseguir un cargo importante y beneficios. Eso era la libertad, e incluso unos cuantos cesarianos consideraban que era evidente que estaba completamente muerta.

La actitud del dictador no ayudaba. Como estaba en Roma por muy poco tiempo y había tantas cosas que hacer, cansado por los años de guerra y acostumbrado a dar órdenes, por lo general tenía tendencia a mostrarse impaciente con quienes eran menos enérgicos que él, de modo que a menudo Julio César se mostró carente de tacto. Dimitió como cónsul en el 45 a. C. e hizo que eligieran a dos reemplazos. Cuando uno de ellos murió

el 31 de diciembre, rápidamente convirtió una asamblea legislativa en una asamblea de voto e hizo que eligieran a otro de sus secuaces como cónsul durante el resto del día. Cicerón bromeó diciendo que «el consulado de Caninio nadie almorzó; sin embargo, nada ocurrió mientras fue cónsul, pues su vigilancia fue tan increíble que durante todo su consulado nunca se fue a dormir», pero en privado dijo que era bastante como para hacer que cualquiera llorara. Los receptores de los puestos adicionales de pretor y cuestor estaban agradecidos, al tiempo que se lamentaban de que el rango se estaba devaluando.[114]

«La República no es nada, solo un nombre sin cuerpo o forma», se supone que dijo el dictador. Ahora las decisiones se tomaban en privado, lidiando con el gran montón de peticiones y problemas causados por los trastornos de la guerra civil y los largos años de caos administrativo anteriores a ella. A menudo eran sensatas, pero esa no era la cuestión. Por lo general iban envueltas en los procedimientos adecuados, como si fueran genuinos decretos senatoriales. Cicerón se encontró con que comunidades provinciales le agradecían la concesión de privilegios en reuniones ficticias del Senado en las que aparecía como presente y votando. Cuando una procesión de senadores encabezada por Marco Antonio, cónsul para el 44 a. C. junto a Julio César, llegó para hablarle de nuevos honores, el dictador estaba tratando temas en público y no se levantó para saludarlos. Técnicamente, su rango probablemente no requería que lo hiciera, a pesar de lo cual muchos lo consideraron una grave ofensa. Julio César también se mantenía ocupado durante los juegos públicos, dictando cartas a varios escribas a la vez, como acostumbraba, siempre adelantando trabajo. A la muchedumbre eso no le gustaba, pues deseaba que compartiera su placer ante los espléndidos espectáculos que les proporcionaba. Julio César siempre parecía tener prisa y no tenía tiempo para adular ni a los senadores ni a la población.[115]

El enojo de la muchedumbre no tardó en disiparse, no así el resentimiento de muchos aristócratas. El propio dictador se daba cuenta de ello. Cicerón recordó después a Julio César diciendo con tristeza: «¿Acaso puedo tener alguna duda de que soy profundamente odiado, cuando Marco Cicerón tiene que sentarse y esperar y no puede simplemente venir a verme cuando quiere? Si alguna vez ha existido alguien indulgente es él y, sin embargo, no tengo ninguna duda de que me odia». Existe una gran sensación de resignada fatiga en otro comentario frecuente: «Ya he vivido lo bastante para la naturaleza o la gloria». Su determinación por hacer que Roma y el Imperio funcionaran de forma eficiente siguió incansable y parece haber tenido la esperanza de que otros llegarían a darse cuenta de que era necesario que él lo hiciera. El dictador predijo una nueva guerra civil en caso de que él muriera repentinamente o fuera asesinado, y creía que otros tendrían el sentido de darse cuenta de ello y de que era conveniente para el bien común que él siguiera vivo. Decidido a demostrar confianza, o quizá solo satisfecho consigo mismo, despidió a su guardia personal de guerreros hispanos. El Senado le votó una escolta de senadores y ecuestres, pero nunca llegó a formarse. Julio César caminaba o era llevado en una pequeña litera por las calles, ejercía sus labores en público y asistía al Senado. Mientras estaba en Roma estaba lejos de resultar inaccesible, si bien una vez se pusiera en marcha con la expedición parta eso cambiaría.[116]

Esto es lo que llevó a un grupo de senadores dirigidos por Bruto y Casio a actuar. No necesitamos definir con precisión el poder de Julio César en esos meses, y todavía menos plantear preguntas imposibles de responder sobre sus planes para el futuro. Sus poderes y posición eran incompatibles con la *res publica* y esta no podría ser restaurada hasta que él desapareciera. Los conspiradores incluían a varios distinguidos cesarianos, así como a antiguos pompeyanos. Cayo Trebonio ejerció como cónsul en

el 45 a. C., mientras que Décimo Bruto —primo de Marco Bruto— había servido junto a César en las Galias, fue pretor en el 45 a. C. y estaba destinado al consulado durante la ausencia del dictador. (También era hijo de la Sempronia cuyo carácter dibujó Suetonio con tanta acidez). A los principales conspiradores no les iba mal bajo el nuevo régimen, pero se sentían agraviados por el dominio de un único hombre, fuera el que fuera.

Este motivo político fue primordial. Conviene decir también que a los conspiradores les iría igual de bien —y quizá mucho mejor— como los principales hombres de la República cuando el dictador estuviera muerto. Se trataba de aristócratas romanos, criados para ser ambiciosos y al menos algunos de ellos se sentían estimulados por los famosos tiranicidas griegos. Marco Junio Bruto era sobrino de Catón, pese a lo cual se había rendido a Julio César y le había ido bien. Su tío se había clavado él mismo una espada antes que aceptar la clemencia del vencedor. Un suicidio semejante no es fácil de conseguir, por lo que Catón no murió, lo cual permitió que su hijo fuera a buscar médicos y vendarle la herida. Al quedarse solo, Catón se abrió los puntos y se sacó las entrañas, muriendo de una forma especialmente horripilante muy a tono con su habilidad para pintar a sus oponentes como unos brutales opresores. Es probable que a la gran reverencia de Bruto por su fallecido tío se sumara una culpa personal, pues no solo compuso una aduladora biografía, sino que se divorció de su esposa y se casó con la hija de Catón, la viuda de Bíbulo.[117]

Julio César respondió al libro, y a otro más moderado escrito por Cicerón, con un extremadamente vitriólico *Anti-Catón*, en la más sensacionalista tradición de la invectiva romana, pero no hizo nada más. A principios del 45 a. C., Casio se había referido a él como «el viejo señor clemente» *(veterem et clementem dominum)*, prefiriéndolo al agresivo Cayo Pompeyo. Clemente o no, era su «señor» y eso en sí mismo ya estaba mal. Los conspiradores

no se comprometieron con un juramento. Los juramentos secretos eran considerados como eminentemente siniestros —los seguidores de Catilina se habían juramentado— y todos los senadores habían jurado recientemente en público proteger a Julio César.[118]

En los idus de marzo, Julio César fue a una reunión del Senado convocada en uno de los templos del complejo del teatro de Pompeyo. Décimo Bruto tenía una tropa de gladiadores, contratados para unos juegos próximos, esperando cerca. El dictador iba sin protección. Trebonio llamó a un aparte a Marco Antonio y lo mantuvo hablando fuera del edificio. Como colega en el consulado, este se habría sentado al lado de Julio César y era un hombre vigoroso y audaz que muy bien hubiera podido elegir luchar. Ante los apremios de Bruto, tenían planeado no matar a nadie excepto al dictador.

Reuniéndose en torno a Julio César con el pretexto de realizar una petición, uno de los conspiradores lo apuñaló por la espalda de repente. Su respuesta fue de sorpresa y después de ira, pues el dictador sacó su largo estilo y apuñaló a sus atacantes con su afilada punta. Rodeándolo, los conspiradores le clavaron salvajemente sus cuchillos. Bruto recibió una herida en el muslo y otro resultó herido por las hojas de sus camaradas. Julio César se derrumbó —si bien después se consideró que solo una de sus veintiuna heridas fue fatal— y cayó a los pies de una estatua de Pompeyo. Solo tuvo energía suficiente para cubrirse la cara con su túnica en un último intento para dignificar su apariencia.[119]

El dictador estaba muerto y la *res publica* podía ser libre. Bruto pronunció el nombre de Cicerón y los demás conspiradores gritaron que la libertad había sido restaurada. Los senadores —Cicerón incluido— que lo estaban viendo huyeron aterrorizados, temiendo una violencia más amplia. Protegidos por los gladiadores de Bruto, los conspiradores fueron a la colina Capitolina. La ciudad había quedado anonadada por su acción, pero puede

que ya se hubieran dado cuenta de que el estado de ánimo de la gente no estaba con ellos. Gran parte de la población seguían devota a Julio César, que había hecho más por sus necesidades que generaciones de senadores. La República imaginada y deseada por los conspiradores llevaba mucho tiempo sin funcionar de verdad.

Pocas semanas después, un senador llamado Macio, que era un acérrimo cesariano, por más que no le gustara la dictadura, escribió entristecido a Cicerón que si Julio César «con todo su genio, no pudo encontrar una salida, entonces ¿quién la encontrará?». [120]

SEGUNDA PARTE

CAYO JULIO CÉSAR (OCTAVIANO)

44-38 A.C.

Posteriormente asumió el nombre de Cayo César […] según el testamento de su tío abuelo.

SUETONIO, *Augusto*, 7. 2

V

HEREDERO

En Octaviano […] hay mucho sentido y mucho espíritu, y parece como si fuera a estar tan bien dispuesto hacia nuestros héroes [los conspiradores] como pudiéramos desear. A pesar de lo cual, ¿cuán lejos podemos confiar en alguien de tal edad, tal nombre, semejante herencia y semejante crianza? Su padre adoptivo, al cual vi en Astura, cree que no se debe confiar en él en absoluto. Con todo y con eso, debemos tenerlo controlado y, como mínimo, mantenerlo alejado de Antonio.

CICERÓN, junio del 44 a. C.[121]

El sobrino nieto de Julio César se encontraba lejos de Roma durante los idus de marzo, pues a finales del 45 a. C. el dictador lo había enviado al extranjero para ampliar su educación. Era habitual entre los jóvenes aristócratas servir como «compañeros de tienda» de un pariente o amigo de la familia al que se hubiera dado el mando de una provincia. Vivían con el gobernador y su estado mayor, observando lo que hacían, del mismo modo en que acompañaban a sus parientes al Foro cuando estaban en casa. Augusto planeaba llevarse a Octavio con él en la expedición parta, por lo que quería que estuviera preparado para la experiencia. El joven fue enviado a Macedonia, donde seis legiones e importantes fuerzas auxiliares estaban listas para la guerra oriental. Era solo una parte del gran ejército que Julio César estaba reuniendo para vengar a Craso, pero era el que estaba mejor colocado respecto a Italia, con la ventaja añadida de encontrarse en Grecia. Mientras se entrenaba para la guerra, Octavio no dejó de lado las

habilidades políticas, pues ambas eran los dos pilares de la vida pública. Los profesores griegos de retórica eran los mejor considerados, por lo que a menudo los jóvenes aristócratas viajaban a Grecia para estudiar.[122]

Durante cuatro meses, Octavio y un grupo de amigos y asistentes vivieron en Apolonia, en la costa occidental de Macedonia. La ciudad estaba estratégicamente situada en la vía Ignacia, la gran carretera romana construida en el siglo II a. C. que cruzaba toda la península helénica hasta llegar a la costa del Egeo. Apolonia se había beneficiado de la generosidad de Julio César, de modo que de inmediato dio la bienvenida a su sobrino nieto. Durante el invierno Octavio preparó su voz, practicó la oratoria y observó y se unió a unidades del ejército en sus maniobras y ejercicios. Aparte de las legiones, se entrenó con la caballería de los no ciudadanos, pues era habitual que los jóvenes aristócratas recibieran el mando de este tipo de unidades. También era muy probable que las tropas montadas representaran un papel vital en las operaciones contra los ejércitos de caballería del rey parto.[123]

La noticia tardó en cruzar el Adriático, de modo que no fue hasta finales de marzo cuando llegó una carta de la madre de Octavio, lo más probable llevada por un miembro de su casa o alguien relacionado con la familia de algún modo. Atia probablemente escribiera en los mismos idus de marzo, pues no mencionaba más que los hechos desnudos del asesinato. La parte escrita no era sino una parte del mensaje, siendo normal que el mensajero añadiera detalles e interpretaciones, pero en este caso el hombre conocía poco más. Había dejado Roma de inmediato y viajado con prisa, de modo que no sabía lo que había acontecido desde los idus de marzo. Como Atia, solo podía hablar de la sorpresa e incertidumbre, así como del miedo a que se produjeran nuevas violencias de las que los parientes del difunto dictador muy bien podían ser los objetivos. Su madre urgió a Octavio para que regresara a Italia lo antes y más discretamente posible.

El joven reaccionó a la noticia de un modo adecuadamente romano, buscando consejo en sus compañeros en un *consilium* (consejo) *ad hoc*, del tipo de los que aconsejaban a los magistrados y gobernadores provinciales. Conocemos el nombre de dos de los presentes, Quinto Salvidieno Rufo y Marco Vipsanio Agripa, que continuaron asociados a él durante algún tiempo. Ambos tenían unos orígenes similares a los del padre de Octavio, pues pertenecían a la nobleza local de ciudades italianas. Es muy posible que Salvidieno fuera algo mayor, pero Agripa era un contemporáneo casi exacto de Octavio y lo más probable es que se hubiera educado con él desde una edad temprana.[124]

Según se fue propagando la noticia de la muerte del dictador, los tribunos militares y los centuriones de las legiones acampadas en las cercanías comenzaron a visitarlo, expresándole sus condolencias y su indignación ante el asesinato, ofreciéndole apoyo general. Las afirmaciones de que estarían encantados de colocarse a sus órdenes y marchar sobre Roma seguramente sean exageraciones posteriores, pero no hay motivo para dudar de su buena voluntad. Las seis legiones de Macedonia habían sido formadas por Julio César tras Farsalia, en el 48 a. C., y todos y cada uno de sus oficiales le debían el cargo y uno o más ascensos a la aprobación del dictador. Es posible que varios de ellos hubieran servido antes con él en otras legiones. Los favores pasados se veían reforzados por la ansiosa anticipación de espléndidas recompensas en un futuro. Las guerras en Oriente tenían fama por el inmenso botín que andada a la espera de ser arrebatado a los ricos reinos de la región. Julio César era conocido por ser tanto un general con suerte que nunca había perdido una guerra como excepcionalmente generoso cuando se trataba de compartir el botín. Junto a los soldados, llegaron representantes de la ciudad para expresarle sus condolencias y asegurarle su seguridad.[125]

De un aristócrata romano se esperaba que buscara consejo en su *consilium*, pero que después sopesara las cuestiones personal-

mente para tomar una decisión. Octavio decidió embarcarse hacia Italia en vez de esperar la llegada de nuevas noticias, de modo que se encargó de conseguir barcos para llevaran a su grupo y su séquito. Puede que acostara en un remoto punto de la costa de Calabria antes de desembarcar en el gran puerto de Brundisio (la moderna Brindisi). No tardó en formarse una idea de la situación en Roma[126]

Tras la sorpresa inicial del asesinato, algunos senadores alabaron a los conspiradores, pero había poco entusiasmo entre la población. Los discursos de Bruto y otros cayeron en saco roto, lo mismo que las distribuciones de dinero —posteriormente, el historiador Apiano destacó con aspereza la paradoja de esperar que un electorado que podía ser sobornado acudiera a la llamada de un grito de libertad—. Los conspiradores no actuaron y perdieron la iniciativa, de modo que el 17 de marzo fue Antonio quien como cónsul reunió al Senado. Bruto, Casio y los demás no consideraron seguro asistir y permanecieron en el Capitolio. Tras largos debates, fue aprobada abrumadoramente una noción planteada por Cicerón que garantizaba la amnistía a los conspiradores, pero confirmaba todas las decisiones y actos de Julio César. El compromiso era tan ilógico como necesario. El dictador había nombrado a la mayoría de los magistrados y, si sus decisiones eran invalidadas, presumiblemente ninguno de ellos ostentaba el cargo de forma legítima… incluidos Bruto, Casio y Antonio. De igual modo, ningún mandato provincial sería legítimo, ni ninguna ley reciente estaría en vigor y las tierras distribuidas a los veteranos y otros colonos ya no serían de su propiedad. La restaurada República corría el riesgo de caer de inmediato en el caos hasta que pudieran organizarse unas nuevas elecciones y se volviera a decidir sobre cada decreto y cada ley.

A Julio César se le concedió también un funeral público tras una moción planteada por su suegro. Se celebró en el corazón del Foro, lo más probable el 20 de marzo, presidido por Anto-

nio, quien también leyó el panegírico. Las fuentes difieren respecto a cuánto y qué dijo realmente, pero no respecto al resultado. Antonio mostró a la muchedumbre el manto de dictador, desgarrado por los cuchillos y manchado por su sangre, mientras que una efigie de cera de su cuerpo fue subida a una grúa de las utilizadas en los teatros y rotada para mostrar las veintitrés heridas. Leyó el testamento del dictador, que convertía sus amplios jardines junto al Tíber en un parque público y dejaba 75 denarios (o 300 sextercios) a cada ciudadano, lo que se sumaba a sus muchas obras de caridad anteriores. Hubo desagrado cuando se supo que Décimo Bruto había sido nombrado heredero secundario. La rabia no tardó en bullir hasta convertirse en ataques contra las casas de los conspiradores y sus simpatizantes. Un tribuno y amigo íntimo de Julio César llamado Cinna fue asesinado por una turba que lo confundió con uno de los conspiradores, del mismo nombre. Al igual que ese otro héroe popular, Clodio, Julio César fue incinerado en el mismo Foro, donde se formó una pira con bancos y cualquier cosa combustible. Roma había dejado de ser segura para los conspiradores y en los días siguientes todos ellos abandonaron la ciudad.[127]

El testamento también nombraba a Cayo Octavio heredero de tres cuartas partes de las amplias posesiones del dictador, con la bastante habitual condición de que como legatario adoptara el nombre de Julio César. Había sido redactado el 15 de septiembre del 45 a. C., al regreso del dictador de la campaña de Hispania y no existen indicios de que ni Octavio ni nadie de su familia inmediata conociera su contenido. El joven fue claramente favorecido por su tío abuelo, quien es innegable que vio en él más talento que en sus dos sobrinos; sin embargo, resulta fundamental recordar que Julio César no tenía pensado morir tan pronto. Cicerón declaró posteriormente que el dictador no habría regresado de sus guerras orientales, pero no existen motivos para suponer que este punto de vista fuera generalizado o probable. Tam-

poco existía la certeza de que Octavio fuera a sobrevivir a su tío abuelo, pues el joven ya había sufrido un serio episodio de enfermedad que retrasó su llegada a España en el 45 a. C. y no parece haber tenido una constitución robusta. Si el adolescente sobrevivía a los rigores de la campaña y a las flechas de los partos, además de continuar demostrando que prometía, entonces quizá Julio César le habría mostrado un reconocimiento más evidente. De nuevo volvemos a encontrarnos con la imposibilidad de conocer los planes a largo plazo del dictador.[128]

Los romanos se tomaban muy en serio la adopción y el hijo adoptado se convertía a todos los efectos en un hijo real, que además conservaba las útiles conexiones anteriores de su familia real. Una adopción completa como esta solo podía tener lugar durante la vida del padre, no podía ser póstuma, lo cual ha generado un prolongado y muy técnico debate especializado sobre cuál era, concretamente, el estatus que el testamento de Julio César otorgaba a Octavio; sin embargo, eso deja en gran parte de lado lo más relevante: Octavio era el principal heredero de las propiedades de su tío abuelo e iba a adoptar su nombre. Cada uno de los cargos y honores de Julio César le fueron otorgados a él personalmente y no podían ser legados. No obstante, no dejaba de ser un senador, que había revivido el prestigio de su familia elevándolo a niveles sin precedentes. Un hombre joven que recibiera la riqueza y el nombre de Julio César se hacía cargo también de las expectativas políticas de continuar los éxitos de la familia. Esto no tenía que producirse de forma inmediata, pero en su debido momento y con una edad adecuada, lo apropiado para él sería entrar en la vida pública y buscar nuevas distinciones para el nombre de César.

Si Octavio aceptaba su legado —algo que no era obligatorio, sino optativo, pues sabemos de personas que rechazaron algunas herencias— hacía lo propio tanto con esas expectativas como con el nombre. La distinción entre heredero principal e hijo no

estaba clara, pero sí que no se trataba de una adopción completa. Algunos tecnicismos marcaban una verdadera diferencia. Un hijo real, o adoptado, heredaba derechos sobre todos los libertos de su padre —y en el caso de Julio César eran muy numerosos y a menudo ricos—, los cuales estaban obligados a apoyarlo como patrono, votar por él y colocar voluntariamente a su disposición sus recursos. Sin una adopción formal, Octavio podría encontrar difícil ejecutar su derecho, si bien eso no significa que algunos, o todos, los libertos del dictador no eligieran considerarlos como su patrono.[129]

En Brundisio, Octavio recibió una carta de Filipo y otra de Atia, que para entonces ya conocían el contenido del testamento. También se dieron cuenta de que la ira popular contra los conspiradores persistía a pesar de la amnistía y el continuado apoyo que estos recibían de muchos senadores. Por el momento no se había producido un baño de sangre ni ataques contra la familia de Julio César. Esto no significaba que fuera seguro para un joven entrar en la vida pública como el heredero del dictador. Un chico de dieciocho años era todavía demasiado joven, más de una década le faltaba para presentarse a un cargo e ingresar en el Senado; pero el nombre César atraería atención y probablemente hostilidad, la cual podría luchar por superar o simplemente sobrevivir. Su padre adoptivo ya estaba pensando en la campaña de su propio hijo para el consulado en el 41 a. C., cuando se enfrentaría a Bruto y Casio, por lo que no se sentía muy inclinado a apresurar la entrada de Octavio en la carrera política. Filipo le aconsejó que declinara su legado y mantuviera su propio nombre. Su madre titubeó algo, pero se mostró igual de cauta. Las fuentes pueden exagerar, pues todas son posteriores y la mayoría derivan de las propias memorias de Augusto. La figura del joven héroe rechazando ser refrenado por los consejos de ancianos experimentados poseía una larga tradición literaria que se extendía desde Aquiles hasta Alejandro Magno. Apiano llega incluso a ha-

cer que el joven le cite a Atia las palabras de Aquiles a su madre Tetis en la *Ilíada*.[130]

Esto no significa que la cautela no fuera sensata y, como mínimo, las cartas le habrían urgido a no hacer nada de forma apresurada. Cualesquiera que fueran los pormenores de sus consejos, la decisión era suya y nada de lo que siguió tiene sentido a no ser que los principales catalizadores fueran su propia ambición, confianza y autoestima. Quizá estuviera convencido desde el principio de que derrotaría a cualquier rival, sin importar cuánto más mayores que él y más experimentados fueran, aunque ningún observador razonable hubiera podido predecir los acontecimientos de los años siguientes y su parte en ellos.[131]

Si Octavio dudó en aceptar el legado y el nombre lo hizo por breve tiempo. Con dieciocho años dejó de ser Cayo Octavio para convertirse en Cayo Julio César. La tradición esperaba que conservara un rastro de su antiguo nombre y añadiera Octaviano a la fórmula. Nunca lo hizo, si bien en ocasiones sus enemigos lo llamaron así para destacar que su familia real carecía de lustre. Como se ha comentado en la Introducción, ignoraremos la convención moderna de llamarlo Octaviano para llamarlo César; pues tal es el nombre que utilizaba y como aparece mencionado en la fuentes. El poder de este nombre tuvo mucho que ver en el curso de los acontecimientos.[132]

ROMA

El joven César y su grupo partieron desde Brundisio hasta Roma; un viaje que en circunstancias normales necesitaba de nueve días. Sus amigos ya se dirigían a él por su nuevo nombre y puede que fuera ya entonces cuando enviara un mensajero a la provincia de Asia para asegurar los fondos que Julio César había preparado para la expedición parta. El grupo alcanzó Roma a comienzos de abril, sin duda tras haber forzado la marcha. Cicerón estaba ausente de la ciudad y el 10 de abril escribió pregun-

tando por la «llegada de Octavio, si había prisa por encontrarse con él o sospechas alguna de revolución»; pero estaba claro que no esperaba hubiera sucedido nada demasiado significativo. Al final su visita demostró ser breve y tuvo escaso impacto. Antonio hizo que el joven César esperara algún tiempo antes de concederle una breve y fría entrevista en los jardines de su casa en el Palatino —la antigua casa de Pompeyo—. El cónsul estaba realmente muy ocupado, tratando con una riada de peticionarios y no tenía ningún motivo para considerar al adolescente políticamente útil o incluso relevante. Las expectativas del joven de hacerse todas las propiedades de Julio César eran muy inconvenientes para Antonio, pues había mucho por hacer y todos los fondos disponibles eran vitales para construir su propia posición. El 12 de abril, Cicerón descartó con indiferencia el solicitado informe sobre César como poco importante.[133]

Tras abandonar Roma, el joven de dieciocho años atravesó la Campania en dirección a Nápoles. De camino dedicó tiempo a hablar con muchos de los veteranos de las legiones del dictador asentados en la zona. El 18 de abril se encontró con Lucio Cornelio Balbo, un hispano de Gades (la moderna Cádiz) que se había convertido en ciudadano romano gracias a sus servicios a Pompeyo, antes de unirse al estado mayor de Julio César. Le había servido en Hispania y las Galias, pero fue adquiriendo un papel cada vez mayor como agente político en la propia Roma, arreglando muchos acuerdos entre bambalinas y actuando como consejero. Era una importante relación que renovar y ser reconocido por un agente político tan influyente y rico sería un activo importante. Ese mismo día, Balbo le dijo a Cicerón que el joven estaba decidido a aceptar su herencia.[134]

Pocos días después, Cicerón se encontró con el joven César, que estaba alojado en la villa de su padrastro en Puteoli, en la bahía de Nápoles, contigua a la casa de campo del orador. Este escribió a su amigo Ático: «Octavio está con nosotros, actuando

con respeto y cálida amistad. Sus compañero le llaman César, pero no Filipo y por lo tanto yo tampoco».

Se trataba de un asunto menor en una carta donde se mostraba mucho más interés en las amenazas a los conspiradores y las burlas a las decisiones de Antonio como cónsul. Simplemente, Cicerón todavía no considerada muy importante al joven de dieciocho años. Al contrario que su esposo, Atia llamaba César a su hijo. Filipo nunca fue de tomar partido de forma abierta; pero está claro que no se mostraba activamente hostil a las ambiciones de su hijastro y puede que comenzara a ayudarlo discretamente. Lo mismo quizá fuera cierto para Marcelo, el esposo de Octavia, si bien por el momento permaneció en buenos términos con los conspiradores. Los años de guerra civil se habían sumado a las causas naturales —además de a los múltiples consulados de Pompeyo y luego Julio César—, de tal modo que solo quedaban diecisiete excónsules vivos, varios de los cuales carecían de la energía o las ganas de volver a la política activa. Había muy pocos estadistas experimentados para guiar a la República y controlar las redes de patronazgo que mantenían unido el mundo romano. La muerte de Julio César empeoró las cosas, porque se había situado en el centro de una red de patronazgo sin precedentes en cuanto a su amplitud y nadie podía llenar su vacío de inmediato. Cada uno de sus seguidores estaba unido a él de forma individual y en modo alguno formaban un grupo coherente.[135]

Marco Antonio era cónsul a pesar de tener solo cuarenta años y, técnicamente, ser demasiado joven para el cargo. Julio César había nombrado a Publio Cornelio Dolabela como sufecto o cónsul de reemplazo para que ocupara su puesto cuando partiera para la guerra parta. Dolabela solo tenía treinta años aproximadamente, lo cual lo convertía en un ejemplo más flagrante aún del desprecio del dictador por las tradiciones. A pesar de ello, nadie puso objeciones cuando tras los idus de marzo apareció con las insignias de su cargo y acompañado por lictores. Ambos

hombres habían apoyado a Julio César, pero también varios de los conspiradores. Ambos tenían también reputación de comportamientos imprudentes y extravagantes. Más importante aún era que se sabía que se aborrecían mutuamente; a pesar de los deseos de Julio César, Antonio había intentado bloquear la elección de Dolabela, recurriendo incluso a la manipulación de la religión estatal afirmando que había escuchado truenos durante el proceso, lo que habría invalidado cualquier votación. En el pasado, la rivalidad y abierta hostilidad entre magistrados ayudaba a impedir que ninguno de ellos consiguiera demasiado poder en la República.[136]

Marco Antonio ha pasado a la historia como un bluf, un simple soldado y fiel lugarteniente de Julio César, lo que hace difícil ver más allá de la caricatura y comprender al hombre real. Ciertamente, él se presentaba como una figura muy marcial, que alardeaba de su descendencia del jactancioso semidios Hércules, del mismo modo que Julio César afirmaba descender de la diosa Venus. Antonio llevaba a menudo la espesa barba del héroe —al contrario que las desgreñadas barbas de los «inconformistas» aristócratas jóvenes, muchos de los cuales habían apoyado a Catilina — con la túnica ceñida alta para lucir sus musculares muslos y llevaba una espada incluso dentro de la ciudad, donde esas cosas no se consideraban apropiadas. Las monedas muestran un cuello de toro y rasgos pesados, que confirman las descripciones de un individuo fornido que hacía todo lo posible por exudar agresiva masculinidad. Su oratoria era vigorosa en el florido estilo asiático que no le gustaba a Cicerón.[137]

Los Antonios eran una familia bien establecida de nobles plebeyos. El abuelo de Antonio fue uno de los más famosos oradores de su época, con una distinguida carrera que le llevó al consulado y luego a ser censor. Como la eminencia tenía un precio en esa época violenta, fue asesinado por orden de Mario durante la guerra civil. De su hijo no se tenía tan alta consideración, sien-

do considerado cuando más un tonto bien intencionado y cuado menos un inveterado vago. El nombre de la familia, y quizá la sensación de que era inofensivo, llevaron al Senado a otorgar al padre de Antonio un mandato especial contra los piratas en el 73 a. C., si bien nada comparable en cuanto a los recursos concedidos a Pompeyo seis años después. El resultado fue un predecible fracaso y Antonio murió antes de regresar a casa. Subsiguientemente, su viuda se casó con Léntulo, uno de los hombres de Catilina ejecutados en el 63 a. C., de modo que con veinte años Antonio había perdido tanto a su padre como a su padrastro. Había poco que le hiciera creer en la República.[138]

Aristócrata hasta la médula, Antonio sabía en lo más profundo que merecía honores y gloria y no sentía la necesidad de respetar las convenciones respecto a los modos de comportarse. Su padre había dejado inmensas deudas y algunas de las propiedades de la familia estaban tan fuertemente hipotecadas que Antonio rechazó esa parte de la herencia. Sin encontrar motivos para contener su propia extravagancia, pasó su juventud en alegre búsqueda de vino y mujeres, sin moderar sus extravagantes instintos debido a algo tan mundano como la falta de dinero. Las propias deudas de Antonio no tardaron en ser colosales; pero, como hemos visto, semejante estilo de vida no es que fuera inusual en esa época. Tras entrar en la vida pública inusualmente tarde, participó en algunas acciones militares en Siria, Judea y Egipto antes de unirse a Julio César en las Galias. Se perdió la mayor parte de las campañas principales, pero sirvió en la parte final de la gran rebelión que culminó en el implacable asedio de Alesia en el verano del 52 a. C. Siguiendo a Julio César en la guerra civil, Antonio luchó en la campaña de Italia y en la segunda fase de la campaña macedonia, mandando el ala izquierda en Farsalia. Ya no volvió a luchar durante la guerra civil.[139]

En realidad, la hoja de servicios de Marco Antonio no resulta demasiado impresionante. Persona valiente, tenía escasa expe-

riencia en el mando independiente a escala importante y, en total, había pasado en las legiones menos tiempo de lo que era típico. No obstante lo cual se presentaba a sí mismo como un gran soldado y comandante —Hércules mandó ejércitos además de realizar sus famosas hazañas de fuerza— y es una imagen que ha persistido hasta hoy en día. Julio César prefería utilizarlo en papeles más políticos, dejándole que administrara Italia en el 49 a. C. y de nuevo tras Farsalia. El resultado no fue por completo feliz. Antonio estaba bien relacionado y procedía de una mejor familia que muchos de los demás seguidores de Julio César, pero carecía de sutileza. Recorrió Italia en una caravana que de forma muy visible incluía a su madre y a su amante, la actriz de mimo, así como a todo tipo de personas que se consideraban inadecuadas para el séquito de un magistrado romano. A Antonio le gustaba la compañía de actores y actrices, quienes sin duda poseían la pasión y abierto entusiasmo de sus más recientes homólogos y, sin embargo, seguían siendo sus claros inferiores sociales, por mucho que él quisiera pretender lo contrario. Se suponía que un senador no pasaba su tiempo con semejantes personas —muchas de las cuales, incluyendo su amante, eran antiguos esclavos—, pero a Antonio seguían sin preocuparle las convenciones. En una ocasión se sentó en su silla oficial en el Foro para recibir peticiones, siendo completamente evidente que tenía una terrible resaca. De repente, en medio de su recepción, las náuseas lo vencieron y vomitó, según algunos relatos en su propio regazo, en cambio otros dicen que un amigo quien extendió convenientemente su propio manto para él. Hubo rumores de que había usado un carro tirado por leones en vez de caballos.[140]

Más importante, quizá, que semejante insensible alarde de poder conseguido gracias a la guerra civil fue el malestar originado cuando ciertas gentes ambiciosas —Dolabela incluido— defendieron la causa de los deudores, lo cual provocó violencia tanto en la propia Roma como en el campo. Cuando finalmente Julio

César regresó a Roma no volvió a utilizar a Antonio públicamente durante cierto tiempo, al tiempo que mantuvo estrechamente vigilado a Dolabela, llevándoselo con él de campaña. El dictador convocó a Marco Antonio a Hispania al final de la campaña de Munda y hubo señales de que había recuperado su favor. Antonio fue con él en su carruaje, mientras el joven Octavio y Décimo Bruto iban detrás, en otro. En el 44 a. C., la elección de Antonio como colega consular y de Dolabela como su reemplazo fueron claros signos de renovados favores y confianza.[141]

Como cónsules, ambos tenían poder inmediato para lo que quedaba de año. Habían apoyado a Julio César y les había ido bien como resultado; pero ambos eran aristócratas de familias bien establecidas y tenían sus propias ambiciones. Es un error considerarlos solo como hombres de César, en vez de como personas que buscaban distinguirse personalmente y consideraron conveniente apoyarlo. Se decía que en los primeros días de la conspiración Trebonio había sondeado a Antonio. Los «libertadores» mataron al dictador para restaurar una República en la cual volviera a florecer de nuevo la rivalidad aristocrática por los cargos y la influencia. Naturalmente, los cónsules eran parte de ello y su comportamiento reveló cambios irrevocables en el modo en que esas competencias se libraban.[142]

La tregua con los conspiradores fue siempre intranquila. Ni Antonio ni Dolabela tenían nada que ganar colocándose de forma evidente de su lado o mejorando la posición de Bruto, Casio o los demás. Con independencia de lo que pensaran sobre el dictador o el asesinato, los principales conspiradores eran ahora rivales por los cargos y el prestigio. Todos los bandos miraban al futuro, pues si bien una amnistía y un reconocimiento de los actos de Julio César eran necesarios por el momento, era improbable que la situación durara. Con el tiempo, era bastante probable que los conspiradores y los actos del dictador comenzaran a ser atacados en el Senado, las Asambleas o los tribunales. La guerra

civil comenzó en el 49 a. C. debido a la amenaza de emprender acciones contra actos realizados una década antes. El sistema romano implicaba que ninguna decisión era irrevocable y las cosas podían ser convertidas en ilegales con carácter retroactivo, volviendo la seguridad permanente algo casi imposible. Los ataques legales podían terminar con una carrera y la violencia era una amenaza real.

El caos y el inmediato estallido de un conflicto no le venían bien a nadie. Ni los cónsules ni los conspiradores poseían tropas a su inmediata disposición. Lépido, el segundo del dictador o *magister equitum* (jefe de caballería) poseía una legión en los límites de la ciudad y llevó a algunos de sus soldados al Foro en los días siguientes a los idus; pero carecía de la fuerza o las ganas de convertir esto en un dominio más permanente; sobre todo porque, técnicamente, su *imperium* había expirado con la muerte del dictador. Antonio lo dispuso todo para que Lépido reemplazara a Julio César como *pontifex maximus* antes de que el exjefe de caballería se dirigiera a la Galia Transalpina y al mando de un gran ejército que, por el momento, le otorgaba protección contra cualquier enemigo.[143]

Casi en cuanto terminó el funeral de Julio César, un grupo de entusiastas erigieron un altar en el lugar donde estuvo su pira. Su líder se llamaba Amacio y afirmaba ser nieto de Mario y, por lo tanto, pariente de sangre del dictador, cuando no legalmente. Julio César no lo había reconocido y el personaje no tuvo más suerte al aproximarse a miembros de su familia extensa, incluido el joven Octavio. Ni Antonio ni Dolabela se mostraron más comprensivos, pues ordenaron dispersar a los seguidores de Amacio y quitar el altar. Después, en abril, cuando Antonio abandonó Roma para conseguir apoyos entre los veteranos de Julio César, se produjo una confrontación más directa. Dolabela hizo que Amacio y muchos de sus seguidores fueran ejecutados, ganándose las entusiastas alabanzas de Cicerón. No obstante, era

un signo de que una parte importante de la población lloraba al dictador y les ofendía la falta de acciones contra sus asesinos. Antonio estaba dispuesto a explotar tal circunstancia para poner nerviosos a los conspiradores y reclutar veteranos, sobre todo antiguos centuriones; pero no quería que la frustración estallara en modos ajenos a su control. Por el momento contaba con una posición fuerte, ayudada por el hecho de que sus dos hermanos eran tribuno y pretor en el 44 a. C., pero esto no iba a durar. Antonio, y todos los demás, se estaban preparando para el futuro y necesitaban protegerse así mismo y mantenerse en el poder a largo plazo.[144]

Las decisiones de Julio César fueron confirmadas el 17 de marzo. Algunas todavía no habían sido anunciadas formalmente, pero eran ampliamente conocidas y todavía tenían que ser reconocidas. Como cónsul, se suponía que Antonio tenía que consultar con un consejo de senadores experimentados antes de que cada una de esas decisiones se confirmara. Esto demostró no ser práctico y probablemente no lo viera como algo deseable. Había demasiadas decisiones pendientes y todavía más peticionarios de todo el Imperio haciendo cola en busca de atención. Julio César no había conseguido poner al día el trabajo atrasado en la toma de decisiones tras años de inercia senatorial y los más recientes trastornos de la guerra civil. Desde un punto de vista práctico, sin duda había muchas cosas que Antonio consideraba urgentes. Se trataba también de una situación que le daba una espléndida oportunidad para repartir favores y ganarse la gratitud de los recipiendarios, con suerte sumándolos a sus seguidores. En los días siguientes al asesinato, Antonio se apoderó de los papeles del dictador. Ahora anunció una serie de hasta entonces desconocidas decisiones de Julio César, insistiendo en que fueran ratificadas. Algunas parecían contradecir cosas que el dictador había hecho en vida. Cicerón afirmó que la esposa de Antonio, Fulvia —la viuda de Clodio—, había aceptado sobornos del rey Deyótaro

de Galacia para que su esposo confirmara su gobierno. Posteriormente, el orador despotricó contra las invenciones de Antonio durante esos meses, haciendo difícil llegar a conocer con precisión lo que este hizo. A pesar de que Cicerón exagerara, no pudo haberse inventado por completo esas historias.[145]

Antonio estaba reuniendo los fondos y favores necesarios para su éxito futuro… y, de hecho, su seguridad personal. A largo plazo, esto dependía sobre todo de la posesión de un ejército grande y leal. A Trebonio y Décimo se les concedieron las provincias de Siria y la Galia Cisalpina, respectivamente. Al final, Bruto y Casio recibieron la administración del aprovisionamiento de grano en Sicilia y Asia; importante para el Estado, pero considerado algo degradante para su categoría y, lo que es más importante, sin recursos militares. Antonio y Dolabela cooperaron para darle a este Siria, reemplazando a Trebonio a finales de año y haciéndose con la responsabilidad de la planeada guerra parta. Antonio cogió Macedonia, con sus seis legiones, si bien accedió a entregarle una a su colega. Entonces decidió que su hermano Cayo gobernaría Macedonia en su lugar y que él, por su parte, reemplazaría a Décimo Bruto en la Galia Cisalpina, tan adecuadamente situada para mantener Italia vigilada, además de para ser combinada con la «Galia de pelo largo» recientemente conquistada por Julio César. Las cinco legiones y auxiliares que quedaban en Macedonia se irían con él, dejando a su hermano que reuniera nuevas tropas. Si bien el dictador había restringido la duración del cargo de gobernador provincial a dos años, Antonio hizo que la Asamblea Popular le concediera su ampliada provincia durante cinco años, del mismo modo en que Pompeyo y Julio César habían recibido sus mando extraordinarios.[146]

En muchos aspectos, la situación era similar a los prolegómenos del 49 a. C., con la confianza rondando escasa y los principales líderes dándose a sí mismos la capacidad para luchar en caso de que resultara necesario. Bruto y Casio fueron incapaces de re-

tomar la iniciativa mientras observaban desde lejos. El primero era pretor urbano y, como tal, tenía la responsabilidad de organizar los *ludi apollinares* —la fiesta anual dedicada a Apolo—. Bruto financió las pruebas y decidió el programa y alguno de los artistas; pero consideró que era demasiado peligroso para él regresar a Roma y no estuvo presente. Cayo, el hermano de Marco Antonio, presidió los juegos en su lugar, lo cual hizo que la muchedumbre todavía tuviera menos claro a quién debía estarle agradecida. Los juegos fueron bien y algunos estuvieron dispuestos a aclamar el nombre de Bruto, si bien otros pudieron haberse manifestado en contra de los conspiradores. Poco después, Bruto y Casio abandonaron Italia hacia el Mediterráneo oriental y con el tiempo también ellos reunieron ejércitos. Es posible que Bruto solo lo hiciera con reluctancia, pero aun así fomentó el motín entre las legiones del pueblo romano y asumió el mando ilegalmente. Cicerón había llegado a considerar a Antonio como la mayor amenaza contra ellos y la restauración de algo parecido a una verdadera *res publica*. Se lamentaba continuamente del fracaso de los conspiradores al no matarlo además de al dictador. En retrospectiva, consideraba que «si bien el valor fue el de hombres, la estrategia fue la de niños».[147]

Cicerón todavía tenía que llamar al joven César por su nuevo nombre y algunas de las cosas que este estaba comenzando a hacer y decir le preocupaban, si bien era Antonio quien ocupaba sus pensamientos. Sabía que Dolabela era un granuja, pues el hombre había estado casado brevemente con la querida hija de Cicerón, Tulia, y no había devuelto la dote tras el divorcio, pero una vez que se encaminó a su provincia dejó de ser el principal problema. Como hombre que más que ningún otro impedía el renacimiento de la *res publica*, Antonio era la amenaza. Cicerón anhelaba algún medio de romper su poder y permitir a los conspiradores regresar y prosperar.[148]

VI

ALABANZA

Con diecinueve años de edad, bajo mi propia responsabilidad y con mis recursos, reuní un ejército con el cual defendí con éxito la libertad de la República cuando estuvo oprimida por la tiranía de una facción.

Las obras del divino Augusto, publicadas poco después de su muerte en el 14 d. C.[149]

El joven César estaba de regreso en Roma en mayo. Años después se dijo que un halo rodeaba el sol el día de su llegada, otro augurio de futura grandeza. Lucio, el hermano de Antonio, era tribuno y permitió al joven que hablara en una reunión pública. Los informes de lo que dijo no dejaron impresionado a Cicerón, por lo que continuó considerándolo como de menor importancia. El joven de dieciocho años quería un reconocimiento formal de su adopción y conseguir toda su herencia. Es probable que todavía no atacara a los conspiradores directamente y se concentrara en cambio en reivindicar la reputación y honores de su «padre». Al menos en una ocasión —quizá durante los juegos dedicados a la cosecha— intentó que la silla oficial del dictador y una corona de laurel estuvieran visibles según un decreto senatorial de la época de Julio César, pero Antonio se negó a permitir semejante demostración.

Se mostró igual de poco colaborador respecto a las demás peticiones de César, sobre todo las relativas a las propiedades del dictador, por lo que poco o nada del efectivo le fue entregado. El cónsul daba toda la impresión de considerar una molestia al nuevo César. Otros lo vieron solo como vulnerable. Es probable que también existiera genuina confusión respecto a lo que había sido propiedad personal de Julio César y qué bienes del Estado controlados por él. Hubo varios juicios que impugnaron la propiedad de bienes concretos, en ocasiones sosteniendo que se trataba de embargos ilegales producidos durante la guerra civil y todos ellos fueron fallados en contra de su heredero.[150]

El joven pidió dinero prestado. Mucho le fue proporcionado por Macio y otro banquero llamado Rabirio Póstumo, asociado a menudo con Julio César. Opio y Balbo pueden haber contribuido también y varias de sus propiedades y de las del dictador fueron vendidas o hipotecadas para conseguir efectivo. Filipo y Atia también ayudaron, mientras que los sobrinos del dictador, quienes habían recibido el cuarto restante de las propiedades de este, las entregaron más o menos gustosos al principal heredero. No está claro cuánto se tardó en reunir el dinero, pues entonces llegaron los fondos para la expedición parta de Julio César. Con ellos llegó un año de impuestos de la provincia de Asia, pero el joven César afirmó haberlos entregado al Tesoro junto al resto de los fondos del Estado, quedándose solo la propiedad privada del dictador.[151]

Durante los meses siguientes, gran parte del tiempo del joven estuvo dedicado a preparar los prometidos juegos para conmemorar tanto la victoria de Julio César en Farsalia durante la guerra civil como a su divina antepasada, Venus Genetrix. Se trataba de otro honor votado por el Senado durante el gobierno del dictador. En este caso nadie intentó bloquear o impedir a su heredero que los celebrara. César decidió combinarlos con unos juegos funerarios, lo cual le permitió ofrecer luchas de gladiadores, así

como cazas de animales, festines y representaciones teatrales. Gran parte de ello tendría lugar en el mismo Foro, con gradas temporales construidas en algunos de los principales edificios públicos. Las celebraciones fueron organizadas a gran escala desde el 20 al 28 de julio, al tiempo que se pidió prestado más dinero para pagar el legado del dictador a cada ciudadano romano. [152]

Durante los juegos, un cometa apareció en los cielos. Estas estrellas de «cabello largo» se consideraban horribles augurios de inminentes desastres. Pero a César, o a uno de sus seguidores, se le ocurrió una interpretación mejor, afirmando que la brillante luz era Julio César ascendiendo a los cielos para reunirse con los dioses, por lo que se colocó una estrella en la cabeza de la estatua del dictador situada en el templo de Venus en el corazón del complejo de su Foro. La historia arraigó, sobre todo entre aquellos que seguían devotos a su memoria. De algún modo contribuyó a cimentar los honores semidivinos concedidos en vida por el Senado y al altar dedicado a él y después derribado por orden de los cónsules. Esta vez no hubo reacciones oficiales para suprimir el honor.[153]

Organizar espectáculos públicos y celebrar a los antepasados eran modos bien establecidos y efectivos de conseguir popularidad, si bien en este caso la escala de los juegos y las reivindicaciones de divinidad sobrepasaban los honores concedidos a ninguna persona en el pasado. Convertirse en tribuno de la plebe era otro bien trillado camino hacia la popularidad y, cuando la elección tuvo lugar a principios de julio para ocupar la plaza dejada por el asesinato de Cinna, se discutió muy en serio que el joven César se presentara como candidato. Dado que Julio César lo había convertido en patricio antes incluso de nombrarlo su heredero, eso era ilegal. Resulta imposible reconstruir los detalles del incidente —algunos historiadores prefieren verlo como un intento fracasado de conseguir que un amigo resultara elegido más que

de conseguirlo él mismo—, pero el episodio sugiere un serio error de cálculo comparado con su habilidoso tratamiento de la aparición del cometa. Si bien puede resultar repetitivo mencionar que tenía dieciocho años, no podemos olvidar lo joven y falto de experiencia que era César. La inmensa confianza en sí mismo que lo llevó a entrar en la vida pública de este modo se transformó de inmediato en temeridad. En privado estaba convencido de que el cometa había sido de verdad un signo de su inminente ascenso. La muy pública venta de activos y el tomar prestados fondos también ayudaron a conseguir tanto gratitud para el joven César por organizar los juegos como honor al dictador muerto.[154]

Las relaciones con Antonio continuaron siendo malas, mientras el cónsul se iba volviendo más poderoso —a finales del verano había reclutado una importante guardia personal de veteranos asentados—. Muchos eran excenturiones, de quienes se esperaba que durante las batallas dirigieran desde primera fila y por lo tanto solían ser unos luchadores formidables. Como líderes experimentados que eran, también demostrarían ser útiles si Antonio decidía reunir nuevas legiones, pues serían capaces de organizar, entrenar y mandar a los nuevos reclutas. Más importante aún era su relevancia política. Algunos centuriones eran ecuestres, pero la mayoría pertenecían a las centurias de la clase superior de la *Comitia centuriata*, lo cual hacía que sus votos fueran tan importantes como sus músculos. Probablemente para ganarse el favor de este grupo, así como para manipular los tribunales, Antonio presentó una ley que convertía a toda o a parte de esta clase en elegible para servir como jurados, formando un tercer panel junto a los otros dos sacados de entre los senadores y los ecuestres.[155]

Al contrario que el cónsul, César no ostentaba cargo ni poderes y, si bien sus seguidores visibles habían sido capaces de proporcionarle fondos, carecía de poder político. Macio le aseguró a

Cicerón que estaba apoyando al joven solo por su amistad con Julio César. El dinero y el nombre eran sus únicos activos y desde el primer momento los utilizó para conseguir el favor de los antiguos oficiales y soldados del dictador. No tardó en ofrecer una recompensa de 500 denarios —más de dos años de paga para un soldado— a quienes desearan servir con él, prometiendo mucho más para el futuro. No cabe duda de que las recompensas ofrecidas a centuriones y tribunos fueron sustancialmente más elevadas. Es posible que también hablara de venganza contra los conspiradores, si bien por el momento no era algo que repitiera en las reuniones públicas. Los hombres empezaron a aceptar su dinero y prometer apoyo; pero por el momento eran muchos menos que el entorno de Antonio. La lealtad a la memoria de Julio César continuó ferviente en todos los veteranos a quien quiera que siguieran, y durante algún tiempo algunos de los extribunos y centuriones convencieron al cónsul para que se comportara de un modo más amistoso hacia el heredero del dictador. El joven César permaneció fuera de las divisiones de la Saepta animando a las centurias a que aprobaran la ley que concedía a Antonio el control de la Galia Cisalpina en lugar de a Décimo Bruto; a pesar de lo cual, después la relación se volvió a estropear de nuevo cuando Antonio afirmó que uno de los veteranos de su guardia personal había sido sobornado para asesinarlo. Bastantes políticos romanos —sobre todo Pompeyo— tenían un miedo neurótico a ser asesinados y es muy posible que tras la acusación no hubiera nada sólido. De un modo pragmático, resulta difícil ver qué podría haber ganado el joven César con la desaparición del cónsul. Si organizó el asesinato ello habría sido otra muestra de su ingenuo modo de pensar en esta época.[156]

El 1 de agosto, el suegro de Julio César, Calpurnio Pisón, se atrevió a criticar a Antonio en el Senado. El tono que adoptó fue admonitorio más que vitriólico y, lo que era más importante, se habló mucho de ello con antelación. Cicerón estaba de camino a

Grecia con el pretexto de querer ayudar a la educación de su hijo; pero en realidad desesperanzado y con miedo de que la situación política degenerara en violencia. Todos los conspiradores y otros jugadores clave como Lépido habían abandonado Italia. Dolabela no tardaría en imitarlos, por lo que no quedó nadie con *imperium* capaz de discutir el dominio de Antonio sobre la propia Italia. Muchos detectaron un gradual deslizamiento hacia la guerra civil, por la cual, como en los años anteriores al 49 a. C., no existía un gran entusiasmo. Pisón defendió una confirmación de la amnistía, de modo que los conspiradores pudieran retornar y ni ellos ni los antiguos cesarianos como Antonio hubieran de sufrir una mengua en su prestigio. No hubo respuesta violenta por parte del cónsul y la perspectiva de un renovado compromiso inspiró tanto a Cicerón que regresó a Roma. Un mes después, el 2 de septiembre, dio un discurso que ha llegado a conocerse como la *Primera filípica*, según una serie de oraciones realizadas en el siglo IV por el renombrado orador Demóstenes para prevenir a los atenienses de la amenaza que suponía el rey Filipo de Macedonia. Si bien crítico con las acciones recientes de Antonio, le instó a regresar al espíritu de reconciliación que había mostrado en los días posteriores a los idus de marzo.[157]

Como cónsul, Antonio tenía el poder para actuar, en tanto en cuanto los senadores más relevantes solo podían exhortar y aconsejar. También tenía la fuerza de los retornados veteranos para apoyarlo, que por entonces pueden haber sido tantos como 6000. La primera de las legiones macedonias estaba desembarcando en el puerto de Brundisio y las otras las seguían de cerca, de modo que no tardaría en tener a su disposición un ejército adecuadamente formado. Respondía con rabia a las críticas, pero no hizo ningún intento por utilizar la fuerza a su disposición, si bien en privado Cicerón escribió que estaba seguro de que el cónsul planeaba una masacre. El orador volvió a permanecer alejado de Roma y de las reuniones públicas durante algún tiempo

y comenzó a escribir su *Segunda filípica* —un vitriólico panfleto que nunca fue leído como discurso—, la cual hacía trizas el carácter de Antonio al tiempo que condenaba sus acciones recientes. Durante algún tiempo hubo sosiego, pero los preparativos para la guerra continuaron. A comienzos de octubre, Antonio se dirigió al sur, hacia Brundisio para pasar revista a su recién llegado ejército.[158]

En septiembre, cuando celebraba su decimonoveno cumpleaños, César estaba en Campania en un nuevo esfuerzo de reclutamiento entre los asentamientos de veteranos del dictador. En las semanas siguientes fue capaz de aumentar el número de sus seguidores hasta los 3000 hombres, pero el equipo escaseaba. Existía una considerable lealtad hacia sus antiguas unidades, de modo que a finales de año estos hombres estarían divididos en nuevas versiones de las legiones VII y VIII de Julio César. Del mismo modo que en el ejército de Catilina, es muy posible que la estructura de estas unidades ya existiera en esta temprana etapa, con la esperanza de que con el tiempo nuevos reclutas rellenaran los huecos. También supuso la oportunidad de nombrar tantos como 120 centuriones y una docena de tribunos, confirmar antiguos rangos y decidir ascensos a cargos superiores, con lo que ello suponía de mayor estatus y paga. Dado que el adolescente era todavía un valor por contrastar, en esta etapa los hombres se unieron tanto por el botín como por el nombre de César. Julio César los había conducido a la victoria y recompensado generosamente, vinculándolos gradualmente a él con el paso de los años. Su heredero no podía asumir de forma instantánea o sencilla todo el poder de esa relación; pero estaban dispuestos a conceder una oportunidad al chico y a su dinero. Dándose cuenta del poder del dinero contante y sonante, así como de las promesas de futuras recompensas, el joven César envió agentes a Brundisio para que se trabajaran las legiones de Antonio.[159]

Mientras tanto, a la cabeza de su banda de veteranos —la existencia de la cual era claramente ilegal— el joven de diecinueve años regresó a Roma a comienzos de noviembre, conduciendo a sus seguidores armados hasta la ciudad agravando la ilegalidad. Había estado planeando el movimiento durante varias semanas, bombardeando a Cicerón —y sin duda a otros destacados senadores— con peticiones de que le diera su aprobación e, idealmente, su abierto apoyo cuando llegara a la ciudad. César halagó al anciano estadista al instarle a que «salvara la *res publica* una segunda vez», al igual que había hecho en el 63 a. C. Cicerón admitió que «estaba avergonzado de decir que no y temeroso de decir que sí. No obstante, ha estado y continúa actuando con vigor. Vendrá a Roma con una fuerte banda de seguidores, pero no es más que un crío. Cree que puede convocar una reunión del Senado de inmediato. ¿Quién irá? Si alguien aparece, ¿quién quiere molestar a Antonio en estos tiempos inciertos?». Con todo, reconocía que «las ciudades del campo están entusiasmadas con él».[160]

César le aseguró a Cicerón que deseaba trabajar de forma legítima, a través del Senado, ignorando por el momento su no autorizada banda de seguidores armados. Sin embargo, siempre incómodo con el nombre del chico y sus demandas de prominencia, Cicerón estaba comenzando a preocuparse por las intenciones del joven César, en especial su insistencia en confirmar toda la legislación y honores del dictador. A pesar de todo pensaba que el chico podía ser descartado, pues poseía «mucha confianza y muy poca *auctoritas*». El correspondiente del orador, el astuto ecuestre Ático, que evitó una carrera pública, pero mantuvo muy buenas relaciones con casi todos los que eran alguien en Roma, se mostraba algo más cauto, señalando que «si bien actualmente el chico es fuerte y mantiene a Antonio controlado, debemos refrenar nuestro juicio a largo plazo». El nombre y el

dinero de César le robaron a Antonio un número importante de posibles seguidores, sobre todo entre los veteranos.[161]

Antonio seguía lejos de Roma cuando el joven César llegó. Un agresivo tribuno que ya había comenzado a atacar al cónsul abiertamente llevó al joven líder al Foro y convocó una reunión pública. Él y César se subieron a la escalinata del templo de Cástor y Pólux, que miraba hacia una zona abierta utilizada a menudo para reuniones de las asambleas legislativas. Veteranos que portaban sus espadas abiertamente montaron guardia en torno a su líder en un descarado alarde de fuerza ilegal. El tribuno habló primero, atacando de nuevo a Antonio y pidiendo a la gente que se uniera al heredero de Julio César en contra del cónsul. Seguidamente fue el propio joven quien dio un discurso, que no tardó en circular. Cicerón no tardó en disponer de una copia y su contenido lo deprimió. Alabando a Julio César y sus logros, su heredero se giró para señalar una estatua del dictador y prometió que esperaba «ganar los honores de su padre». Puede que el ataque contra Antonio por haber puesto trabas a que consiguiera su herencia y por la hostilidad general del cónsul fuera más del gusto del orador, pero no cayó bien entre muchos de los veteranos. Leales a Julio César, estaban enfadados porque sus asesinos quedaron sin castigo. Esos eran los verdaderos villanos, no Marco Antonio.[162]

El cónsul estaba de camino a Roma, escoltado por su propia guardia de veteranos. El primer par de legiones traídas desde Macedonia marchaban hacia el norte desde Brundisio y podían ser llamadas de inmediato si era necesario. Por lo que respecta a los veteranos, el principal enemigo no era Antonio, cuyas fuerzas también eran muy superiores a la pequeña banda de hombres parcialmente equipados de César. Si la cosa terminaba en lucha estaban condenados a perderla. De uno en uno, algunos veteranos comenzaron a abandonar por el momento a su joven líder y a escabullirse hasta sus casas. No se había producido un arrebato

de apoyo público y, sobre todo, ningún entusiasmo por parte de senadores importantes. Excepto el propio tribuno, no asistió a la reunión ningún senador. Cicerón ni siquiera estaba en la ciudad y otros muchos mantuvieron una discreción similar en sus villas del campo. Decepcionado, el heredero de Julio César se escabulló conduciendo a lo que quedaba de sus seguidores hacia Etruria para un nuevo intento de reclutamiento en otra zona ampliamente colonizada con veteranos del dictador. Había otros reclutando en la misma región, pues antiguos oficiales del dictador comenzaron a reunir soldados para Antonio.

En este momento el joven César seguía siendo una pieza menor en el tablero político. Es cierto que tenía seguidores armados, como nadie más en Italia aparte de Antonio; pero eran demasiado escasos como para otorgarle ningún poder real. Que hubiera conseguido llamar la atención a una edad tan joven era notable. Que diera varios pasos en falso en lo político solo debe sorprendernos si damos por supuesto el genio político de Augusto o bien la pretendida fuerza —existencia incluso— de una facción cesariana coherente. Por el momento era solo ligeramente más significativo que el falso Mario ejecutado meses antes —solo su riqueza e inequívocos lazos con el dictador lo hacían diferente — y podía ser eliminado con tanta facilidad como este. Antonio planeaba convocar al Senado y declarar al chico un enemigo público.[163]

Fue entonces cuando sucedió algo que lo cambió todo y, de repente, convirtió al joven César en algo de importancia inmediata.

CAUDILLO

La primera legión en llegar a Brundisio fue la *Legio Martia*, llamada así por el dios Marte, seguida al poco tiempo por la IV. Mientras acampaban en las afueras de la ciudad portuaria aparecieron los mandatarios del joven César, mezclándose con la am-

plia cola de personas y mercaderes que inevitablemente seguía a un ejército romano, ansiosos por aliviar a los legionarios de sus pagas. Se susurraron promesas y se entregaron panfletos en torno a las líneas de tiendas, ofreciendo la ya familiar suma de 500 denarios de recompensa más otros 5000 cuando llegara el licenciamiento —casi veinte años de paga por una única campaña—. Como era normal, las recompensas para los centuriones y los tribunos habrían sido considerablemente mayores.[164]

Estas legiones, junto con la II y la XXXV, una de las cuales ya estaba desembarcando y la otra presta a cruzar desde Macedonia, habían sido formadas por Julio César tras su victoria del 48 a. C. Es posible, también, que algunos de los soldados rasos hubieran servido originalmente contra él en las legiones de Pompeyo, si bien resulta dudoso que sintieran alguna implicación emocional particular con su causa. Los oficiales eran diferentes. Durante sus campañas, Julio César tuvo la costumbre de ascender a centuriones jóvenes de legiones experimentadas a empleos superiores en unidades recién creadas. Todos los tribunos y centuriones de esas legiones eran hombres de Julio César, nombrados por él y comprometidos con él. Es muy probable que muchos de ellos contaran con mucha experiencia. Como formaciones, ninguna de las legiones había entrado aún en servicio activo, pero estaban cerca de su máxima potencia y bien preparadas tras años de prácticas.[165]

Marco Antonio no había tenido ningún contacto con estas legiones antes de llegar para hacerse con el mando de estas. Era un extraño tanto para los oficiales como para los soldados. Tampoco podía, al contrario de lo que dice el mito, presumir de una hoja de servicios llena de victorias o siquiera de una amplia experiencia controlando soldados en situaciones difíciles. Unas legiones que hasta pocos meses antes habían estado soñando con el botín de Partia se encontraban ahora mandadas por un hombre al que no conocían y al borde de una guerra civil. Al mismo tiempo, el

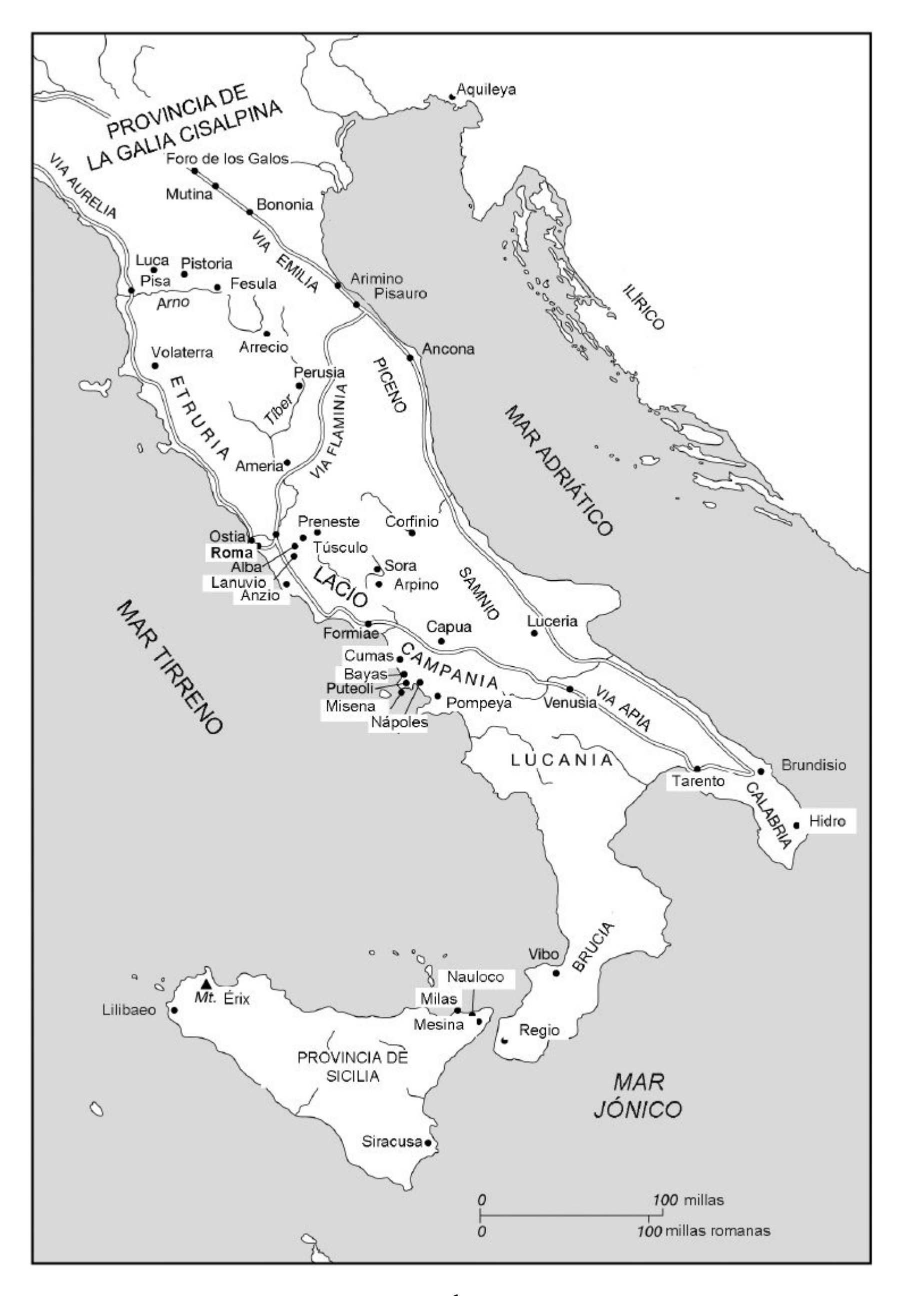
nombre del joven César se iba conociendo y era muy generoso en sus promesas. Es posible incluso que algunos de los oficiales lo conocieran de sus meses en Apolonia, lo que quizá los animara a sopesar seriamente su oferta.

El cónsul llegó acompañado de su esposa, Fulvia, y desde el principio Antonio llevó mal la situación, estando claro que esperaba que los soldados lo obedecieran sin rechistar. Los legionarios estaban revoltosos y lo abuchearon cuando ofreció pagarles 100 denarios —cinco veces menos que la oferta rival y el equivalente a menos de la mitad de la paga anual—. El cónsul perdió los papeles y trató de conseguir la obediencia de los soldados intimidándolos, gritando con rabia: «¡Aprenderéis a obedecer órdenes!». Exigió a los oficiales que le proporcionaran una lista con los nombres de los revoltosos. Hubo arrestos y ejecuciones. Algunas de las víctimas eran centuriones. Es más que dudoso que haya nada de verdad en la afirmación de Cicerón de que oficiales y tropa fueron conducidos a la casa ocupada por Antonio y masacrados allí, salpicando de sangre a Fulvia, pero realmente tampoco importa. Cuando la *Legio Martia* y la IV partieron de Brundisio y comenzaron a dirigirse al norte a lo largo de la costa hacia la Galia Cisalpina su estado de ánimo era sombrío.[166]

La *Legio Martia* abría el camino y fue la primera en declararse abiertamente en favor de César. La IV dirigida en persona por el cuestor de Antonio, siguió su ejemplo poco después. Ambas legiones se negaron a retractarse, si bien el rápido reparto de 500 denarios por cabeza permitió al cónsul mantener el control de la II y la XXXV, con excepción de algunos individuos que desertaron para unirse a César. Finalmente, Antonio se había dado cuenta de que no podía obligar a los legionarios a obedecerle o esperar devoción de extraños, pero solo tras perder una amplia porción de su ejército.[167]

El 28 de noviembre Antonio convocó una reunión nocturna del Senado (lo cual era ilegal en sí mismo, dado que se suponía

que no podían debatir tras anochecer) y atacó al joven César. El día siguiente hizo desfilar a sus veteranos fuera de la ciudad y exigió que los senadores asistieran. Todos los que lo hicieron fueron engatusados para que se unieran a los soldados al hacer un juramento de lealtad a él. Entonces Antonio partió hacia la Galia Cisalpina, uniéndose de camino a sus dos legiones y a otra creada con veteranos de la *Legio V Alaudae* —las «Alondras», creada originalmente por Julio César en la Galia Transalpina y a la que posteriormente se concedió la ciudadanía—. Esta formación seguramente fuera creada a partir de los 6000 veteranos que había reunido ese año; Cicerón ya se refería a la guardia personal de Antonio como los *Alaudae* desde fechas tan tempranas como noviembre. Contaba también con una sustancial fuerza de auxiliares, incluida caballería mora. Las legiones romanas —como las unidades de todos los ejércitos de todas las épocas— raramente conseguían estar durante mucho tiempo a su máxima potencia teórica, pero en total las tropas de Antonio probablemente sumaran una cifra cercana a los 15 000 hombres, todos ellos bien entrenados y adecuadamente equipados. Era un ejército pequeño, pero formidable.[168]



Italia

César siguió siendo un ciudadano particular, pues todavía era demasiado joven como para intentar ser miembro del Senado; pero ahora contaba con un ejército formalmente constituido.

Apresurándose a reunirse con las dos legiones allí donde se habían detenido, en Alba Fucen, de inmediato repartió los prometidos 500 denarios. La IV y la *Martia* desfilaron y realizaron ejercicios que terminaron en una batalla fingida. Tales prácticas eran estándar en el entrenamiento romano y, como estas legiones se habían pasado los últimos años preparándose para la guerra parta, sin duda ofrecieron un buen espectáculo. Un siglo después, el historiador judío Josefo diría exagerando un tanto que los ejercicios del ejército romano eran «batallas sin sangre, y las batallas, ejercicios con sangre». A su máxima potencia, una legión consistía en diez cohortes de 480 hombres cada una. Todos eran de infantería pesada, y luchaban en filas cerradas protegidos por un casco (por lo general de bronce), cota de malla y un largo escudo semicilíndrico, que en el pasado solía ser ovalado, pero que en esta época había sido sustituido por el que nos resulta más familiar, con forma de teja. Llevaban un *pilum*, una jabalina pesada con un alcance efectivo de entre 10 y 15 metros, que se arrojaba justo antes del contacto; pero todos los legionarios eran sobre todo diestro con la espada. Durante la vida de Augusto se volvió estándar la clásica espada corta para cortar y clavar, de menos de 60 centímetros de longitud; pero en esta época las hojas tendían a ser hasta 30 centímetros más largas. Era una hoja pesada de manufactura de alta calidad, adecuada para cortar; pero especialmente devastadora cuando se utilizaba para punzar, pues su punta triangular era capaz de atravesar los anillos de la cota de malla de un contrario.[169]

Es probable que las legiones de Macedonia estuvieran cerca de su potencia máxima teórica. También estaban completamente equipadas y contaban con toda la parafernalia de tiendas, esclavos, equipaje, animales, albardas y carros de transporte necesaria para actuar sobre el terreno. Bien dirigida por oficiales con experiencia y al final de un largo período de entrenamiento, estaban acostumbradas a trabajar juntas como equipo y poseían un fuerte

sentido de su propia identidad. Es de suponer que la *Legio Martia* tenía número, pero no ha llegado hasta nosotros, lo cual es en sí mismo un indicio del orgullo que sentían por su nombre. Como apoyo, César había vuelto a formar las legiones VII y VIII. La mayoría de estas estaban compuestas por veteranos, si bien no debemos descartar la posibilidad de que también contaran con gente joven, posiblemente hijos de veteranos, reclutados en las zonas principales donde se habían asentado antiguos soldados. Individualmente, los hombres que habían servido a las órdenes de Julio César tenían mucha más experiencia combatiendo y ganando batallas que las legiones macedónicas. A pesar de todo, por el momento escaseaba todo tipo de equipo y las reconstruidas legiones estaban aún en proceso de formarse. Se tardaría algún tiempo en conseguir que estuvieran listas, tanto individual como colectivamente, para salir en campaña. Las legiones de Macedonia estabas listas y son las que le dieron al César de diecinueve años una importancia inmediata. Era su comandante, a pesar de que no tenía derecho legal para impartirles ninguna orden o pagarlas.

El ejército de César igualaba al de Marco Antonio tanto en número como en cualidad. Los dos cónsules para el 43 a. C. estaban en el proceso de reunir un ejército de cuatro nuevas legiones. Los reclutas —resulta difícil saber si eran voluntarios o no — abundaban, pero muy pocos, en caso de que hubiera alguno, tenían experiencia militar. Con tantos de los antiguos oficiales de Julio César tentados por otras ofertas, no es muy probable que los tribunos y centuriones nombrados para supervisar la formación y entrenamiento de estas unidades fueran los más experimentados y capaces. Veteranos llamados de nuevo al servicio podían convertirse en legiones efectivas en cuestión de meses e incluso semanas. Unas unidades completamente nuevas tardarían mucho más en convertirse en algo capaz de medirse con ellas. Las legiones de Macedonia tenían unos cuatros años de ventaja por cuanto respecta a entrenamiento y experiencia. Na-

die albergaba duda alguna de que las cuatro legiones consulares serían completamente superadas si llegaban a enfrentarse a los hombres de Antonio. Si había que enfrentarse a este en el campo de batalla se necesitaba otro tipo de tropas y las únicas que había en Italia se habían pronunciado a favor de César.

Los propios cónsules, Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa, habían sido elegidos por el dictador y le habían servido lealmente durante algún tiempo. Ninguno de ellos procedía de una familia distinguida y seguramente ambos tenían más edad de lo que era normal para los cónsules. En público, Cicerón los alababa efusivamente, pero en privado los encontraba carentes de energía y compromiso, mientras su hermano Quinto, quien había servido junto a ellos durante las campañas gálicas de Julio César, los desdeñaba como inútiles y corruptos. Al irse Antonio, el orador estaba de nuevo en Roma, presionando al Senado para que actuara contra él. El 20 de diciembre pronunció su *Tercera filípica* en una reunión del Senado convocada por los tribunos —ambos cónsules y la mayoría del resto de magistrados habían partido hacia sus provincias—. En noviembre pasado, el discurso del joven César —o más bien, como Cicerón insistía en llamarlo, «Octavio»— le había llenado de consternación. Como tan a menudo hacía en sus cartas, citó una coletilla griega: «¡Prefiero no salvarme a que me salve alguien como él!». Ahora Antonio no solo parecía un peligro mayor, sino el único. Décimo Bruto había escrito declarando su negativa a dejar que el cónsul le quitara la Galia Cisalpina. En esas circunstancias, un mal menor era aceptable, de modo que al final se obligó a sí mismo a hablar de César y no de Octavio o de Octaviano. La República debería aceptar la ayuda de un joven de diecinueve años con un ejército ilegal.[170]

Como siempre, la retórica de Cicerón se creció para la ocasión:

> Cayo César, un joven, o más bien casi un niño, pero uno de increíble, casi como si lo fuera, divina inteligencia y valor, en el mismo momento en el cual

el frenesí de Antonio se encontraba en su punto álgido, y cuando se temía su cruel y mortal regreso de Brundisio, mientras no pedíamos o pensábamos en ayudas, ni siquiera esperábamos ninguna, pues parecía imposible, reunió un muy vigoroso ejército de la invencible clase de los veteranos, y se mostró dadivoso con su patrimonio […] para la salvación de la República […]. De no haber nacido en la *res publica*, ahora, por el crimen de Antonio, no deberíamos tener *res publica*…[171]

Los soldados del joven también recibieron su parte de alabanzas:

no podemos permanecer callados respecto a la *Legio Martia*, pues ¿qué persona ha sido alguna vez más valiente, más amiga de la *res publica* que el total de la *Legio Martia*? Habiendo decidido, como hizo, que Marco Antonio era un enemigo del pueblo romano, se negó a convertirse en un aliado de su locura; abandonó a un cónsul […] al que vio intentando […] la matanza de ciudadanos y la destrucción de la *res publica*…[172]

El motín —pues legalmente el rechazo a obedecer las órdenes de un cónsul de Roma no podía ser nada más— de dos legiones y su deserción para incrementar las filas de un ejército privado ilegal y obedecer las órdenes de un hombre que carecía de autoridad legítima para impartirlas fue condonado. Antonio en absoluto era un cónsul, sino un enemigo público —un nuevo Catilina o, peor aún, un Espartaco— y eso lo justificaba todo. Así pensaba Cicerón, aunque resultaba difícil ver qué es lo que realmente había hecho Antonio para merecer esta condena. César había infringido muchas más leyes.[173]

La opinión comenzó a inclinarse del lado de Cicerón, pero mucho más lentamente de lo que a él le hubiera gustado. César y su ejército eran una realidad que no podía negarse. Las cuatro nuevas legiones reclutadas por los cónsules sencillamente no estaban preparadas para enfrentarse a ellas como lo estaban las de Antonio. César no podía ser dejado de lado y, por el momento, había de ser aceptado e incluso condonado… el uso que hizo Sila del ejército privado de Pompeyo, que por entonces tenía veintitrés años, ofrecía un precedente.

Antonio era una cuestión diferente. Era cónsul —su derecho al cargo era al menos tan legítimo como el de Hircio y Pansa, e incluso Décimo Bruto— y una Asamblea Popular, cuyos votantes se habían visto animados por la presencia de César, había aprobado una ley que le daba el control de la Galia Cisalpina. La legitimidad de semejante votación era cuestionable, con quejas de que hubo intimidación y porque, lo que no deja de ser una ironía, por una vez hubo una tormenta de truenos durante la reunión en vez de ser sencillamente un mal augurio convenientemente imaginado. Les gustara o no el cónsul, lo aprobaran o no, seguía habiendo pocas ganas de provocar una guerra civil por su causa. Antonio tenía aliados en el Senado, y su madre y su esposa hicieron todo lo posible por conseguir apoyos. Los propios conspiradores se habían marchado al extranjero, dejando atrás solo a simpatizantes, y había pocos realmente comprometidos a ayudar a Décimo Bruto. Por el momento, el Senado se negó a declarar enemigo público a Antonio, en vez de lo cual le envió una embajada de tres destacados senadores. Uno de ellos era Filipo, y nada hay que sugiera que no tuviera genuinas esperanzas de que se alcanzara un compromiso.[174]

A pesar de ello, las conversaciones se quedaron en nada. Antonio continuó atacando a César, insultando a su familia real como un medio de recordar que no era el verdadero hijo de Julio César. El «así llamado» César era un don nadie provincial descendiente de esclavos extranjeros, solo un niño que se había prostituido al anciano dictador para conseguir su favor. Los comentarios rebosaban aristocrática altivez, pero por lo demás eran ejemplos bastante convencionales de la invectiva política romana, que ni siquiera entonces se tomaba al pie de la letra.[175]

A pesar de lo cual, algunos de los comentarios arraigaron y continuaron siendo conocidos después de que se hubiera olvidado su contexto. El joven advenedizo no era más que «un chico que se lo debe todo a un nombre», a lo cual se podría añadir y a

que «poseía un ejército». Cicerón quería utilizar ambos, pues para él Antonio parecía ahora peor de lo que Julio César lo había sido nunca. En parte era mera aversión personal y, todavía más, falta de respeto. No solo la tiranía había continuado tras el asesinato del tirano, sino que el nuevo tirano había hecho mucho menos que Julio César para conseguir su prominencia. Mucho más importantes eran las frustraciones y las decepciones de la larga carrera de Cicerón, y el sentimiento de que quizá por última vez podía servir —quizá incluso salvar— a Roma y la *res publica* que tanto amaba. Desde el principio el joven César le mostró deferencia y respeto. No tiene por qué haber sido insincero. Cicerón era un estadista distinguido y mayor, que bien merecía ser cortejado por un ambicioso recién llegado. Del mismo modo que su afecto por el joven no hubo de ser por completo fingido. Las amistades políticas, al igual que los matrimonios que a menudo las confirmaban, pretendían ventajas inmediatas y todos sabían que podían terminar siendo temporales. Por el momento, cada uno era de utilidad para el otro y ninguno podía saber lo que el futuro les tenía preparado. Cicerón estaba dispuesto a utilizar al chico y su ejército, del mismo modo en que en el 49 a. C. Catón y sus aliados estuvieron dispuestos a utilizar a Pompeyo contra Julio César. El beneficio mutuo no requería confianza plena, al fin y a la postre, César solo tenía diecinueve años y carecía de experiencia política. No es que fuera a resultar peligroso a largo plazo, ¿o sí?[176]

Cuando Hircio y Pansa asumieron el consulado el 1 de enero, Cicerón renovó sus arremetidas contra Antonio. Se aprobó un *senatus consultum ultimum*, pero se evitó hacer mención concreta a Antonio. Su tío, Lucio Julio César, consiguió impedir una votación que lo iba a declarar enemigo público y el resto del texto fue suavizado. Se proclamó un *tumultus*, o estado de emergencia, pero formalmente seguía sin ser una guerra. Ello no impidió los preparativos. Décimo Bruto fue confirmado como gobernador

de la Galia Cisalpina. Mucho más llamativa fue la concesión de un *imperium* propretoriano a César para que cuando menos pudiera mandar de forma legítima el ejército que hacía algún tiempo poseía. También fue admitido en el Senado y se le otorgó el grado de cuestor, lo cual le permitía intentar conseguir las otras magistraturas diez años antes de lo normal; pero aun así todavía faltaba una década para que pudiera ser elegible para el consulado. Al igual que su líder, sus soldados fueron elogiados y el Estado accedió a pagar la prima de licencia que se les había prometido cuando el joven pujó por sus servicios.[177]

En cuestión de meses, el adolescente César había reunido un ejército y ocupado brevemente el Foro, pero al fracasar a la hora de conseguir apoyos significativos se vio obligado a retirarse, para después comprar la lealtad de dos legiones y así convertirse en un poder con el que había que contar, obligando al Senado a elegir entre luchar contra él o reconocerlo. Escogieron la segunda opción, de modo que no tardó en hacerle la guerra a Antonio, en el proceso ayudando a Décimo Bruto, uno de los asesinos de su «padre» y el hombre con quien compartió un carruaje en Hispania en el 45 a. C.

VII

RECOMPENSA Y DESCARTE

César, dice, no se queja contra ti, tenlo por seguro, excepto por un comentario que te ha atribuido: «Debemos alabar al joven, recompensarlo y deshacernos de él». Añadió que no tenía intenciones de dejar que se deshicieran de él.

DÉCIMO BRUTO A CICERÓN, 24 de mayo del 43 a. C.[178]

Los meses de invierno transcurrieron en malogradas negociaciones. Resultaba complicado alimentar ejércitos en esta época del año y los cónsules seguían ocupados entrenando a las nuevas legiones y reuniendo suministros. Décimo Bruto se refugió en la ciudad de Mutina, con sus legionarios alimentándose de carne salada y sus sacrificados animales de carga. Antonio les puso sitio, pero no presionó demasiado ni intentó un asalto. El tiempo estaba de su parte, porque si esperaba lo suficiente los defensores comenzarían a morirse de hambre y se verían obligados a rendirse. Tampoco era mala cosa hacer que fuera su contrincante quien diera los primeros pasos hacia una guerra más agresiva. Las facciones todavía no estaban claramente formadas y no estaba claro cómo actuarían los gobernadores provinciales con ejércitos a su disposición. Cicerón urgió a Cayo Asinio Polión en Hispania, así como a Lépido y Lucio Munacio Planco en las provincias galas, a que apoyaran a Décimo Bruto con sus legiones. A pesar de ase-

gurarle su amistad y lealtad a la *res publica*, ninguno de ellos hizo nada al respecto.[179]

Lejos, el otro Bruto estaba al mando ahora de la provincia de Macedonia y su guarnición. Cayo Antonio, enviado por su hermano a controlar la región, no consiguió ganarse a las legiones y sus propias tropas no tardaron en desertar antes de acabar él mismo convertido en prisionero. Trebonio estaba muerto, tras ser arrestado y asesinado —algunos dicen que torturado— por Dolabela. Fue el primero de los asesinos en perecer. Poco después las legiones se volvieron contra Dolabela. En los meses siguientes se vio rápidamente arrollado y acabó con su propia vida. Casio asumió el control de todas las legiones de Siria. Los conspiradores habían conseguido ejércitos y empezaron a extorsionar a las provincias para conseguir dinero y otros recursos. No obstante, ninguna de esas legiones estaba en posición de ayudar a Décimo Bruto. César y sus soldados seguían siendo críticos para el resultado en la propia Italia.[180]

El recién nombrado propretor se colocó gustoso a las órdenes de los dos cónsules y sus relaciones con ellos fueron cordiales. Ambos poseían buenas credenciales cesarianas. Fue probablemente a finales del 44 a. C. cuando Hircio añadió un octavo libro a los *Comentarios sobre las guerras de las Galias* de Julio César, y puede que también sea el autor de *Guerra alejandrina* y de *Guerra africana*, que continuaba los *Comentarios sobre la guerra civil* del propio dictador. Esta celebración de pasadas victorias sin duda agradó mucho a los exoficiales del ejército de Julio César.[181]

En marzo las fuerzas controladas por el Senado comenzaron a moverse. Las legiones del propretor eran la única sección del ejército en estado de batalla y César puso a la IV y la *Martia* bajo el mando de Hircio, permitiendo al cónsul que partiera hacia la Galia Cisalpina. El joven general lo siguió poco después con la VII —es posible que la VIII no se uniera a él hasta después—. Iban apoyadas por alguna caballería e infantería ligera y, proba-

blemente, el cuerpo de elefantes de guerra llegado con las legiones cuando desertaron de Antonio. Hircio y César crearon también cada uno una cohorte pretoriana de veteranos escogidos para servir tanto como guardia del cuartel general como formidable fuerza durante la batalla. Por el momento, Pansa se quedó cerca de Roma, apresurando el entrenamiento y los preparativos de las cuatro legiones nuevas y presidiendo las sesiones del Senado. Asistió a una sesión el 19 de marzo, pero al día siguiente había abandonado la ciudad camino del norte con sus cuatro legiones de reclutas.[182]

Hircio y César construyeron dos campos fortificados cerca de las líneas de Antonio; pero no se sintieron lo bastante fuertes como para intentar abrirse paso hasta Mutina hasta la llegada del resto del ejército. Encendieron señales luminosas para Décimo Bruto; pero no podían saber si él sabía que estaban allí hasta que un mensajero consiguiera atravesar los puestos avanzados enemigos, cruzara nadando un río y alcanzara la ciudad. Las comunicaciones entre la guarnición asediada y la columna de socorro se basaba en una mezcla de hombres valientes como esos y mensajes mediante palomas mensajeras. Durante semanas ambos lados mantuvieron escaramuzas. Parte de la caballería auxiliar que se habían unido a César cuando las legiones macedonias se pusieron de su lado decidieron pasarse de nuevo a Antonio, quien pudo haber recibido otros refuerzos, pues sus fuerzas parecen haber crecido hasta más de tres legiones. Dentro de Mutina, los hombres de Décimo Bruto estaban terminando sus provisiones, pero hasta que no recibieran refuerzos, Hircio y César no podían ayudarlo.[183]

En la segunda semana de abril, Pansa y sus hombres estaban cerca de Mutina tras haber seguido la vía Emilia. Antonio no podía permitir que los ejércitos enemigos se reunieran, de modo que decidió golpear con rapidez mientras todavía estaban separados y eran vulnerables. Fuerzas pequeñas fueron enviadas contra

los campamentos de Hircio y César con la esperanza de mantener ocupadas a sus guarniciones. El propio Antonio cogió dos de las legiones macedonias, la II y la XXXV, junto con gran parte de su caballería y su infantería ligera y se apresuró hacia el sur para organizar una emboscada para los soldados novatos de Pansa. Hircio detectó o recibió informes sobre este movimiento y, durante la noche del 13-14 de abril, envió a la *Martia*, junto a su cohorte pretoriana y la de César para que se reunieran con Pansa y escoltaran la columna. Era una apuesta que podía significar la destrucción del destacamento si se perdía y tropezaba con fuerzas superiores de Antonio, pero el riesgo mereció la pena y se encontraron sin problemas.

La mañana del 14 de abril, el reforzado ejército de Pansa se acercaba a la pequeña ciudad de Foro de los Galos, a unos 11 kilómetros de Mutina. La mayoría de los antonianos estaban escondidos en las casas o los marjales y maleza a ambos lados del camino, pero eran visibles suficientes puestos avanzados como para precipitar un ataque de la *Martia*, encolerizada por el recuerdo de las ejecuciones de Brundisio. El resultado fue una lucha confusa y salvaje, donde acabaron por organizarse varias batallas menores. La cohorte pretoriana de César sufrió horribles pérdidas al enfrentarse a la propia guardia de Antonio en la misma carretera. En la retaguardia, las legiones novatas comenzaron a retirarse al campamento provisional que habían construido durante la noche e hicieron lo posible por fortalecer sus defensas.

Durante algunos momentos, la *Martia* mantuvo su posición e incluso hizo retroceder a la XXXV más de medio kilómetro, pero con el tiempo la superioridad de la caballería de Antonio comenzó a notarse, obligándolos a retroceder. La firmeza de esos bien entrenados soldados y la dirección de Pansa y sus oficiales a duras penas evitaron que la retirada no se convirtiera en una derrota. La mayoría del ejército consiguió alcanzar la protección de las murallas del campamento, si bien el cónsul recibió un proyec-

til en el costado y quedó malherido. Los antonianos atacaron las bajas murallas con césped del campamento, pero no consiguieron atravesarlas. Ya era avanzada la tarde y Antonio se dio cuenta de que sus hombres estaban cansados y hambrientos. Es indudable que Julio César habría construido su propio campamento fortificado allí mismo y hecho traer comida para ellos, manteniendo la presión sobre el enemigo. En vez de ello, Antonio hizo que sus hombres marcharan de regreso a su campamento original.

Para entonces, Hircio y César se habían dado cuenta de que estaban siendo tanteados con meras fintas. El cónsul cogió el grueso de la IV y la VII, dejando a su joven colega que defendiera los campamentos. Ya fuera por casualidad o a propio intento, Hircio pudo atacar a los hombres de Antonio mientras se retiraban. Los antonianos formaron una precipitada línea de batalla en la menguante luz del crepúsculo, pero con la euforia de la victoria transformándose en agotamiento, no estaban ni física ni mentalmente preparados para otra batalla. La II y la XXXV se quebraron, sufriendo muchas bajas y perdiendo ambas sus preciosas águilas, así como la mitad de sus otros estandartes. La mayor parte de los hombres quedaron diseminados, algunos consiguiendo refugio en Foro de los Galos y otros escondiéndose en las marismas. La caballería de Antonio escapó con pocas pérdidas y durante la noche patrullas nocturnas salieron a reunir y traer a tantos de esos rezagados como fuera posible.[184]

Además de estos restos, Antonio seguía teniendo la V *Alaudae* y otras fuerzas en suficiente buen orden como para mantener el sitio de Mutina. También conservaba una clara ventaja en número y calidad en la caballería, de modo que no le fue mal en las escaramuzas que ocuparon los días siguientes. No obstante, estaba a la defensiva, de modo que Hircio y César incrementaron la presión sobre él, avanzado para acampar más cerca de las líneas enemigas y presentando batalla, lo que Antonio declinó. Gestos

como este eran un buen sistema de acrecentar la confianza de un ejército en su superioridad. Al terminar la semana, consiguieron provocar a Antonio para que formara y luchara. Fue vencido, Hircio y César consiguieron convertirlo en un ataque a gran escala contra sus líneas fortificadas. El joven de diecinueve años tuvo un papel menor en las luchas anteriores —Antonio afirmó después que huyó de la batalla, dejando tras él la capa roja que lo señalaba como general— y puede que en este segundo encuentro se desviviera por actuar heroicamente. Suetonio nos dice que en un momento dado llevó el águila de una de sus legiones cuando el *aquilifer*, o portaestandarte, resultó herido, un conocido gesto destinado a incitar a los hombres al ataque o para que los hombres sacaran fuerzas de flaqueza si estaban titubeando. Asaltar posiciones fortificadas era siempre una operación difícil, pero los efectivos y la confianza triunfaron. Hircio penetró en el campamento principal de Antonio, pero resultó muerto en la confusa batalla entre las líneas de tiendas. Al final del día, los antonianos habían sido expulsados de varios puntos clave. Antonio abandonó su asedio y se retiró, con la esperanza de reunirse con los subordinados que le traían tropas frescas.[185]

La persecución fue deslucida. Hircio estaba muerto, mientras que Pansa permanecía confinado en su tienda y sucumbió a sus heridas antes de que terminara el mes. Décimo Bruto era cónsul electo para el año siguiente —otro de los nombramientos de Julio César— de modo que era superior a César; pero sus hombres estaban en mal estado tras meses confinados en Mutina comiendo malas raciones. Su comandante también andaba desesperadamente escaso de dinero, lo cual hacía difícil pagar a las tropas y proporcionarles provisiones. Antes del asedio los defensores habían sacrificado todos sus animales de carga y resultaba difícil reemplazarlos. Décimo Bruto no contaba con caballería efectiva o con tren de intendencia para salir en campaña. La parte principal del ejército de socorro seguían siendo las legiones leales al jo-

ven propretor, y los veteranos de Julio César no sentían simpatía por uno de sus asesinos.[186]

Ahora César tenía el control efectivo tanto de sus legiones como las de los cónsules. Posteriormente, César fue acusado de ordenar el asesinato de Hircio —o incluso de llevarlo a cabo él mismo— y luego de disponer la muerte de Pansa para hacerse con el ejército. Se afirmó que el médico personal de este último fue detenido e interrogado porque el estado del cónsul dio un repentino giro hacia peor. Es indudable que estas historias, en las que resulta poco probable que haya nada de verdad, surgieron *a posteriori* debido a las necesidades propagandísticas de la guerra civil que estaba teniendo lugar. Los comandantes romanos dirigían desde cerca, detrás de la primera línea, y eran blancos conspicuos con sus capas escarlata y exquisitas armaduras, al alcance de los proyectiles o de un enemigo osado que quisiera hacerse un nombre. La inevitable confusión producida en una guerra civil, donde luchaban ejércitos idénticamente vestidos, aumentaba el peligro. En la primera batalla del Foro de los Galos, uno de los comandantes de la *Martia* casi fue muerto por algunos de los reclutas novatos de Pansa, que solo lo reconocieron en el último momento.[187]

Seguramente fue casualidad más que propio intento lo que hizo desaparecer a los dos cónsules, pero eso no cambia nada el hecho de que ahora César se había quedado al mando de siete u ocho legiones.

ROMA DE NUEVO

El Senado escuchó rumores de una victoria de Antonio —quizá la derrota de los hombres de Pansa— antes de que llegara la historia completa del Foro de los Galos. Los dos cónsules y César fueron alabados por su parte en el éxito, si bien el papel de este último fue marginal. Los informes de la ruptura del sitio de Mutina fueron recibidos con mayor alegría si cabe por Cicerón y

quienes compartían su miedo a Antonio. Se proclamó una acción pública de gracias de cincuenta días, los cuales sobrepasaban con mucho los honores de Julio César y claramente celebraban la victoria en una guerra civil. Antonio fue finalmente declarado enemigo público, mientras que a Bruto y Casio se les reconoció como legítimamente al mando de sus ejércitos y provincias. No todos se sentían tan inclinados a sentirse exultantes. Asinio Polión era gobernador de una de las provincias hispanas y cesariano de antiguo. Cuando escribió a Cicerón fue para lamentarse del desperdicio de tantos de los mejores hijos de Italia.[188]

Décimo Bruto hizo todo lo que pudo, pero no logró impedir que Antonio escapara. A comienzos de mayo se quejó de que «resultaba imposible darle órdenes a César y, para él, dar órdenes a su ejército, ambas cosas eran malas». El Senado envió órdenes para que le fueran entregadas la IV y la *Martia*. Los soldados se negaron a aceptarlo y pocas semanas después Cicerón tuvo que reconocerle a Bruto que nada podía hacer para obligarlos. Probablemente recibiera el mando más o menos permanente de algunas de las legiones de reclutas, y con ellas y su propio harapiento ejército marchó en pos de Antonio. Este no tardó en reunirse con tres legiones frescas reclutadas por uno de los antiguos oficiales de estado mayor de Julio César, Publio Ventidio Baso. Este ejército cruzó entonces a la Galia Transalpina. Se instó a Lépido y Planco a que actuaran contra él; pero sus mejores oficiales y soldados eran veteranos de Julio César. En mayo, el ejército de Antonio acampó junto a la fuerza principal de Lépido. Los antiguos compañeros de ambos ejércitos confraternizaron y no tardó en quedar claro que no les entusiasmaba la idea de luchar entre sí. Las legiones de Lépido se declararon en favor de Antonio y su comandante las siguió poco después. Uno de sus subordinados senatoriales se suicidó, pero fue la única muerte. Lépido y Antonio se convirtieron en aliados, y al poco se les unieron Planco y

después también Asinio Polión. El enemigo público era ahora mucho más fuerte de lo que lo había sido.[189]

El Senado le concedió un triunfo a Décimo Bruto y a César el honor menor de una ovación, en la cual el receptor caminaba a caballo en vez de en carro y no recibía tanto prestigio. Ambos fueron excluidos del consejo de comisionados encargado de desmovilizar las legiones y proporcionar a los soldados licenciados parcelas de tierra, lo cual no solo significaba quitarle su ejército, sino privar al joven comandante de conseguir su favor recompensándolos. Muchos senadores se sentían inclinados a relajarse al sentir que la crisis había pasado, tardando mucho en apreciar hasta qué punto se había recuperado Antonio. De forma poco inteligente, una reunión decidió reducir a la mitad la recompensa prometida cuando desertaron.[190]

El 24 de mayo, Décimo Bruto escribió a Cicerón informándole de que el joven de diecinueve años estaba repitiendo una frase que uno de los miembros de su estado mayor le aseguraba había sido pronunciada por Cicerón: «Debemos alabar al joven, recompensarlo y deshacernos de él». El orador no negó haberlo dicho y el ritmo de la frase latina: *Laudanum aduluscentum, ornandum, tollendum* —la última palabra de la cual tiene el doble significado de «exaltar» y «descartar»— sugiere que es genuina.[191]

Desde el principio, César había sido un medio conveniente de luchar contra Antonio. Al aceptar las órdenes del Senado, el joven había dado validez legal a la creación de su ejército y ayudado a convertirlo en un destacado protagonista de la pelea que se estaba desarrollando. Ahora el Senado estaba dando aprobación oficial al creciente poderío militar de Bruto y Casio, e incluso reconociendo a Sexto Pompeyo, el hijo menor de Pompeyo el Grande, que había desatado una rebelión en Hispania y las islas mediterráneas. No es probable que ninguno de ellos estuviera bien dispuesto hacia el heredero de Julio César. A principios de ese año, Antonio había escrito a Hircio y César que los únicos

que se beneficiarín de un enfrentamiento entre ellos eran los antiguos pompeyanos.[192]

César no tenía intenciones de ser dejado de lado, y así lo dijo abiertamente. Como a todo el mundo, le preocupaba preservar su posición a largo plazo. A principios del mes, Décimo Bruto dio a entender que el joven tenía la vista puesta en el consulado, que había quedado vacante con las muertes de Hircio y Pansa. Puede que se hubiera acercado a Cicerón para sugerirle que se presentaran juntos. Había circulado el rumor de que el viejo orador ya había conseguido uno de los puestos vacantes. Bruto oyó la historia en Macedonia y desde el principio expresó su preocupación con respecto a utilizar a César para cualquier cosa. En junio, Cicerón le escribió para asegurarle que había hablado en el Senado en contra de parientes del joven que estaban trabajando para su elección al cargo supremo. Lo más probable es que se refiriera a Filipo y Marcelo; pero, si bien le dijo al propio César que abandonara una ambición tan loca, no por ello dejó de hablar muy bien del joven. Bruto, quien Julio César había notado que solía mostrarse obsesivo en sus creencias, no quedó convencido, temiendo que Cicerón fuera demasiado propenso a asustarse y el joven lo halagara con demasiada facilidad. Solo veía en él a un caudillo no electo cuyo estatus había heredado junto con la riqueza y el nombre del mismo Julio César a quien Bruto y sus camaradas habían asesinado por tirano. La respuesta de Cicerón fue seguir urgiendo al líder de los Libertadores para que retornara a Italia junto con su ejército. Al final, los ejércitos triunfaban sobre los ideales.[193]

En julio llegó una embajada del ejército de César. Con 400 hombres, apenas tenía el tamaño de una cohorte, de modo que no era un ejército en sí mismo; pero incluía un significativo número de centuriones, además de representantes de la tropa. Exigieron el consulado para su comandante y toda la recompensa que se les había prometido. Suetonio sostiene que el portavoz

era un centurión llamado Cornelio. Se citaron precedentes, sobre todo del pasado lejano, de hombres por debajo de la edad legal que habían sido ascendidos al cargo supremo cuando el Estado necesitó de sus talentos. Los centuriones eran personas con algunas propiedades y a menudo procedían de la aristocracia de las ciudades de Italia. Por desgracia, la antigua imagen de ellos como una especie de sargentos mayores ascendidos desde la tropa sigue siendo un mito con buena salud. A pesar de lo cual, los senadores los consideraban como muy inferiores en categoría social y les ofendió el contundente tono con el cual presentaron su caso. Sus exigencias fueron airadamente rechazadas. Se supone que Cornelio apartó su capa militar para mostrar la empuñadura de su espada, que los centuriones llevaban en la cadera izquierda, al contrario que los soldados. «Esto lo hará, si no lo hacéis vosotros», dijo.[194]

Es probable que esa descarada amenaza sea solo una historia, pero no tardó en convertirse en una realidad. Cuando la embajada regresó a César, en la Galia Cisalpina, el ejército «exigió» que los condujera a Roma. Sin reluctancia alguna llevó sus legiones al sur. Un César volvía a cruzar el Rubicón con un ejército, si bien en esta ocasión el pequeño río no supuso diferencia formal ninguna para su *imperium*, pues su concesión extraordinaria de poder no estaba ligada a ninguna provincia concreta. Tenía unas ocho legiones. El Senado solo contaba con una unidad formada por Pansa y probablemente considerada incapacitada para el servicio activo. Se envió un mensajero a la provincia del norte de África requiriendo sus tres legiones para proteger a la propia Roma.

Dándose cuenta de su error, el Senado votó conceder a César el derecho a presentarse a las elecciones *in absentia* —lo mismo que quiso Julio César en el 49 a. C.—; pero este no se sentía inclinado a confiar en ellos y continuó su avance. Antes de alcanzar Roma, llegaron dos de las legiones africanas. Se trataba de

hombres mejor entrenados que los novatos reclutas de Pansa, pero no tenían ningún incentivo para enfrentarse a la aritmética de tres legiones contra ocho. No obstante, a las órdenes de uno o más propretores, comenzaron a preparar defensas. Algo más siniestro resulta que se enviaran destacamentos para asegurarse de que Atia y Octavia quedaran como rehenes; pero no pudieron encontrarlas, lo más probable porque las habían avisado o fueron lo bastante astutas como para darse cuenta de que la situación era peligrosa.

César llegó y las legiones del Senado, prudentemente, se pasaron a su lado. Un pretor se suicidó de vergüenza o rabia, pero no hubo batalla mientras el joven y su guardia personal marchaban hacia la ciudad. Una muchedumbre, y un continuo flujo de senadores, fueron a saludarlo. Cicerón fue el último en llegar, como el joven César observó con frialdad. Entonces, durante la noche se difundió el rumor de que la *Martia* y la IV se había amotinado contra su comandante. El Senado se reunió antes del amanecer —otra violación de la tradición— y durante algún tiempo disfrutaron de la noticia antes de descubrir que no era cierta.

El 19 de agosto del 43 a. C., César fue elegido cónsul con diecinueve años, diez meses y veintiséis días de edad. No existían precedentes de que alguien tan joven hubiera nunca ostentado el cargo, y el joven estaba orgulloso de esa singularidad. Su colega era el sobrino de César, Quinto Pedio. Parece dudoso que hubiera otros candidatos, pero se mantuvieron todas las formalidades de las elecciones mientras los romanos llenaban la Saepta. Es muy posible que la elección fuera genuinamente popular, si bien sus legiones estaban acampadas en el propio Campo de Marte para ayudar a aclarar las ideas de los votantes. Tras ganar la votación, César realizó los sacrificios tradicionales y se afirmó que doce buitres los sobrevolaron… el mismo augurio que los mitos dicen que vio Rómulo cuando fundó la ciudad.

Poco después, el pueblo romano se reunió de nuevo para votar la ley que confirmaba la completa adopción de Octavio por parte de Julio César. Siguieron otras leyes, incluida una que revocaba la amnistía del 17 de marzo del 44 a. C. y declaraba el asesinato del dictador un crimen. Bruto y Casio perdieron la aprobación oficial de su control sobre las provincias, además de ser encontrados culpables *in absentia*, junto con otros conspiradores, por un tribunal especialmente formado que se reunió y los juzgó en un solo día. Los miembros del jurado fueron cuidadosamente elegidos y cuidadosamente vigilados; solo uno se atrevió a votar en favor de la absolución. Como estaba claro que los conspiradores habían matado al dictador y alardeado de la hazaña, eran evidentemente culpables en tanto en cuanto el asesinato fuera considerado un crimen. Era más bien el apresuramiento y el claramente poco convencional juicio lo que preocupaba, aunque fuera más juicio que el ofrecido por Cicerón a los seguidores de Catilina en el 63 a. C. Otra ley revocó la calificación de Marco Antonio y Lépido como enemigos públicos. Dolabela también dejó de serlo para pasar a ser un promagistrado legítimo, si bien posiblemente muriera antes de que le llegara la noticia. Sexto Pompeyo perdió el poder legal que había ostentado brevemente y se convirtió de nuevo en un rebelde. Un pretor fue acusado de organizar el asesinato del joven César y fue sumariamente desposeído de su cargo y condenado a muerte. Los juicios podían ser veloces y brutales, pero por el momento se trató de un caso aislado.

Por fin, el hombre que ahora era formalmente su hijo tanto como su heredero, pagó lo que faltaba de la donación del testamento del dictador al pueblo romano. Utilizando los fondos de un Tesoro casi vacío, César también entregó a sus legionarios 2500 denarios por cabeza con la promesa de que la mitad restante de su recompensa se pagaría en su debido momento. Es probable que sus recientemente adquiridas legiones compartieran par-

te —quizá incluso toda— su generosidad, pues al final su poder reposaba en ellas. Ahora contaba con once legiones, pero Antonio y Lépido tenían el doble. Es probable que la mayoría fueran formaciones bajo mínimos. El prestigio de un comandante reposaba más en el número de sus legiones que en el total preciso de soldados bajo su mando; de modo que existía tendencia a crear muchas unidades, lo cual a su vez tenía la ventaja añadida de proporcionar muchas oportunidades de ascender a seguidores leales a los rangos principales.[195]

César y sus legiones no tardaron en marchar de nuevo hacia la Galia Cisalpina. Antonio y Lépido lo estaban esperando. Décimo Bruto los había seguido desde una discreta distancia; pero no podía esperar luchar contra semejantes fuerzas. Munacio Planco y su ejército se le habían unido durante un tiempo, antes de pasarse al lado de Antonio. Con sus tropas desertando en tropel, huyó con una discreta escolta de caballería y se refugió con un jefe tribal galo. Lo conocía de sus años en el estado mayor de Julio César; pero el viejo lazo de la hospitalidad se deshizo enfrentado a las necesidades inmediatas. Quizá siguiendo órdenes de Antonio —y ciertamente con su subsecuente aprobación—, Décimo Bruto fue asesinado y su cabeza enviada como prueba del suceso.

Los mejores oficiales y soldados de ambos bandos habían luchado para Julio César y seguían tan devotos a su memoria como hostiles eran contra sus asesinos. No deseaban enfrentarse unos contra otros y, a pesar de que el ejército de César era notablemente más pequeño —quizá la mitad de grande— que las huestes que seguían a Lépido y Antonio, pudo acercarse con confianza. Los tres líderes se dieron cuenta de que sería difícil vencerse mutuamente y, más importante, de que tenían poco que ganar de una lucha semejante. Si bien Antonio coexistió gustoso con los autoproclamados Libertadores durante el año anterior, se trató solo de necesidad por ambos lados. Bruto y Casio, apoyados por el poderío militar de las provincias orientales, era poco pro-

bable que se mostraran tan deseosos de llegar a un compromiso, o se sintieran predispuestos en su favor, el de Lépido y menos aún el del joven César. Confiar en su buena fe era un riesgo demasiado grande, un sentimiento que Bruto, Casio y sus aliados compartían con idéntico ardor.[196]

Antonio, Lépido y César intercambiaron cartas y enviados y supieron que cada uno de ellos estaba dispuesto a comprometerse. A finales de octubre se reunieron cerca de Bononia, justo al norte de Mutina, y durante dos días los tres jefes y sus estados mayores negociaron los detalles de su alianza. Cada uno había traído cinco legiones y piquetes de soldados vigilaban desde lados opuestos de un río mientras sus jefes hablaban en una pequeña isla. El acuerdo resultante carecía de antecedentes en la historia de Roma y, de hecho, resulta difícil encontrar un paralelo en cualquier época. Mientras Pompeyo, Craso y Julio César se habían puesto de acuerdo con un pacto informal, esta alianza sería ratificada en forma de ley una vez alcanzaran Roma. Los tres accedieron a compartir el poder supremo que solo se le daba a un dictador. También se convertirían en *tresviri rei publicae constituendae*, es decir, en triunviros (literalmente consejo de tres) con poder para restaurar el Estado. Con uno poderes tan amplios, César accedió a renunciar a su breve consulado, dimitiendo en favor de Ventidio, el hombre que con sus refuerzos había ayudado a salvar a Antonio tras su derrota y que ya estaba actuando como propretor. Ventidio ostentaría el cargo durante las pocas semanas que quedaban del año, a pesar de lo cual tenía garantizado el estatus de un excónsul para el resto de su vida.

Juntos, los tres dirigieron a una amplia porción de sus ejércitos combinados hacia Roma. En Italia no quedaba ninguna fuerza que pudiera oponérseles y su entrada en la ciudad fue tan pacífica como cuando César llegó a ella unos meses atrás. El 27 de noviembre un tribuno llamado Tito convocó la Asamblea Popular, que ratificó debidamente el triunvirato y le entregó el poder

durante cinco años. Es posible que también les garantizara legalmente las provincias que ya se habían repartido. Lépido obtuvo la Galia Transalpina y las provincias hispanas, mientras que Antonio se quedó con el resto de la Galia. César recibió Sicilia, Cerdeña y otras pequeñas islas junto con el norte de África. Probablemente fuera la parte más débil, pues grandes partes de cada una no tardarían en ser invadidas por Sexto Pompeyo. Al igual que el padre del joven, Pompeyo el Grande, los triunviros controlarían sus provincias mediante legados y no tenían obligación de visitarlas en persona. El elemento clave era controlar las legiones estacionadas allí. César, con veinte años, poseía un ejército poderoso y eso tenía mucha más importancia inmediata que los beneficios a largo plazo de controlar amplias provincias.[197]

Los triunviros eran, descaradamente, caudillos con ejércitos más leales a ellos que al Estado. Lo mismo era cierto para Bruto y Casio —y, de hecho, Sexto Pompeyo—, ninguno de los cuales había escatimado en generosos regalos a sus soldados para asegurarse su lealtad. César no fue diferente y, sin embargo, su ascenso fue mucho más rápido y espectacular que el de ningún otro. Ahora tenía veinte años, una edad con la cual en circunstancias normales habría estado sirviendo como oficial menor en el ejército o comenzando a aparecer como defensor en los tribunales. En vez de eso era uno de los hombres más poderosos del mundo.

VIII

VENGANZA Y DISCORDIA

Marco Lépido, Marco Antonio y Octavio César, elegidos por el pueblo para poner orden y regular la República, declaran que de no haber suplicado perdón los pérfidos traidores y tras haberlo obtenido convertirse en enemigos de sus benefactores y conspirar contra ellos, ni Cayo César hubiera sido asesinado por aquellos a quienes salvó con su clemencia […]; ni nosotros hubiéramos sido […] insultados y declarados enemigos públicos […] preferimos adelantarnos a nuestros enemigos en vez de sufrir en sus manos […].

LA VERSIÓN DE APIANO DEL DECRETO DE PROSCRIPCIÓN, comienzos del siglo II d. C.[198]

Una cosa, sin embargo, exige comentario, que hacia los proscritos sus esposas mostraron la mayor de las lealtades, sus libertos no poca, sus esclavos alguna y sus hijos ninguna.

VELEYO PATÉRCULO, comienzos del siglo I d. C.[199]

El dominio del triunvirato comenzó con asesinatos en masa. Según marchaban al sur desde Bononia, César, Antonio y Lépido enviaron soldados de avanzadilla para eliminar a una docena o así de hombres prominentes. No se dio aviso previo, si bien Cicerón y algunas de las otras víctimas sospecharon el peligro y huyeron de la ciudad. Cuatro hombres fueron muertos y comenzó la búsqueda del resto, lo que originó un pánico nocturno entre la elite romana, que temió estar también en peligro. El cónsul Pedio, el colega de César en el cargo y su tío, envió heraldos pidiendo calma y que la gente esperara hasta la mañana,

cuando sería anunciada la lista de los hombres que todavía se buscaban. Dejada atrás la juventud y de salud pobre, se cree que la tensión del asuntó destrozó a Pedio, pues murió a los pocos días. Los triunviros recompensaron a otro de sus seguidores con el consulado vacante para las últimas semanas del año.[200]

Una vez alcanzaron Roma, los asesinatos se volvieron más abiertos y formales al revivirse la práctica de las proscriciones de Sila. Dos tableros con listas de nombres se colgaron en el Foro —supuestamente, una de ellas reservada solo para senadores— y los presentes en ellas perdieron toda protección legal, con lo cual podían ser asesinados por los hombres de los triunviros o cualquiera otro deseoso de reclamar la recompensa de una parte de sus propiedades. La cual se pagaba previa presentación de la cabeza de la víctima, que seguidamente era sujeta a la Rostra. El resto del cadáver se dejaba allí donde había caído o se arrojaba el Tíber junto con las basuras de la ciudad. Cualquiera, incluso la familia cercana, que osara ayudar a uno de ellos corría el riesgo de convertirse en un proscrito también. La lista inicial de víctimas alcanzó varios centenares y el total ascendió a más de dos mil en los meses siguientes. La formalidad del proceso no puede ocultar que se trataba de asesinatos ilegales a una escala que dejaba en nada las ejecuciones sin juicio de Cicerón de los seguidores de Catilina. En esta ocasión, ningún tribuno —de hecho nadie — alzó la voz para protestar. Como uno de los comandantes de Antonio comentó después con ironía: «No resulta sencillo escribir *[scribere]* críticas de alguien que puede proscribirte *[proscríbere]*». Los triunviros mandaban las únicas legiones que quedaban Italia e, incluso en el caso de que solo hubieran tenido una cada uno una legión y una cohorte pretoriana en Roma, no existía fuerza capaz de oponerse a sus deseos.[201]

La apariencia de legitimidad del nuevo gobierno era limitada: la *lex Titia* que creaba el triunvirato fue aprobada apresuradamente el mismo día que se presentó, haciendo caso omiso del re-

quisito legal de un período de tres días antes de que la ley pudiera serlo. Los triunviros presentaron las proscripciones como la necesaria eliminación de los enemigos del Estado y sus líderes. Declararon que Julio César había demostrado clemencia solo para terminar siendo asesinado por los mismos hombres a quienes había salvado. No tenían la intención de repetir ese error, de modo que mataron a todo aquel que consideraron que era un enemigo, ignorando incluso lazos de amistad o familia. Mientras redactaban sus listas de la muerte, César, Antonio y Lépido trapicheaban con las víctimas en una escena a la que Shakespeare dio vida de forma escalofriante: «Todos estos, entonces, deben morir. Sus nombres quedan anotados». Antonio permitió que el hermano de su madre, Lucio Julio César, fuera incluido; mientras que Lépido entregó a su propio hermano, Emilio Paulo, ambos excónsules. El joven César carecía de parientes destacados que sacrificar y hubo de conformarse con Toranio, el antiguo tutor acusado de estafarle gran parte de la hacienda de su padre.[202]

Emilio Paulo escapó a Mileto para vivir en el exilio, muy posiblemente avisado del peligro por el propio Lépido, que no realizó ningún intento serio por hacer que lo persiguieran. La madre de Antonio, Julia, dio cobijo a su hermano en su casa, bloqueando la puerta cuando los verdugos llegaron y, según Plutarco, diciéndoles: «¡No mataréis a Lucio César si no me matáis a mí primero, la madre de vuestro comandante!». Posteriormente, se acercó en público a su hijo en el Foro y «reluctantemente», él concedió el perdón de su tío. Toranio no encontró protector y murió. Igual que hicieron cientos de otros en el transcurso de un año, aproximadamente.[203]

Cicerón pudo haber escapado. Se embarcó en un barco camino de Oriente, pero el mal tiempo lo devolvió a la costa, tras lo cual parece que perdió la energía para persistir en su empeño. Mientras tanto, su hermano Quinto y su sobrino fueron capturados y asesinados. El hijo de Cicerón estaba estudiando a salvo

en Atenas y no tardó en estar luchando como uno de los oficiales de Bruto en la guerra contra los triunviros. El propio orador encontró la muerte con dignidad y resignado coraje el 7 de diciembre del 43 a. C. Fue, con mucho, la víctima más prominente de las proscripciones y el único excónsul, por lo que su muerte fue un aviso de que ni siquiera los más distinguidos estaban a salvo si ofendían al triunvirato. Todavía un *novus homo* a pesar de sus éxitos, Cicerón era tanto un blanco destacado como vulnerable, porque carecía de las generaciones de conexiones heredadas de las que disfrutaba la aristocracia establecida. Esos mismos factores son los que lo volvieron vulnerable ante Clodio y otros atacantes ambiciosos tras su consulado.[204]

Posteriormente se afirmó que el joven César recordó el apoyo que le había proporcionado el anciano estadista y que abogó por la clemencia. Quizá lo hizo, y quizá incluso fuera sincero y no solo chalán, pero sea cual fuere la verdad del asunto se dejó vencer. Antonio dio órdenes de que la mano derecha de Cicerón y su cabeza fueran llevadas a Roma y en su debido momento ambas fueron clavadas a la Rostra, vengándose así de la mano que había escrito y de la boca que había pronunciado las *Filípicas*. Antes, los macabros trofeos fueron llevados para que los inspeccionara mientras estaba cenando con su esposa, Fulvia. La gente dijo que Antonio agarró la cercenada cabeza y rio con salvaje deleite. Después, Fulvia cogió el trofeo y le gritó insultos al fallecido, incluso quitándose alfileres del peinado para clavárselos en la lengua. Ambos tenían bastantes motivos para odiarlo, Fulvia quizá más, pues Clodio había sido el más encarnizado enemigo de Cicerón —el orador había incluso defendido a su asesino ante los tribunales, pero sin éxito—. Más recientemente, había visto cómo el orador convencía al Senado para que se volviera contra Antonio, el cónsul legal, y lo declarara enemigo público. Al vivir en Roma, tanto ella como su propiedad sufrieron ataques en

los tribunales de hombres ambiciosos que presentían la vulnerabilidad de una familia rica.[205]

Las fuentes contienen historias que muestran a los triunviros exultantes con la masacre, pero resulta muy difícil separar la verdad de la propaganda posterior, dados los violentos e imaginativos insultos que tan normales eran en las invectivas políticas romanas. La mayoría de esas historias, escritas bajo el gobierno del joven César y sus herederos, lo presentan como un colaborador reluctante y moderado, y a sus dos colegas como meros brutos. No obstante, no se trata de la única versión que sobrevive. Suetonio afirma que la inicial reluctancia de César se transformó con rapidez en una entusiasta búsqueda de víctimas. Lépido y Antonio eran hombres maduros, con edad para tomar parte en los asuntos públicos, e incluso los senadores que envidiaban y odiaban su dominio lo resentían menos que el homicida poder de un joven imberbe. La mayoría de los romanos creían que César, quien solo tenía veinte años, no debería tener tantos enemigos ya.[206]

La verdad es que no solo enemigos declarados de los triunviros acabaron proscritos. A la cabeza de unas cuarenta legiones de soldados acostumbrados a generosas primas, Antonio, Lépido y César necesitaban desesperadamente dinero efectivo para pagarlos, junto a los demás costes de gobernar el Estado. Muchos de los proscritos se encontraron en la lista sencillamente porque eran ricos y los triunviros decidieron que no tenían ningún motivo sólido para conservarlos con vida. Sus propiedades fueron confiscadas, sus casas y heredades campestres subastadas para reunir fondos para el nuevo régimen. En tales casos realmente no importaba si los hombres eran asesinados o simplemente huían al extranjero, pues en ambos casos sus bienes siempre terminaban siendo confiscados. Tanto César como Antonio fueron acusados de asesinar a gente solo para ponerle las manos encima a excelentes colecciones de vasos de bronce corintios. Antonio también

ordenó la muerte de Verres, un gobernador provincial espectacularmente rapaz incluso para los estándares romanos y que se encontraba en el exilio desde su exitosa persecución criminal por parte de Cicerón en el 70 a. C. Su riqueza seguía siendo importante y su colección de arte especialmente buena, de modo que el anciano criminal fue asesinado por ellos. Tanto de uno en uno como en grupo, los triunviros necesitaban dinero desesperadamente. Existen historias de que durante las proscripciones Fulvia y Antonio aceptaron sobornos para matar o perdonar a gente, y de que ella incluyó a personas en las listas simplemente porque deseaba sus propiedades. También se dice que Antonio perdonó a un hombre después de que su esposa accediera a acostarse con él.[207]

Las proscripciones causaron muchas víctimas, incluso aunque la mayoría de ellas escaparan y sobrevivieran, regresando en su momento a Italia e incluso a Roma. Las proscripciones proporcionaron muchas historias de dramáticas supervivencias, heroicas protecciones y desleales traiciones por parte de familia, amigos y esclavos, historias que en los años siguientes llenaron muchos libros. Hay una que afirma que un niño fue asesinado camino del colegio y que otro fue apresuradamente añadido a la lista mientras celebraba la ceremonia que lo iba a transformar en un hombre; pero en general los niños estuvieron a salvo a menos que poseyeran importantes propiedades por derecho propio. Las amenazas de ejecución para quienes habían cobijado a proscritos no se pusieron en práctica de forma sistemática. Una mujer suplicó que la mataran junto a su marido cuando su escondite fue descubierto. Los soldados se negaron, del mismo modo que el magistrado —quizá uno de los triunviros o un subordinado superior— cuando declaró públicamente que era culpable de haberlo protegido. Se dijo que al final la viuda se mató de hambre.[208]

No hay ninguna historia concreta de una esposa siendo asesinada por cobijar a su marido, al contrario que de padres o hijos. Una conocida historia afirma que una mujer consiguió que su marido fuera proscrito, lo traicionó encerrándolo en su casa hasta que llegaron los soldados y de inmediato se casó con su amante, a las pocas horas de la ejecución de su esposo. Tenemos también una inscripción erigida como monumento a su amada mujer por un hombre que en su momento estuvo proscrito. Su autor cuenta cómo ella lo escondió, lo ayudó a escapar y al final logró convencer a César para que le concediera el perdón. Un perdón que demostró ser difícil de poner en práctica, tanto, que Lépido ordenó a los miembros de su séquito que golpearan a la mujer cuando esta intentó hacer que actuara y mandara llamar a su esposo.[209]

Hay otra historia de César concediendo un indulto. En este caso una mujer consiguió esconder a su esposo en un gran arcón, que llevó ante la presencia del triunviro mientras este se encontraba presidiendo unos juegos públicos. Revelado el engaño, la muchedumbre quedó tan impresionada por la osadía de la mujer y su lealtad a su esposo que César se dio cuenta de su estado de ánimo y le concedió el perdón. Ni siquiera los caudillos podían ignorar del todo a la opinión pública. Las proscripciones permitieron a esclavos ganarse la libertad traicionando a sus amos; pero en unos pocos casos a los cuales se dio publicidad, quedaron demasiado exultantes o continuaron atacando a la familia de su antiguo amo, los triunviros los hicieron ejecutar o esclavizar de nuevo para demostrarle a la gente que el orden social no estaba seriamente amenazado.[210]

César, Antonio y Lépido son culpables por su crueldad al ordenar las proscripciones. Desde un punto de vista puramente utilitario, los asesinatos tuvieron mucho éxito a la hora de difundir el miedo. No obstante, la vertiente económica demostró ser muy decepcionante, pues en las subastas de las propiedades

confiscadas se demostró muy poco entusiasmo. Demasiados compradores potenciales tenían miedo de demostrar que eran lo bastante ricos como para adquirir nuevas propiedades y otros recordaron los frecuentes ataques contra quienes se habían aprovechado de las proscripciones de Sila. Desesperados por conseguir más efectivo, los triunviros introdujeron nuevos impuestos, que gravaban a los ricos basándose en sus propiedades… una medida muy poco romana. El anuncio de que las propiedades de las 1400 ciudadanas más ricas iban a ser valoradas para que también ellas pagaran impuestos no tenía precedentes. Durante la desesperada guerra contra Aníbal en el siglo III a. C., las mujeres de la aristocracia dieron voluntariamente joyas y otros bienes para la República, pero nunca habían pagado impuestos. Encabezadas por Hortensia, la hija del hombre que había reemplazado a Cicerón como principal orador de Roma, un amplio grupo de mujeres fueron primero a ver a los familiares femeninos de los triunviros y luego al Foro para encontrarse con César, Antonio y Lépido en persona. De nuevo la mayoría de la muchedumbre simpatizó con este despliegue de valor femenino y los triunviros consideraron que era adecuado realizar una concesión. Solo 400 mujeres pagaron impuestos, mientras se anunciaban otros nuevos para los hombres. Se cogería la mitad de la producción agrícola de las granjas, mientra que comunidades italianas fueron obligadas a proporcionar alojamiento invernal gratuito para los soldados, una imposición que solo era habitual en las provincias.[211]

FILIPO

El 1 de enero del 42 a. C., Lépido comenzó su segundo consulado, solo cuatro años después de haber ostentado el cargo junto a Julio César. Esta vez su colega fue Lucio Munacio Planco, uno de los comandantes del ejército que se unió a Antonio tras Mutina. Comenzaron realizando un juramento —al cual se unieron gustosos Antonio y César, y con más reservas el resto del Senado— de que todos los hechos del fallecido dictador se-

rían vinculantes para siempre. Julio César había sido consagrado formalmente como dios y comenzaron los trabajos de un templo dedicado a él cerca del lugar de su incineración —sus restos todavía se pueden ver hoy en el Foro—. Su heredero no era solo César de nombre, sino el hijo de un dios, si bien no adoptó ese título de inmediato.[212]

Las conexiones familiares nunca quedaban muy lejos del pensamiento de un aristócrata romano. Atia murió a finales del 43 a. C., tras vivir lo bastante como para ver a su hijo alcanzar el consulado. Fue honrada con un funeral público. Para entonces su hijo ya estaba comprometido con la hija de un aristócrata entrado en años, pero el compromiso se rompió cuado se creó el triunvirato. Ni Antonio ni Lépido tenían hijas de edad adecuada, pero el ejército se mostraba ruidosamente ansioso de que la nueva alianza se cimentara de algún modo, por lo que el joven César se casó con la hija que Fulvia tuvo durante su primer matrimonio. La chica —su nombre era Claudia y no fue transformado en el vulgar Clodia cuando su padre fue adoptado dentro del orden plebeyo— procedía de importantes familias aristocráticas por ambos lados, lo cual la convertía en una pareja adecuada. No obstante, era muy joven, todavía le faltaban varios años para alcanzar la edad normal del matrimonio y, si bien la pareja se casó, no vivieron como marido y mujer; cuando dos años después la pareja se divorció, César realizó un juramento afirmando que la chica seguía siendo virgen.[213]

Por el momento, el matrimonio proporcionó un lazo muy tradicional entre Antonio y César, que solo unos meses antes habían intercambiado invectivas y luego luchado el uno contra el otro en una batalla. Ahora se dirigirían juntos a Oriente en un mando conjunto para enfrentarse a las poderosas fuerzas reunidas por Bruto y Casio. Lépido permaneció en Italia con unas pocas legiones. A pesar de su escasa edad y experiencia, estaba claro que César tenía que ir con el ejército enviado para castigar a los

hombres que habían asesinado a su padre. Eso era mucho más importante que el reparto de provincias entre los triunviros. Antonio y César conseguirían la gloria o perecerían en el intento. Si ganaban, Lépido solo recibiría una parte indirecta de su prestigio y poder. Si perdían y no regresaban, un hombre que había tomado parte en las proscripciones es probable que se encontrara con que tenía muchos enemigos.[214]

Ganar no sería fácil. Los Libertadores habían conseguido y reclutado más de veinte legiones. Algunas habían sido creadas originalmente por Julio César, pero ninguna de ellas había visto mucha acción bajo su mando o tenía motivos para sentir estrechos lazos con su heredero o con Marco Antonio. Tampoco estaban profundamente comprometidas en la defensa de los privilegios de la elite senatorial, de modo que Bruto y Casio se preocuparon por ofrecer a los legionarios incentivos financieros tan generosos como los entregados y prometidos por el triunvirato. Las provincias del Mediterráneo oriental no tuvieron muchas más opciones que hacerse cargo de la factura, siendo estrujadas con importantes impuestos, además de solicitárseles que proporcionaran provisiones. Algunas lo hicieron gustosas, pero ninguna podía esperar resistir el poder de las legiones de los Libertadores. Casio invadió Rodas cuando la isla se mostró reluctante a satisfacer sus demandas, además de vender como esclava a la población de varias comunidades de Judea igual de recalcitrantes. Por esas mismas fechas, Bruto asedió y saqueó Janto, en Licia, provocando el suicidio en masa de sus habitantes. Con unas advertencias tan lúgubres, la mayoría de las comunidades se apresuraron a entregarles lo que querían. Bruto utilizó parte de la plata conseguida para acuñar monedas con su efigie en el anverso —algo realizado primero por Julio César y copiado ahora por los triunviros— y un más adecuado gorro frigio republicano en el reverso.[215]

A finales del verano del 42 a. C. los Libertadores se sintieron lo bastante fuertes como para concentrar sus ejércitos y cruzar el Helesponto desde Asia Menor hasta Macedonia. Antonio y César habían mandado una fuerza de ocho legiones a través del Adriático mientras preparaban el cuerpo principal y reunían los barcos necesarios para transportar a tantos soldados. Sobrepasadas en número, estas fuerzas perdieron la partida y se retiraron hacia el oeste por la vía Ignacia hasta Anfípolis. Los Libertadores no los persiguieron hasta el final, sino que se fortificaron delante de la ciudad de Filipo, fundada en el siglo IV a. C. por el padre de Alejandro Magno, Filipo II, de quien recibió el nombre.

Los ejércitos principales de Antonio y César no izaron velas hasta septiembre; demasiado avanzado el año para comenzar la campaña, pero con ello igualaban la determinada persecución de Julio César durante la guerra civil previa. Al igual que él, andaban cortos de barcos de transporte y se enfrentaban a poderosos escuadrones de barcos de guerra enemigos, decididos a entorpecer el cruce de las tropas. Antonio tuvo que hacer frente a ataques en el mismo puerto de Brundisio mientras preparaba la expedición. Antes de haber alcanzado siquiera el Adriático, César participó en varias escaramuzas navales poco decisivas con el creciente poder de Sexto Pompeyo. Cuando finalmente levaron anclas, fue con solo una parte de sus tropas, de modo que los barcos de transporte tuvieron que retornar en busca de refuerzos. Consiguieron llevar adelante un segundo convoy antes de que los barcos de guerra de los Libertadores cerraran las rutas marítimas durante algún tiempo.[216]

Los triunviros desembarcaron en Apolonia —más de dos años después de que Cayo Octavio hubiera partido desde allí hacia las incertidumbres de la política romana—; pero el familiar entorno fue de poco consuelo, porque se había puesto terriblemente enfermo durante el viaje. Desconocemos de qué enfermedad se trató, pero fue incapaz de avanzar más por el momento. Antonio

continuó con sus legiones, marchando para reforzar la vanguardia en Anfípolis. Luego continuó avanzando, presionando hasta acampar frente a Bruto y Casio en Filipo. Era un riesgo, porque lo sobrepasaban en número al menos en una tercera parte, pero los libertadores fueron demasiado cautelosos como para aprovechar su ventaja. Durante los siguientes diez días hubo escaramuzas entre los puestos avanzados de ambos ejércitos, hasta que al final César y sus legiones llegaron para unirse a su colega. Cercano a su vigésimo primer cumpleaños, el joven comandante tuvo que ser llevado en litera porque era incapaz de montar a caballo.[217]

Los triunviros tenían consigo diecinueve legiones —tantas como las fuerzas combinadas de Pompeyo y Julio César en la decisiva batalla de Farsalia en el 48 a. C.— y se enfrentaban a diecisiete legiones mandadas por Bruto y Casio. Los libertadores contaban con ventaja en la caballería, formada supuestamente por 20 000 jinetes contra los 13 000 de los triunviros. Si las legiones estaban cerca de su capacidad máxima teórica, esto significa que en las batallas subsiguientes lucharon más de 200 000 soldados, pero hemos de ser prudentes. Es muy probable que todas las legiones se encontraran muy por debajo de su número óptimo y que los totales de la caballería estén inflados. Los caballos eran difíciles de transportar por barco y habría supuesto una dificultad inmensa alimentar a tantas cabalgaduras, junto a un número similar de animales de carga, además de a los soldados y la estela de seguidores de los campamentos durante siquiera un período corto. Bruto y Casio habían reunido considerables reservas de comida y forraje y poseían fácil acceso a suministros traídos por mar; ventajas negadas a sus contrarios; pero resulta extremadamente dudoso que hubieran podido alimentar a una fuerza de ese tamaño durante toda la campaña.[218]

Incluso si los ejércitos tenían solo dos terceras partes o la mitad del tamaño que se afirma hubieran seguido siendo grandes.

Había algunos veteranos en ambos campos, pero la inmensa mayoría de los soldados y muchos de los oficiales tenían escasa experiencia previa. Algo que también era cierto para los comandantes. Casio había servido como cuestor de Craso en el 53 a. C. y conducido a la seguridad a un destacamento del derrotado ejército, pero eso fue hacía veinte años. Tanto él como Bruto habían servido en la campaña macedonia del 48 a. C., pero con esas excepciones no consiguieron más experiencia militar hasta las operaciones punitivas a pequeña escala para reunir fondos para esta guerra. No se trataba de una preparación muy completa para controlar uno de los mayores ejércitos romanos desplegados nunca sobre el campo de batalla. Antonio tenía más experiencia en el mando, si bien considerablemente menos de la que siempre se supone y en ninguna imaginación cabe que fuera un Julio César o un Pompeyo, y ni siquiera ellos habían dirigido a tantas legiones en una batalla. Fue una guerra luchada por ejércitos grandes y torpes, ninguno de cuyos oficiales superiores tenía experiencia alguna en una guerra de semejantes dimensiones. En ambos campos los ejércitos permanecieron en gran parte separados, leales solo al líder que los pagaba. Formaban uno al lado de otro, pero no estaban integrados en un mando único.

Bruto y Casio tenían cada uno su propio campamento en las partes altas del terreno fuera de Filipo. Bruto a la derecha, con su flanco pegado a una línea de colinas. Casio estaba a la izquierda, junto a una amplia extensión de marismas. Una línea de fortificaciones unía ambos campamentos. Tenían buen acceso al agua, una línea de suministros organizada desde la costa y su plan era esperar a que el enemigos atacara en desventaja o se le acabara la comida. Pudiera haber funcionado, pero le concedió la iniciativa a los triunviros y ese no era realmente el modo de hacer de los romanos. Las legiones de César acamparon en frente de Bruto, con los hombres de Antonio ante la posición de Casio. Durante algún tiempo les bastó con las escaramuzas. La mayor parte de

los días, los ejércitos contrarios marchaban hasta desplegarse en orden de batalla delante de sus campamentos, pero ningún lado avanzó para forzar la acción. Tales desafíos a la batalla eran un rasgo del modo de hacer la guerra de la época.[219]

En un intento por romper las tablas, Antonio decidió que las marismas a la izquierda de la posición del enemigo eran vulnerables y puso a sus hombres a crear una línea fortificada por los marjales. Sus hombres la construyeron desde su propio campamento y la idea era crear una posición que pasara por el flanco de Casio y terminara amenazando las líneas de suministro enemigas. Al principio los trabajos quedaron ocultos por las altas cañas y se tuvo la precaución de continuar con el despliegue principal diario fuera del campamento para mantener ocupada la atención del enemigo. Al final, Casio se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y envió a un destacamento a excavar su propia zanja y su correspondiente muralla en ángulo recto con la de Antonio. Esperaba cortar las líneas de Antonio, dominar a los hombres que hubiera en ese punto y dejar aislados a los que hubiera por delante, de modo que pudieran ocuparse de ellos después. El 3 de octubre las patrullas de Antonio descubrieron lo que andaba haciendo el enemigo. Como de costumbre, los ejércitos contrarios estaban en formación de batalla y es posible que los Libertadores hubieran decidido avanzar algo más o, quizá incluso, atacar, para distraer a sus contrarios de los trabajos de construcción.

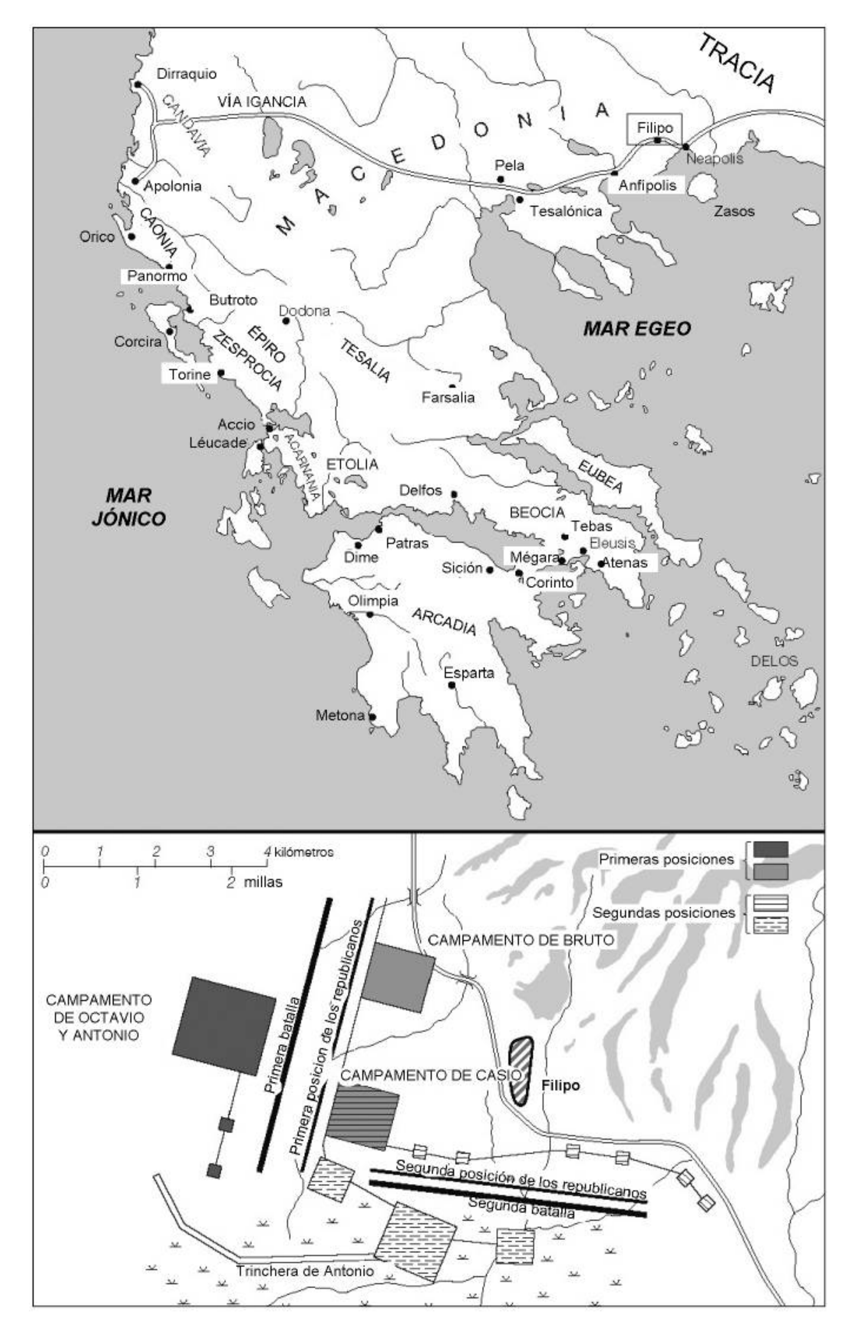
Antonio estaba en el extremo del flanco derecho de su línea y de inmediato condujo a las tropas más cercanas hacia las marismas contra la nueva línea de fortificaciones de Casio. En otro lugar comenzó una confusa batalla. Fuera o no premeditado, los estados mayores de Bruto y Casio tuvieron problemas para coordinar a tantas legiones sin experiencia. Las órdenes de avanzar no llegaron a todas las unidades a la vez y, a iniciativa de cada comandante, algunas esperaron y otras avanzaron sin instrucciones. El resultado fue un avance entusiasta, pero desordenado. En

el otro campo la cosas eran todavía más confusas. Tras días de adoptar poses delante del enemigo sin luchar, las legiones de los triunviros no esperaban una batalla a gran escala. La línea de Bruto se extendía por la derecha más allá de las tropas de César —probablemente más por casualidad que a propio intento—. La IV ocupaba el puesto de honor en el extremo izquierdo de la línea y la experimentada legión cesariana se encontró siendo cargada por el frente y el flanco y no tardó en quedar sobrepasada. El pánico se extendió y todo el ala izquierda de César se hundió. Las exultantes tropas de Bruto se lanzaron hacia delante en su persecución y penetraron en el campamento enemigo, donde rápidamente se dispersaron para saquear, olvidándose por completo de culminar su victoria.

Mientras tanto, los hombres de Antonio habían usado escalas para trepar y capturar la nueva muralla de Casio, tras lo cual continuaron su avance, apremiados por su general. Antonio fue uno de los primeros en penetrar en el campamento principal de Casio. La mayoría de las legiones de este estaban comprometidas en el frente, sin tomar parte en la lucha en las marismas; pero según se fue extendiendo el rumor de que sus posesiones se habían perdido, las cohortes comenzaron a titubear y a retirarse. Casio se desesperó mientras su ejército se disolvía a su alrededor. Corto de vista, confundió a parte de la caballería de Bruto con el enemigo y ordenó a su criado personal que lo ayudara a suicidarse antes que caer prisionero. (Este personaje desapareció de inmediato, por lo que algunos se preguntaron si no habría matado a su amo sin esperar la orden). Bruto fue incapaz de volver a controlar a sus hombres para que se lanzaran contra Antonio y, en vez de ello, comenzaron a moverse de regreso a su propio campamento, cargados de botín. A su vez, Antonio se había implicado demasiado en arrasar el campamento de Casio como para influir en la batalla general y fue incapaz de explotar el desorden

de los hombres de Bruto. A César, simplemente, no se lo veía por ningún lado.[220]

Durante el resto de su vida la controversia rodearía el joven triunviro respecto a su conducta el 3 de octubre; pero no cabe duda de que no se comportó como un joven aristócrata romano a la cabeza de un ejército lo hubiera hecho. Seguía seriamente enfermo, incapaz de tomar el mando activo y, a pesar de ello, no parece haber nombrado a un subordinado para que ocupara ese puesto; sin duda porque un caudillo ha de vengar a su padre muerto él mismo y no mediante un sustituto. El vacío de poder fue la principal causa del mal orden y rápido hundimiento de su ejército ante el ataque de Bruto. Es posible que César estuviera con ellos llevado en su litera por detrás de la línea de batalla. Ciertamente no se encontraba en su campamento principal cuando los hombres del Libertador penetraron en él, aunque varios de ellos llegaron hasta Bruto alardeando de haber matado al joven triunviro. Según César, su médico personal soñó que sería peligroso permanecer en su tienda, de tal modo que en un momento dado sus compañeros hicieron caso al aviso y fue conducido a algún sitio por sus ayudantes personales. No está claro si esto sucedió antes o durante la lucha. Lo alejaron de la batalla y lo escondieron en una zona de marismas a alguna distancia en la retaguardia. Quizá hubiera perdido las esperanzas con respecto al resultado de la batalla o, simplemente, estuviera demasiado exhausto como para moverse; pero se quedó allí durante tres días antes de regresar al campamento.[221]



Grecia, Macedonia y las batallas de Filipo

Ejércitos torpes y esencialmente aficionados con poco o ningún liderazgo convirtieron la primera batalla de Filipo en unas

tablas. Las bajas fueron más importantes entre las legiones de César, que también perdieron varios estandartes. Peores noticias fueron cuando un mensajero vino para informar de que el último convoy que venía de Italia había sido interceptado por navíos de guerra enemigos y destruido. Una gran parte de la *Legio Martia*, junto con otras legiones, perecieron quemadas o ahogadas cuando sus barcos de transporte fueron quemados. Bruto no se creyó el informe cuando lo recibió y parece haberse sumido en una depresión tras la muerte de su aliado y cuñado. Casio estaba muerto, pero los dos ejércitos permanecían ferozmente diferenciados, de modo que Bruto de inmediato dio a los soldados de su colega una generosa donación de dinero para preservar su disposición a morir por la República y la libertad. Antonio continuó ampliando sus fortificaciones en torno al ala izquierda enemiga. Casio había mantenido una guarnición en una colina prominente; pero por simple error o por un mal entendido deseo de demostrar su autoridad, Bruto hizo que se retiraran de allí. Antonio y César se dieron cuenta del error y de inmediato enviaron tropas allí que no tardaron en construir un fuerte sólido. Ahora la línea de suministro de Bruto estaba amenazada. Según pasaban los días y las semanas su ejército se fue frustrando más, deseoso de acabar lo empezado enfrentándose de nuevo al enemigo.

El 23 de octubre, reluctantemente, Bruto presentó batalla. En esta ocasión los ejércitos se desplegaron en ángulo recto con respecto al primer campo de batalla, lo que suponía que los hombres de Bruto ya no tenían la suave pendiente en su favor. A pesar de ello, la lucha fue larga y enconada, pero los hombres de los triunviros fueron haciendo retroceder sin cesar a sus oponentes «como trabajadores empujando una pesada pieza de maquinaria», quienes terminaron por romper a correr. Bruto consiguió mantener juntas unas pocas legiones y retirarse en orden. Seguidamente, inspirado como tantos de su generación por el ejemplo de Catón y otros, se apresuró a suicidarse.[222]

César se había recuperado lo suficiente como para tomar parte activa en esta segunda batalla, si bien el principal crédito de la campaña fue para Antonio. Se dijo que los aristócratas prisioneros abuchearon al joven triunviro y aclamaron a Antonio como *imperator*. Ciertamente, muchos de los perdonados eligieron unirse a él, demostrando de nuevo que se prefería a un hombre mayor, más asentado y de incuestionable linaje aristocrático. Antonio también fue elogiado por tratar con respeto el cadáver de Bruto, si bien Plutarco afirma que César fue igual de generoso con los restos del muerto. La cabeza de este fue enviada a Roma —no está claro por orden de quien— para ser depositada a los pies de la estatua de César; pero se perdió cuando el barco que la transportaba se fue a pique. El heredero del dictador fue acusado de brutalidad en su trato a los prisioneros al hacer, por ejemplo, que un padre y un hijo echaran a suertes quién sería decapitado primero.[223]

Antonio se llevó la parte del león del prestigio por la derrota de Bruto y Casio, si bien en años posteriores César se limitaría a declarar: «A aquellos que asesinaron a mi padre los obligué a exiliarse, castigando su acto con los debidos procedimientos de la ley y, después, cuando plantearon una guerra contra la República, por dos veces los derroté en el campo de batalla».[224]

Por ahora era bastante que los principales conspiradores hubieran sido derrotados y muertos, y que al menos hubiera tomado parte en ello. Un caudillo necesitaba tener éxito y la guerra se había ganado. Él y Antonio también tenían que mantener las promesas realizadas a sus soldados, a muchos de los cuales les tocaba ahora licenciarse, bien tras un largo servicio o porque se habían alistado por la duración de la guerra. Se les habían prometido tierras en Italia y se decidió que César regresaría para supervisar el proceso. Antonio permanecería en el Mediterráneo oriental, asegurándose de que las provincias siguieran leales y estrujándolas para conseguir las vastas sumas de dinero que el triunvi-

rato necesitaba para pagar a sus tropas y financiar la distribución de tierras. Los reinos y ciudades provinciales no tuvieron otra opción que aceptar sus demandas, igual que habían hecho con las de los libertadores y, unos pocos años antes, con las de Pompeyo y Julio César. Los reyes y otros líderes sabían que si no obedecían, los romanos no tardarían en encontrar rivales ambiciosos deseosos por reemplazarlos. Cleopatra no era sino una más de un amplio número de gerifaltes desesperados por ganarse el favor de Antonio.[225]

César volvió a ponerse gravemente enfermo antes de haber podido levar anclas hacia Italia. Igual que sucediera antes, desconocemos la naturaleza de su dolencia y si se trató de algo nuevo o de un rebrote de su enfermedad anterior; durante algún tiempo se temió que podría morir y se extendió la falsa noticia de que así había sido. Según pasaban los meses y su regreso se retrasaba, Roma se fue poniendo más y más nerviosa. Corrieron rumores de que estaba organizando algo lo bastante terrible como para hacer que las proscripciones parecieran una nadería. Durante su ausencia, César y Antonio empezaron a recelar de Lépido, sospechando que había comenzado negociaciones independientes con Sexto Pompeyo. Por el momento se dividieron las provincias de Lépido entre ellos, si bien parece que tenían intenciones de entregarle las dos provincias africanas en algún momento del futuro. Si bien siguió siendo formalmente un triunviro, está claro que dejó de ser el igual a los otros dos.[226]

Cuando César finalmente regresó a Roma, en el 41 a. C. se puso a la tarea de encontrar tierras con gran urgencia y determinación. Antes incluso de partir para la campaña macedonia, los triunviros habían elegido dieciocho ciudades italianas para sufrir las confiscaciones de tierra que proporcionarían parcelas a los soldados licenciados. Los ricos y con buenas conexiones —sobre todo senadores y los ecuestres más prósperos— protestaron cada vez que sus haciendas se vieron implicadas en el proceso. Siem-

pre resulta peligroso alienarse a las personas influyentes, por lo que a la mayoría se les concedieron exenciones. Esto significó que las confiscaciones afectaron sobre todo a aquellos que poseían unas propiedades e ingresos medios, menos capaces de protestar, si bien muchos se acercaron a Roma a intentarlo. En varios casos, el territorio en torno a las ciudades elegidas fue insuficiente, por lo cual se tuvo que coger tierra de las comunidades vecinas, pese a no haber sido elegidas por los triunviros.

A los soldados se les habían prometido granjas. Se habían jugado la vida luchando en las guerras de sus generales y eran conscientes de que el triunvirato solo gobernaba gracias a su apoyo. Esto produjo una hosca determinación por conseguir lo que consideraban un buen trato. Lo principal es que querían que sus familiares, así como los padres e hijos de los camaradas caídos, quedaran protegidos de las confiscaciones de tierras. Al mismo tiempo, se estaban confiscando tierras a familias que las habían tenido durante generaciones y que no habían cometido ningún crimen contra el triunvirato. Junto a la tierra iban animales, herramientas, edificios y casas, así como la fuerza laboral de los esclavos. Temido, pero nunca popular, el triunvirato hubo de hacer encaje de bolillos, satisfaciendo a los veteranos sin alienarse demasiado al resto de la población. Al mismo tiempo, Sexto Pompeyo estaba acosando las rutas marítimas hacia Italia, de modo que estaban llegando menos cargamentos de grano que en tiempos normales. Los alimentos comenzaron a escasear y, como siempre, los más propensos a sufrir la hambruna fueron los menos pudientes, inclinados ya en favor de cualquier cambio, pues consideraban que su suerte apenas podía ser peor.[227]

César era el centro de atención y, por lo tanto, el foco de todo el resentimiento de muchos grupos diferentes. Y entonces se produjo un ataque desde una dirección inesperada. Bruto había ejecutado al hermano de Antonio como represalia por la muerte de Décimo Bruto, pero en el 41 a. C. el hermano que le quedaba

se convirtió en cónsul. Lucio Antonio poseía toda la seguridad en sí mismo de un noble romano y no debemos considerarlo como una mera herramienta de su hermano mayor, sino como un hombre ambicioso por sí solo. Como cónsul adoptó la causa de los granjeros desposeídos y de las comunidades descontentas de Italia. Su relación con César se fue deteriorando según pasaban los meses. La verdad de lo que sucedió después resultó difícil de establecer incluso entonces, pues no tardó en quedar entremezclada con la propaganda. En un momento dado, Fulvia se unió a Lucio, esforzándose en conseguirle soldados de entre los veteranos de Antonio. Pocos se entusiasmaron con la idea, pues a pesar del afecto que sentían por su antiguo general, se mostraban reluctantes a ponerse del lado de los desposeídos granjeros y en contra de la autoridad que diligentemente les estaba entregando tierras, tanto a ellos como a los soldados licenciados de César. La mayoría de las tropas que se unieron a la causa eran reclutas novatos procedentes de las fértiles regiones del norte de Italia y de la Campania más afectadas por la redistribución de los terrenos.

A finales del 41 a. C. Lucio se dirigió hacia Roma con su recientemente reunidas legiones. Lépido estaba en la ciudad, pero sus soldados estaban ampliamente sobrepasados en número y la mayoría de la población sentía poco entusiasmo por el triunvirato. Roma cayó rápidamente y Lépido huyó para reunirse con César, pero cuando este regresó con un ejército grande y bien disciplinado, Lucio Antonio huyó con más rapidez de la que había llegado. Se dirigió hacia el norte, esperando reunirse con varios de los generales de Antonio que estaban en Italia con unas trece legiones experimentadas. Los comandantes a las órdenes de César bloquearon su camino y quedó atrapado en Perusia (la moderna Perugia). Los cesarianos rodearon la ciudad con una zanja y un muro fortificado con torres a cortos intervalos y esperaron a que el hambre pusiera de rodillas al enemigo. Lucio Antonio aguantó los meses de invierno, esperando que los generales

de Antonio llegaran en su ayuda. Se acercaron mucho, pues en un momento dado acamparon a no más de 30 kilómetros; pero sus movimientos carecían de decisión debido a un mando dividido y a la ausencia de instrucciones por parte del mismo Antonio. Probablemente también se dieran cuenta de que sus soldados no simpatizaban con los rebeldes de Lucio. Ninguno intentó forzar la situación con los comandantes de César posicionados para observarlos y estos, a su vez, tuvieron cuidado de no provocar ningún enfrentamiento serio.[228]

En Perusia se han encontrado proyectiles de plomo para las hondas con mensajes grabados en ellos que dejan ver parte de la propaganda y los vulgares insultos que se cruzaron unos y otros. Los hombres de César se burlaban de la calvicie de Lucio Antonio o deseaban que sus proyectiles acertaran en el *landica* —una palabra de argot especialmente vulgar para referirse al clítoris— de Fulvia; a pesar de que esta no se encontraba en Perusia, estaba claro que la esposa de Antonio era objeto de odio y burla. Los defensores replicaron con proyectiles que afirmaban estar destinados al trasero de César y lo presentaban como un degradado homosexual que dejaba que otros lo sodomizaran. Junto a este bombardeo de insultos hubo frecuentes ataques contra las líneas de los asediantes. En una ocasión el propio César fue sorprendido mientras realizaba un sacrificio como comandante del ejército y poco faltó para que lo mataran. Lo normal era que los resultados no fueran tan espectaculares y, de vez en cuando, unos pocos hombres conseguían romper las líneas y escapar.[229]

Con los comandantes de su hermano incapaces o poco deseosos de ayudar, las provisiones de Lucio terminaron por agotarse y se rindió en febrero del 40 a. C. Perusia fue saqueada y terminó en llamas, si bien existen dudas sobre si el fuego fue iniciado por los vencedores o por alguno de sus habitantes. Es probable que hubiera algunas ejecuciones de civiles destacados y quizá de algunos de los apoyos senatoriales de Lucio Antonio. Los rumo-

res y una propaganda hostil no tardaron en convertirlo en otra horrenda masacre, en la que trecientos destacados ciudadanos fueron sacrificados al espíritu de Julio César; una invención inspirada, sin duda, en la matanza de Aquiles de prisioneros troyanos en el funeral de su compañero Patroclo en la *Ilíada*. Suetonio afirma que las excusas y peticiones de misericordia eran recibidas por el joven triunviro con un lacónico: «Debe morir» o «Debes morir» —*moriendum esse* en latín—. No obstante, en conjunto las represalias fueron limitadas. Los soldados rebeldes fueron perdonados y no cabe duda de que muchos fueron reclutados para las legiones de César. Lucio Antonio no solo no sufrió daño alguno, sino que fue enviado a gobernar una de las provincias hispanas. Fulvia ya había escapado para reunirse con su esposo, igual que la madre de Antonio, que huyó al extranjero, yendo primero a Justo Pompeyo, quien hizo que la llevaran hacia Oriente para reunirse con su hijo.[230]

Antonio no intervino en la guerra perusina, ni para apoyar a su hermano y esposa, ni para contenerlos. En la primavera del 40 a. C. estaba de camino a Italia acompañado por una fuerte flota de barcos de guerra. Nadie sabía si la guerra civil había terminado de verdad o simplemente estaba comenzando.

TERCERA PARTE

EMPERADOR CÉSAR, «DIVI FILIUS»

38-27 A.C.

Imperator *era el título dado a un general victorioso, pero nunca antes había sido utilizado como nombre permanente. Se convirtió formalmente en «el hijo de un dios» tras la deificación oficial de Julio César en el 42 a. C., pero no usó el título de forma constante hasta más tarde.*

IX

HIJOS DE DIOSES

¡Ah! ¿Acaso volveré, luengos años desde aquí, a mirar de nuevo

a los límites de mi patria, a mi humilde casita de campo con su revestimiento de hierba… volveré, luengos años desde aquí, a mirar con asombro unas pocas espigas de trigo, antaño mi reino?

¿Es un impío soldado quien tiene ese bien labrado barbecho?

¿Un bárbaro esas cosechas? ¡Ved donde el conflicto ha llevado

a nuestros infelices ciudadanos!

VIRGILIO, comienzos de los años 30 del siglo I a. C.[231]

… la gran línea de los siglos comienza de nuevo. Regresa la justicia divina, el reino de Saturno regresa; ahora una nueva generación desciende desde los cielos en lo alto. Solo debes, pura Lucina, sonreír con el nacimiento de un niño, bajo el cual la camada de hierro debe cesar al fin y ¡una raza de oro brotar por el mundo! […]. Y en tu consulado, Polión, sí, el tuyo, debe esta gloriosa era comenzar…

VIRGILIO, prediciendo el comienzo de una nueva edad de oro en el 40 a. C.[232]

En algún momento del 41 a. C., según se fueron degradando las relaciones con Fulvia y Lucio Antonio, César se sintió inspirado y escribió un corto poema sobre su suegra, la esposa de Marco Antonio: «Antonio copula con Glafira, de modo que como venganza Fulvia quiere ¡pillarme a mí! ¿Acaso debo copular con Fulvia? ¿Qué pasa entonces si Manio me suplica que lo joda, debería hacerlo? No creo, si tengo un gramo de sentido común.

"O follas o luchamos", dice ella. Bueno, quiero más a mi polla que a mi propia vida. ¡Que comience la batalla!».[233]

El poeta Marcial citó estas líneas un siglo después —preservándolas así para la posteridad— afirmando con descaro que si el primer emperador de Roma podía escribir poesía indecente entonces él también. El latín es especialmente grosero, más que a la altura de cualquier cosa que sus soldados hubieran escrito en sus proyectiles de plomo en Perusia. Glafira era la amante de buena cuna del soberano cliente de Capadocia, que se convirtió en la querida de Antonio con la esperanza de convencerlo de que dejara a su hijo alcanzar el trono cuando el triunviro reorganizara las provincias orientales. (En ese momento le entregó el poder a otro, pero pocos años después el chaval fue nombrado rey, de modo que al final sus esfuerzos no fueron en vano). Como es lógico, a Roma llegaron cotilleos sobre su *affaire* meses antes de que Antonio conociera a Cleopatra y proporcionara un tema nuevo y abundante. Manio era un importante agente de Antonio en Italia, al que posteriormente se acusaría de haber inflamado la situación y haber tenido un papel importante a la hora de causar la guerra perusina.[234]

Incluso para los niveles de los insultos políticos romanos, esta media docena de líneas resultan ordinarias, obra de un hombre muy joven refocilándose en la vulgaridad y rebosante de optimista confianza. En unos pocos años César se había convertido en uno de los dos hombres más poderosos del mundo… que tenía al alcance de la mano reclamar los honores y estatus de su «padre» como supremo en el Estado. Un ascenso tan rápido nos habla de una ambición inmensa y muy centrada, de gran habilidad política, pero también de suerte. Como casi cualquier estadista de éxito, César era un oportunista. Si Julio César no hubiera sido asesinado, su carrera hubiera sido muy diferente y considerablemente más lenta, aunque quizá al final hubiera sido igual de distinguida. Tuvo la fortuna de crecer en poder y ganar legiti-

midad gracias a un Senado dirigido por Cicerón, convirtiéndose en un atractivo aliado para Antonio y Lépido cuando los líderes del Senado decidieron «deshacerse» de él. Hubo fracasos, como su primera marcha sobre Roma y su ignominioso papel en la primera batalla de Filipo. También hubo muchos riesgos. Pudo haber perdido las batallas, o caer en acción. Sobrevivió a dos enfermedades muy serias y se enfrentó a muchedumbres de ciudadanos enfadados y veteranos amotinados, quienes en una ocasión asesinaron a un centurión enviado para calmarlos y arrojaron su cuerpo en el camino del séquito de César para asegurarse de que lo viera. En cada caso, el joven César sobrevivió y alcanzó al final lo que quería. Los augurios mencionados en las fuentes son a menudo invenciones posteriores; pero hubiera resultado sorprendente que el triunviro no quedara convencido de su suerte y de que su destino era vencer.[235]

Antes de que comenzara la guerra perusina, se divorció de Claudia. Algunos afirmaron que su incapacidad para consumar el matrimonio fue deliberada, al haber previsto que la unión —y la alianza política que representaba— fuera a ser corta. Probablemente se debió a que la chica era demasiado joven, pues incluso la existencia de hijos raramente entorpecía la finalización de un matrimonio político inconveniente. César y sus comandantes derrotaron a Lucio Antonio, ayudados por el ineficaz apoyo proporcionado por los generales de Antonio. César había vuelto a ganar y, tras un aparente revés, salía reforzado. Entonces la suerte jugó a su favor una vez más. En la redistribución de las provincias tras Filipo, la Galia Cisalpina se convirtió en parte de Italia, mientras que el resto de las provincias galas fue concedido a Antonio, quien las controló por medio de su subordinado Quinto Fufio Caleno. En el verano del 40 a. C., Caleno se puso enfermo y falleció, dejando a su joven hijo al cargo. César —quien quizá fuera algo más mayor, si es que llegaba a serlo— se apresuró a ir a la provincia y presionó a Caleno para que le entregara el

mando de sus legiones. De golpe once legiones cambiaron de manos.[236]

Mientras estaba fuera, Antonio regresó a Italia. Poseía una amplia flota de barcos de guerra, pues se le había unido Lucio Domicio Enobarbo, el antiguo almirante de Bruto y Casio. Hasta hacía poco, Enobarbo había estado realizando incursiones contra la costa italiana y cuando la flota combinada alcanzó Brundisio la guarnición reconoció sus barcos de guerra y cerró el puerto. Antonio lo interpretó como una hostilidad deliberada por parte de César y asedió la ciudad. Probablemente se trató de un error, si bien en el caldeado ambiente creado por la guerra perusina es indudable que ambos bandos estaban nerviosos. César regresó de la Galia y sin duda se preparó para la guerra, reuniendo a sus legiones e intentando de nuevo conseguir voluntarios entre los recientemente asentados veteranos. Agradecidos por sus tierras, la respuesta fue buena, hasta que se corrió la voz de que iban a luchar contra Antonio y muchos de sus antiguos camaradas. Algunos se dieron la vuelta y regresaron a casa al escuchar las noticias y quienes se quedaron continuaron a regañadientes.[237]

Por lo general, los historiadores modernos consideran que Antonio ocupaba la posición más fuerte. Sexto Pompeyo ya se había acercado a él para proponerle una coalición contra César. Tras la guerra perusina, la madre de Antonio, Julia, huyó hacia Sicilia y la protección de Sexto. Quizá estuviera realmente asustada, pero la verdad es que resulta dudoso que corriera ningún peligro real y lo más probable es que se tratara de un gesto público de hostilidad hacia César. Ciertamente, así lo interpretó él. Sexto dio la bienvenida a la fugitiva e hizo que la escoltaran hacia Oriente para encontrarse con su hijo. Antonio estaba agradecido, pero por el momento poco dispuesto a comprometerse firmemente en una guerra contra su colega triunviro. Había sólidos motivos para semejante cautela. Se había pasado el invierno

del 41-40 a. C. disfrutando ocioso en Alejandría, la capital de Cleopatra, y cuando se marchó ella estaba embarazada, dando a luz a su debido momento a un par de mellizos, chico y chica. Durante esos meses, los partos invadieron Siria, apoyando a una fuerza romana dirigida por Tito Labieno, un acérrimo republicano que se había perdido la campaña de Filipo. Su padre había sido el mejor legado de Julio César en la Galia, pero eligió luchar por Pompeyo durante la guerra civil y terminó suicidándose tras la derrota de Munda en el 45 a. C. Exhaustas tras años de aprovisionar a ambos lados en las guerras civiles romanas, las provincias orientales estaban mal guarnecidas y en malas condiciones para repeler el ataque. Tras encontrarse con una débil resistencia, los partos se apoderaron de Siria y enviaron fuerzas menores para invadir Judea y gran parte del Asia Menor.[238]

Cuando Antonio llegó a Brundisio tenía una flota, pero un pequeño ejército terrestre. Algunos de sus comandantes aún tenían legiones sobre el terreno en Italia y el Oeste; pero con la pérdida de las legiones de Caleno quedaban muy sobrepasados en número por los ejércitos de César. Dado el estado de las provincias orientales, hubiera sido difícil y políticamente dañino reclutar tropas allí, lo que en el mejor de los casos además hubiera requerido meses. Una alianza con Sexto Pompeyo ofrecía la posibilidad de conseguir muchos más barcos bien tripulados, pero pocos soldados. Por el momento, la ventaja militar estaba claramente del lado de César, cualquiera que fuera el equilibrio del poder a largo plazo. Esto no significa que el resultado de la guerra fuera seguro, o que destruir al otro supusiera realmente una ganancia para cualquiera de ellos en ese momento.

Al final no tuvieron oportunidad. Mientras los rivales se concentraban en torno a Brundisio, los veteranos de las campañas de Julio César se reconocieron y empezaron a confraternizar. Al principio bromearon, pero después las conversaciones se volvieron más serias. Tanto hombres como oficiales estaban poco dis-

puestos a luchar contra sus antiguos camaradas. No era la primera vez que la soldadesca había intentado evitar una nueva guerra; pues según se iba precipitando la guerra perusina, obligaron a César y a Lucio Antonio a mantener conversaciones en el último minuto, si bien entonces la desconfianza y los malentendidos mutuos provocaron una escaramuza antes de que comenzara la reunión y esta quedó en nada. Esta vez los soldados estaban más decididos y los líderes rivales genuinamente deseosos de llegar a un acuerdo.[239]

No negociaron en persona. Antonio fue representado por Asinio Polión y César por un joven ecuestre llamado Cayo Mecenas, uno de sus confidentes más íntimos —probablemente su consejero más próximo y quizá uno de los jóvenes que se habían educado con él—. También asistió Lucio Coceyo Nerva, un experimentado oficial superior que tenía la confianza del ejército y parece haber sido considerado neutral. No hubo nadie que hablara en nombre de Lépido, si bien fue confirmado como gobernador del norte de África, una responsabilidad que venía con el mando de lo que era un modesto ejército para los estándares de esos años. César conservó la Galia y se le entregaron el resto de las provincias occidentales hasta Escodra, en Ilira. Antonio recibió el resto del Imperio desde aquí hacia Oriente. Enobardo y unos pocos más fueron perdonados. Antonio informó a César de que Salvidieno Rufo, uno de sus comandantes de más confianza, había empezado negociaciones con él. Rufo fue arrestado y ejecutado, haciendo César que el Senado aprobara su decreto definitivo para darle alguna legitimidad al proceso. Antonio, a su vez, ejecutó a su agente Manio entre historias de que había falsificado documentos para incitar a Lucio y Flavia a rebelarse en nombre del triunviro.[240]

La fortuna ayudó al acuerdo. Fulvia había recibido la más fría de las bienvenidas por parte de su esposo cuando huyó a Grecia. Exhausta y profundamente deprimida, no tardó en caer enferma

y morir, lo que significaba que las principales culpas de la reciente guerra podían serle asignadas muy convenientemente. Con toda la vitriólica propaganda que la rodea, hoy resulta muy difícil juzgar de forma equitativa el verdadero carácter de Fulvia y el papel que representó; pero es indudable que fue una de las mujeres más políticamente visibles de su generación. Su muerte también volvió a dejar soltero a Antonio. Por casualidad, Marcelo, el esposo de Octavia, también había muerto ese mismo año, de modo que rápidamente se dispuso el matrimonio entre la hermana de César y su recién confirmado aliado. Dado que la ley romana decretaba un período de diez meses antes de que una viuda supuestamente pudiera volver a casarse, César y Antonio hicieron todo lo posible para buscar una resolución de los sacerdotes que permitiera el casamiento antes de que ese tiempo hubiera pasado, y la decisión fue debidamente tomada en su favor. [241]

Octavia tenía unos treinta años y un hijo de Marcelo. Las mujeres de la aristocracia raramente tenían mucho que decir en sus matrimonios; pero en los años siguientes hizo todo lo que pudo para ser una esposa buena y leal y, de hecho, al principio la pareja parece haber sido genuinamente feliz. Las noticias de la confirmacion de la alianza entre Antonio y César fueron bien recibidas en Italia y la propia Roma, sobre todo porque significaban que no se reanudaría la guerra civil. Una idea que los triunviros estuvieron encantados de reforzar. Octavia apareció junto a su esposo en monedas; la primera mujer en aparecer en el dinero romano. Asinio Polión fue uno de los cónsules de ese año y el poeta Virgilio escribió prediciendo que su magistratura señalaría el comienzo de una nueva edad de oro, augurada por el nacimiento de un maravilloso bebé. Si bien el niño no aparece mencionado por su nombre, está claro que se refiere al previsto hijo de Antonio y Octavia, quien no tardó en quedarse embarazada, si bien el

bebé resultó ser una niña y las predicciones de paz y amplia prosperidad resultaron ser algo más que ligeramente prematuras.[242]

César se había vuelto a casar antes de la reconciliación. Su nueva esposa era Escribonia, unos diez años mayor que él y casada más de una vez con anterioridad, pero que era hermana del suegro de Sexto Pompeyo, Lucio Escribonio Libón. Es probable que con ello César esperase aumentar sus posibilidades de tratar con Sexto, si bien Escribonio Libón era importante en sí mismo y uno de los principales aliados de Sexto Pompeyo. Como mínimo, el nuevo matrimonio desdibujó las lealtades del hermano.[243]

EL HIJO DE NEPTUNO

Sexto Pompeyo era demasiado poderoso como para ser obviado. En el 42 a. C. se había apoderado de Sicilia y posteriormente se hizo con Cerdeña y Córcega. Desde estas bases, su poderosa y bien dirigida flota podía saquear la costa italiana y desbaratar las rutas comerciales tan profundamente que los suministros de alimentos hacia Italia, y sobre todo la metrópoli de Roma, estaban empezando a escasear. Excluido del acuerdo de paz de Brundisio excepto por una vaga referencia a futuras negociaciones, Sexto incrementó sus ataques durante los meses siguientes. En tiempos normales, Sicilia proporcionaba gran parte del suministro de grano de la capital. Sin él, y con los cargamentos llegados desde más lejos siendo interceptados a menudo, el precio de la comida creció alarmantemente y el Estado se las vio y se las deseó para encontrar suficientes cantidades de grano para el reparto oficial confirmado por Julio César. Roma, que durante más de un año había sido escenario de motines periódicos entre veteranos insatisfechos, granjeros italianos desposeídos y los pobres urbanos molestos por la presencia y exigencias de ambos grupos, se volvió más inestable incluso.[244]

Sexto Pompeyo mantuvo la presión. Era joven, incluso para una época de jóvenes caudillos, probablemente no más de tres o cuatro años mayor que César. Considerado demasiado joven como para servir durante la campaña de Farsalia, había visto a su padre ser asesinado en Egipto y luego a su hermano mayor reunir un ejército y luchar contra Julio César, solo para ser derrotado y muerto. Sexto escapó y comenzó una nueva rebelión en Hispania. Sus conexiones familiares y su carisma produjeron un rápido éxito. Sus hombres se apoderaron o construyeron barcos y lanzaron incursiones contra una zona cada vez más amplia del Mediterráneo occidental. En la primavera del 43 a. C., Cicerón convenció al Senado para que legitimara el poder que había asumido simplemente porque era el hijo de Pompeyo el Grande, de modo que Sexto fue nombrado formalmente prefecto de la flota y las costas marítimas *(praefectus classis et orae maritimae)*. El abrupto cambio de poder producido a finales de año le hizo pasar de ser un magistrado legalmente nombrado a un fuera de la ley, al ser condenado por la *lex Pedia* junto a los conspiradores, a pesar de que no había tomado parte en el asesinato del dictador. Si bien mutuamente hostiles a los triunviros, no hubo cooperación activa entre Sexto y los Libertadores —Casio ya había manifestado una muy baja opinión sobre Cneo Pompeyo y muy bien pudo haber tenido similares reservas sobre su hermano—. Es probable que tanto él como Bruto se hubieran sentido incómodos con un hombre que presumía de haber heredado el poder de su padre.[245]

Al igual que César, Sexto hizo alarde de su respeto por su padre como la base para su propio derecho al mando. La *pietas* (piedad), el honor debido a los dioses, al país y sobre todo a los padres, era un deber profundo y muy romano. César proclamó su propia *pietas* al vengar a su asesinado padre. Lucio Antonio añadió la palabra *pietas* a su nombre y rango como cónsul cuando organizó la rebelión en nombre de su hermano mayor. Sexto

Pompeyo se llamó a sí mismo *Pius* y luego adoptó el apodo de su padre, *Magnus*, de modo que en las monedas aparece simplemente como *Magnus Pius*, nada habitual.[246]

César y Sexto Pompeyo se parecían en muchas cosas. Las imágenes de este en las monedas lo muestran barbudo, señal de duelo en honor de un padre o hermano muerto. César aparece del mismo modo, incluso algunos años después de que con gran fanfarria se afeitara la barba para señalar las muertes de los Libertadores. Con todo, Sexto seguía a un padre que había sido derrotado en la guerra y asesinado como fugitivo en vez de asesinado en la cima de su éxito. Inevitablemente, su poder tenía sus bases fuera de Italia y se sustentaba en su propio prestigio y el de su familia más que en las instituciones tradicionales del Estado. César fue capaz de abrirse camino hasta el corazón del Estado en el centro de la vida política de la República. Había otra gran diferencia que por siempre ha de resonar en favor de Sexto. Cuando comenzaron las proscripciones ofreció santuario a todas las víctimas y a cualquiera que huyera del gobierno del triunvirato. Sus naves de guerra recorrían las costas de Italia listas para rescatar fugitivos, y Sexto pagaba el doble de la recompensa ofrecida por la cabeza de los proscritos a quienquiera que los pusiera a salvo con él. Cientos le debieron la vida a sus esfuerzos. Es cierto que políticamente le favorecían, pero aun así acciones semejantes destacan en agudo contraste con el ambiente de asesinatos de esos años brutales.[247]

Pese a lo cual, Sexto también cortó gran parte del suministro de alimentos a Italia y Roma. Su estrategia se dirigía contra los triunviros; pero como resultaba inevitable fue la mayoría de la población, sobre todo los más pobres, quien sufrió las consecuencias. A finales del 40 a. C. tanto Antonio como César estaban en Roma, donde celebraron ovaciones por las victorias en Macedonia. Ninguno de ellos era popular, de modo que la muchedumbre los acusó de la escasez porque se consideraba que de-

berían estar negociando con Sexto. Al igual que los veteranos, la mayoría de la población quería la paz e, imitándolos, organizaron protestas cada vez más violentas para obligar a sus líderes a hacerlo. A comienzos del 39 a. C. César fue confrontado por una enfadada muchedumbre mientras despachaba en el Foro. Le tiraron cosas y el pequeño séquito que tenía consigo hubo de esforzarse en proteger a su líder.

Antonio llegó al rescate, encabezando un cuerpo de soldados en formación a lo largo de la vía Sacra. Al principio una multitud le bloqueó el camino sin realizar ningún movimiento hostil, pues se consideraba que él estaba más a favor de Sexto. No obstante, cuando Antonio ordenó a sus soldados que se abrieran paso, los civiles respondieron airados bombardeando a sus hombres con piedras y haciéndolos retroceder. Las tropas se reagruparon y les llegaron refuerzos, tras lo cual se abrieron paso hasta el Foro desde dos direcciones, matando a quienes se les opusieron. Los hombres de Antonio se abrieron camino a la fuerza hasta César y lo sacaron de allí, pero la muchedumbre estuvo en posesión del centro de la ciudad durante varias horas y solo se dispersó gradualmente.[248]

Antonio y César se dirigieron tanto a la madre de Sexto como a otras relaciones y, por su mediación, pudieron comenzar negociaciones en primavera. La confianza era escasa, de modo que el primer encuentro tuvo lugar cerca de la orilla en Baiae, en la bahía de Nápoles, con los líderes rivales y sus estados mayores sobre plataformas de madera diferentes construidas en el mar. No se llegó a ningún acuerdo, pero las conversaciones se reanudaron avanzado el verano en el cercano cabo Miseno, esta vez con éxito. Sexto volvió a recibir legítimo poder para controlar sus fuerzas. Fue incluido en el Senado y se le concedió el mando provincial de Sicilia, Cerdeña y Córcega —las cuales ya controlaba—, así como el del Peloponeso y Grecia. Antonio, que ya era augur, supervisó la admisión de Sexto en ese colegio de sacerdo-

tes y se decidió que el hijo de Pompeyo fuera cónsul en el 33 a. C. en unas elecciones controladas por el triunvirato.

El Tratado de Miseno terminó con el bloqueo de Italia, pero las ganancias de Sexto fueron modestas, pues en realidad simplemente se confirmaba el *statu quo*. No obstante, insistió en que los triunviros perdonaran a todos los proscritos y a los obligados a exiliarse, permitiéndoles regresar a Italia y reclamar una cuarta parte de sus confiscadas propiedades. Solo los restantes asesinos de Julio César y otro pequeño grupo quedaron excluidos de esta amnistía. Es probable que los muchos aristócratas que habían huido a Sicilia presionaran a Pompeyo para que alcanzara la paz con la esperanza de retornar al hogar —resulta interesante que el cuñado de César, Escribonio, estuviera señalado para el consulado del 34 a. C.

Sexto no podía regresar a Roma sin renunciar al mando de la marina y sus bases y se mostraba tan reacio a hacerlo como César y Antonio lo habrían sido a deshacerse de todas sus legiones. Solo mediante la fuerza conseguía cualquiera de los caudillos conservar su importancia y la posibilidad de seguridad a largo plazo. Antonio había subastado las casas y haciendas de Pompeyo el Grande, sobre todo la gran casa en el barrio de moda del Carina, en las laderas del Palatino. El nombre significa literalmente «quilla» y cuando Pompeyo recibió a César y Antonio en su barco almirante bromeó diciendo que las quillas de su flota eran el único hogar que tenía por entonces. Fue durante ese festín, continuación de los ofrecidos en la orilla por Antonio y César, cuando se supone que uno de los almirantes de Sexto dijo que podía convertir a su comandante en el amo del mundo cortando el cable y deshaciéndose de sus invitados. Sexto no estaba dispuesto a semejante traición, y comentó con arrepentimiento que hubiera sido mejor si el almirante se hubiera limitado a actuar sin consultárselo.[249]

LOS AMANTES

Cuando los proscritos retornaron a Roma, Sexto se quedó en Sicilia y resulta dudoso que alguna vez llegara a tomar formalmente el control del Peloponeso. Antonio y Octavia viajaron al este para pasar el invierno del 39-38 a. C. en Atenas, donde se introdujeron en el ambiente de la vida de la *polis* griega con gran entusiasmo. Los atenienses llamaron a la pareja los «dioses caritativos» y a Antonio lo bautizaron el «nuevo dios Dioniso» y montaron un matrimonio ceremonial entre él y Atenea, la diosa de la ciudad. Semejantes honores no le impidieron exigir a los atenienses un nuevo impuesto en forma de «dote»; pero quizá el entusiasta recibimiento del triunviro y su esposa redujeron la cantidad que tuvieron que pagar. Al llegar la primavera, Antonio se despojó de sus ropas civiles griegas y volvió a vestirse como un comandante romano. Su general Ventidio ya había expulsado a los invasores partos de las provincias romanas. En los años por venir, la gran tarea de Antonio sería castigarlos adecuadamente y, finalmente, vengar a Craso.[250]

César permaneció en Italia y se embarcó en un programa de construcción naval para crear una marina fuerte. El único objetivo evidente de semejante fuerza era Sexto, pero durante algún tiempo la frágil paz se mantuvo y el ambiente en Roma era por lo general alegre, ahora que el suministro de comida volvía a ser abundate y los exiliados volvían a casa. Uno de ellos era Tiberio Claudio Nerón, que había sido pretor en el 42 a. C. y que se negó, de una forma un tanto quijotesca, a renunciar al cargo al final del año. Hombre de lealtades cambiantes —apoyó a Julio César durante las guerras civiles y tras los idus de marzo felicitó entusiasta a sus asesinos— se unió a Lucio Antonio durante la guerra perusina y comenzó a reunir tropas entre aquellos que habían quedado desposeídos por el asentamiento de veteranos. Fue proscrito cuando la rebelión fracasó y siguió el camino habitual de huir a Sicilia; pero no parece haber sentido que la recepción de Sexto Pompeyo fuera lo suficientemente generosa y des-

de allí marchó a Grecia. Parece que le siguieron los problemas, pues en un momento dado tuvo que huir de Esparta y su grupo quedó atrapado en un fuego en un bosque y se libró por poco de sufrir daños.[251]

La esposa de Claudio Nerón fue una persona mucho más notable en todos los sentidos que su esposo. Su nombre era Livia, aunque a menudo era llamada por su apodo, Drusila, y también era de sangre Claudia, descendiente de la otra y mucho más distinguida rama del gran clan patricio. Su herencia se vio reforzada cuando su padre fue adoptado por Marco Livio Druso, vástago de una de las más antiguas e importantes familias de aristócratas plebeyos. Livio Druso fue tribuno de la plebe en el 91 a. C., defendiendo la causa de los aliados italianos de Roma. Fue asesinado y, poco después, los aliados se rebelaron dando lugar a la guerra social, que obligaría a la República a comenzar a concederles la ciudadanía romana mientras intentaban controlar la crisis. Muchos recordaban con gran cariño al tribuno. El padre de Livia fue proscrito, luchó con los libertadores y se suicidó tras Filipo. Para entonces su hija ya estaba casada y en noviembre del 42 a. C. le presentó a su marido un hijo, a quien llamaron Tiberio Claudio Nerón.[252]

Cuando su esposo se rebeló, su esposa —de unos diecisiete años de edad— viajó para reunirse con él. Lo siguió durante la rebelión y al exilio, esquivando a sus perseguidores y llevando una vida dura. Se dice que los lloros del bebé Tiberio estuvieron a punto de descubrirlos en dos ocasiones. Durante su huida de Esparta, el pelo y las ropas de Livia quedaron chamuscados por las llamas. Cuando la familia regresó a Roma anduvieron escasos de fondos y, como muchos, tenían problemas para recuperar incluso la cuarta parte de las propiedades confiscadas que se les prometieron como parte del Tratado de Miseno. Dispusieron que Tiberio fuera adoptado por un rico senador ansioso por conseguir una conexión con el antiguo clan patricio. Es posible que,

políticamente, no fuera un movimiento astuto; porque poco tiempo antes se había sospechado que el hermano del senador conjuraba contra César. Fue arrestado y murió en circunstancias un tanto misteriosas.[253]

El pedigrí aristocrático de Livia era impecable, tanto por su sangre como por su adopción. También era joven y muy atractiva. Poseía un cerebro agudo —mucho después, su bisnieto, el emperador Calígula, la apodó *Ulixes stolatus*, es decir, Ulises con estola— y la inteligencia y el ingenio sin duda se sumaban a su belleza natural. En enero del 38 a. C. le presentó a su esposo un segundo hijo, de modo que debía de estar embarazada de pocos meses cuando regresó a Roma. Esto no impidió que llamara la atención de César, quizá incluso en la fiesta que organizó en su vigésimo cuarto cumpleaños para celebrar el afeitado de su barba.[254]

El año de celibato que se autoimpuso César era un lejano recuerdo. Escribonia estaba embarazada y a finales del 39 a. C. dio a luz a una niña —llamada inevitablemente Julia—, pero la conveniencia política del matrimonio ya no era tan aguda y la pareja da la impresión de no haber estado en absoluto unida. El marido perseguía con entusiasmo a otras mujeres. Por el momento Antonio veía esas cosas con indulgencia. Años después, los amigos de César excusaron su donjuanismo afirmando que a menudo seducía a esposas de senadores para averiguar qué pensaban y hacían sus esposos. Antonio difundió después una historia sobre César «arrastrando a la esposa de un excónsul desde el comedor hasta un dormitorio delante de los ojos de su marido, y devolviéndola para la cena con el pelo revuelto y las orejas coloradas». A pesar de su condición, Livia Drusila no tardó en convertirse en su última amante, pero se trató de algo más que de una rápida aventura o de espionaje político.[255]

César se enamoró tanto de su belleza como de su cerebro y Livia probablemente le devolvió ese amor con entusiasmo. No es

probable que la carrera de su esposo hasta el momento, o sus perspectivas de futuro, la hubieran impresionado mucho. El poder es un conocido afrodisiaco y el espectacular ascenso del joven César le había concedido gran poder y confirmado su inmensa confianza y satisfacción personal. El origen y las conexiones aristocráticas de Livia eran políticamente valiosas, pero se trataba de una ventaja a largo plazo, no había suficiente ganancia política inmediata como para justificar el escándalo del extraño episodio que tuvo lugar. Este solo se entiende en el contexto de un César acostumbrado a salirse con la suya en todo y de unos amantes completamente decididos a hacer lo que querían sin pérdidas de tiempo. César tenía solo veinticuatro años y Livia todavía no llegaba a los veinte. Es posible incluso que tuviera miedo de esperar, en caso de que la caprichosa atención de su amante comenzara a divagar.[256]

César se divorció de Escribonia en cuanto esta hubo dado a luz a Julia. En el nivel más básico, un esposo romano no tenía más que pronunciar la frase: «Recoge tus cosas» *(tuas res tibi habeto)* para separarse de su mujer. En este caso, César añadió como motivo que «no podía seguir soportando su amarga personalidad» y resulta imposible saber si es verdad o una muestra de innecesario rencor. Claudio Nerón se divorció de mil amores y en torno a principios de octubre del 39 a. C. César y Livia estaban casados. Se buscó al respecto una resolución del conjunto de pontífices, al que este pertenecía, que parece haber implicado la confirmación oficial de que Livia estaba embarazada y de que Claudio Nerón era el padre, estableciendo firmemente la paternidad. Esto no impidió que circularan rumores de que el hijo era de César y hubo bromas al respecto de lo afortunada que era una pareja que podía tener un hijo en solo tres meses; pero, dado que hubo de ser concebido mientras Claudio Nerón y Livia estaban en Grecia, eso resultaba imposible. Por el momento Livia se fue a vivir a la casa de César como su prometida, y fue allí donde el

14 de enero del 38 a. C. dio a luz un niño, Druso Claudio Nerón. El niño fue enviado a su padre para ser criado.[257]

César y Livia se casaron el 17 de enero, solo tres días después de que diera a luz. El padre de la novia estaba muerto y ella parece haber tenido pocos parientes cercanos varones, de modo que fue su exmarido quien la acompañó formalmente en la ceremonia. Fue un momento importante y el banquete que siguió tuvo un tema olímpico, con los seis hombres y seis mujeres que asistieron vestidos todos como dioses y diosas griegos. César fue como Apolo. La comida y la bebida tuvieron una escala extravagante, pues la joven pareja se deleitó con su riqueza y poder. La moda del momento era que las aristócratas fueran atendidas por *deliciae*, jóvenes esclavos escasamente vestidos —en esta ocasión quizá apareciendo como cupidos— que les susurraban comentarios mordaces sobre quienes los rodeaban. El humor era ácido, irónico, a menudo vulgar y los sofisticados lo disfrutaban. En este caso, se supone que uno de los chicos señaló a Claudio Nerón, reclinado al otro lado de la mesa, y le dijo a Livia: «¿Por qué estáis aquí, señora, cuando tu esposo está allí?».

Años después, los críticos hablaron de César secuestrando a la esposa de otro hombre; justo el tipo de cosas que se supone hacen los tiranos. Exageraron del modo en que se hacía con los insultos políticos, porque Claudio Nerón se mostró dócil, si bien ciertamente tuvo poco que decir sobre la cuestión. Resulta difícil creer que Livia no fuera una protagonista entusiasta de todo lo que accedió y quizá incluso fuera ella quien sugirió el rápido matrimonio. Por entonces la comida volvía a escasear en Roma, por lo que el rumoreado esplendor de lo que fue bautizado como «el festín de los doce dioses» sentó muy mal. La gente decía que César era Apolo, sin duda, pero Apolo el Atormentador, uno de los aspectos menos agradables del dios. Circulaba una rima que hablaba de: «César adoptando el falso papel de Apolo y banqueteando entre nuevos libertinajes de los dioses; entonces

todas las divinidades apartan su rostro de la tierra y el propio Júpiter huye de su trono de oro».[258]

EMPERADOR

La comida escaseaba en Roma por las renovadas fricciones con Sexto Pompeyo. Se habían producido incursiones piratas y César afirmaba que piratas capturados habían confesado bajo tortura que los había enviado Sexto. Fuera o no cierto —y cabe en lo posible que Pompeyo fuera incapaz de controlar a todos los hombres unidos a su causa— César creía que estaba completamente preparado para ganar una guerra naval. Uno de los almirantes de confianza de Pompeyo, un liberto llamado Menas, se había pasado a César junto con algunos barcos y otorgándole el control de Córcega y Cerdeña. En las guerras civiles de esos años se hacía mucho hincapié en la masa, en simplemente poner sobre el terreno más legiones que el contrario. También estaba la profunda creencia de los romanos de que dedicar muchas personas y recursos a un problema suponía solucionarlo. Pocos comandantes romanos, Julio César incluido, llegaron a adaptar del todo su modo de pensar y darse cuenta de que la guerra naval era fundamentalmente diferente a la guerra terrestre, y a su heredero le pasó lo mismo. Los planes de invasión de Sicilia en el 38 a. C. están llenos de complacencia y falta de respeto hacia la impredecibilidad y poder del mar.[259]

La costa occidental de Italia carece de puertos naturales desde el estrecho de Mesana (la moderna Mesina) hasta la bahía de Nápoles. Esto, combinado con la habilidad de los hombres de Sexto para atacar cualquier puerto al alcance de sus bases en las islas, significaba que las fuerzas tenían que prepararse a considerable distancia de sus objetivos. El plan era que las dos flotas cesarianas se reunieran en el mar y coordinaran su ataque contra Sicilia, lo cual nunca sucedió e hizo que ambas lucharan por separado. Los barcos eran nuevos, sus tripulaciones poco experimentadas y sus comandantes igual de novatos, a excepción de Menas. Los expe-

rimentados escuadrones de Pompeyo se llevaron la mejor parte en su encuentro con una de las flotas cesarianas y derrotaron ampliamente a la otra. Seguidamente el tiempo acabó la faena. Estallaron unas tormentas excepcionalmente malas, incluso para los impredecibles mares de la costa occidental italiana. Los barcos de Mena sabían como superarlas, pero la mayoría de los demás capitanes no tenían ni idea de qué hacer y sus barcos fueron despedazados contra la costa. Al día siguiente César tenía menos de la mitad de su flota y la campaña había terminado. En Roma se produjeron motines y Mecenas fue enviado a calmar la situación, pero poco se podía hacer respecto a la escasez de alimentos. [260]

Sexto apenas podía creerse su buena fortuna, pues el mal tiempo había llegado en el momento justo. Después le dio por vestir una capa azul marino y llamarse a sí mismo hijo de Neptuno. Supuestamente, César habría fanfarroneado con que conseguiría la victoria a pesar de Neptuno y ordenó que durante la procesión de los siguiente juegos en Roma no se llevaran la estatuas del dios del mar. La mayoría de los romanos acusaban al triunviro más que al dios de la escasez de comida, así como de la innecesaria y desastrosa guerra. Sabiendo que César era un adicto a los dados y a las apuestas, por entonces algún gracioso se inventó el siguiente estribillo: «Cuando por dos veces ha sido batido en batallas navales y perdido su flota, entonces juega a los dados… ¡esperando conseguir una victoria!».[261]

César le pidió Antonio que fuera a Brundisio para una reunión al comienzo del verano, pero al final no se presentó en el momento previsto. Antonio se cansó de esperar y se embarcó de nuevo hacia Oriente. Tras los desastres del verano, César le envió a Mecenas; al final se concretó otra conferencia que se celebró al fin en Tarento en el 37 a. C. Antonio llegó con una escolta de 300 barcos de guerra y como parte del nuevo acuerdo le prestó 120 de ellos a su cuñado. Este prometió enviarle soldados para

su guerra parta. Se creía que Octavia ayudó en las negociaciones, convenciendo a su esposo de que añadiera diez pequeños barcos más, mientras que su hermano le dio a Antonio mil guardias pretorianos de elite. Más formalmente, el triunvirato fue renovado, pues los cinco años en el cargo que les fueron concedidos originalmente por ley en el 43 a. C. ya se habían cumplido. Los detalles de esta fachada constitucional no están claros para los historiadores modernos y puede que ya en la época fueran un poco vagos, pues no existían precedentes reales para un poder tan amplio. Antilo, el hijo de diez años que Antonio había tenido con Fulvia, se comprometió con la hija de César, Julia, para proporcionar el, por entonces casi rutinario, lazo matrimonial con el que redondear el acuerdo.[262]

Se organizó una nueva guerra contra Sexto y todo el 37 a. C. y la primera mitad del año siguiente se pasó en preparativos. Al cargo estaba Agripa, el viejo amigo y coetáneo que había estado con César en Apolonia en el 44 a. C. y que parece haberle servido desde entonces en puestos cada vez más importantes. Se perdió el primer conflicto con Pompeyo porque estaba en la Galia, donde suprimió una rebelión en Aquitania y emuló a Julio César cruzando el Rin y encabezando una expedición contra las tribus germanas. Habilidad y capacidad, ya fuera como general, ingeniero o administrador, serían las señas características de Agripa durante toda su carrera, combinadas con una absoluta lealtad a César y una estudiada modestia. Se le concedió un justificado triunfo, pero decidió no celebrarlo para no sacar a relucir los fallos de su jefe. En vez de ellos supervisó la creación de una nueva y más poderosa flota. Detrás de Cumas, en la bahía de Nápoles, excavó un canal que conectaba el lago Averno con el mar por medio de un lago más pequeño, consiguiendo así un amplio puerto y una amplia extensión de tierra para entrenar tripulaciones.

Los equipos de remeros comenzaban a practicar en tierra, sentados en gradas especialmente construidas para simular el interior de un navío de guerra. Muchos de esos hombres eran antiguos esclavos, liberados a cambio de enrolarse —una de las raras ocasiones en la que se alistó a esclavos—. La hollywoodiense imagen de los galeotes encadenados a sus remos es un mito; los barcos de guerra siempre estuvieron tripulados por marinos y remeros libres y asalariados. Los navíos, por su parte, se construían para ser grandes y fuertes, con las cubiertas techadas para proteger a los remeros y muchas de ellas provistas de un nuevo tipo de torre abatible, de tal modo que se pudieran arrojar o disparar proyectiles contra los barcos enemigos. También había un arma secreta llamada *harpax*, un garfio con una cuerda disparado por una catapulta destinado a clavarse profundamente en el barco enemigo, forcejeando con él de tal modo que pudiera ser inmovilizado con rapidez y abordado.[263]

Sexto tampoco estaba ocioso y cada bando acabó reuniendo más de trescientos navíos, con los que ambos caudillos esperaban abrumar al enemigo. Algunos de los problemas eran idénticos a los del 38 a. C., pues las flotas de César hubieron de prepararse en sitios diferentes y su ataque en tridente contra Sicilia resultó difícil de coordinar cuando comenzó la campaña, a principios julio. De nuevo Neptuno parecía mal dispuesto y Agripa perdió barcos debido al mal tiempo. En la primera intentona solo Lépido, quien llegaba desde el norte de África, pudo desembarcar sus legiones en la isla e incluso entonces un convoy de refuerzos fue interceptado y destruido por el enemigo.

Agripa ganó una batalla junto al cabo Milas, donde sus grandes y pesados barcos demostraron ser difíciles de dañar para los barcos de guerra enemigos, más maniobrables, pero más pequeños. Poco después, César fue derrotado a su vez por Sexto frente a Tauromentio (la moderna Taormina), perdiendo la mayoría de sus barcos y teniendo que huir a tierra firme. Durante algún

tiempo se encontró con un solo guardaespaldas y, para cuando se pudo reunir con fuerzas amigas, estaba al borde de la extenuación. A pesar de todo, con el paso de los días más y más tropas desembarcaban en Sicilia, hasta que al final hubo en la isla cerca de veintiuna legiones y tropas de apoyo. Los pompeyanos hostigaron fuertemente a algunos de esos destacamentos, pero carecían de los efectivos o la determinación para destruir a ninguno de ellos. Según las bases de Sexto iban siendo asediadas y conquistadas una por una, las tornas se iban cambiando cada vez más en su contra. Pompeyo se quedó sin muchas más opciones que un gran enfrentamiento de las flotas.

La batalla tuvo lugar el 3 de septiembre ante Nauloco, y existe la posibilidad de que la hora y el lugar se acordaran mutuamente antes de la batalla. Agripa dirigía desde su barco almirante, mientras César observaba desde la orilla. Se dijo que cayó dormido de agotamiento y solo con dificultad pudo ser despertado para que diera la señal de acometer al enemigo. Posteriormente, Antonio se burló de él diciendo que había caído en un aterrado estupor y que ni siquiera fue capaz de mirar al enemigo y mucho menos luchar con él. Su presencia demostró ser innecesaria. La cada vez mayor capacidad de Agripa como almirante y sus barcos de mayor tamaño, tripulados por hombres que acababan de conseguir confianza y habilidad aplastaron a la flota enemiga, destruyendo a la mayoría de ella mientras los pompeyanos intentaban huir. César lo recompensó con una bandera especial de color azul, o *vexicullum*, y una recién creada corona de oro con forma de proas de barcos de guerra, la *corona navalis*.[264]

César había vuelto a ganar, si bien la guerra contra Sexto Pompeyo había demostrado ser una de las pruebas más difíciles de superar de su vida. Fue una suerte que Pompeyo siempre careciera de las fuerzas terrestres necesarias para llevar la guerra a Italia, por no haber conseguido nunca buenas zonas de reclutamiento donde reunir muchas legiones. César corrió riesgos du-

rante el conflicto y sufrió mucho cuando las cosas fueron mal. Es interesante comprobar que se conservan varias historias de sus aventuras y de cómo escapó a la muerte por los pelos; muy similares en su tono a las huidas de las víctimas de las proscripciones, que como resulta evidente habían cautivado la imaginación de los romanos. La mayoría de ellas seguramente derivan de sus memorias, lo que sugiere un estilo muy diferente a la ecuánime relación de sus campañas realizada por Julio César, en la cual se dice muy poco de las hazañas del general. El género era diferente, pero lo más importante es que el dictador contaba con modestia sus propias victorias. En vez de ello, su heredero tuvo que dotar de un aura heroica a sus propios fracasos y a las batallas ganadas por sus subordinados. En el 36 a. C. ya era lo bastante inteligente como para admitir que necesitaba confiar en el talento de hombres como Agripa cuando se trataba de guerrear, tuvo la habilidad de concederse el mayor crédito a sí mismo y describir su participación del modo más emocionante posible.

X

RIVALES

Guerras, tanto civiles como extranjeras, las tuve por todo el mundo, por tierra y por mar, y cuando resulté victorioso perdoné a todos los ciudadanos que solicitaron el perdón.

Las obras del divino Augusto[265]

Al final rompió su alianza con Marco Antonio, que siempre fue dudosa e incierta, y se mantuvo apenas viva mediante varias reconciliaciones; de modo que mejor mostrar que su rival se había alejado de la conducta adecuada para un ciudadano, tenía el testamento que Antonio había dejado en Roma nombrando a sus hijos con Cleopatra entre sus herederos, lo abrió y lo leyó delante de la gente.

SUETONIO, comienzos del siglo II a. C.[266]

A César se le concedió una nueva oportunidad de ser heroico casi de inmediato, esta vez a expensas de un aliado. La captura de Sicilia había proporcionado a Lépido un papel importante por primera vez en años. Comprensiblemente resentido por su marginación desde Filipo, el mayor de los miembros del triunvirato esperaba poder recuperar ahora parte del poder perdido. Circunvalando a los generales de César en la isla, Lépido se las arregló para que el más poderoso de los ejércitos pompeyanos se le rindiera y pasara a servir bajo su mando, incrementando su ejército hasta más de veinte legiones; una cifra de prestigio, a pesar de que muchas estuvieran bajas de efectivos. Dejó que los expompeyanos se unieran a sus hombres en el saqueo de Mesana en un intento por ganarse su buena voluntad. Es posible que sus pro-

pios hombres se mostraran menos entusiasmados con eso de compartir el botín, pero obedecieron las órdenes. Por el momento Lépido se sentía fuerte y estaba decidido a incorporar Sicilia a sus provincias africanas y conservar el control de su aumentado ejército. Hubo airados intercambios entre César y sus comandantes locales cuando reivindicó su derecho a mandar sobre la isla y sus tropas retrocedieron y se asentaron por su cuenta. Por esas fechas las legiones eran la base definitiva del poder y un hombre con un ejército poderoso no podía ser ignorado. Con todo, en ocasiones la lealtad podía negociarse y los agentes de César no tardaron en ponerse manos a la obra entre los soldados, del mismo modo en que habían cortejado a la IV y la *Martia* en Brundisio en el 43 a. C.

El emperador César los siguió, cabalgando a la cabeza de su caballería. La dejó fuera y con valentía penetró en el campamento acompañado por unos pocos oficiales y guardias. Había ecos de la helada confrontación entre Julio César y la amotinada X, cuando quebró su ánimo llamándolos *quirites* —ciudadanos o civiles— en vez del usual *commilitones* —camaradas o compañeros de armas—. A su heredero le faltaba algo del carisma del dictador y de una larga relación con los hombres a quienes se dirigía. Estos eran sobre todo extraños, algunos enemigos hasta hacía muy poco, si bien resulta indudable que había unos pocos oficiales que habían servido a las órdenes de Julio César y quizá eso ayudó. Lépido y sus leales intentaron detener al osado joven comandante. César fue zarandeado y se libró por poco de una jabalina que le lanzaron, pero ni él ni su grupo fueron masacrados, como seguramente lo hubieran sido si el ejército de Lépido hubiera estado mínimamente decidido.

César habló a los soldados instándolos a unirse a él. Agarró un águila legionaria —igual que había hecho en Mutina— y comenzó a andar hacia fuera del campamento esperando que los hombres de esa unidad lo seguirían. Algunos lo hicieron, y va-

rios de ellos eran los propios portaestandartes, quienes a su vez se llevaron a más hombres con ellos. No se trató de una defección inmediata. Por el momento el grueso de las tropas no tenía muy claro qué hacer. La llegada de más hombres de César al exterior del campamento pudo haber ayudado a muchos a aclarar sus ideas; pero lo más importante fue la incapacidad de Lépido para inflamar su pasión por él, de modo que sus soldados lo abandonaron, al principio con cuentagotas y finalmente en masa. El abandonado comandante se quitó la armadura y capa militar y fue a rendirse vestido con la toga civil.

Julio César había exhibido su clemencia y, si bien los triunviros habían seguido abiertamente caminos distintos, ahora su heredero decidió que era práctico y merecía la pena emular a su «padre». Lépido fue expulsado del triunvirato y desprovisto de cualquier poder; pero se respetó su vida y fue enviado a vivir un confortable cautiverio en Italia. No está muy claro qué derecho legal tenía César a hacer eso, pero en las condiciones de esos años esto carecía de importancia. Lépido continuó siendo *pontifex maximus* hasta su muerte, muchos años después. Fue perdonado porque no representaba peligro alguno. Había un toque de crueldad en el juicio —empeorado porque para los aristócratas romanos admitir que alguien tenía la capacidad de decidir su destino era una humillación en sí misma— y a lo largo de los años de vez en cuando César llevó a Lépido a Roma para tomar parte en una ceremonia o reunión del Senado. Con todo, seguía siendo mucha más clemencia que la demostrada a los proscritos. Lépido vivió hasta alcanzar una edad provecta.[267]

Sexto Pompeyo no tuvo tanta suerte. Con los escasos barcos y hombres que le quedaban levó anclas camino de Oriente, prefiriendo tratar con Antonio antes que con César. Tenía su lógica y su bienvenida inicial fue tranquilizadora, hasta que vio la posibilidad de revivir su fortuna y negociar desde una posición de fuerza, por lo que comenzó a reunir un nuevo ejército. Uno de

los comandantes de Antonio lo derrotó de inmediato y poco después Sexto fue ejecutado. No quedó claro, ni si quiera por entonces, si su muerte fue por orden de Antonio.[268]

El triunviro —pues así continuaba llamándose a sí mismo a pesar de que ahora solo había dos miembros en el consejo— tenía problemas más importantes que el destino del hijo de Pompeyo el Grande. En el verano del 36 a. C., había lanzado al fin el gran ataque contra Partia, destinado a recuperar el orgullo romano herido tras la derrota de Craso y la más reciente invasión de las provincias orientales. César no había enviado a su colega los soldados prometidos el año anterior; pero aun así las fuerzas de Antonio eran extremadamente amplias: entre quince y dieciocho legiones, apoyadas por auxiliares y poderosos contingentes aliados proporcionados por soberanos clientes. Un exuberante Plutarco exclamó posteriormente que soberanos de tan lejos como la India temblaron ante las noticias de esta poderosa horda.[269]

Sin embargo, ni Antonio era Alejandro Magno, ni los partos estaban tan cercanos al colapso como lo habían estado los persas en el siglo IV a. C. Una planeada celada consiguió poco a costa de un tiempo muy valioso y luego la impaciencia lo llevó a abandonar sus lentas máquinas de asedio y el convoy con su impedimenta con una protección insuficiente. Los móviles partos aprovecharon la oportunidad y acabaron con ellos, de tal modo que la principal columna de Antonio quedó varada muy dentro del territorio enemigo sin equipo ni demasiada comida mientras se acercaba el invierno. La traición de sus aliados armenios empeoró la situación, pero los errores fueron exclusivamente de Antonio. Sin otra opción que la retirada, los romanos retrocedieron y fueron acosados despiadadamente por los partos durante cuatro largas semanas. Antonio demostró valor individual y sus hombres lucharon a menudo con bravura, pero durante una noche de pánico en el campamento romano perdió las esperanzas y pensó

en el suicidio. Solo la noticia de que se trataba de una falsa alarma le impidió llevarlo a cabo. De hecho, poco después el enemigo abandonó la persecución y el ejército romano pudo al fin llegar a puerto seguro. Al menos una cuarta parte de los legionarios no regresaron nunca y las pérdidas fueron incluso mayores entre el séquito de seguidores del campamento y los aliados e, inevitablemente, todavía más entre las monturas de la caballería y los animales de transporte. No es probable que los supervivientes gozaran de buena salud tras su ordalía y necesitarían tiempo para recuperarse. Afortunadamente para Antonio, los partos no se sintieron inclinados a lanzar una contrainvasion. No volvería a estar en condiciones de repetir su ataque durante muchos años, caso de que volviera a estarlo alguna vez.

Un gran éxito en Partia le habría proporcionado a Antonio gloria militar como para igualar a cualquier líder romano vivo o muerto, y botín para sobrepasar a César o cualquier otro rival. En cambio fracasó por completo. Muchos historiadores modernos han minimizado la importancia de este desastre, impresionados porque Antonio no perdió ni todo su ejército ni su vida. La perspectiva de los años nos dice que los romanos nunca llegarían a conquistar a los partos —como tampoco a sus sucesores persas —, pero los romanos no lo sabían y no se mostraban muy inclinados a dudar de su éxito final. El mayor servicio a la República era derrotar a un enemigo extranjero. Antonio se presentaba a sí mismo como un gran soldado: como Hércules el gran héroe y a menudo como Dioniso, que en Oriente era el dios de la victoria tanto como del vino. Es más que probable que se creyera su propia propaganda. Como hemos visto, en realidad poseía una experiencia militar limitada, menos aún como alto mando y la mayoría de sus campañas anteriores habían sido guerras civiles. El fracaso de Antonio no debe sorprendernos demasiado. Para él fue algo sorprendente, además de personal y políticamente devastador.[270]

GLORIA Y BUENAS EXPECTATIVAS

El poco ortodoxo nombre de Emperador César lo proclamaba como un victorioso comandante, algo que se veía constantemente reforzado por su propaganda. Por entonces ya era consciente de su limitado talento como general y estaba dispuesto a apoyarse fuertemente en subordinados con talento como Agripa. Al final del año 36 a. C. la derrota de Sexto era indiscutible y contrastaba mucho con los confusos informes llegados desde Oriente, mientras Antonio realizaba fútiles esfuerzos por presentar su derrota como algo similar a un éxito. César regresó a Roma y organizó una ovación para conmemorar la victoria en Sicilia. Ahora, celebrar los éxitos de una guerra civil se había vuelto algo casi tan habitual como en su momento lo había sido tabú, pese a lo cual el enemigo también fue calificado de pirata y líder de esclavos huidos para que su derrota fuera todavía más merecida y, ciertamente, para el bien del Estado. El uso que hizo César de miles de esclavos liberados solo para que sirvieran en su propia flota fue convenientemente ignorado y cualquier exesclavo encontrados entre los prisioneros fue devuelto a su propietario. Unos seis mil exesclavos encontrados entre los cautivos y cuyos dueños no fueron localizados con rapidez fueron ejecutados; muy probablemente en una deliberada evocación de la crucifixión en masa del mismo número de supervivientes del ejército de esclavos de Espartaco, realizada por Craso en el 71 a. C. El Senado concedió a César el honor de colocar una estatua heroicamente desnuda de sí mismo en lo alto de una columna decorada con proas de barcos de guerra. Se alzó en el Foro, cerca de un monumento similar que conmemoraba la primera gran victoria naval de Roma, acontecida también en Milas, pero en el 260 a. C. y contra la formidable armada de Cartago.[271]

No venía mal evocar recuerdos de pasadas victorias contra peligrosos enemigos extranjeros. Era mejor conseguir nuevas victorias en persona, de modo que durante los siguientes tres años

César se pasó la mayor parte del tiempo guerreando contra las tribus dentro y fuera de la provincia de Ilírico. Julio César había planeado una campaña balcánica como preludio de su expedición parta. Dos de los comandantes del dictador habían sufrido derrotas en la región en los años 40 a. C., perdiendo en el proceso cierto número de preciosos estandartes militares. Las pérdidas fueron pequeñas comparadas con las sufridas a manos de los partos, que habían conseguido de Craso y Antonio una colección mucho más impresionante de trofeos; no obstante, Iliria ofrecía una posibilidad para vengar pasadas afrentas y recuperar símbolos de perdido orgullo romano.

En el 35 a. C. César se encontraba en el norte, llegando hasta tan arriba como Segesta, en el río Sava (la moderna Sisak en Croacia) e instalando allí unos cuarteles de invierno para dos legiones y media. Es posible que estuviera pensando en una expedición importante hacia el Danubio y Dacia, cuyo rey había sido considerado una verdadera amenaza en los últimos años y que muy probablemente fuera el objetivo definitivo de la planeada expedición de Julio César. Caso de que la idea llegara a considerarse, fue abandonada con rapidez, al menos por el momento. En el 3 a. C. el interés se centraba más en el sur de Dalmacia. Se trataba de operaciones contra muchas tribus y clanes pequeños; César mencionaría no menos de treinta grupos diferentes cuando informó al Senado al final de esas campañas. El terreno era difícil y en el pasado más de un ejército romano se había encontrado arrinconado con el enemigo controlando todos los pasos que salían o entraban de esos valles de elevadas laderas. César guerreó con precaución, enviando destacamentos de flanco por las cimas a ambos lados —una práctica conocida en la frontera noroccidental de la India durante el siglo XIX como «coronar las alturas»—. En el siglo I a. C. el objetivo era el mismo. Cualquier enemigo que intentara atacar a la columna principal en el fondo del valle recibiría una carga desde arriba de la colina por los des-

tacamentos de flanco romanos. No hubo batallas campales, pero sí muchas incursiones y emboscadas, así como abundantes asedios a las fortalezas de las tribus en las cimas de las colinas.[272]

De nuevo, en unas narraciones que seguramente se remontan hasta sus propias memorias, el énfasis se pone en las hazañas personales del Emperador César. En el asedio de Metulo —un lugar pequeño, apenas el nombre de una fortaleza ya en época de los romanos y que hoy es imposible de localizar— comenzó viendo el ataque principal desde la privilegiada perspectiva de una torre alta. Sus soldados habían construido una rampa frente al muro enemigo, pero que no llegaba a alcanzarlo. Encima de ella había cuatro puentes levadizos que caerían sobre la muralla enemiga para que los romanos pudieran llegar a ella. Los defensores lucharon con fiereza y primero uno, luego otro y finalmente un tercer puente fueron derribados o cayeron ante el cambiante peso de los atacantes, de modo que comprensiblemente los legionarios fueron cada vez más reluctantes a poner el pie sobre el último puente.

César se apresuró a bajar de su puesto de observación y gritó a sus hombres, instándoles a avanzar. Cuando eso no tuvo éxito, decidió dar ejemplo, agarró el escudo de un soldado —famoso gesto de Julio César en otro momento de crisis— y corrió hacia el único puente que quedaba acompañado solo por Agripa y algunos miembros de su estado mayor. Inspirados o avergonzados, un tropel de legionarios los siguió; demasiados, de hecho, pues su peso hizo que el puente se derrumbara en la profunda fosa que había entre la rampa y el muro. Algunos de los atacantes murieron por la caída, pero César tuvo suerte y pudo escapar con heridas en la pierna derecha y en ambos brazos. Rápidamente regresó —presumiblemente con algo más que un poco de ayuda— hasta lo alto de la torre de observación, de tal modo que el ejército pudiera ver que había sobrevivido y seguía siendo capaz de mandar (y en el futuro recompensar a sus soldados). Se

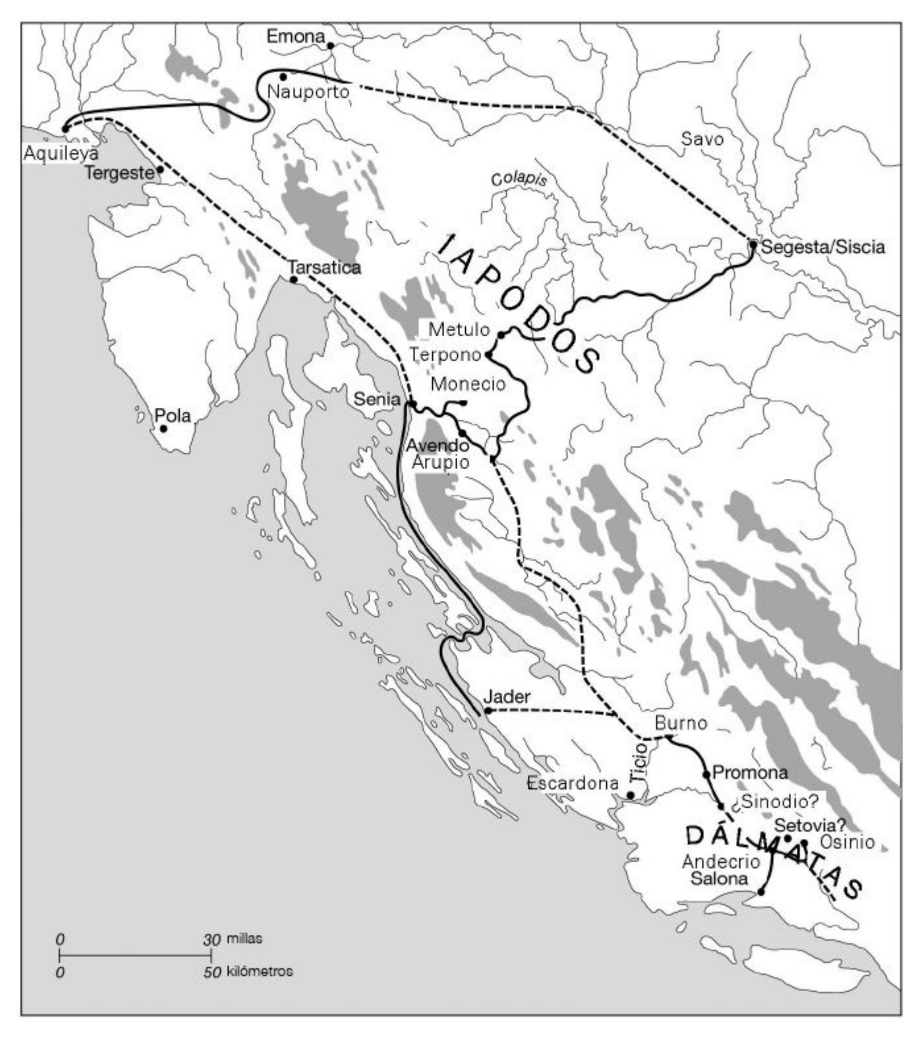
enviaron legionarios a construir nuevos puentes de tal modo que pudiera reanudarse el asalto. Consternado por tal tenaz —y muy romana— determinación, poco después Metulo se rindió.[273]

Un año después, luchando fuera de otra oscura fortaleza, el Emperador César resultó herido en una rodilla por una piedra —no está claro si arrojada a mano o lanzada con una honda— y quedó incapacitado para andar durante varios días. Esas operaciones eran de bastante menor escala, pero la lucha podía ser tanto seria como difícil. En otro sitio, a una cohorte le entró el pánico y huyó cuando el enemigo realizó una salida nocturna. César ordenó que fuera diezmada, un hombre de cada diez fue golpeado hasta la muerte y, durante el resto de la campaña, los restantes fueron avergonzados simbólicamente al recibir como ración cebada —la comida de animales y esclavos— en lugar de trigo. Más sorprendente aún es que se nos informe de que también fueron ejecutados dos centuriones. Dado que como mucho había seis de esos oficiales en una cohorte, ello sugiere que fueron considerados los principales responsables. Antonio diezmó a una de sus cohortes en Armenia en el 36 a. C. tras un ataque de pánico similar y sabemos de otro general que hizo lo mismo en Hispania por esas mismas fechas. Era un castigo tradicional, pero raro en las últimas generaciones, que lo consideraban un ejemplo de casi arcaica severidad.[274]

Estaba claro que el Emperador César deseaba ser considerado como un gran general romano a la antigua usanza, exactamente igual que su asesinado padre. Más que nada, de esos líderes se esperaba que tuvieran éxito y, si bien sus campañas ilirias fueron menos importantes que la lucha de Antonio con los partos, terminaron en una victoria y no en un fracaso. César regresó a Roma en el verano del 33 trayendo botín capturado a enemigos derrotados y suplicantes y, lo mejor de todo, los estandartes romanos perdidos en antiguas derrotas. Estos fueron exhibidos en el recién construido Pórtico de Octavia. El Senado le concedió rá-

pidamente un triunfo que sumar a sus dos ovaciones, si bien decidió atrasar la celebración para un momento posterior. El mundo había cambiado mucho desde que Julio César tuviera que tomar la decisión de permanecer fuera de Roma hasta que hubiera triunfado o renunciar al honor y entrar en la ciudad de tal modo que pudiera presentarse al consulado. Su heredero iba y venía a su antojo sin que su poder cambiara lo más mínimo por ello.[275]

Durante las campañas ilirias regresó a Roma en varias ocasiones, y el 1 de enero del 33 a. C. se convirtió en cónsul por segunda vez. Había transcurrido casi una década desde su primer consulado, pero como César solo tenía veintinueve años, tales convenciones habían dejado de tener significado. Renunció a la magistratura antes de que terminara el día, lo cual le permitió nombrar a un reemplazo de inmediato. Antonio había hecho lo mismo el año anterior, sin ni siquiera abandonar sus provincias para regresar a Roma para asumir el cargo. El triunviro iba mucho más allá que Julio César y su modo casual de tratar las principales magistraturas de Roma. Ninguna pareja de cónsules servía ya un año completo, en vez de lo cual dimitían y permitían que ocuparan su cargo cónsules de reemplazo, o sufectos. A su vez, estos podían dimitir para dar la oportunidad a otros y en el año 33 a. C. hubo no menos de seis cónsules sufectos, claro que eso a su vez no fue nada comparado con los sesenta y siete pretores nombrados en el 38 a. C., todos los cuales sirvieron de forma simultánea. Cada uno de ellos consiguió la distinción permanente de mantener el rango, con el correspondiente derecho de precedencia en las reuniones senatoriales.[276]



Las campañas de Augusto en el Ilírico, 35-33 a. C.

Similar generosidad se amplió a los triunfos, con lo que varios de los principales comandantes de César y Antonio los celebraron durante los años 30 a. C. —solo en el 33-34 a. C. hubo seis de ellos—. Muchos decidieron crear monumentos permanentes a su victoria construyendo o restaurando importantes edificaciones de la ciudad. Asinio Polión recibió un triunfo en el 39 a. C. y procedió a restaurar el Salón de la Libertad utilizados por los censores, añadiéndole una biblioteca pública con libros griegos en un ala y latinos en la otra. Fue la primera de tales bibliotecas

inaugurada en Roma desde que el proyecto planeado por Julio César fuera abandonado tras su muerte. Tito Estatilio Tauro celebró su triunfo en el 34 a. C. y comenzó el primer anfiteatro de piedra de Roma; hasta entonces se utilizaban asientos temporales de madera construidos a menudo apoyados contra el lateral de uno de los grandes edificios públicos de la ciudad. Ese mismo año, Cayo Sosio celebró su triunfo por haber vuelto a capturar Jerusalén y la devolución de Herodes el Grande al poder en Judea, escogiendo construir un templo a Apolo, conocido después como Apolo Sosiano (visible hoy cerca del teatro de Marcelo). [277]

Las victorias sobre enemigos extranjeros eran cosas adecuadamente romanas que celebrar. Es un error considerar estas ceremonias y sus subsiguientes proyectos constructivos como una competición entre los seguidores de Antonio y los de César. Cada uno de esos hombres era un romano orgulloso por derecho propio e, incluso en una época en la que dos triunviros se dividían entre ellos el gobierno de la República y sus provincias, no encabezaban partidos fijos. En cualquier caso, los éxitos de los lugartenientes de Antonio no hacían sino destacar su propio fracaso, igual que los triunfos de los hombres asociados a César. Más importante era el sentimiento de que ahora las guerras se luchaban contra enemigos reales y no contra conciudadanos. Los trabajos constructivos en el centro de la propia Roma se sumaron al vivaz estado de ánimo de la ciudad, fomentando el optimismo antes incluso de que las instalaciones estuvieran terminadas. También supuso trabajo pagado para muchos, ya fueran artesanos u obreros, además de buenos negocios para quienes proporcionaban los materiales.

Emperador César continuó la construcción de muchos de los grandes proyectos del dictador, en especial su Foro, con la reconstruida Casa del Senado y el nuevo templo de Venus como elementos centrales. No obstante, por muy espectaculares que

fueran otros monumentos individuales, ninguno podía igualar la grandiosidad colectiva y las dimensiones de los proyectos que él estaba construyendo. En el 33 a. C., Agripa asumió el cargo de edil; una magistratura bastante abandonada dado que a los seguidores de los triunviros no se les escatimaban los cargos más relevantes. Se trataba de una elección sorprendente para un antiguo cónsul —ejerció la magistratura suprema en el 37 a. C.—, si bien quizá debamos recordar que en el pasado hubiera sido algo extraordinario contar con un excónsul que apenas tenía treinta años. El joven que había participado en campañas en las Galias, expulsado a Sexto Pompeyo de los mares y al que dejamos la última vez encabezando una carga junto a César sobre el precario puente en Metelo, se lanzó a la tarea de supervisar los servicios de la ciudad con su acostumbrada energía y competencia.[278]

Se construyó un nuevo acueducto, el Aqua Julia —como siempre, el principal crédito de sus esfuerzos fue discretamente concedido a su jefe— y otros muchos fueron restaurados y reparados a fondo. No era cuestión solo de grandes construcciones, sino que se proporcionó acceso al agua corriente a toda Roma, con 700 nuevas cisternas, 500 fuentes y 130 torres de agua. Las cloacas fueron inspeccionadas, reparadas y mejoradas. Resultaba posible capturar la atención popular mientras se realizan tareas mundanas, pero necesarias, y la gente recordó durante mucho tiempo cómo el espectacular edil fue llevado en barca de remos por toda la longitud de la Cloaca Máxima, la principal alcantarilla de Roma. Además de con tales instalaciones, Agripa obsequió a la ciudad con cincuenta y nueve días de juegos, durante los cuales se distribuyeron premios a la muchedumbre, además de disponer en 170 ocasiones que los baños públicos fueran gratuitos, proporcionando también barberos para que afeitaran a los ciudadanos sin cobrarles. La estética no se descuidó. Muchas de sus fuentes estaban decoradas con estatuas o columnas y en los parques públicos se exhibieron grandes colecciones de arte.

La vida en Roma se hizo más confortable para todos, no solo más salubre. Al mismo tiempo, las condiciones en Italia estaban comenzado a sentirse más estables tras los caóticos años de la guerra civil, las proscripciones, las confiscaciones de tierra y las colonizaciones. Emperador César era culpable de todas esas cosas y muchos lo odiaban por ello; sin embargo, ahora parecían haber parado y nadie quería regresar a esos días. Pocos se sentían inclinados a quererlo, pero existía gratitud por haber devuelto la paz interna y una creciente confianza en que podía durar. Quizá algunos presintieran que aún quedaba un acto por representarse, pues nadie sabía cuándo o cómo regresaría Antonio.

APOLO ACCIANO

Es el momento de hablar de Cleopatra, cuya escasa presencia en el relato hasta el momento puede haber supuesto una sorpresa para los lectores. A pesar de toda su fama y su atractivo como figura romántica, símbolo de Oriente, o como mujer independiente en un mundo dominado por los hombres, la verdad es que tuvo poco poder e importancia en un mundo mediterráneo abrumadoramente dominado por Roma. Cleopatra era uno de los muchos soberanos clientes que en el fondo dependían del apoyo romano para continuar en el poder y protegerlos de sus rivales. Julio César le devolvió el trono y se deshizo de su hermano y cosoberano, Ptolomeo XIII. Cleopatra realizó dos visitas a Roma durante la vida del dictador, sin duda temerosa de que la facilidad con la que a su amante se le iba la vista detrás de cualquier mujer hiciera que se debilitara el apoyo que le prestaba. La idea de que la instaló como su amante oficial y se dejaba aconsejar por ella en cuestiones de política es un mito moderno. Su hijo, apodado Ptolomeo Cesarión, vino con su madre, pero no era ni legítimo ni un ciudadano, por lo que no tenía peso real en la política romana. Tras los idus de marzo, Cleopatra se entretuvo en Roma durante casi un mes, esforzándose al máximo por conseguir el reconocimiento de cualquiera que fuera el nuevo

régimen que emergiera ahora que el dictador había muerto. Otros soberanos clientes hicieron lo mismo en persona o mediante enviados, mientras una facción hacía presión para que le concedieran todo o parte de su reino a su hermana, Arsínoe. Cicerón menciona a Cleopatra en un pasaje muy citado, pero el puñado de breves menciones a la reina en su vasta correspondencia es un claro indicio de su carencia general de importancia. Cuando la soberana regresó a su reino, asesinó de inmediato a su segundo hermano, Ptolomeo XIV, convertido en cogobernante por Julio César, y lo reemplazó como rey por Cesarión. Un hijo pequeño era mucho más fácil de controlar que un hermano adolescente.[279]

Cleopatra y Antonio se hicieron amantes en el otoño e invierno del 41-40 a. C. La dejó embarazada y segura en el trono, además de encargarse amablemente de que mataran a Arsínoe, haciendo desaparecer así el último rival adulto a su poder… al menos hasta que sus propios hijos fueran lo bastante mayores como para convertirse en alternativas viables. La pareja no volvió a verse durante tres años y medio, durante los cuales Antonio se casó con Octavia y tuvo dos hijas con ella. En el invierno del 37-36 a. C. llevó a Cleopatra a Antioquía, vio a sus gemelos —un chico, Alejandro Helios, y una chica, Cleopatra Selene, el sol y la luna— y reanudó su *affaire* mientras disponía que llegara grano egipcio para ayudar a alimentar a su ejército y plata para pagarlo. Para cuando dio comienzo la expedición parta, la reina volvía a estar preñada de nuevo y dio a luz a un niño, Ptolomeo Filadelfo, antes de que Antonio volviera fracasado de la guerra y mandara llamar a su amante para que lo consolara en una ciudad menor de la costa de lo que hoy es el Líbano. A partir de entonces, los amantes nunca estuvieron separados durante mucho tiempo.[280]

En el 35 a. C. Octavia viajó a Atenas, llevando con ella un contingente de pretorianos de elite, algo de caballería y munda-

nos pero vitales animales de carga para reemplazar a los perdidos por su esposo. Antonio cogió los suministros, pero no fue a verla y le envió instrucciones para que regresara a Roma. Octavia nunca había viajado más allá de Grecia cuando lo acompañó en años anteriores y no era normal que un magistrado se llevara a su esposa a una provincia, menos aún a una campaña. Claro, que tampoco era normal mantener una amante de la realeza de forma tan pública. César no tardó nada en comparar el seco rechazo de una honorable esposa romana con la vergonzosa exhibición que hacía Antonio de Cleopatra. Algunos se preguntaron si no había organizado todo el episodio, animando a su hermana a ir para hacer que Antonio quedara mal. Es innegable que ya por entonces existía un apenas velado enfriamiento en la relación entre los dos triunviros restantes.[281]

César pudo visitar Roma durante esos años, Antonio no. Octavia continuó actuando como una devota esposa, dando la bienvenida a los hombres de su marido que llegaban y haciendo todo lo posible porque consiguieran cargos y honores. En general, sin embargo, tenía que acudir a su hermano para asegurarlos. Se dice que rechazó su sugerencia de que se separara de su esposo y que en vez de ello continuó hablando en su nombre. Al menos César se ganó algún crédito por cada favor hecho a los hombres de Antonio, además de encontrarse en una posición mucho mejor que la de este para conseguir nuevos seguidores mediante su generosidad, simplemente porque aquel no estaba en Italia ni cerca de ella. Ahora las concesiones a las víctimas de las confiscaciones de tierra parecían más actos de generosidad que la mera mitigación de un severo y arbitrario uso del poder en el pasado. César había triunfado en las guerras ilíricas, el bloqueo de Sexto Pompeyo estaba roto para siempre y su amenaza desaparecida, de modo que Roma e Italia se acercaban a algo parecido a una existencia normal y estable. Al estar en el foco de las cosas, más honores recayeron sobre César que sobre su distante colega. A finales del

36 a. C., su persona fue convertida en sacrosanta como si fuera uno de los tribunos de la plebe; pero en este caso el privilegio fue permanente y no solo mantenido durante el año en el cargo. Un año después, el mismo honor les fue concedido a Octavia y Livia, a quienes también se concedieron estatuas dedicadas y el derecho legal a dirigir sus negocios sin ingerencias de tutores. La persona de César iba a ser especial, y lo mismo le pasaba a su familia.[282]

En el 34 a. C. Antonio se fue a la guerra de nuevo, capturando mediante un subterfugio a su antiguo aliado el rey de Armenia. Era un éxito, sí, pero escaso como para contrarrestar el fracaso de su ataque contra Partia. Al regresar a Alejandría organizó una gran procesión de la victoria, con el rey cargado de cadenas de oro (de plata según otras fuentes) junto con otros cautivos de la realeza, seguidos por un carro en el que Antonio iba vestido de Dioniso. El momento álgido fue cuando lo recibió Cleopatra, sentada en un trono situado en lo alto de una plataforma profusamente adornada. El conjunto recordaba a un triunfo romano, pero celebrado en una ciudad extranjera y no en Roma, y para beneficio de una reina extranjera más que de los ciudadanos. Sea como fuere, así es como César y sus aliados lo presentaron gustosos.[283]

Avanzado ese año, Antonio y Cleopatra presidieron otra ceremonia, celebrada con el estilo espectacularmente suntuoso que tanto les gustaba a los Ptolomeos. Las llamadas «donaciones de Alejandría» confirmaron el poder de la reina y el de Cesarión como su cogobernante, además de otorgar grandes porciones de las provincias orientales a los tres hijos de la pareja —Alejandro Helios recibió Partia y Media, ninguna de las cuales estaba bajo control de Antonio o Roma—. Cleopatra fue llamada «Reina de reyes, cuyos hijos son reyes», lo que sin duda pretendía confirmar su gobierno y dominio sobre sus hijos, el mayor de los cuales ya era un adolescente, lo cual no tardaría en convertirlo en un

rival potencial. No hubo ningún cambio real en la administración de Oriente y resulta difícil saber qué pretendía Antonio; pues la verdad no tardó en quedar enterrada bajo toda una masa de propaganda hostil. Su propio informe del acontecimiento era tan dañino que sus más próximos aliados lo suprimieron.[284]

Las críticas a Antonio crecieron sin cesar, si no nacidas del propio César, entonces de aquellos cercanos a él. Antonio estaba esclavizado por una siniestra reina oriental y sus decadentes cortesanos. Un poema escrito por Horacio pocos años después refleja el ánimo de esas críticas:

> ¡Qué vergüenza! Un romano esclavizado por una mujer (vosotros, las generaciones venideras, os negaréis a creerlo) lleva un palo y armas y, a pesar de ser un soldado, soporta servir a un montón de ajados y resecos eunucos, mientras el sol fija su mirada en la degenerada mosquitera entorno a los estandartes del ejército.[285]

Antonio era representado como un borracho, quizá incluso drogado o controlado por pociones mágicas administradas por Cleopatra. Había dejado de comportarse como un romano o no recordaba que era un servidor de la República. El contraste con César, victorioso, que trabajaba por el bien del Estado, celebrado por el Senado y el pueblo de Roma y que vivía con su esposa romana, se enfatizaba a cada oportunidad. Antonio afirmaba descender de Hércules, de modo que la historia del semidios siendo engañado por Ónfala para que llevara un vestido y tejiera lana mientras ella llevaba su maza y vestía su piel de león fue revivido en la literatura y el arte.[286]

El intercambio se produjo por ambos lados. Antonio escribió una carta abierta atacando a César por su doble vara de medir al criticar su *affaire* con Cleopatra: «¿Por qué has cambiado? ¿Se debe a que me estoy acostando con la reina? ¿Es mi esposa? *(¡Por supuesto que no!)* ¿Acabo de empezar con ello o es algo que ya lleva nueve años existiendo? ¿Y qué me dices de ti, solo follas a *(Livia)* Drusila? Felicidades si cuando leas esto no has estado

dentro de Tertula o Terentila, Rufila o Salvia Titisenia, o de todas ellas. ¿De verdad importa dónde o dentro de quién metes la polla?».[287]

El donjuanismo de César era bien conocido, pero una cosa era tener muchos *affaires* con romanas y otra muy diferente aparecer ligado a una amante extranjera. Cleopatra era una griega, y los romanos mantenían con los griegos una compleja relación de admiración mezclada con un sentimiento de su propia inferioridad cultural y desdén por un pueblo conquistado. Peor todavía, era la reina de Egipto y existían muchos estereotipos al respecto de los bárbaros egipcios con sus dioses con cabeza de animal. César y sus aliados tenían mucho material con el que trabajar. La propia conducta de Antonio hizo poco por ayudar a su causa. En su única obra publicada, *Sobre su embriaguez (De sua ebrietate)*, se defiende contras las críticas por beber, quizá indicando que nunca quedó incapacitado o influido mientras realizada funciones oficiales —no podemos conocer los detalles porque la obra no ha sobrevivido—. El hecho de que tuviera que justificar su conducta demuestra que el daño ya estaba hecho.[288]

Antonio atacó más que se defendió, y la porquería que se arrojaban ambos bandos formaba parte de la tradición de los insultos políticos romanos y raras veces se preocupaba en absoluto por la verdad. Se revivieron los comentarios difamantes por la conducta de César en Filipo, reforzados con historias de su derrota ante Sexto Pompeyo y su aparente cobardía. César era un vil degenerado, que se había prostituido a Julio César para conseguir el favor del dictador. Desde entonces había planeado casar a la niña Julia con el rey de alguna diminuta tribu iliria e incluso considerado casarse con la hija del rey; lo que sin duda era más dañino que una alianza con Cleopatra y no importaba que no fuera cierto. Como es lógico, el aristocrático Antonio volvió a su desdén por la oscuridad de la familia real —más que la adoptada— de su rival. Solo en este momento empezó Cesarión a co-

brar alguna importancia. No era por él mismo, sino simplemente porque un hijo natural de Julio César demostraba que el autoproclamado Emperador César, hijo del dios, no era su descendiente sanguíneo en absoluto. César le encargó a Opio, uno de los antiguos subordinados del dictador, que escribiera un panfleto que «demostrara» que Cesarión en modo alguno era el hijo del dictador. Antonio respondió afirmando que había oído a Julio César reconocer al niño.[289]

Resulta sencillo culpar únicamente a César de que las cosas derivaran hasta un conflicto. Al final ganó él, y por lo tanto suele ser considerado la fuerza que dirigía los acontecimientos; pero lo cierto es que ambos triunviros deseaban más poder y ninguno de ellos mostró mucha renuencia a una confrontación final. En el verano del 33 a. C., las legiones de Antonio estaban concentradas en el Éufrates. Cualquier idea de un nuevo ataque contra Partia fue abandonada, caso de que hubiera sido considerada seriamente, y en vez de ello se les ordenó que comenzaran la larga marcha de más de 1500 kilómetros hasta la costa de Asia Menor. El único posible enemigo en Occidente era César.[290]

Dos de los principales subordinados de Antonio, Cneo Domicio Enobardo —antiguo almirante de Bruto y Casio— y Cayo Sosio, se convirtieron en cónsules el 1 de enero del 32 a. C. La renovación de cinco años del triunvirato probablemente hubiera expirado a finales del año anterior, dejando a César y Antonio el mando de ejércitos y provincias a pesar de su carencia de poder formal. Domicio Enobardo alababa a Antonio y criticaba indirectamente a César. Sosio lo siguió con un ataque personal más duro y presentó al Senado una moción condenando a César, que fue bloqueada por el veto de un tribuno antes de que pudiera votarse. Discretamente ausente de las reuniones hasta entonces, en la siguiente sesión César llegó escoltado por tropas y acompañado por amigos que se preocuparon de mostrar que llevaban dagas «escondidas». Ostentara o no *imperium* legal, se sentó tran-

quilamente en su silla entre los dos cónsules para demostrar su poder *de facto*. Enobardo y Sosio captaron la indirecta y abandonaron Roma, viajando sin ser molestados hasta encontrarse con Antonio en Grecia. Algunos otros comenzaron a seguirlos.[291]

El tráfico no era todo en una dirección. Poco después, el excónsul Lucio Munacio Planco llegó a Roma, junto con su sobrino, Marco Ticio, cónsul designado para el año siguiente y quien había ordenado la ejecución de Sexto Pompeyo. Planco tenía una poco envidiable reputación de chaquetero, pero su decisión fue considerada un indicio de hacia dónde soplaba el viento. Hasta hacía poco había sido un activo participante en las diversiones de Antonio y Cleopatra. Fue él quien hizo de juez cuando ella apostó con su amante a que le ofrecería la más cara de las comidas y la declaró vencedora cuando esta disolvió un fabulosamente caro pendiente de perlas en vino y se lo bebió. Una historia dice que representó el papel del dios Glauco en otra fiesta de tema olímpico, vestido con una cola artificial de pescado y la piel pintada, y que bailó desnudo. Ahora había abandonado a Antonio. Como dijo un cínico senador: «¡Antonio ha debido de hacer muchísimas cosas para conseguir que tú le abandones!».[292]

Además de su mera presencia, Munacio Planco tenía información con la que negociar. Como testigo del testamento de Antonio era consciente de la dañina naturaleza de algunas de sus cláusulas. El documento estaba guardado en el templo de Vesta en Roma y, a pesar de la negativa de la virgen vestal principal a entregar el testamento, César entró y lo cogió, haciendo que se leyeran fragmentos en el Foro. El contenido —o al menos el que César escogió revelar— era incendiario. Antonio reconocía formalmente a Cesarión como hijo de Julio César —algo extraño que incorporar a su testamento— y hacía legados a sus hijos con Cleopatra. También debía haber legados adecuados para sus hijos legítimos romanos, pero eso fue ignorado. Más dañino era su de-

seo de que su cuerpo fuera enterrado en Alejandría con Cleopatra, incluso si moría en Italia.[293]

Ninguna de las fuentes clásicas sugiere que el testamento fuera una falsificación y seguramente tengan razón. En vez de ello, lo que hizo César fue distorsionar y empeorar cuidadosamente la impresión causada por un documento ya de por sí embarazoso, que nunca debería haber sido hecho público. Su propio comportamiento ofrecía un contraste deliberado. Con solo treinta años ya había comenzado a trabajar en una tumba inmensa para él y su familia. En el pasado, los monumentos aristocráticos habían pretendido promover la gloria de sus familias y ser vistos, pero este proyecto empequeñecía a todo lo que se hubiera hecho antes. No tardó en ser conocido como el Mausoleo, como la famosa tumba del rey cario Mausolo, una de las siete maravillas del mundo.

Con un diámetro de 300 pies romanos y un muro de 42 pies de altura culminado con una bóveda y una estatua colosal de César en el centro, la escala era descaradamente monárquica, enfatizando de nuevo que Emperador César era diferente a los demás hombres. Más importante aún era que estaba en Roma, si bien en el Campo de Marte, por fuera de los límites formales de la ciudad, como correspondía a una tumba. César era romano de cabo a rabo y, al contrario que Antonio, no había pensado ser enterrado en ningún otro sitio que no fuera la propia Roma. Se extendió el rumor de que aquel quería trasladar la capital a Alejandría, el mismo rumor que había corrido respecto a Julio César. Otra historia afirmaba que el juramento favorito de Cleopatra era: «Tan seguro como que dictaré justicia en el Capitolio», y no tenía ninguna importancia que las historias se contradijeran, pues el mensaje era que Antonio aceptaba sus órdenes y ya no le importaba el interés de Roma.[294]

Cleopatra era el enemigo. Ese era el tema constante de la campaña de propaganda, porque para la gente era más sencillo creer

que luchaban contra una amenaza extranjera hacia Roma que asumir que iba a estallar otra guerra civil entre caudillos romanos rivales. En apariencia no se trataba de elegir entre César y Antonio, sino una llamada a unirse para proteger Roma. En un cuidado gesto de solidaridad, toda Italia —*tota Italia*— realizó el juramento de servir bajo el liderazgo de César en esta guerra. A las colonias de veteranos de Antonio se les dio la libertad de negarse si querían, si bien muy pocas aceptaron la oferta y ninguna mostró inclinación a luchar por él. Algunos senadores —quizá hasta un centenar de ellos— huyeron para unirse a Antonio, algo que tiende a impresionar a los historiadores modernos. Algunos estaban obligados para con él y otros, quizá, consideraron simplemente que era quien más probabilidades tenía de ganar, o estaban lo bastante desesperados como para esperar una revolución. Los pocos conspiradores que quedaban se unieron a Antonio porque tenían pocas posibilidades de ser bienvenidos por el heredero de Julio César. César se jactaba de que más de 700 senadores juraron servir a sus órdenes e, incluso si se trataba de una estimación generosa, seguía siendo con mucho la mayoría del orden senatorial. Unos pocos permanecieron abiertamente neutrales, el más conocido de ellos Asinio Polión, quien comentó: «permaneceré aparte de vuestra disputa y seré botín para el vencedor».[295]

En el verano del 32 a. C., César dirigía la república romana cuando esta declaró formalmente la guerra contra Cleopatra. En el distante pasado, el colegio de sacerdotes conocidos como *fetiales* supervisaba las declaraciones de guerra y de paz. El ritual arcaico fue revivido —o posiblemente inventado con un aspecto tradicional probable—, de modo que César pudiera presidir como *fetial* un sacrificio realizado en el templo de Belona, la diosa de la guerra. Se mojaba una lanza en la sangre de la víctima, se recitaban agravios y luego la lanza se clavaba en un trozo de tie-

rra que representaba simbólicamente el reino egipcio de Cleopatra.[296]

El ejército y la armada de Antonio ya se estaban congregando en la costa occidental de Grecia. La estación estaba demasiado avanzada como para que ninguno de los dos bandos atacara, pero parece que el plan de Antonio era esperar y hacer la guerra en Grecia. Fue el mismo plan adoptado infructuosamente por Pompeyo en el 48 a. C. y por Bruto y Casio en el 42 a. C. Sila fue el único romano con base en Grecia que ganó una guerra civil, y lo hizo cruzando hasta Italia para combatir allí. Antonio estaba confiando en el mero tamaño de sus ejército y flota, fiado en que el enemigo cometería un error y sería aplastado. Al igual que otras guerras recientes, esta tendría una escala inmensa. Cleopatra estaba al lado de Antonio y su presencia causó fricciones con algunos de sus principales subordinados. Eso hubiera sido muy perjudicial de haber cruzado hasta Italia, y quizá este fuera uno de los motivos por los cuales se mostraba reticente a hacerlo. El resultado fue que le cedió la iniciativa al enemigo.[297]

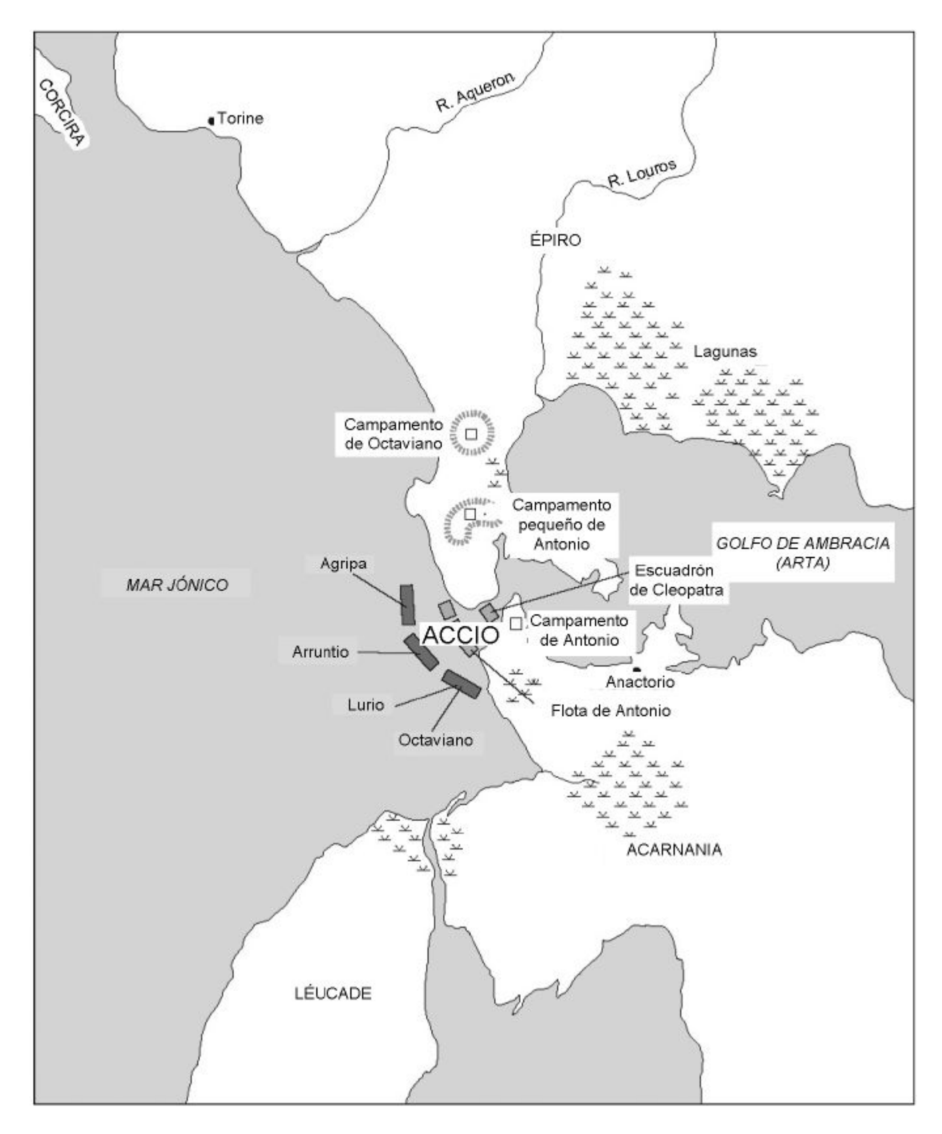
Agripa comenzó el ataque, además de ser quien probablemente planeara toda la campaña y, ciertamente, dirigió todos los momentos clave, destrozando sistemáticamente la causa de Antonio. En una serie de ataques relámpago saqueó y destruyó varias de las bases de Antonio, amenazando sus líneas de suministro. Mientras el enemigo se tambaleaba ante esos golpes, el propio César —cónsul por tercera vez este año— navegó junto al grueso del ejército y desembarcó en Epiro, ocupando una ciudad llamada Torone, o «cucharón». Cleopatra bromeó con que no debía preocuparles si César «se asentaba en un cucharón» —una palabra que en argot significaba «pene» —; pero la verdad era que el enemigo había cruzado el Adriático y Antonio todavía no había concentrado suficientes de sus fuerzas como para enfrentarse a él. César se aproximó a la base principal de Antonio, en Accio, en el golfo de Ambracia, comenzado un bloqueo que no tardó

en realizarse por tierra y por mar. Desde finales de la primavera y durante el verano, los hombres de Antonio fueron incapaces de romper este dominio o de conseguir que el enemigo presentara batalla en sus propios términos. Y mientras esto sucedía sus filas iban menguando debido a la enfermedad, pues su campamento se encontraba en un punto poco salubre, repleto de malaria y disentería. Los hombres de César se limitaron a mirar cómo su enemigo se iba debilitando y, según pasaban los meses, los hombres de César consiguieron muchas victorias menores, estando a punto en una ocasión de apoderarse del propio Antonio. Los desertores —algunos de ellos soldados ordinarios o auxiliares, otros senadores, como Domicio Enobardo— se alejaron silenciosamente del campamento de Antonio para ser bienvenidos por César. Ninguno se pasó en la otra dirección.[298]

El 2 de septiembre del 31 a. C., la flota de Antonio salió para desafiar al enemigo. Algunos de los barcos llevaban mástiles y velas sobre la cubierta, cuando lo normal era prescindir de estos engorrosos objetos para las batallas. Cuando luchaban, los barcos maniobraban exclusivamente remando, de modo que la decisión era un claro signo de que Antonio contemplaba romper el bloqueo con parte o con toda la flota. Quizá pensaba cambiar su suerte venciendo en una batalla naval; pero también estaba preparado para fracasar, lo que no es un estado mental muy optimista para un comandante. A las flotas les llevó horas colocarse en líneas de batalla, y más tiempo transcurrió enfrentadas la una a la otra, pues ninguna de ellas deseaba luchar demasiado cerca de la costa. Cuando finalmente los hombres de Antonio reanudaron su avance, Agripa hizo que sus hombres retrocedieran para disponer de más espacio. Seguidamente, intentaron coger de flanco al enemigo —la flota de César probablemente fuera algo más numerosa y, ciertamente, sus capitanes y tripulaciones mucho más diestros tras la enconada guerra contra Sexto Pompeyo—. En ambas flotas había muchos barcos grandes y, cuando comen-

zó la lucha, demostraron ser difíciles de dañar embistiéndolos. En vez de ello, gran parte del combate se desarrolló con proyectiles y forcejeando y abordando al enemigo. Mientras cada barco maniobraba para conseguir ventaja, las claras líneas se quebraron y comenzaron a aparecer huecos.

Aprovechando el viento del norte-noroeste, que normalmente se levanta según avanza el día, Cleopatra y un escuadrón de barcos bajo su mando izaron velas de repente, apareciendo por detrás de la flota principal para navegar justo hacia un gran hueco surgido en el centro de la batalla. Sin prestar atención a los navíos que luchaban, mantuvieron el rumbo, mientras Antonio abandonaba su barco almirante y se reunía con ellos en un barco más ligero. Entre setenta y ochenta barcos escaparon, llevándose con ellos buena parte del tesoro de Cleopatra; pero como mucho se trataba de una cuarta parte de la flota, probablemente menos. Se dejó al resto para que luchara, algo que algunos de ellos continuaron haciendo con gran determinación. Al final, los supervivientes se retiraron resentidos hacia el puerto. La flota de Antonio había perdido barcos y cerca de cinco mil hombres. El propio Antonio había perdido la guerra, por más que él y su amante hubieran escapado con gran parte de su dinero. Sus legiones se resistieron a los intentos de su comandante, Publio Canidio, de alejarlas de allí. En vez de ello negociaron un buen trato antes de desertar y unirse a César. Los restos de la flota se rindieron con ellos.[299]



La batalla de Accio

Antonio sobrevivió, pero ni todo el oro del mundo le permitiría comprar un ejército y una armada con los que reemplazar a los que había perdido, así como tampoco reparar los daños sufridos por su reputación. Un aristócrata romano no debía aceptar nunca la derrota y, ciertamente, nunca abandonar a sus hombres y huir con su amante. César tenía problemas más inmediatos que lanzarse en pos de su rival. Había dejado a Mecenas para contro-

lar Italia y la propia Roma, un trabajo que realizó con sutileza y habilidad, a pesar de que no se había convertido en senador y continuaba siendo un ecuestre sin cargo oficial. Ahora los legionarios que habían cumplido su servicio presionaban para ser desmovilizados de inmediato y la entrega igual de pronta de las recompensas y las granjas que se les habían prometido. Los antiguos antonianos se sumaron a sus propios hombres a la hora de presionar por sus recompensas. No era tarea sencilla supervisar los movimientos y licenciamiento parcial de cuarenta legiones. Agripa fue enviado a ayudar a solventar el problema y el propio César le siguió antes de terminar el año. Enfrentado a amenazas de motines y rebeliones, realizó generosas promesas. Por otra parte, quería evitar el trastorno que alimentó la rebelión durante la época de la guerra perusina. Ninguna tierra italiana sería conseguida mediante confiscación, lo que significaba que se necesitaba dinero para financiar las adquisiciones. César se dirigió de nuevo hacia Oriente, en busca de grandes suministros de moneda contante y sonante.[300]

El entusiasmo de los muchos soberanos y comunidades clientes que querían transferir su lealtad desde Antonio hasta él ayudó a conseguir lo que necesitaba. Todos estaban contentos de pagar para convencerlo de su lealtad. Cleopatra se acercó a él con la misma esperanza en mente. A pesar de la propaganda cesariana, siempre había sido una leal aliada de Roma y no cabe duda de que explotaría a sus súbditos en su beneficio con el mismo entusiasmo con que lo había hecho en el pasado por Julio César y Antonio. Antonio no tenía salvación y, cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia él, Cleopatra era una superviviente, que había llegado a los treinta y nueve años a pesar de la mortal competencia dentro de su familia y su corte, así como de las repetidas luchas por el poder en Roma. Con cinismo, César le dio algunos ánimos y quizá ella incitó algunas deserciones entre sus fuerzas cuando sus legiones se acercaban a Egipto.[301]

Antonio decidió suicidarse, imitando a Bruto, Casio y tantos otros aristócratas de su generación. Es muy posible que Cleopatra maquinara su muerte; pero su amante no realizó un trabajo limpio y vivió lo suficiente como para mantener una última y emotiva reunión. Durante más de una semana la reina continuó viviendo con la esperanza de un acuerdo con César. Sus enviados consiguieron engañarla para que saliera de la tumba, llena con sus riquezas y muebles y repleta de material combustible para así poder amenazar con destruirla. No sabemos si el joven César y Cleopatra se encontraron durante las visitas de la reina a Roma. De no ser así, su único encuentro cara a cara se produjo ahora, mientras suplicaba al vencedor. Los detalles varían según las fuentes, pero no hay motivo para dudar de que hizo todo lo que pudo por conseguir que tuviera piedad de ella y ganarse su compasión: vistiéndose como una suplicante sin esconder su belleza e invocando su profundo amor por Julio César y el afecto que este le tenía a ella.

No sería así. Durante los preliminares de la guerra se había convertido en un punto de encuentro demasiado importante como para permitir que continuara en el poder, y lo mismo sucedía con sus hijos. César necesitaba su tesoro para fundar una nueva serie de asentamientos de veteranos. Le gustaría tenerla como adorno para su triunfo, pero resultaba difícil saber cómo reaccionaría la plebe romana al ver a una mujer marchando en la procesión —cuando Julio César incluyó a la adolescente Arsínoe en su triunfo egipcio, la muchedumbre demostró compasión por ella— y eso estaba lejos de ser vital. Probablemente dio órdenes de que la reina permaneciera con vida y, cuando se comprobó que se había suicidado, ordenó llamar a médicos y especialistas en venenos de serpiente. No obstante, muerta, Cleopatra era casi tan útil como viva, y durante el triunfo se podía llevar su efigie sin riesgos de que despertara compasión. César tenía su dinero y

mantendría su reino como una posesión mayormente privada con sus ingresos sumándose a sus fondos personales.[302]

Cesarión fue traicionado por su tutor y ejecutado como un estorbo. El mayor de los hijos de Antonio, Antilo, también fue apresado y muerto. Ambos habían celebrado la ceremonia de la mayoría de edad pocos meses antes y eran formalmente adultos, lo que seguramente fue suficiente para asegurar su muerte. Unos pocos de los seguidores romanos de Antonio se suicidaron o fueron muertos; pero la mayoría consiguió realizar la transición al nuevo régimen. De los súbditos de Cleopatra se esperaba que pagaran fuertes impuestos, pero ese había sido su destino durante su régimen y el gobierno de su familia. Los sacerdotes se acercaron para ofrecer una contribución voluntaria si se les permitía mantener las imágenes de la reina en sus templos. Era menos un signo de afecto que de reluctancia a dañar los edificios y de su entusiasmo por ser considerados leales a su nuevo señor. César se dirigió a una asamblea de alejandrinos mediante un intérprete, consciente de que su griego no era tan pulido como podría serlo. Hasta ahora su vida había sido inusual en casi todos los aspectos, y no había tenido tiempo de formarse en retórica como habían hecho Cicerón, Julio César, Antonio y la mayoría de los jóvenes aristócratas.[303]

A finales del 30 a. C., César tenía treinta y tres años y por el momento carecía de ningún rival serio a su dominio sobre Roma y todo el mundo mediterráneo.

XI

TRIUNFO

Cuando el asesinato de Bruto y Casio dejó desarmado al Estado; cuando [Sexto] Pompeyo fue aplastado en Sicilia y con Lépido dejado de lado y Antonio muerto, incluso el partido Juliano estaba sin líderes, excepto César.

TÁCITO, comienzos del siglo II a. C.[304]

Guerras, tanto civiles con en el extranjero, las tuve por el mundo, por mar y tierra, y cuando quedé victorioso perdoné a todo ciudadano quien solicitó el perdón […]. Dos veces triunfé

con una ovación y por tres veces celebré triunfos curules,

y fui saludado como emperador veintiuna veces.

Las obras del divino Augusto[305]

Nunc est bibendum cantó el poeta Horacio al escuchar las noticias de que Cleopatra había muerto: «¡Ahora que comience la bebida! ¡Ahora déjennos golpear el suelo sin restricciones! ¡Ahora es el momento de llenar los divanes de los dioses con una fiesta digna de los Salios!». No mucho antes la reina había amenazado a Italia: «una mujer tan fuera de control que podía esperar cualquier cosa, borracha, como estaba, con el dulce vino del éxito». Por fortuna, su éxito demostró tener escasa vida cuando huyó de su incendiada flota en Accio y «César la persiguió mientras ella huía de Italia […] como un halcón tras una gentil paloma o un veloz cazador tras una liebre…»; sin embargo, la reina «no mostró femenino miedo a la espada […]. Tuvo la fortaleza de ánimo para mirar a su destruido palacio con calmada expresión y

el valor para manejar las serpientes de afilados colmillos, dejando que su cuerpo bebiera su negro veneno […]. No le arrebatarían su realeza, ni la obligarían a enfrentarse a un burlón triunfo: mujer humilde no era».[306]

Ahora que estaba derrotado y muerto, un enemigo antaño temido era más sencillo de admirar, y el valor y la dignidad de Cleopatra ante la muerte añadieron lustre a la victoria de César, pero no era el suicidio en sí mismo, sino el victorioso final lo que realmente importaba y produjo semejante alegría al poeta. Había escrito que Antonio estaba «esclavizado» por la reina egipcia; pero, al igual que todos, Horacio sabía que esto había sido otra guerra civil. La mayoría de los hombres dejados para morir en los incendiados barcos de Accio habían sido romanos. Se había declarado la guerra a Cleopatra y, como todo el mundo, los poetas hablaron una y otra vez de los aliados orientales de Antonio; pero no escondieron el hecho de que fue el triunviro quien encabezó al enemigo. Había sido una guerra civil, por más que justa, como Virgilio dejara claro pocos años después:

> De un lado, Augusto César de pie sobre la elevada popa, dirigiendo a los italianos a la lucha, con el Senado y el Pueblo, los dioses de los hogares y del Estado […] y sobre su cabeza amanece la estrella de su padre […]. Del otro lado viene Antonio con bárbaro poder […] trayendo en su cortejo a Egipto y el poder de Oriente […] y ahí le sigue (¡oh la vergüenza de ello!) su esposa egipcia […]. En medio de todo la reina llama a sus portadores con su nativo sistro [un sonajero utilizado en el culto de la diosa egipcia Isis] […]. Monstruosos dioses de múltiples formas y un ladrador Anubis alzan sus armas contra Neptuno y Venus y Minerva.[307]

Accio fue una victoria de las virtudes y tradiciones de una Italia unida apoyada por deidades completas y dirigida por el hijo del divino Julio. El enemigo eran las caóticas fuerzas de Oriente con sus extraños dioses —se destaca a Anubis con cabeza de chacal, dios del otro mundo, por más que Cleopatra y sus antepasados griegos no demostraran interés ninguno en semejantes cultos antiguos—. El lado correcto consiguió una abrumadora y nece-

saria victoria, gloriosa porque trajo consigo la promesa de paz. [308]

Virgilio, Horacio y los demás poetas ya habían visto bastante guerra civil, que solo traía matanzas y robos de tierras y propiedades. En los *Epodos*, una colección de poemas publicados en el 29 a. C. pero escritos en años anteriores, cuando crecía la tensión entre César y Antonio, Horacio estaba agitado por el miedo a una nueva lucha que enfrentara a romanos contra romanos: «¿Por qué, por qué os apresuráis hacia esta funesta locura? ¿Por qué blandís espadas que acaban de ser envainadas? ¿Acaso no ha sido derramada por tierra y por mar suficiente sangre latina, y no para permitir a los romanos quemar la arrogante fortaleza de la celosa Cartago, o hacer que los britanos, tan alejados de nuestro alcance, recorran la vía Sacra encadenados, sino para asegurar una respuesta a las oraciones de los partos de que esta ciudad ha de perecer por su propia mano?».[309]

Por esa misma época se lamentaba de que «otra generación ha quedado aplastada por la guerra civil, ¡esta ciudad se hunde bajo su propio poder!». Ni enemigos extranjeros, ni el ejército de Espartaco, ni Aníbal y sus cartagineses consiguieron derrotar a Roma, pero ahora «será destruida por nosotros, una generación impura cuya sangre está maldita». A pesar de tan nefastos avisos, el poeta concluye que no hay más elección que luchar y lanza un grito de batalla para que todos los italianos se unan a la guerra. [310]

Los hombres como Horacio anhelaban la paz, pero no a cualquier precio. Para los romanos la verdadera paz era producto de la victoria, idealmente tan completa que nunca hubiera necesidad de tener que vencer al mismo enemigo de nuevo. Julio César escribió encantado sobre «pacificar» (el verbo latino es *pacare*) a las tribus que conquistó en las Galias. Las guerras terminaban con victorias absolutas, con los romanos dictando los términos y no mediante compromisos y concesiones. La misma actitud se

transfirió a las guerras civiles romanas, dejando escaso margen para que pudieran arreglarse mediante negociaciones, al menos a largo plazo. Horacio había luchado y huido en Filipo, por lo que conocía algo de la guerra. No está claro si obedeció su propia llamada a las armas y luchó en la campaña de Accio. Habló de seguir a su patrón, Mecenas, hasta un navío de guerra; pero dado que no está claro si este abandonó alguna vez las costas de Italia, resulta más complicado aún saber si Horacio se unió o no a la flota en su deseo de una victoria que supusiera el final de la guerra civil.[311]

Los poetas reflejan un deseo casi universal de paz y estabilidad tras tantos largos años de trastornos y violencia. La ideología tuvo una parte ínfima en estas guerras. Bruto y Casio afirmaban luchar por la libertad, pero se comportaron como cualquiera de los demás caudillos de la época. Igual de importante es que perdieron y murieron. Los últimos conspiradores murieron como partidarios de Antonio, luchando con un triunviro contra el otro. Estos cambios de lealtad tan dramáticos eran habituales a todos los niveles. La vasta mayoría de la gente solo esperaba poder sobrevivir con sus vidas y propiedades intactas. Los hombres recordaban la facilidad con la que el joven César había condenado a muerte a prisioneros tras Filipo o Perusia; pero la verdad es que fueron muchos más los perdonados que los ejecutados. Años después, decía que muchos de sus amigos y aliados más cercanos habían seguido a Antonio contra él, pero que consiguieron cambiar de bando antes o después de Accio.[312]

La «libertad» de los conspiradores dejó de tener tanto atractivo, incluso para los aristócratas que esperaban disfrutar de ella. Años después, este atractivo reviviría para ser apreciado como un sueño romántico por senadores como Tácito, que vivió bajo el gobierno de los emperadores y nunca dejó que la nostalgia por la política «libre» de siglos anteriores alterara su aceptación de esa realidad. Él, al menos, se hacía pocas ilusiones sobre la brutalidad

de las décadas finales de la República «libre». En el 30 a. C. nadie podía hacerse ilusiones al respecto porque demasiados habían muerto al elegir el lado equivocado, o ninguno en absoluto.[313]

La República había sido destruida por la violencia y el desorden desde la guerra social y la marcha de Sila contra Roma, acontecimientos todavía en los límites de la memoria viva; un derramamiento de sangre que en época del propio César había sido incluso más salvaje y prolongado. Nadie podía recordar un período en el cual la política hubiera estado libre de la amenaza o la realidad de la violencia. Resulta sencillo concentrarse en las grandes casas aristocráticas, entre las cuales las bajas habían sido desastrosas; pero lo mismo también es cierto para los linajes menos prestigiosos que llevaban tiempo reforzando el Senado. Tanta guerra y muerte habían maltratado sus ideales políticos, desatado antiguos lazos de alianza y amistad e incluso contenido la instintiva ambición de los aristócratas. Como el resto de la población, los senadores querían la paz más que cualquier otra cosa.

La noticia de la muerte de Antonio fue leída en una reunión del Senado presidida por el cónsul sufecto Marco Tulio Cicerón. Hijo único y tocayo del famoso orador, el joven Cicerón había luchado por Pompeyo contra Julio César en Farsalia, por Bruto contra los triunviros en Filipos y subsiguientemente se unió a Sexto Pompeyo. Había regresado a Roma en el 39 a. C. cuando los proscritos fueron perdonados, para posteriormente encontrar suficiente favor en César como para ser nombrado como reemplazo cuando los cónsules del 30 a. C. abandonaron el cargo. Solo tenía treinta y cinco años, pero esas cosas significaban poco por entonces. Otro de los cónsules del año fue el igualmente joven Marco Licinio Craso, el nieto del aliado de Julio César, el Craso que había conducido a su ejército al desastre de Carras en el 53 a. C. Hasta hacía poco, el nieto era un seguidor de Antonio, pero consiguió cambiar su lealtad con éxito. Tanto él como Cicerón fueron a gobernar provincias y durante su período co-

mo gobernador de Macedonia, Craso dirigió una guerra con gran éxito. Los viejos nombres regresaban, pero no era exactamente igual que antes. César fue cónsul por cuarta vez en el 30 a. C. y por quinta en el 29 a. C.

Resulta irónico que Cicerón estuviera ahí para escuchar el suicidio del hombre que había ordenado la muerte de su padre. César se había mostrado de acuerdo con la orden, pero en este caso fue en Antonio sobre quien recayeron más ampliamente las culpas, y no cabe duda de que fue él quien ordenó la exhibición pública de la cabeza y la manos cortadas del orador. Las noticias de Accio habían provocado que el Senado otorgara a César un triunfo, y ahora la muerte de Antonio y Cleopatra, así como la ocupación de Egipto, les llevó a concederle otro. No son sino algunos de los honores vertidos sobre el ausente vencedor. Espolones tomados de los barcos de Antonio fueron erigidos como trofeos en lugares clave del Foro; también se construiría un arco como celebración extra de la victoria, conmemorada también con nuevas fiestas. César fue introducido en las oraciones de todos los sacerdocios romanos, así como en las de las vírgenes vestales, al tiempo que incluso en las comidas privadas había que hacer una libación en su nombre. La rapidez con la que esta última costumbre, evidentemente imposible de hacer cumplir, quedó establecida es otro indicio del desesperado anhelo de paz y de la esperanza de que César la proporcionaría.[314]

Otras votaciones concedieron al vencedor nuevos poderes, incluida algunas formas de responsabilidad jurídica. César rechazó alguno de los honores que se le concedieron y se decía que el más apreciado por él fue un ritual realizado el 11 de enero del 29 a. C. Implicaba el pequeño templo con forma de arco de Jano Gemelo en el Foro. Este antiguo dios de la puerta y la entrada era representado con dos caras, una mirando hacia delante y la otra hacia atrás, y estaba asociado con el comienzo de las cosas, de modo que a menudo era invocado en enero, cuando comen-

zaba el año. Los cortos laterales del templo terminaban en puertas de bronce, que permanecían abiertas siempre que el Estado estaba en guerra. Dado que los romanos estaban casi siempre guerreando con alguien, en alguna parte, las puertas llevaban abiertas muchos años.

Ahora el Senado ordenó una ceremonia en la cual el templo fue cerrado formalmente como un signo de que las victorias de César al final habían restaurado la paz. Anunciaron que tendría lugar un ritual conocido como el *augurium salutis*, aunque puede que no se celebrara hasta el 28 a. C. Solo se celebraba en época de paz y buscaba signos favorables de los dioses de que era apropiado realizar oraciones en favor de la seguridad del pueblo romano. Ambos rituales, de forma muy parecida al rito fetial utilizado para declarar la guerra a Egipto, eran arcaicos, quizá inventados en parte, al menos en lo que respecta a los detalles de la ceremonia. Pese a lo cual, se sumaban al sentimiento de comunión con el pasado, una época de prosperidad y éxito romanos no contaminada por la guerra civil.[315]

Los senadores compartían el deseo de paz de la abrumadora mayoría, hasta tal punto que convenientemente se olvidaron de las campañas en marcha de Hispania y Galia cuando ordenaron que se realizaran los rituales. Si bien había una gran dosis de adulación en la aprobación de estos y otros honores derramados sobre César —del mismo modo que lo hubo cuando el Senado inundó a Julio César con recompensas— también había una genuina esperanza de estabilidad. La idea de un hombre ostentando el poder supremo no podía ser tan chocante en el 29 a. C. como lo había sido veinte años antes, cuando Julio César derrotó a Pompeyo. Entonces muchos aristócratas consideraron intolerable el dominio del dictador. La paz de Julio César tras su victoria final en Hispania en el 45 a. C. demostró ser de corta duración, como los subsiguientes períodos de esperanza en el 40 y el 36 a. C. Si el anhelo de estabilidad era mucho más fuerte que en el pa-

sado, también lo era el conocimiento de que podía terminar siendo fugaz, tanto era lo que dependía del joven César y de lo que hiciera. Por el momento continuó en Oriente, no regresando a Italia hasta finales del verano del 29 a. C. Lo único que los senadores y el resto de la población podían hacer era esperar y tener esperanzas.

EL VENCEDOR

Merece la pena que nos detengamos a considerar qué tipo de hombre era ahora el joven César. Hasta el momento hemos seguido su carrera hasta alcanzar la supremacía. Su ambición estuvo clara desde el principio y su habilidad política —junto a un alto grado de esa buena suerte que los romanos consideraban vital para cualquier hombre de éxito— también era evidente. Es un error exagerar estos rasgos hasta convertirlos en un perfecto sentido de pragmatismo político, o asumir que siempre fue el gran y exitoso estadista en el que se convertiría, con las ideas ya formadas desde los primeros momentos. César había cometido errores, pero también había demostrado buena disposición a aprender de ellos. Como siempre en el mundo antiguo, resulta más sencillo hablar de lo que hizo que comprender su modo de pensar y su carácter.

Podemos entrever algunos detalles del hombre detrás del político y, con seguridad, lo más interesante es el indecentemente apresurado matrimonio con Livia. En parte deja ver la impaciencia de un joven que ha alcanzado gran poder con mucha rapidez. A pesar de lo cual, el matrimonio perduró el resto de su larga vida. En un momento dado, lo más probable en los años 30 a. C., Livia se quedó embarazada. El niño fue un mortinato, quizá porque el parto fue difícil o inusualmente peligroso. Por el motivo que fuera, la pareja nunca tuvo hijos y es más que posible que ella nunca volviera a quedarse embarazada. Los rumores de que César tuvo numerosos *affaires* con otras mujeres, algunas de ellas supuestamente escogidas para él por su esposa, pueden ser o no

un indicio de que encontró la mayoría o todo su placer físico en otras fuentes. Era habitual que los senadores romanos se casaran varias veces, divorciándose de sus esposas cuando estas dejaban de ser convenientes. No obstante lo cual, César no se divorció de Livia, y no había ninguna necesidad política que lo impidiera. Las relaciones de su familia eran buenas, pero no tan importantes como para que un divorcio lo hubiera dañado, y había otras mujeres igual de bien relacionadas. Esto lo que nos habla es de un amor profundo y continuado, así como de respeto mutuo y confianza. En César había más que simple pragmatismo político y será mejor que lo tengamos en mente cuando tracemos la vida de su extensa familia.[316]

Demostró pasión de otro tipo en el evidente placer que obtuvo al dictar penas de muerte en los días de las proscripciones y las victorias en Filipos y Perusia. César era consciente de que era propenso a estallidos de iracunda severidad. Uno de sus tutores, el profesor de retórica griega Atenodoro, le dio este consejo: «Cuando estés enfadado, recita el alfabeto antes de empezar a hablar». Se decía que Mecenas era casi el único capaz de calmar a su amigo cuando estaba de semejante humor y Dion Casio cuenta una historia para demostrarlo: «Mecenas una vez se encontró con él cuando estaba presidiendo un juicio y, viendo que estaba a punto de condenar a mucha gente a muerte, intentó abrirse paso entre los espectadores para acercarse a él. Al no poder conseguirlo, escribió en una tableta: "Levántate al fin, ¡verdugo!"».

Lanzó la tableta al regazo de su amigo, haciendo que César clausurara la sesión sin dictar ninguna sentencia. Dion Casio nos dice que César le agradeció mucho a Mecenas su franqueza al señalarle que su enfado estaba a punto de hacer que cometiera un error. Esto sucedió al principio de su carrera; las victorias sobre Sexto Pompeyo y Antonio se caracterizaron por una mayor predisposición a perdonar a sus enemigos, siguiendo la *clementia* de Julio César. Quizá se tratara de un signo de que se estaba suavi-

zando, si bien nadie sabía si el cambio demostraría ser o no permanente.[317]

A pesar de su rápido y violento acceso al poder, en muchos aspectos el joven César seguía siendo típico de su clase. A algunos historiadores les gusta verlo como una mezcla de las sensibilidades de haber nacido en la nobleza local con los gustos de la elite senatorial; pero esto es en gran parte mera conjetura y hemos de admitir que a menudo resulta complicado conocer la actitud moral, espiritual y política de nadie de fuera del Senado. Está claro que compartía los intereses literarios de la mayoría de la elite romana, haciendo pinitos con la poesía —en ocasiones de una naturaleza realmente obscena— y leyendo muchas obras en griego y latín.[318]

Durante los años 30 a. C., si no antes, mantuvo correspondencia regular con Ático, el compañero de colegio y amigo de toda la vida de Cicerón. Una biografía escrita poco después de la muerte de Ático afirma que cuando estaba en Roma, si no podía visitarlo en persona, César le escribía casi a diario «ora preguntándole algo sobre historia pasada, ora señalándole algún pasaje difícil de los poetas, en ocasiones bromeando e intentando inducirle a escribir cartas más largas». Se trata de temas habituales en las conversaciones de la aristocracia. A pesar de haber decidido no embarcarse en una carrera política y permanecer como ecuestre, Ático era extremadamente rico y estaba mejor conectado todavía, habiendo conseguido estar en buenos términos con casi todas las figuras claves de la vida pública. Evitar la política lo convirtió en un raro superviviente de la generación nacida en torno al cambio de siglo. Pompeyo y Julio César le escribieron con regularidad, lo mismo que Bruto. A pesar de estar cercano a los conspiradores, ayudó y protegió a Fulvia, la esposa de Antonio, cuando este fue condenado en el 44-43 a. C. Después, un agradecido Antonio lo salvó de las proscripciones y también mantuvo correspondencia con él. Ático estaba bien conectado y

era ampliamente admirado y no cabe duda de que mantener amistad con él era una sutil marca de nivel social, pero esto no quiere decir que el interés no fuera genuino por ambas partes. En lo que sin duda fue una buena unión y, ciertamente, un claro signo de cercanía a César, Agripa se casó con la hija de Ático. El matrimonio produjo una hija, Vipsania, que siendo niña fue prometida al hijo mayor de Livia, Tiberio.[319]

Ático escribió varios libros, incluida una celebración del consulado de Cicerón en el 63 a. C., pero más famoso fue su *Liber annalis*, una historia cronológica, especialmente de Roma. Poseía un gran interés por el pasado remoto, el origen de las instituciones, los rituales y las costumbres, así como de los logros de las generaciones pasadas. A veces, él y Cicerón se quedaban sorprendidos ante la ignorancia de sus contemporáneos sobre las carreras y cargos de sus propios antepasados. La fascinación por el pasado era habitual en esta época, tanto por sí misma como quizá para huir de las turbulencias del siglo I a. C. El más industrioso de los eruditos en explorar semejantes temas en esos años fue el polímata Marco Terencio Varrón, si bien la mayoría de sus libros se han perdido, como en el caso de Ático. Los romanos no comenzaron a escribir historia hasta el cambio del siglo III al II a. C. y, aunque había algunas crónicas de tiempos anteriores, eran confusas e incompletas. Así que cuando Julio César afirmó estar imitando la túnica de mangas largas y las botas altas de los reyes de la antigua Alba Longa, nadie podía saber con seguridad si existía una base real para semejante estilo.[320]

Su heredero parece haber tenido un profundo interés en las tradiciones de Roma desde edad muy temprana. Nada induce a pensar que no fuera genuino, aun en el caso de que fuera un entusiasmo útil para cultivar la amistad de Ático y, sin duda, la de otros muchos aristócratas con inclinaciones similares. Políticamente podía suponer una ventaja, aunque resulta difícil decir si cosas como la recuperación del ritual fetial se vio inspirada por

su interés y genuino entusiasmo o fueron símbolos útiles que esos intereses facilitaron adoptar. Ático sugirió otro método de mostrar un merecido respeto por la tradición al animar a César a que restaurara el templo de Júpiter Feretrio. El joven caudillo en persona fue al semiderruido edificio, examinó las reliquias en él conservadas, de algunas de las cuales se decía que tenían varios siglos de antigüedad.[321]

Ático murió en Roma en el 32 a. C., antes de ver el final de la guerra civil. Muy enfermo, decidió dejarse morir de hambre y falleció a la muy avanzada edad de setenta y siete años. Esto significó que no tuvo que elegir entre César y Antonio en la guerra civil, si bien su edad y acostumbrada habilidad para tales cosas le hubieran permitido sobrevivir a la guerra y conservar la amistad de los vencedores sin perder la de los vencidos supervivientes. Agripa lo visitó en sus últimos días y, si bien su funeral fue sencillo, asistieron todos los *boni*. No sabemos si César estuvo presente, pero es muy probable que así fuera de haberse encontrado en Roma en ese momento.[322]

El respeto por la historia y la tradición es un lado más amable del carácter de César, si bien uno del que podían conseguirse ventajas políticas. No nos da muchas pistas sobre su posible comportamiento cuando finalmente retornó a Roma. De momento, de lo que no cabía ninguna duda era de su abrumador poder militar. En el año 30 a. C. César mandaba en torno a sesenta legiones, más incluso que Julio César en el cenit de su poder. En el inmediato futuro no había nada que le impidiera hacer lo que deseara, de modo que el Senado y todos los demás lo alabaron y esperaron la paz. Las oraciones y ofrendas por su salud muy bien pueden haber sido genuinas. De sucumbir a uno de los episodios de enfermedad que lo afligían de forma periódica, seguramente el resultado habría sido más caos cuando aparecieran nuevos líderes que lucharían entre ellos para ocupar el vacío de poder resultante. Les gustara César o no, todos sabían que por el mo-

mento el futuro dependía de él, de modo que esperaron a que regresara y revelara sus planes.

EL REGRESO

La espera demostró ser larga, pues pasó todo un año tras los suicidios de Antonio y Cleopatra antes de que César regresara a Italia. Permaneció en Egipto varios meses, pues había mucho que hacer allí. La necesidad más urgente era el dinero, un problema cuya importancia se hizo patente en Italia con los altercados entre las legiones de la península en los meses posteriores a Accio. César pretendía dar a sus hombres —y a los de Antonio que habían desertado— las prometidas granjas sin causar demasiados problemas a las comunidades de Italia. Se compraría la tierra allí donde fuera posible e incluso cuando hubiera confiscaciones, los dueños serían compensados con dinero o se les darían nuevas tierras, por lo general en las provincias. Todo ello requería un amplio fondo de efectivo. Los desesperados intentos de Cleopatra por acumular la riqueza del reino mientras tuvo esperanzas de escapar o conseguir un acuerdo fueron un buen comienzo, pero se necesitaba extraerles más a las diferentes comunidades.

Hacía mucho que la excepcional productividad agrícola y las florecientes rutas comerciales de Egipto excitaban la codicia romana y la anexión del reino como provincia solo fue evitada por los celos de los políticos, en modo alguno dispuestos a dejar que un senador rival se aprovechara del proceso. La supremacía de César eliminó ese obstáculo y ahora el país iba a pasar a formar parte del Imperio romano. Quedaría acantonada allí una guarnición de tres legiones y auxiliares, si bien como las tropas romanas llevaban presentes allí desde el 58 a. C. esto en sí no suponía un gran cambio. La imposición de un gobernador romano era algo nuevo y cuando César abandonara el país este hombre tendría plena autoridad civil y militar, haciéndose cargo del sistema administrativo de los Ptolomeos.

El primer gobernador fue Cayo Cornelio Galo, que tuvo un papel decisivo en el ataque contra Antonio y Cleopatra. Galo era un hombre muy cultivado, ampliamente respetado como poeta y que había estado en buenos términos tanto con Cicerón como con Ático. Es probable que tuviera treinta y pocos años, pero eso no era nada excepcional en esta época de jóvenes ambiciosos. Más sorprendente resulta que era un ecuestre y, por los motivos que fueran, no hubiera sido elegido para el sobredimensionado Senado como recompensa por su lealtad. Todos sus sucesores como gobernadores (en este caso el cargo se llamada *praefectus*) también fueron ecuestres y, con el tiempo, César prohibió formalmente a cualquier senador que visitara Egipto. No se puede saber si desde siempre tuvo esta idea en la cabeza o si la lealtad y el talento de Galo fueron más importantes en la elección que su posición social. César se hizo con sustanciales haciendas en Egipto, pero es una exageración afirmar que la provincia poco menos que era su propiedad privada. En otras provincias también había haciendas imperiales.[323]

A su debido momento, los hombres de Galo se desplegarían para encargarse de las rebeliones surgidas en la Tebaida, el antiguo Alto Egipto. La agitación quizá fuera un signo de remanente lealtad a los Ptolomeos, de resentimiento contra los recién llegados conquistadores o, sencillamente, estuvo causada por los nuevos impuestos aplicados a la fuerza por los romanos… o quizá una combinación de las tres. Los problemas se terminaron rápidamente. No obstante, antes de embarcarse en esas operaciones, César puso a sus legionarios a reparar y mejorar el sistema de irrigación que ayudaba a controlar el agua de la inundación anual y así conseguir lo mejor de la generosidad del Nilo. En el cenit de su poder, los Ptolomeos habían cuidado mucho esos canales y fosas de drenaje, pero en los últimos años se habían abandonado mientras la familia gastaba sus energías peleándose por el trono. Las afirmaciones modernas de que Egipto prosperó bajo

Cleopatra obvian los largos períodos de caos y turbulencias durante su reinado, lo que claramente significa que los soldados de César tuvieron mucho trabajo que hacer. El motivo no era el altruismo. César quería que la nueva provincia produjera un flujo fiable de grano y otros ingresos como un recurso romano permanente.[324]

El tiempo pasado en Egipto no estuvo dedicado solo al trabajo. César realizó una muy publicitada visita a la tumba de Alejandro Magno, cuyo cortejo funerario fue interceptado en su camino hacia Macedonia y llevado a Egipto por el primero de los Ptolomeos. Finalmente, acabó instalado en una gran tumba, conocida como el *sema* o el *soma*, en Alejandría. Originalmente el sarcófago era de oro, hasta que un Ptolomeo empobrecido hizo que lo fundieran y lo reemplazó por uno de cristal.[325]

Alejandro era de lejos el mayor héroe del que se tenía constancia documentada. Pompeyo había cultivado la imagen del Alejandro romano, mientras que del maduro Julio César se dijo que sollozó al encontrarse con un busto del gran conquistador, lamentando el hecho de que en comparación había conseguido muy poco en su vida. Los paralelos con César —joven, de incansable energía y milagrosamente exitoso— eran evidentes y no se trataba de una coincidencia que muchas de sus imágenes de este período lleven el cabello arreglado como el del gran rey macedonio. Decidió ver los restos del gran conquistador e hizo que los sacaran de su tumba, adornando el cadáver con flores y depositando sobre él una corona de oro. Quizá se dejó llevar por el entusiasmo, porque cuando estiró el brazo para tocarle la cara, accidentalmente rompió un pedazo de la nariz del cadáver.[326]

César había tocado el pasado y, si bien era demasiado enérgico, quizá parte del espíritu del héroe había cortado el nudo gordiano de su impaciencia. Su propia y grandiosa tumba se estaba construyendo en el Campo de Marte, fuera de los límites formales de Roma. La escala del monumento, y la consciente asocia-

ción con Alejandro Magno, demostraban que en este momento de su vida no tenía ningún deseo de esconder su poder. Mientras estaba en Alejandría, César también dio órdenes para que Antonio y Cleopatra fueran enterrados en la tumba que ella había preparado. El gesto era generoso, al tiempo que recordaba a todos que ahí había un romano que había abandonado la lealtad a su propio país y deseaba ser enterrado fuera de sus fronteras junto a su amante extranjera. Al tiempo que el Senado en Roma derramaba honores sobre César, también hacía derribar las estatuas y monumentos de Antonio e incluso daba órdenes a su familia para que nunca volvieran a utilizar el nombre de Marco Antonio. No se trataba tanto de un esfuerzo por borrarlo de la historia como de asegurar una permanente y bien recordada desgracia.[327]

Tras abandonar Egipto, César se trasladó a Siria. Como en su anterior y breve visita, se encontró con la necesidad de confirmar las disposiciones tomadas para la administración del Mediterráneo oriental. Aquí, al igual que en Roma e Italia, tras veinte años de invasiones partas y de verse obligados a financiar las guerras civiles romanas, los soberanos y comunidades querían estabilidad y continuidad más que ninguna otra cosa. Algunos reyes clientes fueron reemplazados, mientras que algunas comunidades consiguieron privilegios y otras los perdieron. Este rápido resumen no deja ver las largas y laboriosas rondas de peticiones, delegaciones y reuniones en las que César tomó parte y luego anunció sus decisiones. Si mostraba generosidad fomentaba la lealtad. Nadie en la zona tuvo ninguna posibilidad real de elegir si apoyaba o no a Antonio, o antes que él a Bruto y Casio y todos los demás.[328]

Después de Filipo, Antonio escribió al gran sacerdote y rey judío Hircano, diciéndole que Bruto y Casio no habían tenido autoridad legítima, que su brutalidad era una ofensa contra los dioses y que su derrota le proporcionaba la posibilidad de «hacer

que nuestros aliados participen también de la paz traída por los dioses; y así, gracias a nuestra victoria, el cuerpo de Asia se recupera como si fuera de una seria enfermedad». El mismo sentimiento de alivio se fomentaba ahora. La guerra había terminado y había ganado el bando adecuado, permitiendo recompensas concretas a las comunidades cuyos ciudadanos habían combatido para César. Al igual que con los pasados conquistadores, las comunidades estaban ansiosas por hacer gala de su lealtad adorando al propio líder romano. A Éfeso y Nicea se les permitió erigir templos al divino Julio y a la diosa Roma. A los ciudadanos romanos se les dijo que restringieran su adoración a estas deidades, pero a los provinciales se les concedió permiso para ofrecer a César honores divinos, de tal modo que se crearon grandes santuarios en Pérgamo (en la provincia de Asia) y en Nicomedia (en la provincia de Bitinia). Se trataba de una distinción que perduraría durante siglos.[329]

Al final, resultó mucho más sencillo y práctico cambiar lo menos posible, manteniendo las cosas como estaban y confirmando el poder de la mayoría de los soberanos clientes. Por sí solo, era probable que ello le ganara la gratitud de unos hombres desesperados por la aceptación del nuevo régimen. A largo plazo la estabilidad se necesitaba para que la región se recuperara y fuera de nuevo plenamente provechosa para los romanos. A corto plazo, como en Egipto, los soberanos y líderes de las ciudades ansiosos por conseguir el favor de César le llevaron con entusiasmo regalos, con lo que se incrementó su ahora muy pudiente posición financiera. En el transcurso de un único año, César pasó de estar desesperadamente necesitado de dinero a disfrutar de un vasto excedente. Cuando regresó, las tasas de interés descendieron de forma dramática —Dion Casio dice que desde el doce por ciento al cuatro por ciento— tanto fue el efectivo que se inyectó en la economía.[330]

Conocemos la mayoría de los esfuerzos de Herodes en Judea por conseguir el apoyo permanente de César. Tras aparecer como un suplicante, fue confirmado como rey antes de la invasión de Egipto, durante la cual se unió a César y le proporcionó suministros y dinero para el ejército. Otra visita y más regalos siguieron cuando César dejó Egipto, a cambio de lo cual recuperó territorios que Antonio le había quitado para entregárselos a Cleopatra. La guardia personal de la reina, compuesta por varios centenares de galos —otro regalo de Antonio— también fue ofrecida por César al rey de Judea. A pesar de lo cual, el nerviosismo y la creciente paranoia de Herodes quedan demostrados por las instrucciones que había dejado. Su esposa Mariamma, nieta de Hircano y por tanto de genuina sangre real, al contrario que Herodes, de Idumea, fue enviada junto a su madre a una fortaleza para esperar su regreso de su primer y nervioso viaje hasta César. Aparentemente para su protección, dejó instrucciones de que su esposa fuera asesinada si no conseguía su favor y no regresaba. Su madre y su hermana, cuyo odio por la esposa y su suegra era tan evidente como ampliamente correspondido, fueron instaladas en la fortaleza de Massada porque ninguna de las facciones soportaba vivir cerca de la otra.

Herodes regresó con éxito, pero su esposa no quedó muy impresionada al enterarse de sus órdenes secretas, incapaz de verlas —como él quería— como una muestra de una pasión tan ferviente que no podía soportar el pensamiento de que nadie más la tuviera. Dado que se tenían muchas sospechas de que fue Herodes quien dispuso el «accidente» en el que el hermano de su esposa se ahogó varios años antes, una relación que llevaba mucho tiempo siendo incómoda empeoró. Hubo acusaciones de una conjura para envenenar al rey, apoyadas al final por la propia madre de la reina, quien había decidido que su hija estaba ya condenada. Mariamma fue ejecutada en el 29 a. C. En un momento dado —lo más probable que en el 30 a. C.— también mató al

abuelo de su esposa, el entrado en años Hicarno, a quien seguía considerando una amenaza a pesar de que llevaba mucho tiempo mutilado y, por lo tanto, estar incapacitado para ser sacerdote o rey. El anciano, prisionero de los partos durante varios años, fue acusado de negociar con el imperio oriental y condenado.[331]

Con gran alivio de César, en ese momento los partos estaban ocupados en su propia guerra civil entre los diferentes miembros de la familia real, que luchaban por el poder. Por el momento no había ninguna perspectiva de ataque contra las provincias romanas. Poetas como Horacio hablaban de la necesidad de vengar las vidas y los preciosos estandartes perdidos en Carras, así como la gran derrota de Antonio, pero César todavía no estaba de humor para satisfacer tales opiniones. La invasión de Partia era una perspectiva sobrecogedora. Como mínimo, la victoria tardaría años en conseguirse y cualquier traspiés haría añicos su reputación, igual que había hecho con la de Antonio. Además, no estaba claro que las provincias orientales estuvieran lo suficientemente recuperadas como para financiar, proporcionar suministros y apoyo a un conflicto de tales dimensiones; sin contar con que César no tenía ninguna prisa en pasarse tanto tiempo tan lejos de Roma en una empresa tan difícil. En vez de ello, permitió que un derrotado hermano del rey viviera en Siria. Al mismo tiempo, garantías de amistad fueron ofrecidas por parte del ganador, el rey Fraates IV, quien envió a uno de sus numerosos hijos como rehén a Roma. Este éxito diplomático fue saludado como una gran victoria.[332]

Con las provincias orientales organizadas y seguras por el momento, además de sus cofres repletos con los recientes impuestos de Egipto y las demás provincias y reinos orientales, César comenzó su regreso a Italia en el verano del 29 a. C., deteniéndose de camino para recorrer Grecia. La bienvenida que recibió en Italia fue entusiasta, a lo cual ayudó su generosidad. Las comunidades de Italia le ofrecieron las convencionales coronas de oro

otorgadas a un vencedor, si bien el premio era nominal y desde hacía mucho se había vuelto costumbre entregar una suma equivalente de oro. Con sus cuantiosas deudas ya pagadas y sus gastos solucionados, todavía le quedaba un inmenso excedente, de modo que César anunció que no aceptaría las coronas. También había rechazado la orden del Senado de que todas las clases y todos los sacerdocios, incluidas la vírgenes vestales, lo recibieran cuando se acercara a la ciudad. El templo de Vesta y su llama sagrada no podían quedar desatendidos, de modo que las vestales no fueron. Incluso sin orden formal, todos los cultos principales y muchas personas realizaron sacrificios públicos para agradecer a los dioses su regreso y una gran muchedumbre esperaba voluntariamente para aclamarlo.[333]

La gente que lo recibió no fue mantenida a raya, de modo que no fueron solo los más distinguidos los que pudieron acercarse a César. Un hombre que se aproximó al victorioso caudillo llevaba un cuervo en el brazo al que había entrenado para que dijera: «¡Salve César, *victor imperator*!». Impresionado y halagado, César compró el pájaro por 5000 denarios. No mucho después se le acercó otro hombre. Esta vez se trataba del socio de negocios del amaestrador de pájaros, que estaba enfadado porque no había recibido su parte del dinero. Afirmaba que había una segunda ave, y no tardó en regresar con otro cuervo. El grito de este era el menos apropiado de: «¡Salve Antonio, *victor imperator*!». Divertido, más que enfadado, César ordenó al primer hombre que compartiera los 5000 denarios con su socio. Es indudable que, de haber ganado Antonio, una similar muchedumbre de vitoreantes ciudadanos habría estado allí para recibirlo. La principal causa de alegría era sencillamente que la última guerra civil había terminado y existía la posibilidad de que esta victoria trajera una paz duradera. Las noticias de la generosidad del vencedor llevaron a alguien a presentarle una urraca amaestrada para decir la misma frase, que César compró como correspondía. Ello animó a un

arruinado zapatero a conseguir otro cuervo e intentar enseñarlo. Todos sus esfuerzos fracasaron, hasta que el pájaro comenzó a copiar los exasperados gritos de su amo: «Todo mi trabajo y mi dinero desperdiciados». Se supone que César escuchó graznar a la criatura entre la muchedumbre de espectadores deseosos por recibir su atención. Muy divertido, compró el pájaro por una suma todavía mayor que los 5000 denarios del primero.[334]

El 13 de agosto del 29 a. C. el joven César celebró al fin el triunfo que se le había concedido en el 34 a. C. por sus campañas contra los ilirios. Al día siguiente se celebró otro triunfo, esta vez por la victoria en Accio y en el cual se incluyeron los espolones tomados de las proas de los navíos de guerra enemigos, así como las habituales armas, cautivos y carrozas con escenas pintadas de la guerra. Los desfiles fueron espectaculares, con el botín de Egipto siendo mostrado generosamente ambos días. El 15 de agosto siguió un tercer triunfo, esta vez formalmente por la conquista de Egipto y fue, sin duda, el más espléndido de todos. Los Ptolomeos eran conocidos por sus elaboradas y caras ceremonias y procesiones, en las que todo era de oro o metales preciosos, incrustado con gemas y envuelto en sedas del Lejano Oriente, unas galas que ahora desfilaron por Roma. Entre los trofeos de este último día se encontraban los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene, que apenas habían cumplido diez años. Su madre apareció en efigie y también en al menos un cuadro, que la mostraba sujetando una serpiente mientras se preparaba para suicidarse. Otros siete reyes y príncipes, o sus hijos, fueron exhibidos por el corazón de la ciudad a lo largo de los tres días, incluido el soberano de Galacia y otros aliados de Antonio. Unos cuantos fueron ejecutados, si bien la mayoría fueron perdonados.[335]

Parece que el propio César no tomó parte hasta el tercer triunfo; solo entonces entró en la ciudad y recorrió montado en carro la vía Sacra, vestido con las ropas púrpuras de un general triunfante y con la cara pintada de rojo. El carro era arrastrado

por cuatro caballos, como era habitual. En el caballo guía de la izquierda iba montado el hijo de Livia, Tiberio Claudio Nerón, mientras que el de la derecha —considerado siempre como el lugar de mayor honor— iba montado por el hijo de Octavia, Marco Claudio Marcelo. Ambos tenían once años de edad y era habitual que los hijos y familiares de los generales triunfantes tomaran parte en la procesión, de modo que en el gesto no había nada dinástico. Tras el carro iban, no solo los senadores que habían servido en la campaña, como era costumbre, sino también el colega cónsul de César y otros muchos magistrados de ese año. Era más habitual que estos lideraran la procesión y quizá el gesto pretendía enfatizar la participación de todo el Estado en la victoria.[336]

A menos de un mes de su trigésimo cuarto cumpleaños, César había regresado a Roma. Cónsul por quinta vez, comenzaría su sexto consulado el 1 de enero del 28 a. C., esta vez con Agripa como colega. El Senado les concedió el poder —aunque no el cargo— de los censores y su declarada intención era la de llevar a cabo el primer censo formal del cuerpo de la ciudadanía desde el 70 a. C. Sus planes generales eran más difíciles de juzgar. Por el momento César había derrotado a todos sus rivales. Faltaba por ver si la victoria en esta última guerra civil realmente traería una paz duradera.[337]

CUARTA PARTE

EMPERADOR CÉSAR AUGUSTO, «DIVI FILIUS»

27-2 A.C.

Por este servicio se me concedió el nombre de Augusto mediante una votación en el Senado.

Las obras del divino Augusto, 34[338]★

XII

RENOVACIÓN Y RESTAURACIÓN

En mi sexto y séptimo consulados, cuando hube extinguido las llamas de la guerra civil, tras haber recibido por consentimiento universal el control absoluto de los asuntos, transferí la res publica *desde mi control al de la voluntad del Senado y el pueblo de Roma.*

Las obras del divino Augusto[339]

La antigua y tradicional forma de la res publica *fue restaurada.*

VELEYO PATÉRCULO, comienzos del siglo I d. C.[340]

Agosto del 29 a. C. fue un momento de grandes celebraciones y derroche. César dio cien denarios (400 sextercios) a todos los ciudadanos adultos varones y luego amplió la generosidad a los chicos, esta vez en nombre de su sobrino Marcelo. Todo ello anunciado como su parte del «botín de guerra». Al mismo tiempo, un regalo de 1000 sextercios por cabeza fue a parar a los aproximadamente 120 000 veteranos asentados en las colonias en Italia y fuera de ella. Los veteranos de Sila habían recibido escasa atención una vez se asentaron en granjas y, en los años siguientes, muchos las vendieron o quedaron endeudados, de modo que se convirtieron en una fuente de apoyo militar para hombres como Catilina. César había asegurado a muchos más soldados y estaba decidido a que no fueran motivo de futuros desórdenes. Es poco probable que se olvidara de los soldados en acti-

vo, si bien ninguna fuente menciona la suma que se les entregó. Agripa y otros oficiales recibieron condecoraciones por la parte que tuvieron en las victorias.[341]

Poco después del triunfo egipcio, se realizaron ceremonias para dedicar dos nuevos monumentos a la victoria y la gloria de la familia de César. En el 42 a. C. los triunviros habían anunciado la construcción de un templo para el divino Julio cerca del punto, en el extremo sur del Foro, donde el dictador fue incinerado, que fue terminado y formalmente inaugurado el 18 de agosto del 29 a. C. Los restos visibles hoy día son todo lo que queda tras haber sido utilizado como material de construcción durante el Renacimiento y apenas permiten hacerse una idea de su esplendor original. Anexa al santuario había una nueva plataforma para oradores, la Rostra Julia, que miraba a través del Foro a la Rostra principal. En el 29 a. C. ambas fueron decoradas con espolones tomados de los navíos de Antonio y el propio santuario recibió muchos de los trofeos desplegados durante los tres triunfos.

Cerca de la Rostra principal se encontraban la Casa del Senado, la Curia Julia. Julio César había comenzado los trabajos en este edificio, al que había trasladado desde su emplazamiento original para que comunicara el Foro Romano con su planeado Foro Julio. El edificio actual data del siglo III d. C., pero utiliza los cimientos de la Curia Julia y probablemente se ajuste básicamente a su forma y tamaño. Originalmente contaba con una columnata en el frontal y el elevado tejado —el actual tiene 31,7 metros de altura, probablemente similar al original— estaba coronado por una Victoria alada sobre un globo. En el interior había otra estatua de la diosa Victoria, esta tomada de la ciudad griega de Tarento en el sur de Italia tras su conquista en el siglo III a. C. Estaba rodeada por una selección del florido botín de Egipto. También había una estatua de Venus, antepasada de la fa-

milia Julia, hecha por el escultor Apeles y comprada por Julio César.[342]

Junto a las ceremonias y triunfos tradicionales hubo grandes divertimientos públicos para cautivar a los habitantes de la ciudad. Cazadores profesionales mataron a toda una variedad de animales feroces y exóticos en una serie de peleas con fieras en las que, por primera vez, un rinoceronte y un hipopótamo fueron presentados al público romano y muertos para su diversión. Concursos atléticos y de otros tipos fueron realizados para conmemorar la dedicación del templo del divino Julio, con niños patricios montando en los competitivos y a menudo peligrosos Juegos Troyanos, cuyo nombre y supuestos orígenes volvían a invocar el lejano pasado y los orígenes de la familia Julia. Incluían carreras a caballo —en algunas de las cuales el jinete dirigía un par de monturas—, así como de carros. Se presentaron varios juegos de gladiadores, cuya antigua asociación con los ritos funerarios se había olvidado prácticamente. Estatilio Tauro inauguró su recién construido anfiteatro de piedra —el primero en ser erigido en Roma— con una serie de luchas. Era uno de los más fiables subordinados de César y financió el monumento con los beneficios de su triunfo africano en el 34 a. C. Los juegos fueron un éxito, tanto que un voto popular concedió a Tauro el derecho a nombrar un pretor para cada año.

El propio César organizó luchas de gladiadores por esas mismas fechas, incluida una multitudinaria batalla entre cautivos, que supuestamente enfrentó a suevos germanos contra dacios balcánicos. También hubo luchas por parejas o individuales; en estas últimas participó el senador Quinto Vitelio, que luchaba voluntariamente por el mero *glamour* del asunto. No todas las luchas de gladiadores eran a muerte. En algunas se utilizaban armas romas y otras se decidían a los puntos, como en un asalto de esgrima moderno. Seguía existiendo un elemento de peligro, pero muchos aristócratas estaban obsesionados con las armas y la ha-

bilidad para usarlas, de modo que en ocasiones se mostraban entusiasmados por participar. Los juegos duraron muchos días y continuaron incluso cuando César cayó enfermo y fue incapaz de asistir a ellos.[343]

UN NUEVO COMIENZO

El 1 de enero del 28 a. C., César comenzó su sexto consulado. En las dos últimas ocasiones se había encontrado lejos de Roma el primer día del año, pero esta vez estaba en la ciudad y pudo realizar las ceremonias tradicionales. Era un signo de que este año iba a ser diferente. Durante el triunvirato se nombraban cónsules y todos los años dimitían y eran reemplazados por cónsules sufectos, más notoriamente cuando César y Antonio habían mantenido la magistratura durante solo un día. Era un buen modo de recompensar a sus muchos seguidores, pero disminuía la dignidad del cargo. Los tiempos habían cambiado y este año César y su elegido colega, Agripa, servirían hasta el 31 de diciembre, cuando abandonaron formalmente el cargo, realizando un antiguo juramento en el que afirmaban no haber hecho nada contrario a las leyes y haber servido al Estado dando lo mejor de ellos.

Tradicionalmente, los cónsules se alternaban la precedencia cada mes. Durante el triunvirato eso se olvidó, al menos en los años en los que uno de los triunviros era cónsul. En el 28 a. C. César revivió la costumbre adecuada y, tras tomar la precedencia en enero como cónsul principal, la cedió a Agripa en febrero. El cambio quedaba simbolizado por el comportamiento de sus ayudantes. En enero los doce lictores iban por delante de César, abriéndole camino. Cada uno de ellos llevaba el *fasces* completo. Como triunviros, César y sus colegas siempre habían sido precedidos por sus lictores (si bien ha habido discusiones al respecto de si cada uno tenía veinticuatro, como un dictador, o los doce habituales de un cónsul). En febrero, y en cada uno de los meses siguientes en los que la precedencia pasó a su colega, sus lictores

seguían llevando una versión del *fasces* que era claramente distinta en aspecto, si bien ahora los detalles se nos escapan. El cambio demostraba respeto, no solo por su colega, sino por el propio cargo. Del mismo modo, se acabó con la masa de pretoriados repartidos durante la década anterior; este año y los siguientes solo habría ocho o diez pretores.[344]

El propio Senado también fue reformado y convertido en más respetable. Julio César había incluido a muchos senadores, en especial ciudadanos romanos de las Galias, lo que provocó bromas sobre gente que se quitaba los pantalones para ponerse una toga y que no encontraba el camino hacia la Casa del Senado. Añadió a muchos más miembros pertenecientes a las aristocracias locales de las ciudades de Italia y, a pesar de las pérdidas durante la guerra civil del 49-45 a. C., el Senado creció en vez de menguar. En la confusión que siguió a la muerte del dictador y durante el gobierno del triunvirato, la expansión fue más rápida incluso, al quedar atiborrado con sus partidarios, hasta sumar más de mil miembros. Era una época en la que un esclavo huido podía convertirse en pretor y los sobornos ayudar a un hombre a llegar más alto de lo que le hubiera sido posible en el pasado.[345]

César y Agripa ostentaban el poder de los censores y comenzaron el proceso de realizar el primer censo, o *lustrum*, de los romanos en más de cuarenta años. Desde el 71 a. C., los censores elegidos cada cinco años habían sido incapaces de completar este aspecto esencial de su cargo. Cuando la tarea estuvo terminada, se habían registrado un total de 4.063 000 ciudadanos, junto con su riqueza y categoría social. Era una cifra cuatro veces mayor que el número que aparecía en el último censo completado. Como parte del proceso, los cónsules redujeron el tamaño del Senado. No parece que se tratara con ello de expulsar a los antonianos recalcitrantes u otros hostiles a César. Anunciaron su intención de devolverle al Senado su antiguo prestigio y César dio un discurso invitando a todos los senadores a mirar su propia repu-

tación, riqueza y antepasados para decidir si realmente eran dignos de pertenecer al cuerpo más prestigioso de Roma. Unas cincuenta personas renunciaron voluntariamente en los días siguientes y otras 140 fueron sacadas de las listas del Senado por decisión de los dos cónsules. Todas regresaron a la vida privada, pero se les permitió conservar el privilegio del vestido senatorial y el derecho a sentarse en los sitios reservados para los senadores en los juegos o entretenimientos públicos. Uno de los sacados de la lista era un tribuno del pueblo, que fue desposeído de su cargo al mismo tiempo.

Solo los nombres de quienes fueron expulsados formalmente se colgaron en público, a modo de tibia reprimenda por no haber dimitido. Suetonio recoge la historia de que, en la reunión en la que esos hombres fueron expulsados, César llevaba espada y una coraza de cuero bajo la toga —igual que hiciera Cicerón en las elecciones del 63 a. C.— y que se rodeó de diez fornidos amigos de entre los restantes senadores. Si fue así, no se produjeron problemas ni entonces ni después. Quizá la historia sea una invención, si bien hemos de mostrarnos cautelosos antes de asumir que el nerviosismo de las décadas pasadas ya había desaparecido. Puede que se trate solo de un recuerdo del destino de Julio César y un claro indicio de que, a pesar de toda su generosidad, su heredero no pensaba ser víctima de una conjura similar. No obstante, en otros aspectos, el Senado como cuerpo y los senadores como individuos fueron tratados con escrupuloso respeto. En el 29 a. C. César había recibido y utilizado el poder de crear nuevos patricios. Se pretendía que el nuevo, y más pequeño, Senado —pese a lo cual seguía siendo mucho mayor que los 600 del Senado de Sila y de los 300 que eran normales antes de la dictadura de este— recuperara gran parte de su antigua dignidad y se adornara con nombres famosos de familias de gran prestigio. El primer miembro que aparecía en la lista del Senado, el *princeps*

senatus, quien disfrutaba de un considerable prestigio, pero poco poder formal, era el propio César.[346]

En el 28 a. C., tres senadores celebraron triunfos: uno en mayo por una victoria en Hispania, otro en junio por una en la Galia y el último en octubre por una en África. Los triunviros fueron espléndidos con los triunfos otorgados a sus seguidores, a menudo con los menores pretextos, haciendo que el rechazo de Agripa a aceptar semejante honor por victorias genuinas fuera todavía más sorprendente. A pesar de lo cual, era bueno celebrar victorias sobre enemigos extranjeros y en modo alguno esas procesiones individuales compitieron con la celebración de las victorias de César. Nadie podía competir con su prestigio o con el oro de Egipto y, menos aún organizar tres triunfos en días consecutivos. En toda la historia de Roma, Rómulo y Pompeyo eran las otras dos únicas personas en haber conseguido tres triunfos. Julio César había tenido cuatro en total, pero como su hijo adoptivo podía presumir también de dos ovaciones y podía afirmar que había igualado e incluso sobrepasado a su padre. Es poco probable que nadie pensara en semejantes cosas, pues estaba claro que el heredero se había mostrado digno del prestigio de sus antepasados, incluido el divino Julio. El chico que antaño «lo debía todo a un nombre» había conseguido victorias a la mayor de las escalas. Al menos por el momento, César destacaba sobre los demás senadores.[347]

Durante esos años tuvo el rango y el prestigio del consulado. El triunvirato había terminado formalmente y habían pasado años desde que utilizara el título. No obstante, es muy posible que los poderes que se le habían concedido en el 43 a. C. continuaran hasta que fueron declinados formalmente, añadiendo así una base legal adicional a su posición. El título completo de los triunviros los calificaba de comité de tres «para restaurar la mancomunidad (o el Estado)»: *rei publicae constituendae*. Antonio habló de renunciar formalmente y antes de la guerra civil desafió a Cé-

sar a que hiciera lo mismo, anunciando luego que renunciaría a su propio poder una vez hubiera vencido. Devolverle la estabilidad al Estado estaba ligado a la promesa de una paz permanente. Escribiendo más de un siglo después, Tácito caracterizaría los años de guerra civil y el triunvirato como una era en la que no hubo «ni leyes, ni costumbres». Las instituciones básicas habían dejado de funcionar y fueron reemplazadas por un poder arbitrario.[348]

En el 28 a. C., César nombró *praetor urbanus* a uno de los pretores, con responsabilidades específicas para la ciudad de Roma, incluida la de supervisar los principales tribunales. Parece que hacía cierto tiempo que nadie había sido nombrado para este prestigioso cargo y, de hecho, no hay pruebas de que los tradicionales tribunales permanentes *(quaestiones)* hubieran funcionado durante el triunvirato. Los conspiradores y el resto de sus enemigos fueron juzgados en tribunales creados especialmente, que operaban con rapidez y obtenían el resultado deseado. Tradicionalmente, el nombramiento para este puesto se decidía echándolo a suertes, si bien Julio César había elegido al pretor urbano —escogiendo a Bruto sobre Casio para el año 44 a. C.— y puede que la elección de un candidato adecuado ya no se considerara como ofensiva. Una moneda de oro acuñada en el 28 a. C. lleva la leyenda: «Él restauró las leyes y derechos del pueblo romano» *(Leges et iura P[opulo] R[omano] restituit)*. La cara de César aparece en la moneda llevando una corona de laurel, mientras que en el reverso aparece representado sentado en la silla de un magistrado, la silla curul del cónsul. A nadie le quedaba dudas de a quién se refería con «él».[349]

Además de restablecer los tribunales, se anunció que se reanudarían las elecciones, utilizando la muy renovada y reconstruida Saepta, comenzada por el dictador y completada por Agripa. El pueblo romano podía reunirse en «rediles» decorados con mármol y obras de arte y esperar protegidos del sol por toldos. Este

final al nombramiento de magistrados puede no haberse iniciado hasta el otoño del 27 a. C., pero también es posible que comenzara el año anterior. Dion Casio cuenta que en el 28 a. C. César devolvió el control del tesoro del Estado a un par de funcionarios elegidos entre los antiguos pretores. Se cancelaron muchas deudas de particulares para con el Estado, pero aun así el Tesoro estaba en buena forma, tras haberle sido transferido sustanciales cantidades de la riqueza traída de Egipto y las provincias orientales después de Accio. La estabilidad en las provincias y reinos aliados prometía la llegada de unos ingresos regulares para los años venideros.[350]

Junto a la recuperación de instituciones tradicionales —si bien en ocasiones modificadas— se produjo una renovación física de la propia ciudad de Roma, pues la actividad constructiva de finales de los años 30 a. C. continuó y se intensificó. En el 28 a. C. el propio César respondió a una petición del Senado y ordenó la restauración de ochenta y dos templos dentro de la propia Roma. Muchos eran pequeños y en la mayoría de los casos sus estructuras respondían a los sencillos diseños tradicionales, más que a los más grandiosos estilos de la era moderna. La renovación estructural fue acompañada por una cuidadosa vuelta a los antiguos rituales realizados en cada uno de ellos. La *pietas* era una virtud central en el sentido de la identidad romana y la negligencia a la hora de mostrarle la debida reverencia a los antiguos dioses de los romanos era sintomática del declive moral de las últimas generaciones, tan evidente en las décadas de discordia y violencia. Las explicaciones morales de los trastornos eran algo natural para el modo de pensar romano, de modo que la restauración debía implicar cambios en el comportamiento, la conducta y la reafirmación de una buena relación con los dioses que habían guiado a Roma hasta la grandeza. Al mismo tiempo, se prohibió el egipcio culto a Isis en la propia ciudad. Este espíritu

de recuperación religiosa fue estrictamente tradicional y estuvo dirigido por el propio César.

La reparación y restauración de los templos fue en paralelo a la continua construcción de grandes proyectos en el corazón de la ciudad y fuera, en el Campo de Marte. Agripa se mantuvo ocupado y los senadores que habían triunfado continuaron transformando parte de su botín en monumentos. Todo ello proporcionó un montón de trabajo bien pagado a miles —quizá decenas de miles— de las personas que vivían en Roma. En el 28 a. C., César también entregó el cuádruple de la cantidad normal de grano a los ciudadanos elegibles para ese reparto por parte del Estado. Un intento de disponer la distribución de tal modo que no interfiriera con el trabajo demostró ser ineficaz, pero demuestra lo importante que fue en esos años la creación de trabajos gracias a los grandes proyectos constructivos. La combinación de buenas oportunidades de trabajo y alguna ayuda estatal ayudó a propagar la confianza de que un hombre podía alimentarse a sí mismo y a su familia, dejado a pocos inclinados al motín.[351]

En septiembre se celebraron por primera vez los Juegos Accianos, que duraron varios días y proporcionaron otro recordatorio de la victoria y la paz que esta había traído. Hubo competiciones atléticas en un estadio temporal de madera erigido en el Campo de Marte. Muchos de los participantes fueron escogidos de entre familias distinguidas y compitieron en diferentes eventos para conmemorar la gran victoria de César. Al menos un día estuvo dedicado a luchas de gladiadores entre prisioneros de guerra extranjeros. Durante el trascurso de la fiesta, César volvió a ponerse enfermo, siendo incapaz de asistir el resto de los días. Agripa ocupó su lugar y, como siempre, actuó de un modo que quedaba claro que todo el mérito debía serle otorgado a su líder, quien había pagado la fiesta.[352]

Un mes después, el 9 de octubre, se inauguró el templo de Apolo en el Palatino. Se trataba de una promesa formal realizada

en el 36 a. C., después de que un rayo cayera sobre parte de la gran casa recientemente adquirida por César. Al contrario que muchas de sus restauraciones, el nuevo templo fue una cosa importante, construido en reluciente mármol blanco con decoración de oro y con una fuerte influencia griega a pesar de seguir la tradición romana. Formaba parte de un complejo mayor que incluía una arboleda sagrada y una biblioteca. Apolo era la deidad a la que más crédito se daba por la victoria de Accio y su nuevo templo, en lo alto del Palatino, era visible desde una amplia zona, incluido el Foro. También estaba cerca de la casa de César, que parece haber combinado ya varias de las casas aristocráticas existentes. Por estas mismas fechas se comenzó a trabajar en una carretera que conduciría a la puerta de su casa desde el lado lejano de la colina, llegando desde el Foro Boario antes que desde el propio Foro, lo que habría significado pasar de camino por delante de las casas de otros aristócratas. César había quedado señalado como especial, favorecido por los dioses y más allá de las rivalidades de otros senadores. Ordenó que todas las estatuas y otros monumentos de oro que lo representaban fueran fundidos y ofrecidos como trípodes rituales en el templo de Apolo. Se trataba tanto de modestia destinada a ser celebrada como de una expresión de poder igual a la que lo había sido primero la aceptación de semejantes honores.[353]

Por esos mismos años se completó otro magnífico templo de Apolo, si bien en este caso se trató de la reconstrucción de un santuario anterior. Pagado y supervisado por Cayo Sosio, que había capturado Jerusalén en el 34 a. C. y que como uno de los cónsules antonianos en el 32 a. C. había dirigido el ataque contra César, fue inusual porque adoptaría su nombre, siendo conocido como el templo de Apolo Sosiano. Incorporaba esculturas griegas clásicas en sus frisos; pero las obras recién encargadas representaban enemigos derrotados vestidos con pantalones y con un aspecto más occidental que de Judea y puede que se pretendiera

representar a algunos de los bárbaros ilíricos conquistados por César en los Balcanes. Sosio había conseguido ganarse el perdón tras Accio, y se le permitió completar su trabajo de construcción y llevarse el crédito por ello. Restaurar un templo antiguo y conmemorar una victoria de las legiones eran cosas buenas. Sosio había trabajado mucho para ganarse el perdón tras Accio y su caro trabajo de construcción puede haber sido una promesa de lealtad al nuevo régimen. No hemos de verlo como una competición. Desaparecido Antonio, junto al resto de caudillos de las guerras civiles, no había nadie que pudiera rivalizar con César. [354]

Es bajo esta luz como debemos ver el episodio de Marco Licinio Craso, quien tras su consulado fue a gobernar Macedonia. En respuesta a incursiones de tribus hostiles en el 29 a. C., lanzó un contraataque agresivo y muy habilidoso. En la primera gran batalla no solo destrozó a un ejército de la tribu bastarna, sino que mató personalmente a su líder, el rey Deldo, en combate singular. Tras este éxito amplió el alcance de sus campañas, consiguiendo victorias sucesivas en este y el año siguiente. Tales operaciones recordaban a las intervenciones iniciales de Julio César en la Galia, donde aprovechó de forma osada, incluso despiadada, cualquier oportunidad de ampliar el conflicto y la rápida destrucción de cada nuevo enemigo. Dion Casio las describe con cierto detalle y parece que Tito Livio hizo lo mismo. A pesar de lo cual no duraron más de dos años y, como Julio César, Craso no hizo nada que pudiera considerarse que no fuera en el mejor interés del pueblo de Roma.[355]

Probablemente regresara a Roma a finales del 28 a. C., o a principios del año siguiente, y fue recompensado con un triunfo —claramente más merecido que muchos de los celebrados bajo los triunviros—. Dion Casio afirma que se realizaron sacrificios en honor del éxito tanto en su nombre como en el de César, y que este adoptó el nombre de *imperator*, pero Craso no. Se trata

claramente de un error, porque Craso aparece con este nombre en dos inscripciones de Grecia y no hay motivo para creer que fueran grabadas antes de que llegaran noticias de que el honor no le sería concedido. También es evidente que en esta ocasión César no aceptó el título.[356]

Dion nos cuenta también que por haber matado a Deldo, Craso hubiera sido elegible para realizar un honor adicional como culminación de su triunfo si hubiera estado luchando bajo sus propios auspicios —era procónsul más que estar en el año de su consulado—. El ritual era el de los *spolia optima*, el derecho a dedicar la armadura y armas del líder enemigo muerto en el templo de Júpiter Feretrio. Solo tres comandantes romanos habían realizado este rito con anterioridad. El primero fue Rómulo en el siglo VIII a. C., el segundo Cornelio Coso en el siglo V a. C. y el último Marco Claudio Marcelo en el 222 a. C. Rómulo era rey y Marcelo cónsul cuando se ganaron el honor. La categoría de Coso está menos clara, pero la versión recogida por Tito Livio durante esos años lo menciona actuando como subordinado más que como comandante supremo romano. No obstante, en lo que es una clara adición posterior, Livio afirma que, «al contrario de lo que mis predecesores y yo hemos dicho, Coso era cónsul» cuando mató al rey de los veyos. Su fuente no era otra que el propio César, quien «había entrado en el santuario de Júpiter Feretrio, que reparó cuando este se derrumbó por el paso del tiempo, y leyó personalmente la inscripción del pectoral de lino supuestamente dedicado por Coso. Livio «consideró que sería casi sacrilegio privar a Coso de semejante testigo de su botín: César, el restaurador de ese mismo templo». A pesar del añadido, Livio no cambió la narración del texto principal, que afirma que Coso era un tribuno militar que servía bajo un dictador.[357]

Los historiadores modernos han supuesto una segunda intención en el testimonio de César, convirtiendo el testimonio de algo que parece poco más que curiosidad de anticuario en signos

de un líder nervioso asustado ante cualquier competidor. Según esta versión, Craso, heredero de la fortuna de su abuelo y en posesión de la herencia y prestigio de una antigua familia patricia, actuó y se comportó como un verdadero aristócrata romano, decidido a conseguir fama y competir por la gloria contra todos sus contemporáneos, César incluido. Siendo el primer general en casi dos siglos en matar al comandante enemigo por su propia mano, era natural que reclamara el antiguo privilegio de dedicar los *spolia optima*, que se sumaría a la gloria de su familia y la suya propia. César temía a un rival y, celoso de las distinciones de otros —sobre todo cuando se trataba de ritos importantes y antiguos como este o el cierre de las puertas de Jano—, se aseguró de que el Senado le negara a Craso este honor adicional. Era por motivos técnicos y posiblemente espurios, basados en lo que decía haber visto pintado en una antigua coraza en un templo que se caía a pedazos. César estaba desesperado, asustado de que más senadores se unieran al cabeza de una familia tan asentada, de modo que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para impedir la recuperación de un honor tan antiguo, no fuera a ser que ayudara a elevarse a un rival. A Craso se le permitió su triunfo, pero nada más, tras lo cual desaparece de las fuentes, si bien su linaje familiar continuó.[358]

Las teorías conspiratorias siempre resultan atractivas y esta crea una seductora imagen de César presionado por una oposición fuerte entre los senadores, luchando nervioso por consolidar y proteger su posición. En la actualidad así se afirma rutinariamente en la mayoría de los relatos sobre estos años —algo que yo mismo he hecho en otro lugar—. Por desgracia, un estudio más detallado no tarda en desmontar todo el andamiaje. Dion no dice que Craso reclamara el derecho a dedicar los *spolia optima* y este le fuera negado —y es la única fuente donde el incidente aparece mencionado—. Triunfó —algo que no puede considerarse como un honor poco conspicuo— y otros muchos senado-

res no vuelven a aparecer en las fuentes después de cumplir con su cargo, gobernar una provincia y ganar una guerra, así que en modo alguno puede encontrarse algo sospechoso en su subsiguiente desaparición de las fuentes. La restauración del templo le fue sugerida a César por Ático y se fecha varios años antes. Resulta imposible decir cuándo hizo pública su inspección de la coraza; pero, dado su gran interés en los rituales romanos antiguos, puede que no tuviera nada que ver en absoluto con Craso. Livio lo menciona como un honor y que no revisara su texto principal es una prueba débil para sugerir que de algún modo era crítico con César y su régimen.

Es extremadamente improbable que hubiera alguna controversia pública cuando Craso regresó. Caso de que la idea de reclamar los *spolia optima* se le hubiera llegado a ocurrir —y no fuera cosa de Dion Casio escribiendo siglos después—, seguramente una petición formal, un debate y un rechazo en una sesión del Senado habrían aparecido más claramente en esta u otras fuentes. Craso había servido bajo Sexto Pompeyo y Antonio antes de arreglárselas para cambiar su lealtad a César, lo cual sugiere un considerable tacto político. Aunque la idea de reclamar el honor se le hubiera ocurrido, lo más probable es que renunciara a ella por sí mismo o fuera disuadido privadamente —quizá por alguien cercano a César—. Merece la pena observarlo todo con una cierta distancia. No existe la más mínima evidencia de que Craso poseyera un amplio grupo de seguidores en el Senado. Es muy posible que fuera popular entre las legiones a las que había conducido a la victoria; pero estas eran una porción muy pequeña de un ejército que, por lo demás, era uniformemente leal a César, quien había estado ocupado los últimos años recompensado a sus soldados y veteranos. Craso no podía esperar rivalizar con César aunque hubiera querido y, mientras tanto, había conseguido cargos y honores suficientes como para satisfacer las expectativas de la mayoría de los aristócratas.[359]

Por el momento, el poder militar de César era inexpugnable y la mayoría de las clases sociales estaban razonablemente contentas, siendo el sentimiento más habitual el de puro alivio debido al regreso de la paz. Italia ya no estaba llena de granjeros recientemente desposeídos, de soldados rebeldes recién licenciados o de ciudadanos endeudados lo bastante desesperados como para seguir a cualquier líder que les prometiera la esperanza de una mejor fortuna. No existen pruebas fehacientes de la supervivencia de seguidores decididos de Antonio o Pompeyo, mientras que los eslóganes y lealtades de las décadas de guerra civil se habían vuelto muy tenues. César era el supremo y no se enfrentaba a amenazas inmediatas. El futuro era más difícil de predecir y no había ningún sitio evidente de donde copiar la fórmula para crear un régimen que asegurara tanto la estabilidad como su propia seguridad.

Dion Casio dedica casi todo su libro quincuagésimo segundo a discursos contrarios, que pone en boca de Agripa y Mecenas, el primero en favor de revivir un sistema basado estrechamente en la República y el segundo abogando por una velada monarquía. Las palabras son del historiador, y reflejan el Imperio que conoció a comienzos del siglo III d. C. y puede que muchas de sus propias ideas tuvieran más que ver con la política de su época. No obstante, su afirmación de que César pensó seriamente sobre la cuestión coincide con la de Suetonio de que durante esos años pensó en restaurar la República. Más difícil resulta decir si esto hubiera incluido su retirada de la política, imitando la renuncia al poder de Sila. Si le estuvo dando vueltas a la idea, está claro que al final se decidió en contra de ella.[360]

Los historiadores modernos enseguida invocan la dictadura de Julio César y la ven como una lección objetiva de lo que su heredero tenía que evitar. Ninguna fuente antigua afirma tal cosa. El dictador estaba muerto menos de un año después de regresar de la campaña de Munda y tuvo tan poco tiempo para hacer cosas

que resulta dudoso que se pudieran sacar demasiadas lecciones de su destino. Quizá su asesinato destacara la importancia de mostrar respeto al Senado y otras instituciones, pero resulta difícil interpretar que el poder de César fuera menos evidente en el 28 a. C., aunque no se llamara dictador. Las circunstancias habían cambiado y, si los comparamos, tanto el Senado como su estado de ánimo eran muy distintos a los del 44 a. C.[361]

El trabajo de restaurar algo parecido a la normalidad ocupó el 28 a. C. Fue un proceso gradual, y el nuevo respeto por las magistraturas e instituciones no disminuyó el poder de César. Parece que en agosto hubo una declaración formal del final de la guerra civil. También anunció que todos los actos ilegales de sus colegas triunviros, así como quizá los poderes y algunos honores extra que le fueron otorgados a él mismo como tal, serían invalidados al final del año. Sugirió que, como la tarea de «restaurar la mancomunidad» estaba muy avanzada y la crisis terminada en gran parte, las magistraturas extraordinarias ya no eran necesarias. Todo esto indica un proceso ordenado y deliberado, no hay nada que sugiera un César reticente al que urgieran a realizar concesiones. A finales de año, cuando él y Agripa realizaron sus juramentos al abandonar el consulado, el poder de César no había menguado.[362]

AUGUSTO

El 1 de enero del 27 a. C. César comenzó su séptimo consulado y Agripa su tercero. No está claro si hubo elecciones formales. Si fue así, entonces su popularidad habría asegurado su éxito, se hubieran presentado o no otros candidatos. En los idus —en el caso de enero el día 13— el Senado se reunió con César presidiendo como cónsul. Solo a unos pocos de los senadores se les avisó de que la reunión implicaría un anuncio importante más que un debate general. César llevaba un discurso cuidadosamente preparado. Suetonio nos dice que era su costumbre escribir cualquier anuncio importante —y a veces incluso trivial— y

luego leerlo en voz alta para asegurarse de que se había expresado con tanta claridad como fuera posible, sin decir nada que no quisiera decir y sin que se le olvidara nada por error.[363]

Resulta imposible saber hasta qué punto el discurso que ofrece Dion Casio refleja lo que dijo César realmente más allá de su punto central. Anunció que renunciaba a sus poderes y devolvía el control de las provincias, ejércitos y leyes al Senado. En la versión de Dion Casio, comienza declarando que lo que iban a escuchar les sorprendería, pues se encontraba en la cima de un bien merecido éxito y no se le podría obligar a renunciar al poder. Solo si consideraban su virtuosa vida, y comprendían que había actuado por el deber de vengar a su padre y proteger al Estado, encontrarían su gesto menos sorprendente y más glorioso.

> ¿Quién puede encontrarse más magnánimo que yo —sin mencionar de nuevo a mi fallecido padre—, quién más casi divino? Porque yo —¡a los dioses pongo por testigos!—, que dispongo de tantos gallardos soldados, tanto romanos como aliados, que me son devotos; yo, que soy supremo en todo el mar dentro de las columnas de Hércules excepto unas pocas tribus; yo, que poseo tanto ciudades como provincias en todos los continentes […] cuando disfrutáis de la paz […] y, lo más importante de todo, estáis satisfechos de otorgar la obediencia; yo, a pesar de todo esto, voluntariamente y por mi propia decisión renuncio a un tan gran dominio y entrego una tan vasta posesión.[364]

Julio César es invocado de continuo, por sus logros, su rechazo a la corona y el título de rey y su inmerecido asesinato. Su heredero sigue ahora sus pasos, quizá ganando más gloria incluso al renunciar al poder que ejerce. Había hecho lo que tenía que hacerse, dejando a la mancomunidad fuerte y estable, de modo que la tarea de gobernarla podía ser entregada a otros sin riesgos.

Sea o no la versión de Dion Casio fiel al original, su descripción de las reacciones de los senadores parece muy probable. Los íntimos de César sabían lo que iba a decir y aplaudieron sonoramente en los momentos apropiados. Del resto, algunos sospechaban que el cónsul de treinta y seis años simplemente estaba

actuando de cara a la galería y no tenía ninguna intención de renunciar a su dominio, pero no se atrevieron a manifestarlo y a acusar al caudillo de mentir. Aquellos que lo creyeron se dividieron entre quienes vieron con buenos ojos su renuncia y quienes —probablemente la mayoría— que temieron que eso simplemente traería una nueva guerra civil en cuanto aparecieran nuevos líderes para pelearse por la supremacía. Ninguno de ellos vitoreó, los primeros por miedo y los segundos consternados. Hubo muchos gritos que le rogaron que cambiara de opinión y continuara controlando el Estado. César presidía la reunión y, por lo tanto, era su obligación elegir quién hablaba. Durante algún tiempo persistió en su petición de que se le permitiera renunciar y vivir en una bien merecida paz. Como individuos y como grupo, el principal consejo de la República suplicó al cónsul que permaneciera a la cabeza del Estado.[365]

Haciendo gran alarde de su reticencia, al final César aceptó. Dion Casio considera que todo el episodio fue mero teatro. Sin ninguna intención de renunciar a su supremacía, César simplemente quería una demostración pública de apoyo para así parecer como un reluctante servidor del Estado, obligado a aceptar la responsabilidad por su sentido del deber y el consentimiento universal —la Asamblea Popular se reunió y confirmó la del Senado pocos días después—. Fue una habilidosa demostración de dotes teatrales, con el Senado y el Pueblo aprobándolo con entusiasmo, incluso si en el fondo no tuvieran otra elección.[366]

No queda claro si los detalles del futuro de César se decidieron el 13 de enero o en los días siguientes; pero es innegable que ese primer día se le concedió un honor, concretamente el derecho a colgar una corona de roble encima de la puerta del porche de su casa. La cual se identificaba con la *corona cívica*, la mayor condecoración romana al valor, entregada a alguien que hubiera salvado la vida a otro ciudadano. Tradicionalmente, era el rescatado quien trenzaba la corona con hojas de roble y la entregaba

en persona, reconociendo su deuda para con su rescatador y simbolizando su permanente obligación con él. Julio César había conseguido esta recompensa durante sus primeros momentos de servicio militar, al final de su adolescencia. En el 27 a. C. el símbolo mostraba a su heredero como el salvador de todos los ciudadanos y, de nuevo, hacía hincapié en que su victoria había sido para el bien de todos. Por esas mismas fechas se acuñaron monedas con la corona de roble y la inscripción «por salvar a los ciudadanos» *(Ob civis servatos)*. En cierto modo, todos se volvieron sus deudos. También se añadieron a la decoración permanente del atrio de su casa los laureles de un vencedor.[367]

El Senado no se reunió el 14 de enero porque era un *dies nefas*; un día nefasto o de malos presagios, durante los cuales no estaba permitido realizar tareas oficiales. Tales días se incluían al calendario tras desastres militares o sucesos espantosos. En este caso concreto, la marca negra era reciente, y fue introducida por el Senado el 30 a. C. simplemente porque era el cumpleaños de Marco Antonio. Hubo una reunión el 15 de enero, si bien fue corta debido a que se tenía que celebrar una fiesta religiosa, tras lo cual los senadores se reunieron para una sesión plenaria el 16 de enero. No podemos situar ninguna de sus decisiones en días concretos, pero el resultado final es seguro.

Bajo la coordinada «presión» de los senadores, César accedió a aceptar la responsabilidad de algunas provincias, con la excusa de que eran las más necesitadas de protección de los enemigos extranjeros o contra desórdenes internos. Como resultado de ello se hizo con el control de toda la península ibérica —donde la conquista estaba incompleta—, toda la Galia —cuya ocupación era bastante reciente y se veía amenazada por las tribus germanas del otro lado del Rin— y Siria —tan a menudo sacudida por guerras civiles y con Partia como vecino—. Mantuvo también el control sobre Egipto, quizá con la excusa de que era una provincia muy nueva. El mando se le concedió por diez años, si

bien él insistió en que esperaba devolver algunas de las regiones al control senatorial antes, en el caso de que consiguiera controlarlas por completo en menos tiempo. Las restantes provincias fueron colocadas bajo la supervisión del Senado.

Las provincias de César contenían la mayor parte del ejército de Roma. Había legiones en Macedonia, donde los recientes éxitos de Craso sugerían que no era necesario incluir las provincias entre las regiones que se consideraban más vulnerables y, por tanto, necesitadas de la supervisión directa de César. África también contaba con varias legiones. Con estas excepciones, las provincias senatoriales no contenían exenciones militares significativas. Es muy probable que los soldados de Macedonia y África continuaran realizando un juramento a César, como ciertamente fue el caso a los pocos años.

Algunos detalles del sistema fueron decididos durante esos días y otros se añadieron posteriormente. Dado que César no podía estar en todas partes a la vez, se eligieron legados para encargarse de las diferentes regiones de su gran provincia. Controlaban áreas de tamaño semejante y tomaban decisiones de un modo muy similar al de los gobernadores provinciales del pasado, pero solo ostentaban un *imperium* delegado. En cambio, las provincias senatoriales podían ser gobernadas por procónsules, elegidos por sorteo entre antiguos magistrados y que poseían *imperium* por derecho propio. Con la probable excepción de Macedonia y África en los primeros años, las ropas y símbolos de estos hombres eran abiertamente civiles, mientras que los legados imperiales llevaban espadas y capas militares. No existían carreras diferentes de servicio imperial o senatorial, porque los hombres pasaban de un tipo de puesto a otro. Excepto en Egipto, César escogió senadores para actuar como sus legados y dirigir sus provincias. Esto aseguraba que hubiera muchas oportunidades para la clase senatorial. Los hombres podían ganar honores que sumar a la reputación de sus familias y, si bien los honores y títulos dis-

ponibles para los legados eran ligeramente diferentes a los de los gobernadores proconsulares, que poseían *imperium* por derecho propio, seguían siendo honores. La necesidad aristocrática de destacar y conseguir fama continuó con el nuevo sistema.[368]

Dado que no tenía pares, César se encontraba por encima de este sistema; por otro lado, dado que escogía a los legados, también controlaba a los hombres a quienes se concedían todos los grandes mandos militares. La independencia de los gobernadores proconsulares de Macedonia y África era limitada. Resulta dudoso que se les permitiera reclutar nuevas tropas y tampoco tenían la capacidad de oponerse al hombre que controlaba al resto del ejército, incluso asumiendo que pudieran ganarse la lealtad de las legiones a su mando. Una gran parte de la carrera de cualquier senador llegó a depender de ganarse el favor de César.

Nadie podía haber tenido duda alguna de la supremacía de César. Su mando por diez años era un reflejo de los mandos extraordinarios de gente como Pompeyo y Julio César. Ayudaba a crear la fachada de un servidor público, que aceptaba pesadas responsabilidades por el bien común. Es poco probable que la población en su conjunto sintiera recelos por ello. Los mandos extraordinarios tenían un buen historial de conseguir que las cosas se hicieran de forma mucho más efectiva que el tradicional patrón de transferencia de responsabilidades desde un ambicioso magistrado a otro. Algunos senadores pueden haber sentido lo mismo, e incluso aquellos que no obtenían consuelo de la posibilidad de participar en el sistema. Mientras César controlara la abrumadora mayoría del ejército, no existía otra alternativa realista. Dion Casio menciona con cinismo que una de las primeras cosas que hizo César después de ser «persuadido» para que aceptara un papel destacado en el Estado fue hacer que el Senado aprobara un decreto que le concediera un sustancioso aumento de sueldo a sus cohortes pretorianas. Las pruebas son escasas, pero es probable que recibieran un salario anual de 375 denarios en

vez de los 225 denarios pagados a los legionarios. Había nueve cohortes de pretorianos, de modo que eran mantenidos por debajo de la capacidad máxima de una legión de diez cohortes, con varias cohortes estacionadas rutinariamente dentro o cerca de Roma. Esto suponía un cambio con respecto a Julio César, que despidió a su guardia personal a comienzos del 44 a. C. La fuerza armada siguió siendo la garantía definitiva de la supremacía de César.[369]

Gran parte del tiempo de los senadores durante las reuniones del 13, pero sobre todo del 15 y el 16 de enero, se pasó alabando a César y premiándolo con honores permanentes. Esta puede haber sido un área donde los miembros podían ejercer verdadera independencia en lo que respecta al detalle, si bien es indudable que el debate quedaba definido tanto por el orden en el cual César elegía a los oradores como por las contribuciones de quienes habían sido aleccionados antes. Rápidamente fue cogiendo impulso la decisión de conceder a César un *cognomen* adicional como reconocimiento de sus increíbles servicios al Estado, tanto pasados como futuros. Algunos oradores sugirieron que fuera llamado Rómulo, relacionándolo para siempre con el fundador de Roma, dado que había renovado y refundado de forma eficaz la ciudad.

Además de su fundador, Rómulo también había sido el primer rey de Roma y una tradición sostenía que, en vez de morir, había ascendido a los cielos para convertirse en un dios. Con todo, algunas de las demás connotaciones del nombre resultaban menos atractivas. La fundación de Roma había comenzado de forma fratricida, con el hermano gemelo de Rómulo siendo asesinado con una pala, un pensamiento incómodo para una generación que había visto tantas guerras civiles. Una tradición alternativa explicaba la desaparición del primer rey de Roma de forma menos grandiosa, afirmando que había sido despedazado por una turbamulta de senadores. Pasado algún tiempo, la opinión del

Senado varió con respecto a otorgarle el nombre a César. Suetonio afirma que tanto él como sus consejeros más próximos estaban a favor, pero si fue así debieron de cambiar de idea en algún momento. Que la cuestión fuera tratada de forma tan abierta y seria nos habla bien a las claras del estado de ánimo general de entonces. Los senadores estaban ansiosos por concederle honores a un hombre tan poderoso. Les gustaran o no el hombre y sus logros, nadie dudaba de que su supremacía era una realidad.[370]

Al final se votó la propuesta presentada por Munacio Planco, la misma persona que una vez se pintó de azul y se puso una cola de pez para bailar para Antonio y Cleopatra y que después se pasó a César trayendo noticias sobre el testamento de su rival. Planco propuso el nombre de Augusto y la resolución fue aceptada abrumadoramente —quizá de forma unánime— mientras los senadores mostraban su conformidad yendo a ponerse de pie a su lado. El cónsul que presidía pasó a llamarse formalmente Emperador César Augusto *divi filius*. Ningún romano había tenido antes un nombre semejante y nuestra familiaridad actual con él hace que resulte muy sencillo olvidarse de lo novedoso que era. «Augusto» conllevaba poderosos matices religiosos de la tradición romana de buscar el consejo y la aprobación divinos mediante augurios. En un pasaje tan familiar para los romanos como la más famosas de las citas de Shakespeare lo son para nosotros actualmente, Ennio, el primer y más reverenciado poeta de Roma, hablaba de que la ciudad fue fundada con «augurios augustos».

César Augusto —en ocasiones el orden se invertía a Augusto César para añadir énfasis— era especial, diferente a todos y, al contrario que el mando provincial por diez años, el nuevo nombre era un honor permanente. Resultaba difícil, quizá imposible, imaginar al Emperador César Augusto, el hijo de un dios, retirarse alguna vez a la vida privada, o que nadie se le aproximara en gloria, *auctoritas* y preeminencia. Precedentes anteriores —

por ejemplo, los mandos extraordinarios de Pompeyo y su distante supervisión de las provincias hispanas a partir del 54 a. C. — no llegaban a alcanzar la posición de César Augusto. En el pasado otros hombres se habían ganado grandes nombres: Sila fue *Felix* (afortunado/bendito) y Pompeyo *Magnus* (grande), pero ninguno había tenido un nombre tan grande y sagrado como Augusto. La única persona que ejerció un poder y preeminencia comparables fue Julio César. La convención de referirse a su heredero como Augusto y no como César Augusto puede ocultar las grandes similitudes entre sus lugares en el Estado.

En algún momento le fue concedido otro honor, esta vez por votación del pueblo, concretamente la erección de un «escudo de virtudes» *(culpeus virtutis)* de oro en la Curia Julia alabando su *virtus*, su justicia, su clemencia y su piedad hacia los dioses y el país. La *res gestae* asocia esto con la concesión del nombre; pero es posible que el premio llegara después, quizá durante el primer aniversario de esta. En Arles (sur de Francia) se conserva una copia del escudo fechada concretamente en su octavo consulado, en el 26 a. C. Originalmente era uno de los muchos que se erigieron por todas las provincias y muchas monedas llevan la leyenda *CL(upeus) V(irtutis)*. Las virtudes recuerdan fuertemente a una alabanza similar a Julio César y no hay motivo para no pensar que este eco no fuera otra cosa que deliberado.[371]

César Augusto poseía una preeminencia personal y permanente en el Estado que en el pasado solo podía igualar su padre. Al igual que Julio César, continuó ostentando el consulado cada año. La charada de entregar el poder al Senado y serle devuelto de inmediato era importante y más exitosa que el confuso mensaje ofrecido en las Lupercales del 44 a. C. Esto no debería hacer que nos centráramos tanto en las pocas diferencias existentes entre la conducta y el modo de presentarse de César Augusto como para no ver las abrumadoras —y muy públicas— similitudes entre él y su padre. En cierto sentido había conseguido cumplir con

su anuncio adolescente de que tenía la intención de conseguir los honores y cargos de su padre. En una ocasión, Julio César despachó la *res publica* calificándola de «un mero nombre sin forma ni sustancia», si bien no sabemos cuándo ni en qué contexto expresó este punto de vista. Su heredero tenía más tacto y evitó el abolido título de dictador, pero las diferencias son más aparentes que reales. También era *divi filius*, el «hijo de un dios», y tanto esto como su nombre recordaban constantemente su relación con el asesinado Julio César. Los monumentos que adornaban Roma y lo asociaban con él ya habían sobrepasado a los que celebraban al dictador cuando estaba vivo.[372]

Había otra similitud en su comportamiento. Del mismo modo en que su padre había planeado partir para una campaña importante en el 44 a. C., tras la concesión de esos honores César Augusto pensaba dejar Roma y pasarse varios años en las provincias occidentales. A finales de año estaba en la Galia, pero no sabemos cuándo abandonó Roma exactamente. No hay motivo para creer que sintiera especial deseo de no estar presente cuando Craso triunfó en julio. No fue el único triunfo celebrado ese año, pues en septiembre se organizó otro para Marco Valerio Mesala Corvino. César había estado en la ciudad para los triunfos del 28 a. C. Si ya había partido antes de que Craso recorriera en procesión la via Sacra fue porque quería comenzar su trabajo en las provincias antes de que terminara el año. Con él fueron los adolescentes Marcelo y Tiberio para tener sus primeras experiencias en el ejército sirviendo como tribunos militares. Era normal que los jóvenes aprendieran de este modo, acompañando a familiares a las provincias. Lo que no resulta tan habitual es que Livia probablemente acompañara a su esposo, algo que sin duda se convirtió en su costumbre para los frecuentes viajes de este durante el resto de su matrimonio. En el pasado, las esposas de los gobernadores se quedaban en casa, de modo que fue una sorpresa cuando Octavia acompañó a Antonio a Atenas. Augusto

César también estaba dispuesto a ignorar esta antigua convención.[373]

XIII

DERROTAR AL ORGULLOSO EN LA GUERRA

… recuerda, romano —pues estas son tus artes—, que has de gobernar naciones con tu poder, añadir buenas costumbres a la paz, perdonar a los conquistados y derrotar al orgulloso en la guerra.

VIRGILIO, 205 d. C.[374]

Antes de que César Augusto abandonara Roma se abrieron las puertas del templo de Jano, simbolizando el final de la paz oficialmente declarada. El hombre que había aceptado Hispania, Galia, Siria y Egipto como su provincia iba a la guerra, comenzando la tarea de restaurar el orden y la estabilidad (romanos) de esas regiones. La lucha tendría lugar lejos, en una tierra distante y contra enemigos extranjeros, por lo tanto no amenazaba con devolver los trastornos y el caos de hacía pocos años. En vez de ello formaba parte de la recuperación de la salud de la *res publica* y el estado de ánimo era entusiasta, con emocionados comentarios sobre la conquista de Britania.

Julio César había desembarcado dos veces en la isla, afirmando que era necesario para la seguridad de las Galias, porque en ocasiones los britanos habían enviado guerreros para ayudar a los jefes del continente. En el 54 a. C. las tribus principales del sureste capitularon y accedieron a pagar tributo a Roma; pero no sabe-

mos cuántas veces fueron enviados en esos años repletos primero con importantes rebeliones en las Galias y después con la larga desunión de las guerras civiles. Como resultado de las actividades de Julio César, mercados que en el pasado eran controlados por intermediarios galos quedaron abiertos a los mercaderes romanos y, a finales del siglo, esos comerciantes establecerían un asentamiento permanente en Londinum, en el Támesis. Estaba claro que muchos romanos esperaban más y anticipaban impacientes la conversión formal de la todavía exótica isla en una provincia permanente. Los poetas de inmediato colocaron a los britanos al nivel de los partos como enemigos existentes cuya derrota total era tanto inevitable como ampliamente merecida. Pocos años después, Horacio declaraba:

Augusto será considerado un dios sobre la tierra
cuando los britanos y los mortales partos
hayan sido añadidos a nuestro imperio.

En ocasiones, también los indios eran considerados como otro pueblo destinado a someterse a Roma, también su gran líder, del mismo modo en que antaño sucumbió a Alejandro Magno. Las victorias sobre peligrosos enemigos extranjeros eran cosas inequívocamente buenas y un adecuado servicio al Estado por parte de su mayor servidor.[375]

Por esas fechas, una lucha de poder entre las tribus del sureste de Britania pareció ofrecer una tentadora oportunidad para intervenir. A su debido momento, eso conduciría al dominio de la región en general por parte de una confederación de dos tribus al norte del Támesis, los catuvelanios y los trinovantes, que permitía a sus reyes monopolizar el acceso a los bienes de lujo ofrecidos por los mercaderes romanos. En al menos dos ocasiones durante el reinado de Augusto soberanos britanos derrotados huyeron al Imperio romano y recurrieron a él para que utilizara su influencia y ejército para devolverles sus tronos. Semejantes llamamientos al Senado o los emperadores fueron habituales du-

rante toda la historia de Roma, y tendían a ser concedidos solo cuando les convenía a los líderes romanos.

Es posible que César Augusto considerara la idea de una expedición a Britania. Una flota de barcos de transporte fue reunida en la costa aquitana de la Galia, lo que sugiere un cierto grado de preparativos. Quizá se trató solo de un plan de contingencia, o con ello pretendió reforzar una diplomacia activa. En cualquier caso, ello resolvió la situación a completa satisfacción de Augusto. Los detalles son oscuros y no tenemos ninguna idea real ni del problema ni de los mecanismos utilizados para resolverlo. Haciendo balance, parece improbable que Augusto estuviera verdaderamente decidido a atacar Britania. El ejemplo de Julio César sugería que se necesitarían como mínimo varios años de campañas, con modestos beneficios, y que era una empresa arriesgada. Tanto en el 55 como en el 54 a. C. había perdido gran parte de su flota debido a las tormentas y casi quedó atrapado en la isla para el invierno sin suministros y sin ayuda en medio de tribus hostiles. La escala del desafío tampoco estaba clara. Transcurriría otro siglo antes de que un escuadrón de barcos de guerra romanos circunvalara Britania, confirmando que era una isla y consiguiendo una idea más clara de su verdadero tamaño. Sin una provocación más seria, Augusto se decidió en contra de la conquista, demostrando la misma precaución que lo disuadió de arriesgarse a una guerra con Partia a menos que fuera inevitable. Los poetas continuarían cantando la victoria final sobre ambos pueblos, pero por el momento César Augusto tenía otras cosas en la cabeza.[376]

Desde Roma se dirigió a la Galia, donde pasó varios meses ofreciendo audiencias, recibiendo peticiones y comenzado el proceso de organizar un censo. Apenas una generación había pasado desde que Julio César conquistara todos los territorios al oeste del Rin hasta tan lejos como el canal de la Mancha y las costas atlánticas, pero la forma final de las nuevas provincias to-

davía no estaba clara. A pesar de ello, la visita fue breve y a finales de año Augusto estaba en Tarraco (la moderna Tarragona), la capital de la provincia de la Hispania Citerior, que no tardaría en ser rebautizada Tarraconensis. Fue allí donde recibió su octavo consulado el 1 de enero del 26 a. C. esta vez con Estatilio Tauro como colega, quien se encontraba en Roma. Recientes disturbios entre las pocas comunidades que seguían siendo independientes en el noroeste fueron el pretexto para su visita a Hispania; pero es muy posible que hubiera sido desde el principio el destino que tenía pensado y que fuera allí donde tenía planeado tener su guerra.[377]

Las primeras legiones romanas llegaron a la península ibérica durante su larga lucha con Aníbal y Cartago a finales del siglo III a. C. Fue en Hispania donde la República instaló sus primeras guarniciones permanentes fuera de Italia y tuvo su experiencia más larga como zona de frontera. Demostró ser dolorosa y, si bien hubo unos pocos gobernadores que consiguieron triunfos, hubo otros cuyas hazañas solo les trajeron ignominia. En ambos casos, los métodos empleados no puede decirse que fueran edificantes y agresiones injustificadas, traición y masacres fueron algo común de la experiencia de frontera. Muchos de los habitantes de la península fueron guerreros decididos y hábiles. Los romanos los reclutaron entusiasmados como aliados y desde muy pronto adoptaron la famosa *gladius hispaniensis*, o espada hispana, como su arma corta.

Sin embargo, los romanos estaba unidos y los pueblos indígenas no y con el tiempo las provincias romanas de la Hispania Citerior (Cercana) y Ulterior (Lejana) se ampliaron hasta que incluyeron toda la península ibérica a excepción del noroeste, protegido por la cordillera Cantábrica. El siglo I a. C. no fue pacífico. Todavía hubo algunas guerras entre los romanos y las comunidades nativas, pero mucho más perturbadoras fueron las guerras civiles romanas que tuvieron lugar en los años 70 y 40 a. C.,

cuando los locales se vieron metidos de lleno en las rivalidades republicanas. En ocasiones fue tan salvaje como en Italia. Excavaciones arqueológicas en Valencia han encontrado esqueletos de hombres torturados y ejecutados durante la lucha entre Pompeyo y Sertorio, mientras que uno de los oficiales de Julio César describió cómo sus propios hombres decoraron un parapeto con las cabezas cortadas de sus enemigos.[378]

A pesar de episodios tan lúgubres, ciudades como Tarragona florecieron. A lo largo de la costa mediterránea existía una larga tradición de asentamientos urbanos, pues colonias y emporios griegos y cartagineses se habían mezclado con las comunidades indígenas. Los asentamientos hispanos se desarrollaron con magistrados y consejos al mando de una administración que hizo cierto uso de la palabra escrita en su propio lenguaje, pero utilizando el alfabeto púnico o latino. Al terminar la segunda guerra púnica, algunos soldados romanos se asentaron en Hispania y con el tiempo vinieron más, sobre todo en el siglo I a. C. Otros italianos y romanos viajaron a Hispania en busca de oportunidades comerciales, sobre todo la explotación de sus abundantes recursos minerales, entre los cuales había oro y plata. Amplios contingentes de hispanos sirvieron como aliados en el ejército romano, algunos de los cuales consiguieron la ciudadanía; una inscripción del 89 a. C. recoge esa concesión para una *turma* —un grupo de caballería compuesto por unos treinta hombres aproximadamente— de jinetes que había luchado para el padre de Pompeyo el Grande. El hijo fue todavía más generoso en conseguir la ciudadanía para los miembros principales de las comunidades que lo habían apoyado en su guerra contra Sertorio. Uno de los beneficiarios en esta ocasión fue Lucio Cornelio Balbo, originario de Gades (la moderna Cádiz), quien en seguida se convirtió en uno de los agentes más leales de Julio César y ayudaría a su heredero con dinero, influencia y consejos tras los idus

de marzo. En el 40 a. C. se convirtió en el primer cónsul nacido en el extranjero y ser recompensado con el consulado sufecto.



Las provincias occidentales, incluidas Hispania y Galia

Gades era un centro comercial excepcionalmente próspero y los dueños de terrenos con buenos accesos al mar ya se estaban pasando a la producción de bienes para los mercados de Italia y otros lugares. El aceite de oliva se iba a convertir en uno de los principales productos de exportación de la región, así como las salsas de pescado fermentadas, como el famoso *garum*. Una generación después, el geógrafo Estrabón escribía que Gades podía presumir de contar con 500 hombres que no solo eran ciudada-

nos romanos, sino que estaban registrados como ecuestres. Pocas eran las ciudades de Italia —aparte, evidentemente, de la propia Roma— que pudieran presumir de tantos. Un puñado de ellos, como Balbo y su sobrino y tocayo, que recibió la categoría de cónsul y fue nombrado procónsul de África, fueron a Roma en busca de carreras en la vida pública.

Esto no significaba cortar los lazos con su comunidad original. Balbo el Joven, en concreto, gastó sumas considerables organizando espectáculos y construyendo monumentos en Gades. Otras ciudades conseguirían también teatros y anfiteatros gracias a la generosidad de los aristócratas locales, gobernadores provinciales o el propio César Augusto, lo cual les permitió disfrutar de la cultura musical y teatral de la *res publica*, así como del violento gusto por los juegos de gladiadores. Este tipo de cosas eran claramente populares y un signo de la extendida aspiración a ser romano o, al menos, a tomar parte en el estilo de vida del Imperio. Muchos adoptaron nombres «romanos» antes de que se les fuera concedida la ciudadanía; además, sobre todo en el sur, llevar togas estaba de moda. Durante esos años, las monedas de bronce acuñadas localmente dejaron de llevar leyendas en lengua ibérica para pasarse exclusivamente al latín.[379]

Lejos de la costa mediterránea, muchas comunidades resistieron el avance romano mucho más y esto, combinado con su localización, ralentizó el ritmo al que abrazaron —cuando menos la nobleza local— el sistema imperial. La Hispania central estaba dominada por los celtíberos, un grupo diferente de naciones que hablaban un idioma céltico similar al de galos y britanos, si bien la antigua creencia de que eran el resultado de la fusión entre iberos e invasores gálicos se considera hoy improbable. Aparte del lenguaje, sus costumbres y artefactos parecen haber tenido poco en común con las sociedades «célticas» contemporáneas del otro lado de los Pirineos. Al norte de los celtíberos se encontraban los astures y los cántabros, divididos en muchos grupos dife-

rentes, a menudo basados en comunidades sobre colinas fortificadas concretas. Pocos ejércitos romanos habían penetrado en sus tierras y ninguno permaneció allí durante mucho tiempo. Varios de los numerosos triunfos hispanos celebrados bajo el triunvirato se consiguieron en esta zona.[380]

No hay razones especialmente buenas para dudar de que algunos de esos pueblos, todavía independientes, estuvieran saqueando a sus más asentados vecinos celtíberos dentro de la provincia romana. Los ataques para saqueo fueron habituales en gran parte del mundo antiguo en épocas muy diferentes. Las armas ya abundaban en la península ibérica mucho antes de que llegaran cartagineses y romanos, lo que sugiere que ninguno de los invasores introdujo la guerra entre unos pacíficos pueblos indígenas. No quiere esto decir que su intervención no alterara profundamente el tipo e intensidad de las guerras locales, ya fuera mediante guerra directa o por su insaciable demanda de mercenarios y soldados aliados. Como resultaba inevitable, el impacto de más de siglo y medio de conquista, junto al de las recientes guerras civiles, afectó a todas las sociedades dentro de una zona más amplia, haciendo todavía más difícil la lucha por lo que como mucho era un magro sustento en las escabrosas montañas cantábricas. Todo lo cual debió sumarse a la tentación de saquear a los vecinos que parecían vulnerables.[381]

Es muy probable que Augusto hubiera planeado desde el principio completar la conquista de Hispania invadiendo el noroeste. La tarea tenía unos límites claros, parecía alcanzable en el espacio de unos pocos años de campaña y, si bien era improbable que resultara sencilla en un terreno tan difícil, carecía del potencial para convertirse en un desastre a la misma escala que un ataque contra los britanos y, sobre todo, los partos. El que no fuera una guerra contra enemigos tan exóticos o famosos quizá se trató de otro de sus atractivos, pues así demostraría que César estaba dispuesto a realizar tareas menos glamurosas en bien del interés del

Estado y a cumplir su promesa de restaurar el orden y la seguridad en las provincias colocadas bajo su mando. En primavera había dejado Tarragona y marchado al norte para reunirse con el ejército que se estaba congregando para el ataque destinado a «pacificar» a los cántabros.

«MEJOR UN COMANDANTE SEGURO QUE UNO OSADO»

Emperador César Augusto siguió siendo un caudillo cuyo dominio del Estado se basaba básicamente en su control de una fuerza militar mucho mayor que la de cualquier otro. Según nuestros estándares modernos era, y seguiría siéndolo, un dictador militar, por más que tuviera mucho cuidado en evitar el título en su sentido romano. A pesar de todo el espectáculo de la renuncia a sus poderes y su renuencia a aceptar las obligaciones que le entregó el Senado a comienzos del 27 a. C., nadie podría obligarle a hacer nada mientras continuara monopolizando el poder militar. Las legiones eran suyas y el Senado en realidad no tenía nada que decir sobre cómo eran dirigidas, igual que había perdido el control sobre la creación y disolución de estas y otras unidades militares. Si bien Augusto presentaría al Senado para que las aprobara medidas donde se detallaban las condiciones de servicio de los soldados, no hubo un verdadero debate o esperanzas de que los senadores no dieran su consentimiento. En el pasado, buena parte de la regulación de las legiones, incluidos la mayoría de los ascensos al grado de tribuno, así como los nombramientos y ascensos de centuriones, se delegaba en cada uno de los gobernadores. Así continuó siendo, pero con la diferencia de que para el grueso del ejército ese gobernador era y seguiría siendo el propio Augusto. Los oficiales ambiciosos necesitaban gozar de su favor si querían tener una carrera distinguida.[382]

La fuerza militar había aupado a Augusto a su posición dominante y, en el fondo, solo la fuerza militar tendría alguna posibi-

lidad real de acabar con su poder, lo cual hacía que las legiones fueran para él tanto esenciales como una amenaza potencial. Era vital impedir que nadie siguiera sus pasos o, de hecho, los de Mario, Sila, Pompeyo y sus hijos, Julio César, Marco Antonio y el resto de caudillos, grandes y pequeños, que convirtieron al siglo I a. C. en una época tan turbulenta. La lealtad de los soldados no podía darse por segura; César Augusto tenía la suficiente experiencia en motines como para saberlo. No se trataba solo de restringir el mando entregado a los senadores a unos pocos años al frente de una pequeña fracción del ejército. Era necesario mantener a las legiones y sus oficiales contentos y leales.

Después de Accio y la derrota definitiva de Antonio, las aproximadamente sesenta legiones que existían pasaron a estar bajo el mando de Augusto. Una buena parte de los oficiales y soldados habían servido bajo más de un comandante. La mayoría de quienes eran lo bastante mayores habían prestado juramento a Julio César, lo cual era un poderoso lazo emocional que los unía a su heredero; pero por sí mismo no bastaba, como no tardaron en demostrar los motines de hombres impacientes por ser licenciados. Es indudable que algunas de las legiones no lo eran más que de nombre y, además, muy bajas de efectivos; a pesar de lo cual las cifras generales de soldados eran superiores a lo que lo habían sido en el pasado, incluso durante la enconada lucha contra Cartago. A largo plazo resultaba insosteniblemente caro, además de peligroso, pues era probable que fuera complicado mantener contenta a semejante masa de hombres.[383]

De modo que fue cosa de Augusto y sus consejeros decidir el tamaño y forma del ejército que mantendrían. Tendrían que considerar cuántos soldados eran necesarios para asegurar su posición contra potenciales rivales romanos, así como los necesarios para mantener el Imperio, defendiendo y, cuando así se quisiera, ampliando las provincias. Algo que estaba estrechamente relacionado. «Emperador» significaba «comandante victorioso» y

sería un gran golpe contra la reputación y *auctoritas* de Augusto aparecer débil ante sus vecinos extranjeros y comenzar a sufrir reveses en la frontera o dentro de las provincias. Puede que, en sí mismo, esto no bastara para romper su poder; pero es probable que sí creara disensiones y con ellas la posibilidad de que aparecieran rivales.

Sopesando esos factores, Augusto decidió mantener una fuerza de aproximadamente veintiséis o veintisiete legiones —la cifra no está clara, igual que no lo está cuándo se crearon dos de las unidades con número más elevado; además, en un momento dado el total ascendió a veintiocho—. Esta reducción de más de la mitad vino facilitada por la renovación tras Accio de los asentamientos de veteranos. En el 29 a. C. había 120 000 soldados licenciados asentados en colonias —el equivalente de unas veinticuatro legiones a plena potencia—. Es probable que, una vez que se liberara a los hombres a quienes tocaba licenciarse y a quienes no querían permanecer en filas, los restantes soldados supusieran efectivos de sobra para crear veintiséis (o veintisiete) legiones más o menos completas.[384]

Los detalles del servicio militar en las últimas décadas de la República son imprecisos; pero al menos algunos hombres se alistaron para un servicio de seis años o hasta el final de la guerra, de modo que muchos de quienes tenían derecho a licenciarse no necesariamente eran demasiado viejos. Algunos eligieron el ejército como carrera y ampliaron su alistamiento, algo especialmente habitual entre los oficiales. Durante las turbulentas décadas del siglo I a. C., el pequeño grupo existente de oficiales profesionales creció rápidamente. Tenían cargos sobre todo de tribunos, prefectos y centuriones, y fueron desarrollando una experiencia y pericia considerables. Algunos de ellos eran ecuestres, o se convirtieron en miembros de esa clase gracias a su parte del botín. Para algunos, el ejército se convirtió en el trampolín

para subir de categoría social, mientras que para otros lo fue para una buena vida y una carrera honorable.

Ignorar a tales hombres no era buena idea, y no debemos pensar solo en la necesidad de ofrecer a los senadores alguna esperanza de conseguir una reputación militar, pues otros niveles de la sociedad tenían, a su modo, tantas ganas como ellos. Muchos de esos oficiales procedían de la nobleza local de las ciudades italianas. Otros habían entrado en esa clase gracias a los asentamientos de veteranos, al habérseles dado importantes terrenos adecuados a su rango militar y, con ello, consiguiendo acceso a las magistraturas locales y los consejos de las ciudades. Quisieran o no continuar en el ejército, ellos y otros como ellos deseaban que la oportunidad de poder hacerlo continuara existiendo, bien para ellos, bien para sus hijos. Puede que no sea coincidencia que nunca tengamos noticias de problemas en suplir las vacantes para esos grados.

Las veintiséis legiones no solo significaban empleo para unos 130 000 soldados, sino 156 puestos de tribuno y 1560 de centurión. Además se ha de sumar al total casi una legión de pretorianos —cuya paga era proporcionalmente mayor en todos los grados—, sin contar con las oportunidades que proporcionaba la cada vez más formal organización de las unidades auxiliares, compuestas por soldados no ciudadanos. Estas se organizaron en cohortes de infantería y *alae* de caballería de un tamaño comparable, por lo general mandadas por ciudadanos romanos, si bien en ocasiones sacados de la aristocracia de los pueblos donde se había reclutado la unidad. Al principio lo habitual era entregarle el mando de estas unidades a un antiguo centurión veterano. Durante algún tiempo Augusto probó colocando a dos hombres jóvenes de la clase senatorial como mandos conjuntos de un *ala* de caballería, con la esperanza de otorgarles experiencia dirigiendo y ocupándose de jinetes antes de que ascendieran a puestos más importantes en las legiones. No obstante, con el paso de

los años se fue decantando más por prefectos o tribunos ecuestres para dirigir cada unidad auxiliar. Esto representaba un inmenso incremento en el número de cargos públicos disponibles permanentemente accesibles a los *equites*; lo cual además los implicaba al realizar un juramento al *princeps* y recibir de él su cargo, paga y futuros ascensos y beneficios.[385]

Mantener un sustancial ejército en armas era un importante sistema para satisfacer las aspiraciones de este importante grupo, así como de mantenerlos ocupados, a ellos y a quienes se sentían inclinados a alistarse a filas. Fue un antiguo centurión de Sila quien reunió un ejército para Catilina en el 63 a. C., sin contar con que este tipo de hombres tuvieron un importante papel a la hora de volver efectivos a los ejércitos de la guerra civil. Dion Casio, escribiendo desde la cáustica perspectiva de un senador de comienzos del siglo III d. C., hace que Mecenas aconseje a Augusto reclutar soldados para el ejército para impedir que los jóvenes desempleados se volvieran bandoleros. Un peligro mayor era que podían alistarse en el ejército de un contrario.[386]

La conciencia de grupo y los intereses existentes tuvieron un papel destacado a la hora de dar forma al nuevo ejército. En la República era normal renumerar a las legiones cada año, de tal modo que los cónsules mandaran las legiones de la I a la IV. Este sistema se interrumpió en el siglo I a. C., cuando las legiones, sobre todo las de Julio César, se mostraron tremendamente protectoras de su identidad, por más que después lucharan por Lépido, Antonio o el joven César. Las legiones de Antonio cambiaron rápidamente su lealtad por la de César tras Accio, pero en muchos casos se negaron a renunciar a los números, nombres y tradiciones de sus unidades. Esto significa que desde el comienzo mismo el recién reorganizado ejército no estuvo numerado de una forma lógica. Había dos de las legiones IV, V, VI y X y no menos de tres con el numeral III. Varias, como la *Legio V Alaudae* mantuvieron su identidad a pesar de su estrecha asociación con

Antonio, quizá porque antaño habían luchado lealmente por Julio César. Esta legión continuó utilizando como símbolo el elefante, en conmemoración de los elefantes de guerra de Pompeyo que derrotaron en Tapso en el 46 a. C.[387]

La *Legio V Alaudae* era una de las seis legiones que se preparaban para la campaña en el noroeste de Hispania. También estaban la I y la II, así como la *VI Victrix*, probablemente la IX (por lo general escrita de la forma arcaica VIIII por sus miembros), que se ganaría el nombre *Hispana* durante estos años y, desde luego, la *Legio X Gemina*; *gemina* significa «gemela» y también existían una *XIII Gemina* y *XIV Gemina*, si bien ninguna de ellas tomó parte en las operaciones en Hispania. En todos los casos se trató de legiones formadas al amalgamar dos unidades existentes. Una de las que formaba la *X Gemina* sirvió bajo Antonio y afirmaba descender de la vieja X de Julio César y durante algún tiempo mantuvo el apelativo de *Equestris*, que se remontaba al 58 a. C., cuando sus miembros sirvieron brevemente a caballo y bromeaban con que su comandante quería hacerles ecuestres. Amalgamar dos unidades probablemente mantuviera el orgullo de ambas y está claro que se consideraba preferible a disolver una legión establecida.[388]

Tanto a los oficiales como a los soldados se les permitieron sus tradiciones, pero al recién reorganizado ejército no se le iba a consentir y a mimar tan generosamente como a las legiones de los años de la guerra civil. El período de servicio fue ampliado para los soldados de a pie y al poco tiempo quedaron obligados a servir por el tradicional máximo de dieciséis años antes de volverse elegibles para una entrega de tierras al licenciarse. En un momento dado, se añadió la obligación de servir otros cuatro años más, durante los cuales eran clasificados como veteranos y quedaban excluidos de ciertas obligaciones, si bien debían permanecer con su unidad y sometidos a disciplina. Las promesas de recompensas y primas se volvieron ocasionales en vez de ser algo

regular para asegurar la lealtad, y solo Augusto o miembros de su familia extensa podían realizarlas. El cambio de actitud vino marcado con un cambio en el lenguaje. Durante las guerras civiles, por lo general el joven César imitaba a su padre y se dirigía a sus oficiales y soldados como *commilitones*, o «camaradas». Después del 30 a. C. esta familiaridad cesó y fueron siempre *milites*, o «soldados», una regla que insistió en que siguieran todos los gobernadores o comandantes, incluyendo los miembros de su propia familia. En Hispania continuó imponiendo la rígida disciplina que había puesto en práctica en Iliria. Leemos que hubo centuriones humillados simbólicamente haciendo que permanecieran firmes delante de su tienda, en ocasiones sujetando un trozo del material utilizado para hacer las murallas, o sin el cinturón, de modo que la larga túnica militar colgara hasta las rodillas como el vestido de una mujer.[389]

Los oficiales superiores también fueron atados en corto. Durante su juventud, César a menudo corrió grandes riesgos y, si bien al final triunfó, hubo momentos de gran peligro hasta conseguirlo, sobre todo en la guerra contra Sexto Pompeyo. Ahora maduro —tenía treinta y ocho años cuando comenzó la campaña cántabra—, Emperador César Augusto se inclinaba más hacia la cautela. Según Suetonio:

> Consideraba que nada era menos adecuado en un líder competente que el apresuramiento y la temeridad, de modo que algunos de sus lemas favoritos eran: «Apresúrate despacio», «Mejor un comandante seguro que uno osado» y «Lo que se hace deprisa no se hace bien».
>
> Acostumbraba a decir que ni la batalla ni la guerra habían de iniciarse sin pensar, sino solo cuando la promesa de la ganancia claramente sobrepasara el coste del fracaso. Pues comparaba a aquellos que se arriesgaban a fuertes pérdidas por pequeñas ganancias con un hombre que pescaba con un anzuelo de oro, la pérdida del cual no podía ser igualada por ninguna captura que llegara a conseguir. [390]

El instinto de un aristócrata romano colocado a la cabeza de un ejército —sabiendo que su período de mando sería temporal,

deseoso de incrementar la reputación de su familia y, tras siglos de éxitos romanos, convencido con suficiencia de que la victoria era poco más que cosa hecha— lo inclinaban a acciones audaces, incluso temerarias. Augusto no quería que sus legados, o los pocos procónsules senatoriales dejados al cargo de un ejército, buscaran guerras innecesarias o corrieran el riesgo de serias derrotas simplemente por conseguir gloria y botín al estilo de Pompeyo o Julio César, o los otros muchos comandantes de generaciones anteriores. Las derrotas daban mala imagen de él, aunque se encontrara lejos del teatro de la guerra. Era el precio de sus vastas responsabilidades provinciales y de la *auctoritas* de ser el hombre que había acabado con las guerras civiles y llevado la paz al Estado. Emperador César Augusto no podía permitirse demasiados reveses, ya fuera en persona o mediante sus delegados.[391]

Tampoco había demasiados éxitos espectaculares y bien publicitados que no supusieran un cierto grado de peligro de no ser conseguidos por él o gente como Agripa o Estatilio Tauro, quienes procedían de su círculo de íntimos y estaban tan unidos a él que Augusto compartía la gloria. Como hemos visto, resulta dudoso que Augusto impidiera abiertamente el intento de Craso de celebrar los *spolia optima* y, como otros muchos, al aristócrata se le permitió el triunfo. A partir de ahora pocos hombres tendrían la oportunidad de participar en campañas a esa escala a menos que fueran íntimos de Césr Augusto, e incluso entonces había riesgos. Fue probablemente en el 26 a. C. cuando el hombre que había dejado gobernando Egipto cayó en desgracia. El ecuestre Cornelio Galo había guerreado con gran éxito, acabando con la rebelión del Alto Egipto y luego consiguiendo victorias y saqueando el reino que había al sur después de que este lanzara ataques para saquear la provincia romana. Sin embargo, celebró sus victorias de forma demasiado visible; se conserva una inscripción proclamándolas y, según Dion Casio, hizo que otras fueran inscritas en las propias pirámides. El historiador también afirma

que chismorreaba sobre Augusto sin reservas y de modo nada halagüeño; lo cual resultaba especialmente peligroso porque lo conocía bien. El juicio de Galo ya se había demostrado como cuestionable en el pasado, por ejemplo al admitir en su círculo a un profesor de retórica que, mientras era el tutor de la hija de Ático, había seducido a la niña. Semejante comportamiento era especialmente inadecuado en un liberto y, dado que la niña se casó después con Agripa, Augusto se enfadó especialmente al escuchar la bienvenida que el hombre recibió de Galo.[392]

Como sucede tan a menudo, resulta imposible averiguar los detalles. El acusador de Galo fue un tal Valerio Largo, que había sido asociado suyo y presumiblemente otro de los hombres que disfrutaban de al menos cierto grado de favor del *princeps*. Sin embargo, la situación no está clara, pues Largo tenía reputación de lanzar acusaciones salvajes y a menudo injustificadas. Dion nos cuenta la historia de un hombre que, al reunirse con Largo por primera vez, le preguntó si lo reconocía. Largo dijo que no, y el hombre hizo todo un alarde de hacer que esto quedara recogido por escrito por si acaso el acusador intentaba alguna vez presentar cargos por alguna ofensa imaginaria. También nos dice que, en una ocasión, otro de los miembros del círculo de íntimos de Augusto —se da el caso de que también era un ecuestre como Galo— nada más ver a Largo se cubrió la boca y la nariz con la mano sugiriendo que no era seguro siquiera respirar en presencia del hombre.[393]

César Augusto le retiró su favor a Galo y lo privó de su cargo. Los cargos concretos se desconocen, pero probablemente tuvieran que ver con las leyes contra la corrupción de los gobernadores provinciales —algo a lo que los ecuestres no habían estado sometidos formalmente—. Sin embargo, en cuanto a sus deberes y poderes, Galo había sido un gobernador; de modo que quizá fuera un alivio para el Senado que se le exigieran cuentas con las mismas reglas que a los senadores que actuaban en ese puesto.

Egipto era una importante fuente de ingresos y grano que Augusto mantenía bajo estrecha supervisión y cualquier desfalco excesivo por parte de Galo o los hombres a su mando no habría sido considerado favorablemente. Es posible que el ecuestre solo estuviera actuando de forma demasiado descarada, como habían hecho muchos gobernadores provinciales en el pasado, pero todo esto no es sino pura conjetura.

Privado de la amistad, o *amicitia*, de Augusto —un gesto visto como un signo de hostilidad directa por parte de César—, el Senado votó encantado condenarlo y exiliarlo. Galo perdió la esperanza y se suicidó, algo que Suetonio afirma hizo que a Augusto se le saltaran las lágrimas, quejándose de que «era el único que no podía poner límites a la ira mostrada contra sus amigos». Interpretar el episodio como signo de una oposición concertada en el Senado no resulta convincente, y muy bien puede haber sido indicio del desesperado entusiasmo de algunos senadores por conseguir su favor haciendo lo que creían que el *princeps* quería. También es posible que los ataques contra Galo pretendieran demostrar que incluso los gobernadores ecuestres nombrados por Augusto no estaban por encima de la ley. Si es así, puede que todo contara con la aprobación del *princeps* o, cuando menos, la de sus representantes en Roma, como Agripa, Estatilio Tauro y Mecenas.[394]

EL LIBRO FINAL DE AUTOBIOGRAFÍA

Augusto dividió el ejército en columnas, cada una de las cuales avanzó hacia las montañas cántabras por un camino diferente. El objetivo parece haber sido apoderarse de los pasos principales y someter los más importantes asentamientos fortificados de los pueblos locales. La arqueología ha confirmado que hubo importantes luchas y destrucción en varios de estos emplazamientos, además de haber localizado varios campamentos temporales construidos por los romanos durante estas campañas. Desgraciadamente, hasta el momento se ha demostrado imposible relacio-

nar ninguno de estos yacimientos con los nombres mencionados en los breves (y casi con total seguridad completamente embrollados) relatos de las fuentes antiguas. Augusto terminaba su propia autobiografía con su victoria en estas guerras; pero en las narraciones que se conservan casi no hay rastro alguno de esta obra perdida. No se conservan historias de hazañas y peligros personales acontecidos en esta campaña; de hecho, parece que el mayor de los riesgos corridos por él no tuvo que ver con el enemigo. Antes de que la guerra terminara, cayó de nuevo seriamente enfermo y regresó a Tarragona, supervisando desde allí las operaciones hasta que terminaron en el 25 a. C.[395]

Los cántabros y astures lucharon con considerable determinación y hay historias de guerreros asediados que prefirieron suicidarse antes que rendirse. Existe una fuerte y muy engañosa tendencia a asociar automática la guerra en Hispania en cualquier período con una guerra de guerrillas. En un terreno tan montañoso, las emboscadas ciertamente tuvieron su papel y leemos sobre un ataque sorpresa frustrado por los informadores de una comunidad aliada, lo cual permitió a los romanos reforzar rápidamente al contingente amenazado y derrotar al enemigo. Pese a lo cual está claro que parte de los combates tuvieron lugar a gran escala y que hubo numerosos asedios. Las pérdidas romanas fueron significativas, pues no todos los enfrentamientos fueron exitosos y asaltar, aunque fuera un pequeño pueblo fortificado, resultaba muy peligroso para los atacantes. En un momento dado, una flota que transportaba una sustancial fuerza de soldados partió desde Aquitania (Galia) y desembarcó una o más veces en la costa norte de Hispania, atacando mientras el enemigo estaba distraído con las columnas principales.[396]

Existen similitudes entre estas y las operaciones en las montañas de Iliria, si bien el número de soldados que sirvieron en ambas resulta imposible de saber. Tampoco está claro hasta qué punto las lecciones aprendidas en un teatro de operaciones fue-

ron pasadas a las unidades de otros lugares. Los campamentos temporales construidos durante esas campañas siguen la tradición del ejército Republicano y aprovechan los contornos del terreno. Si bien resulta innegable que las estructuras internas fueron situadas de un modo organizado —algo que había ganado la admiración de los observadores griegos desde el siglo III a. C.—, no llegan a seguir el plan estándar en forma de naipe y el modelo notablemente consistente de distribución interna que se volvería normal en las próximas décadas. Al igual que las condiciones del servicio, las rutinas y ejercicios del ejército romano no fueron creados e introducidos de forma instantánea, sino que se fueron desarrollando gradualmente durante la vida de Augusto según se fueron imponiendo más y más reglas.[397]

Al igual que en campañas anteriores, los romanos intentaron conseguir la posición dominante mientras sus columnas se abrían paso por los valles y pasos. Una fortaleza fue rodeada por una muralla de 15 kilómetros que negaba cualquier posibilidad de escape a sus defensores. Fue una guerra cruda, metódica y no especialmente glamurosa, pero ofreció a oficiales y soldados la posibilidad de ganar distinciones y ascensos u otras recompensas. El título honorario de *Augusta* le fue concedido tanto a la I como a la II legiones; la última de las cuales adoptó el signo astrológico de Augusto, capricornio, como uno de sus emblemas.[398]

Se necesitaron dos años de duras campañas antes de poder declarar la victoria, siendo enviada la noticia a Roma para que las puertas del templo de Jano volvieran a cerrarse. Augusto fue saludado como *imperator* y el Senado le concedió un triunfo. Aceptó el saludo, pero declinó celebrar el triunfo, algo que nunca volvería a conmemorar. La eficaz declaración de que no necesitaba gloria personal porque ya había conseguido tanta era más poderosa que otro desfile por el corazón de Roma. Al igual que Agripa, trabajaría sin recompensa por el bien del Estado; en este caso al menos sin la recompensa de honores convencionales. Al

final, la declaración de victoria final demostró ser prematura, pues cántabros y astures reanudaron la lucha poco después de que Augusto abandonara Hispania. Hubo más campañas, que culminaron en una característicamente efectiva, si bien despiadada, operación dirigida por Agripa en el 19 a. C. Incluso así, la lucha no se decantó al principio del lado de los romano: la *I Augusta* fue desposeía del título por un fracaso (posteriormente se ganaría el título de *Germanica* tras un largo servicio en esa frontera).[399]

Augusto asumió su noveno consulado en Tarragona el 1 de enero del 25 a. C. Es posible que abandonara la ciudad para ir en persona a recibir la rendición de alguno de los líderes cántabros; pero su enfermedad seguía siendo seria y no resulta muy probable que viajara mucho. Esto no significa que permaneciera ocioso. Sabemos de varias embajadas de provincias que fueron a Roma y, tras ser presentadas al Senado, viajaron a Tarraco a ver a Augusto y es muy poco probable que no fueran las únicas. Es indudable que de todo el Imperio llegaron peticionarios con la esperanza de ver aceptadas sus solicitudes.[400]

Solo una minoría de las personas que vivían en las provincias vieron a Augusto en persona. Su imagen es otra cuestión, pues se volvería más habitual que la de ningún otro individuo, ya fuera humano o divino. Todas las monedas de oro o plata eran acuñadas por los romanos y llevaban o bien su efigie o bien un símbolo estrechamente asociado a él. Su nombre aparecía en monumentos y se erigieron estatuas suyas por toda Italia y las provincias. Se trataba de un Augusto idealizado, guapo, autoritario y alto. También eternamente joven o, mejor todavía, siempre en la flor de la vida. No existe una sola imagen de un Augusto anciano o de mediana edad.

Esto no significa que no fuera consciente de su mortalidad, sobre todo a la vista de sus repetidos brotes de enfermedad, o que no se preocupara por el porvenir de su familia. Antes de acompa-

ñarlo a España, Marcelo y Tiberio habían adoptado la toga de la edad adulta y se habían convertido en hombres formalmente. Las campañas les habían permitido saborear la vida militar —algo que el hijo de Livia llegaría a disfrutar—. Para los jóvenes aristócratas las alianzas matrimoniales eran una parte importante de sus ambiciones. Dado el papel representado por su adopción por parte de Julio César en su propio ascenso, Augusto sabía que cualquier relación con su familia extensa era importante. Si Livia estaba con él, es indudable que la pareja discutió estas cosas con detalle; algo que está claro sucedió en relación con la mayoría de los asuntos familiares. Tiberio fue prometido a Vipsania, la hija de Agripa, mientras que Marcelo recibió un favor aún mayor y lo fue a Julia, el único hijo de Augusto. El matrimonio entre primos hermanos era raro incluso entre los muy endogámicos matrimonios de las familias aristocráticas de Roma. Era otro signo de que César Augusto, a pesar de lo mucho que hablaba de tradición, no estaba atado por las viejas reglas.[401]

XIV

EL «TÍTULO DE MAYOR PODER»

¡Gentes de Roma! César, del que se ha dicho que buscaba una corona de laurel al precio de su vida, viene a casa victorioso como Hércules desde las costas de Hispania. Dejemos que la dama

que se regocija con su incomparable esposo aparezca,

realizando el ritual debido a los justos dioses, y junto

con ella la hermana de nuestro querido líder…

HORACIO, 24 a. C., describiendo el retorno de César Augusto desde Hispania[402]

El viaje de regreso a casa desde Hispania llevó mucho tiempo. Augusto se puso malo de nuevo, probablemente un rebrote del mismo problema que lo había molestado en años recientes. Se sabía que la abarrotada metrópolis que era Roma no resultaba muy saludable, de modo que siguió la aristocrática costumbre de permanecer alejado de la ciudad mientras se recuperaba. Puede que ya estuviera en Italia el 1 de enero del 24 a. C., pero ciertamente no en Roma para asumir en persona su décimo consulado. Esto no impidió al Senado jurar que ratificaría todas sus hazañas formales y garantizándole su «petición» de que se le permitiera ofrecer un presente de 400 sextercios a todos los ciudadanos de Roma, repitiendo la generosidad que acompañó a sus

triunfos. Los senadores respondieron votando más honores para el *princeps*, algunos de los cueles fueron declinados.[403]

Como colega consular, Augusto tuvo a Cayo Norbano Flaco —casado con la hija de Balbo el Joven e hijo de uno de los principales comandantes de la campaña de Filipo—. Agripa y Estatilio Tauro seguían en Roma, al igual que Mecenas, de modo que no escaseaban los subordinados leales e inmensamente ricos y poderosos para asegurarse de que los asuntos se arreglaban a satisfacción de Augusto, incluso cuando no ostentaban cargos formalmente. Tauro mantenía una importante fuerza de fornidos esclavos germanos en su casa, si bien no hay pruebas de que estos fueran utilizados para coaccionar a otros. Es indudable que en la ciudad había algunos pretorianos, a pesar de que, como mínimo, el *prínceps* fuera acompañado a Hispania por varias cohortes, de modo que los seguidores de Augusto no carecían de algunas fuerzas a su inmediata disposición.[404]

Más importante resulta que Agripa se encontraba inmerso en una serie de grandes proyectos constructivos, que proporcionaban muchos puestos de trabajo bien pagados, así como una publicidad constante a la gloria de Augusto y la paz traída por sus victorias. En el 26 a. C. la Saepta —rebautizada Saepta Julia en honor de Julio César, pero más concretamente de su hijo— fue terminada y formalmente inaugurada en el Campo de Marte, con la zona de votaciones pavimentada con mármol y engalanada con estatuas y pinturas de gran calidad, además de con gran parte del recinto ricamente protegido con toldos, de modo que los votantes pudieran disfrutar de la sombra además de admirar las obras de arte. Cerca, y alineados con ella, había unos baños públicos y una zona de ejercicio, una basílica dedicada a Neptuno —y por tanto recordatorio de las victorias de Nauloco y Accio— y un magnífico templo que no tardó en conocerse como el Panteón, pues contenía estatuas de todos los grandes dioses y diosas. Originalmente Agripa planeó colocar entre ellos

una estatua de Augusto y llamar a la estructura el Augusteo, pero el *princeps* rechazó un honor que olía demasiado a deificación. Es posible que la historia no fuera sino una oportunidad para hacer alarde de su modestia. En el interior se colocó una estatua del divino Julio César, mientras que imágenes de Augusto y Agripa adornaban el porche de entrada, a una segura y respetuosa distancia de las de los dioses. Es más que probable que el frontón encima de la entrada estuviera decorado con un grabado de la *corona civica*, lo cual era un nuevo recordatorio de los servicios de Augusto a sus conciudadanos.

Siglo y medio después, el emperador Adriano reconstruyó el Panteón en el mismo emplazamiento, pero con una orientación distinta, y esta es la gran estructura de impresionante techo abovedado que los visitantes pueden ver hoy día. El edificio de Agripa era más convencional en cuanto a su diseño, pero seguía teniendo una escala monumental. Adriano dejó o renovó la inscripción original, de modo que el nombre de Agripa se grabó en la parte frontal del edificio, lo cual nos proporciona un práctico ejemplo de cómo para los romanos restaurar un edificio repercutía en la gloria tanto de su creador como de su restaurador. Indudablemente, era más útil para este último, que estaba vivo cuando el trabajo quedaba terminado. Las mejoras de Agripa en el Campo de Marte proporcionaron muchos empleos a las gentes de Roma, al mismo tiempo que unas instalaciones prácticas y lujosas, continuando así la pauta comenzada durante su extraordinario período como edil hacía una década. En los años siguientes, los baños fueron ampliados y el aporte de agua mejorado con la construcción de un nuevo acueducto, el Aqua Virgo, en el 19 a. C. La basílica proporcionaba más espacio para las cuestiones oficiales; pero, al igual que sus otros proyectos, lo funcional se combinaba con lo estético y entre otros adornos de los que podía presumir se encontraba una famosa pintura de Jasón y los Argonautas. La exposición pública de obras de arte famosas era una

decisión claramente *popularis*, como las bibliotecas públicas en el templo del Apolo Palatino, puesto que hacían accesibles a la población general cosas que normalmente solo los ricos podían permitirse. No obstante, al contrario que políticos anteriores, Agripa nunca mostró sus propios logros de un modo que no contribuyeran a la mayor gloria de Augusto. En vez de ello, celebraban la paz traída por este merced a sus victorias.[405]

Las victorias continuaron. Cuando las puertas del templo de Jano se cerraron por segunda vez en pocos años, fue una declaración pública de los nuevos éxitos traídos por el *princeps*. En todos los largos siglos de la República la ceremonia solo se había celebrado en dos ocasiones, pero resulta difícil saber cuánta gente era consciente de ello, sin contar con que todavía habrían de darse cuenta de que la declaración de paz en Hispania había sido algo prematura. Las noticias de otras provincias también eran buenas, con los generales de Augusto combatiendo en sus propias campañas. Hubo éxitos en los Alpes, el Rin y si bien la carrera de Cornelio Galo terminó en desgracia, no cabe duda de que sus victorias fueron genuinas. Su sucesor, Elio Galo, también era un ecuestre y parece que ya para entonces, si no antes, Augusto había decidido tratar a Egipto de modo diferente y gobernarlo mediante un prefecto ecuestre en vez de un legado senatorial.[406]

Sus instrucciones también fueron abiertamente agresivas. Elio Galo lanzó una expedición contra la Arabia Felix, la zona noroccidental de la península arábiga, cuya población prosperaba como intermediaria en el comercio de lujo de especias, gemas y seda. Desde el princpio, cuando muchos navíos se perdieron en el mar Rojo en una tormenta, el ataque fue mal. La columna romana sufrió para superar las condiciones del desierto, perdiendo un puñado de hombres en acciones del enemigo, pero muchos más de sed, insolación y enfermedades. Elio Galo siguió el camino equivocado —posteriormente un aliado fue acusado y ejecutado por sus consejos, pero resulta difícil saber si fue genuinamente

malintencionado o simplemente incompetente—. Se apoderaron de varias fortalezas, pero se quedaron sin agua y tuvieron que abandonar el asedio de la última que alcanzaron. Si bien carentes de la habilidad necesaria para conseguir sus objetivos, Elio Galo y sus hombres demostraron una testaruda determinación y consiguieron retirarse bastante mejor de lo que había sido su avance.

La invasión fue un indudable y costoso fracaso, pero tuvo lugar muy lejos y a una escala bastante modesta, implicando como mucho parte de dos legiones junto con auxiliares y aliados. Al igual que las expediciones de Julio César a Britania, que consiguieron tan poco, pero fueron celebradas con desmesura, Arabia era exótica, misteriosa y, lo mejor de todo, se encontraba en una región nunca hollada antes por un ejército romano. Augusto proclamó una victoria y a nadie le preocupó mucho la verdad. Ningún senador había acompañado a la expedición, ni lo harían con Publio Petronio, el sucesor de Elio Galo, cuando marchó con gran parte del ejército provincial al Nilo arriba hacia el sur, consiguiendo victorias entre la primera y la segunda Catarata. Una de las principales ciudades de los etíopes fue tomada al asalto y se declaró otra victoria sobre un pueblo exótico y remoto, esta vez justificadamente.[407]

Los éxitos en el extranjero, aunque algunos fueran más imaginarios que reales, reforzaron la estabilidad interna romana. El *princeps* parecía estar cumpliendo su promesa de llevar el orden a las provincias que se le habían confiado, ya fuera en persona o mediante sus representantes. Si hubo problemas en la gestión diaria de Roma como resultado de la prolongada ausencia de uno de los cónsules, se hallaron los medios para lidiar con ello. El camino no siempre fue tranquilo. En el 26 a. C., Marco Valerio Mesala Corvino, hijo de un cónsul y, él mismo, cónsul sufecto en el 32 a. C., además de un hombre que en el pasado había estado del lado de los Libertadores y luego de Antonio, fue nombrado prefecto de la ciudad *(praefectus urbis)*. Julio César ha-

bía revivido este cargo arcaico, eligiendo a varios hombres para que se encargaran de la administración de Roma durante su ausencia, pero por lo demás pertenecía a los poco conocidos y distantes años de la primera República. Mesala dimitió a los pocos días «porque no sabía cómo ejercer» su cargo. Resulta tentador interpretarlo cómo el resultado de haberse dado cuenta de que su poder estaba limitado y de que la manipulación entre bambalinas de los acontecimientos por parte de los cómplices cercanos de Augusto lo convertía en una farsa; pero es pura conjetura, igual que la idea moderna de que se encontraba presionado por otros aristócratas que desaprobaban al régimen. Años después, el cargo fue revivido y entregado al fiable Estatilio Tauro.[408]

EDAD, ENFERMEDAD Y MUERTE

Cuando Augusto regresó finalmente a Roma ya estaba muy avanzado el año; pero pudo viajar usando carreteras recién restauradas. Él mismo había pagado la restauración de la via Flaminia y animado a otros senadores, sobre todo a los hombres que habían triunfado, a trabajar en otras carreteras principales. Unos pocos siguieron su ejemplo, pero al final el grueso de la tarea fue realizado por César Augusto y Agripa. De nuevo eran proyectos que combinaban lo práctico con un poderoso mensaje visual. Los mojones recogían el nombre del restaurador, mientras que en puntos destacados, como grandes puentes, había estatuas del *princeps*.[409]

Las estatuas eran elegantes y mostraban a un hombre fuerte cuyo rostro no mostraba rastros de edad o estrés, en contraste con los retratos con papada y profundas arrugas tan habituales en Roma durante las últimas generaciones. Sin embargo, lo cierto es que César Augusto tenía treinta y nueve años y estaba acosado por serias enfermedades, tanto que no pudo asistir a la boda de Marcelo y Julia. Agripa lo hizo en su lugar —una afirmación tan cierta en tantas situaciones—. Nadie, ni siquiera el propio Augusto podía estar seguro de cuánto más viviría. Desconocemos

la causa de su constante mala salud, si bien Suetonio nos dice que el problema era su hígado, de modo que podemos suponer que seguramente era algo relacionado con esa zona del cuerpo. Algunos historiadores han presentado la enfermedad como una invención, destinada a asustar a la población con la posibilidad de que el *princeps* pudiera morir y retornara la guerra civil, de tal modo que se sintieran agradecidos por que continuara viviendo y aceptaran su dominio como la mejor alternativa. Otros han sugerido que la enfermedad era psicosomática, si bien un eminente historiador señaló que esta es siempre «una sugerencia popular entre los médicos para enfermedades que no pueden diagnosticar».[410]

Preparar a la siguiente generación para una carrera pública era natural para los aristócratas romanos. Tanto Marcelo como Tiberio habían alcanzado la mayoría de edad públicamente antes de abandonar Roma para acompañar a Augusto a Hispania. Era algo normal, igual que conseguir su primera experiencia militar y provincial formando parte de los ayudantes de un pariente, si bien eran demasiado jóvenes como para que se les diera el cargo de tribunos militares. No obstante, la atención que continuaron recibiendo era mucho mayor de lo normal. Los dos jóvenes regresaron a Roma antes que César, pero en sus últimas semanas con el ejército en Hispania presidieron una serie de juegos y entretenimientos destinados a los legionarios al final de la campaña. Entonces, en el 24 a. C., animado por Augusto, el Senado les concedió carreras aceleradas. Fueron incorporados al rango senatorial y Marcelo considerado un expretor al tiempo que se le concedía el derecho a ostentar cada cargo, incluido el consulado, diez años antes de la edad normal. A Tiberio se le concedió ostentar cargos cinco años antes.

En otoño, los dos chicos de dieciocho años se presentaron a cargos, ciertamente animados abiertamente por Augusto y, entra en lo posible, que también con su presencia física durante la

campaña política y las elecciones. El resultado nunca estuvo en duda, al igual que con cualquiera de sus recomendaciones: Marcelo fue elegido edil y Tiberio cuestor. Si bien eran excepcionalmente jóvenes, no debemos olvidar que ambos eran miembros de antiguas y extremadamente prestigiosas familias nobles. En este sentido eran muy aceptables para otros senadores, más que alguien como Agripa.

Marcelo fue especialmente favorecido, al recibir un cargo superior así como el mayor honor del matrimonio con la única hija del *princeps*. No obstante, los honores concedidos a Tiberio seguían siendo generosos y muy excepcionales; pues su prometida, Vipsania, era la hija de un hombre que podía presumir de tres consulados, y nieta de Ático. En el 23 a. C., Augusto escogió al hijo de Livia como su propio cuestor y le concedió la especial responsabilidad de organizar los envíos de grano en las últimas etapas de su viaje a Roma. También recibió instrucciones para que investigara las barracas de esclavos existentes en muchas de las grandes haciendas rurales, de algunas de las cuales se sospechaba con razón que encarcelaban injustamente a viajeros inocentes y los obligaban a trabajar. Ambas eran tareas útiles y, lo que es igual de importante, le daban la posibilidad de rendir un destacado y popular servicio público. Lo mismo era todavía más cierto para Marcelo, que como edil era responsable de organizar juegos, lo cual hizo con un estilo especialmente memorable, ayudado por su tío y suegro, el *princeps*. Se erigieron toldos sobre las gradas temporales del Foro para dar sombra a la audiencia, y entre los artistas hubo un bailarín con categoría ecuestre y una joven de una familia aristocrática.[411]

En el 23 a. C., Marcelo y Tiberio tenían ambos diecinueve años. Augusto tenía cuarenta y era cónsul por undécima vez. Su colega electo iba a ser un tal Varrón Murena, pero murió o bien a finales del 24 a. C. o muy a principios del año siguiente. Su reemplazo fue Cneo Calpurnio Pisón, que había luchado contra

él en Filipos. La familia de Pisón era distinguida, pero desde la guerra civil había participado poco en la vida pública y se dice que en el pasado había rechazado las sugerencias que le hicieron para que se presentara a cargos. Esta vez lo convencieron y no sabemos qué le hizo cambiar de opinión, pero rompió la línea de colegas consulares conocidos por ser estrechos colaboradores de Augusto. Puede que la intención fuera convertirlo en signo de reconciliación, o al menos de la garantía de que los aristócratas de familias asentadas podrían disfrutar de los honores que sentían les correspondían.[412]

El año no fue bien, pero eso no tuvo nada que ver ni con el cónsul ni con su habilidad para trabajar juntos, sino que se debió a desastres naturales. Estalló una seria epidemia, que causó importantes pérdidas de vidas por toda Italia y alcanzó Roma en varias ocasiones durante este año y el siguiente. El Tíber se desbordó, afectando a las partes bajas de la ciudad y originando más enfermedades, mientras que las malas cosechas produjeron escasez de grano. Si bien los esfuerzos de Tiberio pueden haber ayudado, el mercado quedó muy afectado y los precios se dispararon. Augusto utilizó sus propios fondos para realizar doce entregas —probablemente una al mes— de grano o harina a 250 000 ciudadanos de Roma para aliviar las dificultades de los menos favorecidos.[413]

Todos esperaban que César Augusto muriera. En un momento dado de la primera mitad del año volvió a estar críticamente enfermo con los mismos problemas de hígado que llevaban persiguiéndolo algún tiempo. El tratamiento normal consistía en compresas calientes, pero estas no consiguieron calmarlo. Augusto llamó junto a su lecho a los principales magistrados, prominentes senadores y representantes del orden ecuestre y les habló de asuntos de Estado. Al final de la sesión, le pasó su anillo de sello a Agripa, pero le dio un informe del estado actual del ejército y las cuentas públicas a su colega Pisón. No se mencionó

a Marcelo, y de forma completamente deliberada Augusto no nombró a un sucesor. Esto habría resultado difícil, porque sus poderes y *autoritas* eran personales y no había un cargo formal de *princeps* que traspasar a alguien. Por otra parte, Marcelo solo tenía diecinueve años y se encontraba justo al comienzo de su carrera, incluso Augusto asumió la posición de su padre con el paso del tiempo. Si César Augusto hubiera muerto, Agripa hubiera sido el mejor situado para hacerse con el control de la mayoría de sus legiones; pero su ausencia de conexiones políticas y su pasada inclinación a entregar la parte del león del crédito por sus logros a su amigo eran debilidades. No era César, ni de familia noble en absoluto, y es muy posible que hubiera tenido que luchar por conservar cualquier poder que hubiera podido conseguir.

César Augusto se agarró a la vida, si bien durante algún tiempo fue incapaz de aguantar más reuniones e incluso de tomar decisiones importantes. Se trajo un nuevo médico para tratarlo, Antonio Musa, quien como muchos otros de sus colegas probablemente procediera del mundo helenístico. Invirtiendo el tratamiento normal, utilizó compresas y baños fríos en vez de calientes. El *princeps* respondió al tratamiento y poco a poco recuperó las fuerzas. Ya fuera responsable el tratamiento de Musa o que su cuerpo sencillamente se recuperó solo, César nunca volvió a encontrarse seriamente enfermo o a tener problemas de hígado. Otras enfermedades, incluidos catarros y la tendencia a enfermar al comienzo de la primavera y en torno a su cumpleaños, en septiembre, reaparecieron la mayoría de los años, pero el aparentemente frágil Augusto de hecho llegaría a vivir tres décadas y media más.

El convaleciente *princeps* recompensó ricamente a Musa por esta aparentemente milagrosa cura. El Senado lo imitó con su propia demostración pública de gratitud y no tardó en concederle al médico una generosa suma de dinero adicional, así como el derecho a llevar un anillo de oro. También encargó una estatua

suya y la erigió junto a la de Escolapio, el dios de las curas, al tiempo que él y sus colegas de profesión quedaron exentos permanentemente de pagar impuestos. Según se fue extendiendo la noticia, individuos y comunidades ofrecieron gracias públicas por el restablecimiento de César Augusto.[414]

La estabilidad estaba asegurada —al menos de momento— e incluso aquellos que no se sentía especialmente inclinados hacia el *princeps* estaban encantados de ello. No obstante, existía cierta preocupación por el futuro y corrían rumores que se preguntaban por qué Marcelo había sido ignorado, lo cual dejaba claro que al menos algunos consideraban el favor que le había demostrado un signo de que estaba preparando un heredero. A Augusto no le gustaron las habladurías, que dañaban su, por otra parte, muy correcta y pública entrega de responsabilidades a su colega consular y a su viejo amigo. Cuando estuvo lo bastante recuperado como para comenzar a asistir a las reuniones del Senado, negó públicamente que hubiera nada de verdad en la creencia de que Marcelo estuviera siendo preparado para sucederlo. Como prueba Augusto había llevado con él un documento que afirmaba que era su testamento y se ofreció a leérselo a los senadores para demostrarles que nada más allá de los legados normales iban a parar a su sobrino —una interesante repetición de su presentación pública del testamento de Antonio casi una década antes—. Dado que aceptar la oferta hubiera supuesto que la palabra del *princeps* necesitaba ser respaldada con pruebas, los senadores comenzaron a gritar de inmediato que se negaban a dejar que hiciera nada semejante.[415]

El 1 de julio Augusto abandonó Roma para dirigirse al cercano monte Albano, donde renunció al consulado. Fuera de los límites formales de la ciudad, y posiblemente sin haberlo mencionado antes demasiado para evitar que las demostraciones de «lealtad» por parte de los senadores o la población lo obligaran a reconsiderar su decisión, probablemente anunciara también su

intención de no retornar al cargo en el futuro inmediato. El cónsul restante, Pisón, presidió la rápida elección de un cónsul sufecto para reemplazarlo. Al haber sucedido todo tan rápidamente, no está claro cuántos candidatos hubo, y puede que Augusto ya hubiera animado a Lucio Sestio a que se presentara. Sestio había sido cuestor de Bruto y luchado con él contra el joven César. Si bien se rindió tras Filipo y fue perdonado, seguía siendo abierto y entusiasta en sus alabanzas del fallecido Libertador, conservando en su casa imágenes de Bruto y realizando panegíricos de forma regular. La elección de un hombre que claramente no era un compinche del *princeps* fue muy admirada, sobre todo por la aristocracia. Al igual que Pisón, era considerado un hombre muy adecuado para ostentar la magistratura suprema y, de hecho, a lo largo de la siguiente década muchos cónsules procedieron de la aristocracia. Era otro gesto más en pos de la recuperación de al menos un barniz de normalidad.[416]

A pesar de no ser ya cónsul, Augusto llevaba menos de la mitad de su mando de diez años de todas las provincias militarmente claves del Imperio. Continuaba disfrutando de una inmensa *auctoritas* y, lo que era más importante aún, de un virtual monopolio de la fuerza militar, de modo que su renuncia al consulado en modo alguno debilitó su supremacía. Había que prestar atención al modo en que su dominio iba a expresarse legalmente. El Senado le concedió con rapidez un *imperium* proconsular permanente, garantizándole el derecho formal a controlar sus provincias y las legiones que contenían ahora que ya no poseía el *imperium* de un cónsul. Este poder de mando y capacidad de dispensar justicia por lo general cesaba cuando un individuo retornaba de su provincia y cruzaba el *pomerium* para entrar en Roma —excepto por la dispensa especial que se concedía a un hombre en el día de su triunfo—. Augusto planeaba salir y regresar a Roma con frecuencia y, para evitar la necesidad de renovar la concesión

cada vez que lo hiciera, el Senado añadió, ratificada por la Asamblea Popular, una exención.

Al emperador César Augusto se le concedió un *imperium* proconsular permanente incluso cuando entraba en Roma. También sería definido como superior (expresado años después por la palabra *maius*, o «mayor») al *imperium* de cualquier otro procónsul. En caso de que Augusto alguna vez fuera a una provincia senatorial esto impedía que su gobernador desautorizara sus acciones o decisiones. La concesión no lo situaba al mando de esas provincias además de las suyas, como tampoco requería de él que diera instrucciones regulares a los procónsules. Como antes, seguía recibiendo y respondiendo peticiones de comunidades dentro de esas zonas y sus decisiones eran respetadas por su abrumadora *autoritas* tanto como por cualquier poder formal.

En varias ocasiones en el pasado, César había recibido algunos de los derechos y poderes de los tribunos de la plebe. En el 23 a. C. o bien las revivió o recibió de forma más completa. Como patricio, legalmente no podía ostentar el cargo, a pesar de su intento durante la confusión del 44 a. C. por hacerse con el puesto. Desde el 36 a. C. poseyó —y subsiguientemente Octavia y Livia también— la *sacrosantitas* de un tribuno, la cual convertía en una ofensa contra los dioses causarle ningún tipo de daño. Ahora que ya no era cónsul, carecía del derecho formal a ocuparse de asuntos públicos dentro de la ciudad, de modo que para corregir esta situación se le concedieron los derechos del tribunado. Como magistrado, un tribuno podía convocar una reunión del Senado o el *Concilium Plebis*. Augusto recibió un derecho adicional nunca antes poseído por los tribunos, que le permitía proponer una moción en cada reunión senatorial.[417]

Los detalles concretos de estos nuevos poderes y los motivos por los cuales le fueron concedidos siguen siendo muy controvertidos y continúan siendo objeto de debate entre los historiadores. No hay una respuesta sencilla y, como sucede casi siem-

pre, no tenemos ninguna idea real de lo que motivaba a Augusto y sus consejeros. Seguramente el plan fue el resultado de una cuidadosa preparación, si bien más difícil resulta saber si comenzó antes o después de su enfermedad. El consulado era una conveniente y obvia expresión de poder, a la vez tradicional y distinguida. Y, sin embargo, el 23 a. C. fue el de la novena magistratura consecutiva de Augusto y, con excepción de los primeros dos años, siempre había ejercido durante todo el plazo legal. Hasta ese año, sus colegas habían sido principalmente sus colaboradores más cercanos. Si bien era útil como medio de conservar el poder y actuar de un modo legal y abierto, también significó una década durante la cual el pináculo de la carrera senatorial quedó denegado a todos excepto el círculo íntimo del *princeps*. Las rutinarias renuncias y nombramiento de sufectos disminuían la dignidad del cargo, mostraban el abrumador dominio de Augusto desde que comenzó a controlar el sistema y requerían frecuentes elecciones.[418]

Es posible que Dion Casio tenga razón cuando dice que César Augusto quería dar a más senadores la oportunidad de conseguir la magistratura suprema. Después del 23 a. C. no hubo cónsules sufectos durante una década e incluso entonces se trató de una ruptura aislada en el patrón. La mayoría de quienes ostentaron el cargo procedían de familias aristocráticas, a menudo nobles; pero demasiado jóvenes como para haber participado en las guerras civiles más que en cargos menores, en especial en la cada vez más lejana campaña de Filipo. Hombres como Pisón y Sestio representaban a la antigua elite senatorial y podían asociarse abiertamente con la causa de los Libertadores y desear una *res publica* ideal dirigida por el Senado y dominada por ninguna facción u hombre.[419]

También se trataba de hombres que llevaban viviendo bajo el dominio del triunvirato o del propio César Augusto durante más de veinte años. Lo quisieran o no, no tenían más opción que

aceptar la realidad del nuevo régimen, al menos por el momento. Su presencia en los *fasti*, las listas oficiales de cónsules, y su público desempeño de las obligaciones de sus cargos eran ornamentos de una mancomunidad que funcionaba adecuadamente. Irónicamente, el retorno al patrón de los dos cónsules cada año no solo era tradicional, sino que también impedía que nadie consiguiera demasiado poder o influencia de forma permanente, tal y como se suponía que tenía que hacer. Por muy distinguido que fuera su nombre, ningún cónsul podía competir con César Augusto, cónsul once veces, agraciado con tres triunfos y acreditado formalmente con más victorias todavía y quien seguía estando encargado de controlar todas las provincias más importantes y con un papel activo en la vida pública de la propia Roma.

A pesar de los intentos por interpretar esos años en términos de oposición concertada, no existe ni el menor indicio de que Augusto fuera obligado a este cambio en su posición formal. Seguramente, muchos senadores estuvieron encantados de ver el consulado abierto de nuevo a una competencia mayor entre los candidatos adecuados, pero no todos compartían este punto de vista. Durante unos pocos años la mayoría de los votantes de la *Comitia centuriata* escribieron el nombre de César Augusto en sus papeletas, pese a no presentarse como candidato y de que esas elecciones no solo eran presididas por uno u otro de los aristocráticos cónsules de ese año, sino también muy reñidas —tenemos noticias de extendidos sobornos y algunos estallidos de violencia, en la mejor tradición de las décadas anteriores—. Augusto siempre se negó a aceptar una reelección, pero está claro que muchas personas solo se sentían seguras si contaba con abiertos poderes para mantener la estabilidad y evitar el retorno de la guerra civil. La votación en la *Comitia centuriata* era encabezada, y a menudo decidida, por las centurias compuestas por los pudientes, de modo que no era cuestión de que la gente sin recur-

sos, revoltosa y sin cultivar simplemente quisiera mantener en el poder al hombre que les ofrecía espectáculos y grano gratis.[420]

Era prudente mantener a los senadores razonablemente satisfechos, puesto que eran los hombres con quienes tenía que trabajar tanto en Italia como en las provincias. A excepción de Egipto, los senadores le proporcionaban todos sus legados provinciales, así como los legados menores que mandaban las legiones. El sistema requería un suministro continuo de tales hombres que sirvieran gustosos, aceptando la recompensa de honores, títulos y oportunidades para conseguir reputación para sí mismos y sus familias. Había mucho por hacer. En el 23 a. C. Augusto también incrementó el número de pretores desde lo ocho originales hasta los diez, utilizando los dos extra para ayudar a administrar las finanzas del Estado. Tener dos nuevos cónsules cada año, sumado a sus nuevos poderes supuso contar con funcionarios ejecutivos superiores adicionales y permitió que se hicieran más cosas. Mantener el consulado de continuo también pudo haber sido inconveniente para Augusto y, ciertamente, colocaba una pesada carga sobre los hombros de sus colegas en los años en que el *princeps* estaba fuera de Roma. De modo que había sólidos motivos prácticos para el cambio.[421]

Más importante todavía era la cuestión de cómo debería expresarse abiertamente en el futuro el poder de César Augusto; un futuro que su recuperación de la enfermedad sugería ahora que podía ser bastante duradero. El tacto era importante. Años después se haría gran hincapié en el poder tribunicio y su reinado se dataría según el número de años que lo había ostentado, un sistema seguido por sus sucesores. Tácito, que escribió a comienzos del siglo II a. C. describiría la *tribunitia potestas* como el «título con mayor poder» *(summi fastigii vocabulum)*. Sin embargo, el énfasis puesto en este poder no fue inmediato y el sistema de datación fue al principio poco más que algo conveniente, ahora que ya no era posible contar el tiempo según su número de consula-

dos, como había sido el caso desde el 30 a. C. Muchos romanos tenían fuertes sentimientos hacia los tribunos de la plebe, a quienes veían como los guardianes de los derechos de los ciudadanos y, sin duda, ser asociado a eso tenía su atractivo. Incluso así, los repetidos intentos por obligar al *princeps* a asumir el consulado —y en una ocasión posterior, incluso la dictadura— sugiere que la asociación de Augusto con los tribunos en sí misma producía escasa satisfacción.[422]

Durante esos años hay algunos indicios de un esfuerzo consciente por conseguir que su supremacía fuera algo menos evidente. Así, los planes de un gran acceso a su casa en el Palatino fueron abandonados. En vez de ello se accedería a ella por una camino que partiría del Foro y pasaría delante de muchas de las casas de las más grandes familias aristocráticas, con sus porches decorados con trofeos y símbolos de las hazañas de sus dueños y sus antepasados. De este modo el *princeps* no aparecía solo, sino como culminación de los grandes hombres de la ciudad. A pesar de lo cual no se hicieron intentos por ocultar su ampliamente superior gloria y categoría. Nadie vivía en un complejo tan vasto, que incluía el magnífico templo de Apolo, o vivía junto a tantos de los lugares más antiguos y sagrados, como la cabaña de Rómulo o el Lupercal, el santuario que señalaba el lugar donde él y su hermano fueron encontrados tras ser amamantados por la loba. Esa no podía ser la residencia de un senador cualquiera, o incluso de un *princeps* o líder entre muchos. El Foro, donde comenzaba el camino hacia la casa, se estaba llenando sin cesar de monumentos a la gloria del Emperador César Augusto, el hijo de un dios.[423]

Como cónsul —y de hecho triunviro—, Augusto ostentaba una magistratura formal y los poderes que venían con ella, limitados solo por los de sus colegas en la legislación de emergencia que había creado el triunvirato. Esto cambió al dimitir del consulado en el 23 a. C. A partir de entonces, solo ocasionalmente

ostentó alguna magistratura formal. En vez de ello, sus poderes fueron personales y no asociados a ningún cargo. También eran permanentes. Augusto poseía poder tribunicio e *imperium* proconsular, así como otros derechos porque el Senado y el pueblo se los habían otorgado. No había límite temporal y, de hecho, ningún cargo del que dimitir. Su mando provincial era por un período concreto y fue renovado sin problemas mucho antes de que expirara por períodos de cinco o diez años. César Augusto era el mayor servidor de la *res publica* porque era César Augusto y esto nunca dejaría de ser cierto. Tras el 23 a. C. y lo que se conoce como el Segundo Acuerdo Augusteo, en muchos aspectos su supremacía fue más evidente que menos. Si bien se evitaron cuidadosamente títulos como rey o dictador, su dominio eran tan claro y según todos los indicios pretendía ser tan permanente como el de Julio César en el 44 a. C.



Plano del barrio del Palatinado desarrollado por Augusto

RIVALIDADES Y CONJURAS

Agripa dejó Roma camino del Mediterráneo oriental en algún momento de la segunda mitad del 23 a. C. Recibió un *imperium* proconsular especial, quizá por un período de cinco años. Menos claro está si se le entregó un mando específico y, de ser así, cuál; si bien es indudable que parece haber incluido la responsabilidad de la provincia imperial de Siria. Pero Agripa no fue allí, en vez de ello se estableció en la isla de Lesbos —por lo general administrada por el procónsul de Asia— y desde allí ejerció una supervisión general de toda la región. Probablemente actuara co-

mo representante de Augusto, recibiendo a numerosas delegaciones de las comunidades tanto de las provincias senatoriales como imperiales y, de este modo, ahorrándole al *princeps* algo de trabajo. El rey de los partos andaba nervioso con su rival viviendo en el Imperio romano y ello había incrementado la tensión en la frontera. Como existía la posibilidad de que los partos lanzaran una invasión, como habían hecho en el 41-40 a. C., no venía mal tener cerca a alguien capaz de coordinar una respuesta. En sí mismo, el envío de Agripa fue una señal de preparación y quizá bastó para disuadir al rey de una hostilidad abierta.[424]

Por esas fechas corrían abundantes rumores de que en todo ello había más de lo que parecía. La gente hablaba de rivalidad entre Marcelo, de diecinueve años, y Agripa, de cuarenta. Suponían que el más mayor estaba celoso del favor demostrado al joven sobrino de Augusto, que todavía no había demostrado nada, o quizá que de forma generosa no quiso interponerse en su camino. Es posible que la relación fuera un tanto incómoda. Agripa era famoso por tener mal genio y en ocasiones podía ponerse difícil. Poseedor de una larga serie de victorias y obras públicas, estaba en la edad en la que tradicionalmente un romano podía esperar encontrarse en la cima de su carrera. Marcelo era joven y puede haber encontrado su recién adquirido prestigio intoxicante. Hay detalles que sugieren que tanto su juicio como sus palabras en ocasiones eran cuestionables. Los poderosos atraían clientes y otros parásitos menos formales que esperaban beneficiarse de su relación con ellos, y entra en lo posible que algunos de ellos vieran provechoso disminuir el prestigio de cualquiera que consideraran que igualaba o sobrepasaba a su patrón.[425]

Es improbable que hubiera nada más y las historias de enconada rivalidad eran o bien grandes exageraciones o bien completamente inventadas. Es más que probable que enviar a Agripa a las provincias cuando Augusto estaba en Roma estuviera planeado desde tiempo atrás, de tal modo que siempre hubiera uno de

ellos trabajando para asegurarse de que el Imperio era estable, seguro y producía un flujo continuo de ingresos. Todavía no había pasado una década desde que el Mediterráneo oriental había sido exprimido en apoyo del esfuerzo bélico de Antonio y después financiara el victorioso ejército de César. Incluso en el caso de que la amenaza parta demostrara ser ilusoria, había mucho que hacer para asegurarse de que la región continuara recuperándose y permaneciera controlada. Es probable que la enfermedad de César retrasara su partida y solo después de recuperarse el más grande de sus subordinados partió hacia otra mundana tarea carente de *glamour*. Los chismorreos continuaron, pero es poco probable que influyeran en ninguna decisión importante.

César Augusto estaba bien y continuó disfrutando de buena salud incluso aunque la escasez de alimentos, epidemias y otros desastres naturales arrasaban Italia y la propia Roma. Cerca de finales de año, Marcelo se sintió enfermo. Una fuente sostiene que sus síntomas eran similares a los sufridos recientemente por Augusto, pero con la epidemia todavía activa, es igual de posible que fuera víctima de la misma (cualquier que esta haya podido ser). Se llamó a Antonio Musa para que lo atendiera con la esperanza de que pudiera hacer un milagro similar al que consiguió con el tío del joven. Esta vez falló. Marcelo murió, dejando viuda a Julia con dieciséis años. El breve matrimonio entre estos primos hermanos adolescentes no produjo ningún hijo.[426]

Después hubo rumores de juego sucio, que afirmaban que la muerte no había sido natural, sino resultado del veneno, con el asesinato pergeñado, cuando no ejecutado, por Livia. Si bien es imposible demostrar con absoluta certeza que Marcelo no fue asesinado, resulta extremadamente improbable. En época de epidemia había muchas muertes prematuras y los famosos no eran inmunes, sobre todo cuando en años normales los jóvenes podían enfermar y morir en Roma —en una ciudad abarrotada con casi un millón de habitantes, y que recibía constantemente

bienes y gentes de todo el mundo, los gérmenes tenían muchas oportunidades para dispersarse y conseguir víctimas—. Lo más probable es que Marcelo simplemente muriera. El momento no era especialmente conveniente para ningún rival. El *princeps* mostraba todos los síntomas de una salud robusta y su negativa a nombrar sucesor a Marcelo meses antes seguramente significa que era poco probable que fuera a demostrar favor de forma más abierta a Tiberio o a cualquiera otro ahora que su sobrino había desaparecido de escena.[427]

Públicamente hubo un gran duelo. Tras su funeral, las cenizas de Marcelo fueron depositadas en el gran mausoleo de Augusto fuera del Campo de Marte, el primero en ocupar este monumento aún por terminar. Octavia construyó una biblioteca pública como monumento a su hijo. Augusto sumó su propio tributo al bautizar como teatro de Marcelo al edificio de piedra comenzado —o al menos planeado— por Julio César. Propercio dedicó un poema a su memoria, recordando los festivales que había organizado y los toldos que dieron sombra a la muchedumbre. Algunos años después, Virgilio representó a su héroe Eneas visitando el otro mundo y viendo las imágenes de los grandes romanos del futuro, hombres a los que todavía se había de dar cuerpo y depositar en el mundo. Entre ellos vio a un joven de «incomparable belleza», pero se entristeció porque la «oscura sombra de la muerte» se cernía sobre él. Su guía le explicó que era Marcelo que:

> … solo un destello de él dará el destino a la tierra, ni sufrirá él por ser demasiado poderoso, ¡oh dioses!, juzgasteis al pueblo romano, por haber perdurado esos dones vuestros. ¡Qué sollozos por los valientes el famoso Campo hará llevar por la brisa a la poderosa ciudad de Marte! ¡Qué cortejo verás, padre Tíber, mientras transcurres junto a la recién construida tumba! Ninguna juventud de estirpe troyana elevará su linaje tan alto en esperanzas, ni la tierra de Rómulo alardeará nunca de un hijo como él. ¡Ay por su bondad, ay por su galante honor y su espada invencible en la lucha! Con las armas nadie se hubiera enfrentado a él sin daño, marchara él a pie contra su enemigo o clavará las espuelas en el flanco de su corcel espumeante.[428]

En el 22 a. C. continuaron los desastres naturales, pero la salud de Augusto continuó siendo buena. Hubo dos nuevos cónsules con sólidos pedigríes aristocráticos, aunque quizá sin ninguna distinción personal y la continua escasez de alimentos provocó gritos de que el *princeps* se hiciera cargo personalmente, del mismo modo que hiciera Pompeyo el Grande durante una crisis similar en el 56 a. C. César Augusto rechazó ningún poder o título adicional, pero prestó su atención al problema. Presionando de forma informal a algunos de quienes estaban acaparando grano hasta que los precios alcanzaran el máximo, existencias fueron de inmediato lanzadas al mercado, proporcionando algún alivio a corto plazo. A largo plazo se estipuló que cada año se nombrara a dos antiguos pretores para supervisar el suministro de grano a la ciudad.[429]

Augusto podía hacer que las cosas sucedieran. Si no se implicaba, la inercia que había caracterizado al gobierno senatorial durante tantos años parecía regresar. Muchos se sintieron incómodos con su renuncia al consulado y su negativa a aceptar ninguna otra magistratura. Algunos exigieron que se convirtiera en censor o aceptara esos poderes de forma permanente. En otra ocasión, una decidida muchedumbre rodeó una sesión del Senado cerrando las puertas de la Curia y amenazando con reducir el lugar a cenizas con los senadores dentro si no votaban de inmediato convertir a Augusto en dictador. Quizá durante esta misma ocasión, un amplio grupo de gente consiguió apoderarse de los verdaderos *fasces*, o construyó algo que se les parecía, y se dirigió a César con los veinticuatro que eran el símbolo de la dictadura.

Emperador César Augusto, el hijo del divino Julio, hizo un discurso rechazando el honor y continuó tratando sus súplicas del mismo modo. Sin embargo, la muchedumbre estaba decidida, obligándolo a una exhibición de histrionismo rasgándose las vestiduras de frustración. Años después alardearía de haber re-

chazado la dictadura en dos ocasiones y gran parte de la escena recuerda a la de Julio César en las Lupercales, si bien resulta curioso que algunos historiadores sigan inclinándose por dudar de la sinceridad de este último, pero no la de Augusto. De igual modo, hay poco debate sobre si esas manifestaciones estaban o no preparadas, asumiéndose generalmente que eran más o menos espontáneas. Cuando menos, nos ofrecen un importante recordatorio de que César Augusto tenía que considerar las opiniones fuera de las clases ecuestre y senatorial. No solo importaba la elite, y la estabilidad a largo tiempo solo se conservaría si los otros grupos también estaban contentos. En este caso, bastó para demostrar su continuo compromiso de servir al Estado y ocuparse de las crisis. La gente se quedó tranquila al ver que su renuncia al consulado no significaba su jubilación o que solo se ocuparía de las provincias. En vez de ello utilizó su poder para hacer lo que podía.[430]

Además, se eligieron dos censores en otro regreso a la apariencia de las prácticas tradicionales. Uno fue Munacio Planco, un hombre cuya reputación sin duda convirtió su elección para supervisar la moral en algo un tanto irónico, y el otro un hombre que había sobrevivido a su proscripción en el 43 a. C. Su año de servicio no fue muy bien, y en una ocasión se vino abajo una plataforma sobre la que estaban presidiendo una ceremonia. Dion Casio menciona que en realidad Augusto se hizo cargo de la mayoría de las tareas supervisadas normalmente por los censores. En un momento de escasez de alimentos, se cancelaron algunos festines públicos y otros se celebraron a escala más modesta. Se limitaron las cantidades que podían gastarse en festivales, impidiéndose que los magistrados responsables utilizaran más fondos que sus colegas. Las luchas de gladiadores solo podrían organizarse con la aprobación formal del Senado, y se limitaron a no más de dos al año con no más de 120 luchadores. Otras medidas siguieron la tradición censora de limitar ciertos comportamien-

tos, así como la extravagancia. Se prohibió a los hijos y nietos de los senadores (mientras siguieran siendo lo bastante acomodados como para estar registrados como ecuestres) que aparecieran sobre los escenarios —algo que César Augusto había permitido durante los juegos de Marcelo—. Es posible que algunas medidas fueran convertidas en ley por iniciativa de otros, pero era evidente que Augusto se encontraba detrás de ellas.[431]

Evidentemente, tal dominio era reconfortante para muchas personas; pero en los primeros meses del 22 a. C. la cuestión de su poder y categoría se planteó en un contexto menos amable. Primero vino el juicio de Marco Primo, recientemente regresado de un período como procónsul de la provincia senatorial de Macedonia. Era una de las pocas que seguía contando con una legión acuartelada, y Primo había utilizado su ejército para comenzar una guerra, conseguir gloria y enriquecerse con el botín. Ahora estaba acusado según la ley *Maiestas*, que se ocupaba de acciones consideradas dañinas contra la majestad o la reputación del pueblo romano. Tanto Sila como Julio César habían confirmado la legislación existente que prohibía a un gobernador dirigir su ejército fuera de las fronteras de su provincia sin permiso expreso del Senado. En este caso, uno de los pueblos atacados por Primo fue el de los odriseos, una tribu derrotada apenas unos años antes por Craso, que les había concedido la categoría de aliados después de que se le hubieran rendido. De haber estado vivo, es más que probable que Craso hubiera ayudado a los odriseos a conseguir una reparación, pues era normal que el conquistador de un enemigo se convirtiera en su patrono. Es posible que otros se tomaran interés en el caso, ayudando a organizar la acusación. Ninguna comunidad ni persona que no poseyera la ciudadanía podía presentar un caso ante un tribunal romano, de modo que necesitaban ser representados.

Primo fue defendido por un senador al que generalmente se consideraba un buen hombre que gozaba del favor de Augusto.

Su nombre era Murena, si bien en las fuentes aparece como Licinio Murena o Varrón Murena. Es posible que estuviera relacionado con el hombre que murió poco antes, o después, de asumir el consulado para el 23 a. C., si bien resulta imposible saber cuán estrecha era esa relación. Su hermana, o medio hermana, era Terencia, la esposa de Mecenas y otro pariente era Cayo Proculeyo del que se sabía que era íntimo del *princeps*. No se sospechaba que Murena sintiera hostilidad contra Augusto y puede que como abogado principal —lo más probable es que hubiera otros que también hablaron por la defensa— su única preocupación fuera exonerar a su cliente. Una mirada a los discursos de Cicerón basta para ver la facilidad con la cual los abogados romanos distorsionaban la verdad.

No cabía ninguna duda de que Primo había atacado a los odriseos, o de que la tribu era oficialmente aliada del pueblo romano. Es posible que la defensa alegara que se trataba de un engaño y que la tribu estaba conjurando o había cometido actos hostiles y, por tanto, mereciera el castigo —Julio César ofreció una justificación similar para atacar a algunas tribus germanas durante una tregua—. Pero, en este caso, Primo fue más lejos aún, afirmando que le habían dado permiso —quizá incluso instrucciones directas— para lanzar el ataque. Dion Casio dice que su testimonio varió. En un momento dado afirmó que Augusto le había dado instrucciones y luego afirmó que había sido Marcelo. Quizá lo que sostenía es que Marcelo le había transmitido alguna sugerencia u orden directa de Augusto.[432]

Era algo escandaloso a muchos niveles, en especial la implicación de que un procónsul pudiera recibir órdenes o ser animado a hacer algo por un adolescente que acababa de ser admitido en el Senado. Recordaba a los primeros años del triunvirato o de la monarquía, cuando ningún magistrado o gobernador poseía verdadera independencia y podía ser obligado a hacer lo que se le antojara a un hombre o su círculo de íntimos. Esta no era la ima-

gen cuidadosamente cultivada por César Augusto en el 27 a. C. o con su más reciente renuncia al consulado y su dramática negativa a aceptar la dictadura.

Marcelo estaba muerto y no podía testificar. Augusto no fue convocado porque nadie quería desafiar su *auctoritas* en modo alguno. Es posible que Murena y Primo pensaran que invocar el nombre del *princeps* sería suficiente como para enturbiar las aguas y que eso ayudaría a su exculpación. En el pasado, fue algo habitual que los tribunales romanos no condenaran a muchos hombres patentemente culpables, y es probable que bastantes de los jurados estuvieran predispuestos en favor de Primo o deseosos de mostrarse indulgentes a cambio de la promesa de su futura amistad y favor.

Augusto se presentó ante el tribunal a pesar de que nadie se había atrevido, o deseaba, solicitar su presencia. Dejó claro que deseaba prestar testimonio y cuando el pretor que presidía le preguntó si había dado instrucciones a Primo, como este afirmaba, el *princeps* lo negó. Quedaba que fuera interrogado por Murena, que cada vez estaba más desesperado, pues la presencia e irresistible reputación de César Augusto estaban añadiendo presión sobre su cliente. Es indudable que habían tenido la esperanza de evitar precisamente esto, y una mezcla de enfado y miedo no tardó en hacer que la defensa adoptara el agresivo y abusivo tono habitual en los juicios romanos. Augusto permaneció exasperantemente impasible. Cuando le preguntaron por qué estaba allí y quién lo había convocado, el *princeps* dio la lacónica respuesta: «El bien común».

Primo fue encontrado culpable, si bien varios de los jurados votaron por exculparle. Lo más probable es que lo hicieran por los lazos que tenían con el acusado, pero quizá algunos estuvieran molestos por la interferencia de Augusto en el juicio. Resulta imposible saber si el *princeps* dijo o no la verdad —ya se tratara de toda la verdad o de la cuidadosamente redactada e intencionada-

mente engañosa evitación de una mentira directa en el mejor estilo de muchos políticos modernos—. Que hubiera deseado un ataque contra los odriseos y lo hubiera organizado de un modo tan burdo parece poco probable. Y, sin embargo, hay historias de que en ocasiones se mostró decepcionado con los juicios y comportamiento de Marcelo, lo cual plantea la intrigante posibilidad de que su sobrino hubiera cometido la imprudencia de decirle algo a Primo.[433]

Si bien muchos admiraron la tranquila y digna intervención de Augusto, al menos unos cuantos sospecharon que hubo trampas. Que Primo pudiera afirmar que había recibido órdenes y esperara que lo creyeran arroja mucha luz sobre la realidad del dominio del *princeps* a pesar de la fachada de normalidad, lo cual resultaba dañino cualesquiera que fueran los hechos del caso. Ciertamente Murena estaba furioso y pocos meses después se contaba entre los miembros de una conjura para asesinar a Augusto. Era la primera vez que se hablaba de algo así tras el golpe intentado por el joven Lépido tras la batalla de Accio. El líder era Fanio Cepión, de quien se decía que era un hombre de dudosa reputación, si bien resulta difícil decir si esto ha de interpretarse como un sentimiento «republicano»; puede que fuera tanto de Catilina como de Bruto.

Los objetivos de los conjurados son tan oscuros como la identidad de muchos de ellos, pero la mayoría eran claramente senadores o de familia senatorial. Es posible que tuvieran la esperanza de matar a César Augusto y restaurar el gobierno tradicional, como los Libertadores en el 44 a. C. Incluso de ser ese el caso, al igual que Bruto, Casio y los demás también buscaban la gloria de la hazaña y futuras ventajas políticas. Por otra parte, tampoco es imposible que esperaran «deshacerse» del tirano y reemplazarlo por uno de los suyos. Sea como fuere, la conjura no llegó muy lejos. Julio César había tomado escasas precauciones para defenderse; pero dado que César Augusto no tenía intenciones de su-

frir la suerte de su tío, contaba con los pretorianos y otros guardaespaldas, además de con una menos visible, pero claramente eficiente, red de espías e informantes.

Se presentaron cargos y los conspiradores huyeron bien antes o poco después de que comenzaran sus juicios. Su ausencia no impidió que fueran juzgados, con Tiberio contándose entre los acusadores. Por lo general, la acusación se dejaba a los jóvenes, lo cual llevaba mucho tiempo proporcionando a los jóvenes aristócratas la posibilidad de llamar la atención del público en los primeros momentos de sus carreras. La huida se solía considerar una admisión de culpabilidad. También era el privilegio de los aristócratas justo antes o inmediatamente después de ser condenados y, en el pasado, muchos habían cogido sus bienes muebles para irse a vivir un confortable retiro en una ciudad aliada. Esto significaba la pérdida de sus derechos como ciudadanos y el final de sus carreras, pero les evitaba la pena de muerte.

Esta tradicional indulgencia le fue denegada a Cepión, Murena y los demás. Tras ellos se enviaron soldados —presumiblemente pretorianos— y fueron apresados y ejecutados. Posteriormente, el padre de uno de ellos alabó al esclavo que había intentado proteger a su hijo, pero ejecutó públicamente a otro que lo había traicionado. Se dice que Murena fue avisado de su probable destino por la esposa de Mecenas. Dado que corrían rumores de un largo asunto amoroso de esta con Augusto, no queda claro si con ello se quería decir que su fuente era su esposo o el *princeps*. Los cotilleos contaban que durante algún tiempo Augusto estuvo distante con su viejo amigo, pero dado que mucha de la influencia de Mecenas tenía lugar entre bambalinas, resulta difícil demostrar tal aseveración. Teniéndolo todo en cuenta, probablemente no fuera más que un rumor y, por lo que podemos saber, siguió cercano a Augusto.

El historiador Dion Casio se lamentaba de que tras la victoria de Augusto en la guerra civil resultara más difícil narrar los

acontecimientos de lo que lo era antes, pues ahora muchas decisiones se tomaban en privado y no dejaban registro alguno, mientras que lo público era una mera ceremonia vacía. Un siglo después, el emperador Domiciano se quejaba de que el único modo de demostrar que una conspiración era genuina era ser asesinado. Cualesquiera sean los detalles, es muy poco probable que la conjura del 22 a. C. fuera una invención. Los intentos de los especialistas por situarla, al igual que el juicio contra Primo, en el año anterior y considerar que obligaron a Augusto a rechazar su consulado anual no resultan convincentes. Es mucho mejor ver a Cepión y Murena actuando después de ese cambio, cuando en muchos sentidos el poder del *princeps* era más patente si cabe y, ciertamente, sugería permanencia, dado que sus poderes eran personales y ya no se presentaban como ligados a una magistratura por un tiempo fijo.[434]

En el 44 a. C. los Libertadores quedaron sorprendidos por la falta de entusiasmo que generó su acción. En el 22 a. C. hubo todavía menos señales de hostilidad generalizada contra Augusto, si bien las presiones para que se convirtiera en dictador pueden haber hecho que sus opositores temieran que no tardaría en adoptar un gobierno más evidente y permanente. No da la impresión de que la conspiración estuviera bien organizada y puede que nunca tuviera esperanzas realistas de éxito. Permitir que quienes estuvieron implicados vivieran en el exilio no fue algo que Cicerón estuvo dispuesto a permitir a los conspiradores de Catilina en el 63 a. C. Augusto tomó la misma decisión. Las provincias estaban en pleno proceso de volverse más tranquilas y muy bien pueden haber parecido menos distantes de lo que lo parecían a las generaciones anteriores. Las guerras civiles ofrecieron bastantes ejemplos de hombres que habían huido de una condena en Roma, solo para regresar convertidos en partidarios de otro de los líderes. Augusto no quiso correr ese riesgo y es muy posible que quisiera enviar un claro mensaje a cualquier

otro que pensara en atacarlo. Era un recordatorio de que era el hombre que había ordenado conscripciones y ejecuciones tantas veces en el pasado y que solo se había dejado de hacer por decisión propia. César Augusto poseía un poder inmensamente superior al de ningún otro en el Estado y no tenía intenciones de renunciar a él. Su énfasis público en la legalidad y la tradición había ablandado esto un tanto, pero no intentó ocultarlo.

El *princeps* continuó proporcionando paz tanto a los romanos como a los provinciales. Algunos miembros de la aristocracia odiaban en privado que eso fuera necesario, a pesar de lo cual aceptaban la realidad. Si bien algunos de ellos se ofendieron ante la declaración pública de victoria y la subsiguiente celebración de la derrota y ejecución de los conspiradores, la mayoría de la población no. César Augusto siguió siendo inmensamente popular y se temían las consecuencias de su muerte por causa de una enfermedad o una conjura. Por el momento el régimen estaba a salvo, por más que con Marcelo desaparecido César tuviera que buscar en otro sitio para el futuro a largo plazo.

XV

LAS ÁGUILAS

A los partos los obligué a devolverme el botín y los estandartes
de tres ejércitos romanos, y a buscar como suplicantes
la amistad del pueblo romano.
Las obras del divino Augusto[435]

Fraates, sobre humildes rodillas,
ha aceptado la influencia imperial de César.
HORACIO, c. 19 a. C.[436]

César Augusto estuvo menos de dos años en Roma antes de partir para una nueva gira por las provincias. Tal sería su costumbre durante la mayor parte de su vida, alternando visitas a Roma con períodos más largos pasados en las provincias. Estuvo fuera más tiempo del que pasó en ella, de modo que el régimen creado por él se desarrolló en gran parte en su ausencia. Volvería a pasar realmente mucho tiempo antes de que cualquiera de sus sucesores viajara tanto. Adriano fue el primero en igualarlo. En el transcurso de su vida, Augusto visitó casi cada provincia del Imperio. En el 22 a. C. fue primero a Sicilia, la más antigua provincia romana de ultramar y una de las que no se le habían concedido. Probablemente hubiera poca o ninguna posibilidad de confrontación con el procónsul senatorial, pero su *imperium* le aseguraba que el gobernador no podría intentar obstaculizarle de ningún modo.

Sicilia era una importante fuente de grano para Roma y su recientemente asumida responsabilidad de aliviar la hambruna de la ciudad sin duda ofrecía un motivo inmediato para la visita, pero probablemente no necesitara ninguno. En años posteriores, Augusto y sus sucesores enviaron por escrito *mandata* (instrucciones o directrices) a los procónsules que marchaban a las provincias senatoriales, del mismo modo que hacían con sus propios legados en las provincias imperiales. Es posible que ya lo hubiera hecho —la defensa de Primo realizada por Murena parece haber descansado en que había órdenes informales adicionales más que en afirmar que no había instrucciones de ningún tipo—. Nadie puso en duda nunca el derecho de las comunidades de las provincias senatoriales a recurrir a Augusto o de este para decidir sobre tales peticiones, pues ya era algo rutinario. Una duración en el cargo de un año se convirtió rápidamente en lo habitual para los procónsules, de modo que para el *princeps* era más sencillo y consistente en sentar importantes precedentes y tratar las cuestiones más importantes o aquellas que tenían implicaciones para otras provincias. César Augusto tenía tanto *imperium* como *auctoritas* allí donde fuera y se encargaba de las cuestiones que se escapaban a la capacidad del gobernador de la provincia. Estos seguían estando ocupados impartiendo justicia y tomando decisiones a una escala más local.[437]

En este caso, Augusto tenía pocas opciones de comenzar a trabajar antes de ser llamado a Roma. Durante su ausencia, a pesar de que no era uno de los candidatos, la *Comitia centuriata* lo había elegido como colega del cónsul del año siguiente y seguidamente se negaron a elegir a ningún otro de los candidatos. El *princeps* no se dejó influir y tampoco regresó a restaurar el orden. En los *res gestae* afirma haber rechazado la dictadura en dos ocasiones y puede que la segunda de ellas tuviera lugar entonces. El 1 de enero del 21 a. C. un único cónsul asumió el cargo y cuando convocó a la Asamblea para elegir a un colega la reunión se di-

solvió entre altercados orquestados por dos candidatos al puesto restante. César Augusto siguió negándose a regresar, en vez de lo cual mandó llamar a Sicilia a los díscolos candidatos. La pareja fue amonestada y se les prohibió presentarse a la siguiente elección. Esto no impidió que se repitieran los desórdenes, pero al final uno de ellos resultó elegido y la cuestión se arregló.[438]

Augusto permaneció en Sicilia durante el invierno del 22-21 a. C., su primera visita desde la guerra contra Sexto Pompeyo. Si bien Julio César les había concedido los derechos latinos, recientemente los sicilianos habían pagado un elevado precio por haber apoyado a la facción equivocada durante esos años. Cuando Sicilia fue invadida en el 36 a. C., el joven César saqueó ciudades, confiscó sus tierras, ejecutó a muchos ciudadanos destacados y probablemente revocó la concesión de la categoría de latinos. Agripa fue uno de sus seguidores que recibió amplias haciendas en la isla tomadas del botín de la guerra. A largo plazo, el castigo a los antiguos enemigos resultaba menos importante que restaurar la estabilidad y prosperidad de las comunidades sicilianas. Si bien ahora eran Egipto y el norte de África las que proporcionaban la mayor parte del grano y otras cosechas que alimentaban a Italia y Roma, la contribución de Sicilia siguió siendo significativa. Augusto fundó seis nuevas colonias, incluidas Siracusa, Catina y Panormus (las actuales Catania y Palermo, respectivamente). Todas ellas eran ciudades ya existentes donde la población previa se mezcló con veteranos licenciados y quizá algunos colonos civiles. A varias comunidades más se les concedieron derechos latinos, pero no fue algo general. El propio *princeps* ordenó importantes proyectos constructivos en Siracusa y Catina, y posiblemente en otras ciudades también, de tal modo que lucieran importantes y romanas. No cabe duda de que las elites locales siguieron su ejemplo y las ciudades consiguieron anfiteatros, arcos, basílicas y templos.[439]

Las comunidades costeras, sobre todo las de las costas septentrional y oriental que tenían mejor acceso a Italia, fueron las que más se beneficiaron de este desarrollo y del comercio que con rapidez comenzó a florecer. En origen, la mayoría de ellas eran colonias griegas —Siracusa fue una de las ciudades más importantes del mundo heleno, además de repeler una invasión ateniense y luchar con Cartago hasta llegar a las tablas, antes de convertirse en aliada, enemiga y súbdito derrotado de la República romana—. Con el tiempo, Sicilia llegó a ser considerada casi como una parte de Italia, y en un momento dado se convirtió en una de las dos únicas provincias que un senador podía visitar sin permiso imperial. Volverse más romana o italiana no significó abandonar ni la lengua ni la cultura griegas. Se mantuvieron los cultos y costumbres locales y, si bien algunos edificios antiguos fueron reemplazados, otros fueron reparados o restaurados para que no deslucieran junto a los nuevos diseños. Sicilia siguió siendo parte de la Magna Grecia y, por consiguiente, tanto a Augusto como a cualquier otro le pareció normal que en el 21 a. C. comenzara desde allí una gira por otras provincias de habla griega.[440]

DAD AL CÉSAR

Augusto había visitado Grecia en los meses anteriores al asesinato de Julio César, después para la campaña de Filipo y, una vez más, antes y después de Accio, cuando también fue a Asia, Siria y Egipto. La región había demostrado una consistente lealtad a Roma y, por esto, por tres veces se encontró en el lado perdedor de una guerra civil. Una década después de Accio, nadie cuestionaba la supremacía de César Augusto y, dado que la fachada constitucional que tan importante era para la elite romana les importaba muy poco a los provinciales, estos lo vieron siempre como un monarca. El nombre de César ya era bien conocido por todo el Imperio. Augusto se convertía en *Sebastos* en griego —el reverenciado o augusto— y su imagen no tardó en ser más habi-

tual que la de ningún otro ser humano. Cecas locales acuñaron monedas con su cara o símbolos de su gobierno, por lo general junto con su nombre y título. Con bastante rapidez, casi todas las nuevas monedas de oro y plata pasaron a ser producidas en cecas bajo control romano, pero florecieron las acuñaciones locales de monedas de bronce. Dado que eran convenientes, en especial para los impuestos y el comercio, los pesos y medidas romanos fueron adoptados, más que exigidos. En Oriente, el denario de plata era llamado dracma, pero —a excepción de Egipto, que conservó su propio sistema, ligeramente distinto— era la misma moneda con el mismo valor.[441]

Una generación después, cuando se le preguntó si era adecuado o no que los judíos pagaran impuestos a Roma, Jesús le pidió a sus interrogadores que le trajeran una de las monedas de plata utilizadas para pagar esos impuestos y les dijo: «“¿De quién es esa imagen y esa inscripción?” Le dicen: “Del emperador”. Entonces les dice: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”». Dada la cantidad de efectivo producida durante la larga vida de Augusto, es más que probable que la moneda en cuestión mostrara su retrato más que el del emperador Tiberio. Y, lo que es más importante, el autor del Evangelio pudo contar esta conocida historia sabiendo que cualquier lector estaría familiarizado con ese moneda, que esperaría mostrara la imagen del emperador y lo aceptaría automáticamente como un signo de su poder y supremacía.[442]

Con su nombre o imagen, César Augusto llegó a mucha más población provincial de la que realmente llegaría a verlo en persona. Un papiro escrito a finales del 26 a. C. en un poblado cercano al lago Moeris en Egipto recoge el alquiler de una «vaca roja, cuyo nombre es Thayris». Está fechado en el «año quinto del dominio de César, hijo del deificado». La tradición egipcia era numerar según los años de gobierno del monarca —o en algunos casos del monarca y su consorte—, de modo que los años de Au-

gusto comenzaron con el final del régimen de Cleopatra, que se extendió algunos días tras su muerte por motivos administrativos. Así en el 30 a. C., los hombres que encendieron las lámparas de aceite de las calles de Oxirrinco juraron cumplir con sus obligaciones fechándolo en el primer año de César, como habían hecho el año anterior, que era el vigésimo segundo, el cual también era el séptimo, o sea, el año vigésimo segundo desde el comienzo del reinado de Cleopatra y el séptimo de su gobierno con su hijo Cesarión como cogobernante.

El documento donde se describía la transacción está redactado en griego, si bien la vaca era de un hombre llamado Pompeyo, que lo más probable es que fuera un ciudadano romano. Su parte del acuerdo fue dispuesta por uno de sus esclavos. El hombre que alquilaba el animal se llamaba Papo y su modo de escribir algunas palabras griegas hace muy probable que se tratara de un egipcioparlante nativo. Un romano —posiblemente un terrateniente en mayor o menor medida—, su esclavo y un egipcio nos permiten darnos cuenta de la mixta población de la provincia. En Egipto los romanos no eran sino un nuevo poder ocupante que reemplazaba a los griegos y a todos los demás extranjeros que habían gobernado el país en el pasado. La vida, el encendido de las lámparas y la cría de animales continuaron como lo habían hecho siglo tras siglo en esta tierra verdaderamente antigua. La transacción implica un único animal, si bien dada la duración del alquiler es más que probable que Papo esperara cruzar a la vaca y quedarse con sus terneros. Pagó el alquiler con grano y afirmó que: «Devolveré la vaca en buenas condiciones y sin daños, y si no [la] devuelvo deberé pagar de mis propios recursos 187 dracmas en monedas de plata», ofreciendo su propiedad como garantía.[443]

Pasado algún tiempo, es indudable que el uso del nombre de César como parte de una fecha y su casi universal presencia en monumentos públicos y monedas se volvió algo normal y co-

rriente, del mismo modo en que hoy la mayoría de la gente piensa poco en los símbolos y leyendas de las monedas que utilizan. Semejante familiaridad es una señal de éxito, pero igual de importante resulta la velocidad a la que ocurrió el cambio. El control romano hacía tiempo que había sido aceptado como una realidad inevitable por la inmensa mayoría de la población de las provincias orientales. Asociar este poder a un único líder, en vez de cambiar constantemente de magistrados, facilitaba comprenderlo y apaciguarlo —quizá incluso utilizarlo para conseguir ventajas locales o personales—. En el evangelio de Mateo, los inquisidores aceptan rápidamente la asociación de la moneda y los impuestos con el emperador. Técnicamente, no era cierto. Los impuestos se pagaban al Estado romano y su tesoro, no directamente a Augusto o sus sucesores. No obstante, para los provinciales el hombre de la moneda era la clara cabeza del Estado, haciendo que la asociación fuera natural. Dado que, directa o indirectamente, el *princeps* disponía de los ingresos del Estado, también era esencialmente cierto, a pesar de los mecanismos legales designados para ocultar esta subyacente realidad. De nuevo la población del Imperio percibía de forma natural a Augusto como monarca y no eran conscientes o no les preocupaba lo cuidadosamente que se evitaban en Roma títulos como «rey» o «dictador».

Dado que el poder que controlaba su mundo estaba dirigido por un soberano supremo, era por completo natural que los habitantes del mismo desearan que los mirara con favor. Un sistema habitual era honrar a Augusto públicamente en su comunidad. En Atenas, no mucho después del 27 a. C., un magistrado de la ciudad dedicó un nuevo edificio en la Acrópolis. Parece haber sido un *monopteros*, o círculo de columnas —en este caso nueve— que rodeaban un altar erigido por «el pueblo a la diosa Roma y a César Augusto». La fórmula era la que Augusto permitió a la población provincial en el 29 a. C., que solo autorizaba su

culto si se combinaba con el de la propia deidad de Roma. Por esas mismas fechas, el consejo de la ciudad de Mileto erigió un altar a Roma y Augusto en el impluvio de su zona de reunión. En Éfeso otra inscripción que habla de varios deberes cívicos bastante rutinarios también menciona que un ciudadano había erigido «el *sebastos*» y dedicado el altar, lo que sugiere una estructura similar. Construir algo de este tipo honraba al *princeps*. También proporcionaba un pretexto estupendo para escribir o enviar una embajada que le contara a Augusto lo que habían hecho y, al mismo tiempo, realizar otras peticiones.[444]

Ir al *princeps* para una audiencia era el método más efectivo de conseguir su atención y, con suerte, una respuesta favorable. En el 29 a. C., el geógrafo Estrabón estaba a bordo de un mercante que ancló junto al poblado de pescadores de Giaros, un diminuto asentamiento en una oscura isla griega. Uno de los pescadores subió a bordo y reveló que estaba actuando como embajador de toda la comunidad y esperaba ver a César para conseguir una reducción del tributo que le debían a Roma porque «estaban pagando 150 dracmas cuando con dificultad podían pagar 100». El barco llevó al hombre hasta Corinto, donde Augusto estaba descansando en su viaje de regreso a Italia para celebrar su triple triunfo; pero no sabemos si consiguió una audiencia y la disminución del tributo. Estrabón solo cuenta la historia para ilustrar la pobreza de esta y las demás islas cercanas, si no no la hubiéramos conocido. Si bien el dracma egipcio tenía un valor ligeramente inferior, la suma total de los impuestos pagados por los habitantes del poblado era menor que el de «una vaca roja, cuyo nombre es Thayris». Es comprensible que la cuestión fuera de importancia crítica para los habitantes del poblado, que luchaban por sobrevivir en una región pobre. Está claro que consideraban posible y que merecía la pena presentar la cuestión a la atención del propio Augusto. Esto nos da una idea de los cientos —probablemente miles— de peticionarios que cada año buscaban una

audiencia con el *princeps* o con alguien que actuara en su lugar, como Agripa.[445]

Inevitablemente, las comunidades más grandes e importantes, así como los individuos más ricos, estaban en mejor posición para conseguir la atención y los favores que los habitantes de un poblado de pescadores, pero esto no les impidió intentar llegar hasta el *princeps*. En ocasiones, las comunidades más destacadas atraían una atención indeseada. Atenas se había mostrado especialmente entusiasta con la causa de Bruto y Casio, además de dar la bienvenida a Antonio y Cleopatra en el 32-31 a. C., como resultado de ello era consciente de que no podía esperar de forma automática la buena voluntad de su victorioso enemigo. Al igual que otras muchas comunidades, se encontró con demandas de dinero y recursos con los que financiar el esfuerzo bélico de César tras Accio, y no cabe duda de que la necesidad de mostrar lealtad animó a la rápida construcción de un monumento dedicado a él.

Las ciudades famosas de Grecia tenían la ventaja de que todos los aristócratas romanos reverenciaban profundamente su historia pasada y sus logros culturales. Cuando Atenas apoyó a Mitrídates del Ponto en su guerra contra Roma y cayó ante las legiones de Sila, el saqueo de la ciudad fue espantoso. Sin embargo, sus consecuencias fueron menos severas debido a su pasada historia, pues Sila dijo que libraría a los «vivos en nombre de los muertos», refiriéndose a sus famosos antepasados. Atenas continuó floreciendo al coste de convertirse en poco más que un museo del pasado, con los aristócratas romanos de visita pagando estatuas o monumentos. Como siempre, Augusto y su círculo de íntimos siguieron la tradición, pero actuaron a mayor escala. Agripa no tardó en empezar a construir un gran Odeón, un teatro cubierto erigido en medio del antiguo Ágora o mercado. Tenía una decoración generosa y una escala deliberadamente enorme. Un tejado tan grande sin soporte de pilares solo fue posible

gracias a las técnicas romanas y al uso del hormigón, que habían desarrollado. La música y los dramas tradicionales griegos —así como la declamación formal de discursos en latín— se representaron así en un monumento a los logros romanos y, sobre todo, a la gloria del *princeps* y sus asociados, cuyos nombres y efigies estaban grabados y se podían ver en el edificio. En un momento dado, comenzaron los trabajos en un nuevo mercado, lo que significaba que también el comercio ordinario tendría lugar rodeado de símbolos de César.[446]

Además de admirar el pasado helénico —o al menos una versión del mismo adecuada a sus propias necesidades y afirmación de ser los herederos de la civilización griega—, los romanos también comprendieron y confiaron en la institución de la ciudad Estado, de modo que para ellos era conveniente y natural permitir que la mayoría de los asuntos públicos y administración diaria tuviera lugar a este nivel y fuera gestionada por los locales. Algo que durante la época de Augusto tuvo más relevancia que durante los años de la República. Con relativa rapidez, los *publicani* perdieron su papel central en la recaudación de impuestos en las provincias. En su lugar la responsabilidad pasó a las ciudades y otras comunidades de la zona en vez de a contratistas romanos. Quienes más se beneficiaron fueron los aristócratas locales, los hombres con influencia y riqueza para conseguir cargos dentro de su comunidad, que luego podían ejercer con considerable autonomía. Al igual que en Sicilia, en todas las demás provincias hubo proyectos constructivos de personajes locales junto con regalos de Augusto y sus socios.

Los ricos y aristócratas esperaban ser honrados y mantener el poder en sus comunidades, a cambio de lo cual existía una larga tradición de utilizar sus fortunas para beneficiar a la comunidad pagando festivales o entretenimientos o construyendo monumentos más permanentes. A menor escala, era la misma ideología que había formado parte de la disputas políticas en la propia

Roma. Allí cada vez estaba más restringida por la abrumadora generosidad y prestigio del *princeps*. En las provincias eso no solo no suponía una amenaza para él, sino que además se fomentaba activamente. Bajo César Augusto, las elites locales de todo el mundo heleno construyeron y gastaron con entusiasmo. Se revivieron, ampliaron o crearon festivales y competiciones atléticas, a menudo con teatros y otras instalaciones restauradas y construidas para albergarlos. Según florecían con renovado vigor estas actividades tradicionales tan esencialmente griegas, actores, músicos y atletas recibieron nuevas oportunidades para actuar y recibir recompensas.

Junto con ellas vinieron elementos nuevos y ajenos, que fueron desde estilos y métodos de construcción a los brutales espectáculos de los juegos de gladiadores. En el siglo II a. C. un rey seleúcida regresó tras pasar su juventud en Roma como rehén e intentó introducir esos sangrientos deportes en su patria. Entonces sus súbditos quedaron asqueados, pero siglo y medio después el entusiasmo por los gladiadores se difundió rápidamente por el mundo griego. Algunos construyeron anfiteatros, muchos más se limitaron a utilizar sus teatros o alguna arena temporal para organizar estos macabros combates. Hubo competencia por conseguir reputación en todas las formas de servicio público, ya fuera entre individuos de la misma comunidad o con sus vecinos. La magistratura de una ciudad era un honor, pero caro, a veces hasta resultar oneroso. Augusto animó a los hombres a gastar en ello, ofreciendo la perspectiva no solo del prestigio local, sino de tener más posibilidades de ganar su favor, conseguir la ciudadanía o la posibilidad de conseguir una carrera al servicio del Imperio.[447]

Los más importantes de las elites locales eran los soberanos clientes, quienes entre ellos controlaban más de Asia Menor y la zona de Siria que los gobernadores romanos. Estos hombres —y ocasionalmente mujeres— confiaban en el favor de Roma para

mantener su poder, pero dentro de sus reinos disfrutaban de una considerable libertad de acción, ocupándose de la administración local. En ocasiones, algunos de ellos se enfrentaron entre sí en pequeñas guerras. Algo arriesgado, sobre todo si no habían recibido el visto bueno previo, pero confiaban en que bastara con mantener sus ambiciones a pequeña escala y no hacer nada que pudiera molestar a Augusto. No se trataba de reinos verdaderamente independientes y se los consideraba como bajo el *imperium* del pueblo romano. En cualquier momento, los romanos —y, a todos los efectos prácticos, esto significaba Augusto— podían desposeerlos de su cargo. Si bien la mayoría de estos soberanos poseían pequeños ejércitos, ninguno fue tan ingenuo como para llegar a considerar que podía llegar a hacer frente al poderío militar de las legiones.

No está claro si los soberanos clientes pagaban un tributo regular a Roma. Regalos, a menudo espléndidos, como las coronas de oro enviadas en honor de una victoria imperial, aparecen mencionados con frecuencia, así como los envíos de comida, recursos y soldados para apoyar las campañas romanas. Herodes el Grande envió quinientos soldados para que tomaran parte en la expedición arábiga de Elio Galo. Algunos historiadores prefieren ver a los reinos como obligados a satisfacer las peticiones romanas, en vez de sujetos a un tributo regular; pero resulta igual de posible que dinero, o servicios, o bienes de algún tipo fueran entregados cada año, por más que fueran presentados discretamente como «regalos». En sentido muy amplio, los soberanos clientes eran equivalentes a los gobernadores provinciales, con la diferencia de que su poder no era temporal, si bien podían ser destituidos por Augusto en cualquier momento y eso no implicaba que fueran a transferido a su heredero, a Herodes el Grande se le concedió el privilegio especial de elegir a su propio sucesor, pero no se conoce ningún otro caso similar.[448]

La carrera de Herodes está mejor documentada que la de ningún otro soberano cliente de esta época y revela tanto una considerable libertad de acción como una completa dependencia de los romanos. Durante su vida realizó varias visitas a la propia Roma. Cuando quiera que Augusto, Agripa o cualquier otro miembro destacado de la familia o su representante llegaba a Oriente, Herodes iba en busca de una audiencia para presentarle sus respetos. En el 20 a. C. la consecuencia fue que se le concedió un territorio nuevo al rey judío, que por esas mismas fechas envió a varios de sus hijos a ser educados en Roma. Se trataba de una práctica común entre los soberanos clientes. Aunque sus hijos eran rehenes, lo más destacado es que así recibían una educación romana y existía incluso la posibilidad de juzgar su carácter y fiabilidad, puesto que se pasaban la mayor parte del tiempo con la familia extensa de Augusto. Herodes era considerado como fiable, pero otros no. La mayor parte de los territorios que le fueron entregados en esta ocasión le fueron arrebatados a otro soberano cliente.[449]

El centro del reino de Herodes siguió siéndolo Judea, Samaria, Galilea y su tierra natal de Idumea. En estas tierras vivían samaritanos y muchas comunidades gentiles, mientras que los territorios añadidos al reino por Augusto también contaban con una población mixta. Para sus súbditos judíos, sobre todo cuando él mismo estaba en Jerusalén, el rey se esmeraba en presentarse como un judío devoto. No tardó en emprender una amplia reconstrucción del Gran Templo y se preocupó de que se hiciera adecuadamente: utilizando los mejores materiales y empleando una fuerza de trabajo compuesta por sacerdotes para todas las zonas que se consideraban sagradas. Con la excepción de Augusto y Agripa, es probable que Herodes fuera el más prolífico de los constructores de la época; pues financió monumentos tanto en las provincias adyacentes como en sus propios territorios. Algunos proyectos eran prácticos, como la construcción de un

puerto artificial en Cesarea Marítima porque en la costa no los había naturales. Su creación requirió el uso de amplias cantidades del hormigón impermeable, fabricado a partir de arena volcánica, la *pozzolana* de en torno al Vesubio, que se convertía en bloques de unos 14 por 7,50 por 4 metros que luego se hundían en el lecho marino para formar el dique. El nuevo puerto, con su amplia zona de atraque e instalaciones de almacenaje, no tardó en atraer una importante cantidad de comercio, facilitando el acceso de Herodes a los bienes de lujo y proporcionándole unos ingresos constantes a partir de las tasas aplicadas a las mercancías y los negocios.[450]

El nombre de Cesarea era uno de los modos más evidentes de adular a César Augusto. Herodes fundó más de una ciudad con este nombre, mientras que la recién reconstruida capital de Samaria fue rebautizada Sebastos y dotada de una población mayormente gentil, al ser muchos de los colones soldados licenciados del ejército de Herodes. Siguiría siendo un buen campo de reclutamiento y cuando el reino fue finalmente absorbido por una provincia romana, los sebasteni fueron incorporados al ejército romano convertidos en cohortes auxiliares regulares al mando del gobernador. Casi con certeza, los soldados que ejecutaron a Jesús fueron sebasteni.[451]

Todas las ciudades llamadas como César parecen haber incluido santuarios dedicados a Roma y Augusto. Se trataba de comunidades abiertamente gentiles, por más que incluyeran una importante minoría judía, además de ser dotadas de otros templos paganos y estar decoradas con estatuas de dioses y diosas, así como del *princeps* y a menudo su familia y asociados, como Agripa. No se conservan imágenes del propio Herodes y en las ciudades judías, en especial Jerusalén, no había imágenes de nadie a excepción de las monedas romanas. El templo acuñaba su propia moneda para las ofrendas, de ahí la presencia de cambistas en su patio, y estas carecían de ningún símbolo ofensivo para las sensibi-

lidades religiosas. Al igual que la mayoría de la elite, el propio Herodes hablaba griego y poseía alguna familiaridad con la literatura y la filosofía helena, y admiraba muchos aspectos de la cultura griega, por lo cual hizo generosas donaciones para los Juegos Olímpicos. Dotó a Jerusalén de un teatro y un hipódromo para las carreras de caballos y carros, y quizá también de un anfiteatro, si bien algunos historiadores creen que este y el hipódromo eran lo mismo, y que era allí donde tenían lugar las peleas de gladiadores. Se instituyeron juegos en muchas de las ciudades gentiles de su reino, además de un importante festival atlético y dramático que tenía lugar en Jerusalén cada cuatro años. Sus súbditos judíos no fueron presionados para que participaran y solo un poco para que actuaran como espectadores.[452]

Herodes ansiaba ser considerado como un hombre importante en el mundo helenístico y romano, además de en su propio reino. Casi todos sus funcionarios y consejeros principales eran griegos, y su ejército estaba compuesto mayormente por gentiles. Augusto le había dado los guardaespaldas galos que Antonio entregara una vez a Cleopatra, y se tienen noticias también de germanos y tracios. Los pocos soldados judíos eran o bien idumeanos como él mismo, y por lo tanto no considerados verdaderos judíos por los habitantes de Judea, o babilonios huidos de Partia y que confiaban en él para conseguir tierras y sustento. La subordinación del rey a esta ayuda extranjera y su absoluta dependencia del apoyo romano no le granjeó demasiado aprecio por parte de muchos de sus súbditos judíos. Por lo general, sus principales gobernadores y generales eran judíos, en su mayoría parientes, si bien esto no les evitó en absoluto ser ejecutados por supuestas o reales deslealtades. Los miembros varones de la familia real asmonea habían desaparecido todos, así como muchas de las mujeres.

Mientras contara con el apoyo romano, Herodes era demasiado fuerte como para ser depuesto por la fuerza. Por esas fechas,

un grupo de jóvenes aristócratas judíos intentó asesinarlo, pero los conspiradores destacaron más por su valor y convicciones que por su competencia. Los espías de Herodes descubrieron la conjura y todos los implicados confesaron al ser convocados por el rey. Fueron torturados antes de la ejecución y muchos de sus familiares también fueron eliminados. Herodes siguió siendo inmensamente impopular entre sus súbditos judíos. La actitud de los gentiles resulta más difícil de averiguar, y ellos y los samaritanos no tenían nada que los uniera en su hostilidad a su gobierno. Esto, combinado con su despiadado uso de la fuerza contra cualquier signo de oposición, ayudó a mantenerlo en el poder. Desde el punto de vista de los romanos, no importaba que Herodes fuera o no popular siempre y cuando les siguiera siendo leal y capaz de controlar a sus súbditos.[453]

Augusto fue celebrado en el nombre de ciudades y en la decoración de algunos edificios nuevos. El hipódromo —asumiendo que también se refiera al anfiteatro y no sea un edificio separado— contaba con trofeos que conmemoraban sus victorias y las mencionaban por sus nombres. Los trofeos eran de diseño tradicional romano, en forma de postes con brazos transversales con escudos y coronados por un casco, todos ellos tomados supuestamente al enemigo. Una muchedumbre de jerusalenitas tomó su forma por burdas figuras de hombres y de inmediato estalló un tumulto. Reunido con destacados miembros de la comunidad, estos informaron a Herodes de que, aunque les ofendía la vista de los gladiadores luchando a muerte contra fieras u otros hombres, eran las imágenes de ídolos las que nunca podrían aceptarse. Las repetidas negaciones de que fueran estatuas no consiguieron convencerlos y al final los trofeos tuvieron que ser desprovistos de los despojos para demostrar que no eran sino postes de madera. El incidente terminó en risas, y en ningún momento parece haber estado dirigida la ira contra la conmemoración de los logros de Augusto o, de hecho, contra la influencia de la cultura

romana, excepto cuando amenazaba con entrar en conflicto con la ley judía.[454]

Con los años, el resentimiento judío contra el gobierno romano fue creciendo hasta estallar en importantes rebeliones bajo Nerón, Trajano y Adriano; pero por ahora el resentimiento se centraba más directamente en el propio Herodes. El rey podía ser salvaje en sus castigos contra cualquier peligro que percibiera, y los más cercanos a él sabían que sus estados de ánimo eran impredecibles y a menudo homicidas. Y, sin embargo, durante su gobierno el reino prosperó, beneficiándose del comercio y de las ventajas prácticas y los empleos que ofrecían sus grandes proyectos constructivos. En varias ocasiones redujo los impuestos de sus ciudadanos, lo que no nos dice si estos seguían siendo opresivos o lo repartida que estaba la nueva prosperidad. Probablemente, la suerte de los pobres rurales era dura.

A pesar de todo, durante los años de malas cosechas y escasez de comida, a finales de los 20 a. C., Herodes solicitó ayuda al sucesor de Elio Galo como prefecto ecuestre de Egipto, ofreciendo como pago sus propios adornos de oro y plata fundidos y convertidos en monedas. El historiador Josefo menciona que el prefecto Petronio era amigo del rey y le permitió comprar importantes cantidades de grano egipcio y lo ayudó a organizar el embarque del mismo hacia Judea. Resulta inconcebible que tal cosa sucediera sin el conocimiento previo —o cuando menos la subsiguiente aprobación— de Augusto, lo cual ayuda a enfatizar hasta qué punto los reinos estaban integrados junto a las provincias formales en un único imperio. Una vez entregado el grano, la harina y el pan fueron distribuidos a quienes más lo necesitaban. Al menos durante algún tiempo, las generosas acciones de Herodes, acordes a la tradicional preocupación judía por los pobres, le ganó más favor por parte de sus súbditos.[455]

Las ciudades y otras comunidades, tanto de las provincias como de los estados clientes, se gobernaban ellas mismas la mayor

parte del tiempo. Por encima de ellas, Roma y Augusto ofrecían una autoridad superior, capaz de resolver dificultades, otorgar beneficios u ofrecer socorro en caso de necesidad; además, por supuesto, de poseer una abrumadora fuerza militar que podía ser dirigida contra cualquier comunidad sometida. En el pasado, los comandantes romanos habían entregado la ciudadanía romana a provinciales leales, algo que se volvió más común cuando hombres como Pompeyo y Julio César alcanzaron el poder. Augusto lo llevó un paso más allá, si bien como todos los liberados por él o el dictador adoptaron el nombre de Julio a menudo resulta difícil concretar cuándo una persona fue recompensada así por él en concreto. A cada vez más y más soldados auxiliares se les concedía la ciudadanía romana al ser licenciados del ejército —algo que bajo sus sucesores se convirtió en automático— y era una recompensa habitual para los dignatarios locales. Esto, combinado con el influjo de nativos romanos e italianos como parte del programa colonizador, creó muchos más ciudadanos que residían de forma permanente en las provincias. En las orientales, solo unas pocas colonias como Berytus (la actual Beirut) continuaron siendo característicamente romanas mucho tiempo o, a largo plazo, utilizaron el latín para la mayoría de los asuntos oficiales. En todos los demás lugares el griego estaba demasiado arraigado. No hubo presión por parte de los romanos para cambiar esta circunstancia, si bien muchos hombres ambiciosos del Mediterráneo oriental eligieron aprender latín.[456]

Grandes cantidades de residentes en las comunidades provinciales se convirtieron en ciudadanos romanos y una cuestión importante a la que tuvo que enfrentarse Augusto fue decidir si ello significaba que ya no estaban obligados a ejercer magistraturas en sus comunidades de origen. Su decisión fue que sí lo estaban, a menos que les concediera una exención individual. Así, un hombre podía ser romano y, si era rico, quizá servir en el ejército o como funcionario imperial, pero cuando regresaba a casa se es-

peraba de él que tomara parte por completo en la vida pública de su comunidad. Los romanos siempre cultivaron a las aristocracias de los territorios conquistados, una práctica fomentada todavía más bajo Augusto y sus sucesores. Para todos los provinciales era, de forma bastante literal, la personificación del poder romano y siempre había un toque muy personal en el tono de sus respuestas a sus peticiones, que a menudo eran inscritas y expuestas en lugares públicos. Así, podía escribir a Éfeso sobre sus embajadores y decir: «Al recibirlos los encontré hombres de bien y patriotas» y después prometer: «Haré todo lo posible para seros de utilidad y preservar los privilegios de la ciudad». Las respuestas negativas raras veces se recogían por escrito, excepto por otra comunidad a la que le hubiera ido mejor. Por eso, con engreimiento, la gente de Afrodisia recogió la negativa de Augusto de conceder a Samos una exención del tributo —algo a lo que sí había accedido para los afrodisios—. Con todo y con eso, el mensaje está envuelto en términos afectuosos: «Estoy bien dispuesto hacia vosotros y querría hacerle un favor a mi esposa, que se muestra activa en vuestro favor; pero no hasta el punto de cambiar lo que tengo por costumbre, puesto que no estoy preocupado por el dinero que le pagáis al tributo, pero no quiero conceder los más altos privilegios a cualquiera sin buenas razones».[457]

Algunos documentos recogen el decreto senatorial formal que garantiza el privilegio o cualquier otro beneficio otorgado por el *princeps*, y se puede afirmar con cierta seguridad que es lo que ocurría con cualquier gran concesión, de tal modo que las cosas recibían una pátina de legitimidad constitucional. A pesar de ello, la impresión es abrumadoramente la de un gobierno autocrático, a pesar de que, al menos de cara al público, el poder se ejerciera en busca del bien común de los súbditos. Las embajadas al *princeps* eran oportunidades para la oratoria tanto como para la entrega de regalos. Muchos de los discursos eran en griego, lo cual aumentaba la sensación de un gobernante benévolo al que le

gustaba la cultura provincial. La desvergonzada mención a Livia como abogada de los samios suponía un marcado cambio con respecto a los días de la República y una abierta admisión de que merecía la pena cultivar la amistad de cualquiera capaz de influir en Augusto. No era algo raro. Hubo generosas concesiones a comunidades que habían recibido y ayudado a Livia y su entonces esposo en su huida de Italia.[458]

Vuelve a ser muy posible que la esposa de Augusto lo acompañara en alguna o todas sus giras. Desde Sicilia fue a Grecia en el 21 a. C., pasó el invierno en la isla de Samos y luego en el 20 a. C. cruzó hacia Asia, recorriendo esta provincia y Bitinia, antes de continuar hacia Siria. Solo entonces alcanzó una de las provincias que se le habían asignado y gobernaba mediante sus legados. Esto carecía de importancia y, sin duda, los procónsules de cada región continuaron dispensando justicia y ocupandose de las solicitudes como siempre mientras estuvo allí. El *princeps* se ocupaba de cuestiones más importantes y sensibles, y los documentos que se conservan de las embajadas y peticiones nos ofrecen alguna idea del interminable flujo de cuestiones a la espera de ser consideradas y respondidas. Quizá algunos embajadores se sorprendieron al ser conducidos en presencia de Augusto y no encontrarse con la inmaculada y juvenil imagen de las esculturas, sino con un hombre que entraba en la mediana edad, con una piel tan sensible que llevaba un sombrero ligero de ala ancha para protegerse del sol.[459]

Las imperfecciones de la realidad nunca han sido un obstáculo para la diplomacia y, día tras día, ciudad tras ciudad, los asuntos seguían despachándose. Los embajadores esperaban la posibilidad de ser presentados, soltar sus discursos —probablemente de considerable longitud— y después quedaban encantados o desilusionados por el resultado. Algunas comunidades sufrieron. Atenas perdió territorios de la región administrada por la *polis*, mientras que Esparta consiguió autoridad sobre una zona más amplia. Cí-

zico, en Asia, fue severamente castigada por un estallido de violentos desórdenes durante los cuales varios romanos fueron azotados y luego ejecutados. Perdió categoría cívica y algunos de sus ciudadanos fueron esclavizados. Este era un castigo extremo y solo unas pocas más sufrieron penas similares.[460]

Mientras viajaba, Augusto tenía que mantenerse al tanto de los asuntos de Roma, donde durante el 21 a. C. hubo más disturbios. Allí donde estaba viajaban los peticionarios desde otras provincias para encontrarlo, del mismo modo que fueron hasta Tarragona mientras residió allí. En Egipto el prefecto Petronio se enfrentó a importantes incursiones de los etíopes en la parte sur de su provincia. Rechazó el primer ataque, pero las dificultades de mantener a un ejército en el desierto le obligaron a retirar a la mayoría de sus fuerzas. La reina etíope Candace volvió a enviar a sus guerreros a atacar a los romanos, provocando otra campaña de contraataque romana, que en esta ocasión, mejor preparado, Petronio llevó más al sur. El Museo Británico alberga la cabeza de una estatua de Augusto que fue cortada y llevada como trofeo por los etíopes. Posteriormente fue enterrada a la entrada de uno de sus templos, donde seguía cuando este fue excavado, tras sobrevivir a la destrucción del edificio por parte de los vengativos soldados de Petronio. Al final Candace quiso llegar a un acuerdo y Petronio envió a sus embajadores hasta Augusto. Resulta interesante que Estrabón nos cuente que los etíopes se quejaran de que «no sabían quién era César o dónde tenían que ir a encontrarlo», de modo que Petronio «les puso una escolta; y fueron a Samos, porque allí se encontraba César…».[461]

En el 20 a. C., Agripa fue enviado de regreso a Roma para encargarse de los continuos desórdenes de la ciudad; pero no tardó en tener que abandonarla para suprimir una nueva rebelión en Hispania. El año siguiente luchó una dura campaña que acabó terminando con la resistencia a gran escala entre los cántabros y los astures. Mientras tanto, los votantes de la *Comitia centuriata*

volvieron a escribir el nombre de Augusto en sus papeletas y se negaron a elegir a más de un cónsul. A comienzos del 19 a. C., este hombre, Cayo Santio Saturnino, seguía careciendo de colega. Se produjo otra elección, pero se vio muy afectada por la violencia de uno de los candidatos. Se trataba de Marco Ignacio Rufo, un hombre que se había hecho popular sirviendo como edil unos años antes. En una época de inundaciones e incendios, Rufo no solo entretuvo a la población, sino que convirtió a sus esclavos en una brigada de bomberos que ayudó a proteger sus hogares. A pesar de encontrarse por debajo de la edad legal para ser cónsul se presentó y organizó su casa y a sus seguidores en el tipo de banda intimidatoria utilizada en el pasado por hombres como Clodio y Milón. Quizá prometía reformas radicales si resultaba elegido, o simplemente se le consideraba una amenaza contra la estabilidad, pues fuentes posteriores creen que conspiró contra el propio Augusto. (Esto quizá sea un reflejo de la misma actitud que atribuía derrotas militares al *princeps* incluso cuando no estaba cerca del teatro de operaciones). Saturnino y el Senado aprobaron el *senatus consultum ultimum* —la última vez que se hizo— e Ignacio y algunos de sus seguidores fueron arrestados y ejecutados. Una circunstancia favorecida por la ayuda prestada por cualquiera que fuera la fuerza de pretorianos que estuviera dentro o cerca de la ciudad y el apoyo activo de hombres como Mecenas y Estatilio Tauro. El episodio era un recordatorio del violento pasado, y un aviso de que cosas semejantes todavía podían ocurrir, sobre todo cuando el *princeps* se encontraba lejos. Sin embargo, en muchos aspectos se trataba más de un signo de la creciente estabilidad del régimen de Augusto. Mecanismos tradicionales se ocuparon del problema e Ignacio Rufo demostró ser el último de una larga serie de ambiciosos senadores —a menudo tribunos— ansiosos y capaces de utilizar la fuerza para conseguir sus deseos.[462]

RESTITUCIÓN

Dadas las distancias implicadas, es posible que Augusto no supiera de estos acontecimientos hasta que la cosa estuvo terminada. Antes de que abandonara Roma habían llegado enviados del rey de Partia, Fraates IV, exigiendo el retorno de su rival Tiridates. Este había huido en busca de la protección y apoyo de Augusto, trayéndose cautivo al hijo de Fraates. Ambos recibieron confortable acomodo en caso de que resultaran útiles en el futuro; pero en el 23 a. C. llegó una delegación solicitando su retorno. Los embajadores partos fueron primero a Augusto, que los llevó después junto a Tiridates a una reunión del Senado. Más que tomar una decisión al respecto, los senadores votaron rápidamente que fuera el *princeps* quien lo hiciera. Siria, la región más próxima a Partia, era una de sus provincias, de modo que quizá hubiera cierta justificación para ello, pero lo que es más importante es que revelara la subyacente verdad al poder en Roma.[463]

Augusto le devolvió su hijo al rey, pero se negó a entregarle a Tiridates y exigió la devolución de los estandartes y prisioneros conservados por el rey parto. Las negociaciones continuaron desde más cerca cuando en el 20 a. C. el *princeps* llegó a Siria y fueron respaldadas por una demostración de fuerza. En Armenia, una rebelión había destronado y asesinado al rey Artaxias II. En lo geográfico, el reino se encontraba entre las grandes potencias de Partia y Roma y, si bien culturalmente se encontraba más cercana a la primera de ellas, en conjunto estaba aún más expuesta al poder militar de la segunda. Artaxias había estado apoyado por los partos, pero ahora destacados aristócratas le ofrecieron el trono a su hermano Tigranes, otro exiliado príncipe extranjero que había buscado y encontrado santuario en Roma.

Augusto accedió a la petición, y envió a Tiberio, con sus veintiún años, a la cabeza de un ejército para llevarlo a su reino. Era una mando extraordinario para alguien tan joven, solo comparable en el pasado reciente a las actividades de Pompeyo y el joven

César durante las guerras civiles. Al final no hubo combate y el avance fue poco más que un desfile que culminó en la coronación de Tigranes como nuevo rey. Semejantes demostraciones pacíficas de poder romano contaban con una gran tradición y eran muy admiradas. Es indudable que Tiberio estuvo acompañado por oficiales mayores y experimentados; pese a lo cual supuso una oportunidad para que el joven impartiera órdenes y controlara en campaña una fuerza amplia.[464]

La expedición a Armenia proporcionó el telón de fondo para las negociaciones en curso. Augusto no quería enfrentase a Partia más de lo que lo había querido en el 29 a. C. Los riesgos eran grandes y la escala de la tarea abrumadora. Como mínimo le hubiera mantenido alejado de Roma dos o tres años, durante los cuales hubiera resultado más complicado tratar todas las peticiones y demás problemas que le plantearan. A Fraates IV tampoco le entusiasmaba la confrontación. Tenía otras fronteras además de la romana, sin contar con que se enfrentaba a la más directa amenaza que suponían los miembros rivales de la familia real y una nobleza rebelde. En los últimos años, Augusto se había asegurado la lealtad de las ciudades y monarcas clientes de Siria y alrededores, siendo muy improbable que los partos consiguieran ningún apoyo allí en caso de que se arriesgaran a una invasión.

Ningún bando quería la guerra y en realidad se trataba de encontrar un modo pacifico de que ambos afirmaran haber triunfado. Probablemente, los romanos prometieron no apoyar a Tiridates, aunque casi con seguridad a este se le permitió vivir en un confortable exilio. A cambio, Fraates IV se comprometió a mantener la paz y, como gesto de buena voluntad, devolvió a Roma los estandartes capturados a Craso, a Antonio y durante la invasión de las provincias romanas en el 41-40 a. C. Junto con ellos llegaron los prisioneros romanos, algunos cautivos desde Carras, treinta años antes.

El regreso de las águilas legionarias perdidas, así como de otros estandartes, fue uno de los más publicitados logros de Augusto y podemos verlo, por ejemplo, en la coraza de su famosa estatua de *prima porta*, sin importar realmente que llegaran gracias a la diplomacia y no tras una guerra exitosa. Para los romanos era el reconocimiento de su superioridad, puesto que el rey parto reconoció su poder y satisfizo las demandas de Augusto. Los estandartes fueron devueltos y, por más que esos objetos tuvieran menos significado para los partos que para los romanos, para entonces los primeros ya debían haber comprendido su valor simbólico. Hasta donde podemos saber, en el acuerdo Fraates dio más de lo que recibió. No cabe duda de que para su audiencia presentó el acuerdo como entre iguales. Los romanos lo vieron de forma diferente: gracias al temor al poderío romano se le habían bajado los humos a un enemigo orgulloso y peligroso, y sin coste alguno en vidas romanas. Puede que Horacio declarara que: «Dulce y honorable es morir por la patria» *(Dulce et decorum est pro patria mori)*, una frase que hoy es más conocida por ser la «vieja mentira» de Wilfred Owens; pero los romanos nunca necesitaron una victoria que les fuera costosa para ser gloriosos, y nunca representaron a su propios caídos en ningún monumento a la victoria.[465]

No tardaron en acuñarse monedas que representaban los estandartes y con leyendas que proclamaban su regreso —*signis receptis*—. El Senado recibió las noticias con un montón de nuevos honores, muchos de los cuales Augusto terminó rechazando cuando le llegaron las ofertas. Lo cual no impidió que alguno de estos honores apareciera en monedas acuñadas en Hispania y otras provincias antes de que llegaran noticias de que los habían rechazado. Algunas muestran un templo en el Capitolio destinado a contener los estandartes, aunque por lo que sabemos no llegó a construirse ninguno. Si bien Augusto aceptó las gracias formales por su victoria, declinó la oferta de celebrar una ovación

—quizá incluso un triunfo completo— a su regreso, pero no antes de que aparecieran monedas con los símbolos de uno. Una serie muestra al *princeps* conduciendo un carro tirado por un par de elefantes, de modo que posiblemente fuera un honor que se le ofreció. Pompeyo había intentado celebrar así un triunfo, solo para ver desbaratada su idea cuando comprobó que uno de los arcos de la ruta procesional era demasiado estrecho para un vehículo y un tiro tan difíciles de manejar. Julio César utilizó cuarenta elefantes como portaantorchas en un ascenso nocturno a la colina Capitolina tras su triunfo en las Galias. Estaba claro que la idea de tales gestos extravagantes, utilizando esos grandes y exóticos animales, seguía excitando la imaginación de algunos aristócratas.[466]

Augusto rechazó casi todos los nuevos honores. Eso seguía significando que disfrutaba de la gloria de su concesión y la admiración por su rechazo con modestia, llevando consigo la confiada seguridad de que su fama y reputación ya eran tan inmensas que no necesitaba más. A su debido momento, los retornados estandartes fueron colocados en el templo de Mars Ultor (Marte el Vengador), que era el punto focal de su nuevo complejo, el Foro de Augusto. Había jurado construir este templo tras Filipo, al haber conseguido vengarse de los asesinos de su padre, pero las obras apenas habían comenzado y ahora además se daba la feliz circunstancia de que serviría para señalar la venganza por las derrotas a manos de los partos.

De un modo más inmediato, el Senado le concedió el derecho a construir un arco del triunfo. Era la tercera vez que recibía tal honor, pues otros similares se le concedieron tras Nauloco y Accio. Por lo que sabemos, solo un arco llegaría a construirse. Conmemoraba Accio y se erguía junto al templo del divino Julio, al borde del Foro Romano. En vez de construir otro, parece que Augusto decidió modificar el arco de Accio añadiendo estatuas, mayores que el natural, del *princeps* conduciendo un carro con la

diosa Victoria detrás de él, mientras unos suplicantes partos le devolvían los estandartes romanos. Semejante imaginería nos recuerda que, si bien había rechazado muchos honores, Augusto seguía siendo señalado de forma muy evidente como el mayor servidor que hubiera tenido nunca el Estado. Estaba en todas partes. Su nombre, imagen o símbolos aparecían en monumentos en el corazón de Roma, en las ciudades de Italia y por todas las provincias.[467]

El 27 de marzo del 19 a. C., Balbo el Joven celebró un triunfo por una victoria conseguida mientras era procónsul en África y gastó parte del botín construyendo un nuevo teatro de piedra. Los legados de Augusto no recibían triunfos porque sus victorias eran del *princeps*. A cambio se les entregaban los símbolos del triunfo *(ornamenta triumphalia)*. A la mayoría de los procónsules senatoriales les quedaban vedadas las oportunidades de campañas a gran escala y era muy raro para los gobernadores de África y Macedonia, que aún comandaban legiones. No está claro si alguien se dio cuenta por entonces, pero el triunfo de Balbo sería el último al viejo estilo. El propio Augusto nunca volvió a celebrar otro y, en el futuro, solo a los miembros de su familia le estaría permitido el honor. E incluso para ellos se trató de un honor raro. Las guerras continuaron y las victorias llegaron sin cesar, pero ahora todas fueron atribuidas principalmente al *princeps*, que no se molestó en celebrarlas a la antigua usanza. Quizá se tuvo algún indicio de ello cuando se añadió al arco de Accio una lista de todos los triunfos pasados. Terminaba con Balbo y no había espacio para nadie más.[468]

Augusto regresó a Samos para el invierno del 20-19 a. C. y el constante flujo de embajadas y peticionarios continuó durante esos meses. Entre ellos había una diputación procedente de uno de los soberanos indios, que trajo como obsequio algunos tigres y a un desgraciado niño nacido sin brazos, pero que podía agarrar las cosas con los pies. Dion consideró necesario mencionar

estos regalos más de dos siglos después. Es probable que los animales fueran llevados a Roma, mostrados a la gente y muy posiblemente sacrificados para su diversión, pues ese era el macabro modo de los romanos. El niño tullido era objeto de curiosidad más que de simpatía. Los indios permanecieron en la corte durante algún tiempo, siguiéndola cuando se trasladó a Atenas. Dion afirma que uno de los embajadores se suicidó arrojándose a una pira especialmente preparada. El historiador no está seguro de si el hombre lo hizo por su extrema ancianidad o «para ofrecer un espectáculo a Augusto y los atenienses».

La India se encontraba muy lejos y se conocía poco. Alejandro Magno llegó a ella, pero nunca un ejército romano. A pesar de todo, se trata solo de una de las varias embajadas de la India que se sabe llegaron hasta Augusto, y eso en sí mismo revela que algunos líderes indios reconocían la riqueza, el poder y la reputación de Roma. Los romanos y los habitantes de las provincias poseían un voraz y siempre creciente apetito por las sedas, especias y otros lujos llegados del Lejano Oriente, y es probable que el objetivo de estos enviados fuera asegurar el acceso a ese mercado. Al mismo tiempo, esos intercambios permitían a Augusto alardear de que Roma gobernaba virtualmente el mundo entero. La idea emocionaba tanto a los romanos como a los griegos y cada vez parecería más real, pues las victorias continuaron llegando. Si el honor y los estandartes de Roma fueron recuperados sin una guerra, eso no significó que su expansión estuviera frenándose.[469]

XVI

UN FINAL Y UN PRINCIPIO

De este noble linaje deberá nacer el César troyano, que ampliará su imperio hasta el océano, su gloria hasta las estrellas […]. Él, en días venideros, deberá, ansioso ya no, darte la bienvenida al cielo, cargado con botín oriental; él, también, deberá ser invocado con juramentos. Entonces las guerras cesarán y las eras salvajes se dulcificarán…

VIRGILIO, finales de los años 20 a. C.[470]

Parece que César Augusto pasó varias semanas en Atenas y que su regreso a Roma fue lento; pues se detuvo para conceder audiencias en todas las grandes comunidades que se encontró de camino. El trabajo no se interrumpió e incluso distracciones tan macabras como el suicidio del delegado indio no fueron sino breves interludios entre recibir peticionarios y redactar correspondencia. Más bienvenida fue la aparición en Atenas del poeta Virgilio, que estaba viajando por Grecia para descansar de su más de una década de trabajo en los doce libros de su épica *Eneida*. Íntimo de Mecenas desde hacía mucho tiempo, gracias a él había sido presentado a Augusto y muchos estaban convencidos —sin duda acertadamente— de que era el *princeps* quien lo había animado a embarcarse en su gran proyecto. Sabemos que Augusto se interesó mucho por sus progresos, por ejemplo escribiéndole desde Hispania preguntándole por ellos. Antes de dejar Roma

camino de Oriente, él y otros miembros de su familia asistieron a una lectura pública de una parte de la *Eneida*. El pasaje en el cual se lamentaba de la reciente muerte de Marcelo los conmovió a todos tan profundamente que Octavia se desmayó.[471]

Virgilio era un perfeccionista, que elegía cada palabra con tanta atención que raras veces componía más de un par de líneas de la *Eneida* al día. Su amigo Horacio, otro perteneciente al círculo de Mecenas, era en ocasiones más lento todavía en sus composiciones. Semejante dedicación no era mera afectación o la característica de un diletante, pues eran artistas serios de un extraordinario talento. Horacio era universalmente admirado, mientras que de la poesía de Virgilio ya se decía que posiblemente fuera la más bella expresión de la lengua latina. Mecenas escogía bien a los poetas que se unían a su círculo de amigos. Es probable que todos ellos fueran ecuestres, incluido Horacio, hijo de un exitoso liberto y lo bastante rico como para poseer la educación y el tiempo libre para dedicarse a la poseía. Por más que algunos de ellos habían perdido tierras durante las guerras civiles, no dependían del patronazgo de Mecenas y Augusto para vivir, cuyos regalos simplemente se sumaban a su confortable estilo de vida. Probablemente después de su enfermedad, Augusto esperó poder utilizar a Horacio y así se lo escribió a Mecenas: «Antes de esto era capaz de escribir cartas a mis amigos con mi propia mano; ahora, abrumado por el trabajo y la mala salud, deseo quitarte a nuestro amigo Horacio. Vendrá entonces desde esa mesa tuya de parásitos hasta la mesa imperial para ayudarme a escribir mis cartas».[472]

Al final Horacio declinó la oferta, pero esto no dañó en nada su continua buena relación con Augusto. El informal y bromista estilo de este pequeño fragmento de la carta del *princeps* a su viejo amigo Mecenas se extiende a su correspondencia con los propios poetas. La literatura era un inmensamente respetable y muy a la moda modo de disfrutar del ocio por parte de la elite romana

—la señal de un hombre verdaderamente civilizado—. El estado mayor de Julio César en las Galias era un grupo especialmente literario y Augusto compartía la reverencia de Mecenas por los poetas y escritores. Tales cuestiones eran útiles —y adecuadamente neutrales— temas de conversación para las reuniones sociales con senadores y otros hombres importantes. Junto a la tradición, la literatura había sido un tema importante en su amistad con Ático. Tanto Augusto como Mecenas escribieron y el primero se sumó a Horacio y a los demás en sus burlas a los esfuerzos poéticos del segundo. También él denigraba gustoso sus propios esfuerzos, bromeando cuando abandonó un intento de escribir una tragedia diciendo que su protagonista se «había caído sobre su esponja».[473]

Como todo el mundo, los poetas del círculo de Mecenas no pudieron dejar de ver la realidad del dominio de Augusto o no darse cuenta de que en el fondo reposaba sobre su poder militar. Sin embargo, no se sintieron más obligados a escribir que los senadores a buscar cargos o una carrera pública. Es un gran error descartar su trabajo como propaganda o, incluso, sugerir que su contenido y temas estaban estrechamente controlados por Mecenas y, a través de él, por Augusto. Igual de errónea es la pretensión de encontrar una subversión cuidadosamente velada o una crítica insinuada del *princeps* y su régimen. Augusto estaba orgulloso de su relación con los mejores autores. Era una cuestión de amor propio, pero también una buena política. La reputación de Alejandro Magno había sufrido al aceptar las exageradas alabanzas de poetas mediocres.

Hombres como Virgilio, Horacio y Propercio podían ser animados y engatusados para que escribieran sobre ciertas cuestiones, y debían ser conscientes de lo que era probable que le gustara al *princeps*. En ocasiones bromeaban con que les «presionaban» para escribir; pero se trata de un recurso literario que a menudo se combinaba con la falsa modestia. Cicerón, Ático y sus con-

temporáneos jugaron a menudo a lo mismo urgiéndose unos a otros a escribir sobre temas concretos. Augusto le escribió una vez a Horacio amonestando gentilmente al poeta por no mencionarlo en ninguna de sus obras. «¿Tienes miedo de que tu reputación ante la posteridad vaya a sufrir si parece que eres mi amigo?», le señaló en su habitual tono de broma; y la verdad es que resulta complicado encontrar un tono de amenaza real tras esas palabras. La cuestión era la amistad —Horacio es un *familiaris*— más que la política y, a pesar de que en Roma las dos aparecen a menudo confundidas, la implicación es que cualquier obra sería un honor para ambos. Horacio respondió con la primera parte de su segundo libro de *Epístolas*, que habla de los servicios prestados al Estado por poetas como él mismo e incluye la famosa frase sobre cómo «la cautiva Grecia conquistó al feroz vencedor y llevó las artes al rústico Lacio».[474]

La obligación era somera y la mayoría de los temas agradables a los poetas. La victoria de César y la paz que trajo eran algo que casi cualquiera que hubiera vivido las guerras civiles podía celebrar fácilmente. La restauración de los ritos religiosos, el regreso de la estabilidad y la derrota de peligrosos enemigos extranjeros eran todas cosas inequívocamente buenas para todos los romanos, sobre todo los miembros de la elite, y los poetas hubieran sido muy raros si no hubieran compartido esos sentimientos. No había participación directa en las palabras que escribían y mucho menos una censura directa. Para que tuvieran valor, era necesario que a hombres como Virgilio, Horacio y los demás se les dejara componer a su modo y con su propio estilo.

El resultado fue un flujo continuo de obras de la mayor calidad que continuaron siendo admiradas durante siglos, entre las cuales hubo muchas favorables al nuevo régimen, pero muchas más que hablan en general de la experiencia humana. Esto fue mucho más poderoso de lo que lo podría haber sido cualquier propaganda controlada y ayudó a satisfacer el estado de ánimo

de la restauración. La relación de Augusto con los poetas añadió lustre a su dominio, puesto que la poesía era un interés por completo adecuado para cualquier senador, y como la poesía creada era tan evidentemente buena no parecía un tirano y los poetas no parecían aduladores. Cuando Proporcio rechazó el tema de la guerra contra los partos y otros enemigos, prefiriendo en vez de ello hablar del amor, no se trató de un ataque a la política del Estado, sino de un ingenioso y encantador sistema a base de poemas destinado a divertir, no a convencer a los lectores para que abandonaran la vida pública. El dominio de Augusto creó un entorno en el cual se fomentaba que florecieran el arte y la literatura, mientras que poetas, escritores y artistas luchaban por hacerse con un nombre, a menudo reinventando estilos bien asentados. No existen motivos para dudar de que Virgilio y otros fueran sinceros en los puntos de vista que expresaban, por más que el prejuicio moderno es asumir que todos los grandes artistas han de ser, por naturaleza, disidentes, sobre todo si viven bajo un líder que tuvo que luchar para alcanzar el poder. A modo de comparación haríamos bien en tener en cuenta las muchas grandes obras musicales y artísticas producidas bajo el gobierno, y a menudo bajo el patronazgo directo, de monarcas absolutos durante el siglo XVIII y comienzos del XIX.[475]

En un momento dado, Virgilio habló de escribir un poema épico sobre el propio Augusto, para después rechazar la idea. En cambio, la *Eneida* se sitúa en el lejano pasado y cuenta la historia de Eneas, el héroe troyano que escapó a la caída de su ciudad y dirigió a un grupo de exiliados hasta Italia, donde varias generaciones después su descendiente Rómulo fundaría Roma. Era el mundo de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, el más antiguo y grande de los poemas épicos griegos, y se trataba de un intento deliberado por igualar su grandeza en lengua latina. También se afirmaba que Eneas era el antepasado de los Julios, cuyo nombre derivaba del de su hijo Iulo y, dado que el héroe troyano era hijo

de Venus, esto le daba a la aristocrática familia su pedigrí divino. Virgilio se dedicó al proyecto e incluso su viaje a Grecia se pretendía que fuera un descanso que lo inspirara para continuar trabajando y mejorando el poema. A pesar de todos sus esfuerzos y de la favorable acogida recibida en recitales previos de algunos extractos, el poeta no estaba satisfecho —se sabe que incluso alteraba versos mientras los leía—. Menos gregario que el *bon vivant* de Horacio, Virgilio pasaba mucho de su tiempo encerrado en una de sus propiedades toqueteando el poema y modificando o rechazando línea tras línea.[476]

La *Eneida* quedó sin terminar y, ya fuera porque Grecia demostró ser menos inspiradora de lo que había esperado o simplemente porque se sintió obligado a acompañar a Augusto, Virgilio se unió al *princeps* y su séquito en su regreso a Italia. Durante el viaje se puso enfermo, al principio por una insolación y después con fiebre. Virgilio llegó a Italia, pero falleció en Brundisio el 21 de septiembre del 19 a. C. con cincuenta y dos años de edad y apenas dos días antes del cuadragésimo cuarto cumpleaños de César Augusto. En su testamento nombraba al *princeps* y a Mecenas como sus herederos, así como a Lucio Vario, miembro también del círculo de poetas de este último. Insatisfecho con el estado de la *Eneida*, Virgilio le había rogado a Vario que en caso de fallecer quemara los manuscritos. Este se negó y, en sus últimos días, imploró a sus ayudantes que le trajeran los rollos para que pudiera quemarlos él mismo. Augusto se aseguró de que no cumplieran sus órdenes y el *princeps* urgió a Vario y a un colega a que ordenaran el poema y se lo ofrecieran sin tardanza al mundo.[477]

A pesar de los deseos del autor, esta desobediencia le hizo un gran servicio público, al salvar uno de los grandes logros de la literatura romana. Es evidente que un grandioso y bello poema épico escrito por un autor famoso, donde se contaban inspiradoras historias de uno de sus antepasados julianos, así como del ori-

gen de los romanos y en el cual se celebraba tanto su pasado como su futuro poseía un evidente atractivo para Augusto. De modo que sus acciones no fueron completamente altruistas, si bien está claro que no habría querido que el poema circulara de no haber estado básicamente terminado y ser de una evidente excepcional calidad. La gente no tardó en ponerse a pensar en los cambios que Virgilio podía tener previstos —especulación que continúa hoy día entre los especialistas—, pero la *Eneida* fue saludada universalmente como un adecuado rival de Homero. No tardó en convertirse en un texto estándar en la educación romana. (Un siglo después, dos aburridos escribientes del ejército en extremos opuestos del Imperio, en el norte de Britania y en Judea, garabatearon una línea del poema en la parte de atrás de documentos rutinarios que la fortuna preservó después para que los descubrieran los arqueólogos). La *Eneida* fue una de las obras más citadas de la literatura latina, si bien hemos de mencionar que las citas proceden en su mayoría de los primeros libros. De modo muy parecido a Shakespeare, buena parte del poema fue abandonada según los maestros se concentraban en unas pocas y familiares secciones.[478]

«Canto a las armas y al hombre» *(Arma virumque cano)* dice la primera línea del primer libro —y el uso de la primera persona por parte del poeta era en sí mismo una ruptura con la tradición homérica—. El mundo de la *Eneida* está entretejido con el de Homero y muchos de sus protagonistas —el principal Eneas— proceden de él. La primera mitad copia a la *Odisea* con los refugiados troyanos errando por el Mediterráneo, en ocasiones cruzándose con las huellas dejadas por el héroe griego. Así, se encuentran con uno de los hombres de Odiseo que se había quedado atrás cuando los demás escaparon de la cueva del cíclope Polifemo y luego ven al cegado monstruo trastabillando furioso. En todo él los dioses intervienen, con Juno persiguiendo vengadoramente a los troyanos, mientras Venus protege a su hijo.

A pesar de todas las reminiscencias de Homero y las muchas alusiones a otras obras literarias, junto a los mitos se pueden apreciar detalles de un mundo más moderno y complejo. En ocasiones Eneas tiene miedo, está enfadado o confuso y es capaz de simular confianza y entusiasmo para inspirar a sus hombres mientras en privado está desesperanzado. Los héroes homéricos poseían una extremada confianza en sí mismos y eran igual de egocéntricos —la *Ilíada* nos habla de la ira de Aquiles por un desaire personal, de modo que se enfurruña en su tienda hasta que la muerte de Patroclo hace que regrese a la batalla y se cobre una salvaje venganza—. El éxito del ejército griego es casi irrelevante para su motivación personal, pues elige una vida corta y gloriosa en vez de vivir hasta una edad provecta en la oscuridad. En la *Odisea*, el héroe Odiseo pierde a todos sus seguidores durante sus viajes con escasas muestras de remordimiento y se entretiene con ninfas y diosas antes de regresar a su hogar a masacrar a los pretendientes de su esposa y a cualquiera de su casa que los hubiera aceptado. El honor y el éxito personales son lo que realmente importa a este tipo de héroes, lo cual ayuda a explicar por qué muchas generaciones de griegos y romanos —en especial aristócratas— consideraron esos poemas épicos como guías para su propio comportamiento.

Eneas es diferente, porque siempre es consciente de su deber. Es el *pius* Eneas, respetuoso con los dioses y su familia, sobre todo con su padre, al que se trae de las ruinas de Troya, siendo consciente de que lleva sobre sus hombros el destino de su raza, necesitando conducirlos a Italia de tal modo que con el tiempo Roma pueda ser fundada y los romanos alcanzar la grandeza de los días de Virgilio e incluso mayores logros por venir. Más de una vez se le muestran fogonazos de esta futura gloria para inspirarlo. Además de a enemigos declarados se enfrenta a la tentación, sobre todo cuando él y sus seguidores son recibidos por la reina Dido de Cartago. Juno y Venus conspiran para hacer que se

enamore del héroe troyano y su amor se consuma cuando ambos se refugian en una cueva durante una excursión de caza interrumpida por una tormenta. La amenaza para el futuro es breve, pues poco después Eneas parte con su gente en vez de asentarse entre los cartagineses, una alternativa que los habría conducido a ellos, y no a los romanos, a convertirse en el pueblo más grandioso de la región. Con el corazón roto, Dido se suicida, obligando a su gente a tener un odio eterno a los descendientes de Eneas y, de este modo, proporcionando un rencor antiguo para el conflicto real entre Roma y Cartago en los siglos III y II a. C. [479]

El poema épico de Virgilio es una mezcla de la tradición existente —a menudo escogiendo una versión entre varias— con de la de Homero y otros cantos épicos, así como una buena parte de invención. Las alusiones a su propia época son abundantes, pero están bien logradas. Sicilia aparece mucho en el poema —Eneas la visita dos veces—, lo que seguramente sea un reflejo del destacado papel que tuvo en el ascenso de Augusto. Una desesperanzada Dido lamenta que su amante no le haya dado un «pequeño Eneas» como consuelo por haberla abandonado, lo que a sus contemporáneos debe haberles hecho pensar en Julio César, Cleopatra y Cesarión. La asociación de la reina cartaginesa del poema con la reina egipcia de la historia reciente era natural, pero nunca resulta forzada. Dido es tratada con gran simpatía, manipulada por los dioses para que se enamore y luego abandonada. La única y posterior aparición de Cleopatra en la historia es muy hostil; pero Dido aparece más como víctima que como villana y solo cuando el poeta describe su horrible suicidio es representada como inestable y peligrosa… un cambio seguramente más discordante para la sensibilidad moderna que para la antigua.[480]

El *pius* Eneas antepone el más grande destino de su pueblo a sus propios sentimientos y abandona a Dido. Posteriormente, cuando visita el otro mundo y se encuentra con su espíritu, la

reina se niega a reconocerlo en una escena más preocupada por la tristeza y culpabilidad de Eneas que por los sentimientos de ella. Una y otra vez, Eneas hace lo correcto para el futuro, pero con un gran coste para él y los que están a su alrededor. Cuando finalmente alcanza Italia, la bienvenida que le ofrecen algunos reyes locales provoca una guerra con sus vecinos que presagia de diversos modos las guerras civiles de la época de Virgilio. Las batallas de Homero son crudas y salvajes, con detalladas descripciones de heridas y muertes, y Virgilio sigue la misma tradición. Resulta tentador ver un tono más duro: un rey aliado se tropieza y cae sobre un altar, donde es muerto, mientras su oponente dice: «Ya lo tiene [*hoc habet*, el grito utilizado en las luchas de gladiadores], esta es la mejor ofrenda dada a los dioses», mientras cerca a otro hombre le prenden fuego a la barba antes de ser tirado al suelo y asesinado. Ciertamente se capta mejor el coste de la guerra y la pena de las familias de los caídos que en la *Ilíada*.[481]

Y, sin embargo, no hemos de ver en esto una condena a la guerra, porque si bien Virgilio presenta los combates como algo terrible y lleno de tristeza, no la presenta como algo innecesario. En la batalla Eneas es tan implacable como cualquiera, abriéndose camino por entre una amplia sucesión de enemigos, incluido un hombre que llevaba insignias de sacerdote. Al final de la historia se enfrenta a Turno, rey de los rútulos, quien ya había acabado con muchos de los troyanos y de sus aliados, entre ellos Palas, hijo del rey Evander. Herido por Eneas, Turno pide ser perdonado por el bien de su pobre padre, Anquises, recordándole al troyano a su propio y amado padre —ya muerto—, Anquises. Por un momento el vencedor se emociona y duda, pero entonces se da cuenta de que Turno lleva un cinturón que había cogido del cadáver de Palas y la piedad se torna «furia y terrible ira». Gritando que es un justo castigo para Palas, Eneas clava profundamente su espada en el pecho de Tuno, cuyos «miembros caen

flácidos y fríos y con un suspiro su vida vuela indignamente hacia las sombras».[482]

El poema termina con estas palabras y, a pesar de que Virgilio no terminara de pulir su gran obra, parece dudoso que tuviera pensado cambiar la última escena de tal modo que la historia terminara con piedad en vez de con castigo. Turno había cogido las armas contra Eneas, se había mostrado exultante en medio del caos que había llevado al enemigo, mostrándole ninguna piedad y en el encuentro final había roto una tregua. No es presentado como un monstruo sin ninguna virtud y Virgilio le concede la misma simpatía que a Dido y a sus demás protagonistas. Semejante empática comprensión de la condición humana es la característica de un gran artista, pero en ningún momento anima Virgilio al lector —menos aún al lector romano del siglo I— a comparar esos caracteres con Eneas, o sugiere que puedan tener razón. Muchos romanos eran capaces de admirar a sus enemigos y de confesar que a menudo sus guerras de conquista suponían horrendos sufrimientos para los pueblos sometidos. Semejante conciencia nunca supuso un reto para la muy arraigada creencia romana de que la expansión era justa. Los enemigos eran enemigos, para ser derrotados y solo entonces tratados con amabilidad. En la poesía, igual que en la vida real, las alegrías de la paz solo llegaban como resultado de una victoria romana.[483]

Eneas era un reflejo de Augusto en muchos aspectos, si bien en la glamourosa forma de un guerrero abiertamente heroico, guapo y fuerte físicamente, y las sugerencias de que no se trata de una celebración deliberada del *princeps* no resultan muy convincentes. Ambos colocaron el deber y la piedad por delante de su propia comodidad e intereses, soportando grandes adversidades y luchas durante muchos años antes de conseguir la victoria final y de que la comunidad disfrutara de paz y prosperidad. En ocasiones fue necesario que hicieran cosas espantosas para el bien común y el destino de los romanos —o, en el caso de Eneas, pre-

rromanos—. Con tanto en juego, todos los que se opusieran tenían que ser destruidos y una calmada *pietas* podía dar paso a una rabia justificada y apasionada. En ocasiones Eneas incluso se burla de sus enemigos mientras los mataba, del mismo modo que se dice que hizo el joven César después de Filipo y Perusia.[484]

César Augusto es celebrado en el poema, en el cual aparece en el momento de su gran victoria en Accio en el adornado escudo forjado para Eneas por el dios Vulcano. En ocasiones Virgilio se refiere a César de un modo más vago —en una ocasión como un «César troyano […] cargado de botín oriental»— que hace difícil saber si se está refiriendo a Augusto o a Julio César. Es probable que la vaguedad sea deliberada y se refiera a ambos, con lo mejor del padre reforzando los logros y virtudes del hijo. Del mismo modo, cuando tiene a un Catón juzgando a los muertos en el otro mundo se trata de un Catón genérico, tanto el famoso antepasado como el descendiente que con tanta inquina se opuso a Julio César. Virgilio deseaba celebrar a los grandes romanos del pasado. Al fallecido Catilina le toca sufrir un terrible castigo, pero por lo demás hay pocas referencias a diferencias políticas. En la descripción de los futuros héroes de Roma a la espera de nacer hay dos «resplandecientes en dos panoplias a juego», claramente Pompeyo y Julio César, quienes «por desgracia […] causan batallas y derramamiento de sangre», el «padre de la novia» contra «su esposo». Se les ruega que se contengan de la guerra civil. Es sin duda una crítica, pero suave y dirigida tanto contra Pompeyo como contra el dictador, que es instado a ser el primero en «perdonar», lo cual seguramente sea una aprobadora referencia a su famosa clemencia.[485]

La *Eneida* era patriótica, estaba repleta de inspiradas descripciones de glorias pasadas y del incluso más grande destino de una Roma dirigida por el hijo del divino Julio César. A pesar de la impávida descripción de la guerra y las luchas tan familiares a la generación de Virgilio, había optimismo para el futuro, con una

Roma a la que se prometía un poder ilimitado. Como todas las grandes obras literarias, puede ser leída en muchos niveles e interpretada por personas diferentes en momentos diferentes, a menudo de modos que podrían sorprender o consternar a su creador. Es poco probable que este tipo de complejas interpretaciones se le ocurrieran a Augusto y que simplemente quedara emocionado por la belleza de los versos, complacido tanto por el aspecto de un poema tan universalmente aclamado como por su estrecha asociación con él.

FAMILIAS Y PODER

Ya estaba avanzado el año cuando el *princeps* y su séquito llegaron a Roma. Tras los tumultos asociados a Ignacio Rufo seguía habiendo un único cónsul activo y solo tras su llegada lo visitó una delegación senatorial, escogiendo a uno de ellos como el cónsul faltante. No está claro cómo esto tuvo lugar y Dion Casio sugiere que Augusto lo hizo con su propia autoridad y sin una elección formal; pero posiblemente se deba a que describió la esencia del acontecimiento en vez de los detalles formales. El hombre elegido había servido lealmente a Augusto durante las guerras civiles. Tras haber llegado a este arreglo rechazó de nuevo el honor de un saludo formal conjunto del Senado y la Asamblea Popular. Al descubrir que una gran delegación de senadores seguía decidida a darle la bienvenida, se introdujo silenciosamente en la ciudad bajo el manto de la noche. Sí aceptó la construcción de un templo a Fortuna Redux —diosa de los retornos afortunados— cerca de la puerta Capena, por la cual había entrado en la ciudad tras recorrer la vía Apia. Allí cada 12 de octubre se celebrarían sacrificios durante la recién creada fiesta de la Augustalia, en conmemoración de su regreso.[486]

Sin César Augusto, Roma había estado intranquila y solo la directa supervisión de Agripa impidió temporalmente que la *Comitia centuriata* lo eligiera como cónsul cada año. Es muy posible que fuera tras su retorno cuando planteó la idea de que hubiera

tres cónsules, de tal modo que él pudiera ejercer el cargo y aún asegurarse de que otros dos tuvieran también esa oportunidad. La sugerencia fue rápidamente rechazada como demasiado heterodoxa, pues nunca había habido más de dos cónsules ejerciendo simultáneamente. Dion Casio afirma que en vez de ello se le concedió poder consular permanente, pero los historiadores están divididos al respecto de si se trata de una afirmación exacta o no y, de serlo, qué significó exactamente. Existe un consenso general respecto a que a Augusto se le concedieron los símbolos principales del consulado, de modo que en adelante cada vez que estuvo en la ciudad fue acompañado por una docena de lictores. En las reuniones senatoriales también se sentaría en su propia silla curul, o de magistrado, situada entre las de los dos cónsules. Cualesquiera que sean los detalles, los poderes que se le concedieron eran personales, al igual que los otorgados en el 23 a. C., y no estaban asociados a ningún cargo. Los símbolos —sobre todo los de los cargos— tenían una gran importancia en Roma y reforzaron el control de Augusto sobre el Estado.[487]

Algunos de los nuevos poderes recogidos por Dion Casio como aceptados en ese momento puede que fueran rechazados o los confundiera. La afirmación de que Augusto fue nombrado «supervisor de la moral pública» de forma permanente probablemente se tratara de otra concesión temporal de los poderes de la censura, porque al año siguiente el *princeps* se embarcó en una nueva purga del Senado, con la esperanza de reducir su tamaño y restaurar su dignidad, un tanto dañada tras los recientes disturbios en las elecciones. Cuando nadie se ofreció a renunciar, Augusto eligió a treinta senadores, realizando un juramento público de que había elegido a los mejores hombres. Juramento que repitieron a continuación esos treinta, a cada uno de los cuales se pidió que escribiera los nombres de cinco senadores, pero no se les permitió ni incluirse a sí mismos ni a sus parientes. Seguidamente, se eligió por sorteo a uno de cada grupo de cinco hom-

bres para formar parte del nuevo grupo senatorial; los treinta así elegidos repitieron el proceso, eligiendo cada uno a cinco más. Fue laborioso y estuvo abierto a negociaciones entre bambalinas. Augusto se irritó cuando Antistio Labeón incluyó a Lépido entre sus cinco nombres e intentó hacerle cambiar de opinión. Labeón se negó, afirmando que tenía derecho a sus opiniones y que si el *princeps* permitía que Lépido siguiera siendo el *pontifex maximus* a él no se le podía reprochar que lo eligiera también como senador. Augusto permitió la elección y, dado que siguió siendo miembro del Senado, su antiguo colega triunviral debió de resultar elegido por sorteo.[488]

Frustrado, abandonó este método y eligió a los siguientes senadores él mismo. Siguió habiendo protestas, por ejemplo de un padre excluido cuando su hijo no lo fue, que expuso su queja de un modo muy romano, rasgándose la toga y apartando su túnica para que se vieran las cicatrices conseguidas al servicio del país. Otro senador pidió renunciar en favor de su propio padre, que había perdido su plaza. Como en ocasiones anteriores, a los expulsados se les permitió mantener las insignias y el prestigio de su antiguo rango y, seguidamente, algunos volvieron a conseguir su plaza en el Senado por medio de su elección a una magistratura. Se dijo de nuevo que Augusto había intentado reducir el consejo supremo hasta los trescientos miembros, pero se vio obligado a abandonar la idea y contentarse con el doble de esa cifra. Cualquier cantidad menor hubiera hecho difícil que se ocuparan todos los cargos o completar el quórum de cuatrocientos necesario en cualquier reunión para decidir sobre cualquier cuestión.

Por esas fechas, el *princeps* creó un consejo más pequeño y conveniente, conocido después como *consilium principis*, formado por representantes de todos los colegios de magistrados junto con quince senadores escogidos por sorteo que servían durante seis meses. Era una institución útil para sondear cuál era la opinión

mayoritaria de los senadores y ayudó a reforzar cualquier propuesta antes de que fuera llevada al Senado para debatir sobre ella. Augusto continuó tratando al Senado con respeto, atendiendo a todas sus sesiones siempre que estaba en Roma y animando a sus miembros a que dijeran lo que pensaran. A pesar de su enfado, no actuó contra Labeón y cuando a continuación el Senado se ofreció a dormir por turnos ante el aposento del *princeps* para asegurar su seguridad, Labeón les dijo que tendría que quedar excluido porque roncaba demasiado fuerte. Suetonio nos cuenta que en ocasiones los discursos de Augusto ante el Senado eran interrumpidos por gritos de: «No lo entiendo» o de «Hablaría en contra de ti si tuviera la oportunidad», este último comentario sería proferido sin duda por hombres que no había sido elegidos para participar. En ocasiones los enconados intercambios entre senadores enfadados le aburrían y le exasperaban tanto que abandonaba la reunión antes de que hubiera terminado, provocando gritos de que los senadores debían tener el derecho a decir lo que pensaban sobre asuntos públicos importantes.[489]

En el pasado, los senadores estaban registrados dentro del más amplio orden ecuestre y necesitaban unas propiedades mínimas de 400 000 sextercios para serlo. Ahora, en un esfuerzo por incrementar su dignidad, Augusto separó formalmente a los senadores en una clase separada, para la cual se necesitaba tener un millón de sextercios. Algunos de los hombres que no podían cumplir este requisito perdieron sus escaños en el Senado, mientras que a otros que fueron considerados lo suficientemente valiosos el propio *princeps* les dio el dinero necesario. Al mismo tiempo aprobó una nueva ley para ocuparse de los sobornos e intimidaciones durante las elecciones. En el pasado, leyes semejantes raras veces se habían demostrado efectivas; pero Augusto poseía tanto el poder como el prestigio para hacerla cumplir de forma más rigurosa y es indudable que el problema se redujo, aunque no erradicado del todo. La década siguiente vio el re-

torno al consulado de muchas familias bien asentadas. Estas habían sufrido mucho durante las guerras civiles y se trataba de hombres demasiado jóvenes como para haber tomado parte en ellas; pero que ahora estaban deseosos por entrar en la vida pública en un Estado dominado por Augusto. Todavía seguía mereciendo la pena conseguir honores como el consulado. No hay pruebas que demuestren que estos hombres fueran más favorables o menos a Augusto que el resto del Senado. Dion Casio afirma que por estas fechas varios hombres fueron ejecutados por conjurar contra el *princeps*, pero no da nombres.[490]

En el 18 a. C., Druso, el hijo menor de Livia, fue cuestor. Solo tenía diecinueve años y, como su hermano Tiberio, se le concedió permiso para ser pretor y cónsul cinco años antes de la edad normal. Comprometido con la hija de Agripa mientras esta era todavía una niña, Tiberio al fin se casó con ella cuando regresó de la campaña oriental, al haber alcanzado ya la edad adecuada. A los pocos años, su hermano Druso se casaba con Antonia la Menor, hija de Marco Antonio y Octavia. Durante la ausencia de Augusto en Oriente había tenido lugar un matrimonio todavía más significativo. En el 21 a. C., Agripa fue enviado de regreso para encargarse de los tumultos, pero también se encargó de cuestiones más personales. Se divorció de su segunda esposa, la hija de Octavia y Marcelo, es decir, de la sobrina del *princeps*, y en su lugar se casó con la hija de Augusto, la viuda Julia. La novia tenía dieciocho años y su esposo andaba más próximo a los cuarenta y dos años de edad del padre, pero diferencias de edad semejantes eran habituales en un matrimonio aristocrático. La alianza era una muestra de gran favor, que unía todavía más estrechamente a Augusto con su ayudante de más confianza y fiable. Las habladurías implicaban que hubo alguna obligación en el matrimonio, supuestamente después de que Mecenas le dijera a César Augusto que había hecho tan fuerte a Agripa que solo podía o bien matarlo o bien convertirlo en su yerno. La verdad es

que no había muchas más opciones. Los sentimientos de Augusto hacia Tiberio no están claros, pero acabar con su planeado matrimonio con Vipsania seguramente habría parecido un desaire a su padre.[491]

Muchos aristócratas no le perdonaron nunca a Agripa sus orígenes ajenos al círculo más íntimo del Senado o que hubiera llegado tan alto gracias a su relación con César Augusto. Al igual que otros hombres nuevos, él parece haber llevado a gala esa diferencia, asociándose conscientemente más con la población general y construyéndole instalaciones al tiempo que rechazaba desdeñoso honores personales como los triunfos que tanto ansiaban otros senadores. Era un entusiasta coleccionista de obras de arte, pero solo para ser expuestas en público, más que en privado y, al contrario que el resto del círculo de Augusto y la aristocracia en general, demostraba escaso interés por la literatura y no entabló amistad con poetas y escritores. Enérgico y eficiente, Agripa tuvo tanto éxito como marido —al menos según los estándares romanos— como general, administrador y constructor. Antes de que abandonara Roma en el 20 a. C. Julia estaba embarazada y avanzado el año dio a luz a un hijo, Cayo. En el 19 a. C. Agripa acabó con la última rebelión seria en Hispania y, al regresar a Roma, volvió a declinar el premio del triunfo. Julia no tardó en estar esperando un nuevo hijo y en el 17 a. C. dio a luz a otro niño, que fue llamado Lucio.[492]

Como yerno del *princeps* y hombre que podía presumir de tantos grandes logros, su *auctoritas* sobrepasaba con mucho a la de cualquier otro senador. Algo que no tardó en quedar reforzado con poderes formales. En el 18 a. C., un año antes de que terminara, a César Augusto se le concedió una ampliación de cinco años de su gran mando provincial. Al mismo tiempo, a Agripa se le concedió un proconsulado de cinco años, si bien probablemente no estuvo conectado a ninguna provincia concreta y solo posteriormente sería convertido en *maius*, o «más grande» que los

gobernadores normales. En el pasado, en ocasiones debió haber ejercido un *imperium* similar, si bien los detalles de su categoría durante los años 20 a. C. resultan a menudo difícil de reconstruir. De un modo más conspicuo, en el 18 a. C. se le concedió también la *tribunicia potestas* por cinco años. Nadie, excepto el propio César Augusto la había poseído. El nombramiento tenía caducidad, al contrario que la recompensa permanente concedida al *princeps*, pero en esencia siguió siendo un derecho personal que señalaba a Agripa como diferente de los demás magistrados y senadores destacados. En resumidas cuentas, su nueva categoría lo colocaba el segundo detrás de Augusto y si este fallecía en los próximos años, Agripa seguramente habría esperado ocupar su puesto.[493]

Una dinastía estaba tomando forma, una impresión que quedó reforzada cuando, tras el nacimiento de Lucio, Augusto adoptó a los dos hijos de Julia y Agripa. La ceremonia implicaba una compra simbólica, con Augusto golpeando tres veces una moneda de bronce de escaso valor conocida como *as* tres veces en una balanza en presencia de un pretor. Los niños, nietos del *princeps* e hijos de su más cercano colaborador, se convirtieron en Cayo y Lucio César. No parece muy probable que en este punto existiera nadie que esperara que César Augusto fuera a retirarse, si bien, como tantos de sus poderes eran recompensas personales, realmente no existía un cargo al que pudiera renunciar. No obstante, cuando aceptó la ampliación de cinco años de su provincia afirmó que era tiempo suficiente para llevar el orden a esas regiones. Quizá algunos lo creyeron, si bien no se produjo ninguna indignación cuando poco después su duración fue ampliada a una década. Es posible que algunos romanos todavía se sintieran indignados por entregarle tanto poder permanente a un solo hombre, pero había todavía menos de ellos que querían correr el riesgo de regresar a la guerra civil… al menos por el momento. Según iban pasando los años, la nueva realidad de un monarca en todo excepto el

nombre se fue volviendo menos y menos notable. En el futuro inmediato no había posibilidades de que surgiera un caudillo rival al cual pudieran unirse y, por ello, de no ser mediante el asesinato, no había medios de eliminar al *princeps*. Augusto era mucho más cuidadoso por lo que respecta a su seguridad personal de lo que lo había sido Julio César, lo cual convertía cualquier conjura contra él en una empresa peligrosa, sin contar con que los acontecimientos del 44 a. C. habían demostrado a todos que incluso si se tenía éxito, había muchas probabilidades de que con ello solo se lograra el regreso del caos y la guerra civil.[494]

No hubiera sido imposible asesinar a César Augusto y las precauciones que adoptó no han de exagerarse. Asistía a las reuniones senatoriales y por esta y otras razones siempre caminaba o era llevado en litera por las calles de Roma. En las reuniones del Senado saludaba a cada senador por turnos según se encontraba con ellos y a menudo se despedía del mismo modo. Cuando presidía una reunión se preocupaba por saber el nombre de cada uno de ellos y así los llamaba para que expresaran su opinión, confiando más en su excelente memoria que en un *nomenclator* para apuntárselo. El *princeps* era accesible a los peticionarios aquí como en cualquier otro lugar y se tomaba muchas molestias en demostrar su disposición a escuchar, tranquilizando a un hombre que se le acercó nerviosamente diciéndole que se parecía a alguien que le estuviera ofreciendo «una moneda a un elefante». Se cuenta otra historia de un poeta griego que esperaba pacientemente fuera del atrio de la casa de Augusto en el Palatino —probablemente en medio de un gentío de gente que querían conseguir su atención—. Llevaba un poema que había escrito alabando al emperador y esperaba ser recompensado por ello. Augusto lo ignoró durante mucho tiempo. Contento de relacionarse con hombres de talento como Virgilio y Horacio, no deseaba recibir los mediocres esfuerzos de un escritor sin éxito, de modo que pasaba sin dejar que el hombre se le acercara.[495] El griego persis-

tió y, al final, Augusto decidió gastarle una broma. Al día siguiente el poeta estaba donde siempre, pero esta vez el *princeps* se inclinó hacia él y le dio un pedazo de papiro con unos pocos versos escritos por el propio Augusto. Impertérrito, el griego declamó el pequeño poema y luego le dio al emperador César Augusto unas pocas monedas por sus esfuerzos, disculpándose por que fuera tan poco y diciendo en griego: «Juro por la buena fortuna de Augusto que si hubiera tenido más te hubiera dado más». Divertido, el *princeps* ordenó a sus ayudantes que le dieran al hombre 100 000 sextercios.[496]

Esta y otras muchas anécdotas dejan claro que César Augusto no era una figura distante, sino alguien al que uno se podía acercar, no solo los ricos e importantes, sino casi cualquiera. También confirma la impresión de que la abrumadora mayoría de los romanos estaban satisfechos de aceptar su dominio como la mejor de otras alternativas. En este contexto, un mayor reconocimiento público de Agripa y la adopción de sus dos hijos era reconfortantes promesas de una estabilidad y seguridad futuras. Está claro que era algo que preocupaba al mismo Augusto, de ahí la adopción de dos niños. El futuro general de la raza romana, sobre todo de su elite, también fue una de sus grandes preocupaciones por entonces. Las guerras civiles y las proscripciones habían sembrado el caos entre las familias senatoriales y muchas ecuestres. Algunos linajes habían muerto del todo y otras habían visto desaparecer una o dos generaciones antes o durante los mejores años de su carrera política. Educar a los hijos era caro, sobre todo si deseaban conseguir un cargo, de modo que era muy difundida la creencia de que cada vez había más y más hombres que o bien escogían permanecer solteros o casarse y no tener hijos.

Augusto decidió actuar, sin duda tras haber discutido primero la cuestión con el *consilium*, o consejo pequeño, para preparar su presentación al Senado. Su preocupación solo era moral en el

sentido de que quería que la elite de Roma cumpliera con su obligación y continuara proporcionando jóvenes que siguieran una carrera pública. También era lo correcto y, en el pasado, parte del papel de los censores había sido la supervisión de la moral y el comportamiento público. A su regreso de Oriente había recibido el derecho a aprobar una *Lex Augusta*, un decreto que se convertiría en ley sin la formalidad de los debates senatoriales y el voto de la Asamblea. No está claro si aceptó el derecho, pero incluso en el caso de que lo hubiera hecho, el *princeps* eligió no hacer uso de él. En vez de ello su propuesta fue presentada para la aprobación senatorial y después votada para convertirse en la *Lex Julia de maritandis ordinibus*. Concedía beneficios a los padres de tres o más hijos, mientras aplicaba multas a los solteros y sin hijos. Preocupado como siempre por la dignidad de la clase senatorial, se prohibió a los senadores que se casaran con libertad, algo que sí se permitió a otros ciudadanos, incluidos los ecuestres, porque mucha gente creía que había muchas menos mujeres que hombres entre la población de ciudadanos.[497]

En torno a esas mismas fechas introdujo una ley, la *Lex Julia de adulteriis*, que castigaba el adulterio y cualquier relación sexual de mujeres nacidas fuera del matrimonio. En este caso, se dice que la preocupación comenzó en el Senado, que consideraba los hábitos de la joven generación demasiado salvajes y que eso impedía a muchos de ellos casarse y crear familias. La ley fue aprobada, pero Dion Casio afirma que cuando algunos quisieron tomar medidas más drásticas Augusto se mostró reacio a intervenir más allá, considerando que la nueva legislación era adecuada, y hay buenas razones para creer que quienes estuvieran implicados sencillamente serían considerados ridículos. En el caso de Augusto, su propia reputación de *affaires* con las esposas de otros hombres no ayudó mucho y durante los debates hubo comentarios irónicos que sugerían que estaba bien cualificado para tratar la cuestión. A riesgo de ser objeto de burlas y todavía presionado para

hacer más, les aconsejó que controlaran mejor a sus esposas: «Debéis reprender e instruir a vuestras esposas como consideréis adecuado. Así es como hago yo». Incluso siendo 600 miembros, los senadores formaban parte del pequeño mundo aristocrático que incluía al *princeps* y su familia. Muchos conocían a Livia y eran conscientes de su temible reputación, de modo que su declaración produjo no pocas sorpresas. Algunos oradores presionaron a Augusto pidiendo detalles sobre el tipo de instrucciones que daba a su mujer, y lo mejor que se le ocurrió fue afirmar que hacía sugerencias respecto al comportamiento de Livia y Julia, sus ropas y sus modales.[498]

Los senadores se sintieron con libertad para sacarle los colores el *princeps* sin miedo a represalias. Quizá dañó la carrera de alguno de ellos, pero muchos ya había alcanzado todo lo que querían en cuestión de cargos, honores y mandos provinciales y no se cohibieron. Las burlas fueron amables, sobre todo cuando las comparamos con los extremadamente vulgares insultos tradicionales en la política romana, sin llegar a la crítica directa a Augusto. Este tipo de intercambio ayudó de modos muy diferentes a preservar la fachada de que este no era sino el más distinguido de los miembros del Senado. Sus leyes se aprobaban sin problema ninguno. Aplicarlas era algo completamente distinto, pero la resistencia a las nuevas leyes tenía poco que ver con una oposición formal contra él. Algunos hombres arreglaron compromisos matrimoniales con niños, consiguiendo los beneficios del matrimonio sin los inconvenientes de contraer uno durante unos cuantos años. Augusto respondió modificando la legislación de tal modo que un compromiso matrimonial solo se reconocía si la boda tenía lugar en los dos años siguientes.[499]

Los esfuerzos por hacer que estas leyes se cumplieran crearon más momentos incómodos, pues sus responsabilidades temporales sobre la moral pública implicaban que casos concretos llegaban ante él. Un hombre fue acusado de casarse con una mujer

con la cual había mantenido antes una relación adúltera, algo que se acercaba demasiado a su propio caso, dado el heterodoxo modo que tuvo Augusto de cortejar a Livia. En este caso, el acusador del hombre presentó otros muchos cargos contra su carácter y quedó claro que sentía algún tipo de profundo rencor contra él. Augusto terminó por desestimar el caso, declarando de un modo vago que todos debían olvidar las malhumoradas disputas del pasado. Con cuarenta y cinco años a comienzos del 17 a. C., el *princeps* era un hombre maduro, menos dado a los estallidos de ira y las ocasionalmente torpes declaraciones de su juventud. Soportaba las irónicas preguntas de los senadores o las interrupciones de sus discursos e, incluso, cuando le colocaban en posiciones incómodas se enfrentaba a esas pequeñas pérdidas de dignidad con buen humor.[500]

Su afabilidad dulcificaba la cruda realidad de su control y, solo ocasionalmente, se hacía aparente el acero del antiguo triunvuro. Una vez, Augusto estaba cenando con un ecuestre llamado Vedio Polión, conocido por su riqueza, su amor por el lujo y su crueldad. También era un viejo amigo, probablemente uno de los acaudalados patrocinadores que apoyaron al joven César cuando se lanzó a la arena política en el 44 a. C. Como muchos de los de la generación de Cicerón, poseía amplios estanques ornamentales con peces, uno de los cuales estaba repleto de lampreas carnívoras a las cuales lanzaba a cualquier esclavo que lo contrariara. Durante la comida, un esclavo rompió sin querer una copa para beber perteneciente a un caro juego, y su amo ordenó de inmediato que fuera lanzado a los peces. Emperador César Augusto dio sus propias órdenes, diciendo a uno de sus ayudantes que recogiera el resto del juego de copas y las fuera rompiendo de una en una delante de su dueño hasta que el esclavo fuera liberado. La historia se cuenta para ilustrar su desagrado ante la brutalidad del senador y seguramente ese fuera su motivo. También tiene algo de escalofriante la completa seguridad

que tenía de que podía actuar así y su anfitrión no podría hacer nada por impedirlo. Más adelante el hombre murió y le legó una de sus lujosas villas al *princeps*. Augusto hizo que la demolieran para que no quedara nada que preservara el nombre de Vedio. Era su propiedad y podía hacer con ella lo que le placiera, pero el desdeñoso borrado de la memoria de alguien —por más justificada que estuviera— ilustra el completo dominio de César Augusto.[501]

No existía fuerza que se le opusiera y, por más que lo disimularan, todos lo entendían así. La gente podía expresar sus críticas, pero el hecho mismo de que se tratara de algo tan contenido confirma tanto el miedo como el respeto que se sentía hacia él. En el pasado, los romanos nunca habían sido tan reticentes a expresar sus opiniones, ni siquiera sobre los grandes hombres del Estado. Sentimientos más encendidos se expresaron en panfletos anónimos dejados en lugares públicos, incluida la Curia. César Augusto habló en el Senado para defenderse de esos ataques y anunció que en el futuro sus autores serían buscados y se les exigirían cuentas. En ocasiones los más salvajes insultos eran dirigidos contra otros senadores sin relación con él o su régimen y reflejaban antiguos odios. Como en cualquier período histórico, la alta política solo ocupaba una pequeña parte del tiempo, esfuerzos e intereses de la mayoría. Durante estos años, Augusto llamó de su exilio al actor Pilades, un castigo que le fue impuesto después de que la rivalidad entre sus fans y los de otro actor llamado Batilo se volviera demasiado fuerte. Pilades humilló a un espectador molesto al señalarlo y volviendo contra él los insultos del resto de la multitud. Batilo era un favorito, y en ocasiones amante, de Mecenas, quien lo había protegido. Ahora su rival retornaba a los escenarios y ambos siguieron siendo muy populares entre el público. Amonestado por Augusto por los disturbios pasados, lleno de confianza, Pilades aseguró a César que le convenía

que la gente dedicara su tiempo libre y su entusiasmo al teatro y sus famosas —en ocasiones tristemente célebres— estrellas.[502]

EL CICLO DE LOS AÑOS

En el 17 a. C., con el recién nacido Lucio y su hermano Cayo adoptados como hijos suyos, César Augusto estaba pensando en el futuro a largo plazo. A pesar de todas las celebraciones de paz tras décadas de lucha, de todas las discusiones sobre una renovación física y espiritual y del profundo interés en la tradición y las glorias pasadas, el *ethos* del régimen estuvo siempre mucho más centrado en el futuro que en el pasado. Los grandes logros de los romanos bajo el liderazgo de César Augusto vendrían seguidos por cosas aún más grandes mientras los conducía hacia el futuro. La renovación fue una parte importante de convertirlos en adecuados para este destino, restableciendo una adecuada relación con los dioses que habían guiado el progreso de la ciudad durante centurias, con los ciudadanos actuando y comportándose como debían los romanos, pero en el fondo no se trataba de hacer que las cosas fueran como en el pasado. Por el contrario, se trataba de avanzar del modo adecuado.

Los romanos tenían varios sistemas de medir el tiempo. El año se basaba en el paso natural de las estaciones y estaba estrechamente unido al mundo político, pues su nombre derivaba del de los cónsules de cada año. Cada cinco años, o *lustrum*, se suponía que los censores debían revisar la cantidad, prosperidad y rango de toda la población de ciudadanos. Más allá se encontraba un período más largo, el *saeculum*, o ciclo, que se consideraba que duraba más que la más larga de las vidas humanas. Estaba claro que en el pasado solo se había celebrado en unas cuantas ocasiones y existían algunas dudas respecto a su duración, si bien la mayoría consideraban que se producía cada cien años o así. La última celebración fue en el 146 a. C., pero cien años después la confusión de las guerras civiles supuso que nadie estuviera preocupado por celebrar el nuevo ciclo. El propio Augusto informó

de que el cometa que anunció el ascenso de Julio César para reunirse con los dioses también señaló el comienzo de un nuevo *saeculum*. Sin embargo, el momento no fue el adecuado y se necesitaron los decididos esfuerzos de uno de sus seguidores, el destacado jurista Cayo Ateyo Capitón para «descubrir» que en realidad el ciclo tenía 110 años y que si se calculaba así desde el origen de la ciudad entonces la fiesta tenía que celebrarse en el 17 a. C. No todos quedaron convencidos —el emperador Claudio retornó al sistema tradicional para poder celebrar el festival durante su propio reinado—, pero eso le importaba poco a Augusto, ansioso por organizar un acontecimiento tan apropiado y de tanta categoría.[503]

Se realizaron considerables esfuerzos para planear los *ludi saeculares*, o Juegos Seculares —la transliteración moderna es bastante engañosa, puesto que en todos los aspectos se trataba de ritos religiosos—. Augusto se implicó mucho en cada etapa, al igual que Agripa, cuyo papel era mucho más prominente desde la entrega del poder tribunicio. Ambos eran miembros del antiguo colegio sacerdotal clave, el *quindecimviri sacris faciundis*, encargado de supervisar esos rituales. Todos los demás miembros —ahora había varios más que los tradicionales quince de quienes tomaban el nombre, porque Augusto había incrementado todos los colegios sacerdotales y era miembro de todos ellos— eran senadores y sus disposiciones fueron llevadas al Senado, que las aprobó, y decretó que los detalles debían ser recogidos en inscripciones *in situ* en mármol y bronce, pagadas por el tesoro del Estado. Todo se llevó a cabo de un modo tradicional y adecuado, pero durante todo el proceso el papel de Augusto y Agripa los señaló como muy por encima de sus colegas sacerdotales y los demás senadores: «Mientras el cónsul Cayo Silano informó de que tras un lapso de muchos años se celebrarían los Juegos Seculares en el presente año bajo la dirección de Emperador César Augusto y Marco Agripa, poseedores del poder tribunicio…».

Las recientes leyes que regulaban el matrimonio prohibían a los hombres y mujeres jóvenes solteros observar las fiestas públicas; pero en este caso el acontecimiento era demasiado importante y —dado que la idea era que el ciclo era más largo que la duración de cualquier vida humana y era su única oportunidad de verlo— se levantó la prohibición.

Los *ludi saeculares* comenzaron el 31 de mayo del 17 a. C. en el Campo de Marte, cerca del río Tíber. Según el rito establecido en los libros sibilinos, se sacrificaron nueve ovejas y nueve cabras a las Parcas, en esta ocasión llamadas Moiras, su nombre griego. Les rezó pidiendo buena fortuna para el pueblo romano —dándole el nombre adicional de *quirites* para que su identidad quedara absolutamente clara para los poderes divinos—, por un continuado éxito en la guerra, por la seguridad del Estado y sus legiones de soldados. Se le añadió un toque arcaico rezando para mantener a los «latinos obedientes». Los vecinos latinoparlantes de Roma llevaban firmemente bajo control romano desde el siglo IV a. C., pero el ritual romano era obsesivamente conservador y estos toques arcaicos eran bastante comunes, hasta el extremo de incluir palabras que nadie comprendía. En este caso es poco probable que el ritual le debiera mucho a celebraciones anteriores y se trató seguramente de un intento deliberado de hacer que pareciera antiguo. En esta fachada antigua se entretejió lo moderno: por dos veces durante su oración Augusto pidió bendiciones para «el pueblo romano, los *quirites*, la asamblea de quince, para mí, para mi casa y mis familia extensa».

Esa noche se celebró una fiesta ritual para un grupo cuidadosamente escogido de 110 mujeres casadas, todas ellas madres, en la cual las imágenes de las diosas Juno y Diana estuvieron sentadas a la mesa. También hubo una representación dramática, vista por una muchedumbre al estilo tradicional romano, de pie, en vez de sentada al estilo griego. El día siguiente, 1 de junio, Augusto y Agripa fueron cada uno al Capitolio y mataron a un toro

sacrificial, ofrendando el animal a Júpiter el Mejor y Más Grande y el día 2 de junio cada uno sacrificó una vaca a Juno, de nuevo en el Capitolio. Otros miembros del colegio sacerdotal les ayudaron, pero las ofrendas solo fueron realizadas por estos dos hombres. Además de dirigirse a cada dios o diosa concreto, se repetía la primera oración, pidiendo para que los latinos siguieran estando controlados y añadiendo al *princeps*, su casa y su familia, también oraban por la seguridad y el éxito del pueblo romano, los *Quirites*. La noche del 1 de junio, pasteles rituales fueron ofrecidos a Ilitía, la diosa griega de los nacimientos, y durante la noche del 2 de junio, Augusto sacrificó junto al río Tíber una oveja preñada en honor de la Madre Tierra. El día siguiente, él y Agripa estuvieron en el Palatino para ofrecer pasteles sacrificiales a Apolo y Diana.

Los sacrificios animales nos resultan muy ajenos y resulta muy sencillo para los estudiosos del período dar por hecho estos ritos comunes, olvidándose de cuántos cuidados y preparativos requerían. Había que encontrar los animales adecuados, mantenerlos con buena salud y llevarlos con calma hasta el altar de modo que no se espantaran. El sacrificio en sí era llevado a cabo por profesionales muy entrenados, pues tenía que ser limpio y eficiente. Augusto y Agripa estaban de pie cerca, con una parte de sus togas sobre la cabeza mientras recitaban la oración. Hay muchas imágenes de Augusto —y bastantes de Agripa— con la cabeza cubierta de este modo, de modo que está claro que el *princeps* deseaba mostrar su *pietas* y su papel sacerdotal. Cualquier error —ya fuera en el ritual o en la preparación, en el sacrificio de la víctima, o la menor equivocación en la enunciación de las palabras de la oración— invalidaba todo el ritual, lo que obligaba a repetirlo.

Los sacrificios vinieron acompañados de más fiestas sagradas organizadas por las 110 matronas, que en ocasiones también tomaron parte en las oraciones públicas. También hubo más repre-

sentaciones dramáticas en latín y griego que duraron siete días tras los rituales, algunas de ellas interpretadas en un teatro temporal de madera, otras en el teatro de Pompeyo y en el todavía inconcluso teatro de Marcelo. También hubo días con lucha de fieras y carreras de carros, lo que completó casi dos semanas de pompas y espectáculos, durante las cuales la grandeza de Roma fue inseparablemente unida al liderazgo de César Augusto y su cómplice Agripa.

El 3 de junio, en el Palatino y después en el Capitolio, un coro formado por veintisiete chicos y veintisiete chicas —tres veces nueve era una combinación de números sagrados— cantó un poema encargado especialmente. El autor era Horacio, aunque parece más que probable que se hubiera preferido a Virgilio de haber estado vivo. El poema, el *Carmen saeculare*, se conserva y hace un llamamiento a los dioses propiciados por los sacrificios y a otras deidades para que bendigan y protejan a los romanos, ademas de hablar del pasado troyano celebrado en la *Eneida*. En él aparecen muchas de las preocupaciones de Augusto, como los «edictos de los Padres [otro término para referirse a los senadores, que tradicionalmente eran padres de familia] sobre el ungimiento público de hombres y mujeres y sobre la ley de matrimonio para conseguir una nueva cosecha de niños». El *princeps* mismo aparece como «el glorioso descendiente de Anquises y Venus […] ojalá que sea victorioso en la batalla contra sus enemigos y sin embargo clemente cuando hayan caído». Este énfasis en la familia Julia se repitió en una serie de monedas puestas en circulación ese año y que representaban a Julio César.[504]

Se pretendía que los juegos fueran un signo de la renovación en curso, ya bien establecida, así como de la promesa de un futuro incluso más grandioso. Los romanos se multiplicarían y las generaciones venideras se harían todavía más fuertes durante el siguiente ciclo de la historia, y César Augusto se encontraba en el centro de todo. Ahora podía alardear de hijos, pues el lazo de

la adopción era fuerte, como había demostrado su propia carrera, aparte de que los hijos adoptados eran tan costosos de educar como los hijos propios de un hombre. De este modo Augusto intentó satisfacer el ideal de criar a una nueva generación de romanos tal y como animaba e intentaba obligar a hacer al resto de la elite. Lo mismo sucede con los tempranos matrimonios de sus hijastros y su familia extensa.

Otros del círculo del *princeps* no eran tan buenos ejemplos. Mecenas estaba casado, pero no tenía hijos y parece haber estado más interesado en los amantes masculinos. Virgilio no parece haberse casado y se rumoreaba que solo sentía pasión por los niños. Horacio era un entusiasta perseguidor de mujeres, pero restringía sus actividades a cortesanas profesionales y otras prostitutas. Se dice que tenía espejos recubriendo los muros y el techo de su dormitorio, de modo que pudiera observar cómo tenía sexo con ellas —de ser cierto se trató de un capricho muy caro, porque los espejos eran costosos—. A Augusto no parecía importarle, habiendo puesto al poeta de forma juguetona el apodo de «un conocido hombrecillo lujurioso» y «pene perfecto» en las cartas que le enviaba. Ninguno de estos hombres se embarcó seriamente en una carrera pública, Mecenas tenía influencia y poder entre bambalinas, pero nunca ocupó cargo alguno.[505]

De un modo muy romano, César Augusto estaba mucho más preocupado por las apariencias y el pragmatismo que por cambiar el comportamiento porque sí. Necesitaba que la aristocracia se reprodujera, de modo que hubiera otra generación, y necesitaba que se comportaran en público con dignidad, respetando a los dioses y la tradición en general. Sus leyes matrimoniales molestaron y fueron ignoradas por muchos, pero es probable que una mayoría se ajustara a ellas más o menos voluntariamente. Si las cumplían y se comportaban adecuadamente en público, ni a él ni a nadie les importaban mucho unas discretas actividades privadas.

XVII

FAMILIA Y COLEGAS

Augusto César [...] se ha ganado el desagrado de muchos como resultado de su larga estancia en la capital.

DION CASIO, principios del siglo III a. C.[506]

Pacifiqué los Alpes, desde la zona más próxima al mar Adriático todo el camino hasta el mar Toscano, sin organizar ninguna guerra injusta contra ninguna tribu.

Las obras del divino Augusto[507]

A finales del 17 a. C., o comienzos del 16 a. C., tres tribus germanas, los usipetes, tencterios y sugambros, reunieron repentinamente a algunos romanos que había en sus tierras —presumiblemente como mercaderes— y los crucificaron. Desconocemos qué provocó este estallido de hostilidad, pero seguidamente un amplio grupo de guerreros se reunió y lanzó una incursión de saqueo al otro lado del Rin, en la Galia romana. El legado, Marco Lolio, respondió reuniendo una fuerza para encargarse de ellos; exactamente lo mismo que Julio César, Agripa y otros habían hecho en el pasado en aproximadamente la misma región. Parece que Lolio carecía de sus habilidades y esta vez las cosas no terminaron bien. La caballería auxiliar que marchaba de descubierta sufrió una emboscada y recibió un fuerte castigo. Exultantes guerreros germanos persiguieron a los jinetes que huían y toda la masa cayó sobre la fuerza principal, que fue pillada de sorpresa y cayó en la confusión. La *Legio V Alaudade* se desperdigó y

perdió su preciosa águila. Durante algún momento la mayoría del ejército romano estuvo huyendo antes de que se restaurara el orden y el enemigo fuera rechazado.

Lolio y su ejército sobrevivieron a la derrota, y sus pérdidas seguramente no fueran muy altas. Suetonio calificó el revés «de más infame que serio»; pero aun así lo incluyó como una de las dos únicas derrotas sufridas por los ejércitos de Augusto tras las guerras civiles. Lolio era su legado y los soldados eran sus soldados, de modo que su derrota era tan suya como lo fueron sus pasadas victorias. Emperador César Augusto dirigía el Estado debido a que sus triunfos trajeron paz y prosperidad. Cualquier revés era dañino y tras el muy cacareado regreso de los estandartes de Partia e Iliria, la pérdida de una nueva águila era embarazosa. Augusto anunció que iría a las Galias en persona, y abandonó Roma a finales de la primavera. Antes de que llegara la campaña ya había terminado. Lolio había reunido una fuerza de campaña mayor y mejor preparada para invadir el corazón del territorio de las tribus como represalia por su incursión. La noticia hizo que los germanos enviaran embajadores rogando la paz, que fue concedida en los términos dictados por los romanos. No sabemos que pasó con el águila, pero no hubo fanfarria rodeando su retorno, de modo que es posible que su pérdida fuera temporal y que el precioso estandarte se recuperara durante el primer encuentro.[508]

Augusto continuó hasta la Galia y lo más probable es que antes de que le llegaran las noticias de la derrota de Lolio ya hubiera estado planeado un recorrido por las provincias occidentales. Agripa ya había partido hacia Oriente, y ni él ni su suegro regresarían a Italia en más de tres años, continuando el ya establecido patrón de alternar las estancias en Roma con visitas más prolongadas a las provincias. Dion Casio afirma que Augusto estaba encantado de dejar atrás la ciudad y que utilizó las noticias de la Galia como pretexto para adelantar la partida. La legislación ma-

trimonial recientemente entrada en vigor continuaba exasperando a algunos senadores y ecuestres. El *princeps* estaba dispuesto a conceder exenciones o un tratamiento menos severo a amigos y seguidores pillados infringiendo la ley y, aunque era algo comprensible y muy romano, esto no hizo sino incrementar el resentimiento por su duro trato a los demás. No hay rastro alguno de una oposición organizada, pero el informal estilo de Augusto, su cercanía y sus afirmaciones de que deseaba un debate libre y abierto en el Senado proporcionaron numerosas oportunidades para sacarle los colores. Cuanto más tiempo permaneciera en Roma, más sencillo era comprobar los límites de su tolerancia para quienes se sentían inclinados a ello, y no había mucho que pudiera hacer si deseaba conservar la fachada tradicional y constitucional de su régimen.[509]

Es probable que Livia acompañara a Augusto a la Galia, si bien Dion nos informa de un cotilleo absurdo que afirmaba que abandonó Italia para poder continuar su *affaire* con la esposa de Mecenas, Terencia, lejos del escrutinio público. Tiberio, el hijo de Livia, no tardó en reunirse con ellos, de tal modo que los hijastros de Augusto disfrutaron de un papel especialmente prominente en los asuntos públicos durante los años siguientes. Uno de los motivos por los cuales Tiberio se retrasó en Roma fue para que él y Druso pudieran presidir juntos unos juegos de gladiadores que señalaron la inauguración del reconstruido templo de Quirinio. Puede que no sea una coincidencia que los hermanos organizaran los juegos, porque el nuevo friso representaba a los hermanos Rómulo y Remo —no luchando, sino sentados como augures buscando el consejo de los dioses antes de la fundación de Roma—. Semejante armonía —ya fuera entre hermanos o simplemente entre todos los romanos— era el presente y el futuro proclamado por el régimen de Augusto.[510]

Tiberio fue elegido pretor en el 16 a. C., alcanzando al fin el cargo algunos años después de ser colocado entre los antiguos

pretores de la lista de senadores. Tenía veinticinco años y un decreto senatorial le permitía presentarse a cada magistratura cinco años antes de lo normal. En algún momento, Augusto redujo la edad mínima para todos los cargos importantes, si bien no está claro cuándo ocurrió esto y si tuvo lugar de una vez o mediante una sucesión de cambios consecutivos. El proceso parece haber estado terminado a finales de los años 20 a. C., lo cual significa que los cargos podían ser ejercidos con menos edad que anteriormente, de tal modo que un pretor había de tener treinta años y un cónsul treinta y tres. Se trató de un cambio que ayudó a rellenar las filas del consulado y de las magistraturas en general con hombres famosos, una nueva generación de las familias devastadas por la guerra civil y las prescripciones alcazaba la adultez.[511]

El 1 de enero del 16 a. C. los dos nuevos cónsules fueron Lucio Domicio Enobardo y Publio Cornelio Escipión. Ambos poseían un pedigrí aristocrático impecable, como Tiberio y Druso. Enobardo era también sobrino nieto de Augusto, al ser hijo de Antonia la Mayor, hija de Octavia y Marco Antonio. La relación con Escipión era menos cercana, si bien era medio hermano de Julia, al ser hijo de un segundo matrimonio de la esposa de la cual se había divorciado Augusto, Escribonia. Estas cercanas relaciones eran un rasgo muy asentado de la vida pública romana y nunca fueron garantía de cooperación política. Al final, Escipión no llegó a servir todo el año, siendo reemplazado por uno de los antiguos oficiales superiores de Augusto como cónsul sufecto. No tenemos ningún dato sobre por qué ocurrió esto, pero el silencio de las fuentes hace improbable que hubiera algún motivo siniestro para el cambio.[512]

Antes de abandonar la ciudad, Augusto revivió de nuevo el cargo de prefecto urbano y esta vez se lo concedió a su experimentado subordinado Estatilio Tauro. Su anterior intento de revivir este antiguo cargo fracasó cuando Mesala dimitió a los pocos días en el 26 a. C., pero es posible que una década después

sus poderes y papel se hubieran aclarado. En algún momento se formaron tres cohortes urbanas, que se colocaron a las órdenes del prefecto para servir como fuerza de policía. Es muy posible que Tiberio recibiera el prestigioso puesto de pretor urbano, pero de ser así solo pudo cumplir con sus obligaciones durante unos pocos meses antes de acompañar a Augusto a la Galia. Durante su ausencia, Druso actuó en su nombre, a pesar de que todavía no había desempeñado ningún cargo formal. Hombres como Estatilio Tauro eran antiguos aliados, pero el énfasis cada vez se ponía más y más en la amplia familia del *princeps*. Agripa, su yerno y antiguo poseedor del poder tribunicio, se encontraba en el este. Tiberio estaba con él en la Galia, donde no tardaría en reemplazar a Lolio como legado, mientras que Druso sería llamado desde Roma para que representara un papel más activo en las provincias en el 15 a. C. Los hermanos, y a largo plazo los hijos reales de Agripa adoptados por Augusto ofrecían seguridad para el futuro. La muerte del *princeps* ya no amenazaba con el hundimiento absoluto de su régimen y la caída en una nueva guerra civil.[513]

COLONIAS, COMUNIDADES Y CARRETERAS

Era la cuarta visita de Augusto a la Galia, y eso es en sí mismo testimonio de la importancia de la región. Fue la conquista de la Galia Comata, o «Galia melenuda», la que proporcionó a Julio César la riqueza, el prestigio y el leal ejército necesarios para equipararse a Pompeyo. En los años siguientes, la región alcanzó un papel estratégico vital durante las guerras civiles, por más que en ella hubiera pocos enfrentamientos. Recientemente conquistada, y sujeta a incursiones desde el otro lado del Rin, las nuevas provincias galas por lo general necesitaban una sustancial guarnición y estas legiones, inevitablemente, se encontraban más próximas a Italia que ningún otro ejército romano. Además, la Galia era un fértil campo de reclutamiento de soldados auxiliares. Controlar el ejército de la Galia convirtió a Lépido en un poder

en el 43 a. C., mientras que la posición de Antonio quedó fundamentalmente socavada cuando Augusto se hizo con esas legiones en el 40 a. C.

Ahora la Galia Cisalpina era parte de Italia y no contaba con guarniciones. La principal base de Julio César había sido la Galia Transalpina (la moderna Provenza) y la región estaba incluida en el amplio mando provincial otorgado a Augusto en el 29 a. C. Ese año prometió transferir zonas al control senatorial una vez que las hubiera dejado seguras contra cualquier amenaza, y la Galia Transalpina fue presentada como la primera prueba de su sinceridad. En un momento dado —el 22 a. C. es la fecha más probable, pero no podemos estar seguros de ella— la provincia fue devuelta a la autoridad del Senado y a partir de ese instante estuvo gobernada por un procónsul. Rebautizada Galia Narbonensis a partir de su capital, Narbo (la moderna Narbona) ya no contaba con guarniciones de legionarios, si bien muchos veteranos licenciados fueron asentados en las numerosas colonias creadas allí en las últimas décadas. Eran hombres agradecidos a Augusto y esta lealtad hacía improbable que se alzaran para apoyar a ningún rival. A la larga, la zona demostró ser un fértil campo de reclutamento según los descendientes de los colonos siguieron la tradición familiar del servicio militar.[514]

La Galia Narbonense ya era muy romana —una generación antes, Julio César había encontrado sus aristócratas útiles aliados —. Eran hombres que hablaban un latín fluido, familiares con la cultura latina y en ocasiones también con la griega y capaces de mezclarse socialmente sin problemas con los oficiales romanos y sus estados mayores. Algunos ya poseían la ciudadanía y muchos más la recibirían como recompensa en los años siguientes. Julio era el nombre más habitual entre los ciudadanos de todas las Galias, pero sobre todo en la Narbonense, lo cual demuestra la generosidad de Julio César y después de Augusto. Los más favorecidos de estos aristócratas locales se convirtieron en ecuestres e

incluso en senadores. En muchos casos sus comunidades de origen ya se estaban convirtiendo en algo muy próximo al modelo romano de lo que era una ciudad, y la creación de colonias de veteranos no hizo sino acelerar el proceso. Muchas ciudades se planificaron en torno a una cuadrícula octogonal de calles, centradas en un foro, con una basílica para los asuntos públicos, espacio para el comercio y, por lo general, un templo dedicado a una apropiada deidad romana. La mayoría no tardaron en contar con teatros y anfiteatros, ya fueran dados por el *princeps* o el producto de la generosidad local. Menos de un siglo después, Plinio el Viejo describió la Galia Narbonense como virtualmente parte de Italia.[515]

El resto de la Galia era diferente y en ella la influencia romana estaba mucho menos avanzada. Con el tiempo, la Galia Comata se convirtió en tres provincias: Aquitania en el sureste, Lugdunense en el norte y el centro y Bélgica en el noreste. Correspondían aproximadamente, pero no de forma exacta, a las *tres partes* en las cuales al principio de sus *Comentarios* Julio César afirmaba que estaba dividida la Galia. Hay referencias a las «tres Galias» bajo Augusto y puede que las últimas provincias ya estuvieran definidas, si bien parece que toda la región estaba gobernada por un único legado. Era, sin lugar a dudas, una provincia militar, como el desafortunado encuentro de Lolio con los saqueadores germanos había demostrado recientemente. También había ocasionales problemas en los Alpes, cuyos pueblos no estaban bajo control romano, y en Aquitania. Teniéndolo todo en cuenta, era razonable que Augusto presentara las tres Galias como regiones difíciles que requerían su atención.[516]

No hay prueba alguna de resistencia seria entre las tribus de la propia Galia, a pesar de que su conquista se había realizado en tiempos que la memoria podía recordar. Aquitania era la única excepción y, ahora que el norte de Hispania estaba por completo subyugado, del otro lado de los Pirineos ya no había pueblos in-

dependientes dispuestos a realizar incursiones para ayudar a las tribus galas de esa zona. En los años siguientes dejamos de testimoniar que hubiera enfrentamientos importantes. Sin embargo, por el momento las regiones más próximas a los Alpes y la larga frontera con las tribus germánicas estaban expuestas a ataques procedentes de fuera del Imperio romano. Si los romanos no conseguían acabar con ellos y ofrecer protección, era probable entonces que algunos aristócratas galos comenzaran a plantearse si la alianza con Roma merecía la pena y ellos o sus rivales podían, por ejemplo, buscar apoyo en los caudillos germanos. Esa era la situación en la época de Julio César y él lo consideró menos un problema que una continua fuente de oportunidades para intervenir.[517]

Augusto necesitaba encontrar una solución más permanente. En muchos aspectos, los Alpes fueron más sencillos de lidiar, pues ya estaban virtualmente rodeados de provincias romanas, si bien estuvo lejos de ser una tarea sencilla. Los pueblos que vivían en los valles más altos no estaban muy organizados y eran muchas comunidades diferentes cuyos líderes solo tenían influencia sobre áreas muy pequeñas. Las duras condiciones de vida producían unos guerreros duros y feroces, adecuados para lanzar incursiones en los valles colonizados y exigir peaje a los mercaderes, y en ocasiones al ejército romano, que deseaban un cruce de los pasos sin incidencias. Recientemente había habido informes de espantoso salvajismo, lo que sugiere que al menos algunas de estas comunidades habían llegado a odiar a los romanos. En una avalancha de incursiones se afirmó que masacraban a cualquier romano varón que capturaban y que asesinaban a las embarazadas a las que los adivinos pronosticaban que iban a tener un niño.[518]

En los años anteriores, Augusto había ordenado varias campañas alpinas y ahora decidió completar la conquista de la zona y encargarles la tarea a sus hijastros. Druso comenzó las operacio-

nes en la primavera del 15 a. C., avanzando con varias columnas desde Italia hasta el valle del Inn. Luego Tiberio avanzó desde bases en la Galia y se convirtió en una campaña de duras escaramuzas y asaltos a poblados fortificados. Por una feliz coincidencia, los dos hermanos reunieron sus fuerzas para vencer en una acción a mayor escala el 1 de agosto —el decimoquinto aniversario de la victoria de Augusto en Egipto—. A finales de año, casi todos los Alpes se encontraban bajo el firme control romano y las escasas zonas que faltaban fueron limpiadas poco después. La posesión romana de las montañas y sus pasos nunca volvió a ser contestada. Para señalar este éxito —e igualar un trofeo similar erigido por Pompeyo en los Pirineos— se erigió un espectacular monumento a la victoria en los Alpes Marítimos, en La Turbie, donde se mencionan los cuarenta y cinco pueblos derrotados durante la campaña. Unos cuantos de esos nombres no los encontramos casi en ningún otro sitio, lo cual es un reflejo de lo escasamente cohesionada que estaba la sociedad de la región; también parece que hubo otros pueblos que no se resistieron y prefirieron aceptar el gobierno romano. Probablemente hubo pocos combates en Nórico, pero al menos algunos de los rhecios y los vindelecios resistieron con fiereza, a pesar de que no tenían esperanzas de aguantar los mucho mayores recursos utilizados por los romanos. Horacio dedicó dos poemas a alabar las victorias de Tiberio y Druso. Augusto alardeó de que tenía motivos justos para luchar contra todos esos pueblos, pero eso era algo que, evidentemente, a todos los romanos les gustaba creer.[519]

Controlar las rutas que atravesaban los Alpes mejoró mucho las comunicaciones entre Italia e Ilírico en el sur y la Galia en el norte, convirtiendo el Imperio romano en una unidad más coherente. Resulta sorprendente que los romanos tardaran tanto en conseguirlo, pero se requería la confianza y el control de un Augusto para dedicar sustanciales recursos a una gris serie de campañas que implicaban combates difíciles y carentes de *glamour*,

que además ofrecían escasos beneficios en cuestión de botín o esclavos. En el pasado, era más sencillo y barato pagar a las tribus alpinas. Del mismo modo en que había conquistado el montañoso norte hispano, Augusto estaba deseoso de realizar tareas difíciles, pero útiles… al igual que de celebrar sus logros.[520]

Hacía más de una década que Agripa había comenzado a trabajar en un extenso sistema de caminos en la Galia, para asegurar buenas comunicaciones por el país y, sobre todo, mejorar el acceso al Rin al norte y al este, así como a Aquitania y en último lugar a Hispania en el oeste. Las dos vías principales se reunían en Lugdunum (la moderna Lyon), de tal modo que las dos calles principales de esta ciudad estaban orientadas respecto a estas dos importantes vías. Como con todos los caminos romanos, el concepto inicial fue militar, para proporcionar caminos buenos y bien drenados para el ejército y, sobre todo, sus suministros durante todas las estaciones del año. Las cantidades de grano, carne y otros materiales necesarios por las legiones eran importantes; incluso las monedas necesarias para pagar a los ejércitos eran pesadas y engorrosas de transportar. Siempre que resultaba posible, esos bienes se transportaban por vía acuática, que era mucho más sencilla y barata, de modo que el sistema de carreteras complementaba las muy utilizadas rutas fluviales como los ríos Ródano y Garona. Mucho de lo que consumían los ejércitos era proporcionado por la recaudación de grano y animales en la propia provincia, pero transportarlo allí donde era necesario requería atención y un esfuerzo considerable. Durante los años siguientes cada vez más y más legiones fueron trasladadas a la frontera del Rin, lo que incrementó mucho la demanda. Junto a los convoyes de materias esenciales hubo una cada vez mayor demanda de grandes y pequeños lujos, que alimentaron y crearon mercados a lo largo de su recorrido, según los civiles y los legionarios fueron desarrollando el gusto por cosas como el vino o una buena vajilla.[521]

Nada de esto era totalmente nuevo. Julio César había descubierto a mercaderes romanos viviendo y comerciando en las típicas ciudades de la Galia *(oppida)* y la arqueología atestigua el entusiasmo galo por los bienes mediterráneos. Las cantidades de vino italiano embarcadas hacia el norte, hacia la Galia, en el siglo I a. C. eran realmente asombrosas: un historiador calcula que unos 40 000 000 de ánforas remontaron el Ródano. Tampoco las vías eran una innovación, pues los galos había dispuesto sendas importantes a lo largo de varias rutas, construyendo puentes y calzadas por zonas de marismas. Muchas ciudades galas revelan la presencia de artesanos, en ocasiones en cantidades importantes y con diferentes especialidades que producían bienes que se vendían en una amplia zona. Muchas de las tribus, sobre todo en la Galia central, muestran muchos rasgos de una considerable sofisticación política y económica.[522]

A pesar de lo cual, la llegada de los romanos como ocupantes trajo profundos cambios más allá del —a menudo terrible— trauma mismo de la conquista. Las rutas y caminos existentes, aunque lo bastante funcionales durante gran parte del año, se quedaban muy atrás comparados con el nuevo sistema de vías para todo tipo de clima y cubiertas de grava que se estaba diseñando, y todavía más ante la propias dimensiones de la red. Si el flujo de bienes antes de la llegada de Julio César había sido a gran escala, estaba centrado mayormente en los productos de lujo para la elite. Los beneficiarios eran casi exclusivamente la aristocracia, y el control de comercio confirmaba su poder. Entre los eduos a lo largo del Ródano, unos cuantos jefes consiguieron una inmensa riqueza y dominio dentro de sus tribus mediante el control de los impuestos y el comercio del vino. Bajo los romanos, semejantes monopolios desaparecieron y las aristocracias nativas solo pudieron buscar poder localmente, convirtiéndose en parte del sistema romano de gobierno. Una variedad mayor de bienes llegó hasta el norte desde Italia —y con el tiempo a

otras provincias— destinados a una sección más amplia de la sociedad. Los nativos también se adaptaron a gustos recién descubiertos. Bajo Augusto se difundió ampliamente por la Galia el cultivo de vides y la creación de vino, mientras los manufactureros de cerámica respondieron a las demandas de un creciente mercado estableciendo alfares en la propia Galia. El uso de monedas basadas en el estándar romano, ya muy extendido por el sur, pasó a difundirse por una zona más amplia, fomentado sobre todo en cualquier lugar donde hubiera un campamento romano y legionarios inclinados a gastarse la paga. En Lugdunum se creó una ceca oficial romana, que producía monedas de oro y plata para los sueldos de los soldados y proyectos oficiales, las cuales alcanzaron rápidamente una circulación mayor. La economía no tardó en volverse más y más monetizada, al tiempo que hacía circular la imagen y los símbolos de César Augusto.

La influencia romana se extendió mucho y con rapidez, pero el proceso nunca fue instantáneo ni tan completo como para que la región no conservara un carácter particular y alguna variación regional. Las tres Galias eran mucho menos romanas que la Narbonense. Fuera de esta se establecieron solo tres colonias, en Lugdunum, Noviodonum (Nyon) y Raurica (la moderna Augst, en Suiza) durante la gran fase de colonización y, aunque las ciudades ya eran una característica importante de la sociedad gala en muchas áreas, no funcionaban como esperaban los romanos. Para ellos una ciudad era una entidad política que administraba las tierras de su alrededor, cada una de ellas independiente de las ciudades vecinas. En la Galia, la nación —o *civitas*— era más importante, y la mayoría contaba con varias ciudades, todas las cuales se sentían parte de una entidad mayor, mientras que muchos aristócratas residían en sus propias granjas y no en *oppida*. [523]

Augusto siguió el que probablemente fuera el sistema romano de ignorar los detalles de esta estructura y, en vez de ello, tratar

cada *civitas* como si fuera una ciudad Estado, nombrando una de las ciudades como su capital, el verdadero centro de la *civitas*, a pesar de que hubiera otras comunidades de un tamaño similar. El Estado animó el desarrollo de alguno de estos centros, pero el patrón fue a menudo una mezcla de estilos. Muchas carecían de las claras cuadrículas de las planificadas ciudades romanas, aunque casi todas adquirieron rápidamente un Foro. Con el tiempo, la mayoría de los centros abandonaron los emplazamientos en la cima de las colinas de la época prerromana en favor de lugares más bajos, idealmente con acceso a la red de carreteras. Las instituciones romanas para el gobierno local se fueron adoptando gradualmente, por más que de nuevo volvieran a fundirse con las tradiciones locales. Siguieron utilizándose viejos nombres galos, como *vergobret* para el magistrado supremo de una *civitas*, e incluso cuando se adoptaron títulos romanos como pretor por lo general solo había uno, según el sistema tradicional, en vez de los dos *duoviri* u otro colegio de magistrados.[524]

Los ciudadanos romanos eran menos abundantes en las tres Galias que en la Narbonense, si bien su número creció ininterrumpidamente. La aristocracia local fue alentada a dar a sus hijos una educación romana y, con el tiempo, la retórica llegaría a florecer en la Galia. Mientras tanto había oportunidades de ayudar a los administradores romanos, servir en su nombre como magistrados locales y, sobre todo, encontrar puestos de oficial en el ejército romano. En torno a una tercera parte de las unidades auxiliares reclutadas por Augusto procedían de la Galia. El poder de un aristócrata ya no era juzgado por el número de guerreros entre su séquito, como en tiempos de Julio César, ahora, los descendientes de esos líderes tenían la oportunidad de conseguir la gloria luchando por Roma. Todavía a finales del siglo I a. C. había bastante hombres que seguían siendo enterrados todavía con una espada a su lado, como habían hecho durante generaciones. Algunas cosas solo cambiron gradualmente. El culto druida,

mencionado en las fuentes, pero todavía hoy poco comprendido, proporcionaba a la Galia prerromana arbitraje y una estructura supranacional, y no desapareció instantáneamente. Prácticas como los sacrificios humanos fueron suprimidas, también las endémicas incursiones, la caza de cabezas y la guerra entre las tribus. Augusto prohibió a los ciudadanos romanos participar en los cultos druidas, pero no prohibió la religión en sí misma. Otros cultos galos copiaron los nombres y asociaciones romanas y fueron instalándose cada vez más en templos de piedra, por más que estuvieran construidos en las afueras de la ciudad en lugares sagrados ya existentes.[525]

La persistencia de la tradición no significaba un rechazo activo y deliberado del modo de hacer romano, y la impresión general es de un extendido deseo de convertirse en romano, al menos por parte de los más pudientes. De hecho, los romanos hicieron escasos esfuerzos por imponer su propia cultura, excepto cuando se refería a la Administración. Así, para dividir el año y mostrar cuándo había fiestas y cuándo había que pagar los impuestos el calendario romano fue introducido en lugar del tradicional calendario lunar. Como sucede con cualquier sistema nuevo, al principio no se entendió del todo y uno de los funcionarios financieros de Augusto decidió explotar esta ignorancia de un sistema poco familiar. Su nombre era Julio Licinio y era galo, pero había sido capturado y esclavizado, muy posiblemente durante las campañas de Julio César. Con el tiempo se convirtió en parte de su casa y le sirvió tan bien que finalmente se le concedió la libertad. También leal a Augusto, fue nombrado procurador —un cargo que todavía no estaba completamente definido, pero cada vez estaba más asociado con la categoría ecuestre y utilizado para ayudar a los legados imperiales, de un modo muy parecido al que los cuestores ayudaban a los procónsules— y se le encargó la tarea de cobrar los impuestos que se debían al Estado.

Licinio mostró escasa simpatía por sus conciudadanos. Aunque probablemente ya era rico cuando llegó a la provincia, estaba decidido a serlo todavía más antes de dejar el cargo y aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para cobrar más de lo debido y quedarse con la diferencia. En el antiguo calendario romano, diciembre era el último mes del año, que solo tenía diez meses con nombre. Cuando Julio César reformó el calendario, mantuvo enero como el primer mes y diciembre como el último porque en ambos había fechas importantes del año político y religioso. Licinio le dijo a los provinciales que diciembre significaba, evidentemente, «décimo mes» en latín y que lo lógico era que hubiera un undécimo y un duodécimo mes antes de que se completara el año. Con este argumento les extorsionó dos meses más de impuestos.

Les hubiera convencido o no este razonamiento, los galos no tenían mucha más elección que no fuera pagar o sufrir las iras —y la obligación final de pagar forzosamente— del poder imperial. No obstante, muchos sospecharon algo y, cuando Augusto llegó a la provincia en el 16 a. C. se quejaron ante él. Al principio el *princeps* desestimó algunas de las reclamaciones, en parte porque no quería admitir haber nombrado a un representante tan venal, y solo aceptó algunas críticas menores a su procurador. No obstante, el peso de la evidencia y la clara hostilidad de tantos importantes aristócratas locales fue incrementando la presión contra Licinio, que entonces se inventó una argucia aún más imaginativa para evitar el castigo. Invitó a Augusto a su casa y ofreció al *princeps* todo el dinero extra que había reunido, afirmando que lo había hecho para impedir que la aristocracia gala fuera lo bastante rica como para rebelarse contra Roma. A esta sugerencia de que a los romanos les preocupara la posibilidad de una rebelión en la Galia, no hay que prestarle demasiada atención. A pesar de todo, parece que Licinio quedó sin castigo, de modo que quizá se le dio crédito a su excusa.

A menudo, a Augusto le resultaba difícil saber lo que sus agentes estaban haciendo en las provincias hasta que visitaba la región, lo que era uno de los motivos de sus amplias giras. Un cierto grado de enriquecimiento se esperaba y aceptaba; pero el objetivo era limitar los excesos del gobierno provincial que hubo durante la República, que a menudo llevaron a los provinciales a rebeliones como la que Licinio afirmaba haber impedido. Viajar en busca de una audiencia con el *princeps* requería tiempo y era caro, pues exigía un viaje a Roma o a donde quiera que estuviera en ese momento. Sus viajes por las provincias hicieron posible que muchas más personas y comunidades pudieran hablar con él. Mientras Augusto estaba en la Galia, Agripa estaba en Siria y las demás provincias orientales actuando del mismo modo. No solo era una posibilidad de resolver peticiones concretas, sino que ofrecía una más clara imagen de la actitud e ideología del gobierno romano. Esto dificultó que en el futuro gobernadores individuales —ya fueran procónsules o legados— adoptaran una aproximación marcadamente diferente al tratar con las comunidades.

Desde la Galia Augusto pasó a Hispania, cruzando los Pirineos por tercera vez. Desde que Agripa suprimió la última rebelión importante en el 19 a. C., la península ibérica estaba en paz, solo rota esporádicamente por pequeños estallidos de disturbios. De las tres nuevas provincias en las que había sido dividida, la Bética, que incluía las zonas meridionales más asentadas y prósperas, donde la cultura romana se combinó felizmente con una larga tradición de urbanismo, fue transferida al control senatorial. El cambio tuvo lugar, probablemente, en torno al mismo momento que la entrega de la Narbonense a un procónsul y es otra prueba más de que Augusto estaba dispuesto a entregar el poder una vez cumplida su obligación de estabilizar la región. Las otras dos provincias siguieron bajo su control y eran gobernadas por sus legados. En el oeste, la Lusitania —un territorio

algo mayor que el actual Portugal— en general estaba tranquila y no contenía guarniciones importantes. En la Hispania Citerior había estacionadas tres legiones, que iban desde la moderna Galicia hasta el Mediterráneo, pasando por la Hispania central, e incluía a los pueblos conquistados hacía pocos años. Las otras legiones que habían luchado en esas guerras ya estaban abandonando Hispania para ser acantonadas en otros lugares, en la mayoría de los casos la Galia o el Ilírico.[526]

Algunos de los legionarios se quedaron. Después de las guerras en Cantabria, Augusto creó dos colonias de veteranos, las cuales tomaron ambas su nombre: Caesaraugusta (la moderna Zaragoza), en la ribera del Ebro en la Hispania Citerior, y Augusta Emerita (la moderna Mérida), junto al Guadiana en Lusitania. Al igual que en la Galia, una creciente red de vías combinadas con los ríos proporcionaban buenas comunicaciones entre estas y otras ciudades importantes. Las colonias eran la recompensa a los veteranos por su lealtad y, al mismo tiempo, también eran bastiones del poder romano, que potencialmente podían ser de uso militar en el improbable caso de problemas serios. No cabe duda de que Augusta Emerita fue construida para resultar impresionante, rodeada por una muralla más a modo de alarde que a modo de defensa, entrándose en ella por medio del largo puente con numerosas arcadas que cruzaba el Guadiana.

Las colonias también eran modelos de vida romana y estaban cuidadosamente planeadas y organizadas, con un Foro impresionante en el centro —quizá dos en el caso de Emerita Augusta—. Agripa construyó en la ciudad un imponente teatro de piedra, decorado con estatuas suyas y de Augusto y con inscripciones que recogían los años de su poder tribunicio. El *princeps* dio a los colonos un anfiteatro igual de impresionante, para que pudieran disfrutar las más romanas de las diversiones. Generaciones posteriores embellecieron grandemente la ciudad e incrementaron el número de sus monumentos, en muchos casos copiando algunos

de los grandes proyectos de Augusto en la propia Roma. Tanto en Hispania como en la Galia se crearon otras colonias o se les inyectó un nuevo influjo de veteranos licenciados, de tal modo que el crecimiento urbano floreció en general por todas las provincias hispanas, principalmente por las aspiraciones locales. Las comunidades mayores se dotaron de un Foro a la romana y, pese a que los diseños no son idénticos, las similitudes son sorprendentes. El tamaño variaba, pero casi sin excepción se trazaron siguiendo los mejores principios de la arquitectura romana, utilizando una unidad de medida básica para decidir todas las demás dimensiones, desde el ancho y la separación entre columnas hasta el tamaño de los edificios y los patios. La unidad en sí misma variaba, pero el concepto no, e impuso una claridad geométrica que era el ideal del diseño romano. Al igual que en la Galia, hubo profundos cambios económicos según fueron apareciendo nuevos mercados y los terratenientes locales o romanos comenzaron a producir aceite de oliva, salsa de pescado o vino para los consumidores de otras provincias y de la propia Italia.[527]

ANTIGUOS CAMARADAS Y VIEJOS RIVALES

Los soldados siguieron siendo vitales para el régimen augusteo y merece la pena que recordemos que, si bien solo habían pasado dos décadas desde Accio, era el período más largo sin guerra civil desde el 88 a. C., o desde el 91 a. C. si incluimos la guerra social. Los legionarios habían de ser controlados y su lealtad conservada mientras estaban de servicio y, una vez licenciados, provistos de tierras de tal modo que quedaran contentos y no causaran demasiados problemas a la gente que vivía en la región. Por esos años —Dion Casio fecha la reforma en el 13 a. C.—, Augusto introdujo nuevas reglamentaciones en el ejército, confirmando los dieciséis años de duración para el servicio de los legionarios y solo doce para las nueve cohortes de guardias pretorianos, más consentidos. El número de legiones se mantuvo bastante estable y menos propenso a los repentinos incrementos habituales du-

rante las guerras civiles, de modo que resultaba más sencillo calcular el número de veteranos a los que les tocaba licenciarse cada año.[528]

Al mismo tiempo, parece que las unidades auxiliares se volvieron más permanentes. Algunas seguían llamándose como su comandante —como el *ala Scaevae*, un regimiento de caballería que probablemente mandara uno de los más famosos centuriones de Julio César—, pero cada vez se numeraron y bautizaron más según la región de la nación donde fueron reclutadas. Las unidades galas, tracias e hispanas eran habituales. Oficiales profesionales, a menudo ecuestres o de las clases que producían más centuriones, mandaban esos regimientos como prefectos, dándoles carreras honorables y rentables. Algo que también era cierto para los aristócratas provinciales, para quienes servir como oficiales del ejército, suponía una oportunidad para conseguir la ciudadanía y unirse a la jerarquía del Imperio. En ambos casos, la posibilidad procedía del *princeps* y los vinculaba a él. Tras largas o cortas estancias en el ejército, los antiguos oficiales regresaban para conseguir puestos prominentes en sus comunidades de origen, ya fueran estas colonias o una ciudad en Italia o las provincias. Idealmente continuaban siendo hombres de Augusto, contentos con su suerte y, por lo tanto, resultaba poco probable que se unieran a un rival que intentara reunir un ejército. El nombre de César importaba, porque ahora es innegable que existían familias para las cuales la lealtad al dictador y luego sus heredero era una tradición bien asentada.

Se trataba de una relación personal. En una ocasión un veterano —lo más probable un oficial veterano o un pretoriano, dado que la historia sucede claramente en Roma— se vio implicado en un caso ante los tribunales y fue personalmente a pedirle a Augusto que lo apoyara. El *princeps* le deseó lo mejor y le ofreció un hombre para que actuara como abogado del veterano, pero esto no fue bastante, de modo que el hombre levantó la túnica y

enseñó las cicatrices de sus heridas a la multitud. «Pero yo, César —declaró el viejo soldado—, no envié a un sustituto a servir en mi lugar cuando estabas en peligro en Accio, yo luché por ti en persona». Al escuchar esto, Augusto se puso colorado y se presentó como debía para apoyar al hombre en persona «por miedo a parecer, no solo arrogante, sino desagradecido». Si bien ya no llamaba «camaradas» a sus soldados, el Emperador César Augusto quería que creyeran que los respetaba por los peligros que sufrieron bajo su dirección.[529]

Se preocupó menos por los sentimientos de otro antiguo camarada. Lépido siguió siendo senador, incluso si solo era llevado a las reuniones por orden del *princeps*, cuando Augusto no hacía nada para ocultar su desdén por su antiguo aliado. Aun así, continuó siendo *pontifex maximus* hasta su muerte en el 13 a. C. El sacerdote más importante de Roma llevaba más de veinte años casi inactivo y, a pesar de que esto permitía a Augusto asumir sin estridencias la dirección del ritual estatal en Roma, había ciertas cosas que no podía hacer. Sorprendió a muchos que no le quitara al triunviro en desgracia el cargo para adoptarlo él mismo; pero posteriormente alardeó de haberse negado a hacerlo y de que solo «aceptó el cargo cuando finalmente murió aquel que, habiéndose aprovechado de un momento de disturbios sociales, se apoderó de él para sí mismo».[530]

El 6 de marzo del 12 a. C., Augusto estaba debidamente instalado como *pontifex maximus*, un cargo, mencionó, ostentado antes por «mi padre» Julio César y que nunca después ocupó nadie que no fuera emperador, hasta que Roma cayó y el título fue adoptado por el papa. Fue una ocasión importante, celebrada con gran pompa y la adecuada solemnidad, y la propia descripción de Augusto deja claro que lo consideraba tanto su derecho como parte de su herencia. La tradición dictaba que el más importante de los sacerdotes tuviera su residencia oficial al borde del Foro romano, cerca del templo de Vesta, que recientemente

había sido dañado por un fuego, Augusto le entregó el templo a las vestales y permaneció en su casa del Palatino, consagrando parte de ella como templo y volviéndola nominalmente propiedad pública, de tal modo que pudiera realizar su papel sacerdotal adecuadamente. Lo cual no hizo sino reforzar los caracteres claramente religiosos de un complejo unido al recinto del Apolo Palatino, así como a otros varios espectaculares santuarios.[531]

Augusto regresó a Roma en el verano del 13 a. C. Tiberio lo había precedido y comenzó el año como cónsul con Publio Quintilio como su colega, el cual era yerno de Agripa. Roma sufría inundaciones de nuevo, con el Tíber desbordándose de tal modo que Balbo solo pudo llegar a su recién terminado teatro en barco, lo cual no le impidió organizar celebraciones para su inauguración formal. En honor de la ocasión, Tiberio llamó al excónsul hispano para solicitar su opinión sobre cómo señalar el retorno del *princeps*. Nuevos honores le fueron concedidos tras una moción de Balbo y, a su debido momento, educadamente declinados por Augusto en una maniobra que ya se había convertido en rutinaria. Los intentos de recibirlo formalmente también se vieron frustrados cuando de nuevo Emperador César Augusto llegó a Roma por la noche sin fanfarrias. A la mañana siguiente recibió a la multitud que se había reunido ante su casa y luego subió al Capitolio, donde cogió los laureles de la victoria de los *fasces* de sus ayudantes para colgarlos de la estatua de Júpiter Óptimo Máximo. Ganadas por Tiberio y Druso, y atribuidas a Augusto, esas señales de éxito fueron presentadas al dios que protegía Roma.

Ese día, César Augusto dispuso que los baños —sobre todo el construido por Agripa— fueran gratis, así como los barberos que esperaban dentro para afeitar o arreglar el cabello de cualquier conciudadano que decidiera visitarlos. Posteriormente, en una reunión del Senado su voz estaba demasiado ronca como para permitirle dar su discurso, de modo que este fue leído por un

cuestor. Era un momento para fiestas y celebraciones, pues el teatro de Marcelo también estaba listo y fue inaugurado con gran ceremonia. Su nieto de siete años, Cayo César, tomó parte en los dramáticos y, en ocasiones, peligrosos ejercicios de equitación y luchas simuladas de los llamados Juegos Troyanos, dirigiendo, al menos verbalmente, uno de los equipos de niños patricios. Luchas de fieras también formaron pate del espectáculo y unos 600 animales fueron masacrados. En septiembre hubo más juegos y más matanza de animales para señalar el cumpleaños del *princpes* y, lo que resulta bastante irónico, las ceremonias fueron dispuestas y presididas por Julio, el hijo de Marco Antonio y Fulvia.[532]

Hubo algunos momentos incómodos. En otro grupo de juegos, esta vez organizados por Tiberio como cónsul para conmemorar el regreso de Augusto a la ciudad, aquel permitió a Cayo sentarse junto al *princeps* en el lugar de honor. Quizá fuera esta la vez cuando los espectadores se levantaron en masa para aclamar al niño, saludándolo con vítores. A Augusto no le gustó y regañó tanto a su hijastro como a la gente de un modo más general. Si bien en estas ocasiones aceptaba las aclamaciones por sus propios logros, le parecía inadecuado que fueran igual de generosos con un niño de siete años que todavía no había hecho nada, ni tan siquiera llegar a la edad adulta. Tampoco permitía que nadie, ya fuera de la familia, senador o del público general, lo llamara *dominus* —amo o señor.[533]

La reacción del público sugiere que muchos de ellos deseaban celebrar a todos aquellos asociados a Augusto y ello implica que veían al niño merecedor del poder debido a su nacimiento y adopción. No obstante, el *princeps* se tomó muchas molestias para negar la existencia de una dinastía, porque eso hubiera implicado una monarquía. En parte era de cara a la aristocracia y con la intención de preservar la ilusión de que vivían en una *res publica* que no era gobernada por un hombre solo, por más que este es-

tuviera bien y merecidamente guiado por sus principales ciudadanos. Resulta evidente que Augusto se preocupaba por ello, por más que la rapidez con la que los senadores le concedían honores cada vez más grandiosos y sin precedentes sugiere que ahora muchos se preocupaban poco por esa libertad tan querida por Bruto y Casio. Teniéndolo todo en cuenta, su propia imagen tenía más que ver con ello. La incesante búsqueda de la supremacía por parte de Augusto fue uno de los principales hilos conductores de toda su vida. Tenemos todos los motivos para creer que el *princeps* sentía que merecía haber ganado la guerra civil, conseguir la supremacía y conservarla porque eso beneficiaba el bien común… tal cual lo percibía él, evidentemente. Así podía considerarse a sí mismo, realmente, como el primer magistrado del Estado, un servidor más que un gobernante. El autocontrol y el deseo de vivir según su propio ideal son frenos más lógicos para su comportamiento que la opinión de la elite senatorial.

Ahora que había vuelto a Roma hubo oportunidades para adulación no deseada e inadecuada, además de momentos incómodos durante los debates públicos. En una sesión del Senado, un noble llamado Cornelio Sisena fue criticado por el comportamiento de su esposa. (Es posible que fuera la hija de Estatilio Tauro, si bien como hubo más de un Cornelio Sisena activo por esas fechas no podemos estar seguros de que se tratara del mismo hombre). Como respuesta, el hombre negó que fuera responsable de su esposa, puesto que se había casado con ella siguiendo los consejos y el apoyo activo de Augusto. Enfadado al verse arrastrado a una discusión tan poco digna, y presintiendo el peligro de hacer o decir algo que posteriormente pudiera lamentar, el *princeps* se levantó y se apresuró a abandonar la Curia. Esperó hasta haberse calmado antes de regresar a la cámara.[534]

El hombre que de forma abierta animaba los debates libres no siempre se preocupaba por el contenido o el tono de los mismos.

Ni nadie, por mucho que él lo pretendiera, podía ignorar su abrumador prestigio y patronazgo. En el 13 a. C. Augusto hizo un nuevo intento de conseguir senadores que satisficieran su ideal para el papel, pero se encontró con el problema de que bastantes de los descendientes de familias senatoriales bien asentadas eligieron no entrar en la vida pública y se contentaron con la categoría ecuestre. Existía sobre todo una escasez de hombres en busca del tribunado —cuyos principales poderes le habían sido entregados—; pero que seguía suponiendo una buena cantidad de trabajo que hacer, al ser medio de apelación de todos los ciudadanos para cuestiones menores. Para ocupar las vacantes se echó a suertes entre un grupo de antiguos cuestores todavía por debajo de los cuarenta. Ecuestres por debajo de los treinta y cinco y con la riqueza y la familia adecuadas para volverlos elegibles para el Senado también fueron enrolados como senadores, a menos que pudieran demostrar en persona al *princeps* que estaban físicamente impedidos para cumplir sus deberes. En ocasiones, la máscara de un distinguido servidor público en un Estado libre recayó incómodamente en uno que intentaba obligar a otros a cumplir con su deber. Incluso Augusto tenía límites en cuanto a lo mucho que podía obligar a la realidad a plegarse a su visión de cómo quería que fuera el mundo.[535]

Emperador César Augusto era un monarca en todo excepto el nombre y ni el Senado ni la gente podían denegarle cualquier poder que deseara, incluso en la improbable circunstancia de que así quisieran hacerlo. En el 13 a. C. su grandioso mando provincial fue prorrogado por otros cinco años, mientras que Agripa recibió otro lustro de *tribunicia potestas*, así como —por primera vez— *maius imperium proconsulare*, superior al *imperium* de cualquier otro excepto, quizá, el propio Augusto. Ambos hombres tenían cerca de cincuenta años y la categoría de Agripa lo convertía en lo más cercano a un colega que Augusto había tenido desde el triunvirato. Era casi una igualdad, cualquiera que fuera

la definición del *imperium* de ambos. Agripa era su yerno, lo cual implicaba una cercanía política, pero también confería un grado de inferioridad a su relación con el padre de Julia. Más importante era que Agripa no era un César y carecía de la *auctoritas* y menos aún de la red de obligaciones clientelares debidas al nombre. Era el segundo en solitario tras Augusto, y allí permaneció porque no hubo ningún esfuerzo por convertirlo en un igual.[536]

A pesar de ser de mediana edad, Marco Vipsanio Agripa seguía siendo capaz y vigoroso, y completamente leal a su viejo amigo. Su proverbio favorito era: «Si la paz hace que las pequeñas cosas crezcan, la discordia desgarra grandes cosas». Regresó a Roma en el 13 a. C., donde permaneció durante algunos meses antes de partir para encargarse de un problema militar en los Balcanes. Para cuando se marchó Julia estaba embarazada por quinta vez —la pareja ya tenía dos hijas además de Cayo y Lucio—. Una demostración de fuerza fue suficiente para sofocar los disturbios, de modo que en el 12 a. C. Agripa regresó a Italia, pero enfermó y murió antes de llegar a Roma. Se desconoce la enfermedad, pero el inusual nombramiento de tres cónsules sufectos durante ese año podría sugerir algún tipo de epidemia. Poco después Julia dio a luz a su tercer hijo, que fue llamado Agripa Póstumo.[537]

Augusto no estaba con su viejo amigo cuando murió. Dion dice que estaba en Atenas, presidiendo los Juegos Panatenaicos, pero que se apresuró a regresar en cuanto escuchó lo de la enfermedad de Agripa. El cuerpo fue llevado a Roma, donde recibió un funeral público en el cual el propio *princeps* leyó el elogio fúnebre. Entonces, por segunda vez, las cenizas de otro miembro de su familia extensa fueron enterrados en el gran mausoleo que Augusto había construido para él mismo.[538]

XVIII

PAZ AUGUSTEA

El Senado votó en honor de mi regreso la consagración de un altar a la Pax Augusta.

Las obras del divino Augusto[539]

El curso de mi canción me ha conducido al altar de la Paz [...]. Ven, Paz, con tus delicados tirabuzones coronados por laureles accios, y deja que tu gentil presencia permanezca en todo el mundo. De tal modo que nunca haya enemigos, ni hambre de triunfos, tú debes ser para nuestros jefes una gloria mayor que la guerra. ¡Ojalá que el soldado solo tenga que portar armas para controlar al agresor armado [...]! ¡Ojalá que el mundo cercano y lejano tema a los hijos de Eneas y si hubiera tierra que no temiera a Roma, que la ame!

OVIDIO, primera década del siglo I d. C.[540]

Agripa legó importantes jardines y su complejo de baños en el Campo de Marte al pueblo romano, junto con varias de sus haciendas para que proporcionaran ingresos con los que mantenerlos. Augusto realizó el anuncio personalmente y así se aseguró de que se cumpliera, además de entregar 400 sextercios a todos los ciudadanos varones, o al menos a los que estaban en Roma, diciendo que era otro de los deseos de su amigo. La generosidad había sido otra de las actividades típicas de Agripa durante las últimas dos décadas, gastando gran parte de su recién adquirida riqueza en instalaciones y bienestar para la gente y dejando su marca en ciudades de todo el Imperio, pero sobre todo en Roma. Solo por su escala, sus actividades sobrepasaban con mucho

a las de cualquier otro aristócrata romano vivo o muerto, excepto César Augusto, además de combinar lo monumental con lo práctico. Cuando una muchedumbre se quejó al *princeps* del alto precio del vino, este replicó diciendo que su yerno ya les había dado mucha agua para beber cuando les construyó un acueducto.[541]

Augusto siempre fue el primer beneficiario de la industriosidad y talento de Agripa y el testamento de este no fue una excepción; pues la mayor parte de sus propiedades, con mucho, fueron a parar a su viejo amigo y suegro, incluidas extensas heredades en Italia y por las provincias —Dion Casio destaca una que ocupaba casi todo el Quersoneso en Grecia—. Así fue como una gran fortuna, ganada merced a sus leales servicios en las guerras civiles y después, retornó al líder al que había seguido y cuyo ascenso había compartido, y que finalmente quizá pudiera volver a Cayo y Lucio. La lealtad política y familiar son difíciles de separar, pero eso en sí mismo no era nada extraño en Roma. Los hombres alcanzaban altos cargos mediante el apoyo de amistades nuevas o heredadas y los lazos de patronazgo, así como mediante alianzas matrimoniales. Agripa le sacó partido sobre todo a lo último, casándose sucesivamente con Pomponia, la hija del muy rico y soberbiamente bien relacionado Ático, luego con Marcela, la sobrina de César, y finalmente con su hija, Julia. La cercanía del lazo creado con la última boda se volvió más fuerte todavía con la adopción por parte de Augusto de los dos hijos de la pareja.[542]

La familia era importante para Augusto. No era nada extraño, pues en Roma era tradicional que los familiares consanguíneos, adoptados o matrimoniales se ayudaran unos a otros en sus carreras, pero el hijo del divino Julio desarrolló el papel de su familia hasta un grado sin precedentes. En el pasado, el poder y los cargos no podían compartirse, pues ambos eran temporales y sometidos a competencia y caprichos del electorado. Tales restric-

ciones no afectaban a Emperador César Augusto, que pudo otorgarle a Agripa un cargo permanente de una forma u otra, terminando por ascenderlo hasta el poder tribunicio y *maius imperium proconsulare*. En fechas tan tempranas como el 36 a. C., la esposa y la hermana de Augusto fueron destacadas como figuras públicas por la sin precedentes concesión de la sacrosantidad del tribunado, mientras que Marcelo, Tiberio y Druso, y a su debido momento Cayo y Lucio, recibieron reconocimiento especial y carreras aceleradas que les otorgaron un puesto tras otro tan pronto como alcanzaron la edad adulta. Por mucho que desaprobara los vítores de la muchedumbre a Cayo, Augusto señaló de forma consciente a su familia como merecedora de más respeto y un mayor papel público que ninguna otra en Roma.

En ningún sitio se ve esto con mayor claridad que en el Ara Pacis Augustae, o altar de la paz augustea. Decretado por el Senado el 4 de julio del 13 a. C. en honor de su victorioso retorno de las provincias, fue elegido por Augusto antes que el premio inicial de un altar dedicado a él en el interior de la propia Curia Julia. En vez de ello fue construido en el Campo de Marte, continuando el proceso mediante el cual él y Agripa convirtieron esta zona en un monumento gigante a su gloria. Sito en el interior del recinto sagrado, el diseño tiene ecos del templo de Jano, con una entrada en cada extremo y con el mármol del interior delicadamente grabado para parecerse a las planchas de madera de un altar tradicional. La misma exquisita destreza se observa en los muros exteriores, sobre todo en los frisos de las caras norte y sur que muestran una procesión religiosa. La naturaleza concreta de esta, y si se trató de una ocasión específica o de una ceremonia imaginaria que combina elementos reales e inventados, sigue siendo debatida con pasión por los historiadores hoy día. Una de las sugerencias más convincentes es que muestra la acción de gracias, o *supplicatio*, que conmemoró las victorias de Augusto en el 13 a. C.; una de las cincuenta y cinco que se le

concedieron, que suman el magnífico total de 890 días, dejando en nada incluso las concedidas a Julio César.[543]

Lo que resulta indudable es el papel central otorgado a la familia extensa de Augusto en la procesión y en los frisos. Aparecen otros senadores, por ejemplo los sacerdotes conocidos como *flamines*, que llevan sus peculiares gorros terminados en un pincho. Uno de ellos debe ser el *flamen* del divino Julio, creado solo en el 44 a. C., mientras que los demás sacerdocios se remontaban hasta el lejano pasado. César Augusto camina delante de ellos, precedido por sus lictores. El *princeps* aparece como ligeramente más alto que quienes lo rodean, lo cual dada su modesta estatura es poco probable, pero no domina a los demás al modo de un gran rey o faraón. Agripa, que sigue a los *flamines*, también es ligeramente más alto, de modo que sobresale. Lleva un pliegue de su toga sobre la cabeza, quizá como señal de que está rezando o interpretando un papel en el ritual, si bien otros historiadores quieren verlo como un signo de que había muerto antes de que la escultura fuera terminada. Un niño pequeño con túnica se agarra a su toga, pero mira hacia atrás y hacia arriba, a Livia, que palmea la cabeza del niño, quizá para calmarlo o apaciguarlo.

Esta informalidad es típica del resto de la escena. Detrás de Livia se encuentra Tiberio y, más atrás, Antonia lleva de la mano a un niño y gira la cabeza para hablar con su marido, Druso. Este, recientemente retornado de su mando en la Galia, lleva la característica capa militar *(sagum)*, que en su caso agarra otro niño pequeño, quien a su vez mira a una niña ligeramente mayor. Identificar a los personajes del Ara Pacis es difícil. Augusto y Agripa están representados claramente, pero todos los demás aparecen de un modo estilizado, ayudando a los dos hombres en cabeza a destacar más. Los demás lucen dignos y todos excepto unos pocos jóvenes y, si bien sus rasgos no son idénticos, ciertamente son similares unos a otros y las diferencias mera cuestión de detalle. Sin duda un contemporáneo los hubiera reconocido de in-

mediato, al comprender las sutiles variaciones de los casi uniformes rostros; pero para nosotros resulta mucho más complicado, sobre todo con los personajes peor conocidos; un problema que se ve agravado por las sucesivas, y a menudo, amplias restauraciones de las esculturas, comenzadas en la Antigüedad tardía y que continuaron hasta Mussolini en el siglo XX. Es probable que entre las figuras se cuenten Julio Antonio, el hijo de Marco Antonio, y Domicio Enobardo, ambos casados con las hijas de Octavia, y otros miembros de la familia extensa del *princeps*, por lo que es de lamentar que no podamos identificarlos a ciencia cierta.[544]

Los niños son los más difíciles de reconocer, pues todos tienen unos rasgos regordetes que enfatizan su juventud y hacen casi imposible calcularles una edad concreta. La mayoría de ellos van vestidos como adultos en miniatura, con las togas o trajes formales de los hombres y mujeres que los rodean. El caso del niño que se agarra a la toga de Agripa es diferente, pues solo viste una túnica y lleva un torques (un pesado collar de oro, plata o bronce originalmente de estilo galo) en el cuello. Esto ha llevado a algunos a sugerir que se trata de un príncipe bárbaro, muchos de los cuales fueron a Roma como rehenes y fueron educados en la familia de Augusto con la esperanza de que al crecer se convirtieran en aliados. No obstante, también sabemos que los niños que participaron a caballo en los Juegos Troyanos llevaban torques, de modo que es más probable que sea Cayo César. Un niño más pequeño vestido del mismo modo aparece en otro lugar de la escultura y probablemente sea su hermano Lucio.[545]

Los materiales y la calidad del trabajo del Ara Pacis son de la máxima calidad. La influencia del arte griego es evidente, con ecos especialmente notables —e indudablemente conscientes— de los frisos del Partenón. Muchos historiadores asumen que el escultor principal era griego, pero no hay ninguna prueba de ello. También hay muchas cosas que son muy romanas, y sobre

todo augusteas, en concepto, y está muy lejos de ser una mera copia. La informalidad de los maridos y mujeres hablando entre ellos y con los niños carece de precedentes, así como la prominencia de tantas mujeres y niños en la procesión. En las alas del recinto, separados de los frisos procesionales, hay escenas con los divinos protectores de los romanos, Roma y Tellus, y de sus antepasados míticos, Eneas, Rómulo y Remo. Detalles más pequeños muestran toros siendo preparados para el sacrificio. El distante pasado de los romanos y los antepasados de los Julios, y por tanto del *princeps*, se invocan y se conectan con un presente abrumadoramente poblado por Augusto y su familia. Se trata de temas populares en Virgilio y gran parte del arte y la literatura de la época. Se celebra la paz, pero es una paz romana que sigue a una victoria militar y, más concretamente, una paz conseguida gracias a los éxitos de Augusto. Pocos años después, el poeta Ovidio, un inequívoco portavoz del régimen, cantaría al Ara Pacis y las esperanzas de paz porque los pueblos extranjeros o bien amaban a Roma, o bien la temían. Esta paz iba a ser la de un incontestado dominio romano.[546]

Un futuro tan glorioso quedaba asegurado por el liderazgo de Augusto, apoyado por una familia cuyos miembros aparecían numerosos —en el Ara Pacis se pueden ver tres generaciones—. Los mayores y más distinguidos son Augusto y Livia, así como Agripa, por más que no llegara a vivir para ver la compleción y dedicación del altar a principios del 9 a. C. Como siempre, Augusto no tiene edad, mostrado como una figura madura y al mando, pero no como un hombre al comienzo de sus cincuenta años. Luego viene la generación encabezada por los hijos de Livia, ambos en sus veinte años, y por último unos jóvenes Cayo y Lucio y los demás niños. Un linaje familiar que se remonta hasta Eneas era generosamente dotado de un futuro. Augusto, estaba menos turbado por las enfermedades que en el pasado, pero no era joven y algún día tenía que morir. De forma invariable, los

historiadores modernos buscan al heredero de Augusto en cada etapa de su vida, y la atención prestada primero a Marcelo y luego a otros demuestra que sus contemporáneos se inclinaban a pensar del mismo modo. La perspectiva del tiempo nos dice —como se lo dijo a Suetonio, Tácito y Dion Casio— que tras la muerte de Augusto Roma sería gobernada por un emperador, o *princeps*, tras otro durante siglos.

Es posible que esto no fuera exactamente lo que tenía planeado Augusto, puesto que tras la muerte de Marcelo parece haber buscado siempre no un heredero, si no varios seguidores para ese momento, convertidos en sucesores para el futuro. Agripa compartía sus poderes y buena parte de su carga de trabajo, además de ser un contemporáneo, pero carecía de su *auctoritas* y sus orígenes eran oscuros. Tiberio y Druso eran productos de una familia aristocrática y se les concedieron carreras muy aceleradas y se casaron, respectivamente, con la hija de Agripa y la sobrina de Augusto. Cayo y Lucio se convirtieron en Césares y a su vez disfrutarían de un rápido ascenso. Una vez adultos, estos cinco hombres compartieron la tarea de administrar las provincias, participar en campañas de guerra y supervisar mucho de lo que sucedía en Roma. Eran colegas, si bien todos más o menos inferiores al *princeps*.[547]

No existe la menor prueba de que ninguno de ellos fuera señalado nunca como su único sucesor, ni de que se esperara de los demás que se apartaran y aceptaran la preeminencia de uno. No todos eran iguales, pero en teoría todos estarían unidos y servirían al bien común. De nuevo la perspectiva del tiempo nos invita a aceptar como normal la alta tasa de mortalidad entre los más cercanos a Augusto, en vez de verla como excepcional incluso según los peligrosos estándares del mundo romano. De ahí que la prominencia concedida a tantos familiares de adopción, sanguíneos o matrimoniales pueda considerarse como pensada con vistas a las inevitables pérdidas. Nada sugiere que Augusto

pensara de ese modo. Dirigía el Estado con la estrecha ayuda de hombres de su círculo familiar, cuya lealtad hacia él era segura, y parece haber esperado que esta disposición continuara tras su muerte. No habría un *princeps*, sino varios *principes*, capaces de compartir las árduas responsabilidades y, mediante su existencia, demostrar que la muerte del principal de ellos no crearía otro vacío de poder que invitara al retorno de la guerra civil.

En cierto sentido era un concepto muy romano —no tanto una monarquía como el gobierno de un pequeño e informal colegio, cada uno de cuyos miembros tenía poder monárquico— y bajo Augusto funcionó. Subsiguientes intentos de revivir el sistema fallaron todos, en especial porque nadie disfrutaba del mismo prestigio que César Augusto. Era el hijo del divino Julio, cónsul más a menudo que ningún otro, galardonado con más acciones de gracias y triunfos que nadie. Ni siquiera Agripa alcanzaba esta plusmarca y, pese a que fuera él quien en realidad hizo la mayor parte del trabajo, el crédito fue siempre a reforzar el prestigio de Augusto. Ningún otro emperador hizo tanto, ni —al menos durante varios siglos— gobernó tanto tiempo como César Augusto se mantuvo como el poder supremo en el Estado romano. Quien era, y lo que había hecho, lo hicieron posible, pues resultaba improbable que nadie de su propia familia lo desafiara y fuera de su círculo nadie podía hacerlo.

La pérdida de Agripa fue un golpe, sin duda muy sentido, pues llevaba apoyando a Augusto más de tres décadas, triunfando en cualquier tarea que se le hubiera encomendado, pero lo bueno del sistema es que había otros listos para hacerse cargo de sus obligaciones. Como resultaba inevitable, la carga mayor recayó en Tiberio y Druso, y durante los años siguientes ambos estuvieron guerreando con pocas pausas. Al primero se le obligó además a divorciarse de su esposa, Vipsania, que ya le había dado un hijo y no tardaría en darle una hija. Para los estándares de la aristocracia romana había demostrado ser un matrimonio feliz,

pero el divorcio y nuevo matrimonio para adecuarse a la situación política actual era un aspecto tan bien establecido de la vida aristocrática que es poco probable que la separación causara mucha sorpresa. Viuda por dos veces y madre de cinco hijos, la hija de Augusto solo tenía veintisiete años y hubiera sido extremadamente inusual que no se volviera a casar. Durante algún tiempo consideró escogerle un marido del orden ecuestre, esperando encontrar a un hombre que fuera rico, eminentemente respetable y, al contrario que un senador, no estuviera tentado de seguir una carrera en la vida pública. No obstante, un hombre así hubiera recibido mucha más atención como yerno del *princeps* que como ciudadano privado, y resulta dudoso que hubiera permanecido completamente ajeno a la actividad política.

Julia estaba ansiosa por casarse con Tiberio y, por muchos motivos, él era la elección evidente, puesto que elegir a un yerno ajeno a la familia extensa implicaba colocarlo en una situación de eminencia. Ya no era importante conservar la lealtad de Agripa y Druso estaba casado con la sobrina de Augusto, alguien de quien era más difícil deshacerse, de modo que Vipsania fue divorciada. Con el tiempo se volvería a casar y vivir muchos años, dándole al menos cinco hijos a su senatorial esposo; pero dado que no llevaba ni la menor traza de sangre Julia esto no importaba. Tiberio y Julia se comprometieron, pero siguieron los adecuados requisitos legales y esperaron más de diez meses antes de casarse. Era una alianza que pretendía acercarlos más aún a Augusto y sus hijos adoptados, que algún día se unirían a él para ayudar al *princeps* a gobernar el Imperio.[548]

CONQUISTA

Mientras tanto, Tiberio fue enviado a los Balcanes, donde alentados por la noticia de la muerte de Agripa de nuevo habían surgido problemas. Su hermano Druso retornó a la Galia y durante los siguientes tres años ambos guerrearon de forma agresiva en esas fronteras. Está claro que formaba parte de un plan

concertado, si bien las modernas afirmaciones de que Augusto estaba esforzándose por crear unas fronteras defendibles basadas en el Danubio y, al final, el Elba no son convincentes. Tras años de arreglar las provincias existentes, completar la conquista de la península ibérica y, lo más reciente de todo, ocupar los Alpes, Emperador César Augusto estaba decidido a realizar conquistas a gran escala en Europa. Era una gloria limpia, conseguir las victorias que le permitieran cumplir la promesa de la paz mediante la fuerza celebrada en el Ara Pacis y justificaran su supervisión de las provincias que tenían problemas militares. También era una oportunidad para Tiberio y Druso de incrementar su reputación y conseguir más experiencia en el alto mando.[549]

Estas agresivas campañas fueron premeditadas y durante los años anteriores tropas y suministros se fueron reuniendo en el Rin y los Balcanes para llevarlas a cabo. Esto no quiere decir que no fueran provocadas, y el cinismo moderno que sostiene que prácticamente todas las guerras romanas tuvieron lugar como respuesta a incursiones previas es innecesario. Las incursiones eran algo habitual y a menudo serias; menos predecible era la respuesta romana a las mismas, que variaba desde represalias menores a grandes ataques o la simple conquista. La coincidencia de recursos disponibles y un comandante con la libertad de acción y el deseo de conseguir gloria determinaban la escala y el tipo de respuesta de los romanos. Estos factores y la oportunidad ofrecida por la migración de los helvecios en el 58 a. C. llevaron a Julio César a conquistar la Galia, más que a la guerra balcánica que estaba esperando librar.[550]

Sin la amenaza de guerras serias en ningún otro lugar, y con una libertad de acción inigualada por ningún líder romano del pasado, Augusto decidió añadir territorio a Roma en ambas áreas. Como cualquier romano, no pensaba tanto en términos de geografía física como de geografía política, viendo el mundo como una red de pueblos y Estados. Sería a estos a los que atacara,

para «perdonar a los conquistados y derrotar al orgulloso en la guerra». Algunos serían añadidos a las provincias, mientras que otros simplemente serían obligados a reconocer el poder de Roma. Los griegos y los romanos solo tenían una vaga conciencia de las tierras alejadas del Mediterráneo, y en modo alguno eran conscientes del inmenso tamaño de la Europa central y las estepas que había más allá. Resulta bastante posible que Augusto creyera que podía conquistar toda Europa hasta tan lejos como el océano, que se creía rodeaba los tres continentes conocidos, pero tal posibilidad quedaba para el futuro. Por el momento sus ambiciones eran más limitadas. Castigaría y añadiría al *imperium* romano a los pueblos que habían atacado las provincias en el pasado, impidiéndoles que repitieran lo mismo en el futuro.

Tiberio y Druso aprenderían a dirigir las legiones en persona, mientras Emperador César Augusto supervisaba desde la distancia. En lo que suponía un cambio con respecto a su modo de hacer reciente, con largas giras por las provincias, a lo largo de los años siguientes realizó viajes cortos para estar cerca de los teatros de operaciones, apostándose en Aquilea (en el norte de Italia, en la frontera con el Ilírico) o en Lugdunum (en la Galia). Ninguna de ellas estaba demasiado lejos de Roma y regresó a la ciudad en varias ocasiones, por lo general una vez terminada la temporada de campañas. Suetonio nos proporciona unas pinceladas sobre esos viajes en el extracto de una carta escrita a mano por el propio Augusto, en la que le cuenta a su hijastro la fiesta de cinco días celebrada entre el 20 y el 25 de marzo en honor a la diosa Minerva:

> Pasamos la *Quinquatria* muy felices, mi querido Tiberio, pues jugamos todo el día y mantuvimos caliente el tablero de juego. Tu hermano protestó grandemente contra su suerte, pero al final no se quedó muy atrás en el cómputo general; pues tras haber perdido mucho, de improviso, y poco a poco, se recuperó bastante. Yo, por mi parte, perdí 20 000 sextercios, pero porque fui extravagantemente generoso en mi juego, como siempre. Si le hubiera pedido a todos las apuestas que dejé ir, o me hubiera quedado con todo lo que entre-

> gué, habría ganado en total 50 000. Pero prefiero lo que hice porque de ese modo mi generosidad me conducirá a la gloria inmortal.[551]

Este estilo informal es típico de las cartas que se conservan enviadas a familia y amigos, además de demostrar que se llevaba bien con sus hijastros. Druso era famoso por su encanto y afabilidad y no tardó en ser popular entre la gente. Tiberio tenía un carácter reservado y complejo, más sencillo de respetar que de querer; pero los fragmentos de cartas que se le enviaron contienen repetidas muestras de afecto y un tono suave y bromista, con abundante uso de la ironía, como esa mención a la «gloria inmortal». En otra describe una cena en la que él y sus invitados «jugaron como viejos». En la correspondencia de Augusto se escuchan muchos ecos de Cicerón: en las repetidas muestras de afecto, las abundantes citas y bromas y, quizá también, en las falsas afirmaciones de profundo afecto. A pesar de todo, en esta etapa en modo alguno se observa nada que sugiera que la relación entre el *princeps* y el hombre que pronto se convertiría en su yerno fuera otra cosa que cordial.[552]

A comienzos del 12 a. C., Druso terminó un censo formal de las tres Galias, sin duda para ayudar a organizar las provincias, registrar las propiedades y los impuestos debidos a Roma, además de asegurarse de que le entregarían abundantes suministros para las próximas campañas. El proceso quizá comenzara antes de que Augusto abandonara las provincias el año anterior, sin contar con que en el 27 a. C. el *princeps* había supervisado personalmente el primero de esos censos en la región. Quizá se pretendía que fuera más justo que el sistema existente de cobros que tan recientemente había sido explotado por Licinio. Aparte del evangelio de Lucas, no tenemos ninguna otra prueba de que en algún momento Augusto publicara un decreto único para que se realizara un censo y arreglara los impuestos de todo el Imperio. Es perfectamente posible que existiera este decreto, dejando así claro lo que ya sucedía de manera *ad hoc* y que este —como otros

muchos detalles— simplemente no fuera mencionado por las demás fuentes. Por otra parte, puede que el autor del evangelio estuviera reflejando el punto de vista de un provincial, para quien los censos y los impuestos eran recaudados por las autoridades romanas con una regularidad que debe haber parecido un sistema impuesto mediante una única decisión.[553]

En ocasiones los censos provocaban resentimiento e incluso rebeliones, sobre todo en provincias recién pacificadas —la perspectiva de tener que pagar impuestos es raramente agradable, sobre todo si van a parar a un poder ocupante—. Livio afirma que hubo algunos problemas en las Galias como respuesta al censo y Dion Casio sugiere que así fue, pero no da detalles, y si hubo disturbios probablemente fueron a pequeña escala. Había ventajas para las personas y comunidades que registraran sus propiedades y sus derechos, pues quedaban recogidas de un modo que poseía una impecable autoridad legal. La mayoría de las regiones se acostumbraron rápidamente al proceso y Druso acabó con eficacia con cualquier resistencia que se hubiera producido.[554]

Además de organizar las finanzas de las provincias galas y mantener el orden, hubo una considerable actividad preparando el venidero avance sobre el Rin. Se creó una serie de grandes bases militares para acomodar las tropas reunidas para la planeada guerra. Resulta difícil ofrecer cifras, pero es probable que se reunieran al menos ocho legiones, apoyadas por una sustanciosa cantidad de tropas auxiliares y escuadrones navales formados tanto por pequeñas galeras de guerra como por barcos de transporte. Una de las bases se encontraba en la moderna Nimega, junto al río Waal, y las excavaciones arqueológicas allí realizadas sugieren que fue construida entre el 19 y el 16 a. C. Con unas 42 hectáreas de extensión, y construida a base de tierra, hierba y madera, probablemente alojara a dos legiones completas, así como a unidades auxiliares. Como otros muchos fuertes construi-

dos por el ejército en esos años, ya fuera al este del Rin o en Hispania, no se ajusta del todo a la pulcra forma de naipe tan familiar para las bases del ejército romano durante los siglos I y II a. C. Las legiones de Augusto explotaban las buenas posiciones naturales y a menudo situaban los campamentos en lugares elevados, con las empalizadas siguiendo aproximadamente el terreno y generando formas con seis, siete e incluso ocho lados. La disposición interna también varía, al igual que el diseño de los distintos tipos de edificios; pero las diferencias son siempre menos marcadas que las muchas similitudes. Si bien carecen de la mayor uniformidad del siglo siguiente, sugieren el proceso de desarrollo de esa planificación regular, la cual evoluciona desde los métodos tradicionales. Muchas de las regulaciones del ejército fueron creadas por Augusto y serían aplicadas durante más de un siglo sin cambios significativos.[555]

Acostumbrados a ver los grandes fuertes de piedra de años posteriores, se corre el riesgo de aceptar sin más el tamaño y la organización de estos campamentos. Nimega fue ocupada durante menos de una década, quizá solo durante unos pocos años, pero durante ese tiempo los soldados vivieron en bloques de barracones bien construidos y ordenados, erigidos según un diseño estándar, con un par de habitaciones por cada grupo de tienda (o *contubernium*) de ocho hombres. Algunos de los bloques de barracones excavados son algo más pequeños y han sido identificados como de auxiliares más que de legionarios, pero incluso estos ofrecían un considerable confort para unos hombres que estaban viviendo el invierno del norte de Europa. Mucho más generoso es el edificio del cuartel general y las importantes viviendas construidas para el senador que actuaba como legado encargado de una legión —o, en un campo como este, en el cual un hombre se ocupaba de ambas legiones—, así como para los tribunos ecuestres y senatoriales. Todos los edificios encuentran estructuras similares en otros fuertes construidos durante esta campaña.

En tamaño y organización, estas bases del ejército se parecen a bien ordenadas ciudades de estilo mediterráneo aparecidas en los bordes del Imperio.

Los meses de invierno del 13-12 a. C. vieron otra incursión de guerreros germanos a las provincias romanas, pero que fue expulsada por Druso. En primavera lanzó el primero de una serie de ataques contra las tribus que vivían al este del Rin. Parte del ejército avanzó utilizando rutas terrestres que seguían los valles que alimentaban al Rin, mientras que otra parte embarcó en navíos y navegó por el mar del Norte para desembarcar en la costa. En un momento dado interpretó muy mal las condiciones locales, dejando los barcos varados cuando la marea se retiró mucho más de lo que esperaba. También Julio César calculó mal el poder de la variación de la marea durante su expedición britana. Afortunadamente, los frisios, un aliado local reciente, llegaron para proteger y ayudar a los encallados romanos. No obstante, en general la cosa fue un éxito. Se atacaron los territorios de las tribus, se quemaron pueblos y granjas, se capturaron animales y se destruyeron cosechas, mientras que todos los guerreros que se reunieron fueron derrotados en el campo de batalla. Aproximadamente un siglo después Tácito haría que un líder bárbaro bromeara tristemente diciendo que los romanos «crean desolación y lo llaman paz». Enfrentadas al precio que se pagaba por resistirse a Roma, varias tribus siguieron a los frisios y buscaron una alianza. Tiberio utilizó métodos similares con éxitos similares en Panonia.[556]

Druso regresó a Roma a finales de año; una breve visita que demostró cuántas de las antiguas restricciones a los gobernadores provinciales sencillamente no se aplicaban a los cercanos al *princeps*. Fue elegido pretor, siéndole concedido el prestigioso cargo de pretor urbano, pero solo permaneció allí un corto período de tiempo antes de apresurarse a regresar a la frontera del Rin para continuar la guerra. Con veintisiete años, el hijastro del *princeps*

atacó de nuevo a comienzos de la primavera del 11 a. C., en esta ocasión dirigiendo una de las columnas que se abrían camino por tierra. Puede que algunas de las tribus que habían capitulado brevemente decidieran arriesgarse a la guerra una vez más. Floro cuenta la historia de que los sugambros, queruscos y suevos se apoderaron y crucificaron a veinte centuriones que estaban en su territorio, y es posible que el episodio date de ese año. La razón más probable para explicar su presencia allí sería o bien actividades diplomáticas como representantes de Roma o, lo más probable, que estuvieran reuniendo a los reclutas prometidos por el tratado para servir en las cohortes auxiliares. No obstante, como hacían a menudo, los romanos se aprovecharon de la rivalidad y desunión existente entre las tribus. Los sugambros reunieron un ejército y atacaron a los vecinos catos porque se negaron a unirse a ellos en una alianza contra Roma. Mientras los guerreros estaban ocupados en esos menesteres, Druso golpeó con rapidez, devastando sus territorios.[557]

Estos incidentes son un valioso recordatorio de que la zona al este del Rin estaba habitada por comunidades diferentes y a menudo mutuamente hostiles. Los romanos los llamaban germanos, pero es poco probable que ninguno de los habitantes de la región se pensaran en ellos de ese modo. Julio César retrató a los germanos y los galos como claramente distintos, si bien incluso él admitió que la cosa no estaba tan clara con los pueblos germanos asentados en la Galia. La distinción le vino bien, pues ayudó a considerar a los germanos como una amenaza para la Galia y también le ayudó a detener su conquista en el Rin. Tanto él como otros autores grecolatinos pintan una sombría imagen de Germania y sus pueblos, presentándolos como más primitivos y a la vez más salvajes que los habitantes de la Galia. Para ellos Germania era una tierra de ciénagas y densos bosques, con pocos caminos despejados, sin ciudades importantes, ni templos y con una población seminómada, que tenía animales y cazaba en los

bosques, pero no cultivaba. Muchos antiguos estereotipos sobre los bárbaros, que se remontan hasta la descripción de Homero de los monstruosos cíclopes en la *Odisea*, alimentaron esta impresión de pueblos faltos por completo de civilización y, por lo tanto, impredecibles y peligrosos.

Los hallazgos arqueológicos niegan gran parte de esta imagen, al tiempo que presentan problemas y complejidades propias. Antes de que Julio César llegara a la Galia, una amplia zona de la Germania central se parecía mucho a las tierras al oeste del Rin, pudiendo presumir de grandes ciudades en la cima de colinas con similares signos de industria, comercio y organización que los *oppida* galos. Los contactos entre estas zonas eran abundantes y, cualquiera que haya sido la relación política, las similitudes culturales resultan sorprendentes, pues ambas pertenecen a lo que los arqueólogos llaman cultura de La Tène. Durante la primera mitad del siglo I a. C. esas ciudades de Germania central fueron todas abandonadas o redujeron dramáticamente su tamaño y sofisticación. En al menos un caso existen pruebas de una destrucción violenta y sangrienta de la ciudad y, de modo general, el armamento se vuelve mucho más abundante en el registro arqueológico. La destrucción no fue cosa de los romanos, que todavía no habían alcanzado esas tierras, si bien puede que a ella contribuyera el efecto onda originado por el Imperio romano, ya fuera por el cambio de los patrones comerciales o por la acción militar directa. No es probable que los romanos tuvieran conciencia de lo que estaba pasando tan lejos de su Imperio, de modo que como era natural asumieron que la situación con la que se encontraron al llegar a la región era la normal y que las gentes locales siempre se habían comportado igual.

Esas ciudades germanas y las sociedades creadas en torno a ellas probablemente ya se hubieran hundido cuando Julio César llegó a la Galia. Resulta imposible saber cómo sucedió y las pruebas pueden interpretarse bien como resultado de trastornos

internos que originaron una destructiva lucha por el poder, o como la llegada de pueblos nuevos y agresivos. Las migraciones resultan a menudo difíciles de localizar arqueológicamente, pero los repetidos comentarios en las fuentes de grandes grupos que se trasladaban en busca de nuevas tierras deben reflejar la realidad al menos en parte. Las tribus y otros grupos también desafían a menudo los mejores intentos de localizarlos en la documentación arqueológica y es probable que fueran complejos, con grupos recién formados y corta vida mezclándose con antiguos lazos de parentesco. El análisis lingüístico de los nombres que se conservan basados en lenguas posteriores celtas y germanas sugiere verdaderas diferencias en esta época, pero sigue sin ser sencillo establecer la identidad étnica y cultural de pueblos concretos. Existen muchas posibilidades de que los romanos no comprendieran las relaciones entre grupos con nombre, como los sugambros, queruscos, catos, caucos o suevos, que es muy probable cambiaran con bastante rapidez según ascendían y caían los distintos líderes.

Ciertamente, en los niveles más altos de la sociedad existía bastante inestabilidad y rapidez en los cambios como para justificar parte de la imagen romana de una población en constante movimiento. En niveles inferiores esto era menos cierto. Las ciudades habían desaparecido, pero en la mayoría de las granjas, aldeas y pequeños pueblos al este del Rin siguieron ocupados durante largos períodos que se extienden a lo largo de varias generaciones. Es posible que la población general fuera abundante, a pesar de que no existieran grandes asentamientos. La agricultura estaba extendida, si bien se dedicaba principalmente a alimentar a la población local y no producía más excedente que el necesario para soportar las malas cosechas. A largo plazo, las estructuras sociales y políticas de las tribus estaban en constante cambio e importantes grupos de población periódicamente en marcha; a pesar de lo cual algunos grupos tribales quedaban asentados en

unas mismas tierras durante décadas, además de contar con líderes claramente reconocidos. Los romanos podían intentar identificar a las tribus y conocer dónde estaban sus tierras actuales y cuáles eran sus jefes, al menos para el inmediato futuro.[558]

No cabe duda de que malinterpretaron muchas cosas y cometieron muchos errores; pero Druso y sus ayudantes de campo no dejaron de sumar conocimientos sobre los pueblos contra los que luchaban. La ausencia de buenas carreteras hizo que los movimientos de hombres y suministros fuera difícil. La ausencia de grandes comunidades significaba que era complicado encontrar grandes almacenes de comida y forraje. En la Galia, Julio César recurrió con frecuencia a los *oppida*, bien para pedir, bien para coger los suministros que necesitaba su ejército. Era mucho más difícil ir a cientos de pequeños asentamientos para cubrir esas necesidades, de modo que en Germania las legiones se vieron obligadas a transportar con ellas casi todo lo que necesitaban. Allí donde era necesario construyeron puentes sobre ríos y caminos por las marismas, algo que inevitablemente tomaba su tiempo. En la mayoría de los casos, Druso y sus hombres seguían la línea de los ríos, dado que era más sencillo llevar los suministros en barcazas, mientras que la dificultad de los movimientos por tierra ayuda a explicar su dependencia de la navegación por el mar del Norte.[559]

A pesar de tales dificultades, la segunda estación de la campaña tuvo éxito y las columnas romanas penetraron más profundamente que nunca en el territorio germano antes de empezar a quedarse con pocos suministros. Con el verano próximo a terminar, Druso condujo a sus hombres de vuelta al Rin… en ese momento hubiera sido difícil poder alimentarlos e imposible apoyar a ninguna guarnición dejada lejos dentro de territorio hostil durante los meses de invierno. Los jefes germanos mantenían bandas de guerreros que no tenían más trabajo que guerrear, si bien eran escasas en número. El ejército de una tribu

completa o de una alianza de tribus basaba su número en todo miembro libre de la tribu capaz de armarse y deseoso de luchar; como es lógico, reunir a un ejército de tales características requería tiempo. Esto significa que era mucho más probable que un ejército romano encontrara resistencia al retirarse más que durante el ataque inicial. En este caso concreto, hubo hombres que también habían regresado de la incursión contra los catos y se unieron a las bandas que se estaban formando para luchar contra el enemigo que había saqueado sus tierras. La columna romana era larga y poco ágil debido a su tren de suministros, de modo que su recorrido era previsible. Los guerreros estaban enrabietados y plenos de confianza, dado que la retirada por parte del invasor inevitablemente parecía una huida nerviosa.

La columna de Druso se fue encontrando con una sucesión de emboscadas. Los romanos se abrieron paso con tesón, pero incluso cuando rechazaban a sus atacantes no se encontraban en posición de poder perseguirlos e infligirles pérdidas serias, además de no poder permitirse el tiempo de detenerse y maniobrar contra este escurridizo enemigo. Cada éxito, por pequeño que fuera, daba ánimo a los guerreros y, sin duda, animó a que más se los unieran. Lo cual culminó en una emboscada a mucha mayor escala, que embotelló a la columna romana en un desfiladero angosto. Los romanos estaban atrapados y corrían el riesgo de ser aniquilados, pero la esencial torpeza de un ejército tribal terminó por salvarlos. Los guerreros germanos no llevaban consigo suficiente comida para una larga campaña, de modo que deseaban que el combate terminara con rapidez para poder regresar a casa. Tampoco había un único líder capaz de controlar el ejército, sino montones de jefes con diferentes grados de influencia, sin olvidar que cada guerrero se reservaba el derecho a decidir cuándo y dónde lucharía. Los romanos parecían estar a su merced, de modo que en vez de esperar a que se murieran de hambre o luchar con desventaja, bandas de germanos se reunieron y se

lanzaron a barrer al enemigo y disfrutar del botín que se obtendría de su impedimenta. El combate cuerpo a cuerpo venía bien a las características de los legionarios, lo que concedió a Druso y sus hombres la oportunidad de golpear finalmente a sus enemigos. Acorralados como estaban, los romanos atacaron fieramente a los exultantes guerreros, cuyo exceso de confianza no tardó en convertirse en aterrorizada huida. Druso y sus hombres hicieron el resto del camino de regreso hasta el Rin sin obstáculos.[560]

La campaña fue declarada una victoria, al igual que la de Tiberio cerca del Danubio. A Augusto se le concedió un triunfo que, como era habitual, decidió no celebrar, mientras que a sus hijastros se le concedió el honor menor de la ovación, combinada con los símbolos del triunfo *(ornamenta triumphalia)*. En otoño ambos regresaron a Roma, al igual que el propio Augusto, y para celebrar el triunfo de los hijos de Livia se entregaron 400 sextercios a cada ciudadano varón de la ciudad. Su quincuagésimo segundo cumpleaños fue celebrado con una serie de luchas de fieras en torno a las fechas en las que Julia y Tiberio se casaron. No obstante, no todo fueron buenas noticias. Octavia murió de forma repentina, y así las cenizas de otro miembro de la familia fueron depositadas en el Mausoleo. La hermana del *princeps* recibió los honores de un funeral de Estado, con la principal oración fúnebre pronunciada por su yerno, Druso.[561]

A pesar de esta pérdida personal, los ánimos estaban llenos de confianza y el Senado decretó que se cerraran las puertas del templo de Jano para manifestar la paz lograda en el mundo romano. Las noticias de una incursión dálmata en el Danubio impidieron que el rito fuera realizado y en el 10 a. C. la guerra comenzó de nuevo. Augusto y Livia acompañaron a Druso y su familia hasta Lugdunum, en la Galia, donde avanzado el año Antonia dio a luz a su segundo hijo, el futuro emperador Claudio. Es muy probable que durante este año se dedicara allí un lujosamente construido y decorado recinto que contenía un altar a

Roma y a Augusto. Se llamó a líderes tribales de toda la Galia para que asistieran a la ceremonia y tomaran parte en unos rituales que a partir de entonces se repetirían anualmente. Julio César había hablado de reuniones regulares de todas las tribus de la Galia y es bastante probable que este nuevo culto estuviera destinado a cubrir ese hueco dejado por la abolición de esas potencialmente subversivas reuniones.[562]

Tiberio se pasó el año de campaña en los Balcanes, apoyado por al menos un ejército más cuyo líder también recibió las insignias de un triunfo. Druso luchó en Germania y los hermanos se escribían mutuamente con regularidad, al igual que hacían con Augusto y su madre. Una vez, Tiberio le enseñó una de estas cartas al *princeps*, en la cuál su hermano hablaba de unir sus fuerzas para obligar a Augusto a «restaurar la libertad». Suetonio cuenta la historia como la primera muestra del odio de Tiberio hacia su familia, pero no existen más pruebas de hostilidad entre los hermanos y sí muchos indicios de afecto. Quizá el incidente fue un accidente o una invención posterior. Los historiadores modernos tienden a asumir que Druso quería que el *princeps* renunciara y se reviviera el sistema republicano, además de gustarles retratar a los hermanos como aristócratas con una visión muy tradicional de la política. No obstante, la frase es vaga y puede haber sido nada más que la expresión de su disgusto ante alguna de las personas que recibían cargos e influencia bajo Augusto y de su deseo de que fueran reemplazados por mejores hombres… incluidos ellos mismos. Es indudable que Druso era ambicioso. Suetonio cuenta también que estaba desesperado por conseguir los *spolia optima*, llegando incluso a perseguir a los reyes germanos por el campo de batalla con la esperanza de acorralarlos y matarlos en combate singular. Se requiere un gran esfuerzo de imaginación para relacionar esto con el incidente que implicó a Craso en el 29 a. C., en vez de entenderlo como el ansia de un

joven aristócrata por conseguir uno de los más raros y prestigiosos honores de todos.[563]

En enero del 9 a. C. Druso se convirtió en cónsul justo una semana antes de su vigésimo noveno cumpleaños y puede que su búsqueda de los *spolia optima* se produjera este año, cuando como cónsul luchaba bajo su propio *imperium* y auspicios. Fue el año en el cual condujo a su ejército hasta el río Elba, si bien no tardó en correr la historia de que una imponente mujer le avisó de que no continuara y le profetizó que su vida estaba a punto de terminar. La estación estaba muy avanzada y Druso regresó a sus bases en el Rin, aunque ahora pudo dejar algunas guarniciones en Germania. En el transcurso de las cuatro campañas, se había invadido el territorio entre el Rin y el Elba y se afirmaba que la mayoría de sus pueblos reconocían el gobierno romano. Todavía no estaba claro cómo de permanente iba a resultar, pero no cabe duda de que el logro era considerable. Entonces, en su camino de regreso para invernar en la Galia, Druso tuvo un accidente a caballo y se hirió de gravedad la pierna. La herida se infectó y en septiembre el joven general murió.[564]

Tiberio estaba junto a su hermano, tras correr a reunirse con él en un viaje que se hizo famoso por su rapidez. Dispuso que el cuerpo fuera embalsamado y transportado a Roma con gran ceremonia. Los primeros en cargar con él fueron los tribunos y centuriones de sus legiones. Después traspasaron ese deber a los principales ciudadanos de las colonias y ciudades romanas. En muchas de las etapas Tiberio caminó con la procesión. El duelo fue una genuina demostración de la popularidad de Druso —Séneca afirmó luego que el estado de ánimo era casi el de un triunfo mientras marcaban el paso del gallardo joven héroe—. Las ceremonias culminaron en un funeral público en Roma. Tiberio pronunció el elogio fúnebre de su hermano desde la Rostra delante del templo del divino Julio. Augusto pronunció otro —quizá ante una muchedumbre aún mayor— en el circo Flaminio

y fuera del pomerio, el límite formal de una ciudad. (Estaba de duelo, lo cual le impedía entrar en Roma y realizar los ritos requeridos para señalar su última victoria). Al modo tradicional, los actores llevaron las máscaras funerarias e insignias de los antepasados de Druso; a las cuales se sumaron las de los antepasados de los Julios —a pesar de que Augusto nunca adoptó a su hijastro—, antes de que el cuerpo fuera incinerado y sus cenizas añadidas a las del Mausoleo —resulta evidente que estar asociado al *princeps* superaba el derecho a ser conmemorado como miembro de la familia real del fallecido.[565]

Cerca se encontraba el Ara Pacis, que había sido dedicado formalmente el 30 de enero del 9 a. C. Al lado había un gran reloj de sol cuyo gnomon era un obelisco traído de Egipto, un recordatorio de la derrota de Antonio y Cleopatra y una demostración de que el calendario de Julio César funcionaba correctamente para señalar los 365,25 días del año. Elevado sobre un pedestal, el obelisco alcanzaba los 30,5 metros de altura y al mediodía cada día proyectaba una sombra ligeramente diferente, que había de medirse en la cuadrícula marcada con líneas de bronce en las piedras del pavimento, con letras griegas para simbolizar los signos del zodiaco y el año solar. A pesar de toda su grandeza, o bien los cálculos fueron erróneos o los cimientos del obelisco se desplazaron, porque a mediados del siglo I a. C. Plinio menciona que hacía treinta años que no era exacto. (Muy restaurado, el obelisco luce hoy en otro lugar, la romana plaza de Montecitorio).[566]

La naturaleza resultaba difícil de controlar, incluso para el propio Augusto. Cinco años antes había disfrutado de la ayuda de tres hombres activos y capaces de su familia, junto con la perspectiva de contar con dos más a largo plazo, cuando Cayo y Lucio alcanzaran la mayoría de edad. Ahora Agripa y Druso habían desaparecido y solo quedaba Tiberio. Durante los años siguientes la pesada carga recayó pesadamente sobre sus hombros.

QUINTA PARTE

EMPERADOR CÉSAR AUGUSTO, «DIVI FILIUS, PATER PATRIAE»

2 A.C.-14 D.C.

Durante mi décimo tercer consulado, el Senado y el orden ecuestre y el pueblo romano como uno solo me llamaron el padre del país.

Las obras del divino Augusto, 35

XIX

PADRE

Augusto dijo a sus amigos que tenía dos hijas malcriadas y que tenía que aguantarse con ellas… la res publica *y Julia.*

MACROBIO, comienzos del siglo V a. C.[567]

Fortuna te ha elevado a un alto lugar de honor: Livia, lleva esa carga […], permanece erguida, álzate por encima de tus penas y mantén tu espíritu intacto, si eres capaz. Cuando buscamos un ideal de virtud, será mejor cuando seas la primera mujer de los romanos [principis romanae].

ANÓNIMO, escrito probablemente a principios del siglo I a. C.[568]

Livia quedó consternada por la pérdida de su hijo menor, su pena fue quizá agravada por el rumor de que Augusto había tenido algo que ver en la muerte de Druso. Suetonio pensaba que la historia era absurda, y seguramente tenía razón, pero ya estaba circulando. En privado, la esposa de César buscó el consejo del filósofo alejandrino Areo, un hombre que llevaba algún tiempo gozando del respeto de su esposo. De un modo que resulta interesantemente moderno, animó a la doliente madre a hablar de su hijo a cada oportunidad que tuviera y a poner su imagen por la casa. Antonia, la viuda de Druso, aunque solo era una veinteañera, se negó a volver a casarse y se fue con sus hijos a vivir permanentemente con su suegra. A los dos hijos de la pareja se les concedió el nombre de Germánico en honor a las victorias de su padre. Livia fue honrada por el Senado con varias estatuas en la ciudad y también con la categoría de madre de tres hijos *(ius*

trium liberorum), los hijos nonatos, como el que había tenido con Augusto, no se contaban oficialmente, de modo que realmente no se había ganado ese estatus.[569]

El nombramiento reforzó la imagen pública de Livia como la matrona romana ideal. Su dolor era genuino, pero mantenido dentro de unos límites aceptables que no le impidieron continuar cumpliendo con sus papeles públicos y privados. Justo lo contrario de lo que pasaba con Octavia, quien tras la muerte de Marcelo se retiró casi por completo de la vida pública. En años posteriores, la reputación de Livia se vio oscurecida por las insinuaciones y las acusaciones directas de intrigas y asesinatos. Todas las acusaciones alegaban crímenes secretos, pero ni siquiera sus críticos más amargos sugirieron nunca que su conducta en público fuera menos que impecable. Alabada por su gran belleza, su fidelidad a Augusto nunca se vio cuestionada, y todos la representan como casta —en el sentido romano de una mujer que solo se acuesta con su esposo—. Una historia puede sugerir un humor pícaro. Cuando en su litera pasó junto a unos hombres desnudos que esperaban ser ejecutados, se supone que habría dicho que se fijó en ellos tanto como si hubieran sido estatuas desnudas. Livia era considerada como una esposa leal y obediente, esto último en un grado notable, hasta el punto de llegar a elegir personalmente a mujeres para que este se acostara con ellas.[570]

Los retratos de Livia poseen el mismo aspecto atractivo y atemporal que los de su esposo, y su peinado, ropa y postura rezuman digna elegancia. Iba a la moda —de hecho su aspecto era muy copiado—, pero siempre dentro de los límites adecuados para una mujer aristocrática romana. Los esclavos y libertos de su casa eran extremadamente numerosos e incluían a varios especialistas en cosmética, así como indudablemente los traviesos *deliciae* y enanos entrenados para resultar divertidos y a los que a menudo se ponían nombres heroicos. A Livia le encantaban, e incluyó entre los de su casa a la mujer más pequeña de Roma.

Seguramente era un gusto que compartían las demás mujeres aristocráticas de su círculo de amigos, pero Augusto pensaba que los enanos y cualquiera con una deformidad seria eran un mal presagio y no se preocupaba por ellos. El 30 de enero, bien del año 9 o el 8 a. C., Livia celebró su quincuagésimo aniversario. Parece que siempre gozó de buena salud, mientras que su confianza y aguda inteligencia no se vieron en modo alguno menguadas, ni siquiera por la tristeza de perder a su hijo.[571]

Cuando Tiberio celebró su ovación en el 9 a. C. la fiesta que dio para los senadores vino acompañada por una cena dada a mujeres destacadas y presidida por Livia y Julia. Se trataba de otra innovación augustea: dar a las mujeres un papel más activo en las celebraciones de las victorias conseguidas por su familia. Livia no poseía ningún poder formal, pero ella y las demás mujeres de la casa imperial representaban a menudo papeles públicos en un modo que era por completo diferente al de las esposas de los magistrados en el pasado. Una fuente habla incluso de Livia como una *princeps* para las mujeres de Roma, ampliando ese concepto intrínsecamente masculino hasta sugerir que era una mujer que ejercía un liderazgo similar sobre las mujeres e hijas de los romanos.[572]

Al principio, el matrimonio entre la hija de Augusto y el hijo de Livia mostró todos los signos del éxito. Julia siguió a su esposo cuando este abandonó Roma camino de los Balcanes y lo apoyó desde la ciudad de Aquilea, en la frontera entre el norte de Italia y el Ilírico. Estaba embarazada de nuevo, pero esta vez las cosas no fueron bien y su hijo falleció al poco de nacer. Es probable que esta desilusión agriara la relación y según fueron pasando los años la pareja fue alejándose. Corrieron rumores de que Julia tenía la vista puesta en Tiberio incluso mientras seguía casada con Agripa, lo que este llegó a creerse y a reprocharle a su esposa. Un persistente afecto hacia Vipsania o bien existió siempre o bien fue creciendo según se fue sintiendo menos y menos a gusto

con Julia. Cuando se encontró con su exmujer en Roma, Tiberio la siguió, con los ojos anegados en lágrimas y un desesperado anhelo pintado en la cara. La familia se ocupó de que nunca volvieran a encontrarse de nuevo.[573]

Cada vez más a menudo, los muy diferentes temperamentos de Julia y Tiberio chocaron entre ellos en vez de complementarse. Un hombre complejo, que sin duda recordaba el miedo y la huida de su niñez, tenía un concepto severo, bastante pasado de moda, sobre el modo correcto de comportarse, el cual se combinaba con torpeza social. A pesar de todo el linaje de su familia, el de su padre era ordinario y debía su actual prominencia exclusivamente al matrimonio de su madre con Augusto. En cambio, Julia había nacido César e hija de un triunviro y antes de que cumpliera diez años su padre ya se había convertido en el dueño y señor único del mundo romano. Según se ampliaba la distancia entre la pareja, se fue volviendo más despectiva hacia los orígenes de su esposo. A pesar de lo cual, este, como Mecenas y Agripa, era un hombre señalado por el *princeps* para recibir favores y poder, y lo mismo sucedía con los hijos de Julia.[574]

Tras haber representado obedientemente su papel en los planes políticos de su padre, asegurando la lealtad de Marcelo, Agripa y Tiberio consecutivamente, dándole cinco nietos durante el proceso, Julia no vio motivo para esconder su orgullo por ser hija de Augusto o cuánto disfrutaba del lujo y el placer. Cuando alguien le sugirió que quizá fuera mejor que imitara el estilo de vida sobrio y contenido de su padre, le respondió: «Él se olvida de que es César, pero yo recuerdo que soy la hija de César». Tan consciente como Livia de la moda, Julia era veinte años más joven y poseía un estilo que era mucho más ostentoso y bastante más picante. En una ocasión se dio cuenta de que su padre desaprobaba su aspecto a pesar de que no había dicho nada. Al día siguiente apareció con un vestido mucho más modesto y el placer de este fue evidente. «¿Acaso no resulta este un estilo

más adecuado para la hija de Augusto?». A lo que ella replicó: «Hoy estoy vestida para los ojos de mi padre… ayer para los de mi marido». La hija de Augusto era ingeniosa y prefería decidir por ella misma cómo comportarse en vez de aceptar instrucciones de otros y gran parte del tiempo estuvo sola, cuando primero Agripa y luego Tiberio se iban de campaña. Su orgullo no se transformó en arrogancia, y Julia era popular en Roma, tanto por derecho propio como por el entusiasmo hacia su padre, esposo e hijos.[575]

EL HOMBRE QUE SE FUE

Augusto estaba preocupado por si la muerte de Druso incitaba a las tribus germanas a luchar contra Roma y en el 8 a. C. envió allí a Tiberio para reemplazar a su hermano. El *princeps* esperó a que terminara su duelo formal y luego entró en Roma y pasó allí varios meses antes de apresurarse hacia la Galia para observar las operaciones de su ejército más allá del Rin. Esta demostración del poder y la determinación romanas a pesar de la muerte del comandante convenció a las tribus de que era mejor solicitar la paz. Se convocó a envidados de todas las tribus germanas para que se reunieran con Augusto en Lugdunum; pero cuando los sugambros no enviaron a nadie, este anunció que no trataría con ninguno de los demás. Al final, quizá presionados por los demás, los sugambros aparecieron, solo para ser arrestados. Esto supuso una ruptura de las convenciones —si bien en modo alguno la primera por parte de los romanos—, pero en este caso demostró ser un serio error de cálculo. Los cautivos fueron separados y llevados a diferentes comunidades para convertirse en rehenes; pero todos se suicidaron a la primera oportunidad. Por el momento los demás miembros de la tribu no recurrieron a la guerra abierta, pero este acto romano de traición generó odio y desconfianza para el futuro.[576]

Los detalles de las operaciones de ese año son vagos y pueden haber implicado más demostraciones de fuerza que combates.

Por primera vez Cayo César pudo ver algo de la vida de las legiones. Con solo doce años de edad, sin ser todavía formalmente un hombre, tomó parte en algunos ejercicios y fue representado en monedas acuñadas para pagar al ejército. Es muy posible que la pérdida de Agripa y Druso animara a Augusto a dar a su hijo mayor alguna experiencia con menos edad de lo que era normal. Lo que resulta más sorprendente es que, a pesar de los modestos resultados de la campaña de ese año, a Tiberio se le concediera un triunfo completo; el primero concedido a nadie que no fuera Augusto en más de una década, mientras que como era habitual el *princeps* eligió no celebrar el que le habían concedido a él. En otoño Tiberio también fue elegido cónsul por segunda vez.[577]

Si la escala de la victoria era cuestionable, su celebración no lo fue, pues en muchos sentidos fue considerado la culminación de las duras campañas de los últimos años en Germania y los Balcanes. Estas tuvieron como resultado unas conquistas considerables, con nuevas provincias en Panonia, en el Danubio y al este del Rin en Germania. Augusto revivió otra antigua prerrogativa del conquistador y formalmente amplió el pomerio, si bien el cambio siguió dejando importantes suburbios técnicamente fuera de la ciudad, algo que siempre venía bien. Un censo realizado con poderes consulares especiales otorgados al *princeps* también fue completado en el 8 a. C. y 4.233 000 ciudadanos y sus propiedades quedaron registrados. El gran mando provincial de Augusto, que ya duraba veinte años, fue ampliado por otros diez. Si bien había devuelto el control de algunas provincias al Senado, en los últimos años había asumido el control del Ilírico, así como de los territorios recién conquistados. Augusto se quejaba de forma rutinaria a los senadores de las cargas de su puesto, pero ni él ni ellos tuvieron nunca ninguna duda a la hora de prorrogar su cargo. Al igual que Julio César, el *princeps* recibió el honor de que un mes fuera bautizado con su nombre. Algunos querían que fuera septiembre para conmemorar su nacimiento, pero él

prefirió elegir el mes anterior, que fue cuando se convirtió en cónsul por primera vez y consiguió tantas victorias. Sextilis, el sexto mes del antiguo calendario romano, y el octavo en el de Julio César, se convirtió en agosto.[578]

Junto a las celebraciones hubo tristeza, porque en algún momento del año murió Mecenas. Los dos amigos más antiguos de Augusto se habían ido, como también la mayoría de la generación que había luchado en las guerras civiles, mientras que hombres que eran jóvenes en Accio estaban ahora en los cuarenta. El *princeps* tenía cincuenta y cinco y seguía haciéndose cargo de una importante carga de trabajo. Las actividades de Mecenas siempre habían tenido lugar entre bambalinas, sin ningún cargo o título oficial. Quizá su influencia hubiera disminuido en los últimos años, pero como fuente de consejo y opiniones sinceras seguía siendo importante. Al igual que su vida, su muerte tuvo lugar sin grandes fanfarrias, pero Augusto fue su principal heredero y, entre otras cosas, recibió una imporetante y lujosa villa en las afueras de Roma. No mucho después, también murió el poeta Horacio, de modo que Augusto perdió a su «pene perfecto», que era a la vez un alegre corresponsal y un hombre deseoso y capaz de alabarlo a él y a su régimen con palabras de gran belleza. Jóvenes poetas y jóvenes políticos estaban tomando el testigo, y Augusto no siempre los encontraba tan fáciles de controlar o tan en sintonía con su visión del mundo.[579]

En los últimos años había realizado varios intentos para incitar a más gente a labrarse una carrera en la vida pública y para incrementar la asistencia a las reuniones del Senado. Tradicionalmente, el principal consejo de Roma se reunía siempre que lo convocaba un magistrado superior, de modo que las reuniones podían tener lugar con escaso preaviso. Si bien seguirían necesitándose algunas reuniones de emergencia, el 9 a. C. quedó establecido que el Senado se reuniría dos veces al mes en fechas establecidas con mucha antelación y libres de juicios u otros asuntos que re-

quirieran que un senador estuviera presente. Se incrementaron las multas por no asistencia sin buenos motivos, si bien dado que ya había tantos culpables solo a una pequeña parte elegida por sorteo se le hizo pagar. Augusto estableció un quórum necesario para una votación formal sobre cualquier cuestión que produjera un *senatus consultum*: la opinión oficial del Senado. Si había presentes menos miembros, seguía siendo necesario que quedara recogida su decisión, pero tendría menos categoría. Cada año se colgaban las listas de senadores, y también se recogían los nombres y la cantidad de quienes asistían a una sesión.

Augusto inició estas reformas, pero colgó todas las propuestas dentro de la Curia y dio amplias oportunidades a los senadores para que las leyeran antes de los debates. Es posible que como resultado se introdujeran algunos pequeños cambios y se esforzó por parecer abierto a objeciones razonadas y razonables. En ocasiones la vida pública adquiría una libertad que no debió de gustarle. En las elecciones consulares del 8 a. C. los sobornos se produjeron a tal escala que todos los candidatos, ganadores incluidos, fueron encontrados culpables. Nadie fue castigado, pues parecía que todos estaban implicados, pero en el futuro Augusto insistió en que todos los candidatos dejaran un depósito que perderían en caso de ser encontrados culpables de corrupción.[580]

Cuando Tiberio regresó a Italia, a finales del 8 a. C., permaneció fuera del pomerio hasta haber celebrado su triunfo. Por lo tanto, cuando asumió el consulado de la ciudad el 1 de enero del 7 a. C., el Senado se reunió fuera de los límites formales de la ciudad, en el pórtico de Octavia, cercano al teatro de Marcelo. Augusto se encontraba en las provincias, de modo que su eminencia no disminuyó el gran momento de su yerno. En su primer discurso, Tiberio anunció que restauraría el templo de la Concordia en el Foro en su propio nombre y en el de Druso. Construido por el hombre que encabezó el linchamiento del tribuno radical Cayo Sempronio Graco en el 121 a. C., fue donde

Cicerón convocó al Senado para decidir la suerte de los conspiradores de Catilina en el 63 a. C. En algún momento de este año, o el anterior, también prometió reparar otro templo, en esta ocasión el de Cástor y Pólux, asimismo en su nombre y el de su hermano.[581]

Los Dioscuros o «Gemelos celestiales», hermanos de Helena de Troya, eran famosos ambos por su virtud masculina y el profundo amor que sentían el uno por el otro. Cuando uno murió, el otro compartió la vida con él, de modo que los hermanos estuvieran vivos y muertos en días alternos. Los Dioscuros habían aparecido en momentos importantes de la historia romana, supuestamente habiendo llegado para anunciar la victoria en la batalla de Regilo en el 494 a. C. Es muy posible que los hijos de Livia se hubieran asociado con ellos cuando Druso todavía estaba con vida y, en los años siguientes, Tiberio ciertamente lo fomentó. En el pasado, el templo fue utilizado a menudo como una plataforma improvisada para oradores en asambleas informales del pueblo romano, y fue testigo de muchos tumultos y reuniones controvertidas durante las últimas décadas de la República. No resulta sencillo decidir si Tiberio estaba intentando deliberadamente decir algo sobre estos monumentos, significativos desde el punto de vista histórico, pero, de ser así, resulta todavía más difícil saber qué era. Sea o no el caso, ciertamente estaba contribuyendo a la restauración del centro de Roma, el cual hizo más impresionante, al tiempo que lo relacionaba todo con Augusto y su familia extensa.[582]

A comienzos de enero, Tiberio celebró su triunfo; el primero que veía la ciudad desde la procesión de Balbo en el 19 a. C. Después presidió una fiesta para los senadores en el Capitolio, mientras Livia daba otra para las principales damas de Roma. Madre e hijo dedicaron el recién construido pórtico de Livia en la colina del Esquilino, construido por Augusto en nombre de su esposa. Fue erigido en el solar de la destruida casa de Vedio Po-

lión, de infame recuerdo por su costumbre de arrojar vivos a sus esclavos a peces carnívoros. Fue, sin duda, un gesto popular demoler la casa, y con ella parte de los recuerdos, de un hombre tan impopular. Igual de importante fue que la nueva estructura era un vasto atrio que proporcionaba espacio cubierto para cuestiones públicas de todo tipo, incluidos algunos juicios menores… algo grandioso y útil para la comunidad en general en vez de un monumento a la excesiva riqueza de un individuo. Dentro del edificio había un altar o santuario a Concordia, repitiéndose así el tema de la armonía dentro del Estado y la familia.[583]

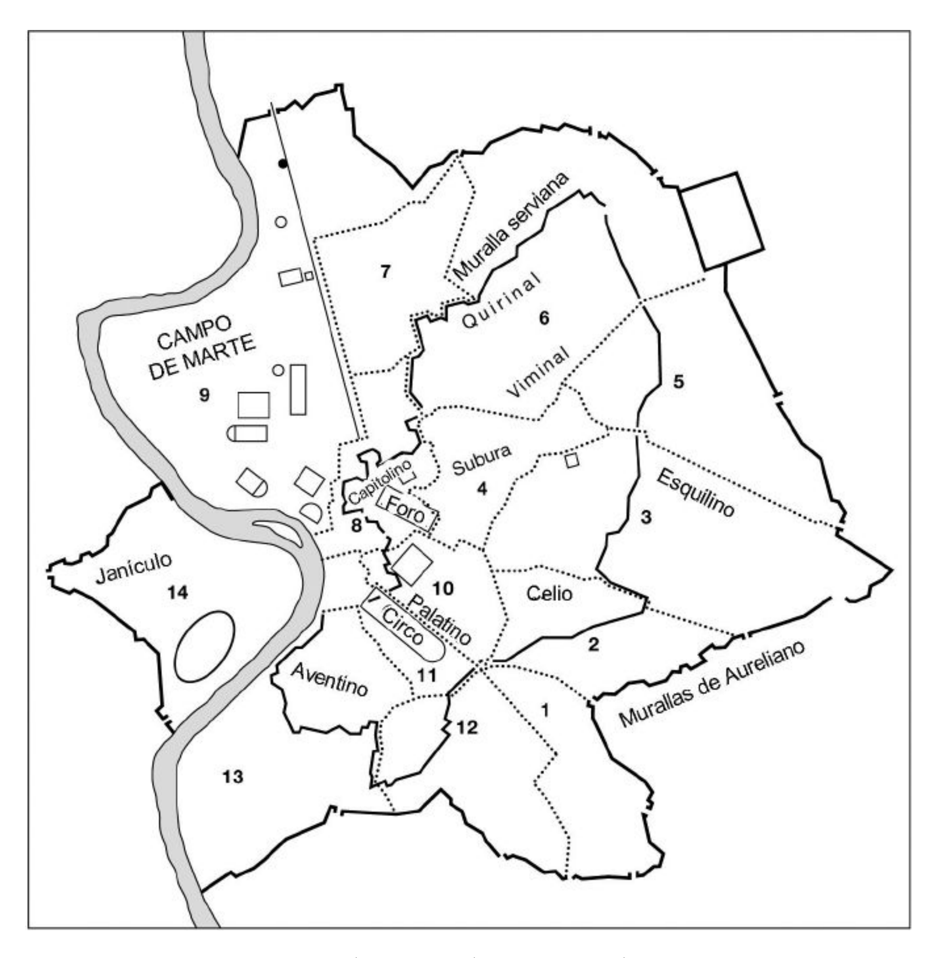
Julia no aparece mencionada en ninguna de estas celebraciones y seguro que se debe a algo más que al puro azar. No hay ningún motivo especial para que representara un papel prominente en la inauguración de un pórtico que llevaba el nombre de la madre de Tiberio, pero su ausencia de la fiesta de esta que señalaba el triunfo sugiere un claro cambio respecto a la ovación de unos años antes. El distanciamiento privado entre los esposos puede que hubiera comenzado a mostrarse en sus papeles públicos. No parece probable que a ninguno de ellos les molestara que Tiberio abandonara Roma para regresar a Germania para la temporada de campañas del 7 a. C. No cabe duda de que Julia fue más visible cuando su padre regresó a Roma y Cayo César presidió las celebraciones que conmemoraron este suceso y la inauguración del Diribitorium, el pórtico cubierto para contar los votos que formaba parte de la lujosa reconstrucción de la Saepta y alrededores debida a Agripa. Se trataba de un destacado logro de ingeniería: el más grande techo sin columnas de soporte construido nunca por los romanos. Cuando sucumbió al fuego casi un siglo después se consideró que era demasiado difícil de reemplazar y se dejó a cielo abierto.[584]

El fuego también fue un problema en el 7 a. C., cuando un incendio causó serios daños a partes del Foro y zonas adyacentes. En este caso, se piensa que fue intencionado más que accidental y

las sospechas recayeron sobre un grupo de hombres muy endeudados que tenían la esperanza de realizar falsas declaraciones de que su propiedad se había destruido. A pesar de este transtorno en el corazón de la ciudad, se celebraron juegos funerarios en honor de Agripa, los cuales presidieron Cayo y Lucio César junto a Augusto. Las luchas de gladiadores incluyeron combates entre parejas escogidas de combatientes y batallas entre grandes grupos, y tuvieron lugar en la Saepta, presumiblemente en estrados desmontables, como recordatorio de los servicios y generosidad de Agripa para sus conciudadanos. Todos los invitados a la fiesta del *princeps*, excepto él, llevaban las ropas negras del duelo; se trató de un paso más para presentar a sus hijos al público.[585]

Este año se produjo una importante reorganización administrativa de la ciudad, promovida en parte por el reciente fuego. Tradicionalmente, Roma estaba dividida en pequeñas regiones conocidas como *vici* (literalmente, «ciudades», pero mejor traducidas como «distritos»). Augusto redibujó sus límites para crear 265 de estos, que a su vez fueron agrupados en catorce regiones mayores. En cada *vicus* los magistrados locales supervisaban los cultos a los dioses de la región, centrados en santuarios situados en cruces; pero con la nueva distribución recibieron nuevas atribuciones y un mayor prestigio. En ocasiones especiales, los magistrados eran asistidos por un par de lictores y se les permitía llevar ropas oficiales dentro de su *vicus*. La mayoría de estos hombres, si es que no todos, eran libertos, al igual que gran parte de la población de la ciudad, lo cual dio a esta clase la posibilidad de disfrutar de un rango formal y disfrutar del poder y prestigio locales. Augusto fue generoso a la hora de pagar los santuarios de los cruces por toda la ciudad para reemplazarlos por otros de un estilo más refinado, conectando así su nombre con los espíritus locales y las deidades que protegían cada barrio. El *princeps* no solo estaba presente en todas las zonas monumentales de la ciudad, sino por todas las partes de ese laberinto de calles secundarias. La

gente —tanto libertos como antiguos esclavos— ofrendaba con regularidad tanto de forma individual como comunal en los altares, donde Augusto aparecía situado junto a los dioses. Uno, construido en el año 1 a. C., lleva una larga inscripción: «A Mercurio, al eterno dios Júpiter, a Juno la reina, a Minerva, al Sol, a la Luna, Apolo y Diana, a Anona Ops, Isis y Piedad, a los divinos destinos, que vaya bien, propiciamente y prósperamente para Emperador César Augusto, para su [poder] y el del Senado y el Pueblo de Roma, y para las Naciones […]. Lucio Lucrecio Zeto, liberto de Lucio, dedicó este altar augusteo por orden de Júpiter. ¡Victoria para el Pueblo! ¡Salud en la siembra de semillas!».



Las catorce divisiones administrativas de Roma

Augusto no era adorado directamente, pero aquellos que tomaban parte en el culto en los altares «augusteos» adoraban en su nombre. La inclusión de Isis junto a los dioses tradicionales indica cambios en las creencias —y quizá la siempre cambiante etnicidad— de gran parte de la población de Roma. Los periódicos intentos por parte del Estado de contener este culto egipcio helenizado fracasaron a la hora de limitar su firme difusión, hasta que al final fue aceptado, uniéndose al panteón tradicional de dioses que protegían la ciudad.[586]

En el 6 a. C., Tiberio regresó a Roma y en junio se le concedieron nuevos honores. Cuando Augusto comenzó otro año de

su *tribunicia potestas*, esta también se le concedió por cinco años a su yerno, así como el *maius imperium proconsulare*, al menos sobre el Mediterráneo oriental. Solo Agripa había compartido de este modo la eminencia del *princeps*, y estaba claro que de Tiberio se esperaba que representara el mismo papel que aquel, compartiendo gran parte de la carga de trabajo y actuando como apagafuegos del Imperio, yendo desde una crisis o problema hasta el siguiente. En este caso, un complot palaciego en Partia amenazó la estabilidad de Armenia y los intereses romanos en Oriente. Tiberio, que iba a celebrar su trigésimo sexto cumpleaños en noviembre, era un probado general y administrador, que se había pasado casi la mitad de su vida adulta en las provincias. Desaparecidos Agripa y Druso, y con los hijos de Augusto todavía niños, todo apuntaba a que en adelante estaría ocupado permanentemente en el Imperio. La eminencia tenía su precio.[587]

Avanzado el año, el pueblo romano se reunió como la *Comitia centuriata* en la Saepta, construida a una escala tan espléndida por Agripa, y eligió a Cayo César como uno de los cónsules del año siguiente. Cayo no era candidato y, de hecho, ni siquiera formalmente un hombre, pues a pesar de tener catorce años todavía no se había vestido con la toga de la edad adulta; pero los votantes escribieron su nombre en las papeletas del mismo modo que en el pasado insistieron en elegir a Augusto incluso cuando no era candidato. Los dos hijos del *princeps* eran muy populares —recientemente, Lucio, de once años, había sido aclamado por la multitud cuando asistió al teatro sin ningún acompañante distinguido— y, pese a todo, se hace difícil creer que la elección fuera completamente espontánea. Es mucho más probable que la idea fuera promocionada, probablemente por amigos de Julia, o al menos por aquellos que querían conseguir su gratitud y la de sus hijos.

A Augusto no le gustó, y actuó rápidamente para limitar el entusiasmo popular. Fue otra de esas ocasiones en las que parecía

más apegado a la tradición que otros muchos romanos. Si bien había reducido en diez años la edad mínima para las magistraturas superiores e hizo que a miembros de su familia se les concediera el derecho a presentarse incluso siendo más jóvenes todavía, la elección de un niño, por más que fuera su hijo, no hacía sino devaluar el consulado. La *Comitia* —dominada por los ciudadanos más ricos— tenía que ser controlada y en una reunión posterior Augusto se negó a aceptar el voto y rezó abiertamente para que nunca más las necesidades del Estado requirieran que un hombre menor de veinte años se convirtiera en cónsul, como había hecho él en el 43 a. C. Fue probablemente en este momento cuando el propio *princeps* propuso su nombre para las elecciones en vez del de su hijo y puede incluso que prometiera concederle honores al chico cuando se convirtiera en un hombre. Entonces se convertiría en pontífice, recibiría el derecho a asistir a las reuniones del Senado y quedó señalado para el consulado en el año 1 a. C., cuando finalmente cumpliera los veinte años. Es probable que esa fuera la edad en la que su padre planeaba darle al joven un papel público mayor; pero el anuncio de un consulado muy bien puede haberle obligado a ello, además de reflejar presiones en el seno de su propia familia y de algunas secciones de la población para que promoviera a los hijos de Julia.[588]

No mucho después, Tiberio declaró repentinamente que quería retirarse de la vida pública, afirmando que estaba agotado tras años de esfuerzos. En vez de supervisar las provincias orientales, lo que quería era llevar una vida privada y continuar sus estudios en Rodas. Al principio no fue tomado en serio, pero él insistió a pesar de las negativas de Augusto a dejarlo partir. Al final Tiberio se puso en huelga de hambre, negándose a comer nada durante cuatro días hasta que el *princeps* cedió. Augusto condenó públicamente a su yerno por huir de su responsabilidad para con el Estado y solo a regañadientes le permitió hacer lo que deseaba. En vez de con la pompa y ceremonia de un comandante romano

que partía hacia las provincias, Tiberio abandonó Italia discretamente y asistido por unos pocos amigos. La noticia de que Augusto estaba enfermo le hizo retrasarse durante algún tiempo. Quizá fuera de verdad, o quizá el *princeps* fingió una enfermedad con la esperanza de hacer que el hijo de Livia recuperara el sentido. Sin embargo las noticias no empeoraron, de modo que considerando que parecería sospechoso que se retrasara casi como si estuviera esperando que su suegro muriera, Tiberio levó anclas al fin. Se detuvo en el camino, obligando a la ciudad de Paros a venderle una estatua de Vesta que anunció sería colocada en el templo de la Concordia.[589]

Augusto no se esforzó en nada por ocultar su rabia ante lo que sentía como una traición por parte del hombre al que había convertido en su yerno y alzado a la mayor eminencia en el Estado tras sí mismo. Agripa nunca lo había abandonado de este modo —si bien posteriormente se realizaron intentos por interpretar su mando oriental como originado por una rivalidad con Marcelo—; pero Agripa estaba muerto, y lo mismo sucedía con Druso, y ahora Tiberio lo había abandonado cuando Cayo y Lucio eran demasiado jóvenes como para ayudarle. A sus cincuenta y siete años de edad, por el momento Emperador César Augusto había perdido a todos los colegas activos que tanto esfuerzo había puesto en crear. La indignación ante la traición vino acompañada de desconcierto, mientras Augusto y todos los demás luchaban por comprender por qué Tiberio le había vuelto la espalda de forma tan repentina a la vida pública. Esta confusión se refleja en las fuentes y ha desconcertado a los historiadores hasta la actualidad. Se han ofrecido varias explicaciones, como que Tiberio estaba celoso de Cayo y Lucio, o que quería dar a los chicos la posibilidad de abrirse camino sin quedar eclipsados por su propio éxito. Después, la gente afirmaría que huyó de Roma porque ya no soportaba seguir viviendo con Julia.[590]

Ninguno de estos motivos tiene mucho sentido. Tiberio había estado alejado de su esposa durante años mientras recorría las provincias y no necesitaba tomar una decisión tan drástica. Cayo y Lucio eran todavía demasiado jóvenes como para ser rivales serios y, antes de partir, Tiberio había abierto su testamento para mostrar a Augusto y Livia que había incluido a los chicos entre sus principales herederos. Los historiadores modernos interpretan a menudo la posición de Tiberio como, en esencia, la de un regente, que ayudaría a dirigir el Estado hasta que los niños fueran lo bastante mayores como para hacerse cargo de él. Está claro que Augusto no pensaba así, y continuaba planeando un colegio de hombres que lo ayudaran y, tras su muerte, cooperaran para guiar la *res publica*. Puede que ya entonces no todo el mundo compartiera su punto de vista. Si Julia y los de su entorno estaban presionando para el rápido ascenso de sus hijos, entonces puede que Tiberio sintiera que su posición a largo plazo era precaria. No obstante, resulta difícil pensar en qué otros poderes podría haberle dado Augusto de los que no disfrutara ya. Si la amenaza de retirarse era su baza para negociar, cuando menos fue errónea y, además, le salió el tiro por la culata, dejándolo aislado políticamente y liberado de toda responsabilidad, si bien continuó disfrutando de la *tribunitia potestas* y el *imperium* hasta que expiraron en el I a. C.

En ocasiones, lo evidente puede contener una buena parte de verdad. Tiberio afirmaba estar exhausto, y lo cierto es que se había pasado ocho de los últimos diez años en campaña, y se enfrentaba a un futuro en que esa actividad sería lo normal. Se trataba de un gran cambio con respecto a la carrera pública tradicional, donde las magistraturas y los puestos provinciales se intercalaban con intervalos menos activos en casa. Augusto, Agripa y aquellos a quienes escogían para ayudarlos trabajaban constantemente y sin ningún período importante de descanso. La perspectiva era desalentadora: una vida de constante esfuerzo

como la que había desgastado a Agripa y lo había llevado a la tumba de forma temprana. A pesar de todo su aristocrático sentido del deber, Tiberio se iba a pasar gran parte de su propio tiempo como *princeps* recluido lejos de Roma. Augusto se quejaba de las cargas de su oficio, pero parece haber prosperado con la actividad y los constantes encuentros con la gente, ya fuera individualmente o formando multitudes. Tiberio nunca mostró ningún entusiasmo real por la tarea, trabajando en cambio con un sombrío sentido de la obligación. Alterado por la muerte de su hermano, infelizmente casado, cansado y con un futuro consistente en un trabajo interminable al final del cual terminaría compartiendo el poder con los hijos, cuya valía estaba aún por demostrar, de una esposa a la que aborrecía, su retiro puede haber tenido poco que ver con la política. Agotado y harto, Tiberio se alejó de la presión, la responsabilidad y —al menos para el futuro inmediato— de cualquier posibilidad de recuperar su carrera. [591]

PADRES, HIJOS Y CONFIANZA

Augusto se quedó solo gobernando el Imperio. En el 5 a. C., dieciocho años desde la última vez que ocupara el cargo, fue cónsul por duodécima vez, y como tal acompañó a su hijo mayor el día que Cayo se vistió por primera vez con la *toga virilis* y se convirtió formalmente en un hombre. Poco después al chico se le dio el título sin precedentes de *princeps iuventutis* (o líder de la juventud) y fue nombrado miembro honorario del orden ecuestre, un concepto también sin precedentes. Nada de lo cual implicaba poder formal o ninguna responsabilidad real, pero sin duda elevaba su perfil público. Mientras esperaba que sus hijos maduraran, César Augusto no tuvo más remedio que confiar en otros para mandar sus ejércitos en el campo de batalla. A Lucio Domicio Enobardo, cónsul en el 16 a. C. y casado con Antonia la Mayor, y por lo tanto parte de la familia extensa del *princeps*, se le entregó el mando en Germania y participó en una campaña

importante. Al igual que hizo Marco Vinicio, su sucesor, un hombre nuevo que había sido cónsul en el 19 a. C. No todos los hombres elegidos para el mando era parientes de Augusto; pero todos gozaban de su confianza y la mayoría recibieron cargos sucesivos y, en ocasiones, fueron recompensados con honores triunfales.[592]

Nuestras fuentes sobre los años de retiro de Tiberio son escasas y eso dificulta la reconstrucción de los acontecimientos con detalle —el texto de Dion solo se conserva en forma de resumen que salta desde el año 5 al 2 a. C.—. Es muy posible que hubiera más actividad militar en otras fronteras, y quizá algunas de las por otra parte desconocidas victorias que aparecen en la *res gestae* para estos años. Por lo que podemos decir, Augusto viajó poco y no parece haber realizado ninguna visita a las provincias durante algún tiempo. Sin un colega principal, era preferible que el *princeps* se quedara en Roma y dejara que las delegaciones se acercaran a él. El constante flujo de peticiones continuaba y ahora solo él podía ocuparse de la mayoría de ellas. En ocasiones las cuestiones eran importantes. En el 12 a. C. las comunidades de Asia sufrieron severamente por un aluvión de terremotos y los fuegos resultantes, por lo cual suplicaron que se les aliviaran los impuestos. Augusto remitió los impuestos por dos años y pagó la suma equivalente al tesoro de su propio dinero para dar a los asiáticos tiempo para recuperarse.[593]

Otras cuestiones eran de menor escala y más personales. En el 6 a. C. la comunidad de la isla griega de Cnido envió una embajada a ver al *princeps*. Se menciona a dos hombres —Dioniso, hijo de Dioniso, y su colega Dioniso, hijo de Dioniso, hijo de Dioniso— que fueron a acusar a un tal Eubulos, hijo de Anaxandrias, y a su esposa Tifera del asesinato de un tal Eubulos, hijo de Crisipo. Si bien los de Cnido no eran muy imaginativos en lo que respecta a los nombres, el crimen en sí era inusual. El hermano de la víctima y sus seguidores habían atacado la casa de la pareja

acusada durante tres noches seguidas, tal cual se describe en la carta de Augusto a la comunidad: «Los dueños de la casa, Eubulos y Tifera, dado que no podían estar seguros en su propia casa, ni negociando […] o con barricadas contra los ataques, ordenaron a uno de sus esclavos que no matara, como quizá alguien hubiera sido provocado a hacer debido a una ira bastante justificable, sino que los obligara a retirarse tirándoles encima sus excrementos. Pero el esclavo […] dejó caer el orinal al mismo tiempo que lo estaba derramando, y Eubulos cayó bajo él…».

La comunidad local, presumiblemente influida por el hermano del muerto, acusó a los dueños de la casa y estos apelaron a Augusto por vía del procónsul, Asinio Galo. Este ordenó que sus esclavos fueran interrogados bajo tortura, al modo normal de los romanos, y el que había dejado caer el orinal se mostró firme en que no había pretendido hacerlo, si bien alguna duda se expresó al respecto. Augusto continuó: «Os he enviado también a los interrogatorios. Me ha sorprendido lo mucho que los acusados temían el interrogatorio de los esclavos en tus manos, puede haber parecido que no eras excesivamente duro contra ellos y sí duro en contra de los crímenes en todos los malos aspectos, enfadándote no con aquellos que merecían sufrirlo todo, dado que lanzaron un ataque contra la casa de otro por la noche y por la fuerza tres veces…».

En este caso, las víctimas reales, tanto de un asalto como de un subsiguiente error de la justicia al nivel local terminaron recibiendo un veredicto justo del *princeps*; pero es posible que esto necesitara mucho tiempo y considerables dificultades y gastos conseguirlo. Eubulos, el dueño de la casa, ya había muerto para cuando Augusto dictó su decisión y dio instrucciones a Cnido para que alterara «los registros de su archivo público» para que coincidiera con su opinión.[594]

Personas, comunidades y en ocasiones incluso provincias enteras apelaban al juicio de César Augusto… al igual que los mo-

narcas. Herodes el Grande tenía no menos de diez esposas y un importante número de hijos. Dos de los favoritos fueron enviados a Roma para ser criados y educados en la casa de Augusto; pero como eran los hijos de la ejecutada Mariamma, la confianza siempre anduvo justa. Años después, los mandó llamar y en el 13 a. C. los llevó a Italia, donde padre e hijos aparecieron ante el *princeps* y se acusaron mutuamente de traición. El asunto quedó temporalmente resuelto, pero en el 7 a. C. el rey volvió a acusarlos de conjurar contra él. Esta vez no fue a Roma en persona, sino que envió embajadores, y Augusto ordenó que un tribunal especial que incluía a su legado en Siria y a otros romanos se reuniera en Berito para juzgar el caso. Fueron encontrados culpables y ejecutados rápidamente, por más que los romanos hubieran abogado solo por el encarcelamiento.[595]

Envejecido y con mala salud, los últimos años de Herodes fueron testigos de un aluvión de ejecuciones de miembros de su familia; pues el rey veía amenazas y traiciones por todas partes. Augusto comentó con ironía que «preferiría ser el cerdo de Herodes a su hijo». No obstante, ni por un momento vaciló la lealtad a Roma del rey de Judea. En el 4 a. C., cuando estuvo claro que los días de Herodes estaban contados, un grupo se reunió y derribó el águila de oro que había erigido sobre la puerta principal del templo —probablemente odiada más por ser un ídolo que por ser una imagen de Roma—. Actuaron demasiado pronto, siendo arrestados rápidamente y llevados ante el rey. Ordenó que los hombres que habían llevado a cabo el derribo fueran quemados vivos y quienes lo habían inspirado fueran ejecutados. A pesar de su impopularidad, el control de Herodes sobre su reino era tan fuerte como siempre. Murió poco después y Augusto creó una comisión, la cual incluía a Cayo César, para que decidiera las disposiciones para el futuro y que terminó dividiendo el reino en tres y dándoles el poder a tres de los hijos supervivientes. En algún momento del último año, más o menos, del

reinado de Herodes, nació Jesús; un acontecimiento de una evidente importancia para la historia futura, pero no forma parte de la historia de Augusto. (Para un estudio de las evidencias al respecto véase el apéndice 2). Menos de un año después de la muerte del rey, el legado de Siria tuvo que llevar por dos veces sus legiones a Judea para acabar con unos violentos desórdenes dirigidos contra sus sucesores y quienes los apoyaban.[596]

Accio quedaba muy lejos y desde el 30 a. C. las provincias orientales habían estado casi por completo libres de guerras, excepto algunas campañas a escala menor en la periferia. Se aceptaba el gobierno romano y la paz y estabilidad que proporcionaba era bienvenida y valorada. Tan lejos en el tiempo como en el 26-25 a. C., la asamblea formada por las comunidades de Asia para tomar parte en el culto a Roma y Augusto ofreció un premio a cualquiera al que se le ocurriera el modo adecuado de honrar a Augusto, el hombre que presidía esta era de calma. El premio fue entregado finalmente en el 9 a. C. y, dado que el ganador del mismo era un procónsul romano, es más que posible que ya se hubiera buscado, y recibido, la aprobación del *princeps*. A partir de entonces, todas las comunidades cambiaron sus calendarios de tal modo que su año comenzara en lo que había sido el 23 de septiembre, el cumpleaños de Augusto, el cual se convirtió en el primer día del mes llamado «césar». En el 4 a. C. Augusto introdujo un nuevo procedimiento que volvía más rápido para las comunidades acusar a un gobernador de extorsión u otros abusos de poder y que casi permitía el asesinato ilegal. Augusto era visible en las provincias mediante su nombre y sus imágenes y hizo algunos esfuerzos por que hubiera una buena administración, si bien en este caso el nuevo sistema muy bien pudo haber favorecido a los administradores corruptos, que serían juzgados por un jurado compuesto exclusivamente por otros senadores, cuyos instintos era probable que tendieran a mostrarse solidarios.[597]

En el 2 a. C., el sexagenario César Augusto fue cónsul por décimo tercera vez, añadiendo todavía más honor a la ceremonia cuando Lucio César se convirtió en un hombre. El quinceañero fue nombrado augur y se unió a su hermano como *princeps iuventutis* conjunto. También se le permitió asistir al Senado y fue señalado para el consulado del 4 d. C. El 5 de febrero del 2 a. C., el Senado y el Pueblo votaron nombrar a Augusto *pater patriae*: el «padre de este país». Era un honor mencionado en más de una ocasión en el pasado; pero que había sido declinado hasta entonces. Cicerón en el 63 a. C. y Julio César como dictador habían sido nombrados *parens patriae* —«progenitor de este país»—, si bien el título es incierto y algunos creen que uno o ambos fueron nombrados «padre» en vez de «progenitor». En el caso de Cicerón el premio fue informal, mientras que Julio César lo recibió tras una votación formal en el Senado. El padre, sobre todo el *paterfamilias* que encabezaba una casa, era muy reverenciado en la cultura romana, pero resulta dudoso que hubiera mucha diferencia en el título, excepto quizá que el de Augusto lo distinguiera y enfatizara su paternidad universal. Al principio, cuando el título le fue ofrecido por una delegación que representaba al pueblo, Augusto lo rechazó. Le fue conferido durante una representación en el teatro, cuando con aclamación universal Valerio Mesala, actuando como portavoz de otros senadores, se acercó de nuevo a él y declaró: «¡Que todas las bendiciones y el divino favor caigan sobre ti y tu familia, César Augusto! De este modo también suplicamos una perpetua buena fortuna para la *res publica* y alegría permanente para nuestra ciudad. El Senado, con el apoyo de todo el pueblo romano te aclama como Padre de nuestro País».

Augusto se conmovió hasta las lágrimas mientras replicaba: «Habiendo conseguido mi mayor deseo, padres del Senado, ¿qué más puedo rogar a los dioses inmortales, excepto poder conser-

var este universal consentimiento vuestro hasta el final de mis días?».[598]

El modelo de presión popular que vencía la modesta reluctancia del *princeps* estaba bien asentado, y no cabe duda de que ambas partes comprendían el papel que estaban representando. Esto no altera el hecho de que Augusto solo aceptó el título en este momento. Si lo hubiera deseado, seguramente lo hubiera podido recibir antes. Este sistema halagaba a ambas partes, pero la principal limitación a sus honores procedía del propio Augusto, y no de una putativa oposición senatorial. Mesala era el cónsul del 31 a. C., antiguo aliado de Bruto y Casio, y después de Antonio, que seguidamente cambió de bando antes de Accio y pasó a disfrutar un mando provincial y de un triunfo. Era miembro de esa cada vez más menguada generación que había visto los horrores de la guerra civil de primera mano. Sin importar lo demás que hubiera hecho, Augusto había dado al Estado estabilidad y paz interna durante casi tres décadas y solo por esto su aclamación seguramente fuera genuina. Su orgullo también era genuino y con la recompensa termina el texto principal de su *res gestae*: «Durante mi décimo tercer consulado [...] [el Senado], el orden ecuestre y todo el pueblo romano me declararon *pater patriae* y decretaron que tal debía escribirse en el porche de mi casa y en la Casa del Senado».[599]

En una carrera que se extendía a lo largo de más de cuarenta años, Augusto había pasado del vengador rabioso de un padre asesinado al anciano estadista unificador y «padre» del mundo romano. Sus hijos adoptados compartían su popularidad y estaban siendo preparados para altos cargos. Su hija —el único vástago que en realidad tuvo— se mostró menos deseosa de representar el papel que le había otorgado su padre.

El retiro de Tiberio a Rodas volvió a dejar sola a Julia. Lo más probable es que la pareja llevara un tiempo sin vivir junta desde algo antes, de modo que cuando se fue el cambio pudo no haber

sido demasiado dramático. No es que se tratara de una experiencia desconocida por ella, porque Agripa se había pasado la mayor parte de su matrimonio en las provincias, pero a Julia no le importaba la soledad. Alegre, amante de las artes y sobre todo de la poesía, disfrutaba con la compañía de otros jóvenes aristócratas brillantes, bien educados y atractivos. Muy consciente de su propia eminencia, su círculo consistía casi exclusivamente en jóvenes aristócratas con nombres que se remontaban muy atrás en la historia de Roma. Todos eran demasiado jóvenes como para haber tomado parte en las guerras civiles, con seguridad la experiencia más profunda que dio forma a la generación de sus padres, y habían crecido en un período de paz y prosperidad.[600]

El poeta Ovidio —Publio Ovidio Nasón— tenía una edad y experiencias similares, y sus versos belleza y pasión, así como un tono travieso, que en ocasiones era casi frivolidad. Su espíritu carece del oscuro trasfondo y seriedad de los poetas anteriores que habían vivido los años de las proscripciones, las confiscaciones de tierras y las pérdidas, y en cambio posee un irresistible sentido de alegría. En torno al 2 a. C. estaba trabajando en los tres libros de su *Arte de amar (Ars amandi)*, presentado como un burlón manual técnico sobre cómo encontrar y conseguir un amante. Trata mucho menos sobre el sexo que sobre la seducción, y encuentra tiempo para recorrer algunos de los monumentos de la Roma augustea, además de narrar algunos famosos mitos, como la historia de Ícaro, mientras va ofreciendo sus consejos a hombres y mujeres. En varias ocasiones asegura a sus lectores que no está celebrando el adulterio —sus mujeres no eran esposas, sino amantes, muchas de ellas antiguas esclavas y, por lo tanto, no suponían ningún peligro para el matrimonio y la producción de hijos tan animadamente promocionados por el régimen augusteo—. El tono nunca es serio, como demuestra la última línea de los libros segundo y tercero, en las que hace decla-

rar: «Nasón fue nuestro maestro» a cada grupo que había aconsejado.[601]

Salustio y Cicerón se habían quejado en ocasiones de la disoluta moral y los *affaires* causales de la joven generación de la elite romana, mezclando la verdad con grandes exageraciones. En el siglo I a. C. muchas mujeres romanas ricas y de buena familia no se conformaban ya con quedarse tranquilamente en casa esperando a que sus esposos regresaran del Imperio. Julio César y Augusto habían tenido ambos numerosos *affaires* con mujeres casadas, y no eran los únicos. Como siempre, los rumores sobrepasaban a los hechos de largo, pero algunas esposas de la aristocracia no tenían reparos en disfrutar de amantes y muchas más disfrutaban de la compañía de jóvenes aristócratas y se deleitaban con el vino, las fiestas, el baile y la música.

Julia era una de ellas y estaba claro que disfrutaba del lujo y la compañía masculina. Durante su matrimonio con Agripa, se dice que Augusto se preguntó si le era infiel y que solo se quedó tranquilo cuando todos sus hijos se parecieron a su padre. Se dice que Julia bromeó diciendo que ella nunca «aceptaba pasajeros a bordo a menos que la bodega del barco llevara un cargamento completo». En al menos una ocasión, Augusto escribió a un senador diciéndole que dejara de ir a visitar a su hija, pero parece haberse convencido a sí mismo de que su conducta era más alocada que peligrosa. No es de sorprender que la sugerencia de que debía imitar a su madrastra, cuyos amigos eran maduros y sobrios en contraste con el grupo mucho más dinámico que formaban el círculo de Julia, fuera recibida gélidamente. Livia tenía cerca de veinte años más que ella y su hija le aseguró al *princeps* que sus amigos también «envejecerían con ella». En el 2 a. C., Julia tenía treinta y siete años y había parido seis hijos. Muchas personas llevan mal envejecer, sobre todo cuando están orgullosas de su buen aspecto. Augusto sorprendió a Julia cuando sus esclavas le

estaban arrancando las primeras canas y en un momento posterior le preguntó si preferiría ser «calva o gris».[602]

Las cosas se pusieron feas avanzado el año 2 a. C., cuando el *princeps* se encontró con claras evidencias de que Julia estaba manteniendo una o más relaciones adúlteras. No sabemos cómo llegó a enterarse de ello Augusto, igual que resulta imposible saber qué sucedió realmente. Ninguna de nuestras fuentes duda de que tuvo varios amantes. Algunos son mencionados por su nombre y entre ellos se incluyen Sempronio Graco (conocido poeta), un Apio Claudio, un Escipión, Tito Quincio Crispino (el cual había sido cónsul en el 9 a. C.), y, el más interesante de todos, Julo Antonio (el hijo de Marco Antonio y Fulvia). Se habla de otros amantes más oscuros, pero no se mencionan nombres. El pedigrí aristocrático de los amantes con nombre no causaba ninguna sorpresa y lo más probable es que todos tuvieran una edad similar a la de Julia.

Se afirma que además de los *affaires* existió un comportamiento escandaloso. Se habla de fiestas de borrachos celebradas en público, e incluso en la Rostra, y de reuniones nocturnas donde la estatua de Marsias —un sátiro conocido por sus habilidades musicales y asociado a las fiestas y a Baco, el dios del vino— era coronada con guirnaldas. Historias más locas afirman que Julia se prostituyó a sí misma abiertamente a los transeúntes en su ansia de nuevas emociones. Nuestro instinto nos lleva a descartar tales historias como meras habladurías y lo más probable es que tengamos razón al hacerlo, si bien el hecho de que la gente haya hecho a lo largo de la historia cosas notablemente estúpidas debería hacer que fuésemos cautos a la hora de mostrar una certeza absoluta. Sin embargo, puede que haya algún indicio de que Julia y su grupo estaban empezando a ser indiscretos, y quizá celebraron una o más de sus fiestas en la calle y en lugares públicos. De ser así, sería un irónico eco de las incursiones nocturnas de Antonio y Cleopatra en Alejandría. Quizá todo el mundo asumió que

Augusto lo sabía y deseaba hacer oídos sordos y consentir a su hija.[603]

Dados los distinguidos nombres y relaciones familiares de los amantes, muchos historiadores han asumido que la política andaba detrás de todo y que en realidad se trataba de una conspiración para hacerse con el poder. Plinio afirma que hubo un complot para asesinar a Augusto, mientras que Dion Casio sugiere que quien estaba detrás era Julo, pero nadie más sugiere siquiera algo semejante y parece improbable que Julia hubiera conspirado para matar a su padre. Una explicación más probable es que tuviera la esperanza de que la dejaran divorciarse de Tiberio y casarse con Julo, quien de este modo se convertiría en el nuevo yerno del *princeps* y, sin duda, podría esperar ser recompensado con mayores poderes y responsabilidades, uniéndose a él, y con el tiempo a los jóvenes Cayo y Lucio, como líderes del Estado. Si Augusto moría en los años próximos, Julo y Julia estarían en posición de guiar a sus hijos y compartir el poder con ellos. La elección de Cayo en el 6 a. C. sugiere presiones conjuntas para promocionar el rápido ascenso de los hijos de Julia y tiene lógica que ella y otros esperaran obtener beneficios de ello. Quizá este fuera el plan, y quizá hubo desenfrenadas conversaciones de libertad y restaurar el dominio de la antiguas familias aristocráticas —la estatua de Marsias y la higuera que le daba sombra poseía una larga asociación como símbolos de la libertad popular.[604]

Las desenfrenadas conversaciones son probables, y quizá Julia tuviera la esperanza de casarse con Julo. No obstante, a pesar de las ingeniosas teorías de los historiadores, una conspiración organizada es tremendamente improbable. Ciertamente, Augusto no se encargaba de ellas de este modo y una condena pública del adulterio en serie de su hija es una cortina de humo muy poco creíble para ocultar un fallido golpe de Estado, sobre todo por parte de un hombre que había introducido leyes fuertes —muy

mal recibidas— sobre el matrimonio y el adulterio. El *princeps* le había dado a su familia un papel muy público y los mostraba como *exempla* del adecuado comportamiento romano. El adulterio de Julia era una traición todavía mayor que la retirada de Tiberio y está claro que a Augusto le afectó mucho. No tenía por qué convertirse en una cuestión pública, pero él insistió en llevarla ante el Senado y hacer que un cuestor leyera una carta, pues él no se sentía con fuerzas como para dirigirse a ellos personalmente.

Julo Antonio se suicidó —quizá adelantándose a una sentencia de muerte, porque fuentes posteriores mencionan vagamente que fue muerto— y todos los demás amantes fueron enviados al exilio. Uno era un tribuno en ejercicio, a quien se le permitió terminar su período de servicio antes de ser enviado al extranjero. El joven hijo de Julo Antonio también fue exiliado y enviado a Massilia. Con todo, esta relativa indulgencia es uno de los principales argumentos en contra de una conspiración política. En el pasado Augusto había mostrado escasa reticencia a la hora de matar a quienes había conjurado contra él. Y, sin embargo, la mayoría de los romanos consideraron el castigo demasiado severo para un adulterio; Tácito afirmaría luego que el *princeps* lo trató casi como si fuera una traición contra el Estado, lo que puede estar bastante próximo a la verdad. Augusto estaba indignado, considerando la mala conducta de su hija como una profunda vergüenza personal y a sus amantes como si hubieran insultado deliberadamente tanto a él como a su casa. Era un golpe contra la *auctoritas*, o peor en muchos sentidos, porque la opinión mayoritaria sobre él no sufrió ni de lejos tanto como su orgullo y la imagen que tenía de sí mismo. Emperador César Augusto estaba más avergonzado y enfadado que asustado.[605]

Se negó a ver a Julia y la condenó al exilio en la diminuta isla de Pandataria. No se le permitieron ni el vino, ni lujos de ningún tipo y virtualmente ninguna compañía masculina —a cual-

quier hombre, ya fuera libre o esclavo, que fuera a la isla a cumplir con una obligación, solo se le permitía ir después de que Augusto hubiera examinado de cerca su apariencia y carácter—. Febe, la liberta de Julia, se suicidó, presumiblemente de vergüenza por haber tomado parte o por miedo al castigo. Augusto dijo que «hubiera preferido ser el padre de Febe». No obstante, Escribonia, la madre de Julia, la acompañó al exilio. Algunos ven el gesto como una refutación pública de la acusación de adulterio, ignorando sencillamente la posibilidad del continuo afecto de una madre por su hija y un deseo de perdonar, notablemente ausente en su exesposo.[606]

La repuesta de César Augusto a todo el asunto fue de rabia, y quería que todos los implicados fueran castigados y avergonzados públicamente. Con el tiempo su enfado se calmó un poco. Tras cinco años en la isla a Julia se le permitió trasladarse a una villa más cómoda cerca de Regio, pero siguieron negándosele los lujos y la compañía masculina. Siguió firme en su determinación de no traerla de vuelta, a pesar de varias grandes manifestaciones de la muchedumbre de Roma. Se dice que con el tiempo tuvo remordimientos sobre cómo había tratado la cuestión, deseando haberse ocupado de ello en privado. Séneca dice que se quejaba de que nada de esto hubiera sucedido si Agripa y Mecenas hubieran estado vivos para aconsejarlo. Como mínimo le hubieran dicho la verdad, y evitado que sucediera —o al menos evitando que el mal comportamiento de Julia llegara a ser tan malo como lo fue—. No obstante, sus viejos amigos se habían ido, al igual que los jóvenes, lo que dejó a Augusto sintiéndose mayor y aislado. Sus esperanzas se centraban cada vez más en Cayo y Lucio.[607]

XX

EL «PUESTO DE CENTINELA»

Marte viene y con su venida da el signo de la guerra. El Vengador desciende desde el cielo para observar sus propios honores y su espléndido templo en el Foro de Augusto. El dios es inmenso,

e igual la estructura; de otro modo no debería Marte residir

en la ciudad de su hijo [...]. Observa [...] el nombre de Augusto

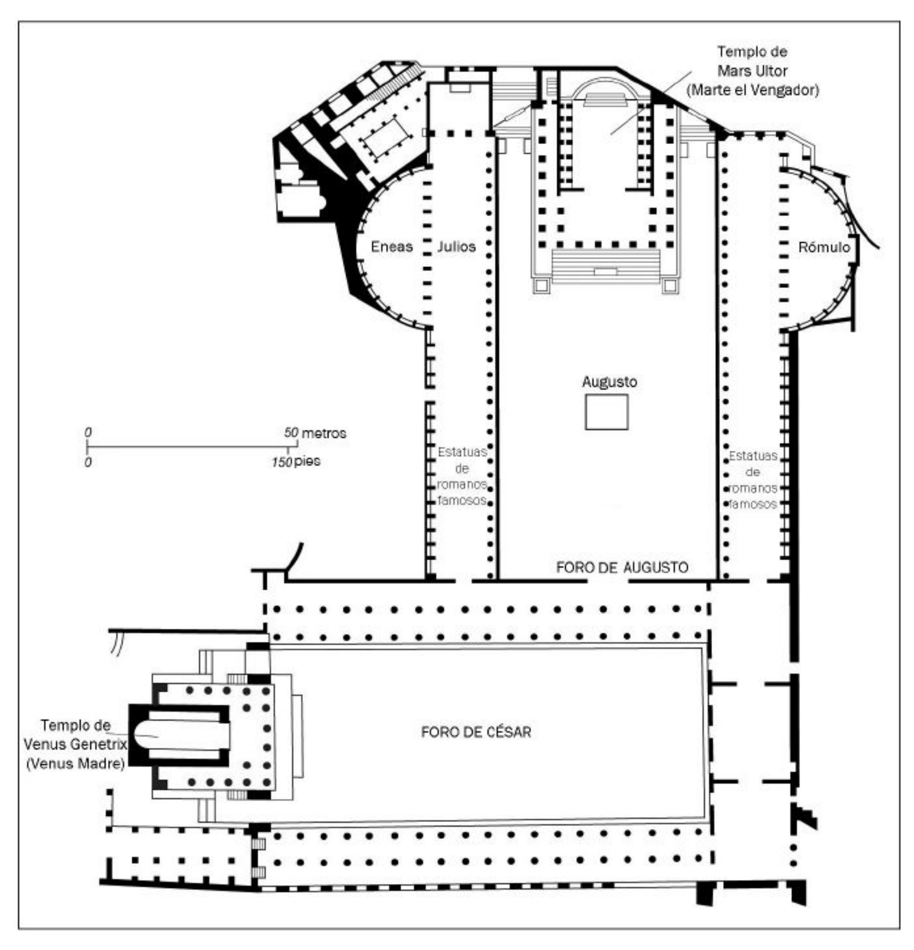
en el frontal del templo, y el edificio le parece todavía

más grande cuando lee el nombre de César.

OVIDIO, en el paso del siglo I a. C. al I d. C.[608]

Cayo y Lucio no se vieron afectados por la desgracia de su madre y, probablemente, Julia ya llevaba algún tiempo teniendo poco que decir en su educación. Ambos adolescentes eran ya formalmente adultos y comenzaron a asumir un papel más y más público. Si bien el año 2 a. C. terminó con una nota amarga de rabia y traición para Augusto, por lo demás había sido uno de celebración y festividades. El 12 de mayo, Cayo y Lucio presidieron los juegos que acompañaron la inauguración del templo de Mars Ultor (Marte el Vengador), el elemento central del Foro de Augusto. Este se extendía en ángulo recto con respecto al Foro de Julio César, construido en gran parte por Augusto, el cual se unía a su vez al principal Foro Romano, que él mismo había transformado. De este modo, el espacio público en el centro de

la ciudad duplicó su extensión, proporcionando más zonas abiertas para la administración, sesiones de los tribunales, ceremonias y rituales. La necesidad para ello era real —los pórticos del Foro de Augusto entraron en servicio mucho antes de que se terminara de construir todo el complejo—. Muchas de las reformas de Augusto crearon nuevos funcionarios y nuevas tareas, o revivieron costumbres descuidadas desde hacía mucho. La renovación estructural de esta zona era, en muchos aspectos, una manifestación visible de conseguir que el Estado funcionara adecuadamente de nuevo.[609]



El Foro de Augusto

Tanto Julio César como Augusto adquirieron los terrenos necesarios para los proyectos del Foro, puesto que casi ninguno era público. Pagaron con su propio dinero y luego demolieron las casas, pisos, tiendas y almacenes para crear espacios despejados. No todos los dueños deseaban vender y ninguno fue obligado a hacerlo… al menos si su propiedad se encontraba en los bordes del complejo planeado. Antes de Filipo, un joven César había prometido un templo para el vengador dios de la guerra y tardó cuarenta años en cumplir —parte del retraso debido a la necesidad de tener que esperar a que la tierra quedara disponible—. Al final no pudo conseguir todo lo que había deseado, de tal modo que el Foro de Augusto no es simétrico porque uno o dos propietarios se negaron a vender, de tal modo que su esquina nororiental tiene forma irregular. Quizá fuera frustrante para Augusto, pero su disposición a aceptarlo demostraba tanto su respeto por los derechos de propiedad como su negativa a ignorarlos, ni siquiera para el bien común del Estado, y menos aún su propia fama. De algún modo, la misma imperfección del Foro era un símbolo más valioso de lo que lo hubiera sido una simetría perfecta.[610]

En cualquier otro aspecto no se escatimaron gastos. Todos los proyectos constructivos de Augusto eran grandiosos, tanto en su diseño como en su ejecución, incluso cuando estos implicaban la engañosamente sencilla tarea de restaurar santuarios arcaicos. El remodelado Foro Romano y el esmeradamente planificado Foro Julio eran magníficos, pretendían reflejar la grandeza del poder de Roma y eran también recordatorios de que tanto esa grandeza como la restauración fueron dirigidas por el *princeps*. El Foro Augusto los dejó pequeños a los dos y, dado que solo se podía acceder a él por dos entradas, su impacto se veía acentuado. Un alto muro cortaba toda visión de las calles de la ciudad más allá, al mismo tiempo que protegía a los edificios del peligro de los incendios. El patio estaba pavimentado de mármol, dispuesto en

dibujos de colores. El diseño mezclaba ideas modernas con la arquitectura clásica y los pórticos incluían cariátides —pilares con forma de estatua de mujer—, que Agripa también había empleado en el Panteón. Al verlas, un observador cultivado habría pensado en el Erecteion, un templo construido por Pericles en el siglo V a. C. en la Acrópolis de Atenas, sugiriendo asociaciones con los atenienses en su momento de mayor poderío cultural e imperial. Es posible que no todos captaran la referencia, pero aun así verían filas de elegantes y delicadamente talladas estatuas decorando los lados del Foro —Plinio pensaba que el Foro de Augusto era uno de los edificios más bonitos del mundo—. La invocación de un pasado glorioso no era algo rígido, las cariátides del Foro estaban en altorrelieve, con la espalda plana y pegada contra la pared, al contrario que sus modelos de Atenas, que eran estatuas completas de bulto redondo que podían soportar el peso de la cubierta.[611]

El templo de Mars Ultor estaba revestido con mármol italiano y su acceso se realizaba mediante un tramo de escaleras, con el altar principal situado en ellas. Los templos romanos eran casas para los dioses cuando estos decidían visitar la ciudad, más que lugares de adoración. Los altares de la mayoría de los cultos principales se encontraban invariablemente fuera de ellos y, ciertamente, todos los sacrificios animales se realizaban al aire libre. En la parte frontal del templo había una fila de ocho columnas corintias muy altas, con filas de columnas idénticas a izquierda y derecha, todas las cuales soportaban su elevado frontón. El diseño copiaba la forma del templo de Venus del foro de Julio César, pero volvía a tener la mitad de su tamaño. Venus y Marte eran deidades tradicionales romanas, poderosos protectores de la *res publica*, y la diosa era aclamada como antepasada por los Julios. El clan también alardeaba de descender de los reyes de Alba Longa, una dinastía que produjo a Rea Silvia, que dio a luz a los gemelos Rómulo y Remo, nacidos del dios Marte. Los Julios no pre-

tendían pertenecer a tal linaje, pero recientemente tanto Julio César como Augusto afirmaron estar relacionados con el fundador de Roma y su padre, el dios de la guerra.

En los pórticos de ambos lados del patio había estatuas que invocaban el pasado. A la izquierda Eneas, en torno a él los reyes de Alba Longa y los más notables de los Julios —estos últimos no muy numerosos y, entre ellos, muchos hombres de currículum modesto, pues la familia había disfrutado de pocos períodos de prominencia—. En frente se encontraba Rómulo, rodeado por los «más distinguidos de los hombres» *(summi viri)* de la historia de Roma, algunos de los cuales incrementaban las cifras de los presentes en el otro lado. Las inscripciones, ciertamente aprobadas por Augusto, aunque probablemente no las escribiera él, recogían las hazañas de cada uno de ellos. No había ningún extranjero, excepto las figuras de la época anterior a la fundación de Roma y, hasta el momento, no hay pruebas directas en el yacimiento de que hubiera mujeres entre ellos. Julio César no estaba incluido, pues como el divino Julio no podía aparecer en compañía de meros mortales. En vez de ello, su estatua se encontraba en el interior del templo junto con las de los dioses.[612]

Eneas aparecía sacando a su padre Anquises de las ruinas de Troya y llevando a su hijo Iulo de la mano —una imagen común en el arte privado de esta época, además de en la iconografía oficial—. La opinión erudita estaba dividida sobre si este Iulo era o no el antepasado de los Julios y el fundador final de Roma, pero no existía certeza y cuando menos se pensaba que la versión julia era posible. La estatua de Rómulo lo mostraba llevando los *spolia optima* y, lo que no resulta nada sorprendente, el foco se centraba sobre todo en la gloria marcial y en los hombres que habían triunfado.

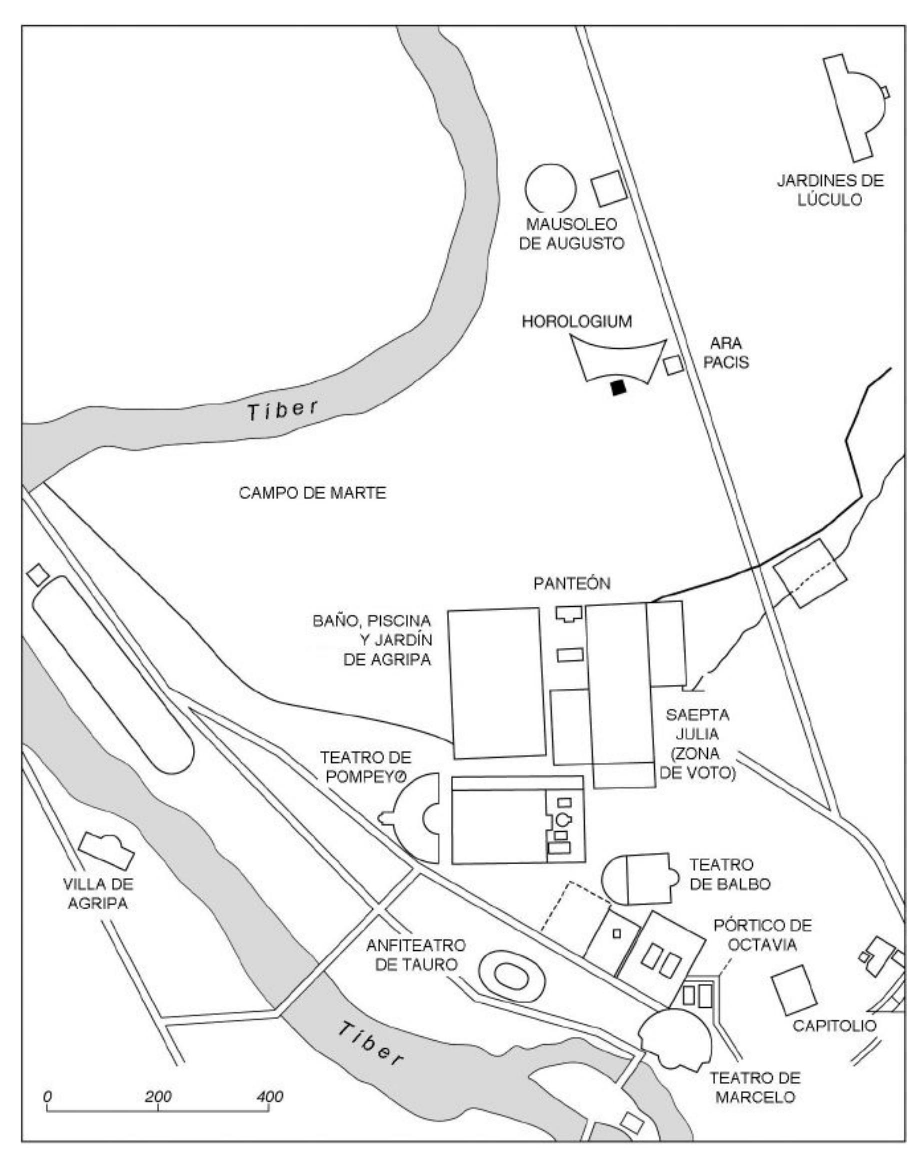
Se pretendía que fuera un desfile de todos quienes habían ayudado a hacer grande a Roma y no era abiertamente parcial, pues también incluía a Sila y Mario, así como a Pompeyo el Grande.

Las inscripciones enfatizaban las victorias sobre los enemigos extranjeros y parecen haber mantenido cualquier mención a la guerra civil. En el caso de Mario, mencionaban su victoria sobre Yugurta en Numidia, la guerra contra los cimbrios y teutones y sus consulados sucesivos y, con tono aprobatorio, la supresión del tribuno Saturnino en el 100 a. C., antes de concluir de forma más neutral diciendo que «a la edad de setenta años fue expulsado de su país por una guerra civil, y devuelto por la fuerza de las armas. Se convirtió en cónsul por séptima vez».[613]

Augusto proclamó que las estatuas de los *summi viri* estaban allí para que la gente pudiera medir sus propios logros y los de los futuros *princeps* contra los de los héroes del pasado. A partir del diseño del complejo era evidente la conclusión a la que esperaba que llegaran en su caso. Aislada, en el centro del patio que conducía al templo, había una estatua de bronce de Emperador César Augusto montado sobre un carro tirado por cuatro caballos, como un general triunfante. Era su Foro y el reciente título de *pater patriae* aparecía grabado en el pedestal de la estatua. También era una visión de la historia de Roma que lo situaba justo en el centro, asociado con dioses y héroes desde los orígenes de la ciudad hasta su propia generación. Augusto se identificaba a sí mismo con los éxitos de Roma, como el digno heredero de tales grandes hombres; pues había llevado el Estado a sus mayores logros de poder y prosperidad. De hecho, era la conexión entre esas figuras dispares, tanto humanas como divinas, era el hijo de una de las deidades cuyas imágenes aparecían en el templo.[614]

El Foro de Augusto celebraba su liderazgo y la gloria de Roma. En sus pórticos se celebraría sesiones judiciales y el templo de Mars Ultor tendría un lugar destacado en la vida estatal. Tras mucha espera, las águilas recuperadas a los partos recibieron un hogar permanente, mientras que otros estandartes romanos perdidos y luego recuperados en el futuro también serían depositados en el santuario. Cuando quiera que el Senado se reuniera pa-

ra discutir una declaración de guerra o la concesión de un triunfo serían convocados en este templo. De aquí partirían y aquí regresarían los comandantes de las provincias y a quienes recibieran triunfos se les erigiría una estatua dentro del Foro. También se decretó que a partir de ahora cualquier niño aristócrata que fuera a vestirse con la toga de la edad adulta lo haría en el templo, para recordarle que ello traía consigo la obligación de servir al Estado en la guerra de ser necesario.



El Campo de Marte

A Cayo y Lucio se les dio algún tipo de autoridad temporal para presidir los juegos, que incluían unas luchas de fieras en las cuales se mataron 260 leones en el Circo Máximo. Algo después, el Circo Flaminio se inundó —o quizá una sección se transformó temporalmente en un pequeño lago— y a la muchedumbre se le ofreció el espectáculo de ver cómo treinta y seis cocodrilos

eran masacrados por cazadores profesionales. Quizá se pretendió que fuera una conmemoración de la victoria en Egipto, pero la muerte de criaturas exóticas era una diversión habitual —lo más probable es que el tigre presentado a Augusto por los embajadores indios terminara en la arena de Roma—. Seres humanos también murieron para divertir a la gente y en la Saepta volvieron a organizarse unos grandiosos juegos con gladiadores. No todas las diversiones eran intencionadamente letales. Agripa Póstumo, el nieto de diez años de Augusto, participó en los juegos troyanos —Suetonio dice que Augusto pensaba que este ritual era un buen modo para que los nobles fueran presentados en público—. No se trataba de luchas en serio, a pesar de lo cual a veces resultaban peligrosas y en una ocasión el *princeps* ofreció un torques de oro al hijo de un senador que quedó cojo permanentemente tras una grave caída de su caballo durante los juegos. El nieto de Asinio Polión también se rompió así una pierna —muy posiblemente en el 2 a. C.— y su crítica de los mismos en el Senado fue tan decidida y bien razonada que Augusto no tardó en dejar de celebrarlos.[615]

PASADO Y PRESENTE

Uno de los aspectos recordados durante más tiempo de estas fiestas fue que resultó más grandioso y más caro que ningún entretenimiento que hubiera sido representado en Roma anteriormente. Se trata de la *naumachia Augusti*, la batalla naval de Augusto. En la orilla occidental del Tíber se excavó un lago artificial de 1800 por 1200 pies romanos, que luego se rellenó con el agua traída por un acueducto especialmente construido, el Aqua Alsietina, que recorría más de 30 kilómetros. El tema fue la batalla de Salamina en el 480 a. C., donde los griegos, dirigidos por los atenienses, destrozaron la flota de los invasores persas y, aunque no fue tan grande como la batalla real, fue lo bastante grandiosa. Augusto presumió después de que en total «treinta navíos picudos, trirremes o birremes, y muchos más navíos pequeños,

lucharon. Unos 3000 hombres lucharon, sin incluir a los remeros». No está claro cómo tuvo lugar la lucha y hasta qué punto fue real o simulada. Dado el gusto romano, es indudable que alguna sangre hubo, pero probablemente también implicó considerable dirección de escena. Más de dos siglos después, Dion Casio dice que todavía se podían ver algunas de las estructuras erigidas para ello, mientras que Veleyo Patérculo habla de que el apetito de entretenimientos de la masa romana quedó «saciado» por la magnificencia de estos juegos.[616]

Dion Casio también nos cuenta que los griegos ganaron la lucha, lo que quizá implique que la pelea fue genuina y el resultado incierto, si bien es más que probable que este fuera el resultado esperado. Con los ecos de la Acrópolis en el nuevo Foro y la representación de la mayor victoria de Atenas, está claro que existía el deseo de ser asociado a las glorias del pasado clásico y las alturas de la cultura griega, tan reverenciada por los romanos cultos. En esos años Atenas era una democracia, dirigida por líderes electos como Pericles, más que por tiranos o reyes. Quizá Augusto tenía especial interés en destacar este detalle, para así presentarse como uno de esos líderes, pero no debemos llevar esa idea demasiado lejos. No resulta muy convincente afirmar que en sus primeros años actuó como un monarca helenístico de la época de Alejandro Magno y sus sucesores, construyendo como tal monumentos decorados con llamativos colores, como el templo de Apolo, antes de pasar a un estilo arquitectónico más contenido adecuado para el líder de un Estado libre.[617]

La clara distinción entre la Grecia clásica de las ciudades Estado y la época helenística de las monarquías es en su mayor parte una distinción de la historiografía moderna. Los romanos a quienes les gustaba la cultura griega no veían motivo para restringirse a los «superiores» estilos y literatura del siglo V y comienzos del IV a. C. ignorando obras posteriores. Debemos recordar también que el Foro de Augusto era tan espectacular como pudiera ha-

berlo sido cualquier monumento construido en años anteriores e igual de celebrador de la persona del *princeps*. No solo esto, sino que además dentro se expusieron dos famosos cuadros de Alejandro Magno, además de varias estatuas, de modo que el objetivo era claramente invocar grandes victorias y vencedores del pasado sin quedar demasiado ligado a su contexto político.[618]

El mismo edificio y los mismos símbolos pueden asociarse a más de un tema y resulta difícil de creer que contemplar un gran espectáculo naval no hiciera pensar con la misma fuerza tanto en Accio como en Salamina. Ambas podían presentarse como victorias de la civilización sobre la barbarie y de Occidente sobre Oriente, con el reciente triunfo de Augusto merecidamente situado junto a los grandes eventos de la historia, del mismo modo que los *summi viri* sumaban a la grandeza de su Foro. Por asociación, César Augusto se apropiaba de las glorias del pasado, tomando lo mejor. Así, cogió a hombres como Mario, Sila y Pompeyo, desprovistos de su negativa asociación a las guerras civiles, convirtiéndolos en sus predecesores, hombres que habían incrementado el poder de Roma, el cual culminaba en sus propios logros. Se trató de la misma apropiación que realizara Virgilio de la figura de Catón para que actuara como juez en el más allá. Augusto expresó abiertamente su admiración por Catón el Joven, alabando a cualquiera que quisiera preservar al Estado tal cual era. Los muertos no tenían nada que decir respecto a su uso por parte del nuevo régimen y un punto de vista tan global de la historia reforzaba el sentimiento de que el partidismo de las guerras civiles había quedado firmemente en el pasado. Incluso antiguos enemigos —y otros que resulta improbable hubieran favorecido a César Augusto y su permanente supremacía— proporcionaban ejemplos de virtudes admiradas y que el *princeps* afirmaba poseer.[619]

El uso de los más enconados enemigos de Julio César no llegaba a ser una rehabilitación total, pero casi. Pompeyo y Catón

eran utilizados como versiones esterilizadas de los hombres de verdad y si sus imperfecciones y malas decisiones eran recordadas estas servían solo para destacar que el *princeps* tenía un currículum *mejor*. Alabar algunas de sus hazañas y caracteres no ha de ser considerado una crítica a Julio César. Se considera artículo de fe entre los historiadores que Augusto se distanció conscientemente del dictador, algo que ha sido repetido tan a menudo que nunca ha sido puesto en tela de juicio, a pesar de que va en contra de las evidencias. Algo fomentado por la convención de llamarlo Octaviano y luego Octavio y luego Augusto, lo cual ayuda a olvidar que pese a todos sus cambios de nombre, después del 44 a. C. siempre fue llamado César. Es cierto que invocó a su padre más en sus años de ascenso que después, pero incluso esto es menos marcado de lo que se ha afirmado. Seguía siendo César Augusto, terminó muchos de los proyectos del dictador y en el nuevo Foro celebró su ascendencia Julia. Una más amplia historia romana y sus héroes se añadió a esta familia y sus asociaciones con Eneas y Venus, Rómulo y Marte. Era historia familiar privada que se sumó a la historia estatal, del mismo modo que el monumento combinaba la gloria privada y la publica. El poeta Ovidio subraya que el templo de Mars Ultor demostraba la compleción de la venganza tanto por el asesinato de Julio César como por la devolución de los estandartes por parte de una Partia humilde. Aquí, como en todas partes, Augusto elevó a sí mismo y su familia al centro de la vida pública, con sus logros personales entretejidos a la perfección con el bien general.[620]

Ahora Julio César era un dios y no podía ser tratado simplemente como un héroe romano más; de ahí que su estatua estuviera en el interior del templo y no con el resto de los Julios. No hay indicios de que ningún romano lo viera como un intento consciente de separar al dios de algunas de las más cuestionables acciones del hombre. Un aristócrata romano que comenzaba su carrera hablaba mucho de su padre y las generaciones anteriores

de su familia, ofreciendo estos logros como garantía de su propio valor. No obstante, una vez asentado —ciertamente después de haber alcanzado alguna de las magistraturas principales— esto desaparecía, porque en ese momento de su vida eran sus hazañas las que hablaban por sí mismas. Los antepasados de un hombre no competían con él, si bien evidentemente era bueno si sus propios logros igualaran o sobrepasaran a los de ellos. Solo posteriormente, en su funeral público, era cuando el énfasis retornaba a todo el linaje familiar, cuando las generaciones eran exhibidas y utilizadas para mostrar lo prometedores que eran los hijos y nietos.

Augusto habló menos de Julio César tras las guerras civiles, pero solo porque era lógico —el mismo proceso, pero a mayor escala, que en cualquier otra familia noble romana—. Ahora sus acciones y victorias personales eran mucho más importantes que las de su padre y así se promocionaba. Julio César no había sido olvidado y menos aún suprimido, y su reputación y glorias continuaban sumándose a la *auctoritas* de su hijo, pero no necesitaban ser exhibidas. César Augusto se había hecho cargo de todo y más que satisfecho la promesa de la gloria de su padre, pero los monumentos de este se encontraban allí, sus estatuas eran numerosas e importantes, y su imagen seguía siendo en ocasiones útil para su hijo. Al final había sido Julio César en solitario quien había sacado a los Julios de una relativa oscuridad y conseguido que el nombre de César destacara como diferente del nombre familiar de cualquier otro aristócrata romano.

Un siglo después, Tácito dijo que bajo Augusto la escritura de la historia menguó, no porque fuera activamente suprimida, sino por la adulación. La tradición romana decía que la historia solo podía ser escrita por los hombres que participaban en ella, por los senadores que tomaron parte en los debates, daban forma a las leyes y dirigían a las legiones romanas en el campo de batalla. Solo a estos hombres se los consideraba capaces de comprender

los grandes eventos ocurridos; pero bajo Augusto esos hombres también dependían del favor del *princeps* si deseaban una carrera distinguida. Según pasaban los años, o bien los senadores no escribían sobre el pasado reciente o, de hacerlo, era con tono servil. No se trataba solo de complacer a Augusto, sino de que las guerras civiles habían visto a muchos hombres actuando de modos que les encantaría poder olvidar. Claudio, el hijo pequeño de Druso, anunció su deseo de escribir sobre las guerras civiles y fue discreta pero firmemente disuadido de hacerlo por Livia y su madre, Antonia.[621]

No es una coincidencia que la más influyente obra histórica escrita bajo Augusto fuera producida por Livio, un aristócrata del norte de Italia que nunca buscó hacer carrera pública. Era un hombre al que no le preocupaba conseguir un cargo… y también sin experiencia directa en la política o la guerra. Asinio Polión pensaba que en la obra de Livio había un fuerte tono provincial, pero nadie puede negar el esfuerzo que finalmente produjo una historia de Roma desde la fundación de la ciudad hasta la muerte de Druso en 142 libros. No está claro cuándo se difundieron los libros y alguno puede no haber aparecido hasta después de la muerte de Augusto. El tono de la introducción, escrita mientras la guerra civil continuaba furiosa, es marcadamente ominoso, pero pudo haber cambiado según mejoraban las cosas. Livio no formaba parte del círculo de Mecenas y, a pesar de estar en buenos términos con Augusto, estaba lejos de ser un portavoz oficial. No obstante, en el tono de la obra encontramos muchas de las opiniones del *princeps* y, ciertamente, el sentimiento de la identidad y cultura romanas que su régimen representaba. Livio era furiosamente patriota, pero también tenía tendencia a juzgar en términos morales: para él Roma prosperó cuando los estándares de moralidad eran elevados y los romanos respetaban la tradición y a los dioses, además de comportarse con virtud. Los fracasos, los estallidos de desorden y al final la guerra civil tuvieron

lugar cuando todas las clases sociales, sobre todo los líderes senatoriales, no vivieron según los adecuados estándares.[622]

De la mayor parte de la historia de Livio solo se conservan breves resúmenes, incluidos todos los libros que trataban del siglo y medio final, de modo que juzgar cómo trataba a personajes concretos es básicamente suponer. Los libros supervivientes muestran considerables diferencias entre su versión de los acontecimientos y los epitafios dados a muchos de los *summi viri* en el Foro de Augusto. En ocasiones se trata de cuestiones de detalle —por ejemplo el número de días que le llevó a Emilio Paulo ganar la guerra contra el rey Perseo en el 168 a. C.—, pero en otras parece referirse a tradiciones completamente distintas y en las inscripciones del Foro hay afirmaciones sobre algunas personas que varían notablemente con respecto al resto de todas las fuentes. Uno de los resúmenes deja muy claro que Livio critica muy duramente los últimos años de Mario y su sangriento regreso a Roma a finales del 88 a. C., en claro contraste con la inscripción de su estatua en el nuevo Foro.[623]

El relato que hace Livio de cómo Cornelio Coso consiguió los *spolia optima* incluía la interpretación de Augusto, pero también tradiciones enfrentadas, del mismo modo que discutía las distintas narraciones sobre si Iulo era el hijo de Eneas y su esposa troyana o de un matrimonio posterior en Italia. Es probable que también fuera generoso en su tratamiento de Pompeyo el Grande, porque Tácito dice que Augusto amonestó amablemente al historiador por ser un impenitente pompeyano. Como Pompeyo estaba incluido entre los *summi viri* apenas era algo subversivo, lo que sí llama mucho más la atención es que se dice que Livio se preguntaba si fue bueno o no que Julio César naciera, a la luz de su carrera posterior. El pasaje se ha perdido, haciendo difícil juzgar el tono o la conclusión, pero los resúmenes que se conservan no sugieren que se tratara de una narración que fuera decididamente hostil contra el dictador.[624]

Los historiadores que consideran que César Augusto se alejó de su padre considerarán esto como una confirmación, basándose en que Livio no se hubiera atrevido a escribir algo semejante a menos que estuviera seguro de que no provocaría la ira del *princeps*. No obstante, excepto por la suave presión ejercida sobre el joven Claudio para que cambiara de tema, y otros pocos casos en los años finales de la vida de Augusto, no hay pruebas de que el *princeps* censurara ningún tipo de obra escrita. En una ocasión escribió a Tiberio diciéndole que no se tomara «muy a pecho que todo el mundo diga perrerías de mí; debemos estar satisfechos si podemos evitar que nadie nos haga daño». La línea oficial era promovida constantemente, en muchas obras literarias, en los discursos de Augusto y su familia, en decretos, en la propia autobiografía del *princeps* y en monumentos por toda Roma y las provincias. Se reforzaba con cada repetición y se apoyaba en los continuos éxitos y prosperidad —el *Leitmotiv* de Livio de que el éxito llegaba como resultado de seguir las adecuadas virtudes romanas contaba con una fuerte aprobación por parte de Augusto. [625]

Augusto no suprimió de forma activa los puntos de vista alternativos, ni escondió el pasado. Pocos escogieron expresar tales opiniones y además quedaron perdidos entre el diluvio de opiniones que lo apoyaban y elogiaban. El hecho de que Julio César cruzara el Rubicón y comenzara la guerra civil era tan innegable como la participación de Augusto en las proscripciones y las frecuentes ejecuciones y abusos de los años comprendidos entre el 44 y el 30 a. C. Eso seguía siendo memoria viva e, incluso si se había ido desvaneciendo, todos los registros y propaganda de esa época se conservaban. Esconderlos, y menos reescribirlos, no hubiera sido práctico y resulta dudoso que Augusto siquiera pensara en ello. Su propia versión estaba clara, repartiendo las culpas y alejándolas para hacerlas recaer en otros derroteros. Hemos de subrayar que la inclinación de Livio a preguntarse si Julio César

estaba equivocado o no significa que considerara que fuera al único al que había que culpar y no viera a otros culpables. Livio deploraba la muerte de Cicerón, al tiempo que señalaba que el orador había hecho todo lo posible para conseguir la muerte de los triunviros, de modo que no es que fuera muy diferente a ellos, solo había tenido menos éxito.[626]

El servilismo y la adulación literarios eran evidentes y en muchos casos contraproducentes. Los autores que parecían ofrecer su honrada opinión, y en ocasiones alababan a antiguos —e invariablemente muertos— oponentes o dejaban ver suaves críticas al *princeps* o quienes lo rodeaban, reforzaban los temas generales de las alabanzas a Roma y a Augusto. Esas obras era probable que fueran de mejor calidad y, del mismo modo que la poesía de la época, fueron responsables de la creación del sentimiento de que volvía a haber una *res publica* libre y exitosa. Los límites los trazaban tanto o más los propios autores que Augusto. Es probable que Livio compartiera de forma genuina muchas de las opiniones del *princeps*, como una gran parte de la sociedad, sobre todo los propietarios y los más acomodados de toda Italia. El historiador fue un entusiasta reportero de las victorias sobre enemigos extranjeros y de la expansión del poder de Roma, y las dos décadas desde Accio hasta el 9 a. C. le proporcionaron muchas cosas que describir y alabar.

LA CASA DE AUGUSTO

El 1 a. C., con diecinueve años, Cayo César recibió su primer mando y dejó Roma poniendo rumbo hacia el Danubio. Poco después de reunirse con las legiones allí estacionadas su misión fue cambiada, concediéndosele *imperium* sobre las provincias orientales y enviándolo a resolver una amenaza contra la estabilidad de la frontera oriental de Roma. La lucha de poder en Armenia condujo a la intervención de Partia, la cual colocó a su propio candidato en el trono. Como siempre, la perspectiva de una victoriosa guerra contra los partos emocionó a la opinión

pública de Roma e inspiró a sus poetas. Ovidio volcó ese entusiasmo en el primer libro de su *Arte de amar*: «¡Mirad! ¡César se está preparando para añadir lo que le falta al mundo conquistado!». Los partos pagarían la pena por la masacre del ejército de Craso en el 53 a. C. La edad y falta de experiencia del líder enviado contra ellos no sería obstáculo para esta inevitable victoria. «Tu vengador está cerca y, pese a que sus años son pocos, proclama su capitanía, y, niño duro, se ocupa de guerras de las que ningún niño debería ocuparse [...]. El valor les llega muy pronto a los Césares [...]. Padre Marte y padre César, concededle vuestra presencia mientras va, pues uno de vosotros es y el otro será un dios». El poeta, retornando a su tema, imagina luego cómo conquistar a una mujer mientras observa el triunfo de Cayo César a su regreso, impresionando a la dama con una mezcla de confiados comentarios, mezcla de verdad e invención, sobre la procesión.[627]

Era Tiberio quien debería haber recibido ese mando, pero seguía en Rodas y, transcurridos ya cinco años, su *imperium* y su *tribunicia potestas* habían caducado. Augusto no se molestó en consultarlo con él, pero cuando esta cayó en desgracia le envió a Julia, de parte de su esposo, la noticia del divorcio. Tiberio sencillamente fue informado de que había sucedido. Escribió solicitando indulgencia para su exesposa, pero fue ignorado. Sus frecuentes ruegos de que se le permitiera regresar a Roma como ciudadano privado también fueron rechazados, de modo que permaneció en Rodas, asistiendo a conferencias y debates. Livia consiguió asegurar para él un indefinido rango de legado para otorgarle alguna protección y, en general, fue tratado con respeto, si bien hizo que arrestaran a un filósofo cuando este lo siguió a casa tras un debate, no solo discrepando con él, sino sometiéndolo a amargos insultos. Hubo momentos embarazosos y malentendidos de este tipo que persiguieron a Tiberio durante su vida. Cuando expresó su deseo de visitar a los enfermos, sus ayudantes

hicieron que los magistrados locales reunieran a todos los inválidos que pudieran encontrar y los dispusieran para ser inspeccionados según su tipo de dolencia. Por completo abochornado, Tibero se disculpó ante todos ellos e hizo que fueran devueltos a sus casas.[628]

Al ser hijastro del *princeps* y hasta hacía poco su yerno, era difícil para los implicados saber cómo tratar a Tiberio. Hay indicios de que muchos dignatarios decidieron visitarlo, al igual que la mayoría de los funcionarios romanos que pasaban por esa parte del mundo camino de sus provincias. Cuando Cayo y su séquito pasaron cerca, Tiberio abandonó Rodas para presentar sus respetos al hijo de César y comandante de Oriente. Fuentes hostiles afirmaron después que se prosternó delante del joven, pero probablemente se trata de una exageración. No obstante lo cual, su posición era precaria. Las comunidades de todo Oriente tenían que decidir cómo tratarlo y cómo hacer lo propio con aquellos hombres cuya prominencia local se debía en gran medida a su relación con él. En un esfuerzo por mostrar que no estaba conjurando para reunir un grupo de seguidores o preparándose para postular por el poder en el caso de que muriera el *princeps*, Tiberio dejó de llevar las ropas de general romano y dejó de entrenarse en habilidades militares como montar a caballo y el manejo de las armas. Se dice que se vestía como un griego, lo que de ser cierto sería un eco de la estancia de Augusto en Atenas recién casado con Octavia. Una ciudad de la Galia consideró que había caído en desgracia y destruyó sus estatuas.[629]

Cayo no se entretuvo en Rodas, pero sin duda fue igual de bienvenido allí que en el resto de las provincias orientales; después de todo, era el hijo de Augusto y tenía el poder de responder peticiones. Los poetas griegos fueron un eco de Ovidio: «Ve de camino al Éufrates, hijo de Zeus. Ante ti los partos desertan rápidos. Sigue tu camino, mi príncipe; encontrarás sus arcos desmontados por el terror, César. Gobierna según los preceptos de

tu padre. Sé el primero en certificar al sol naciente que Roma está rodeada por el océano por todas partes».[630]

Atenas fue una de las muchas ciudades que honraron al joven príncipe y, en un momento dado durante esos años trasladaron un templo de Ares —el dios griego de la guerra equivalente a Marte— y lo reconstruyeron piedra a piedra en el Ágora principal, o plaza del mercado. No obstante la atención prestada a Cayo César, su padre se preocupó de enviar a personas más mayores y experimentadas para aconsejar al joven, y probablemente tomar muchas de las decisiones clave.

Su grupo era amplio e incluía a Lucio Domicio Enobardo, que recientemente lo había hecho bien en Germania, así como Marco Lolio, que lo había hecho menos bien y perdido el águila de la *Legio V Alaudade* allá en el 16 a. C. Puede que otro antiguo cónsul, Publio Sulpicio Quirinio acompañara a Cayo desde el principio, porque ciertamente años después estaba entre su estado mayor.[631]

Augusto permaneció en Roma, poco deseoso ahora de realizar largas giras por las provincias. Estaba en los sesenta y probablemente sintiera la edad, sobre todo cuando tan pocos de sus contemporáneos seguían vivos. En su cumpleaños del año 2 a. C. escribió a su hijo mayor:

> Noveno día antes de las calendas de octubre [i. e. 23 de septiembre]
>
> Saludos, mi amado Cayo, mi querido burrito, al cual, los dioses me ayuden, echo constantemente de menos cuando estás lejos de mí. Pero sobre todo en días como hoy mis ojos anhelan a mi Cayo y, donde quiera que hayas estado hoy, espero que hayas celebrado mi sexagésimo cuarto cumpleaños con salud y felicidad […]. Y oro a los dioses para que cualquiera que sea el tiempo que me quede lo pase contigo sano y bien, con nuestro país floreciente, mientras vosotros sois decentes y fiables y os preparáis para sucederme en mi puesto como centinela. [632]

Astrológicamente, sesenta y tres años eran considerados una edad peligrosa, de ahí el jocoso alivio de haberlos dejado atrás. La mención a su «puesto de centinela» o «estación» —en latín *sta-*

tionen meam— proporciona alguna idea de cómo Augusto se veía a sí mismo, como un guardián que vigilaba al Estado, así como sus expectativas de que a su debido momento sus hijos se hicieran cargo de ese deber. A pesar de su edad, la carga de trabajo no menguaba, sobre todo porque Cayo y Lucio seguían siendo jóvenes y solo estaban empezando a compartir la tarea.

El *princeps* estaba unido a sus hijos adoptivos, si bien desgraciadamente es la única carta que sobrevive de una colección publicada de cartas a Cayo. Lo más probable es que hubiera otras escritas a Lucio. El estilo es similar a su correspondencia con otros miembros de su familia, con su tono ligero y el uso frecuente de expresiones griegas. A Augusto le gustaban las citas, y a menudo las utilizaba para ilustrar ejemplos de buen comportamiento en su correspondencia con gobernadores y subordinados, así como con sus parientes. Durante toda su vida no dejó de escribir a sus hijos cuando no estaba con ellos y, cuando estaban presentes, se tomaba un interés directo en su educación, enseñándoles a nadar y a montar. En torno al 10 a. C. eligió al gramático Marco Valerio Flaco para enseñar a los chicos. Flaco ya dirigía un colegio en Roma, pero por un salario de 100 000 sextercios al año estuvo encantado de trasladar a todos sus discípulos hasta la colina del Palatino, donde fue instalado en una casa antaño posesión del famoso *princeps senatus* Catulo, a la que todavía se seguía llamando por su nombre.[633]

Augusto había comprado varias casas en el Palatino, combinándolas para construir su propio hogar. Había claramente una entrada principal, sobre el atrio de la cual se grabó la *corona civica*, pero las diferentes casas y lugares sagrados —sobre todo el templo de Apolo, con sus bibliotecas y el altar de Vesta que albergaba el *palladium*, supuestamente traído originalmente desde Troya por Eneas— probablemente estuvieran separadas por una red de estrechos caminos y callejones. La arqueología del lugar no está clara y ha resultado ser complicado relacionar los restos con las

fuentes literarias. El edificio conocido hoy como la Casa de Livia —su nombre apareció en una tubería de plomo encontrada allí— fue su residencia tras la muerte de Augusto; pero resulta imposible saber precisamente dónde vivió antes. El lugar que hoy se llama Casa de Augusto lo es de forma convencional, porque no hay pruebas claras de cuál era su función dentro del complejo. Augusto adaptó y modificó los edificios existentes y, al menos en las zonas privadas, no parece haber alterado las casas aristocráticas existentes de forma drástica.[634]

El *prínceps* afirmaba que llevaba una vida sencilla. Suetonio dice que durante más de cuarenta años «permaneció en la misma habitación en invierno y en verano», con lo cual seguramente quiera decir que no se trasladaba a una habitación diferente cuando se pasaba del tiempo cálido al frío, más que sugerir que durante esos largos años estuvo siempre en la misma habitación. Augusto no era un madrugador natural y siempre que tenía que estar en otra parte de la ciudad a primera hora de la mañana, lo que hacía era quedarse en casa de un amigo que viviera convenientemente cerca. En otros lugares se nos cuenta que, durante el calor del verano, dormía con las puertas de sus estancias abiertas o incluso que hacía trasladar su diván a uno de los patios interiores y dormía cerca de una fuente ornamental. Augusto nunca dormía más de siete horas cada noche, y lo hacía en «una cama baja y sencilla», pero si se despertaba se negaba a seguir ahí tendido en solitario e insistía en tener compañía. No obstante, siempre echaba una cabezada después de comer o mientras lo llevaban en su litera. Era moderado en sus necesidades —el incesantemente activo Julio César necesitaba muchas menos horas de sueño— y también en sus gustos, evitando la conspicua extravagancia de muchos de los senadores y ecuestres ricos y, por supuesto, los excesos de Marco Antonio con su orinal de oro. Los divanes y mesas de la casa de Augusto todavía se conservaban un siglo después, y Suetonio señala que eran bastante sencillos.[635]

Una confortable moderación era el sello de Augusto y ese tipo de comentarios no han de tomarse literalmente, sino teniendo en cuenta el gusto por los lujos espectaculares habitual en el siglo I a. C., que no dejará de aumentar y culminará en los excesos de Calígula y Nerón. Augusto vivió con un estilo que tanto él —como muchos de sus pares— habrían considerado adecuado. Las pinturas que decoran los yacimientos del Palatino y de otros sitios que pueden ser asociados con el *princeps* y su familia eran coloridas, a menudo elaboradas y seguían las últimas tendencias de la moda. Sus villas de campo —un refugio frecuente contra el trajín de Roma— tampoco eran extravagantes para los estándares aristocráticos, y solo tenía tres de ellas, cuando incluso el moderadamente rico Cicerón mantenía nueve. Augusto no tenía una amplia colección de esculturas solo para ser vistas en privado, al contrario que algunos senadores ricos. Al igual que Agripa, su arte era para ser expuesto ante el pueblo. No obstante, disfrutaba de los jardines ornamentales y había reunido todo tipo de curiosidades. Su villa en Capreae (la isla de Capri) exponía sus «huesos de gigantes», huesos de inmensos animales y peces —probablemente fósiles de dinosaurios y similares—, además de armas antiguas que se afirmaban habían sido blandidas por héroes famosos.[636]

Augusto llevaba una vida adecuada para un senador prominente —de hecho estaba claramente destinada a servir de modelo de cómo estos debían comportarse— y el énfasis en la modestia era relativo. Cuando estaba en su casa, y no recibiendo a gente o actuando en alguna capacidad pública, por lo general vestía ropas hechas para él por Livia, Octavia o las demás mujeres de su familia —sin duda ayudadas por su amplio grupo de esclavas y libertas—. El tejido era una actividad tradicional para las esposas e hijas de la elite romana, si bien en esta época era algo más admirado que puesto en práctica, y resulta difícil saber hasta qué punto hubo otros que siguieron el ejemplo dado por la casa del

princeps en este aspecto. En invierno vestía hasta cuatro túnicas sobre una prenda para que no se le enfriara el pecho, así como otra prenda que envolvía en muslos y pantorrillas —los pantalones eran una costumbre bárbara, que no sería adoptada por los emperadores romanos hasta pasados al menos trescientos años—. En verano vestía ligero y siempre llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, incluso cuando estaba dentro del complejo del Palatino. No obstante, este era su atavío informal. Siempre que aparecía de forma oficial, Emperator César Augusto se vestía de un modo acorde a su categoría. Ropas oficiales adecuadas estaban siempre listas en casa de modo que pudiera ponérselas si de repente tenía que encargarse de alguna cuestión pública.[637]

La moderación también caracterizaba las costumbres alimentarias de Augusto, que de nuevo eran una mezcla de sus gustos personales y de cumplir con el ideal del adecuado comportamiento de un prominente senador romano. Suetonio nos cuenta que le encantaba el pan sencillo, en vez de las variedades más delicadas, que comía a menudo queso blando, higos y peces pequeños. La mayoría de los días picoteaba estas cosas cuando tenía hambre en vez de esperar a la comida formal, se sentía inclinado a comer mientras lo llevaban en su litera o carruaje. En sus cartas hay referencias que hablan de él comiendo pan, dátiles y uvas de este modo, y se nos dice que otra de sus comidas favoritas eran los pepinos, las lechugas y las manzanas condimentadas —probablemente mojadas o recubiertas con algo—. Bebía poco vino, no más de medio litro, y vomitaba cualquier exceso. Sus fiestas eran generosas y las cenas formales frecuentes, si bien en ocasiones él comía poco, pues ya había comido antes o esperaba a hacerlo después. Por lo que podemos saber, disfrutaba más con la compañía y la conversación, o jugando a los dados u otros juegos, como hacer que la gente pujara por premios que no sabían qué eran o cuyo verdadero valor desconocían, mezclando lo ver-

daderamente valioso con lo muy ordinario —un truco consistía en enseñar a la gente solo la parte posterior de un grupo de pinturas—. En las grandes fiestas le gustaba dar premios secretos, a veces valiosos, a veces curiosidades, como monedas antiguas y en ocasiones regalos de broma, como esponjas o atizadores de hierro, que entregaba haciendo juegos de palabras.[638]

Era frecuente que Augusto tuviera invitados en casa y con igual frecuencia aceptaba invitaciones de otros para cenar; pero siempre de gente considerada adecuada según los estándares senatoriales. Nunca invitaba a libertos a compartir su mesa, pero en ocasiones tenía como invitados a hombres libres que no eran ni senadores ni ecuestres. Suetonio cita el ejemplo de un antiguo *speculator* —originalmente se refería a un explorador especializado, pero la palabra terminó refiriéndose a un agente de inteligencia y puede que ya tuviera algo de ese significado—. Augusto se había quedado en la casa del hombre, creando otra aceptable deuda de gratitud, lo cual sugiere que este disfrutaba al menos de una riqueza moderada. El *princeps* se preocupaba mucho por tratar a todos con el respeto debido a su rango y servicios pasados, del mismo modo en que era paciente al recibir a los peticionarios. Como hemos visto, tenía un alegre sentido del humor, deleitándose especialmente —algo muy romano— con los juegos de palabras y el sarcasmo. Cuando un senador jorobado actuó como abogado en un caso que Augusto estaba juzgando, como el hombre no dejaba de decirle al *princeps* «si encuentras algún error enderézame», al final Augusto replicó: «Te corregiré, pero no creo que pueda enderezarte».[639]

A menudo, una broma era una salida para una situación incómoda, como tener que decirle no a alguien. También eran buenas historias que circulaban con rapidez y se sumaban a la impresión de que Augusto era un hombre normal y no un distante tirano. Un mercader le trajo una cargamento de ropas teñidas de púrpura de Tiro, pero el *princeps* no quedó muy impresionado

con la intensidad del color. El mercader le aseguró que si lo miraba a la luz tendría mejor aspecto. «¿Qué? ¡Me estás diciendo que tendré que pasearme por mi balcón para que la gente de Roma se dé cuenta de que voy bien vestido!», fue la respuesta de Augusto. En cierto momento fue dueño de un *nomenclator* que demostró no ser muy hábil a la hora de recordar y reconocer gente a tiempo para decírselo a su amo. Un día, cuando estaban a punto de salir hacia el Foro, el esclavo le preguntó si había olvidado algo que necesitara. «Será mejor que cojas algunas cartas de recomendación —dijo Augusto— dado que no conoces a nadie por aquí».[640]

A veces las bromas eran mordaces, pero nunca despiadadas según los estándares de la época —a los romanos les encantaba burlarse de las deformidades físicas—. Y, lo que es más importante, nunca iban acompañadas de acciones crueles o arbitrarias, lo que suponía un notable cambio con respecto a sus años como triunviro, cuando podía ejecutar a alguien y bromear con que sería «pasto de las aves carroñeras». Augusto nunca alardeó ni abusó de su poder con sus bromas, como tampoco lo hizo en cuestiones de Estado. También estaba dispuesto a ser el protagonista de historias y a que se rieran de él. Se supone que una vez se encontró con un hombre que tenía un asombroso parecido con él, lo que llevó al *princeps* a preguntarle si su madre había estado alguna vez en Roma. El hombre le dijo que no… antes de añadir que su padre iba con frecuencia. La moderación y la cortesía a la hora de tratar a los demás probablemente fueran un reflejo del verdadero carácter de Augusto —al menos en esta etapa de su vida— así como una buena política. La voz de sus actos de generosidad y amabilidad se extendió rápidamente, como cuando escuchó que un senador menor se había quedado ciego y estaba planeando suicidarse. Augusto apenas conocía al hombre, pero aun así fue a verlo a su lecho y tras una larga charla consiguió convencerlo de que cambiara de opinión. Tanto la compasión

como su disposición a tomarse molestias por ayudar a otro con problemas venían con el cargo, pero eran modos importantes de convencer a la gente para que aceptara —y a menudo le gustara— su dominio.[641]

Eran tantas las cosas que el *princeps* hacía en público que se han conservado muchas historias sobre sus debilidades y excentricidades. Por lo general seguía la recomendación de Julio César de que los discursos formales y las declaraciones debían ser claros y en lenguaje sencillo, y se burlaba de Mecenas y Tiberio por lo mucho que les gustaban las frases oscuras y en exceso complicadas. En cambio, utilizaba las formas vulgares de varias palabras y sentía debilidad por los dichos caseros como «tan rápido como puedas cocer un espárrago» o «pagarán en las calendas griegas» —como no había semejante cosa en el calendario griego, eso significaba que no pagarían nunca—. Le gustaba especialmente el dicho «apresúrate despacio», que parece haber utilizado tanto en latín como en griego. Peculiaridades de su modo de expresarse que se combinaban con algunas importantes supersticiones. Los truenos y los rayos lo asustaban —durante un viaje a Hispania un rayo mató al portaantorchas que caminaba a su lado— de modo que cuando viajaba siempre llevaba un trozo de piel de foca a modo de protección. Si estaba en casa, huía a una habitación subterránea para estar seguro. No viajaba en determinados días, pero siempre le gustaba empezar un viaje con llovizna, pues creía que era un buen augurio… al contrario que darse cuenta de que un esclavo había puesto sus zapatos al contrario de como era debido.[642]

Se trataba de inofensivas excentricidades, perfectamente dentro de los límites de un aceptable comportamiento aristocrático. Del mismo modo, su preocupación por su propia salud no era excesiva, en especial para su historia de enfermedades graves. Creó su propia rutina para bañarse, que era menos extrema que el baño romano convencional con sus temperaturas extremada-

mente calientes y frías, pero se dejaba la piel marcada de lo fuerte que utilizaba el estrígil de metal para quitarse el aceite que se usaba como jabón. Siguió siendo propenso a las enfermedades graves y en ocasiones sufrió reumatismo y debilidad en manos y piernas —sobre todo la mano derecha—, las cuales le impedían en ocasiones agarrar el cálamo.

Hasta Accio se ejercitaba en público con armas tanto a pie como a caballo, del modo habitual para los aristócratas. A partir del 29 a. C. cambió a arrojar y recibir una pelota, hasta que con los años se contentó con montar a caballo y luego con darse una carrera, que terminaba saltando. De nuevo se trataba de algo normal para un senador que iba teniendo años. El estilo de vida de Augusto, tanto como sus modales y acciones deliberadas, cultivaba la imagen de un noble romano normal y respetable que no cometía excesos en nada. El ejercicio físico, como gran parte de la vida del *princeps*, lo realizaba en público y su estilo de vida doméstico pretendía ser la confirmación de que poseía el carácter necesario para dirigir el Estado. En algún lado del complejo de casas del Palatino, Emperador César Augusto se preparó un refugio privado, una habitación a la que iba de vez en cuando, a la que bautizó su «taller» o Siracusa, como la gran ciudad de Sicilia. Era la señal de que no había que molestarlo, pues se retiraba allí en busca de paz y tranquilidad, o para planear legislación u otros proyectos en detalle. Otro escondite adecuado era la villa que poseía uno de sus libertos justo fuera del *pomerium*.[643]

El 1 de enero del 1 d. C., Cayo César se convirtió en cónsul, a pesar de encontrarse lejos, en la frontera con Partia, de modo que el ceremonial recayó en su colega, Lucio Emilio Paulo, el esposo de Julia, la nieta de Augusto. Era costumbre del *princeps* cuando escogía a familiares para que se presentaran a las elecciones a los cargos, recomendárselos a los votantes «en caso de que se lo merezcan». Ayudado por sus consejeros, Cayo lo estaba haciendo bien, a lo cual ayudaba el hecho de que los partos tuvie-

ran pocas ganas de una guerra abierta contra Roma. El hijo de Augusto y el rey de Partia se reunieron para negociar, haciendo desfilar a su ejército para que el otro le pasara revista y luego celebraron suntuosas fiestas a ambos lados del Éufrates. Se confirmó la paz y un candidato romano fue colocado sobre el trono de Armenia.[644]

En el año 2 d. C., Lucio César, que por entonces tenía diecinueve años, abandonó Roma para hacerse cargo de su primer mando provincial, encaminándose hacia Hispania, donde al no haber amenaza de guerra podía conseguir experiencia en un entorno seguro. De camino pasó por la Galia Narbonense y se detuvo por un tiempo en Massilia. No cabe duda de que en cada etapa hubo ceremonias formales de bienvenida y una larga línea de peticionarios como parte de la preparación del joven príncipe para su papel público. Entonces el destino actuó, pues el adolescente se puso malo y falleció en Massilia. Augusto se quedó devastado, pero encontró algo de consuelo en los continuos éxitos de su hijo restante. Sin embargo, en Oriente había problemas. El escándalo sacudió al grupo de Cayo cuando se acusó a Lolio de aceptar sobornos de reyes extranjeros y este se suicidó. El éxito inicial en Armenia se volvió amargo cuando una gran parte de sus súbditos se rebelaron contra el nuevo rey —lo que quizá no fuera tan sorpresivo, porque era medio en vez de armenio y, como tal, contrariaba a los aristócratas locales.

El 3 d. C., Cayo llevó un ejército para suprimir el alzamiento, pero en el asedio a una oscura ciudad imprudentemente fue en persona a negociar con el líder enemigo y fue herido a traición. La herida demostró ser seria y no se curaba. Empeoró durante el otoño y el invierno y su comportamiento se volvió errático. En un momento dado escribió a su padre pidiéndole permiso para retirarse de la vida pública… un extraño eco de Tiberio una década antes, pero tanto más extraño cuanto que se trataba de un joven a comienzos de la veintena. El 21 de febrero del 4 d. C.

Cayo César moría. Muchas comunidades de toda Italia y las provincias se unieron al *princeps* en su duelo público, siéndoles concedidos a los dos jóvenes honores que sobrepasaban incluso a los entregados a Druso cuando dos grupos más de cenizas se enterraron en el Mausoleo de Augusto. En su sexagésimo séptimo cumpleaños, Emperador César Augusto se había quedado solo en su puesto de centinela.[645]

XXI

POR EL BIEN DE LA «RES PUBLICA»

Pero Fortuna, que había arrebatado las esperanzas del gran nombre [César], ya había devuelto a la comunidad su mayor bastión […]. César Augusto no se entretuvo en lo más mínimo, porque

no tenía necesidad alguna de ir a cazar para elegir a uno,

simplemente elegir a uno de evidente eminencia.

VELEYO PATÉRCULO, comienzos del siglo I a. C.[646]

Augusto aceptaba la muerte de los miembros de la familia con más resignación que su mal comportamiento.

SUETONIO, finales del siglo I a. C.[647]

Roma supo de la muerte de Cayo César en algún momento de la segunda mitad de marzo. El dolor de Augusto era genuino, pero mientras lloraba comenzó a hacer planes de futuro y al cabo de tres meses su decisión fue hecha pública. Como siempre, se volvió hacia la familia cercana, si bien la creencia general entre muchos historiadores de que estaba obsesionado con su propio linaje no es convincente. Sin embargo, durante toda su carrera había incrementado la *auctoritas* del nombre de César hasta unos niveles nunca antes alcanzados por ningún nombre familiar, haciéndole propaganda constantemente y con cualquier medio. César Augusto se había señalado a él mismo como especial, elevado muy por encima de cualquiera otro y desde temprano esta

mística se extendió a su familia. Quienquiera que fuera a reemplazar a sus desaparecidos hijos se convertiría en un César de nombre, pero estaba claro que tenía que existir el sentimiento de que merecía el honor. En realidad no había muchas opciones.[648]

Uno era el único hijo que le quedaba a Julia, Agripa Póstumo, pero solo tenía quince años y todavía no había vestido formalmente la toga de la mayoría de edad. Más viable —si bien la relación familiar era más lejana, dado que era el sobrino nieto del *princeps*— era Germánico, el hijo mayor de Druso, que tenía dieciocho años y mostraba ya gran parte del encanto de su padre, así como capacidad para ganarse a las muchedumbres. Suetonio afirma que Augusto consideró seriamente elegir a Germánico como su principal heredero antes de decidirse en contra, probablemente porque no estaba seguro de llegar a vivir lo suficiente como para que el joven demostrara su valía y él estuviera seguro. Como siempre, no parece haber considerado elevar a los esposos de ninguna de sus sobrinas y sobrinas nietas a una mayor eminencia, y lo mismo se puede decir del marido de su nieta, Lucio Emilio Paulo.[649]

No obstante, también estaba Tiberio, de cuarenta y cinco años, dos veces cónsul, exyerno, antiguo colega en la *tribunitia postestas* y probablemente el más distinguido comandante vivo del ejército. Tras pasarse ocho años en Rodas, finalmente Augusto dulcificó sus respuestas a las peticiones de su exyerno de regresar a Roma. No le concedió permiso y en cambio permitió que Cayo César decidiera sobre la cuestión. Al principio este se negó, pero al final accedió —se dice que el cambio se debió a la caída de Lolio, que abrigaba desde lejos un odio por Tiberio por completo recíproco—. Eso fue en el año 2 d. C. y el «exiliado», como había llegado a conocérsele, estaba de regreso en Roma para cuando llegaron las noticias de la muerte de Lucio César, lo que dio lugar a que escribiera una condolencia pública a Augusto, repleta de dolor compartido y obsequiosos elogios. Con esta

excepción, aparte de llevar a su hijo Druso al templo de Mars Ultor para que pudiera vestirse con la toga de la mayoría de edad y ser inscrito como ciudadano adulto, Tiberio puso mucho cuidado en evitar representar el menor papel en la vida pública. No vivía en su grandiosa casa, antiguamente propiedad de Pompeyo y luego de Antonio, sino que se mudó a una de las villas de Mecenas en los límites de la ciudad.[650]

Augusto volvía a estar buscando no un sucesor, sino varios —los comentarios de los historiadores modernos sobre regentes o interinos para el candidato que realmente quería vuelven a ser erróneos—. Augusto no pensaba así, y está claro que esperaba que los miembros de su familia cercana fueran capaces de trabajar como equipo y compartir el poder… lo que no quiere decir que su creencia fuera realista. Mientras tanto, este fue el más complejo y heterodoxo de sus arreglos dinásticos. Como primer paso, Tiberio adoptó a su sobrino Germánico. Luego, el 26 de mayo, Augusto adoptó tanto a Tiberio como Agripa Póstumo. No había nada que se saliera de lo normal en adoptar a un adolescente, pero no existía el menor precedente en la adopción de un excónsul de cuarenta y cinco años que tenía dos hijos adultos: Germánico y Druso el Joven. En efecto, Augusto no solo conseguía dos hijos, sino también dos nietos. No tardaron en arreglarse matrimonios que confirmaran los lazos entre esta segunda generación. Germánico se casaría con Agripina, hija de Agripa y Julia, mientras que su hermana Livila —la cual parece hasta entonces fue la escogida para casarse con Cayo César— se casaría con Druso. Tiberio siguió soltero, en parte por propia iniciativa; pero también porque resultaba difícil encontrarle una pareja adecuada a alguien que había estado casado con la única hija de César.

Póstumo era la excepción, y no solo por ser el único que no era ni hijo ni nieto de Livia. Tenía treinta años menos que Tiberio, mucho más próximo en edad a los hijos de este, y parece que debería tener mucha más afinidad con ellos que con su nuevo

hermano. Tampoco se produjo ningún intento por acelerar su carrera y perfil público. Pasaría un año antes de que Póstumo celebrara la ceremonia que señalaba su llegada a la edad adulta. En el pasado, Augusto había decido ser cónsul para de ese modo poder presentar a sus hijos Cayo y Lucio a la gente. No hizo lo mismo con Póstumo, si bien, como nunca volvió a ejercer el consulado, es más que probable que ello tuviera que ver más que nada con su reluctancia a hacerse cargo de sus responsabilidades ceremoniales y su avanzada edad. Más significativo es que a Póstumo no se le concediera el título de *princeps iuventutis*, como a sus hermanos muertos, y que no se hiciera ningún anuncio concediéndole un acceso temprano al Senado y a las magistraturas. Del mismo modo, tampoco se habló de casarlo con otro miembro destacado de la familia extensa de Augusto. Por el momento, el cambio de ser el nieto a ser el hijo del *princeps* le garantizó a Póstumo el nombre de César, pero pocas ventajas más.[651]

Tiberio se había convertido ahora en Tiberio Julio César y cuando Augusto anunció su adopción en el Senado declaró: «lo hago por el bien de la *res publica*»; una afirmación que el historiador Veleyo Patérculo creía claramente redundaba en favor de Tiberio. Muchos han querido ver en estas palabras o bien una cansada resignación o una gran ironía, pero es improbable que emociones semejantes se mostraran abiertamente. Estaba claro que Augusto se había sentido traicionado por su yerno cuando Tiberio se retiró de la vida pública en el 6 a. C., y es posible que esa amargura no llegara nunca a desaparecer del todo. Sin embargo, Tiberio no había causado problemas en Rodas y desde su regreso había tenido mucho cuidado en mantenerse apartado de la vida pública, comportándose del modo menos conspicuo posible. Las cartas que se conservan de los años posteriores son casi indistinguibles en su afecto, consejos, citas y bromas a la correspondencia de Augusto con otros miembros de su familia. Como mínimo, fueran cuales fueran sus sentimientos personales hacia Tibe-

rio, en público mostró un consistente respeto, confianza y afecto por su recién adoptado hijo.[652]

Resulta evidente que Tiberio ganó con la nueva disposición, una asunción reforzada con la perspectiva del tiempo; pues sabemos que sucedería a Augusto como *princeps* y gobernaría durante veintitrés años, sobreviviendo por un gran margen a Germánico y Druso. Incluso sin saberlo, su situación pasó de ser la de un hombre cuya carrera había terminado una década antes —y no mostraba signos de recuperación— a la de un líder del Estado, segundo solo tras Augusto. El hijo de Livia era el principal de sus ayudantes y, sin duda, sería el principal de sus sucesores, entre los cuales se contarían después dos de los nietos de la esposa de Augusto. No tardaron en circular rumores de que ella lo había maquinado todo, arreglando incluso las muertes de Cayo y Lucio, de tal modo que Tiberio fuera la única elección posible para Augusto. Tales historias nacían en las antiguas habladurías de sus supuestos envenenamientos y con el tiempo todo iría aumentando. Nada de ello es probable y, de hecho, los aspectos prácticos de conseguir que alguien hiriera a Cayo durante las negociaciones en Armenia hacen que tales afirmaciones sean extremadamente imaginativas. Nunca lo podremos saber de verdad, pero pocos historiadores, si es que hay alguno, otorgan la menor credibilidad a tales historias; es mucho más sencillo —y mucho más probable— creer que tanto estas muertes como las previas se debieron a la mala suerte. Se sienten más inclinados a hablar de una lucha de poder entre las familias Claudia y Julia —en ocasiones, la segunda de las cuales es identificada de modo más concreto con los descendientes de Julia o incluso los de su madre, Escribonia—. Algo que puede ser igual de increíble.[653]

En el 4 a. C. Augusto le concedió a Tiberio la *tribunicia potestas* durante diez años, y puede incluso que ya lo hubiera hecho antes de adoptarlo —el año anterior Augusto había recibido una ampliación de una década de su mando provincial y de su *imperium*

—. Era una renovación de la anterior eminencia de Tiberio, que de nuevo lo elevaba a un lugar que anteriormente solo había ocupado Agripa, pero esta vez el principal agente del *princeps* era su hijo en vez de su yerno. La diferencia es vital, pues no todo en su nueva posición iba en favor de Tiberio. En el 4 a. C. pasó de ser la cabeza de una antigua familia aristocrática con completa libertad de acción a convertirse en un miembro menor de otra familia, aceptando la suprema autoridad de su padre. Instantáneamente, todas las propiedades de Tiberio dejaron de ser suyas para pasar a sumarse a la fortuna de Augusto, quien podía disponer de ellas a su antojo. Lo mismo era cierto para Póstumo, de modo que lo que restaba de las grandes fincas de Agripa pasó a su viejo amigo. La ley y la tradición le otorgaban a un padre romano unos poderes considerables. Podía repudiar a su hijo adoptivo, mientras que el hijo no podía retractarse de su adopción. Perdía la independencia política junto a la independencia financiera; era casi impensable, y ciertamente indigno, que un hijo romano se opusiera a su padre públicamente.[654]

Tiberio hizo todo lo posible para demostrar que se tomaba su nueva posición seriamente y durante el resto de su vida actuó con respeto hacia su padre Augusto, hablando de él con gran reverencia. Livia y su hijo —quien además era ahora el hijo de su esposo— sin duda estaban satisfechos con las nuevas disposiciones y es más que posible que hubieran presionado entre bambalinas para que se concretaran. No obstante, dado que era Augusto quien ganaba más que nadie, no hay razones para pensar que fue manipulado para llegar a adoptar esta solución. Un hijo de mediana edad, un hijo adolescente y dos nietos… está claro que las adopciones le proporcionaron ayudantes cercanos, tanto para el futuro inmediato como a largo plazo; además, como había tantos, seguramente eso lo prevenía contra futuros golpes de la fortuna como los que le habían robado a Cayo y a Lucio. Una vez más volvió a adaptarse a una nueva situación y creó un grupo de

colegas cercanos obtenidos en su propia familia. Hasta el 6 a. C. Tiberio había expresado su cansancio por el continuo uso que se hacía de él, pero antes de que terminara el 4 d. C. partió para una campaña en Germania y permanecería en servicio activo durante la década siguiente. Puede que sus largos años de inactividad le hubieran dado ganas de trabajar; pero incluso así, ahora Augusto podía ordenar a su hijo y estar seguro de su obediencia, haciéndolo trabajar tan duro como antaño había hecho con Agripa.[655]

Los nuevos arreglos supusieron para Tiberio una importante cantidad de duro trabajo, así como la pérdida de su independencia, mientras que es probable que la sorprendente y nunca vista buena disposición de un aristócrata maduro y distinguido a aceptar ser adoptado por alguien —aunque se tratara de alguien tan prestigioso como el *princeps*— explique más que ninguna otra cosa el comentario de Augusto de que en esta cuestión actuaba «por el bien de la *res publica*». Realmente, un acto semejante requería una explicación por ambas partes. Si bien el experimentado Tiberio era la elección más adecuada, mantenerlo excluido continuamente de la vida pública era ciertamente una opción que resultaba muy poco probable que supusiera una amenaza seria para la estabilidad. Es posible que hubiera voces que instaran a tomar otros caminos. Dion y Séneca presentan un confuso e improbable relato de un intento de conspiración encabezado por Cneo Cornelio Cinna. La conjura fue descubierta y se supone que Augusto fue convencido por Livia para no ejecutarlo… según se dice, con tanta convicción que en vez de ello apoyó su candidatura y se aseguró de que se convirtiera en uno de los cónsules para el año siguiente.[656]

Dion también habla de manifestaciones en Roma exigiendo la vuelta de Julia, lo que nos lleva a suponer que estuvieron orquestadas, o cuando menos animadas, por aquellos que esperaban beneficiarse de su rehabilitación. Las fecha en el 3 a. C., pero algunos otros las sitúan en el año siguiente o las ven como parte

de una agitación más amplia. En cualquier caso, el *princeps* se negó rotundamente, declarando que el fuego y el agua se mezclarían antes de que perdonara a su hija, de modo que la muchedumbre cogió antorchas encendidas y las arrojó al Tíber. Finalmente, a Julia se le permitió regresar a la Italia continental en el 3 d. C. y, durante el resto de su vida, vivió cerca de Regio, mantenida bajo un confinamiento ligeramente menos estricto. Ninguna fuente sugiere siquiera que tuviera suficiente libertad de movimientos como para mantenerse en contacto con aquellos que pedían su regreso. Del mismo modo, no parece que la negativa a rehabilitar a su hija influyera en la popularidad de Augusto en modo alguno. Al principio del 3 a. C. su residencia del Palatino resultó tremendamente afectada por un fuego, lo que provocó una oleada de ofertas de dinero de comunidades y particulares. Augusto se limitó a aceptar una cantidad simbólica de cada uno de tal modo que pudieran tomar parte en la reconstrucción, aunque no está claro si el resto fue devuelto o utilizado para obras públicas.[657]

En el 4 a. C. se le concedieron a Augusto poderes consulares para que realizara un censo parcial. A los ciudadanos pobres no se les molestó, ni a los que residían fuera de Italia, limitándose a registrar a quienes presumían de tener propiedades por al menos 200 000 sextercios. Al mismo tiempo se produjo otra revisión de la lista de senadores, pero no hay motivos concretos para creer que tuviera lugar para deshacerse de potenciales enemigos de Tiberio, o incluso de Póstumo. Es probable que solo fuera una continuación de sus esfuerzos anteriores y examinara a hombres cuyo comportamiento o estatus estaban en duda. Algunos quizá se esforzaron por mantener las necesarias calificaciones en cuanto a propiedad. Una década después escuchamos que el nieto del orador Hortensio crió a cuatro hijos, pero que solo tenía propiedades por valor de 1.200 000 sextercios y por lo tanto no podía dividirla para hacer que todos ellos fueran elegibles para la carrera

senatorial. En el año 4 d. C., el *princeps* dio dinero a ochenta senadores para que pudieran alcanzar los requisitos en cuanto a propiedades para ser miembros del orden. También se afirma a veces que, desde ahora hasta la muerte de Augusto, Tiberio influyó grandemente en la elección de los cónsules. Lo más probable es que tomara parte en la promoción de hombres, igual que continuaba haciendo Augusto; pero ninguno de los nombres resulta sorprendente y todos son el tipo de personas que lo más probable es que hubieran alcanzado el cargo a pesar de todo.[658]

Ese año entró en vigor una ley que reforzaba otra legislación reciente y proporcionaba una detallada regulación sobre el trato a los esclavos, sobre todo por lo que respecta a otorgarles la libertad; en especial restringiendo el número de ellos que podían ser liberados en un testamento, o por jóvenes amos, así como determinando las obligaciones concretas que un liberto tenía para con su antiguo amo. Es posible que a Augusto le preocupara un poco que demasiados libertos ahogaran el número de ciudadanos romanos y, ciertamente, temía que demasiados de ellos se volvieran elegibles para el reparto de trigo en Roma. Otras medidas, no obstante, protegían a los libertos y continuaron concediéndoles la ciudadanía —con algunas restricciones—, además de recompensar a aquellos que tuvieran grandes familias, igual que sucedía con el resto del cuerpo de ciudadanos. Las filas de esclavos liberados incluían a muchos individuos industriosos y con notable éxito, importantes en la *vici* de la propia Roma y en ocasiones alcanzando prominencia local en ciudades de otras regiones. Por lo tanto, Augusto se preocupó de cultivar su lealtad para con él y para con el Estado, del mismo modo que hizo con otros grupos de la sociedad. En términos de sus leyes y actividades, el año 4 d. C. no indica un cambio radical en el poder o la dirección del gobierno, sino que da la sensación, más bien, de que todo seguía como antes.[659]

EL MAYOR PELIGRO DESDE ANÍBAL

Antes de que terminara el año, Tiberio estaba a la cabeza de un ejército que operaba al este del Rin. Regresó a Roma brevemente durante los meses de invierno —algo que a partir de ahora haría todos los años—, antes de volver para dirigir otra campaña la primavera siguiente, llevando a sus legiones al menos hasta tan lejos como el Elba. Estaba actuando contra líderes y tribus en el interior de la zona ya bajo influencia romana, lo que demuestra la continua resistencia o el cambio de actitud de los mismos. Otras comunidades de la región parecían aceptar, y quizá incluso dar la bienvenida, al dominio romano. La arqueología ha proporcionado pruebas claras de que al menos una ciudad de estilo romano se creó en torno a finales del siglo I a. C. en Waldgirmes, no lejos de una base del ejército utilizada durante las guerras de conquista, y hay indicios de otras comunidades similares. El estilo de vida urbano, tan prototípicamente romano, seguía teniendo escaso atractivo para la mayoría de los pueblos de la región; pero esto no quiere decir que la situación no fuera a cambiar con el tiempo, igual que había sucedido en otras provincias tras su conquista.[660]

Para el año 6 d. C., los romanos planearon una operación mayor con la intención de conseguir nuevos territorios, en vez de sencillamente consolidar su control de las conquistas ya realizadas. El objetivo era el rey Marobodo, líder de los marcomanos, un pueblo perteneciente a un amplio subgrupo de pueblos germanos llamados suevos, famosos por llevar el pelo recogido con un nudo en la parte superior o lateral de la cabeza, el nudo suevo. Inteligente, carismático y sin duda un hábil líder guerrero, se había forjado un imperio propio consistente en muchos grupos, así como su propio pueblo, de tal modo que controlaba gran parte de la actual Bohemia, la zona entre el Rin y el Danubio. Al menos parte de su juventud la había pasado en Roma, probablemente como rehén, y al principio puede incluso que regresara a su tierra con apoyo romano. Veleyo Patérculo lo califica de «bár-

baro por su raza, pero no por su inteligencia» y habla de un excepcionalmente amplio ejército real, muchas de cuyas tropas eran mantenidas permanentemente a expensas del rey. No hay duda de que exagera cuando dice que estaban entrenadas casi con estándares romanos; pero es evidente que era un líder más poderoso que ninguno de los que fueran a surgir entre las tribus en varias generaciones. Sus tierras bordeaban la frontera de las provincias de Germania, Nórico y Panonia, pero si bien aceptaba refugiados de estas regiones, incluso Veleyo Patérculo deja claro que no emprendió ninguna acción hostil contra los romanos. Lo más que puede decir es que a veces los enviados del rey actuaban con el adecuado servilismo, pero que en otros momentos se atrevían a hablar «como si estuvieran representado a un igual».[661]

Semejante «orgullo» en un líder extranjero era suficiente para garantizar como mínimo una demostración de fuerza romana. El miedo mutuo y las sospechas alimentaron la situación, con Marobodo incrementando su poder como medio de protección, lo que al mismo tiempo le hacía parecer una amenaza más importante. Se reunió una gran fuerza de los ejércitos de Germania y se colocó bajo el mando del legado Cayo Sentio Saturnino, un experimentado y maduro excónsul —ocupó el cargo en el 19 a. C.— que había ganado los *ornamenta triumphalia* por sus operaciones de apoyo a Tiberio el año anterior, mientras que este llegó desde el sur encabezando a otra importante columna, esta vez de los ejército del Danubio. En la primavera del 6 d. C. comenzó el ataque, con los dos ejércitos romanos penetrando en el territorio de las tribus que vivían entre las provincias de Roma y el reino de Marobodo. No hubo lucha y el rey germano no realizó ningún movimiento agresivo, conteniéndose, hasta que las columnas romanas casi se habían juntado y se encontraban a unos pocos días de marcha de sus fuerzas. Entonces, justo antes de verse obligado a luchar o a mantener una reunión, llegaron noticias de una seria rebelión en las provincias romanas de los Balca-

nes y todo cambió. Tiberio le ofreció a Marobodo condiciones para restaurar la paz. El rey no deseaba luchar contra lo romanos a menos que no tuviera otra elección y estuvo encantado de aceptar, de modo que los ejércitos romanos dieron media vuelta y se retiraron para ocuparse de la cuestión más acuciante que era la rebelión.[662]

La rebelión de los panonios y dálmatas se extendió rápidamente por unas regiones que, con suficiencia, los romanos habían considerado seguras. Como muchas rebeliones, esta estalló justo cuando había crecido una generación de hombres jóvenes que nunca había experimentado una derrota a manos de los romanos. Cuando en el Ilírico se reclutaron auxiliares como apoyo en la guerra contra Marobodo, se supone que los hombres de las tribus cercanas se fijaron en cuántos eran y comenzaron a darse cuenta de su fuerza. Las levas entre la población provincial —ya fueran de mano de obra, ganado y cosechas para apoyar al ejército romano o directamente de dinero— solían afectar mucho a la población, sobre todo cuando quienes las supervisaban eran torpes o corruptos, o ambas cosas a la vez. Uno de los líderes de la rebelión afirmó después: «Sois vosotros, romanos, sobre quienes ha de recaer la culpa de esto; porque enviáis como guardianes de vuestros rebaños no a perros o pastores, sino a lobos».[663]

El descontento, que se estaba cociendo a fuego lento, se vio animado por la conciencia de su elevado número, sobre todo cuando vieron que lo más selecto de las fuerzas romanas en la región fue retirado para la planeada conquista de Bohemia. Todo comenzó con ataques contra los mercaderes y otros civiles romanos en las provincias. La doctrina militar romana era enfrentarse a cualquier signo de rebelión lo antes posible, atacando con cualesquiera que fueran las fuerzas que pudieran reunirse con rapidez. La inacción podía ser vista como debilidad y, por ello, animar a que más y más gente se uniera a la causa rebelde. No obstante, el riesgo de unos contraataques tan rápidos era que las

fuerzas implicadas fueran demasiado débiles para ocuparse de cualquier resistencia seria. Una derrota romana, por pequeña que fuera, era un reclutador todavía mejor para la rebelión. Los detalles son oscuros, pero como mínimo se fracasó a la hora de aplastar la rebelión y probablemente hubo varios reveses menores. Al menos uno fue más importante, y Veleyo Patérculo menciona la masacre de una fuerza de legionarios veteranos.[664]

También hubo problemas en otras provincias. Es por estas fechas cuando escuchamos hablar de una campaña en la frontera de África —la última provincia con una guarnición legionaria confiada a un procónsul senatorial— y problemas en Isauria, en Asia. También fue este año cuando Publio Sulpicio Quirinio, el legado imperial al cargo de Siria, intervino con la mayor parte de su ejército en Judea. Arquelao, el hijo de Herodes el Grande, había demostrado ser tan desafortunadamente impopular que fue privado de su trono y enviado a vivir en un confortable retiro en la Galia. Entonces, gran parte del antiguo reino de Herodes el Grande fue puesto bajo el gobierno directo y convertido en una provincia romana. Al contrario de lo que era habitual, sería gobernada por un prefecto ecuestre más que por un hombre de rango senatorial —la primera de tales provincias tras Egipto—, pero se trató de una innovación repetida posteriormente. Como parte del proceso Quirinio comenzó por organizar un censo. Era la primera vez que la población se veía sujeta a tal inscripción y a pagar impuestos directamente a los romanos más que al rey local, y no tardaron en producirse estallidos de seria violencia. La respuesta romana fue característicamente brutal y tuvo efecto con rapidez, como lo había sido a los problemas surgidos tras la muerte de Herodes el Grande en el 4 a. C.[665]

En su sexagésimo noveno año, el Emperador César Augusto se vio enfrentado a serios problemas en varios frentes simultáneamente y por un corto período de tiempo pareció haber perdido su arrojo. Plinio afirma que cayó en la desesperación, ne-

gándose a comer durante cuatro días y declarando que deseaba morir. La rebelión del Ilírico afectó a una de las provincias más cercanas a Italia y desde el principio estuvo claro que era a gran escala. Augusto tenía experiencia personal en la región, de modo que sabía lo duros que eran sus guerreros y lo difícil que el terreno volvía las campañas. Al principio no podía haber sabido lo que sucedería en Bohemia, y si Marobodo hubiera elegido luchar en vez de aceptar la paz habría sido muy difícil retirar tropas de allí en la cantidad necesaria para ocuparse de otros problemas. En Italia solo tenía nueve cohortes de pretorianos, su pequeña fuerza de guardaespaldas germanos, las cohortes urbanas y las flotas imperiales, y todas ellas combinadas a duras penas podían considerarse una fuerza de campaña viable.[666]

Resulta bastante irónico que el año comenzara con una importante reorganización de los fondos militares, destinada a dotarlos de una base más permanente y sostenible. Con este fin, Augusto creó el Tesoro Militar *(aerarium militare)*, al que cedió 170 000 000 de sextercios de su propio dinero, además de nombrar a tres expretores para que actuaran como sus supervisores durante un período de cuatro años. Desde aquí se pagarían los salarios de los soldados y los bonos que ahora se daban normalmente en vez de concesiones de tierra. Por entonces había veintiocho legiones y, como medio de reducir los costes del bono de licenciamiento, la extensión del servicio fue ampliada desde los dieciséis hasta los veinte años, con otros cinco años como veterano —el tipo de soldado masacrado durante los primeros momentos de la rebelión del Ilírico—. Con todo y con esto, a largo plazo se necesitaría un flujo constante de ingresos y, para proporcionárselo, Augusto introdujo una tasa del cinco por ciento de las herencias que fueran a cualquiera ajeno a la familia inmediata. Fue el primer impuesto directo para los ciudadanos que vivían en Italia desde hacía más de un siglo y medio y desde el principio causó un gran resentimiento.[667]

Ahora, enfrentado a una rebelión que se extendía rápidamente, la prioridad de repente dejó de ser tanto la estabilidad a largo plazo como la reunión inmediata de tropas frescas para enfrentarse al problema. Augusto anunció en el Senado que, a menos que se hiciera algo rápidamente, el enemigo podía llegar a Roma en diez días, mientras otros comparaban el peligro con la gran lucha con Cartago. Se organizó una leva en la propia Roma por primera vez en décadas y cuando no aparecieron bastantes voluntarios se recurrió a un reclutamiento obligatorio limitado, así como a aceptar a hombres que normalmente hubieran sido considerados inadecuados físicamente o debido a su ocupación. Se crearon nuevas cohortes, si bien está menos claro si se pretendía que al final fueran absorbidas por las legiones o continuaran siendo formaciones independientes. Al mismo tiempo se solicitaron esclavos a los ricos, a quienes se dio la libertad y la ciudadanía, para luego enrolarlos en cohortes especiales —las *cohortes voluntariorum romanorum* (cohortes voluntarias de ciudadanos romanos)—. Tanto el título como elementos diferentes del uniforme y el equipo los distinguían de los ciudadanos nacidos libres que formaban las legiones.[668]

A los que tenían más recursos se les pidió que actuaran como líferes, tanto de los ejércitos ya existentes como de los recién formados. Augusto pidió voluntarios, sobre todo entre los miembros jóvenes del orden senatorial y del ecuestre. A lo largo de los años había fomentado un mucho más fuerte sentimiento de identidad entre los *equites*, convirtiendo a Cayo y Lucio en sus líderes nominales y recibiendo el desfile anual de quienes eran tradicionalmente elegibles para el servicio militar como jinetes y restringiéndolo a aquellos con la edad y la forma física adecuada. Ahora ya no servían como jinetes, sino como comandantes de unidades auxiliares y como tribunos en las legiones y en el años 6 d. C. algunos se presentaron voluntarios y el resto dispuestos a ir si se lo ordenaba el Estado. Unos pocos no lo estuvieron, y hu-

bo un caso notorio en el que un padre ecuestre cortó los pulgares de sus hijos para volverlos inútiles para el servicio. Augusto hizo que fuera juzgado, condenado y castigado a ser vendido como esclavo, además de sus propiedades subastadas. El hombre pertenecía a una de las compañías de publicanos —las empresas que continuaban haciéndose cargo de muchos contratos del Estado y recaudaban algunos impuestos— y cuando sus colegas comenzaron a pujar por él, el *princeps* vendió al hombre por un precio simbólico a uno de sus libertos. El condenado tenía que ser enviado a una finca en el campo y mantenido en servidumbre, pero no maltratado de ningún otro modo.[669]

La renuencia de bastante hombres de todas las clases a servir al Estado era parte de una serie más amplia de problemas. El fuego continuaba siendo un riesgo importante para todos los habitantes de Roma y varios incendios recientes llevaron a Augusto a crear siete cohortes de *vigiles*, cada una de ellas responsable de dos de las regiones de la ciudad, para que actuaran como «bomberos» y patrullas nocturnas. La mayoría de los reclutas eran libertos, en un reflejo no solo de la mayoría de la población de Roma, sino también de la escasez de mano de obra de todo tipo que existía por entonces. Para financiar el nuevo servicio se creó un impuesto del dos por ciento en el precio de venta de los esclavos. También había escasez de comida, presumiblemente originada por malas cosechas o problemas en el transporte del grano hasta Roma. A las bocas innecesarias que alimentar —incluidos gladiadores y eslavos en venta— se les prohibió que se acercaran a 160 kilómetros de la ciudad. Al mismo tiempo se suspendieron algunos asuntos públicos, se permitió a los senadores permanecer en el campo y faltar a reuniones del Senado y se creó una excepción para que los votos fueran válidos incluso si no había quórum suficiente.[670]

Resulta poco sorprendente que durante esta época llena de problemas se escucharan murmullos de descontento. Circularon

panfletos anónimos que animaban a la revolución más o menos abiertamente. Resulta difícil decir si su objetivo era el *princeps* o quienes lo rodeaban —o incluso otros magistrados y senadores a los que se culpaba o simplemente no eran populares—. Dion Casio nos informa de que la gente atribuía gran parte de esa agitación a un tal Rufo —él lo llama Publio, mientras que para Suetonio es Plautio—, pero que muchos creían que era demasiado desconocido y carente de inteligencia como para ser el verdadero instigador. Los historiadores modernos se sienten tentados a relacionar parte de esta actividad con quienes consideraban que les iría mejor si los descendientes de Livia perdieran el poder en favor de Julia y su familia. Dion Casio considera que el nuevo impuesto sobre las herencias era una de las fuentes de descontento y, dado que solo afectaba a quienes poseían propiedades importantes, el historiador sospecha un cierto grado de manipulación política por parte de los partidarios de la familia Julia, que esperaban concentrar descontentos mayores, pero se trata de sugerencias que siguen siendo conjeturas.[671]

La escasez continuó durante algunos meses, obligando a Augusto a negar el permiso para las fiestas públicas que iban a celebrarse en su cumpleaños. Envió a varios excónsules a mejorar el sistema de aprovisionamiento de grano y, mientras tanto, entregó a sus expensas raciones suplementarias de comida a aquellos que en Roma recibían el reparto público. Gradualmente, el suministro de alimentos recuperó niveles normales y los tiempos se volvieron más adecuados para celebraciones. Se celebraron juegos de gladiadores en memoria de Druso, el hermano de Tiberio, que fueron presididos por Germánico y Claudio. Este era físicamente débil, inclinado a los tics y tartamudo, claramente inadecuado para las exigencias militares de cualquier carrera pública. Su madre lo describía como «un prodigio, dejado inconcluso por la naturaleza» y cuando insultaba a alguien le gustaba decir que «es tan estúpido como mi hijo Claudio». No obstante, en es-

ta época era considerado capaz de aparecer en público, si bien durante los juegos estuvo envuelto en una pesada capa en vez de la habitual toga, probablemente para ocultar su apariencia. De nuevo se invocó a Druso cuando Tiberio dedicó su reconstruido templo de Cástor y Pólux en el Foro, en este caso llamándolo Tiberio Julio César Claudiano para celebrar a su antigua familia así como el nombre de César.[672]

LOS HIJOS DE JULIA

Resulta difícil decir mucho sobre las actividades de Póstumo en los años siguientes a su adopción. Alcanzó la mayoría de edad en el 5 d. C., públicamente, pero sin grandes fanfarrias… aunque incluso esto fue mejor que las prisas con las cuales Claudio fue llevado y sacado a hurtadillas del templo de Mars Ultor bajo la protección de la nochea cuando alcanzó la mayoría de edad. La familia todavía tenía que decidir cuánto iba a ser expuesto Claudio al escrutinio público. Póstumo todavía era joven, de modo que su falta de papel público no resulta sorprendente. Al contrario que Claudio, era fuerte y atlético, pero nuestras fuentes afirman que había serias dudas respecto a su carácter e inteligencia, insinuando vagamente un talante violento y defectos sin especificar en su conducta. Quizá merezca la pena recordar que todavía no tenía diez años cuando su madre cayó en desgracia y la vio exiliada mientras sus hermanos recibían rápidos ascensos y se les proporcionaban abundantes halagos y a él no. Quizá comenzó a presionar por un mayor reconocimiento.[673]

El 5 d. C. Augusto reformó el voto de la *Comitia centuriata* añadiendo diez nuevas centurias sacadas de las clases más altas y nominadas en honor de Cayo y Lucio. Estas votarían primero, sentando un ejemplo que era probable siguieran el resto de las centurias, dada la querencia del electorado romano por apoyar a los ganadores. Es probable que el cambio fuera casual y parte de sus esfuerzos a largo plazo por hacer que las instituciones del Estado funcionaran mejor, pero podría haber sido hecho para im-

pedir que se repitiera el incidente del 6 a. C., cuando las centurias eligieron a Cayo César como cónsul incluso cuando no era candidato. Es más que posible que personas ambiciosas vieran en Póstumo una oportunidad de ayudar su propio ascenso. Quizá el joven habló o actuó de forma imprudente y poco a poco perdió la confianza de Augusto. En el 7 d. C. se esperaba que joven de diecisiete años recibiera al fin un cargo público y se le entregara el mando de algunas tropas recién reunidas, con instrucciones de dirigirse con ellas a Panonia y unirse a la campaña. En vez de ello, el trabajo se le encargó a Germánico.[674]

La desgracia de Póstumo parece haberse consumado por etapas. En la primera fue reconvenido y enviado a Surrento (la moderna Sorrento), en la bahía de Nápoles, donde se pasó la mayor parte del tiempo pescando. Luego Augusto revocó su adopción, por lo que en vez de ser un César pasó de nuevo a ser un Vipsanio Agripa. Las propiedades que había heredado de su padre no retornaron a él, usando Augusto la mayor parte de ellas para llenar el *erarium militar*. Póstumo se quejó amargamente por ello y, sobre todo, atacó a Livia, de modo que al final fue exiliado a la diminuta isla de Planasia, cerca de Córcega y mantenido bajo una estricta vigilancia. Las sospechas de que Tiberio y su madre estaban ansiosos por deshacerse de un potencial rival futuro ya circulaban por el mundo antiguo, y continúan atrayendo a los historiadores. Puede que haya algo de verdad en ellas; pero resulta más probable que fuera el propio Póstumo quien causara su propia destrucción. Es muy posible que, tanto en esta como en otras muchas cosas, Augusto fuera guiado por su esposa, pero había visto crecer al chico y debía de tener una buena idea de su naturaleza. Es un error afirmar que como la familia estaba dispuesta a tolerar la supuesta debilidad mental y física de Claudio, hubiera permitido la estupidez o algo peor en Póstumo… Claudio no era hijo de César y tampoco se le consideraba uno de sus sucesores.[675]

Como único nieto del *princeps*, no resulta sencillo que Póstumo hubiera sido ignorado en el 4 d. C. a menos que lo tuvieran apartado en alguna parte. Es posible que ya por entonces Augusto dudara del carácter de Póstumo, pero conservara la esperanza de que aprendiera y creciera convertido en un hombre estable y capaz. La ausencia de cualquier cargo público para él, incluso tras la adopción, sugiere una cautela que va mucho más allá de la celosa sospecha de Tiberio o su madre. Cuando Póstumo no mejoró, Augusto lo rechazó. Tácito apuntó luego que en realidad el joven no cometió ningún crimen y resulta difícil decir si hubo algún acto que originara su repudio. No cabe duda de que la rivalidad política tuvo su parte en ello, pero el juicio de las fuentes de que tras su exilio se encontraban su carácter y su comportamiento es probablemente correcto.[676]

Germánico llevó las tropas hasta Panonia en el 7 d. C., de modo que fue él quien comenzó a demostrar su valía como soldado. Su papel seguía siendo menor y otros contingentes de soldados fueron conducidos a la zona bajo mandos separados —el historiador Veleyo Patérculo nos dice orgulloso que dirigió a uno de esos grupos, sirviendo en campaña en vez de realizando sus tareas como cuestor del año—. Tiberio estaba al cargo de todo, habiéndose apresurado hasta el frente de batalla el año pasado. Fue una campaña dura, y los ataques a las provincias cercanas por parte de pueblos vecinos requirió de algunas de las fuerzas romanas enviadas para sofocar el alzamiento; otro indicio de lo afortunados que fueron los romanos de que Marobodo considerara más ventajoso mantener la paz que explotar una debilidad temporal. A partir de este momento se convirtió en un acérrimo aliado de Roma y como resultado reforzó su propia posicion.[677]

La lucha fue a gran escala y a menudo enconada, sobre todo porque muchos de los rebeldes habían servido en el pasado con auxiliares a los romanos. Entendían el latín, sabían cómo operaban las legiones y ellos mismos eran mucho más disciplinados

que la mayoría de los ejércitos tribales. En varias ocasiones los ejércitos romanos en el campo fueron frenados y obligados a retirarse, o solo consiguieron imponerse tras sufrir muchas pérdidas, también hubo más de una guarnición acosada reforzada justo a tiempo para salvarse. En un momento dado, Tiberio se encontró al frente del más amplio ejército romano reunido desde las guerras civiles, formado por diez legiones, setenta cohortes auxiliares, catorce *alae* de caballería auxiliar, 10 000 veteranos —entre los cuales en este caso se incluían hombres llamados a filas y no solo aquellos que se encontraban en la última fase de su servicio militar—, así como aliados proporcionados por el rey de Tracia y otros líderes amistosos. Esta fuerza suponía más de la tercera parte de todo el ejército romano y era más grande que ninguno de los ejércitos dirigidos nunca por Julio César a lo largo de sus campañas. Tiberio se dio cuenta en seguida de que era demasiado grande para ser abastecido y controlado de modo eficaz, de modo que al poco tiempo lo dividió en varias fuerzas de campaña separadas. Incluso así no incluía todas las tropas enviadas para ocuparse de la rebelión. En total fueron quince las legiones que sirvieron contra los panonios y los dálmatas, junto a un número comparable de auxiliares. De modo que bastante más de la mitad de todo el ejército romano participó en una dura campaña de tres años para suprimir la rebelión de una provincia.[678]

Fue la guerra más importante desde Accio y en ella se luchó con mucha más dureza. La retórica sobre ejércitos rebeldes marchando contra Roma era mera fantasía; pero ello no quita para que fuera un conflicto en nada parecido al resto de pequeñas guerras habidas desde el 30 a.C… mucho más largo y mucho más difícil de ganar. Durante algún tiempo —quizá solo corto— desafió las bases mismas del liderazgo de Augusto, que alardeaba de victorias constantes e inevitables garantizadas por los dioses al pueblo Romano y su *princeps*, quienes lo merecían debido a su virtud y piedad. En gran parte se trataba de propaganda; pero re-

sulta complicado que la constante repetición de tales eslóganes no hiciera que terminaran siendo absorbidos incluso por aquellos que en principio tenían que beneficiarse de ellos. La posibilidad de llegar a perder una guerra y una provincia era estremecedora e implicaba con facilidad que habían dejado de merecerse ganar. Algo que ayuda a comprender el casi colapso de Emperador César Augusto a comienzos de la guerra: todo lo que había creado parecía amenazado. Incluso tras recuperar su nervio siguieron existiendo signos de miedo, los cuales se expresarían posteriormente en forma de impaciencia vocal porque Tiberio no estaba ganando la guerra lo bastante rápido.[679]

Augusto celebró su septuagésimo cumpleaños el 7 d. C. y ya se aprecian claros signos de que la edad comenzaba a afectarle y de que su salud comenzaba a declinar. El año siguiente comenzó a reducir su carga de trabajo. Tres excónsules fueron nombrados para hacerse cargo de la mayoría de las embajadas de comunidades y líderes aliados que llegaban de forma constante a Roma para presentar peticiones o, simplemente, alabar al *princeps*. Asistió al Senado mucho menos a menudo que antes y, a pesar de continuar presidiendo tribunales, ahora estos fueron convocados en parte de su complejo del Palatino en vez de en edificios públicos. Ya no asistía a las elecciones para demostrar su apoyo a los candidatos favorecidos, sino que se limitaba a escribir su recomendación y la mostraba para que la vieran los votantes. A pesar de lo cual, no debemos exagerar su fragilidad, pues hay trazas de su antigua determinación. El 8 d. C. —y posiblemente también otros años— viajó hasta tan lejos como Ariminum (ahora Rímini) en la frontera con el Ilírico para poder estar cerca del teatro de operaciones.[680]

En el 7 d. C. hubo de nuevo escasez de alimentos, que provocaron más disturbios. Las elecciones del año siguiente se vieron tan afectadas por los disturbios que no pudieron realizarse, de modo que Augusto nombró a todos los magistrados. Por lo que

podemos saber todo se debió a la rivalidad entre los candidatos, con independencia de que hubiera facciones apoyando a Tiberio y su familia o al desacreditado Póstumo. Sin embargo, en el 8 d. C., Julia, la hija de Agripa y Julia, fue condenada públicamente por adulterio y, como su madre antes que ella, exiliada a una isla. En este caso solo se menciona un amante, Décimo Junio Silano, quien fue informado de que había perdido la amistad de César y de que debería partir hacia un exilio «voluntario». El destino del esposo de Julia no está claro, pero como el cargo era de adulterio presumiblemente siguiera vivo. A pesar de un consulado en el 1 d. C., Lucio Emilio Paulo no recibió un mando superior y aparece mencionado por Suetonio entre los conspiradores que conjuraron contra Augusto. No se da ninguna fecha, así como tampoco los detalles de lo que conocía, pero si no se encontraba ya en el exilio este se hubiera producido en el momento de la desgracia de su esposa. Julia dio a luz en los meses siguientes, pero Augusto se negó a que el niño fuera criado e hizo que lo expusieran —un sombrío recordatorio de los poderes del cabeza de familia y del *princeps*.[681]

Atrapado en medio de todo estaba el poeta Ovidio, que no tuvo que enfrentarse a ningún cargo o juicio y al que simplemente se le dieron instrucciones de que se fuera a la ciudad de Tomi, en el mar Negro, y se quedara allí hasta que le dijeran lo contrario. Se trataba del extremo mismo del Imperio —y, de hecho, de la cultura grecorromana— y fue desde allí desde donde escribió una sucesión de poemas rogando su perdón y regreso. Desgraciadamente, pero como cabía esperar dada la delicada naturaleza de todo el asunto, los mismos añaden frustrantemente poco a nuestro conocimiento del escándalo. A Ovidio se le culpaba de alguna indiscreción, probablemente de haber visto algo que no debía y, de forma más general, por la corruptora influencia de su *Ars amandi* —un poema que para entonces llevaba en circulación al menos una década y por lo tanto era escasamente de actuali-

dad—. El anciano Augusto, cuyas fuerzas flaqueaban, recientemente asustado y ahora inclinado a enfados más rápidos, muy bien pudo haber considerado que esta jovial celebración de los *affaires* fuera del matrimonio era una mala influencia para los jóvenes, pero es más probable que la otra ofensa fuera más seria.[682]

En general, todo el episodio queda en la oscuridad y se comprende que resulte tentador para los historiadores ver escondida bajo el escándalo sexual una conjura política, sobre todo porque Paulo aparece mencionado como conspirador. Las sugerencias respecto a la naturaleza de la intriga han variado, dependiendo de si se asume o no que seguía en Roma, pero invariablemente el episodio es visto como un intento de desafiar el dominio de Tiberio y sus familiares con respecto al futuro liderazgo del Estado. Una intrigante sugerencia es que Julia y Silano tramaron casarse —quizá incluso celebraron una ceremonia de la cual fue testigo Ovidio— y de algún modo forzar al *princeps* a colocar en cargos superiores al nuevo esposo de su nieta. No obstante, no son sino conjeturas, por muy atractivas que resulten, y hay otras hipótesis que pueden encajar igual de bien en los escasos hechos que conocemos. Si hubo una conjura no llegó a ningún lado y probablemente fue concebida y ejecutada de forma ingenua desde el comienzo mismo. Es muy posible que Julia se sintiera marginada, pero resulta imposible decir si esto la condujo a lanzarse a un *affaire* o a peligrosas charlas políticas —o ambas cosas—. Años después, Augusto se refería a las dos Julias y Póstumo como sus «tres forúnculos» o sus «tres úlceras» y quizá sus crímenes realmente tuvieran más que ver con una incapacidad para vivir y actuar como a él le hubiera gustado que con una ambiciosa búsqueda del poder.[683]

El resultado fue el mismo, y el linaje de la familia de Livia dominaría la sucesión, quizá tanto por casualidad como por haber triunfado en una clandestina lucha por el poder. En el 9 d. C. Tiberio regresó a Roma y a la merecida recompensa de un triun-

fo por haber derrotado a la rebelión en los Balcanes. Había hecho su trabajo a conciencia, si bien despacio, y en las últimas etapas puede haber utilizado tanto la conciliación como la fuerza. Al menos uno de los principales líderes rebeldes no fue ejecutado, algo raro en cualquier guerra y más aún en una rebelión. Una evidencia más fiable es que los alzamientos no volvieron nunca a repetirse y que en siglos venideros estas regiones siguieron siendo partes estables y cada vez más prósperas del Imperio romano. La crisis parecía haber terminado y la paz mediante la victoria podía reinar de nuevo. Fue entonces cuando llegaron las noticias de una espantosa catástrofe militar en Germania.

XXII

«PAX AUGUSTA»

La pax augusta*, que se ha extendido hasta las regiones de Oriente y Occidente*
y hasta los límites del Norte y el Sur, mantiene
a salvo cualquier rincón del mundo del miedo al bandolerismo.

VELEYO PATÉRCULO, principios del siglo I d. C.[684]

Arminio parecía ser el resplandeciente ejemplo del genio romano para absorber pueblos conquistados y convencerlos —o al menos a sus líderes— de que estarían mejor apoyando el gobierno de Roma y uniéndose a los conquistadores. Nacido en algún momento en torno al 18-15 a. C., pertenecía a la familia real de un pueblo germano llamado los queruscos, cuyas tierras se encontraban al este del Rin, cerca del río Weser. Bastantes nobles más llevaban sangre de reyes y, en cualquier caso, la realeza solo representaba un papel menor en las poco estrictas estructuras sociales y políticas de las tribus, de modo que nacer de un rey no garantizaba la supremacía, y el padre de Arminio, Segimer, era simplemente uno de los hombres influyentes que rivalizaban por el poder entre su pueblo. Es posible que luchara contra los romanos en las guerras de los últimos años del siglo I a. C. Si fue así, no tardó en someterse al invasor y es igual de posible que desde el principio Segimer viera en una alianza con los romanos un medio de conseguir ventaja sobre sus rivales políticos locales. Muchos líderes de todo el mundo reaccionaron igual, viendo en

el poder de las legiones algo que utilizar para sus propios fines más que una amenaza.

El joven Arminio aparece por primera vez como líder de una fuerza de soldados auxiliares reunida entre su propia gente para luchar junto a los romanos, y su hermano pequeño Flavo no tardó en seguirlo a servir con el ejército romano. Es posible que ambos pasaran cierto tiempo como rehenes en Roma, viviendo en el complejo de Augusto en el Palatino y siendo criados junto a los hijos de la familia del *princeps*, compartiendo su educación, si bien no hay pruebas directas de ello. Es indudable que ambos hablaban un latín fluido, lo que sin duda facilitó otorgarles la ciudadanía romana; pues Augusto prefería restringir la concesión a aquellos que consideraba que merecían ser romanos. Arminio observó mucha acción con el ejército romano, tomando parte en campañas probablemente tanto en Germania como en el Ilírico durante la gran rebelión. En un momento dado se le concedió la categoría ecuestre y en el 7 d. C. regresó a su tierra natal para convertirse en uno de los principales líderes de los queruscos —incluso los 400 000 sextercios en propiedades que eran el mínimo para ser ecuestre suponían una gran fortuna para los estándares de la nueva provincia de Germani—. Rico, con una demostrada historia como aliado y acostumbrado a los modos de la elite romana, Arminio era un invitado frecuente a la mesa del *legatus* imperial en Germania, Publio Quintilio Varo.[685]

Con cincuenta años, Varo era un gobernador experimentado que había servido en África como procónsul y luego en Siria como legado. Colega de Tiberio en el consulado del 13 a. C. se casó primero con una hija de Agripa y luego con una sobrina nieta de Augusto, Claudia Pulcra, y está claro que era considerado por el *princeps* como leal y confiable. En el 7 d. C. se le concedió el mando de Germania, que abarcaba la frontera del Rin y la creciente provincia que alcanzaba hasta el Elba, con la tarea de mantener la zona estable mientras la atención y recursos del Imperio

se dedicaban a tratar con los rebeldes panonios y dálmatas. Varo contaba con cinco legiones y sustanciosas fuerzas auxiliares con las que apoyar su autoridad, aunque lo más probable es que estas se encontraran mermadas tras haber perdido destacamentos enviados al Ilírico. Además, la importante escasez de reclutas para el ejército volvía improbable que se enviaran nuevas quintas a Germania. Eso sin contar con que indudablemente muchos oficiales ambiciosos y capaces buscaron puestos en la gran guerra con la esperanza de conseguir honores. El hecho de que Varo no fuera enviado allí, o a una de las provincias que tenían fronteras directas con la región turbulenta, sugiere también que Augusto lo consideraba capaz más que excepcionalmente dotado, al menos como comandante militar. En el 4 a. C., mientras era legado en Siria, marchó a Judea e hizo una demostración de fuerza que aplastó los desórdenes que siguieron a la muerte de Herodes el Grande, si bien la operación implicó pocos combates y, hasta donde podemos saber, Varo nunca tomó parte en una batalla.[686]

No obstante, las apariencias en Germania eran alentadoras, en especial porque nobles locales como Arminio estaban aceptando el gobierno romano. Por esta época parece que su padre había muerto, pero su tío era otro invitado frecuente en la mesa de Varo, como también lo era Segestes, un noble querusco cuyo joven hijo era sacerdote del recién establecido culto a Roma y a Augusto con sede en la capital cívica de la tribu de los ubios (la moderna Colonia), fundada por Agripa. El último conflicto a gran escala había tenido lugar en el 5 d. C. y desde entonces la paz en Germania solo había sido interrumpida por estallidos menores de rebelión contra Roma y violencia intertribal periódica. Bajo Varo, los jefes germanos comenzaron a arreglar sus diferencias recurriendo al juicio del legado más que realizando incursiones uno contra otro. Los recientemente fundados asentamientos civiles romanizados estaban creciendo, a menudo en o cerca de los lugares donde antes hubo bases del ejército.[687]

Después, Varo sería criticado por tratar la provincia como si ya estuviera asentada y pacificada en vez de en proceso de conquista, y por despreciar a sus habitantes, considerándolos «humanos solo en forma y habla, y aunque no serían sometidos por la espada, no obstante, se someterían a la ley». Pese a todo, esto era más bien la sabiduría que concede la perspectiva del tiempo, lo cual no significa que todas las acciones de Varo fueran sensatas o llevadas a cabo con habilidad. Comenzó imponiendo un impuesto regular a las tribus, cuando lo más probable es que en el pasado solo hubieran estado sometidas a exigencias de ganado o cosechas cuando se sometieron al final del conflicto con Roma. La recaudación pudo o no haber sido dura, pero era nueva e indudablemente causó resentimiento al ser considerada como un signo de que los germanos eran vistos como súbditos y no como aliados de Roma. La corrupción fue un problema demasiado frecuente en la larga historia de la administración provincial romana y es muy posible que empeorara las cosas. Veleyo afirma que Varo era codicioso y que durante su estancia en Siria fue «a una provincia rica como un hombre pobre y dejó una provincia pobre como un hombre rico».[688]

El resentimiento ante el gobierno romano fue creciendo, favorecido por los impuestos, y, como sucedía en Panonia, era especialmente fuerte entre los jóvenes guerreros, que nunca se habían enfrentado a las legiones en una batalla. Al mismo tiempo, el miedo a Roma pudo menguar debido a su retirada sin atacar a Marabodo y a la larga y difícil lucha por acabar con la rebelión del Ilírico. Parecía que los romanos podían ser vencidos e incluso algunos a quienes les había ido muy bien aliándose con Roma comenzaron a preguntarse si esa era la más inteligente de las políticas con vistas al futuro. Arminio era uno de ellos y, en un momento dado, el *eques* romano decidió rechazar la ciudadanía romana y rebelarse contra el Imperio. No sabemos cuándo tomó la decisión o cuál fue el detonante. La indignación por sí misma

y la pérdida de independencia de las demás tribus bastan, probablemente sumadas al rechazo que generaba el modo en que los trataba el poder conquistador. Por más que convertido en romano, puede que encontrara que sus conciudadanos eran, en el mejor de los casos, condescendientes con él. Flavo, el nombre de su hermano, se traduce como «Rubio» o «Rubito» y resulta difícil saber si se consideraba un insulto o era más bien afectuoso, como sucede con apodos del tipo Red («Rojo»), Ginger («Gengibre») o Bluey («Azulado») para referirse a los pelirrojos en el mundo anglosajón. Por otra parte, también hemos de tener en cuenta la mera ambición. Arminio se había elevado mucho gracias a su asociación con los romanos, convirtiéndose en uno de los hombres más importantes de su tribu; pero pudo haber decidido que ya no había muchas posibilidades de ascender mediante una continuada lealtad. Los recientes acontecimientos sugerían que Roma no era invencible y el hombre que condujera a su tribu y las demás a la libertad seguramente conseguiría un prestigio tan inmenso que podría conseguir un poder mayor y más permanente, con la perspectiva de convertirse en un líder tan fuerte como Marobodo. La ambición personal y el deseo de libertad están lejos de resultar incompatibles y, ciertamente, los acontecimientos posteriores demuestran que Arminio ansiaba gobernar.[689]

No obstante, por el momento se mostró cauto, planeando una rebelión con cuidado y en secreto. Durante la primavera y el verano del 9 d. C., Varo comenzó una gira por la provincia entre el Rin y el Elba, llevándose consigo a tres de sus legiones, la XVII, la XVIII y la XIX, apoyadas por seis cohortes de infantería auxiliar y tres *alae* de caballería. Era una demostración del poder de Roma más que una campaña, pues no se esperaba ninguna resistencia seria. Como respuesta a turbulencias locales, Varo envió destacamentos a muchos de los poblados y otras comunidades que afirmaban sentirse amenazadas y querían protección. Mientras viajaba iba reuniéndose con los nobles de cada región, escu-

chando sus peticiones y arbitrando en sus largas y complejas disputas, que era el modo normal de actuar de un gobernador romano. Al final del verano, el legado y sus soldados se estaban preparando para regresar a sus cuarteles de invierno cerca del Rin cuando llegaron noticias de una rebelión más al este. Puede incluso que fuera Arminio quien le informara del estallido, que había ayudado en secreto a organizar. Varo respondió del habitual modo romano, como ya había hecho en Judea en el 4 a. C., conduciendo de inmediato a su ejército contra los rebeldes y —como en Judea— la resistencia abierta se derrumbó nada más aparecer las legiones.[690]

Con el problema aparentemente resuelto, en septiembre Varo comenzó a retroceder hacia el oeste, más avanzado el año y más lejos de lo que tenía planeado. Seguramente sus suministros estaban agotándose, lo que significa que debía avanzar con alguna prisa, pero como no había razón para esperar más disturbios esto no parecía un problema serio. Dado que es muy probable que sus unidades estuvieran muy por debajo de su capacidad máxima, la columna reunía como mucho entre 10 000 y 15 000 soldados combatientes. También había miles de esclavos, incluidos los que poseía el ejército y actuaban como palafreneros, muleros y similares, así como los esclavos y libertos que actuaban como ordenanzas de los oficiales. El ejército de Varo viajaba con estilo —sabemos de al menos un oficial que llevaba en su equipaje un diván decorado con incrustaciones de marfil—, de modo que se veía estorbado por un amplio número de mulas y carretas. También había civiles, algunos de los cuales probablemente fueran mercaderes que proporcionaban suministros a los soldados y demás, simplemente, felices de disfrutar de su protección tras una sesión pasada entre las tribus, y un amplio número de mujeres y niños. En un momento dado, Augusto prohibió a los soldados que se casaran; pero no sabemos si como parte de la más amplia reforma militar del 13 a. C. o del 6 d. C. La razón más probable

era tanto una reluctancia a mantener familias o pagar a las viudas y huérfanos como el deseo de mantener a las legiones libres del estorbo que suponían las familias y listas para ser trasladadas de un extremo a otro del Imperio. Dependiendo de la fecha de la reforma, algunos soldados todavía estarían de servicio con sus esposas, tras haberse casado antes de la prohibición. Otros, simplemente, la ignoraron, creando relaciones y sacando adelante a sus familias, aunque fuera ilegal… algo ante lo cual las autoridades hacían la vista gorda.[691]

Tan adentro de Germania no existían las amplias y adecuadamente pavimentadas vías romanas, de modo que la columna se estiraba a lo largo de 15 kilómetros o más mientras serpenteaba por antiguos caminos de carros por una mezcla de bosques, tierras cultivadas, praderas y ciénagas. Su camino era predecible, por la sencilla razón de que estaba obligada a seguir en la senda. Guías locales proporcionados por Arminio y otros líderes tribales ayudaron a los romanos a encontrar el camino y la columna se movía pesada solo con la más básica de las seguridades, confiado su comandante en que se encontraba en territorio amigo y concentrado en avanzar antes de que las lluvias de otoño convirtieran el camino en un barrizal. Varo no esperaba encontrarse con ninguna amenaza, de modo que no buscó ninguna y confió en que los guías proporcionados por los queruscos y otras tribus lo avisarían con mucha antelación en el improbable caso de problemas. Cuando Segesto le dijo de repente que Arminio estaba planeando una rebelión, el legado imperial no hizo nada, sin duda desdeñando la historia como el intento de un jefe de tribu por desacreditar a otro. Arminio lo negó todo, al fin y al cabo era un romano y ecuestre de probada lealtad. A la mayoría de los romanos —como a los líderes de la mayoría de los poderes imperiales — les resultaba increíble que alguien rechazara las evidentes ventajas de unirse a los conquistadores y disfrutar de los beneficios de su dominio y «superior» cultura.[692]

Algo después, Arminio abandonó la columna, aparentemente para ir a buscar más auxiliares, guías y otras ayudas. En cambio fue a reunirse con el ejército de guerreros que se estaba congregando para golpear a los romanos. En los días siguientes, pequeños grupos de miembros de tribus comenzaron a acosar las secciones vulnerables de la columna, retirándose antes de que los romanos pudieran organizar algún tipo de defensa. Excavaciones arqueológicas en Kalkriese, cerca de Osnabrück, han revelado el lugar donde probablemente tuvo lugar la emboscada decisiva en una serie de ataques organizados a lo largo de 32 kilómetros aproximadamente, y demuestran los cuidadosos preparativos de Arminio. Eligió un paso estrecho como punto de estrangulamiento natural, donde el camino atraviesa prados con colinas boscosas a un lado y terreno cenagoso al otro. Ayudando a la naturaleza, los germanos derribaron árboles para ralentizar la columna, excavaron una trinchera para evitar que los romanos se pasaran a otra senda y evitaran la emboscada y encerraron el camino por el otro lado elevando una muralla de 450 metros en la pendiente entre los árboles. La construyeron en parte con trozos de cepellones de hierba y en parte con tierra y estaba claramente inspirada en las construcciones sobre el terreno que las legiones erigían de forma rutinaria.[693]

Arminio había aprendido mucho durante su servicio en el ejército romano y ahora empleó todos esos conocimientos con implacable habilidad. Se había asegurado de que Varo cogiera ese camino y los preparativos para la emboscada debieron de necesitar días o, más probablemente, semanas. Las probabilidades eran muy elevadas en contra de los romanos y se volvieron peores cuando una fuerte lluvia comenzó a caer, ralentizándolo todo y convirtiendo la pista en un lodazal que volvió el equipo difícil de manejar. Varo no manejó bien la crisis. Antes había ordenado que gran parte de la impedimenta fuera quemada, una decisión que lo más probable es que extendiera el nerviosismo. Rápidos

ataques golpeaban a la columna y por ella se extendió un cierto sentimiento de desesperación. Cuando llegaron a la cuidadosamente preparada emboscada en el paso, los ataques se volvieron más fuertes —el muro de los germanos contaba con varias puertas que les permitían atacar y luego retirarse tras su protección —. Si bien no más alto de metro y medio, era bastante como para frenar el impulso de cualquier carga y daba a los guerreros que luchaban desde él una significativa ventaja en altura. Encerrados en un camino estrecho y atacados desde varias direcciones a la vez, los romanos se esforzaron por conseguir algún tipo de línea de combate coordinada.[694]

Es posible que un comandante excepcional hubiera conseguido pasar, dotando al caos de suficiente orden como para organizar un ataque coordinado contra el enemigo; pero Varo no era ese hombre y no tardó en perder el control. Uno de sus subordinados condujo fuera a la caballería, solo para ser masacrada en otro camino. El propio Varo resultó herido —no sabemos de qué gravedad— y poco después se suicidó junto con otros oficiales superiores. Su padre se mató del mismo modo tras Filipo, pero mientras la aristocracia romana podía admirar el suicidio cuando uno estaba en el lado perdedor de una guerra civil, en modo alguno era algo aceptable para un comandante que dirigía un ejército contra un enemigo extranjero. Si su comandante perdía las esperanzas, a sus hombres les quedaban escasos incentivos para luchar. Algunos, incluidos varios oficiales superiores, se rindieron, mientras que otros huyeron y fueron masacrados sin ofrecer resistencia por los guerreros de las tribus. Unos pocos lucharon y organizaron desesperados intentos por atravesar el muro y escapar de la trampa. Durante la lucha, parte de la muralla se vino abajo y las excavaciones han proporcionado pequeños detalles de los últimos y enconados combates. Se encontró el esqueleto de una mula con el cencerro colgado del collar y todavía relleno de hierba recién arrancada de raíz, en un intento por ata-

car en silencio bajo la protección de la noche. También se encontraron los restos de otra mula, que trepó el muro solo para romperse el cuello al caer al otro lado.[695]

Los esfuerzos por romper el cerco fracasaron y uno por uno los hombres del ejército de Varo murieron. Muchos de los prisioneros no tardaron en reunirse con ellos, sacrificados por los jubilosos germanos a modo de gracias a los dioses por su victoria. Otros fueron convertidos en esclavos y durante los años siguientes algunos consiguieron escapar o fueron canjeados a cambio de un rescate y contaron historias sobre el horror de esos días. Varo recibió una apresurada e incompetente cremación y sus restos enterrados fueron profanados y maltratados. Se apoderaron de las tres águilas de las legiones, así como de otros muchos estandartes y de una gran cantidad de armaduras y pertrechos. Trofeos de su éxito fueron distribuidos entre las tribus o enviados a otras para animarlas a unirse a la rebelión. La cabeza de Varo fue mandada a Marodoro, pero el rey de los marcomanos prefirió mantener la paz con Roma; pero como temía a Arminio como rival, envió el macabro objeto a los romanos. Al final los restos fueron trasladados a Roma, incinerados adecuadamente y respetablemente enterrado.[696]

Las noticias de la catástrofe de Germania llegaron a Roma solo cinco días después de la declaración formal de la victoria en el Ilírico, lo cual significaba que en el momento adecuado sería posible transferir tropas desde los Balcanes hasta la frontera del Rin. No obstante, era una derrota mucho mayor que las sufridas a manos de los rebeldes panonios y dálmatas, de hecho, tenía paralelos en los desastres de Carras en el 53 a. C. o incluso las grandes derrotas infligidas por Aníbal. Se habían perdido tres legiones —más de una décima parte de todo el ejército desaparecida en cuestión de días— y hasta que llegaran más noticias no se sabría si las otras fuerzas de Germania también habían sido aniquiladas o si hordas de guerreros germanos habían cruzado el Rin y

estaban saqueando la Galia. Serio en sí mismo, para un *princeps* que se enorgullecía de constantes victorias basadas en una adecuada relación con los dioses era un desafío todavía mayor. Peor aún, uno de sus ejércitos había perdido sus preciosas águilas y manchado de nuevo el honor de Roma, algo que empeoraba la muy cacareada recuperación por parte del emperador de los estandartes perdidos en el pasado. El miedo y el horror no tardaron en diseminarse por Roma.[697]

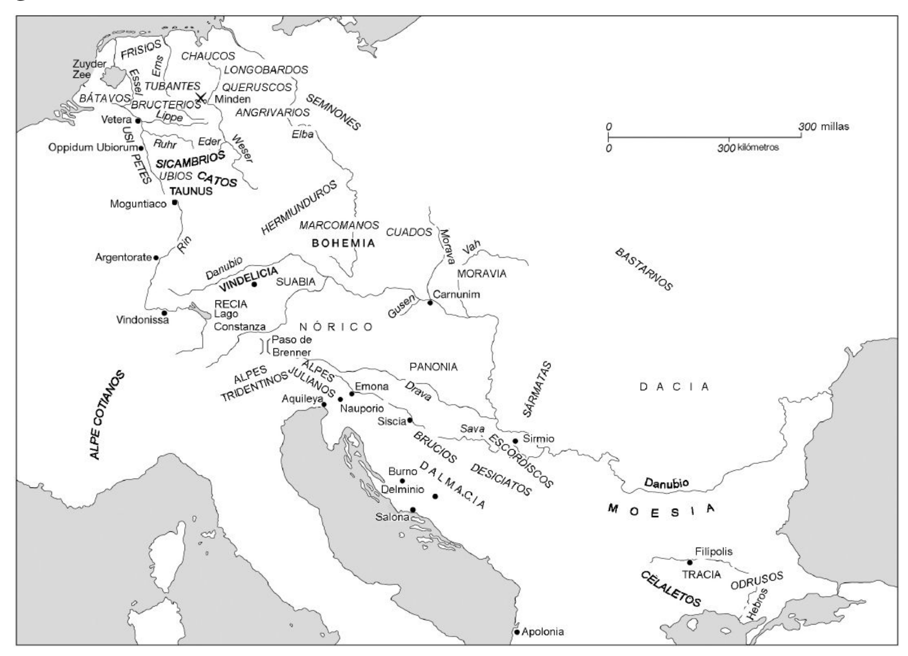
Augusto estaba estupefacto, pero parece que esta vez sintió más ira que desesperación. Dion Casio afirma que algunas fuentes hablaban de que el *princeps* se rasgó las vestiduras de pura frustración. Incrementó las patrullas en las catorce regiones de la ciudad para prevenir cualquier desorden y, sobre todo, en caso de que a esclavos de origen bárbaro se les metiera en la cabeza amotinarse. Esto era improbable, pero la presencia de tropas enfatizó que el Estado seguía teniendo el control, tranquilizando a los nerviosos e intimidando a los potencialmente rebeldes. Una amenaza todavía menos probable eran los germanos que servían como guardaespaldas a caballo del propio *princeps* —una unidad que en algún momento había reemplazado a los guardaespaldas hispanos de su juventud—. De un modo muy público fueron enviados fuera de Roma. Otro gesto aún más poderoso fue el juramento de unos juegos dedicados a Júpiter Optimus Maximo «si el Estado y las *res publica* mejoran»…, una típica recuperación augustea de un ritual que no se utilizaba desde hacía más de un siglo. Al mismo tiempo, amplió la duración en el cargo de los gobernadores provinciales para asegurar la estabilidad y la supervisión de hombres experimentados en todo el Imperio. Se ordenó una nueva campaña de reclutamiento, pero como era de esperar se topó con que la fuente de reclutas estaba todavía más seca que en el año 6 d. C. A pesar de su impopularidad, se introdujo el reclutamiento forzoso de ciudadanos elegidos a suertes. No obstante, algunos intentaron eludir el reclutamiento y unos

cuantos fueron ejecutados a modo de advertencia. Mientras tanto, se amplió el período de servicio de los soldados en activo, se llamó a más veteranos licenciados y, de nuevo, se compraron esclavos, se liberaron y se los organizó en unidades especiales.[698]

Tiberio no tardó en ser despachado hacia Renania para hacerse cargo. Mientras tanto, Augusto se negó a afeitarse o cortarse el pelo durante varios meses, repitiendo el gesto de duelo que había adoptado en honor del asesinado Julio César. Esta vez ni monedas ni imágenes mostraron su imagen barbada y, en vez del desaliñado anciano de pelos desgreñados, sus imágenes continuaron mostrando al imperturbable *princeps* de edad indefinida. En privado arremetía contra Varo y en ocasiones se golpeaba la cabeza contra las puertas de la casa gritando: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!». El fallecido comandante fue convertido en el chivo expiatorio y las fuentes más antiguas también muestran a Arminio como un traidor. Ninguna de esas imágenes era por completo falsa, pero no llegan a contar toda la historia. El *princeps* señaló el día del desastre como un día de duelo. No se reunieron legiones para reemplazar a las tres perdidas, lo que en sí mismo demuestra que apenas había reclutas suficientes para completar las ya existentes. Ni siquiera años después, cuando se formaron nuevas legiones, se revivieron los números XVII, XVIII y XIX.[699]

En los meses que siguieron, desde Germania llegaron noticias ligeramente mejores. Como siempre han hecho a lo largo de toda la historia los ejércitos irregulares, los hombres de Arminio se dispersaron tras la victoria, llevándose a casa su botín para el invierno. Por el momento solo algunos permanecieron sobre el terreno, a los que se unieron otros más inspirados por su éxito y ansiosos por conseguir gloria y botín para sí mismos. La mayoría de los pequeños destacamentos repartidos por Varo por el país se perdieron; pero cuando una fuerza de guerreros atacó una base del ejército en Aliso —probablemente el yacimiento excavado

en Haltern— sus ataques fueron rechazados. Tras una gallarda defensa, la guarnición y un alto número de civiles se escabulleron al amparo de la noche y realizaron una dramática huida hasta la seguridad del Rin. Se conservaron todos los vados del río que, de hecho, no parece haber sufrido ataques serios. Las dos legiones supervivientes de Varo y algunos auxiliares estaban básicamente intactas y sus comandantes dieron lo mejor de sí para organizar una defensa coherente.[700]



Las fronteras del Rin y el Danubio

LOS ÚLTIMOS AÑOS

No obstante, por el momento la provincia entre el Rin y el Elba estaba perdida —todas las guarniciones romanas y los asentamientos civiles de la zona que se han excavado fueron abandonados abruptamente en esa época—. Tiberio se pasó las siguientes cuatro campañas o bien en el Rin, o encabezando expediciones punitivas hacia el este, en lo que se le unió después Germánico. Pocos detalles se conservan de estas campañas, pero parecen haber avanzado gradualmente desde la seguridad del Rin, que-

mando poblados, destruyendo cosechas, robando rebaños y aves y matando o capturando a cualquiera al que pudieran atrapar. Los romanos llamaba a esto *vastatio* —devastación— y eran muy buenos en ello, pero está claro que seguían enfrentándose a una fuerte oposición. El poder de Arminio creció al ser el hombre que había destruido las legiones y llegó a dirigir no solo a muchos queruscos, sino también a guerreros de otras tribus. La derrota de Varo había destrozado el aura de invencibilidad de los romanos tanto como la rápida conquista japonesa de Honk Kong, Malasia y Birmania en 1941-1942 acabó con la reputación del Imperio británico en todo el Lejano Oriente. Resulta extremadamente difícil —quizá es imposible— recuperarse de este tipo de humillantes fracasos.[701]

Las campañas en Germania continuaron durante el resto de la vida de Augusto y está claro que seguía teniendo esperanzas de recuperar la provincia. No obstante, la mayoría de sus logros fueron más simbólicos que prácticos. En el 11 d. C., Tiberio y Germánico combinaron sus fuerzas para la primera gran expedición al otro lado del Rin, pero durante la misma hubo escasos combates. Arminio y los demás líderes germanos eran lo bastante inteligentes como para arriesgarse a un combate en los términos de los romanos, mientras que los comandantes romanos eran igual de cautelosos y no presionaron demasiado a los germanos. El 23 de septiembre, mientras seguían en territorio enemigo, celebraron el cumpleaños de Augusto con una serie de carreras de caballos organizadas por sus centuriones antes de retirarse hacia el Rin. Por el momento seguía sin verse una devastadora venganza por la derrota, ni tampoco se recuperaron los estandartes; pero el confiado avance de los romanos sugiere al menos que todo marchaba bien para asegurarse de que al final Roma saldría vencedora.[702]

Una guerra en marcha proporcionaba a Tiberio más oportunidades para probar su valía y demostraba sus ganas de trabajar

en favor del Estado. Continuó regresando a Roma cada invierno y, desde el 9 o el 10 d. C., por regla general, ocupó su puesto en el Senado y en otras reuniones públicas sentado junto a Augusto entre ambos cónsules. Es posible que varias de las cartas escritas por el *princeps* a Tiberio y citadas después por Suetonio daten de estas fechas. Sus extractos estaban pensados para demostrar el afecto de Augusto: «No tengo nada que decir, excepto alabar tu conducta en la guerra, mi querido Tiberio, y estoy seguro de que nadie podría haber actuado con mayor prudencia frente a tantas dificultades y un ejército carente de espíritu». «Cuando oigo y leo que estás exhausto por el constante trabajo, que los dioses me corrijan si mi propio cuerpo no me duele por empatía. Te ruego que no te esfuerces, no sea que escuchar que estás enfermo nos mate a tu madre y a mí, y coloque al pueblo romano en peligro…». Como siempre, refuerza sus puntos de vista con muchas agudas citas griegas.[703]

En enero del 10 d. C., Tiberio dedicó el restaurado templo de la Concordia en el Foro en su nombre y el de su hermano Druso, pagando los trabajos con los beneficios de la guerra en Germania —probablemente los primeros éxitos y no los recientes—. El triunfo que se le concedió por el Ilírico fue pospuesto hasta el 12 de octubre del 12 d. C. y la ocasión quedó señalada por la ampliación de su *imperium* proconsular a todo el Imperio y no solo a las provincias occidentales, donde ya estaba dirigiendo el esfuerzo de guerra. Augusto también fue saludado como *imperator* por la derrota de esta rebelión, pero como siempre decidió no celebrarlo. Al final de su vida habría sido saludado como *imperator* no menos de veintiuna veces… un total por completo sin precedentes que nunca sería igualado en el futuro. Germánico fue galardonado con los *ornamenta triunfalia* por haber suprimido la rebelión balcánica y fue cónsul durante el año 12 d. C. con veintiséis años. Se había saltado el pretoriado, y Druso, el hijo de

Tiberio, fue cuestor en el 11 d. C. y estaba señalado para un consulado temprano.[704]

Antes de que las noticias del desastre de Germania llegaran a Roma, una de las principales preocupaciones de Augusto en el año 9 d. C. era el estallido de resentimiento creado por su legislación en favor del matrimonio y la cría de hijos. Si bien todos coincidían en que era una loable ambición, no les gustaban las penas impuestas a los solteros y los sin hijos, que entre otras cosas restringían la capacidad para heredar haciendas de nadie fuera de la familia cercana. En el pasado, los ricos sin hijos encontraban sencillo conseguir amigos entre aquellos que esperaban recibir un legado cuando murieran. Algo que se volvió más difícil y, no solo eso, sino que en caso de no haber miembros de la familia para heredar, era posible que el dinero y las propiedades fueran a parar al Estado. Criar a los tres o más hijos a los que animaba la ley era caro, en especial si se necesitaban fondos para darles y que todos alcanzaran la categoría ecuestre o senatorial, por no decir nada de proporcionarles los recursos para llevar una vida confortable.[705]

Eran unas leyes que, inevitablemente, afectaban más a los ricos, de modo que durante la celebración de unos juegos un grupo de *equites* se mostró especialmente decidido en sus demandas de que se derogara la ley. Augusto respondió con una reunión pública, donde puso a la creciente familia de Germánico como ejemplo y después, supuestamente, dividió a los ecuestres presentes entre aquellos que tenían hijos y un grupo mucho mayor sin ellos. Bien en esta reunión, bien en otra en el Senado, dio un discurso que posiblemente fuera leído por alguien. Durante algún tiempo, el cuestor que se le asignaba cada año se encargó de esta tarea, pero se sabe que Germánico también lo hizo durante estos años. Repitió sus argumentos sobre la necesidad de criar a las próximas generaciones, citando ampliamente un famoso dis-

curso dado en el siglo II a. C. donde se amonestaba a los senadores de esa época por no casarse y no tener bastantes hijos.[706]

La única concesión que hizo fue modificar la ley, que fue presentada avanzado el año por los cónsules sufectos —ninguno de los cuales, irónicamente, estaba casado o tenía hijos—. Las diferencias concretas entre la *Lex papia popea* y la anterior son difíciles de comprender, pues juristas posteriores unieron las dos, pero está claro que siguió siendo considerada como dura con la elite. A largo plazo no pudo impedir la tendencia hacia la extinción de las antiguas familias aristocráticas, lo que al final tuvo más que ver con la alta tasa de mortalidad infantil que con nada que pudiera controlar el Estado. La ley consiguió reunir algunos ingresos y también enfatizó lo que Augusto consideraba el comportamiento responsable y moral de los romanos; algo que probablemente fue relevante sobre todo en los convulsos meses posteriores a la pérdida de Varo y sus legiones.[707]

Fueron años difíciles, empeorados por unas serias inundaciones en el año 12 d. C. que afectaron a las principales fiestas. César Augusto era viejo y la perspectiva de un mundo sin él resultaba una amenaza aún mayor. Los horóscopos, una obsesión que venía de largo para los romanos, sobre todo entre la aristocracia, se volvieron todavía más populares. Augusto prohibió que nadie buscara predicciones privadas de videntes y astrólogos e, incluso si iban a ir en grupo a consultar a uno de ellos, tenían prohibido preguntar por el final de la vida de nadie. Al mismo tiempo, el *princeps* hizo públicos los detalles de su propio nacimiento y las posiciones de las estrellas en ese momento, permitiendo que quienes fueran capaces de realizar su horóscopo lo hicieran si así lo deseaban. Un año antes, también relajó la prohibición de que los ecuestres lucharan como gladiadores, pues varios de ellos la estaban ignorando y apareciendo en la arena. A la muchedumbre parecían gustarle las apariciones de hombres ricos que arriesga-

ban su vida y sus miembros de este modo, incluso Augusto miraba con semblante de estar disfrutando.[708]

Sin embargo, el *princeps* no siempre se sentía tan inclinado a mostrar tanta franqueza, generosidad y disposición a ignorar leyes que no se obedecían. Por estas fechas se confiscaron y quemaron públicamente los libros escritos por Tito Labieno. Nieto del hombre que fue lugarteniente de Julio César en las Galias, pero que se había unido a Pompeyo en el 49 a. C., tenía la costumbre en sus lecturas públicas de decir que se saltaría el siguiente pasaje y que solo dejaría que se leyera tras su muerte. Tales oscuras indirectas adquirían un aspecto más siniestro cuando se tenían en cuenta los virulentos ataques que realizaba abiertamente contra muchas figuras públicas, si bien resulta difícil saber si simplemente los difamaba o les recordaba actos del pasado que ahora parecían indiscretos o inconvenientes. Con ese gusto tan romano por las pullas, sus contemporáneos lo llamaron Rabieno, o «Rabioso». Por lo que podemos saber, no atacó ni a Augusto ni a su familia más cercana, pero puede que estuvieran escritos con puntos de vista favorables a Pompeyo u otros enemigos de Julio César. Labieno se suicidó a modo de rabiosa protesta por la destrucción de su trabajo.[709]

El igualmente ácido orador Casio Severo presumía de que se sabía de memoria las obras quemadas. Era conocido por sus decididas y extremadamente agresivas acusaciones en los tribunales; pero también le gustaba escribir panfletos insultando a hombres y mujeres prominentes en la buena y antigua tradición romana del maltrato retórico. De nuevo resulta improbable que Augusto fuera uno de sus blancos; pero en torno al 12 a. C. permitió una acusación bajo la *Lex maiestas*, remodelada en el 6 d. C. y que trataba del vago concepto de las ofensas que dañaban la «majestad» del Estado y el pueblo romanos. Parece haber sido la primera vez que se utilizó como respuesta a ataques escritos y de palabra contra individuos. Casio fue encontrado culpable y enviado

al exilio en el comparativo lujo de Creta. Bajo Tiberio y sus sucesores, la *maiestas* se preocupó abrumadoramente de la pretendida deslealtad al emperador y este tipo de juicios se volvieron más comunes —como de hecho pasó también con la censura—. La ventaja que concede la perspectiva de los años hace que este desarrollo resulte particularmente siniestro; pero lo que quizá sea más importante es que la oleada de insultos y abusos era signo de las continuadas enemistades entre miembros de la elite, las cuales no tenían nada que ver con el *princeps*. Las rivalidades por los honores y los cargos también continuaron. En el 11 d. C., los dieciséis candidatos a pretor terminaron con tan escasas diferencias entre ellos que Augusto les permitió a todos ocupar el cargo, si bien al cabo de un año regresó a los doce habituales.[710]

Se tomaron otras medidas para aligerar la carga de trabajo y ceremonias del anciano Augusto. En el 12 d. C., Germánico leyó un discurso en el Senado en el cual el *princeps* pedía a los senadores que no volvieran a saludarlo y despedirlo formalmente cuando llegaba y salía del Foro. También pedía que fueran a saludarlo con menos frecuencia cuando estaba en su casa y solicitaba su perdón por no ser capaz ya de cenar en sus casas tan a menudo como en el pasado. El año siguiente, el *consilium princeps*, que durante tanto tiempo había actuado como caja de resonancia de la opinión senatorial, fue alterado de forma fundamental. En vez de estar formado por senadores elegidos por sorteo y que servían durante seis meses, sus miembros se volvieron permanentes y fueron todos elegidos por el *princeps*. También se le dio más autoridad, de modo que ahora sus decisiones contaban como si fueran decretos de todo el Senado. Es indudable que para el anciano Augusto resultaba más sencillo llevar a cabo un buen montón de tareas desde la comodidad de su casa —Dion Casio dice que en ocasiones se reclinaba en un sofá durante las reuniones de este cuerpo.[711]

Otra evidente consecuencia de este cambio fue ampliar la influencia de Tiberio y sus hijos, preparando así el camino para la sucesión cuando el *princeps* muriera. No obstante, sería un error considerar a Augusto una mera marioneta. Es evidente que continuó realizando una considerable cantidad de trabajo y tomó decisiones importantes, aun en el caso de que fuera guiado por sus consejeros y su familia. Seguimos encontrando rastros del político experimentado y astuto. En el 13 d. C. crecieron las quejas respecto al impuesto del cinco por ciento de las herencias puesto en vigor para dotar de fondos al *aerarium militare*. La respuesta de Augusto fue invitar a los senadores a proponer sus propias soluciones para proporcionar una financiación estable y continua para el Tesoro Militar —algo vital por entonces, sobre todo con la continuada guerra en Germania—. Tiberio estaba fuera y a Germánico y Druso se les dijo que no expresaran su opinión al respecto para que no se considerara que era la de su abuelo. El Senado discutió la cuestión y le entregó al *princeps* algunas propuestas por escrito. Ninguna parecía práctica y esencialmente eran un decidido rechazo del sistema existente sin ninguna alternativa práctica. Entonces César Augusto anunció que estaba pensando en un impuesto sobre la propiedad, y envió hombres a comenzar el proceso de registrar a todo el mundo para el nuevo impuesto. Un nervioso Senado no tardó en mostrarse de acuerdo en que preferían el antiguo impuesto sobre las herencias antes que enfrentarse a una perspectiva tan incierta. De modo que el *princeps* se declaró igual de encantado de aceptar una decisión tan sensata.[712]

También en el 13 d. C. se le otorgó una nueva ampliación de diez años de su provincia y poderes. Al mismo tiempo, Tiberio también las recibió al completo y en los últimos años su perfil había comenzado a aparecer en el reverso de las monedas que tenían a Augusto en el anverso. A los dos colegas también se les concedieron poderes consulares para supervisar un censo, que

fue terminado en mayo del 14 d. C. y contó a 4.937 000 ciudadanos… casi 900 000 más de los que aparecían en el primer censo supervisado por el *princeps* en el 28 a. C. Para Augusto este crecimiento era un signo visible de su éxito restaurando la paz y la prosperidad del pueblo romano. Habían transcurrido cuarenta y tres años desde el suicidio de Antonio y César estaba en su septuagésimo sexto año. Dion Casio menciona augurios que sugerían que se preparaba un cambio. Uno sucedió cuando un loco corrió contra la procesión de los dioses y símbolos mostrados en los juegos y se sentó en la silla oficial de Augusto, otro cuando un rayo golpeó la letra C de César en la base de una estatua de Augusto en la colina del Capitolio… AESAR era la palabra etrusca para dios y se consideró un indicio de una inminente deificación. Suetonio afirma que, cuando la compleción del censo quedó señalada por las ceremonias habituales, un águila sobrevoló varias veces a Augusto y luego se posó en un frontón del templo justo encima de la primera letra del nombre de Agripa. El *princeps* habría estado a punto de leer un voto por el bienestar del pueblo romano durante los cinco años que faltaban para el siguiente censo; pero en vez de ello hizo que Tiberio lo leyera por él, comentando que no estaría allí para ver cumplida la promesa. [713]

LOS ÚLTIMOS VIAJES

Se supone que en algún momento del año el *princeps* realizó un largo viaje hasta la isla de Cerdeña, donde estaba retenido Póstumo Agripa. Como séquito solo lo acompaño un aristócrata, el excónsul Paulo Fabio Máximo, que moriría a lo largo de ese mismo año. Muchos historiadores desdeñan la historia como una invención que pretendía arrojar dudas sobre los verdaderos sentimientos de Augusto respecto a la sucesión. No obstante, resulta difícil que pudieran circular historias que afirmaban que había abandonado Roma durante tanto tiempo a menos que resultara posible, de modo que muy bien pudo haber tenido lugar.

También puede ser cierto que Augusto y su nieto —en un momento dado su hijo— mantuvieron una reunión llena de lágrimas. Lo que sí está claro es que ello no supuso ninguna diferencia para sus planes. El *princeps* había redactado su testamento el año anterior, el cual había depositado con las Vestales, y no tenía intención de cambiarlo. Tiberio era su heredero principal, con dos tercios de sus posesiones, mientras que Livia recibía el tercio restante. Agripa no era mencionado más que para estipular que ni él ni las dos Julias debían ser enterrados en el Mausoleo de Augusto.[714]

El censo había mantenido a Tiberio en Italia durante casi un año, pero avanzado el verano iba a marchar al Ilírico para realizar una breve gira y comprobar que la provincia seguía estable y segura. Sin duda hubo muchas peticiones y disputas locales que dirimir; pero no aparece sugerencia ninguna de amenaza a la paz general de la región. Simplemente se encontraba a una distancia conveniente a la que realizar una tarea útil y prestigiosa y poder regresar a Roma para el invierno. Augusto y Livia lo acompañaron al principio de su viaje, planeando llegar hasta Benevento, en parte porque el *princeps* quería asistir a los juegos en su honor que iban a tener lugar en Nápoles. El grupo fue hacia el suroeste, al puerto de Astura, desde donde fueron en barco —rompiendo su costumbre de navegar exclusivamente de día porque el viento era favorable—. Por la noche se puso malo del estómago, lo que se manifestó en una diarrea.[715]

No parecía especialmente serio y el barco navegó hacia el suroeste por la costa hasta Capri, donde tenía una villa —la de la colección de fósiles—. Según se aproximaban al importante puerto de Puteoli se cruzaron con un barco mercante de Alejandría, cuya tripulación y pasajeros lo saludaron casi como si fueran adoradores suyos. Vestidos de blanco, coronados con guirnaldas, quemaron incienso… quizá porque ya estaban celebrando una ofrenda para señalar su arribada sanos y salvos. Entusias-

mados, le dijeron a César Augusto que «vivían por su intermedio, que por su intermedio navegaban y por su intermedio disfrutaban de libertad y prosperidad». El *princeps* estaba encantado y dio a cada uno de los miembros del grupo cuarenta *auri* de oro (una suma equivalente a 1000 denarios o 4000 sextercios) con instrucciones de que debían gastárselo solo en bienes de Alejandría.[716]

Pasó cuatro días relajándose en Capri, y parecía que se reponía de su enfermedad. Su espíritu festivo y su gusto por las fiestas y bromas hizo que entregara vestidos griegos a sus compañeros romanos y romanos a sus amigos griegos y les invitó a todos a ponérselos. Como parte del juego, los romanos tendrían que hablar en griego y los griegos en latín. Durante esos días, observó con interés los juegos de los efebos locales, un legado de la antigüedad del asentamiento griego y de su influencia en la zona. Estos jóvenes pasaban por una especie de entrenamiento vagamente militar consistente en instrucción y ejercicio físico —la efebía— antes de poder ser reconocidos como ciudadanos adultos de sus comunidades. Augusto les dio una fiesta, durante la cual lanzó boletos con premios, como fruta y exquisiteces, a la muchedumbre y los animó a bromear, incluso a sus expensas. Otro día bromeó con uno del séquito de Tiberio, pidiéndole que dijera si eran citas un par de versos de un poema que acababa de componer.

A pesar de seguir sufriendo ataques periódicos de diarrea, Augusto se sintió lo bastante bien como para cruzar hasta Nápoles y ver los juegos en su honor. Tras lo cual viajó con Tiberio hasta Benevento, donde le deseó buen viaje. De camino a casa, César Augusto solo había llegado a su villa en Nola antes de que la enfermedad reapareciera con mayor virulencia. Era la casa de campo donde había muerto su padre y quizá la coincidencia lo convenció rápidamente de que el fin se encontraba cerca. Se envió un mensaje para que Tiberio regresara, ya que lo más probable es

que hubiera seguido la Vía Apia hacia el gran puerto de Brundisio. Las fuentes no coinciden en si el hijo adoptivo del *princeps* pudo llegar junto a su padre antes de que este muriera; pero Suetonio, que ofrece el relato más detallado y convincente, afirma que sí lo hizo. Pasaron mucho tiempo solos discutiendo asuntos de Estado. Cuando Tiberio lo dejó, se afirma que sus ayudantes escucharon murmurar a Augusto: «Oh, infortunado pueblo romano, ser masticado por unas mandíbulas tan lentas».[717]

Tras esta reunión, el *princeps* no habló de asuntos de Estado, sino que alardeó de nuevo de que se había encontrado con una Roma hecha de adobes y había dejado una de mármol; sin duda refiriéndose a la solidez de la paz y prosperidad que había creado tanto como a la reconstrucción física de la ciudad. No sabemos cuántos días resistió. Dion dice que solo comía higos de un árbol que había cultivado en su jardín; también menciona el rumor de que Livia embadurnó algunos con veneno antes de dárselos, mientras que ella solo se comía los limpios. Es probable que tales historias —al igual que la supuesta burla a Tiberio— daten de los años en los que Tiberio era muy impopular y no tienen mucho sentido. La muerte de un hombre que nunca había sido robusto y que ahora era un anciano para los estándares del mundo antiguo vuelve por completo innecesaria cualquier otra explicación que no sea la muerte natural. Debilitado por su incapacidad para comer, lo más probable es que el corazón del *princeps* simplemente fallara.[718]

Suetonio habla con algún detalle de su último día, el 19 de agosto del 14 d. C., y aunque no conocemos su fuente, su relato suena a cierto. Como mínimo representa el modo en que se creía que un buen emperador debía encontrarse con su final. Varias veces, César Augusto preguntó si fuera había algún tumulto, aparentemente preocupado bien por una demostración de afecto o temeroso de que se propagara una inquietud que pudiera amenazar la estabilidad del Estado y la tranquilidad de la sucesión.

Consciente de su apariencia, pidió un espejo y le dijo a un esclavo que le devolviera el orden a su cabello con un peine y lo ayudara a ajustar su mandíbula… una versión más controlada de la del moribundo Julio César levantándose la toga para cubrirse la cabeza. Así compuesto, les dijo que dejaran pasar a algunos de sus amigos, preguntándoles si sentían que había representado bien su papel en el mimo o la comedia de la vida. Luego pasó al griego y declamó algunas líneas que pueden haber sido una cita directa, o quizá de su propia invención, del tipo de las que dice un actor cuando deja el escenario al final de una representación:

Dado que bien he representado mi papel, aplaudid todos,
Y del escenario despedidme con un aplauso.[719]

El tono de la historia deja claro que esperaba aprobación y aplauso. No hay ninguna sugerencia de dudas de último minuto, pero Dion Casio puede tener razón cuando observa una ligera ironía y la admisión de que incluso la más exitosa de las vidas termina con la tumba. Entonces les pidió que salieran, pero antes de que lo hicieran les pidió a algunos que acaban de llegar desde Roma noticias sobre Livila, la esposa de Druso, el hijo de Tiberio, que había estado enferma hacía poco.[720]

Dejado con Livia y sus servidores más próximos, hubo un momento de agitación cuando Augusto dijo que estaba siendo transportado por cuarenta hombres jóvenes. Suetonio menciona que este era el número de guardias pretorianos que portarían su cadáver; pero, dado que el *princeps* había dejado planes detallados para su propio funeral, la idea puede que ya anduviera por su cabeza. Murió en la novena hora —es decir, nueve horas después de amanecer—, para nosotros al final de la tarde o al principio de la noche. Sus últimas palabras para ella fueron: «Livia, recuerda nuestra vida de casados y adiós».

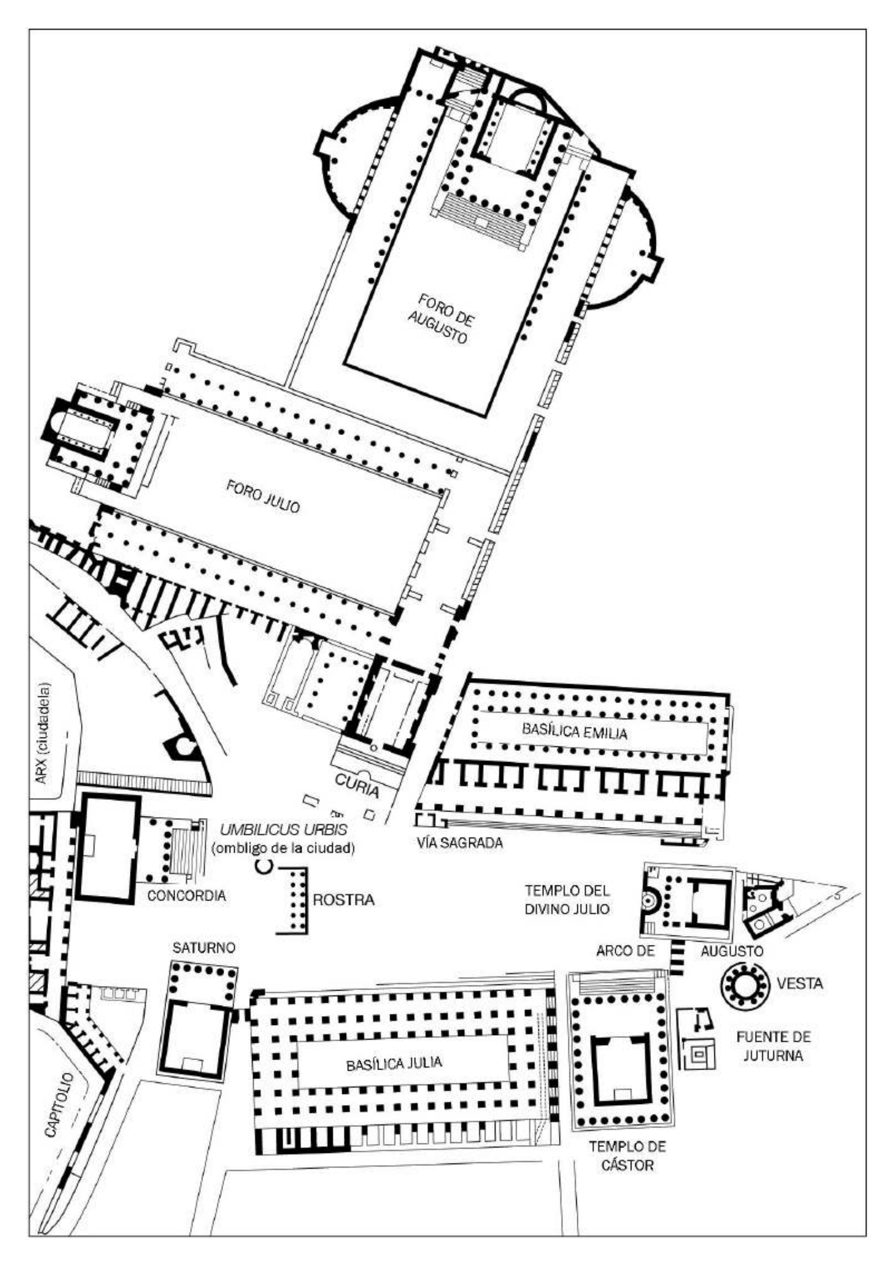
Emperador César Augusto, hijo del divino Julio y «padre de su país» había muerto. Puede que Livia retrasara la noticia de su muerte hasta que se confirmaran los preparativos para las exe-

quias, si bien esta afirmación puede ser simplemente parte de la misma invención de una conspiración en torno a la muerte del *princeps*.[721]

Basándonos en los preparativos para el funeral de Agripa, Druso y los demás de su familia que habían muerto mientras estaban lejos de Roma, al cuerpo del *princeps* le esperaba un viaje más. Comenzado durante la noche, para poder evitar el calor de un día de agosto, los concejales de Nola lo transportaron al principio de su viaje a Roma. Cada día se le dejaba reposar en la frescura de la basílica de una ciudad del camino, cuyos líderes se encargaba cada noche de la tarea de conducirlo a la siguiente comunidad importante. Por todas partes hubo demostraciones de duelo y respeto… pocas personas podía recordar la época anterior a que Augusto dirigiera el Estado. Un grupo de destacados ecuestres se reunió con el cortejo en Bovilla, justo al sur de Roma y la antigua ciudad de Alba Longa, y lo transportaron dentro de la ciudad, donde fue depositado en el vestíbulo del complejo de Augusto en el Palatino.[722]

El Senado debatió sobre el mejor modo de honrarlo y, como en el pasado, la mayor parte de sus propuestas fueron excesivas y por lo tanto rechazadas. La familia cercana de Augusto hizo los pocos preparativos para su funeral que él no había determinado. Comenzó, como siempre habían hecho los funerales aristocráticos, con una reunión en el Foro. La fecha del 8 de septiembre es una sugerencia probable, pero no puede demostrarse. Si bien se trató de algo más ordenado que el funeral de Julio César, su estrecha relación con este punto sin duda estaba en la mente de todos cuando pasaron a presentarle sus respetos a su hijo. Actores llevaban las máscaras funerarias de los antepasados de Augusto, como era tradición; pero otros llevaban las imágenes e insignias de otros grandes hombres de la historia de Roma sin relación con él. Pompeyo estaba entre ellos y muchos —cuando no todos — de los *summi viri* del recinto del Foro de Augusto estaban allí

para honrar el deceso del más grande de todos los romanos. César Augusto era más que simplemente otro aristócrata, era el segundo fundador de la ciudad, el hombre que había devuelto la paz a Roma, la prosperidad y una adecuada relación con los dioses, de modo que tanto en la vida como en la muerte reclamaba ser asociado con todas las grandes hazañas y líderes heroicos del pasado.



El centro de Roma en el 14 d. C.

La imagen de Julio César no estaba incluida, puesto que ahora era un dios y no un mero hombre; pero esto no significa que se le olvidara o se suprimiera su recuerdo. Tiberio subió a la Rostra fuera del templo del divino Julio para pronunciar el primer elo-

gio fúnebre. Estaba vestido con la toga y túnica negras del duelo, al igual que su hijo Druso, que pronunció un segundo elogio fúnebre, esta vez desde la «antigua» Rostra, que a su vez había sido remodelada por Julio César y Augusto. A todo su alrededor se veían los símbolos de Augusto en los monumentos y edificios. El Senado estaba presente y los magistrados electos para el año siguiente, vestidos solo con sus túnicas y sin togas, se encargaron de llevar el cuerpo hasta el Campo de Marte, un camino a todo lo largo del cual había más recordatorios de la gloria y proyectos constructivos del *princeps*. El cuerpo de Augusto iba oculto dentro de un ataúd, sin duda porque tras varias semanas del final de verano no se encontraba en la mejor de las formas; en su lugar, encima de él reclinada en un sofá de marfil y oro iba una efigie suya sin defectos realizada en cera, que lo representaba como general triunfante. En la procesión también había dos imágenes suyas de oro, una traída por los senadores desde la Curia Julia, que él había restaurado, y otra llevada en un carro triunfante.[723]

En el Campo de Marte esperaba una pira y el ataúd fue depositado encima. Seguidamente los principales sacerdotes de Roma hicieron una procesión alrededor, tras lo cual ecuestres seleccionados corrieron en torno a la pira, seguidos por guardias pretorianos, algunos de los cuales arrojaron sus condecoraciones militares sobre el ataúd, justo como habían hecho los soldados de Julio César en su funeral. Luego los centuriones pretorianos trajeron antorchas encendidas y las arrojaron a la pila de madera, que estaba preparada cuidadosamente y no tardó en prender. En ese momento se soltó un águila desde el interior de la estructura que voló por el aire simbolizando el ascenso del espíritu del *princeps* al cielo para reunirse con su padre entre los dioses. Un expretor juró después públicamente que había visto con claridad ascender la forma de Augusto hacia el cielo.[724]

Durante cinco días, la anciana Livia permaneció cerca del lugar, quizá en un refugio temporal. Fue atendida por varios

miembros de su casa y por distinguidos ecuestres. Al final de ese período, esos hombres, descalzos y con las túnicas sin cinturón, para que cayeran hasta los tobillos, recogieron las cenizas y restos de hueso en una urna. Esta fue trasladada y depositada dentro del Mausoleo, la monumental tumba que Augusto comenzara a construir hacía casi cincuenta años.

CONCLUSIÓN

APRESÚRATE DESPACIO

La democracia, bien es cierto, posee un nombre de apariencia imparcial [...]. Monarquía [...] posee un sonido desagradable; pero es una muy práctica forma de gobierno bajo el que vivir. Pues resulta más sencillo encontrar un único hombre excelente que muchos de ellos [...], pues no pertenece a la mayoría de los hombres adquirir virtud [...]. De hecho, si alguna vez ha habido una democracia próspera, en todos los casos ha estado en su mejor momento solo durante un breve período.

DION CASIO, comienzos del siglo III d. C.[725]

[Augusto] sedujo al ejército con botines, a la gente con repartos de grano gratuito, al mundo entero con el confort de la paz y luego, gradualmente, asumió el poder del Senado, los magistrados

y la creación de leyes. No había oposición, pues los más bravos

de los hombres cayeron en la línea de batalla o ante las listas

de la proscripción...

TÁCITO, comienzos del siglo II d. C.[726]

Los asuntos públicos quedaron suspendidos en gran parte mientras el cortejo se trasladaba hasta Roma y durante las ceremonias fúnebres, si bien el Senado fue convocado para escuchar el testamento de Augusto. Tiberio y Livia eran nombrados sus principales herederos, aunque, al modo romano, otros miembros más distantes de la familia eran nombrados herederos secundarios en caso de que los primeros murieran antes que él. También legó la vasta suma de cuarenta y tres millones de sextercios al Estado, así como legados para todos los ciudadanos y el ejército. Un soldado ordinario en la guardia pretoriana recibía mil sexter-

cios, los miembros de las paramilitares cohortes urbanas y los *vigiles* quinientos sextercios cada uno, mientras que los legionarios y soldados libertos reunidos durante las emergencias del 6 y el 9 d. C. recibieron trescientos sextercios. En cada caso, los oficiales debieron cobrar mucho más y esta generosidad era un claro reconocimiento de que la supremacía descansaba básicamente en conservar la exclusiva lealtad del ejército. Augusto nunca dejó de ser el caudillo en el que se convirtió durante su décimo noveno año de vida.[727]

Tiberio ya poseía todos los poderes importantes de Augusto, incluido el *maius imperium*. Desde el principio impartió órdenes a los pretorianos y otras unidades de Roma de forma natural, y escribió a los comandantes de los ejércitos provinciales. En la práctica, el Estado había pasado de tener dos *principes* a volver a tener solo uno. No se trató de heredar los poderes de Augusto como hijo adoptivo o heredero suyo, puesto que Tiberio ya los tenía por derecho propio. No obstante, las apariencias eran importantes y, del mismo modo que Augusto había «entregado» sus poderes en enero del 27 a. C. y renunciado al consulado en julio del 23 a. C., solo para ser convencido por el Senado para que retomara el liderazgo de la mancomunidad, Tiberio deseaba ser llamado para representar su papel. Ambos hombres tenían caracteres muy diferentes y esta vez la pantomima fue menos pulida, o quizá estuvo peor orquestada. Las desmañadas formas de Tiberio y su complicado en exceso estilo retórico confundieron a muchos respecto a sus verdaderas intenciones; pero al final los senadores fueron capaces de «convencerlo» de que debía asumir todas las responsabilidades de su muy llorado padre.

El 17 de septiembre, el Senado declaró que Augusto era un dios, de modo que ahora Tiberio era debidamente Tiberio Julio César Augusto *divi filius*. En el testamento estaba estipulado que debía asumir el nombre de Augusto; pero el nuevo *princeps* se negó a dejar que el Senado lo confirmara con una votación. En vez

de ello insistió en que emplearía el nombre solo en concordancia con los deseos de su padre y para honrarlo. Del mismo modo, rechazó la concesión automática del título *pater patriae*. No obstante, al igual que su demostración de reluctancia ante el Senado, semejante modestia apenas escondió su buena disposición para asumir el cargo supremo, una decisión ya tomada cuando se le concedieron cada uno de los poderes individuales de Augusto. [728]

No existía ninguna alternativa seria para el puesto. Las noticias de la muerte de Augusto encendieron motines entre algunas de las legiones del Danubio y después del Rin. Los motivos fueron el aburrimiento, los muy retrasados licenciamientos de hombres que ya habían excedido con creces su tiempo de servicio y todas las frustraciones impuestas por la dura disciplina, combinadas con la incertidumbre de un mundo sin el hombre que les había pagado y al cual habían jurado lealtad. En general, los amotinados solo querían mejores condiciones y otros privilegios inmediatos. En el Rin se discutió brevemente la posibilidad de proclamar a su comandante Germánico como *princeps* en vez de Tiberio, pero no tardó en quedar en nada. El hijo adoptado era tan leal como un romano debía serlo, y no existía gran entusiasmo por retornar a la guerra civil.

Casi tan pronto como Augusto murió, un centurión de la guardia pretoriana marchó a la isla donde estaba confinando Agripa Póstumo. Una vez allí, el oficial mató al nieto de Augusto, aunque supuestamente no sin lucha, pues aquel era joven y fuerte. Cuando el centurión y su grupo regresaron a Roma e informaron a Tiberio como su comandante que era, este negó enérgicamente haber dado semejante orden. No podemos saber si el nuevo *princeps* decía o no la verdad. Desde entonces y hasta hoy día las conjeturas no han faltado y algunas afirman que mentía o culpan a Livia en su lugar. Otros han considerado responsable a Augusto, de modo que su casi última orden habría evocado

al despiadado triunviro que fuera una vez, con un último caso de *moriendum esse*. Tácito se muestra escéptico, afirmando que en ninguna otra ocasión mató a nadie de su familia cercana. Evidentemente, quien más ganaba de forma inmediata con la muerte era Tiberio, pues hacía desaparecer a un rival potencial, pero nunca podremos saber quién dio la orden. Antes de que terminara el año, su exmujer, Julia, también habría muerto, acelerado su final por sus condiciones de vida, endurecidas por orden suya. [729]

La atrozmente elevada tasa de mortalidad entre la familia extensa de Augusto continuó en los años siguientes. Germánico murió en el 19 d. C. mientras se encontraba en las provincias orientales y, a pesar de que hubo rumores de envenenamiento por unos celosos Tiberio o Livia, probablemente fuera otra víctima de la mala fortuna. Druso murió en el 23 d. C. y esta vez lo más probable es que fuera asesinato, siendo los culpables su esposa (hermana de Germánico, de Claudio y prima hermana del propio Druso) y su amante, el ambicioso comandante de la guardia pretoriana, Lucio Elio Sejano. Las maquinaciones de este ayudaron a desacreditar a la viuda y los hijos de Germánico. Agripina —la última de las hijas de Julia— y sus dos hermanos mayores fueron después arrestados y exiliados, muriendo todos durante el cautiverio. Livia sobrevivió quince años a su esposo, si bien sus relaciones con su hijo fueron cada vez más y más difíciles. Terminó muriendo el 29 d. C. a la edad de ochenta y seis años; pero recibió pocos honores por parte de Tiberio y no fue deificada hasta el reinado de su nieto Claudio.

En las primeras semanas, Tiberio habló mucho de su deseo de que los senadores representaran un papel más importante a la hora de ayudar a su liderazgo; pero en la práctica sus acciones tendieron a centralizar todavía más el poder. Una de sus primeras decisiones fue transferir las elecciones de las Asambleas Populares al Senado, dejando la Saepta como un mero parque y lugar

para espectáculos públicos. Si bien es cierto que Augusto siempre fue capaz de asegurar la elección de los candidatos que escogía, la historia de su principado muestra que hubo muchas ocasiones de competición genuina —en ocasiones corrupta e incluso violenta— para los cargos restantes, así como de la tendencia del electorado a votar de modo que no le gustaban. Con todo, no hubo verdadera resistencia pública al cambio, y los senadores preferían tener solo que ganarse a sus pares en vez de a un electorado mayor. No parece que la calidad de los magistrados mejorara ni empeorara como resultado de la reforma.[730]

Al contrario que Augusto, Tiberio se mostró reacio a embarcarse en giras por las provincias y con el tiempo llegó a cansarse de las reuniones diarias con senadores y otros en la propia Roma. En el años 26 d. C. abandonó la capital para retirarse el año siguiente a su villa de Capri, para no volver regresar a la ciudad en los diez años de vida que le quedaban. Entre el 14 y el 16 d. C., Germánico continuó comandando el Rin, para ser luego mandado llamar y enviado a Oriente. Druso fue mantenido sobre todo en Roma y, tras la muerte de Germánico, no se hicieron intentos de utilizarlo para realizar grandes giras por las provincias. En vez de ello, estas se dejaron a cargo de sus gobernadores, muchos de los cuales permanecieron en el cargo durante períodos de tiempo inusualmente largos, pero a ninguno de ellos se les dieron instrucciones de organizar guerras de agresión. Augusto había aconsejado que se mantuvieran las fronteras del Imperio donde estaban y, aunque su intención era que esto no fuera sino una pausa temporal para recuperarse de los problemas de los años 6 y 9 d. C., Tiberio prefirió convertirlo en doctrina durante toda su vida. Comparado con el principado de Augusto, hubo menos campañas y muchas menos celebraciones públicas de victoria, como tampoco se construyeron monumentos con el botín. Tiberio gastó mucho menos en proyectos constructivos y espectáculos en Roma de lo que lo había hecho cuando Augusto vivía.[731]

Las fuentes principales para estos años son Tácito y Suetonio, los cuales lo retratan como rencoroso y cruel, sugiriendo perversiones secretas… en resumidas cuentas, algo menos monstruo que Calígula y Nerón. En general, los historiadores modernos han rechazado este prejuicio y, si bien inclinados a mostrarse demasiado generosos con él, señalan con razón que el período de supremacía de Tiberio fue una época de paz y estabilidad, sobre todo en las provincias. Si hubo pocas guerras de agresión, los asuntos extranjeros fueron por lo general exitosos. Arminio sobrevivió a su derrota ante Germánico, pero cuando fue dejado solo volcó su agresión contra Marobodo más que contra los romanos. El rey de los marcomanos fue derrotado y huyó para acabar viviendo exiliado dentro del Imperio, mientras su propia confederación de tribus se disgregaba. En torno a las fechas de la muerte de Germánico, Arminio fue asesinado por algunos de sus propios jefes, molestos con su poder, y los pueblos que había unido volvieron a fragmentarse en grupos desunidos y mutuamente hostiles. Pasarían varias generaciones antes de que apareciera otro líder carismático, ya fuera en la frontera del Rin o del Danubio, de modo que dos posibles riesgos desaparecieron sin necesidad de que los romanos actuaran.

Durante veintitrés años, el Imperio fue por lo general estable, con los problemas en las fronteras y en un puñado de provincias mantenidos bajo control y, en este aspecto, las decisiones de Tiberio parecen haber sido sensatas. La mayoría de sus sucesores seguirían su ejemplo y no recorrieron el Imperio, como hizo Augusto, y, como Tiberio, tampoco enviarían a destacados miembros de la familia para realizar esta tarea. En muchos casos fue porque no tenían a nadie adecuado, o al menos a un familiar en el que quisieran confiar. El concepto de Augusto de más de un *princeps* solo fue revivido de forma ocasional y, más raramente aún, con éxito. En sí mismo no parece haber importado, incluso si eso significaba que la expansión sería mucho menos habitual

en el futuro. Si bien esto suponía un profundo cambio con el pasado de Roma, resulta difícil decir si su impacto en el sistema político, la economía y la sociedad fue bueno o malo.

Mucho más seria fue la gradual retirada de Tiberio de la vida pública; solo podía interactuar con senadores y legados del Imperio y más allá si iban a él y esperaban su turno en Capri. Incluso, cuando a principios de su reinado estuvo en Roma, cada vez se volvió más dependiente de Sejano, confiando en él al no sentirse inclinado a confiar en nadie más. Esto se debió en parte a que era un ecuestre y, como tal, se consideraba que no era probable que albergara muchas ambiciones. Agripa había procedido de un ambiente similar, pero se embarcó en una carrera senatorial con ayuda de Augusto y de forma consistente demostró ser un general y administrador muy exitoso. Sejano no demostró interés en esas cosas, pero su papel pasó rápidamente de ser solo el comandante de los pretorianos a convertirse en el principal consejero del *princeps*. Cuando Tiberio abandonó la ciudad, Sejano pasó a controlar de forma efectiva el acceso a él. Druso y los hijos de Germánico fueron sacados de la ecuación, así como suficientes hombres prominentes como para desanimar a los demás. Se utilizó mucho la *Lex maiestas*, que ahora se interpretaba con liberalidad y se aplicaba rigurosamente ante el menor de los aparentes menosprecios contra el *princeps*. En el 31 Tiberio ostentó el consulado —si bien no fue a Roma— y escogió a Sejano como colega, recompensándolo subsiguientemente con el *imperium* proconsular y, por tanto, mostrando todos los signos de que estaba llevándolo a la categoría de *princeps* y heredero. En el último momento cambió de idea y Sejano fue arrestado y ejecutado en un sangrienta purga que reclamó muchas más víctimas entre la elite romana.

El principado de Tiberio creó un clima de miedo entre los senadores y principales ecuestres que despertó el viejo recuerdo de las guerras civiles y las proscripciones, algo que nunca llegaría

a desvanecerse bajo sus sucesores. El estado de ánimo era muy diferente a la época de Augusto, pero solo en parte, porque durante el triunvirato este había generado suficiente miedo como para desalentar a todos menos a los más osados o imprudentes de los conspiradores. Lo que es más importante, Augusto se preocupó por conocer a los hombres más importantes del Estado, mezclándose con ellos socialmente y tratándolos con respeto. La accidental consecuencia de la torpeza social de Tiberio y su eventual alejamiento de la ciudad fue volver cada vez más difícil para los siguientes *princeps* el mismo estilo relajado. Puede, o no, que el hijo de Livia fuera el hombre malo representado en nuestras fuentes; pero en este aspecto al menos demostró ser un mal *princeps*. Bajo su gobierno, la monarquía se volvió menos solapada y la circunstancia de que existía en torno a él una corte y cortesanos más evidente. Sejano se elevó tanto solo gracias al favor del *princeps* y sin demostrar nunca sus talentos ni como soldado ni como magistrado.[732]

OCTAVIO, CÉSAR Y AUGUSTO

Este no es un libro sobre los sucesores de Augusto, ni sobre los cambios que hicieron en la naturaleza del principado, pues se trata de temas importantes en sí mismos. El juicio de los propios romanos era que fue superior a casi todos ellos y, mucho más tarde, se volvió costumbre esperar que cada emperador fuera «mejor» *(melior)* que Trajano y con más suerte *(felicior)* que Augusto, en referencia a la prematura pérdida de tantos miembros de su familia inmediata. A pesar del cariño nostálgico de los líderes aristocráticos por la República, que muchos de ellos manifestaban en forma de elogios a Bruto y Casio, los senadores no demostraron resentimiento ni, por supuesto, seria oposición a la realidad del principado. Solo tras el asesinato de Calígula se habló en el Senado brevemente del regreso a la República; pero la idea fue rápidamente desechada y en vez de ello pasaron a decidir quién debería ser escogido como *princeps*. El reconocimiento

de que el principado funcionaba era universal y solo un poco a regañadientes. Lo que importaba era si el emperador era o no un buen hombre y un buen gobernante, lo cual era juzgado partir de la combinación de sus éxitos interiores y exteriores y, sobre todo, de si el orden senatorial era tratado con el adecuado respeto. Así, el sistema de gobierno augusteo no fue discutido y el propio Augusto se convirtió en el principal modelo de un buen *princeps*. No puede haber indicios más claros de su éxito.[733]

Tanto entonces como ahora, el hombre en sí resulta mucho más difícil de juzgar, pues eran cosas demasiado diferentes como para permitir un veredicto sencillo. La ambición lo empujó durante toda su vida. En un momento dado —quizá no hasta el asesinato de Julio César, pero no podemos saberlo— decidió ser el primero del Estado y todo lo que hizo estuvo encaminado a ese fin. Para conseguirlo no dudó en recurrir a la violencia, de tal modo que en los años siguientes mató y aterrorizó, cambiando de aliados según le convenía en cada momento. La ambición corría por las venas de cualquier aristócrata romano, pero nunca antes estuvo tan poco limitada por las convenciones, ni tan abiertamente destinada a conseguir una supremacía permanente y sin rival; claro que nunca antes había sido nadie heredero de Julio César, dictador de por vida ni cargado con honores superiores a los que ningún romano había conseguido en el pasado. La situación en la que el joven Augusto se encontró carecía por completo de precedentes, exactamente igual que sus acciones; pero su motivación, cuando menos, tenía profundas raíces en las tradiciones de su clase social.

Ostensible e incontrolablemente ambicioso, Augusto se tornó más generoso con sus enemigos según su éxito final se iba volviendo más cercano. Su clemencia era más estudiada que la de Julio César, pese a lo cual fue real y, en especial durante la guerra con Antonio, solo asesinó a contrincantes cuando parecía necesario (según su propio punto de vista, por supuesto) y perdonó

siempre que le pareció seguro hacerlo. Este no parece haber sido el caso antes, cuando demostró escasa o ninguna piedad con ningún enemigo. Extrañamente, la contención de un asesino que deja de matar puede ser recibida más graciosamente que la piedad automática de alguien decidido a perdonar siempre que sea posible —sus oponentes no sabían muy bien cómo interpretar la clemencia de Julio César—. Tras Accio, Augusto dejó en gran medida de asesinar a otros romanos, con unas pocas excepciones tras reales o supuestas conspiraciones, e incluso entonces no hubo purgas amplias. Nada hay que sugiera que esta contención le fuera impuesta por nadie más que por él mismo. Políticamente, tenía perfecto sentido, pues con seguridad resultaba más sencillo tratar con una elite confiada y bien dispuesta; pero algunos de sus sucesores ejecutaron de forma constante y aun así consiguieron permanecer en el poder durante largos períodos. Pragmático o no, al fin y al cabo su comportamiento era responsabilidad suya y deberíamos admirar a Augusto por ello tanto como lo condenamos por el salvajismo de los comienzos de sus carrera.

No parece que existieran profundos planes o proyectos en esos primeros días y, ciertamente, nada sugiere que la idea del régimen que llegaría a crear un día estuviera ya tomando forma en su mente. En vez de ello, su actividad estaba dedicada exclusivamente al fin inmediato de conseguir poder y derrotar a sus enemigos, lo que probablemente no le dejara tiempo para nada más. Durante estos años publicitó su conexión con Julio César, celebró los logros de este, buscó venganza por su asesinato y, al mismo tiempo, consiguió poder para sí mismo. Posteriormente, en los años 30 a. C., comenzó a reparar y añadir monumentos e infraestructuras de Roma, y a regular el suministro de alimentos de la ciudad. De nuevo se trató de una política sensata; pero la dedicación con la cual continuó actuando de este modo tras Accio sugiere que se trataba de bastante más que de conseguir popularidad inmediata. Augusto persiguió el poder implacable-

mente; pero una vez lo hubo conseguido demostró grandes deseos por lograr que las cosas funcionaran adecuadamente, ya se tratara de los alimentos o del suministro de agua, el sistema de carreteras, las diferentes magistraturas o la administración de la propia Roma, Italia y las provincias. Los recursos gastados con generosidad en reparar viejos templos y construir otros nuevos pretendían restaurar una adecuada relación con los dioses que antaño hicieran grande a Roma y que podrían hacerlo de nuevo. Como gran parte de su más íntima personalidad, no podemos conocer las verdaderas creencias que había tras esta concertada política; pero cuando menos quería ser visto como haciendo algo al respecto y es más que probable que su deseo fuera genuino. Del mismo modo, los esfuerzos por mejorar la conducta y la moral de la elite de Roma se basaron en la ampliamente difundida creencia de que su mal comportamiento había merecido, al igual que causado, la confusión de finales de la República y que una mejor conducta, por consiguiente, traería una mejor fortuna al Estado.

Augusto persiguió el poder sin descanso y luego se aferró a él, a pesar de lo que pretendiera hacer ver en público. Semejante ambición seguramente sea la característica de cualquier líder político exitoso… y sin duda de otros muchos con menos éxito. No obstante, en su caso utilizó ese poder para el bien común. Trabajó duro para conseguir que la *Res publica* funcionara de nuevo y no podemos negar que tuvo éxito, puesto que la paz y estabilidad que impuso trajeron consigo mayores niveles de prosperidad. En un nivel básico, más gente estuvo mejor durante el principado de lo que lo había estado a lo largo de varias generaciones. Las preocupaciones que tenía eran tradicionales, por más que algunos de sus métodos fueran innovadores. Julio César había intentado tratar algunas de esas cuestiones, como habían hecho otros; pero ninguno tuvo la posibilidad de encargarse de ellas tan a fondo como Augusto. Durante el proceso se aseguró

de que todo el mundo supiera que trabajaba para el bien común; pero de nuevo se trata de una propaganda que hubiera realizado cualquier político romano. Al hacer favores a personas y comunidades enteras, las convirtió en sus deudores, de tal modo que, como sucedía tan a menudo, las ventajas personales estaban entremezcladas con el bien común. Esto no cambia el hecho de que gobernó bien, cualesquiera que fueran sus motivos.

Su propia posición se desarrolló de forma gradual. A partir del 30 a. C. monopolizó de forma efectiva el control de la fuerza militar, de tal modo que en términos actuales fue un dictador militar, por muy cuidadoso que se mostrara a la hora de evitar el término. Los cambios de su categoría legal no parecen haber formado parte de ningún plan gradual. Cada uno de ellos fue cuidadosamente considerado y habilidosamente preparado antes de ser puesto en práctica, para luego ser modificado por el procedimiento de prueba y error. Al mismo tiempo, cada año fue reforzando la infiltración de su nombre e imagen en cada aspecto de la vida pública y en buena parte de la privada. Augusto estaba en todas partes de un modo nunca antes alcanzado en una zona del tamaño del Imperio romano. Junto a su prominencia llegó la carga de recibir un flujo constante de embajadas y peticiones de las fronteras y de más allá. Tratar con tantas de ellas en persona, o por medio de colaboradores cercanos, le aseguraba recibir la lealtad de tantas personas y comunidades, sobre todo aquellas a las que se les concedía el favor solicitado; pero el precio era pasarse horas y horas, día tras día, trabajando duro para comprender y juzgar cuestiones que a menudo solo tenían una importancia muy local.

César Augusto era un dictador militar que se hizo con el control del Estado y su popularidad final nunca debería ocultar este hecho. Su carrera solo fue posible debido al caos de la mancomunidad romana durante el siglo I a. C. y hubiera sido inimaginable en épocas anteriores. No tiene demasiado sentido especular so-

bre lo que hubiera pasado si Bruto y Casio hubieran ganado en Filipo, o si Augusto hubiera fallecido combatiendo a Sexto Pompeyo o a Antonio, o debido a uno de sus muchos episodios de enfermedad. Puede que sean entretenidos temas de conversación durante la sobremesa para los entusiastas, pero descansan sobre demasiados imponderables como para tener valor histórico. Augusto ganó y vivió hasta una edad avanzada y nunca podremos saber lo que podría haber sido de no haberlo hecho, o si hubiera escogido un estilo de vida muy diferente al que adoptó.

Del mismo modo, debemos tener cuidado antes de encontrar rápidos paralelos con nuestro mundo contemporáneo. La aparente inercia constitucional de muchas democracias occidentales posee ecos de las últimas décadas de la República, cuando los líderes del Senado estaban demasiado ocupados con sus propias rivalidades como para enfrentarse a los serios problemas que todos sabían que existían. Si hay aspectos de esto que parecen similares, hay muchos más que son muy diferentes y la República romana estaba en mucho peor estado debido a lo violenta que se había vuelto su política. Su destino es un recordatorio de que ningún sistema, incluso uno tan exitoso durante tanto tiempo, está libre de los peligros de la decadencia y el colapso, pero aún queda mucho para que alcancemos semejantes profundidades. Si bien tal destino es ciertamente posible, no hay nada que nos haga creer que es inevitable y todavía no hemos alcanzado una situación en la que puedan aparecer un moderno Julio César o un Augusto, algo por lo que tenemos que estar encantados. A pesar de todo el talento de estos hombres, cada uno de ellos dio órdenes que condujeron a la muerte de miles de personas durante las guerras civiles y, a menos que deseemos hablar de que el fin justifica los medios, semejante coste debe siempre contrabalancearse con sus logros. También fueron inusualmente eficientes y benevolentes para los estándares de los caudillos y dictadores, muchos de los cuales han demostrado ser mucho menos agradables.

Augusto fue el hombre que firmó las proscripciones y el hombre cuyo autocontrol rechazó tantos de los excesivos honores votados para él en el Senado. Era el hombre que le robó la esposa a otro y cuya fidelidad a ella durante toda su vida quedó dañada por numerosos adulterios, así como el hombre que proclamó una moralidad anticuada y las virtudes del matrimonio. Era el hombre que exilió a su hija, su nieta y su nieto y le dijo a otros que debían criar familias. Siendo joven infringió la ley y la costumbre al reunir un ejército privado contra un cónsul debidamente elegido y después hizo leyes y estuvo de acuerdo en verse afectado por ellas. Si hay una tendencia, esta es que en general su conducta mejoró según se fue haciendo mayor.

Las contradicciones se mantienen, así como el simple hecho de que fuera un caudillo que se abrió paso luchando hasta la supremacía asesinando a conciudadanos y que se mantuvo como el supremo porque nadie pudo nunca igualar su poder militar. El maduro estadista saludado como «padre de su país» y el anciano *princeps* vitoreado por los marineros alejandrinos por dejarlos navegar y vivir en paz, controlaba el ejército y lo mantuvo leal solo a él. Todo lo demás que consiguió en su vida se basó en su éxito como caudillo y no debemos olvidarlo nunca; pero tampoco podemos negar que, tal y como son los dictadores militares, César Augusto no estuvo tan mal, al menos en el sentido de que, una vez asentado, gobernó bien. A pesar de todas las contradicciones, solo por eso su mimo seguramente mereció aplauso.

APÉNDICE 1

LA CARRERA SENATORIAL O «CURSUS HONORUM»

Una carrera pública combinaba responsabilidades militares o civiles según un hombre iba asumiendo una serie de magistraturas electivas. Augusto alteró las responsabilidades e importancia de estas y, por tanto, resulta útil echar un vistazo a la carrera en el momento de su nacimiento y de su muerte.

EDAD MÍNIMA	MAGISTRATURA	CANTIDAD	RESPONSABILIDADES
			En teoría, diez años de servicio militar. Por lo general cumplido sirviendo como tribuno militar o en el estado mayor de un gobernador que era pariente o amigo de la familia.
30	cuestor	20	Administración financiera en Roma y las provincias. A cada gobernador provincial se le concedía un cuestor como su segundo al mando. Un cuestor era registrado automáticamente como senador.
–	tribuno de la plebe[734]	10	Accesible solo a plebeyos y no obligatoria. Los tribunos eran sacrosantos y estaban encargados de proteger al pueblo. Podían vetar los actos de cualquier magistrado y podían presentar legislación a la Asamblea Popular *(Concilium Plebis)*.
36	edil	4	Cargo opcional, dos de los cuales quedaban reservados a plebeyos. Papel administrativo en Roma, incluida la supervisión de algunas fiestas anuales, así como el suministro de grano y los archivos públicos.
39	pretor	8	Funciones judiciales y administrativas en Roma, donde lo pretores presidían todos los tribunales principales. Tras su año en el cargo, por lo general eran enviados como gobernadores (propretores o a menudo procónsules) a una provincia.
42	cónsul	2	Los principales oficiales ejecutivos de la República. Permanecían en Roma durante su año en el cargo, consiguiendo la precedencia en meses alternos. La mayoría presentaba legislatura a la Asamblea Popular. Tras su año en el cargo, por lo general recibían una provincia importante como procónsules.
–	censor	2 cada	Por lo general excónsules, era un prestigioso puesto, encargado de supervisar el censo de ciudadanos y sus propiedades, así como de revisar la lista de senadores.

		5 años	

Sila modificó el *cursus honorum* y reinstauró los requisitos de edad. Las edades mencionadas eran las mínimas necesarias para ser elegido para cada magistratura. Para todas ellas, excepto el tribuno de la plebe, el año en el cargo comenzaba el 1 de enero y terminaba el 31 de diciembre. Los tribunos accedían al cargo el 10 de diciembre.

La carrera senatorial en el 14 d. C.

EDAD MÍNIMA	MAGISTRATURA	NÚMERO	RESPONSABILIDADES
cerca de los 19	vigintivirato	20	Tareas administrativas menores en Roma
primeros 20	tribuno militar	24	Un tribuno superior de una familia senatorial servía en cada legión excepto en las acantonadas en Egipto. Durante algún tiempo Augusto también dio a dos de esos hombres el mando conjunto de un *ala* de caballería.
25	cuestor	20	Papel financiero reducido y ahora restringido a las provincias gobernadas por procónsules senatoriales. En Roma ayudaban a los cónsules a organizar las reuniones senatoriales. También supervisaban los archivos públicos en Roma.
–	edil[735]	6	Perdieron sus responsabilidades para con los juegos, el suministro de grano y los archivos públicos. Continuaron realizando otras funciones administrativas.
–	tribuno de la plebe[736]	10	Perdieron su derecho a veto y a presentar legislación a la Asamblea Popular. Continuaron recibiendo peticiones de los ciudadanos y podían tomar parte en casos legales.
30	pretor	12	Papel judicial a cargo de los tribunales principales. Ahora responsables también de fiestas y juegos.
–	legado legionario	*c.* 22	Mando de las legiones excepto las acantonadas en Egipto.
–	procónsul	*c.* 10	Gobernador de una de las provincias supervisadas por el Senado.
42 (33)[737]	cónsul	2	Los oficiales ejecutivos principales del Estado, capacitados para presentar legislación a la Asamblea

			Popular y presidir las reuniones del Senado. En la práctica eclipsados por Augusto y Tiberio, quienes se sentaban entre ellos en el Senado.
–	legado provincial	*c.* 9	Gobernadores de las provincias imperiales excepto Egipto y provincias menores como Judea. Cada uno contaba con una guarnición de una o más legiones.

APÉNDICE 2

LA FECHA DEL NACIMIENTO DE JESÚS

La fecha y circunstancias del nacimiento de Jesús de Nazaret se basan por completo en los relatos de los Evangelios. No aparecen mencionadas en ninguna otra fuente hasta mucho después y, ciertamente, estos relatos posteriores estaban influenciados por —y dependían por completo de— los Evangelios. Al contrario que la crucifixión, que aparece mencionada en otras fuentes tempranas, esto no debe sorprendernos en modo alguno, pues no había ningún motivo para que los relatos griegos o romanos mencionaran el nacimiento de nadie en las provincias. Incluso la información sobre romanos famosos a menudo falta por completo o es vaga. No estamos seguros de la fecha de nacimiento de Julio César. Es probable que fuera el 100 a. C., pero, como tanto en la biografía escrita por Suetonio como en la de Plutarco faltan las secciones iniciales, se trata de una suposición y algunos historiadores han sugerido el 102 a. C. Las historias asociadas al nacimiento de Augusto se escribieron mucho después de que su conociera su importancia.[738]

En los Evangelios, solo Mateo y Lucas describen la Natividad. Se trata de obras fechadas de forma convencional en el último cuarto del siglo I d. C., si bien hay pocas pruebas para ello. Es justo decir que no pueden ser posteriores, pero es posible que sean anteriores. Se cree que Marcos es el primero —quizá por una década— y no describe el nacimiento de Jesús, como tam-

poco lo hace Juan, del que se acepta fue el último de los cuatro relatos en ser escrito. Es importante no olvidar que los Evangelios no pretendían ser historias de la época, sino que transmiten un mensaje teológico; de modo que describen los aspectos de la vida de Jesús útiles para tal propósito —por ejemplo, en total hay muy poco sobre su infancia, y nada en absoluto sobre su vida adulta hasta que comenzó su ministerio—. Un historiador —o biógrafo— ansía detalles de este tipo, así como tanto contexto y antecedentes como sea posible, pero sencillamente no era el punto central de los Evangelios. A modo de comparación, debemos mencionar que raras veces sabemos mucho sobre las vidas de los romanos destacados hasta que se vuelven políticamente significativos. Por el momento merece la pena recordar que debemos ser cautelosos a la hora de basar rígidas teorías en acotaciones realizadas por los autores de los Evangelios, cuya intención probablemente nunca fuera ser precisos.

Mateo 2, 1 fecha firmemente la Natividad en el reinado de Herodes el Grande. Lucas 1, 5 fecha concretamente el nacimiento de Juan el Bautista en vida de Herodes y, por inferencia, el de Jesús en la misma época. Herodes murió en el 4 a. C., por lo que es muy probable que Jesús naciera en algún momento de uno o dos años antes, en torno al 6-5 a. C., o en los primeros meses del 4 a. C. También se ha sugerido que la posición de las estrellas en el 7 a. C. habría tenido especial significado para los astrólogos zoroastrianos —la interpretación más probable de los Reyes Magos de Oriente que aparecen en Mateo—, de modo que también se ha sugerido esta fecha. No me considero lo bastante cualificado en tales cuestiones como para juzgar tal afirmación, pero cualquiera de esos años se relacionaría con la crucifixión que tuvo lugar en algún momento durante la prefectura de Poncio Pilato, entre el 26 y el 36 d. C.

Lucas 2, 1-2 plantea un problema, pues sabido es que afirma: «Se dio el caso de que en aquellos días salió un edicto de César

Augusto, para que se empadronara todo el orbe. Este empadronamiento fue el primero durante el mandato de Quirinio en Siria». Como ya se ha mencionado antes, ninguna otra fuente menciona decreto alguno que impusiera un censo en las provincias. Esto no significa que podamos afirmar taxativamente que Augusto nunca proclamó tal decreto; pero sí quiere decir que debemos ser cautelosos a la hora de aceptarlo basándonos solo en esta prueba. No hay razón para que Lucas fuera cuidadoso describiendo con precisión los mecanismos administrativos impositivos del Imperio romano, incluso asumiendo que comprendiera esas cosas, dado que poca gente hoy día comprende realmente todos los aspectos de los sistemas impositivos de su país. Lo que está claro es que bajo Augusto el sistema impositivo del Imperio fue arreglado, como sucedió con otros muchos aspectos del gobierno. Como parte de este proceso la mayoría de las provincias —si no todas— estuvieron sujetas a uno o más censos que evaluaron la responsabilidad impositiva. En muchos casos se trataba de la primera vez, al menos bajo el gobierno directo de Roma. Semejantes valoraciones eran diferentes a los censos romanos tradicionales, que se ocupaban exclusivamente de los ciudadanos romanos y sus propiedades.

El censo supervisado por Publio Sulpicio Quirinio fue recordado y lamentado durante mucho tiempo por la población de Judea, provocando estallidos de resistencia. Para lo que nos interesa, lo que resulta más significativo es que comenzó en el años 6 d. C., cuando Arquelao, el hijo de Herodes, fue depuesto y Judea se convirtió en una provincia romana administrada directamente, un proceso supervisado por Quirinio como legado de Siria. Así, parecería que tenemos una contradicción directa entre la fecha de Matero y la de Lucas —y, de hecho, entre Lucas 1, 5 y Lucas 2, 1-2—. Se han propuesto muchas elaboradas teorías para reconciliar estos pasajes, pero ninguna ha demostrado ser completamente satisfactoria. La sugerencia de que hubo un censo an-

terior llevado a cabo una década antes aproximadamente, mientras Herodes seguía vivo y cuando Quirinio fue nombrado para una primera legatura en Siria, por lo demás completamente sin confirmar, descansa sobre demasiadas conjeturas. Publio Quintilio Varo era el legado de Siria cuando murió Herodes y ya ocupaba el cargo en el año 6 a. C., tras haber sucedido a Cayo Sentio Saturnino, que lo había sido desde el 9 a. C. Estas fechas parecen fijas, a pesar de que en parte caen en los años poco documentados de la estancia de Tiberio en Rodas. Si bien no resultaba imposible que bajo Augusto un hombre ocupara el mismo cargo dos veces —algo que después se volvería muy raro— resulta difícil considerar que Quirinio fuera el legado de Siria con Herodes vivo, a menos que fuera para un período de meses, lo cual parece improbable. Sí es probable, en cambio, que por entonces se encontrara en la zona —un período como legado de Galacia parece posible y, ciertamente, formaba parte del séquito de Cayo César algún tiempo después—, pero no hay pruebas de su participación en ningún censo.[739]

Para el historiador judío Josefo, el censo del 6 a. C. supervisado por Quirinio fue el primero realizado en Judea, donde se recordaba como un acontecimiento traumático. Uno anterior, impuesto directamente por los romanos, parece improbable. Sabemos de varios censos en la Galia durante el principado de Augusto, por ejemplo, en el 27 a. C., el 12 a. C. y el 14 d. C., pero la Galia era una provincia gobernada directamente, y no un reino cliente. Por desgracia, sabemos realmente muy poco sobre como los reinos clientes en general y Judea en particular funcionaban en cuestión de sistemas de tasación y la relación que estos tenían con Roma. Herodes pudo regular la cantidad de impuestos que recogía, lo que implica un sistema de control de la gente y la propiedad, lo más probable basado en algún tipo de censo. La periodicidad con la que se llevaban a cabo y cómo —por ejem-

plo, si se requería a la gente que se registraran en sus comunidades originales— se desconoce.[740]

Lucas 2, 3-5 dice que registrarse en el censo fue el motivo por el cual José y su esposa viajaron desde Nazaret, en Galilea, hasta Belén, en Judea, donde María dio a luz un hijo. Era importante que el Mesías naciera en Belén, y Mateo 2, 1 simplemente dice que nació allí sin explicar si era el lugar donde José y María residían habitualmente ni mencionar ningún censo. Esto no tiene por qué ser una contradicción, puesto que como ya hemos explicado antes los escritores de los Evangelios no estaban proporcionando detallados contextos históricos de los acontecimientos que describen, sino contándoles a sus lectores lo que consideraban era importante. Es posible que José y María necesitaran estar en Belén para registrarse en algún tipo de censo realizado por los funcionarios del reino de Herodes el Grande y relacionado con los impuestos. Es igualmente posible que en ese momento la gente considerara que estaban pagando, al fin y a la postre, un impuesto decretado por César Augusto, que después de todo había sido quien les impuso al rey Herodes y quien lo mantenía en el poder. Cualquiera que fuera la naturaleza concreta de la relación legal entre el Estado romano, el *princeps* y un soberano cliente como Herodes —una cuestión respecto a la cual ha corrido gran cantidad de tinta erudita con poca ganancia, dado que sencillamente no hay pruebas— entraría en lo posible creer eso, sobre todo una generación después de los acontecimientos.[741]

Todo esto es posible, pero sigue siendo mera conjetura. Es bastante posible que desde la perspectiva de finales del siglo I d. C. la mención de un censo automáticamente invocara *el* famoso censo de Quirinio. Resulta mucho más difícil creer que realmente existió alguna relación directa entre cualquier censo anterior y el del año 6 d. C., más allá de que este último casi con seguridad recurrió a estructuras impositivas creadas durante el período herodiano, que a su vez se basó en el sistema de los asmoneos, que a

su vez… En el Egipto romano hubo una considerable continuidad entre los períodos ptolemaico y romano y no es probable que fuera un caso único. Que ambos evangelistas creyeran que Jesús nació durante los últimos años de Herodes nos lleva de nuevo a considerar que la fecha fue el 6-5 a. C. Es posible que José fuera a Belén para registrarse en un censo organizado en esa época y haberse visto obligado —o elegir— llevarse a su esposa con él. El relato de Mateo parece sugerir que estuvieron allí durante algún tiempo. La aparición de los Reyes Magos de Oriente —lo cual sugiere de fuera del Imperio y probablemente el territorio del reino parto— es perfectamente posible, dado que muchos mercaderes realizaban ese viaje. Del mismo modo, la afirmación de Mateo de que la familia huyó desde Judea hasta Egipto tiene sentido. Egipto, en especial Alejandría, contaba con una muy amplia comunidad judía.[742]

Verosímil no significa seguro y, al fin y al cabo, solo contamos con los magros detalles de los dos cortos relatos de los Evangelios y escasa información complementaria sobre Judea en esos años y sus relaciones con Roma para confirmarlos o desmentirlos. Es importante tener esto en mente y no resulta muy prudente ser dogmático; pero un tema de estas características inevitablemente provoca una respuesta mucho más emocional que los meros detalles de la vida de alguien como Augusto, de modo que a los relatos bíblicos se les aplican otra serie de estándares de prueba. Así, se afirma con frecuencia que la matanza de los inocentes —la orden de Herodes de matar niños que encontramos en Mateo 2, 1-18— es una invención. Sería más preciso decir que no aparece mencionada en ninguna otra fuente. Lucas no cita el episodio, como tampoco Josefo, que escribió durante los años 70 y 80 d. C., a pesar de que este último suele ser bastante detallado en cuanto al reinado de Herodes. Josefo recoge numerosos ataques homicidas de la carrera del rey, muchos de los cuales implican a miembros de su familia o a la aristocracia de Jeru-

salén. En este sentido, la historia de Mateo no estaría muy fuera de tono; pero otros prefieren considerarla inspirada en las ejecuciones reales de sus propios hijos, acusados de conspirar contra él. Esas teorías, como otras muchas que mencionan la importancia teológica que tenía Belén como lugar de nacimiento, merecen consideración, pero se quedan muy cortas como pruebas. Del mismo modo, afirmar que algo es verosímil no significa que podamos decir que sucedió sin duda. Como en el resto de este libro, es importante reconocer los límites de nuestras pruebas y no pasa nada por recordarnos a nosotros mismos que también hay muchos aspectos de la vida de Augusto y de la historia antigua en general que no pueden ser establecidos con certeza, y menos aún absoluta.[743]

GLOSARIO

AERARIUM MILITARE: el Tesoro Militar, creado por Augusto en el 6 d. C., para financiar al ejército y, en especial, disponer las pagas y los bonos de licenciamiento de los soldados. Si bien el *princeps* proporcionó la mayor parte del dinero inicial de su propia fortuna, para sostenerlo después se creó un impopular impuesto sobre las herencias.

ALA: un *ala* era una unidad auxiliar de caballería equivalente en tamaño a una cohorte de infantería.

AQUILIFER: el portaestandarte que llevaba el de la legión *(aquila)*, una estatuilla de plata o dorada de un águila montada sobre una vara.

ARA PACIS AUGUSTAE: el Altar de la Paz es una de las grandes expresiones del arte augusteo. Fue concedido como honor para conmemorar el retorno de Augusto a Roma en el 13 a. C. y dedicado en el 9 a. C. El tema de la paz celebraba tanto el final de la guerra civil como la paz conseguida con victorias sobre enemigos extranjeros.

ASMONEOS: en el siglo II d. C., Judea se rebeló con éxito contra los Seleúcidas. Se creó entonces un reino independiente gobernado por la dinastía Asmonea. Antonio y Octavio terminaron instalando a Herodes el Grande en lugar de la antigua familia real.

AUCTORITAS: el prestigio e influencia de un senador romano. La *auctoritas* crecía especialmente con los logros militares.

AUGUR: miembros de uno de los colegios sacerdotales más prestigiosos de Roma, los quince augures eran nombrados de forma vitalicia. Su principal responsabilidad era la de supervisar la correcta observación e interpretación de los auspicios, tomando parte de forma regular en la vida pública romana. Durante su dictadura, Julio César añadió un decimosexto miembro al colegio.

AUXILIA (AUXILIARES): los soldados no ciudadanos reclutados por el ejército a finales de la República eran conocidos generalmente como auxiliares, o tropas de apoyo.

BALLISTA: catapulta de torsión con dos brazos capaz de arrojar flechas o piedras con considerable precisión. Se construían de diferentes tamaños y la mayor

parte de las veces se utilizaban durante los asedios.

CANDIDATUS: un hombre que buscaba ser elegido llevaba una toga especialmente blanqueada *(candidatus)* para señalar su intención a sus conciudadanos, de donde procede la palabra «candidato».

CATAFRACTO: soldado de caballería con armadura que menudo monta un caballo que también la lleva. Eran un importante componente del ejército parto.

CENTURIA: la subunidad básica del ejército romano, la centuria estaba mandada por un centurión y por lo general estaba formada por ochenta hombres.

CENTURIÓN: importante grado entre los mandos del ejército romano durante la mayor parte de su historia, los centuriones en origen mandaban una centuria de ochenta hombres. El centurión superior de la legión era el *primus pilus*, un puesto de enorme prestigio que se ocupaba solo durante un año.

COHORTE *(COHORS):* la unidad táctica básica de la legión, consistente en seis centurias de ochenta soldados, con una fuerza total de 480.

COHORTE PRETORIANA : los pretorianos de esta época eran soldados escogidos cuidadosamente y espléndidamente equipados sacados de las legiones. Cada general tenía derecho a reunir una cohorte de pretorianos, pero, durante el transcurso de las guerras civiles, cada uno de los triunviros llegó a controlar varias de estas formaciones, tomadas a sus subordinados. Tras Accio, Augusto estableció nueve cohortes pretorianas permanentes como su guardia personal. En este momento no contaban con barracones permanentes en Roma y solo tres cohortes estaban presentes a la vez en la ciudad en un momento dado.

COHORTE URBANA : Augusto reunió tres cohortes urbanas como fuerza paramilitar de policía para la propia Roma. Estaban mandadas por el prefecto urbano. Es posible que el propio Augusto creara una cuarta cohorte para guardar la ceca imperial en Lugdunum, en la Galia, ya que ciertamente la cohorte ya existía bajo Tiberio.

COMITIA CENTURIATA: la Asamblea del pueblo romano, la cual elegía a las magistraturas superiores, incluidos los cónsules y pretores. Estaba dividida en 193 grupos de voto o centurias, cuya composición estaba definida por las propiedades registradas en el censo. Los miembros más ricos de la sociedad poseían una importancia desproporciona en el resultado. Su estructura se creía que se basaba en la organización del ejército romano en sus comienzos.

COMITIA TRIBUTA: la Asamblea de todo el pueblo romano, patricios y plebeyos. Estaba dividida en treinta y cinco tribus de votantes, a las cuales se pertenecía dependiendo del linaje. Tenía capacidad para legislar y estaba presidida por un cónsul, pretor o edil curul. También elegía hombres para diferentes puestos, incluido el cuestorado y el edilato curul.

CONCILIUM PLEBIS: la Asamblea de la plebe romana, ya se reuniera para legislar o elegir a ciertos magistrados como los tribunos de la plebe. A los patricios no les estaba permitido tomar parte. El pueblo votaba en treinta y cinco tribus, la pertenencia a las cuales dependía del linaje. Esta asamblea estaba presidida por los tribunos de la plebe.

CÓNSUL: los dos cónsules de cada año eran los principales magistrados electos de la República romana y tenían el mando durante campañas importantes. En ocasiones, el Senado ampliaba su poder tras su año en el cargo, en cuyo caso eran conocidos como procónsules.

CUESTOR: magistrados cuyos deberes eran principalmente financieros, los cuestores actuaban como representantes de los gobernadores consulares y, a menudo, tenían mandos militares subordinados.

CURIA (Y CURIA JULIA): el edificio de la Curia o Casa del Senado se encontraba en el lado norte del Foro Romano y la tradición decía que había sido construido por uno de los reyes. Sila lo restauró, pero fue incendiado durante el entierro de Clodio. Como dictador, Julio César comenzó a trabajar en una nueva Curia, que fue completada por Augusto. Incluso cuando el edificio estaba en perfectas condiciones, en ocasiones el Senado podía ser convocado en otros edificios para debates concretos.

CURSUS HONORUM: expresión referida al modelo de carrera que regulaba la vida pública. Durante su dictadura, Sila restauró y reforzó la legislación relacionada con la edad y otras calificaciones necesarias para las magistraturas electas, algo que subsiguientemente modificó Augusto.

DICTADOR: en tiempos de crisis extrema se nombraba un dictador durante seis meses que ejercía el poder supremo militar y civil. Posteriormente, vencedores en las guerras civiles, como Sila y Julio César, utilizaron el título como base para un poder más permanente.

EDIL: los ediles eran los magistrados responsables de los aspectos del día a día en la ciudad de Roma, incluido preparar varias fiestas anuales. El edilato se ocupaba generalmente entre el cuestorado y el pretorado. Había menos ediles que pretores y el puesto no formaba parte obligatoria del *cursus honorum*.

EFEBO: en las *polis* griegas, los adolescentes varones pasaban por un proceso de entrenamiento en el *gymnasium* supervisado por el Estado. Tenía que ver sobre todo con la forma física, pero a menudo incluía elementos de entrenamiento militar más específicos.

ENEIDA: esta epopeya épica de doce volúmenes compuesta por el poeta Virgilio fue publicada tras su muerte. Fue reconocida de inmediato como uno de los mayores logros del verso latino y se convirtió en un texto estándar para la educación. Narra el viaje del troyano Eneas tras la caída de su patria hasta que él y su

gente se asientan en Italia, de tal modo que sus descendientes subsiguientemente pudieran fundar Roma.

EQUITES (SING. *EQUES*): los ecuestres o «jinetes» eran el grupo con las más altas calificaciones en cuanto a propiedades registradas en el censo. Desde la época de los Gracos tenían un papel público más formal como jurados en los tribunales, una cuestión que se volvió extremadamente polémica. Solo bajo Augusto se creó un orden senatorial como clase distinta.

ESCORPIÓN: *ballista* ligera lanza flechas utilizada por el ejército romano tanto en campaña como durante los asedios. Poseían un gran radio de acción, así como gran precisión y capacidad para penetrar cualquier tipo de armadura.

FASCES (SING. *FASCIS*): hacecillo de varas ornamental de aproximadamente un metro y medio de largo en medio de las cuales había una segur. Eran llevadas por los lictores y eran los símbolos más visibles del poder y la categoría de un magistrado.

FORO AUGUSTO: el Foro construido por Augusto con el templo de Mars Ultor en su centro.

FORO JULIO (O *FORUM CAESARIS*): el Foro planeado y empezado por Julio César y completado por Augusto. Tenía el templo de Venus Genetrix en el centro.

FORO ROMANO: el centro político y económico de la ciudad de Roma, que se encuentra entre las colinas Capitolina, Palatina, Quirinal y Veliana. Las reuniones públicas solían celebrarse a menudo en torno a la Rostra, o en el extremo oriental del Foro. El *Concilium Plebis* y la *Comitia Tributa* también solían reunirse en el Foro para legislar.

GLADIUS: palabra latina que significa «espada», *gladius* se utiliza de forma convencional para referirse a la *gladius hispaniensis*, la espada hispana que fue el arma personal estándar romana hasta bien entrado el siglo III d. C. Hecha de acero de alta calidad, podía ser utilizada para cortar, pero estaba pensada principalmente para dar estocadas.

IMPERIUM: el poder de mando militar ostentado por los magistrados y promagistrados durante la duración de su cargo. A Augusto se le concedió lo que posteriormente se llamó *maius imperium proconsulare*, es decir, un poder proconsular que era superior al de todos los procónsules. Subsiguientemente le fue otorgado a Agripa y Tiberio.

JUEGOS SECULARES (*LUDI SECULARES*): los juegos «seculares» o «cíclicos» fueron celebrados por Augusto en el 17 a. C. Se suponía que un ciclo tenía que ser más largo que una vida humana.

LEGATUS (PL. *LEGATI*): oficial subordinado que ostentaba un *imperium* delegado más que ejercía el poder por derecho propio. Los *legati* eran escogidos por un

magistrado en vez de ser elegidos por votación. Bajo Augusto fueron divididos en dos grados principales, conocidos después como *legatus legionis*, que acompañaba a las legiones, y *legatus Augusti*, que mandaban en una provincia.

LEGIÓN *(LEGIO):* originalmente una palabra que significaba leva, las legiones terminaron convirtiéndose en la principal unidad del ejército romano durante gran parte de su historia. En época de Augusto la potencia teórica de una legión se encontraba entorno a los 4800-5000 hombres en diez cohortes de 480 hombres cada una. El poder efectivo de una legión en campaña era por lo general mucho menor, sobre todo durante las guerras civiles.

LICTOR: los ayudantes oficiales de un magistrado, que llevaban las *fasces* que simbolizaban su derecho a otorgar justicia e infligir castigos capitales y corporales. Doce lictores acompañaban a un cónsul, mientras que a un dictador por lo general se le otorgaban veinticuatro.

MAGISTER EQUITUM: el segundo al mando tras un dictador republicano, el «jefe de caballería» tradicionalmente dirigía las fuerzas a caballo, dado que al dictador le estaba prohibido montar a caballo.

MAUSOLEO: la monumental tumba de Augusto, comenzada antes de Accio y nombrada como la famosa tumba del rey cario Mausolo, una de las siete maravillas del mundo.

NAUMACHIA AUGUSTI: la *naumachia* era la famosa batalla naval organizada como entretenimiento por Augusto en el 2 a. C. Participaron en ella unos treinta navíos de guerra y miles de marineros en un lago excavado especialmente para la ocasión.

NOMENCLATOR: esclavo especialmente entrenado cuya tarea era susurrar los nombres de los ciudadanos que se acercaban a su amo, lo cual permitía a este recibirlos de un modo familiar. Por lo general, este tipo de esclavos acompañaban a un político en campaña.

ORNAMENTA TRIUMPHALIA: Augusto introdujo los «ornamentos» de un triunfo otorgados como recompensa en lugar del propio triunfo. Después del 19 a. C. a nadie fuera de su familia extensa se le otorgó un triunfo completo, de modo que a los gobernadores provinciales que habían conseguido una victoria se les otorgó esta distincion en su lugar.

OVATIO (OVACIÓN): forma menor de triunfo, durante una ovación el general recorría la ciudad a caballo en vez de en carro.

PANTEÓN: el templo a los dioses construido por Agripa. Si bien su nombre sigue apareciendo en sus inscripciones, el edificio que conocemos hoy día fue reconstruido por Adriano en el siglo II d. C.

PATER PATRIAE: el título de «padre de su país», o *pater patriae*, le fue concedido a Augusto en el 2 d. C.

PILUM (PL. *PILA):* la jabalina pesada que formó parte del equipo estándar del legionario romano durante la mayoría de la historia de Roma. Su estrecha punta estaba diseñada para atravesar el escudo enemigo y luego su largo y delgado mango le proporcionaba así al soldado la capacidad para golpear al hombre que había detrás.

PONTIFEX MAXIMUS: el principal sacerdote del colegio formado por quince pontífices, uno de los tres sacerdocios principales monopolizados por la aristocracia romana. Los pontífices regulaban el calendario de muchas fiestas y acontecimientos estatales. El *pontifex maximus* era más un director que un líder, pero el puesto era muy prestigioso.

PREFECTO *(PRAEFECTUS):* un oficial ecuestre con una serie de deberes entre los que se contaba el mando de las unidades aliadas o las tropas auxiliares.

PREFECTO DE LA CIUDAD *(PRAEFECTUS URBIS):* cargo arcaico revivido por Augusto y que por lo general ostentaba un excónsul. Los prefectos coordinaban la administración de Roma y mandaban las tres cohortes urbanas.

PRETOR: los pretores eran magistrados elegidos anualmente que durante la República gobernaban las provincias menos importantes y se encargaban de las guerras menos importantes de Roma.

PRINCEPS IUVENTUTIS (PL. *PRINCIPES IUVENTUTIS):* el nuevo título de «líder de la juventud» le fue otorgado primero a Cayo César y luego extendido a su hermano Lucio. Se convirtieron en los jefes simbólicos del orden ecuestre.

PRINCIPADO: término moderno para el régimen creado por Augusto y que significa el gobierno del *princeps*, en ocasiones mencionado de forma menos precisa como «emperador».

ROSTRA: la plataforma para discursos en el Foro Romano. Fue remodelada por Augusto como parte del realineamiento de la Curia y la zona de alrededor planeado por Julio César para conectarla con su nuevo Foro. Otra Rostra fue construida en el lado opuesto del Foro Romano, cerca del templo del divino Julio. El nombre deriva de la costumbre de mostrar en la plataforma los espolones de los navíos de guerra enemigos capturados.

SAEPTA: la zona de voto en el Campo de Marte donde se reunían las diferentes asambleas para realizar las votaciones. Una reconstrucción planificada comenzada por Julio César fue terminada por Augusto.

SENATUS CONSULTUM ULTIMUM: el decreto definitivo del Senado que requería a los magistrados que hicieran todo lo necesario para proteger al Estado. Fue utilizado contra Catilina en el 63 a. C., Julio César en el 49 a. C. y por último para suprimir a Ignacio Rufo en el 19 a. C.

SIGNIFIER: el portaestandarte que llevaba el *signum* de la centuria.

SUBURRA: barrio entre las colinas Viminal y Esquilina, famoso por sus calles estrechas y sus casas pobres.

TALENTO: el tamaño actual de esta medida de peso griega —y por extensión dinero— variaba considerablemente entre *c.* 57 y 83 libras (*c.* 26 y 38,9 kg). En las fuentes que utilizan el término raras veces queda claro que estándar estaban utilizando.

TESTUDO: la famosa formación en tortuga en la cual los legionarios romanos superponían sus largos escudos para proporcionar protección por el frente, los laterales y por encima. Se utilizaba sobre todo durante los asaltos a las fortificaciones.

TRIBUNI AERARII: el grupo registrado por debajo del orden ecuestre en el censo. Se conoce de ellos relativamente poco.

TRIBUNICIA POTESTAS: los poderes del tribunado, incluido el de convocar reuniones del Senado y presentar leyes a la Asamblea Popular le fueron concedidos a Augusto y posteriormente a Agripa y Tiberio.

TRIBUNO DE LA PLEBE: si bien era un cargo político sin responsabilidades militares directas, los diez tribunos de la plebe elegidos cada año podían legislar sobre cualquier cuestión. Durante los años finales de la República muchos generales ambiciones, como Mario, Pompeyo y Julio César, lograron la ayuda de tribunos para conseguir mandos importantes para ellos mismos. A Augusto se le concedió tanto la *sacrosanctitas* de un tribuno como los poderes del cargo.

TRIBUNUS MILITUM (TRIBUNO MILITAR): se nombraban o elegían seis tribunos militares para cada legión republicana, de los que siempre había dos de ellos al mando. Bajo Augusto su número siguió siguiendo de seis, pero uno de ellos estaba siguiendo la carrera senatorial y era superior al resto. Este hombre, el *tribunus laticlavius*, pues así se llamaba la ancha franja que llevaba en torno a su coraza, era el segundo al mando tras el legado legionario. Los otros cinco tribunos, los *tribuni augusticlavii*, que llevaban una franja estrecha, eran ecuestres y por lo general ya habían servido con mando sobre una cohorte auxiliar.

TRIUNFO: la gran celebración concedida por el Senado a un general exitoso consistía en una procesión a lo largo de la vía sacra, la principal vía ceremonial de Roma, durante la cual se mostraban el botín y los cautivos de su victoria y que culminaba con la ejecución ritual del líder enemigo capturado. El comandante marchaba en carro, vestido como una estatua de Júpiter, con un esclavo sujetando una corona de laurel de la Victoria sobre su cabeza. Se suponía que el esclavo debía susurrar al general para recordarle que era mortal.

TRIUNVIRO: en el 43 a. C., Antonio, Lépido y Octaviano fueron nombrados *triunviri rei publicae constituendae* (consejo de tres para reconstituir el Estado) me-

diante la *Lex titia*, propuesta por un tribuno y aprobada por el *Concilium Plebis*. Al triunvirato se le concedió poderes dictatoriales, inicialmente por cinco años.

VEXILLUM: bandera cuadrada montada transversalmente sobre una vara, la *vexillum* se utilizaba para señalar la posición del general y también era el estandarte llevado por un destacamento de tropas. Parece que la *vexillum* de un general solía ser roja.

VIGILES: formadas por Augusto en el 6 d. C., las siete cohortes de *vigiles* actuaban como brigada apagafuegos y policía nocturna de la ciudad de Roma. Cada cohorte estaba encargada de controlar dos de las catorce regiones formadas al mismo tiempo.

PERSONAJES CLAVE

MARCO VIPSANIO AGRIPA (*C.* 63-12 A.C.): el amigo más antiguo, leal y capaz subordinado de Augusto, Agripa estaba con él cuando se enteró del asesinato de Julio César. Sus habilidades tuvieron un papel destacado en la derrota de Sexto Pompeyo y Antonio, además de demostrar ser muy efectivo como administrador y constructor. En el 21 a. C. se casó con la viuda Julia y tuvo con ella tres hijos y dos hijas. Fue ascendiendo progresivamente hasta convertirse en colega del *princeps*.

AGRIPINA (*C.* 14 A.C.-33 DC.): hija de Agripa y Julia, se casó con Germánico y tuvo cinco hijos con él. Tras la muerte de su esposo en el 19 d. C., levantó las sospechas de Tiberio y ella y dos de sus hijos murieron en el exilio.

ATIA (M. 43 A.C.): hija de la hermana de Julio César y Marco Atio Balbo, Atia se casó con Cayo Octavio y fue la madre de Augusto. Tras enviudar se casó con Lucio Marcio Filipo. Atia falleció no mucho después de que su hijo se convirtiera en cónsul por primera vez con diecinueve años de edad.

TITO POMPONIO ÁTICO (*C.* 106-32 A.C.): durante largo tiempo amigo y correspondiente de Cicerón, Ático siguió siendo un ecuestre y no entró en la vida pública, a pesar de lo cual se las arregló para estar en buenos términos con casi todo el que era importante en el República. También mantuvo correspondencia con Augusto, mientras que su hija se casó con Agripa. Ático se suicidó al saber que se encontraba en los estadios finales de una enfermedad incurable.

AUGUSTO (63 A.C.-14 D.C.): nacido Cayo Octavio, se convirtió en Cayo Julio César y luego en César Augusto. Sobrino nieto de Julio César, salió victorioso de las guerras civiles y se convirtió en la única autoridad de la República.

MARCO JUNIO BRUTO (*C.* 85-41 A.C.): hijo de un hombre ejecutado junto con el padre de Lépido en el 78 a. C. y de Servilia, amante de Julio César durante mucho tiempo, Bruto estaba considerado uno de los hombres de futuro del Senado cuando estalló la guerra civil en el 49 a. C. Luchó contra Julio César en Farsalia, pero fue perdonado y nombrado pretor, lo cual no le impidió dirigir a los Libertadores —los conspiradores que asesinaron al dictador—. Se suicidó tras ser derrotado en Filipo.

CAYO CÉSAR (20 A.C.-4 D.C.): hijo mayor de Agripa y Julia, Cayo fue adoptado por Augusto en el 17 a. C. y recibió considerables favores, En el 1 a. C. se le concedieron importantes mandos provinciales, pero en el 3 a. C. sufrió una herida seria y de resultas de ella murió a comienzos del año siguiente.

CAYO CASIO LONGINO (C. 85-41 A.C.): cuestor de Craso en el 53 a. C., sobrevivió al desastre de Partia. También luchó contra Julio César, pero se rindió tras Farsalia y Julio César le concedió un pretorado. Tanto él como Lépido estaban casados con hermanas de Bruto. Junto con Bruto encabezó a los Libertadores, pero se quitó la vida tras la primera batalla de Filipo.

CATILINA (LUCIO SERGIO CATILINA, C.108/6-62 A.C.): miembro de una antigua, si bien oscura en los últimos tiempos, familia patricia, su desesperada y cara búsqueda de los cargos superiores terminó llevándolo a intentar un golpe de Estado, el cual fue desmantelado por Cicerón.

CATÓN EL JOVEN (95-46 A.C.): famoso por su austera virtud, Catón fue un enconado oponente de Julio César y prefirió suicidarse a aceptar la piedad de este. Servilia era su medio hermana, y subsiguientemente Bruto, su hijo, se casaría con la hija viuda de Catón.

MARCO TULIO CICERÓN (C. 106-43 A.C.): uno de los más exitosos hombres nuevos de su generación, Cicerón se convirtió en el principal orador de Roma. Siendo cónsul en el 63 a. C. le ganó la partida a Catilina, pero posteriormente fue atacado al respecto de la legalidad de su conducta. En la guerra civil al final se puso en contra de Julio César, pero fue perdonado después. Tras el asesinato del dictador animó a los Libertadores y luego intentó utilizar a Augusto para destruir a Antonio. Cuando se formó el segundo triunvirato fue una de las primeras víctimas de las conscripciones.

CLAUDIO (10 A.C.-54 D.C.): cojo y supuestamente con problemas mentales, Claudio fue en gran medida mantenido ajeno a la vida pública por Augusto y Livia y no fue hasta el reinado de su sobrino Calígula cuando ocupó un cargo. Tras el asesinato de Calígula, fue proclamado *princeps* por la guardia pretoriana.

CLEOPATRA VII (C. 70/69-30 A.C.): último miembro de la familia macedónica de los Ptolomeos, que gobernaron en un reino basado en torno a Egipto, Cleopatra fue durante toda su vida una leal aliada de los romanos. Su desgracia fue vivir en una época en la cual la República romana estaba siendo desgarrada por la guerra civil, y al final se encontró unida demasiado estrechamente a Marco Antonio. Se quitó la vida cuando estuvo claro que Augusto no permitiría que ni ella ni ninguno de sus hijos retuvieran el poder.

MARCO LICINIO CRASO (CÓNSUL EN EL 30 A.C., PERO POR LO DEMÁS SUS FECHAS SE DESCONOCEN): nieto de Craso, se unió a Augusto durante la lucha con Antonio y luego, como gobernador de Macedonia, consiguió una serie de victo-

rias sobre los pueblos circundantes. Celebró un triunfo en el 27 a. C., tras lo cual no vuelve a saberse de él, si bien su hijo adoptado fue cónsul en el 14 a. C.

MARCO LICINIO CRASO *DIVES* (*C.* 115-53 A.C.): famoso por su riqueza, de ahí el apodo de *dives*, o «rico», Craso alcanzó prominencia bajo Sila y trabajó duro para conseguir influencia política. Junto con Pompeyo y Julio César formó el primer triunvirato en el 59 a. C. y fue cónsul por segunda vez junto a Pompeyo en el 55 a. C., tras lo cual lanzó un ataque sin provocación previa contra los partos, pero fue derrotado en Carras. En la subsiguiente retirada fue muerto y la mayor parte de su ejército masacrado.

DRUSO (38-9 A.C.): hijo menor de Livia y su primer esposo, Tiberio Claudio Nerón, Druso disfrutó de una carrera acelerada, consiguiendo gloria militar en los Alpes y luego en la campaña de Germania, llegando hasta el Elba. Se casó con Antonia, hija de Octavia y Marco Antonio, con la cual tuvo tres hijos, incluidos Germánico y Claudio. Druso murió en el 9 a. C. de resultas de las heridas sufridas en un accidente que tuvo montando a caballo.

DRUSO EL JOVEN (13 A.C.-23 D.C.): hijo de Tiberio y Vipsania, y nieto de Livia, el joven Druso se convirtió en nieto de Augusto cuando su padre fue adoptado por este en el 4 d. C.

ESCRIBONIA (M. EN ALGÚN MOMENTO DESPUÉS DEL 16 D.C.): la exesposa de Augusto y madre de Julia, Escribonia acompañó a su hija al exilio.

TITO ESTATILIO TAURO (FECHAS DESCONOCIDAS, PERO FUE CÓNSUL EN EL 37 Y EL 26 A.C.): uno de los más leales y fiables subordinados de Augusto, Estatilio Tauro probablemente solo estuviera por debajo de Agripa. Fue nombrado prefecto urbano en el 16 a. C.; pero puede haber fallecido poco después, ya que desaparece de las fuentes.

FULVIA (M. 40 A.C.): esposa de Marco Antonio y madre de sus dos hijos romanos, Antilo y Julio, ya había perdido a dos esposos por muerte violenta antes de casarse con él. Tras apoyar reluctantemente a Lucio Antonio en su fracasada rebelión, fue subsiguientemente repudiada por Antonio, un rechazo del cual se dice que aceleró su muerte.

GERMÁNICO (15 A.C.-19 D.C.): hijo de Druso y Antonia, el popular Germánico comenzó a recibir mandos cada vez más importantes tras la rebelión de Pannonia en el 6 d. C. y Germania en el 9 d. C. Su muerte en el 19 d. C. fue vista con grandes sospechas.

HORACIO (QUINTO HORACIO FLACO, 65-8 A.C.): hijo de un exitoso liberto, Horacio recibió una buena educación y luchó para los Libertadores en Filipo. Pocos años después, fue aceptado en el círculo literario de Mecenas y llegó a ser conocido de Augusto, quien le entregó una valiosa heredad, lo cual le permitió de-

dicar su tiempo a escribir. Augusto ofreció al poeta un puesto como secretario, pero incluso cuando este lo rechazó siguieron teniendo una relación familiar.

JULIA: hermana de Julio César y abuela de Augusto, se casó con Marco Atio Balbo y tuvo una hija con él, Atia.

JULIA, HIJA DE AUGUSTO (39 A.C.-14 D.C.): única hija de Augusto que sobrevivió al parto, Julia fue utilizada para confirmar la lealtad de los partidarios clave de su padre, por lo que fue casada sucesivamente con Marcelo, Agripa y Tiberio. Tuvo cinco hijos con Agripa, pero solo un hijo mortinato con Tiberio. El deterioro de su matrimonio contribuyó al retiro de este a Rodas. En el 2 a. C. fue condenada por adulterio y enviada al exilio por su padre.

JULIA, NIETA DE AUGUSTO (*C.* 19 A.C.-28 D.C.): hija de Julia y Agripa, también fue acusada de adulterio y enviada al exilio en el 8 d. C.

CAYO JULIO CÉSAR (100-44 A.C.): miembro de una familia aristocrática, pero que recientemente había caído en una relativa oscuridad, los principios de la carrera de Julio César fueron muy convencionales. Como cónsul en el 59 a. C. se unió a Pompeyo y Craso en una alianza secreta que hoy conocemos como el primer triunvirato. Tras diez años de éxitos militares en las Galias se enfrentó a Pompeyo en una guerra civil y se convirtió en dictador. Fue asesinado en una conjura organizada por antiguos seguidores y enemigos a los que había perdonado.

LUCIO EMILIO LÉPIDO (*C.* 86-13/12 A.C.): hijo de un cónsul que intentó un golpe de Estado en el 78 a. C., Lépido apoyó a Julio César durante la guerra civil y fue recompensado con cargos cada vez más importantes, incluido el de jefe de la caballería *(magister equitum)* en el 44 a. C. Esto le concedió el mando de tropas y lo situó en una posición fuerte tras el asesinato del dictador. No obstante, en los años que siguieron sus soldados demostraron carecer de entusiasmo por él. Se unió a Marco Antonio y Augusto en el segundo triunvirato, pero con el tiempo su poder menguó hasta ser suprimido en el 36 a. C., pasando el resto de su vida en un virtual arresto.

LIVIA DRUSILA (*C.* 58 A.C.-29 D.C.): esposa de Augusto desde el 38 a. C. hasta la muerte de este en el 14 d. C., la pareja solo tuvo un hijo mortinato. No obstante, los dos hijos que había tenido en su anterior matrimonio, Tiberio y Druso, representarían un papel prominente en el vida pública, consiguiendo ambos distinciones como comandantes. Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón eran todos descendientes de Livia. En vida de Augusto, en ocasiones tuvo un papel destacado en acontecimientos públicos, mientras que en privado fue una importante consejera.

TITO LIVIO (POSIBLEMENTE 59 A. C.-17 D.C. O 64 A.C.-12 D.C.): Tito Livio fue el gran historiador de la era augustea y su patriótica y moralista historia de Roma

desde su fundación hasta la muerte de Druso en el 9 a. C. estaba formada por 142 libros. Solo una minoría de estos sobrevive más allá de meros resúmenes de su contenido. Si bien en broma Augusto lo reprendía por pompeyano, no hay pruebas reales de ninguna hostilidad contra Tito Livio por parte del nuevo régimen; además, en la mayoría de los aspectos el historiador celebraba virtudes cercanas al corazón del *princeps*.

LUCIO ANTONIO (*C.* 80 ?-40/39 A.C.): uno de los dos hermanos pequeños de Marco Antonio, Lucio se rebeló contra Augusto en el 41 a. C., pero fue derrotado en Perusia. Le fue perdonada la vida antes de enviarlo como gobernador a Hispania, donde murió poco después.

LUCIO CÉSAR (17 A.C.-2 D.C.): segundo hijo de Agripa y Julia, Lucio fue adoptado por Augusto, que le demostró considerable favor, como a su hermano mayor. Enviado a Hispania en el 2 d. C., se puso enfermó y murió en Massilia antes de llegar a su provincia.

CAYO CLAUDIO MARCELO (42-23 A.C.): hijo de la hermana de Augusto, Octavia, y del excónsul Cayo Claudio Marcelo, recibió considerable favor por parte del *princeps* hasta su repentina muerte.

LUCIO MARCIO FILIPO (FECHAS DESCONOCIDAS, PERO CÓNSUL EN EL 56 A.C.; ÚLTIMA ATESTACIÓN EN EL 43 A.C.): segundo esposo de Atia, se convirtió en el padrastro de Augusto y parece haberlo ayudado en los momentos iniciales de su carrera.

CAYO MARIO (*C.* 157-87 A.C.): casado con la tía de Julio César. Mario era un hombre nuevo que se convirtió en el más celebrado comandante romano de su época, consiguiendo cinco consulados consecutivos, algo sin precedentes. No obstante, su competencia con Sila condujo a una guerra civil, muriendo a los pocos días de apoderarse de Roma.

MARCO ANTONIO (86/83-30 A.C.): miembro de una exitosa familia aristocrática, Antonio heredó unas deudas inmensas que él se encargó de aumentar. Sirvió con Julio César en los últimos años en la guerra de las Galias y lo apoyó durante la guerra civil. Antonio fue recompensado con el consulado para el año 44 a. C., de modo que se encontraba en una posición de poder cuando el dictador fue asesinado. Su relación con Augusto comenzó con mal pie, pero tras un período de conflicto se aliaron junto con Lépido para formar el segundo triunvirato. Juntos derrotaron a los Libertadores, pero un subsiguiente fracaso en una guerra contra Partia debilitó a Antonio, mientras su *affaire* con Cleopatra dañaba su imagen en Roma. Derrotado en Accio en el 31 a. C., el año siguiente se quitó la vida.

CAYO MECENAS (*C.* 63-8 A.C.): largo tiempo amigo y seguidor de Augusto, Mecenas siempre fue un ecuestre y nunca ejerció ningún cargo público. A pesar

de lo cual, en varias ocasiones tuvo el control efectivo de Roma y representó un papel central en la política, sobre todo durante los años del segundo triunvirato. Tras ellos continuó aconsejando a Augusto y cultivó un círculo de escritores, entre los cuales se contaban los poetas Horacio y Virgilio.

OCTAVIA (*C.* 69-11 A.C.): hermana mayor de Augusto, se casó con Cayo Claudio Marcelo, y después con Marco Antonio, para cimentar la alianza con su hermano. Tuvo un hijo, Marcelo, de su primer matrimonio y dos hijas, Antonia la Mayor y la Menor, del segundo.

CAYO OCTAVIO (M. 59 A.C.): el padre de Augusto, Octavio, procedía de una próspera familia ecuestre, pero fue el primero de ella en entrar en política en Roma. Fue elegido pretor en el 61 a. C. y gobernó con éxito Macedonia como procónsul; pero murió en su villa de Nola cuando regresaba de su provincia.

OVIDIO (PUBLIO OVIDIO NASÓN, 43 A.C.-17 D.C.): una generación más joven que la de Virgilio y Horacio, Ovidio era demasiado joven para haber sufrido las guerras civiles y escribió todas sus principales obras durante las pacíficas condiciones del principado. Su estilo era mucho menos respetuoso con la tradición, y su *Ars amatoria* en concreto molestó a Augusto. No obstante, no fue hasta quedar implicado de algún modo en la desgracia de Julia la Menor cuando fue enviado al exilio al mar Negro en el 8 d. C.

POMPEYO EL GRANDE (CNEO POMPEYO MAGNO, 106-48 A.C.): el general romano más famoso de su época, Pompeyo el Grande alcanzó la prominencia bajo Sila y tuvo una carrera espectacular que rompió todas las reglas. En los años 50 a. C. se le entregó el mando de las provincias hispanas, pero se mantuvo en las afueras de Roma y envió a legados subordinados en su lugar. Luchó contra Julio César en la guerra civil, fue derrotado en Farsalia en el 48 a. C. y, poco después, asesinado en Egipto.

SEXTO POMPEYO MAGNO PÍO (*C.* 67-36 A.C.): hijo menor de Pompeyo el Grande, Sexto reunió tropas contra Julio César justo antes de su asesinato, pero solo se convirtió en un poder real en los años siguientes. Apoderándose de Sicilia como su base principal, construyó una flota formidable, lo cual le permitió establecer un bloqueo sobre Italia y rescatar a fugitivos de las proscripciones. A pesar de ganar varias batallas navales, al final fue derrotado por Augusto y sus seguidores.

PÓSTUMO AGRIPA (12 A.C.-14 D.C.): el más joven de los hijos de Agripa y Julia, Póstumo recibió su nombre porque nació después de que muriera su padre. Recibió escasa atención pública hasta su adopción por parte de Augusto en el 4 d. C. Incluso entonces no recibió cargos y pocos años después fue marginado y enviado al exilio. Fue asesinado poco después de la muerte de Augusto, pero no está claro quién dio la orden.

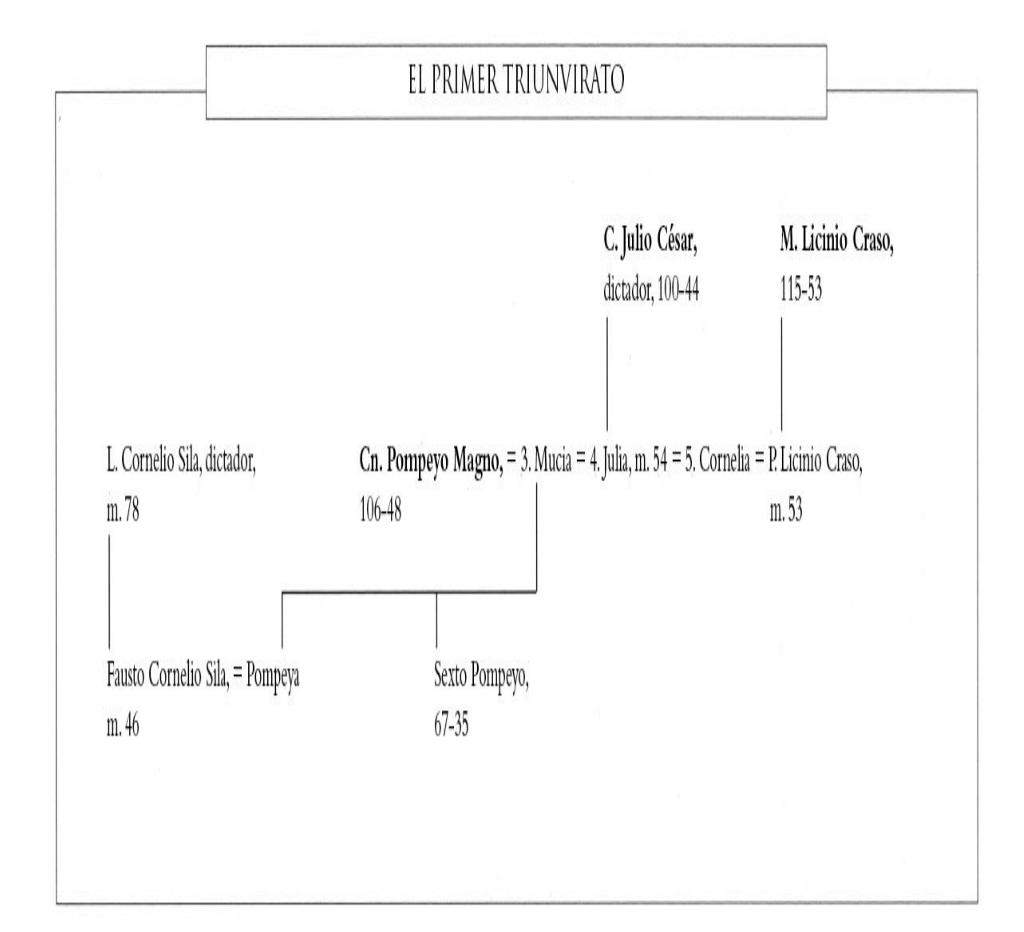
LUCIO CORNELIO SILA FÉLIX (138-78 A.C.): miembro de una antigua familia patricia que en tiempos recientes no había destacado, en el 88 a. C. Sila fue el primero que condujo a sus legiones hasta Roma y se apoderó del poder por la fuerza. Luego se enfrentó en una guerra civil con los seguidores de Mario y otros enemigos, nombrándose dictador e introduciendo las proscripciones para legitimar el asesinato de sus oponentes.

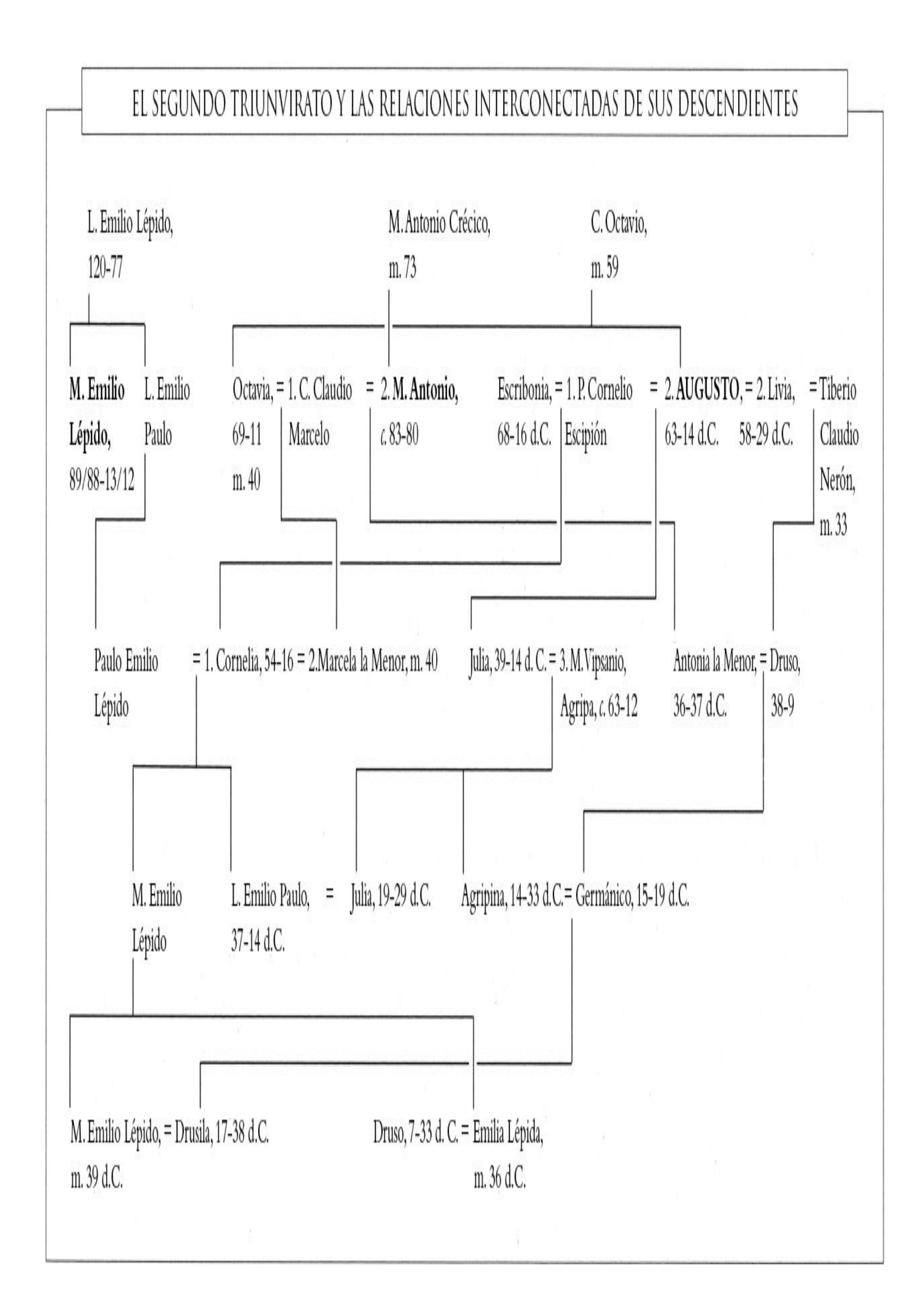
TIBERIO (42 A.C.-37 D.C.): hijo mayor de Livia y su primer esposo, Tiberio Claudio Nerón, Tiberio recibió una sucesión de cargos importantes y mandos provinciales a una edad muy temprana. Casado originalmente con Vipsania, la hija de Agripa, se divorció de ella para casarse con Julia, pero el emparejamiento demostró ser infeliz para ambos. En el 6 a. C. se fue voluntariamente al exilio en Rodas y durante diez años quedó excluido de la vida pública. Al final se le permitió regresar a Italia, pero no fue hasta la muerte de Cayo y Lucio cuando fue adoptado por Augusto. En los años siguientes se le concedieron poderes iguales a los del *princeps*, a quien sucedió sin problemas en el 14 d. C.

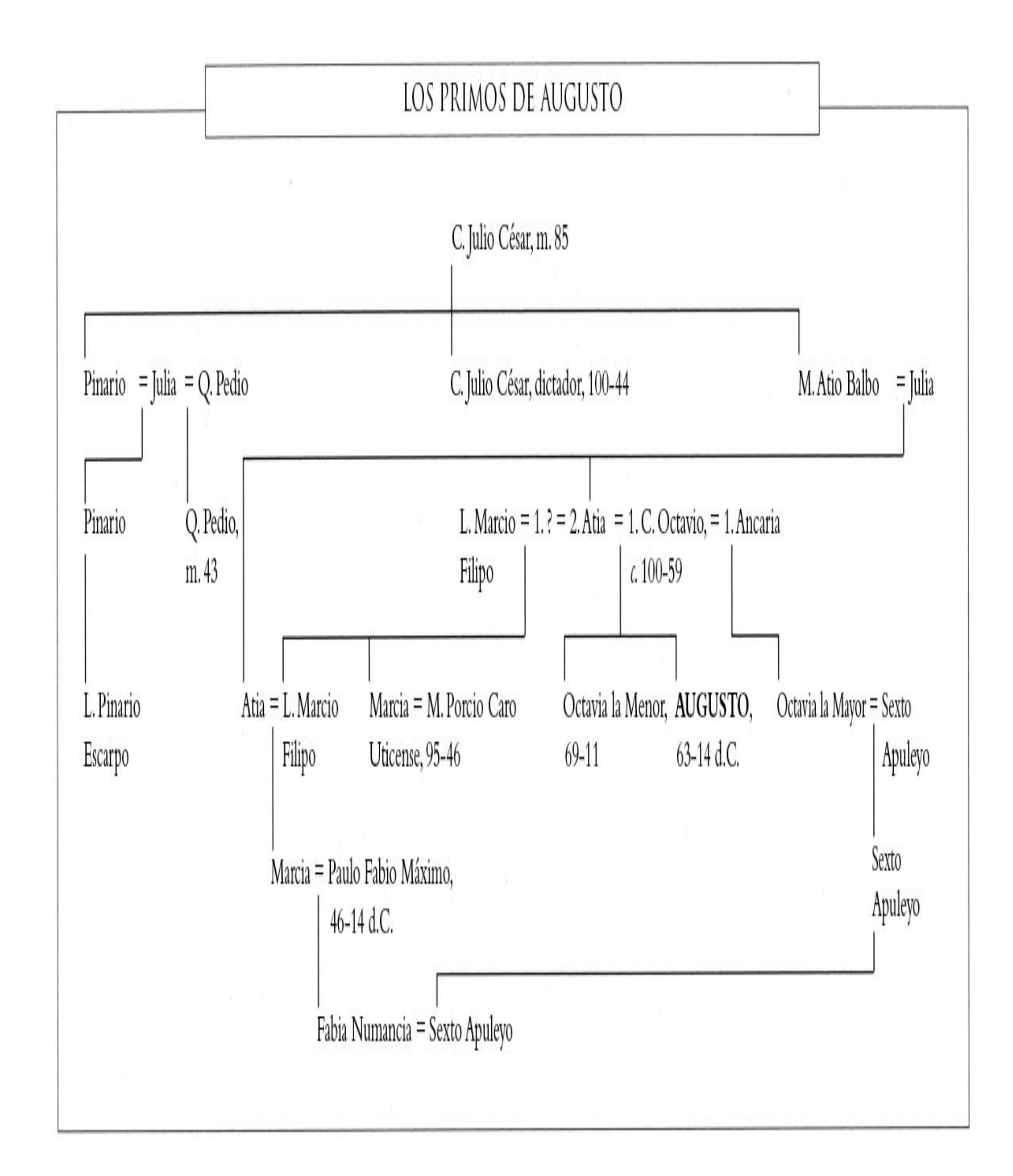
VIPSANIA (36 A.C.-20 D.C.): hija de Agripa y Pomponia, la hija de Ático, Vipsania se casó con Tiberio. Este se divorció de ella para casarse con Julia, pero se dice que lo lamentó amargamente. Se casó con un senador y le dio varios hijos.

PUBLIO VIRGILIO MARÓN (*C.* 70-19 A.C.): a pesar de que parece haber sufrido la pérdida de algunas tierras familiares durante las confiscaciones organizadas durante el segundo triunvirato, Virgilio se convirtió después en amigo de Mecenas y Augusto, produciendo obras en sintonía con el nuevo régimen. Su *Eneida* quedó sin terminar cuando murió, pero a pesar de los deseos del autor Augusto hizo que la ordenaran y la publicó con gran aplauso popular.

ÁRBOLES GENEALÓGICOS


EL PRIMER TRIUNVIRATO
C. Julio César,
dictador, 100-44
M. Licinio Craso,
115-53
L. Cornelio Sila, dictador,
m. 78
Cn. Pompeyo Magno, = 3. Mucia = 4. Julia, m. 54 = 5. Cornelia = P. Licinio Craso,
106-48
m. 53
Fausto Cornelio Sila, = Pompeya
m. 46
Sexto Pompeyo,
67-35


EL SEGUNDO TRIUNVIRATO Y LAS RELACIONES INTERCONECTADAS DE SUS DESCENDIENTES
L. Emilio Lépido, 120-77
M. Antonio Crécico, m. 73
C. Octavio, m. 59
M. Emilio Lépido, 89/88-13/12
L. Emilio Paulo
Octavia, 69-11 m. 40
= 1. C. Claudio Marcelo
= 2. M. Antonio, c. 83-80
Escribonia, 68-16 d.C.
= 1. P. Cornelio Escipión
= 2. AUGUSTO, 63-14 d.C.
= 2. Livia, 58-29 d.C.
= Tiberio Claudio Nerón, m. 33
Paulo Emilio Lépido
= 1. Cornelia, 54-16 = 2.Marcela la Menor, m. 40
Julia, 39-14 d. C. = 3. M.Vipsanio, Agripa, c. 63-12
Antonia la Menor, 36-37 d.C. = Druso, 38-9
M. Emilio Lépido
L. Emilio Paulo, 37-14 d.C.
= Julia, 19-29 d.C.
Agripina, 14-33 d.C. = Germánico, 15-19 d.C.
M. Emilio Lépido, m. 39 d.C. = Drusila, 17-38 d.C.
Druso, 7-33 d. C. = Emilia Lépida, m. 36 d.C.


LOS PRIMOS DE AUGUSTO
C. Julio César, m. 85
Pinario = Julia = Q. Pedio
C. Julio César, dictador, 100-44
M. Atio Balbo = Julia
Pinario
Q. Pedio,
m. 43
L. Marcio = 1. ? = 2. Atia = 1. C. Octavio, = 1. Ancaria
Filipo
c. 100-59
L. Pinario
Escarpo
Atia = L. Marcio
Filipo
Marcia = M. Porcio Caro
Uticense, 95-46
Octavia la Menor,
69-11
AUGUSTO,
63-14 d.C.
Octavia la Mayor = Sexto
Apuleyo
Marcia = Paulo Fabio Máximo,
46-14 d.C.
Sexto
Apuleyo
Fabia Numancia = Sexto Apuleyo



LA FAMILIA DE AUGUSTO, LIVIA Y OCTAVIA A LA MUERTE DE MARCO ANTONIO EN EL 30 A. C.

AUGUSTO, 63- = 1. Escribonia, 68- = 2. Livia 58- = 1. Tiberio Claudio Nerón, m. 33

C. Claudio Marcelo, m. 40 = OCTAVIA, 69- = M. Antonio, m. 30 = Fulvia, m. 40

JULIA, 39-

M. Antonio Antilo, 47-30

JULO ANTONIO, 43-

MARCELO, 42-

MARCELA, la Mayor, 41-

MARCELA la Menor, 40-

TIBERIO, 42-

DRUSO, 38-

ANTONIA la Mayor, 39-

ANTONIA la Menor, 36

En mayúsculas las personas y miembros de la familia imperial vivos en la fecha del cuadro; las personas fallecidas o divorciadas aparecen en minúsculas. Todas las fechas son a.C.

LAS FAMILIAS E HIJOS DE AUGUSTO, LIVIA Y OCTAVIA EN EL 19 A. C.

AUGUSTO, = 1. Escribonia, = 2. LIVIA, = 1. Tib. Cludio Nerón, | C. Claudio Marcelo, = OCTAVIA, = M. Antonio, = Fulvia,
63- | 68- | 58- | m. 33 | m. 40 | 69- | m. 30 | m. 40

JULIA, = *M. VIPSANIO AGRIPA, *c.* 63- = 1. Cecilia Ática, 51-
39-

MARCELA la Menor, 40-

*M. VIPSANIO Agripa, *c.* 63- = 2. MARCELA la Mayor, 41- = 2. JULO ANTONIO, 43-

CAYO, 20-

VIPSANIA, 36- = TIBERIO, 42-

DRUSO, 38- = ANTONIA

ANTONIA la Mayor, 39- = L. DOMICIO ENOBARDO

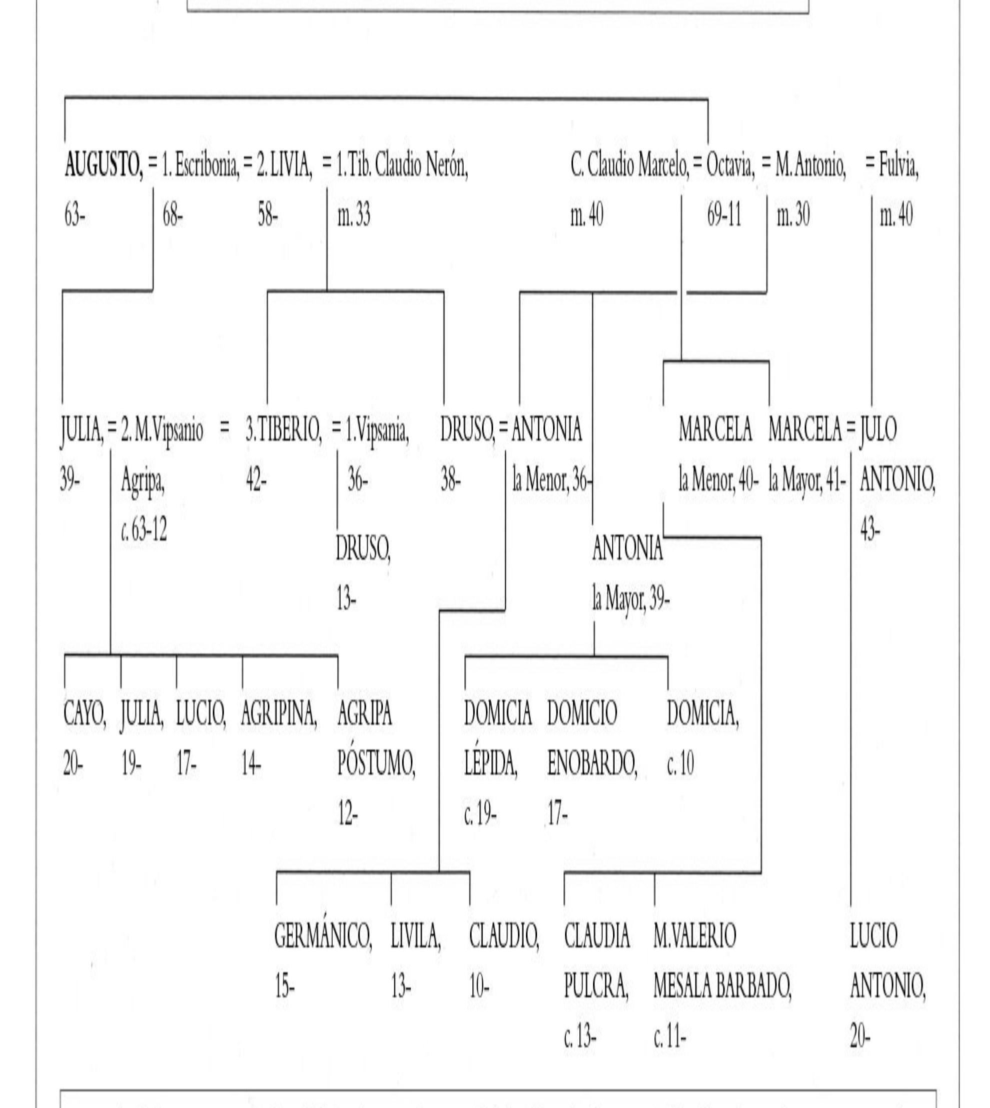
DOMICIA LÉPIDA, *c.* 19-

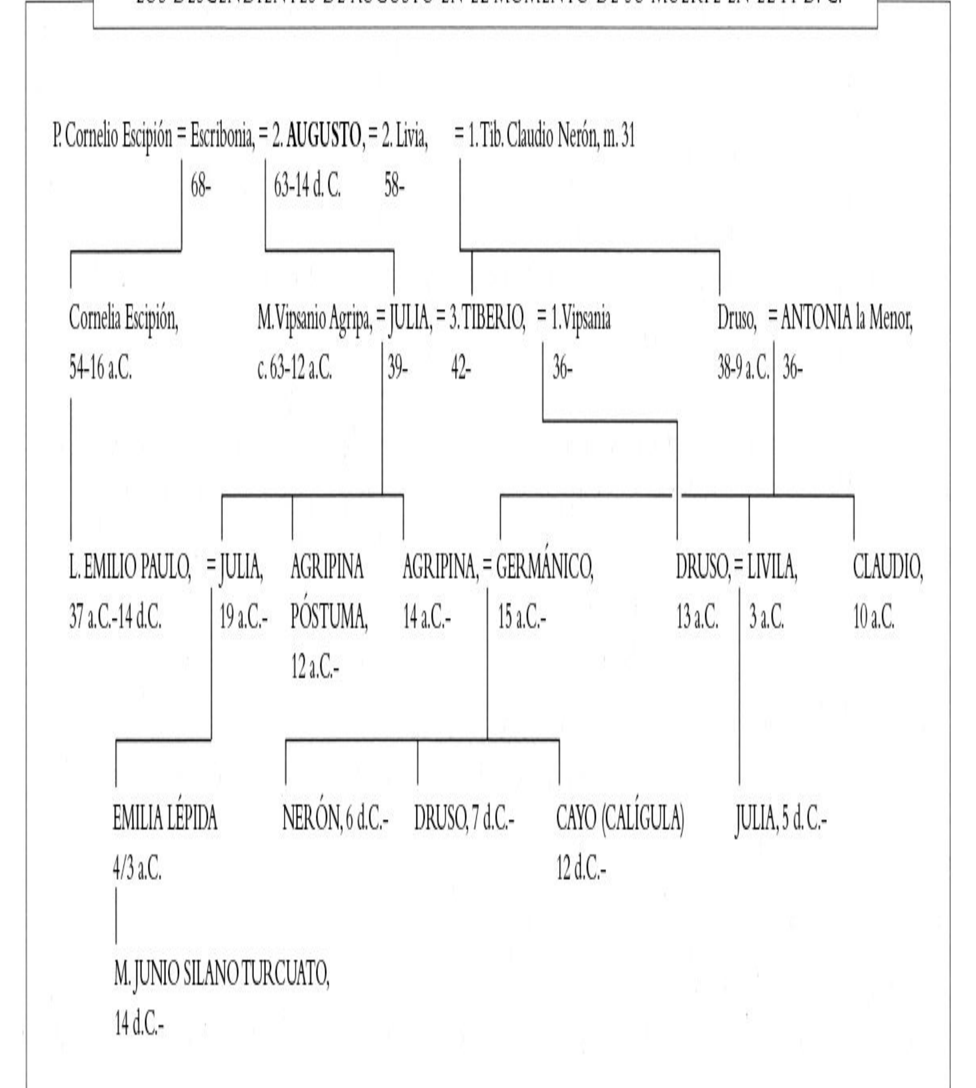
¿HIJA?

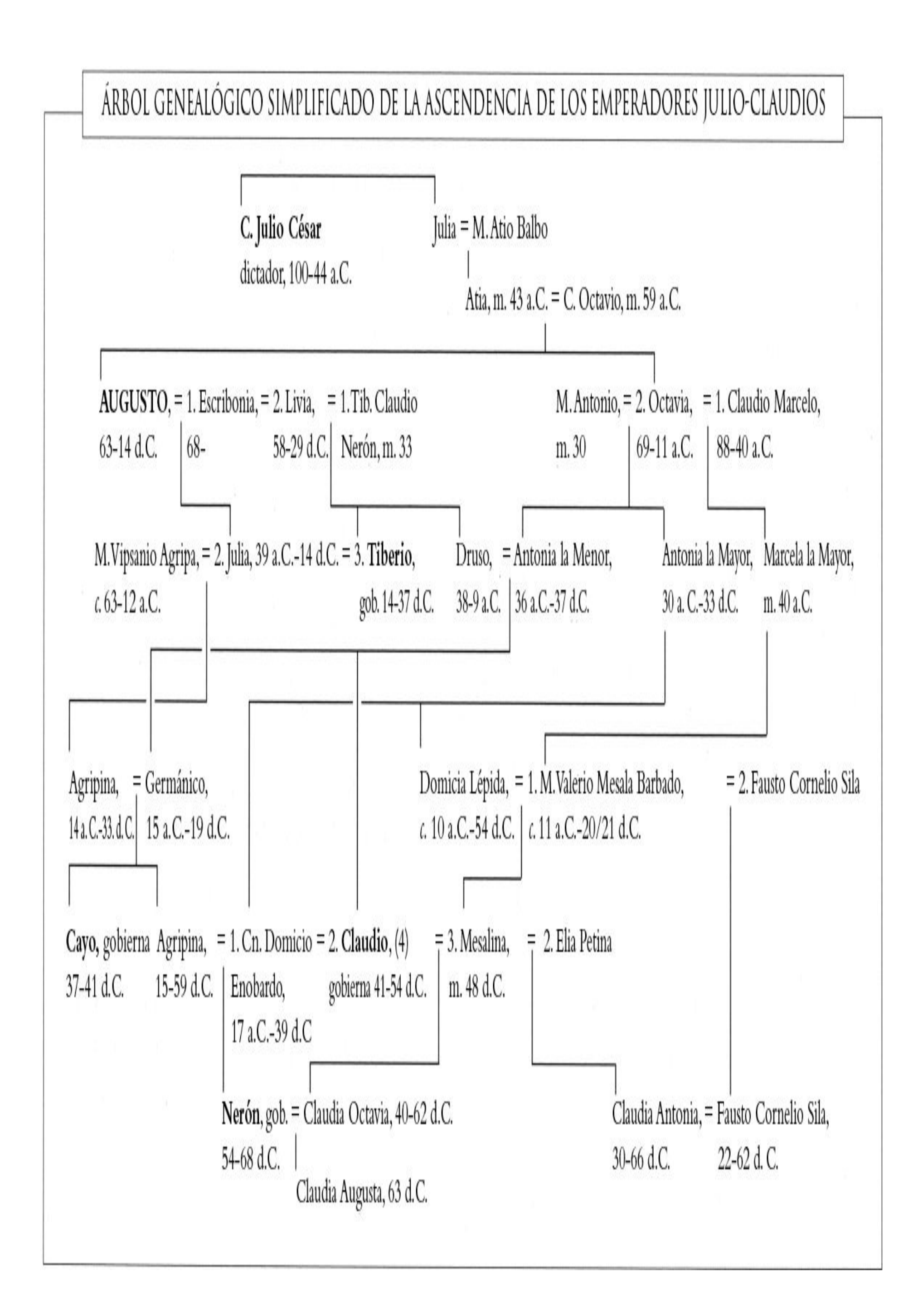
LUCIO ANTONIO, 20-

* Indica que Agripa aparece dos veces.

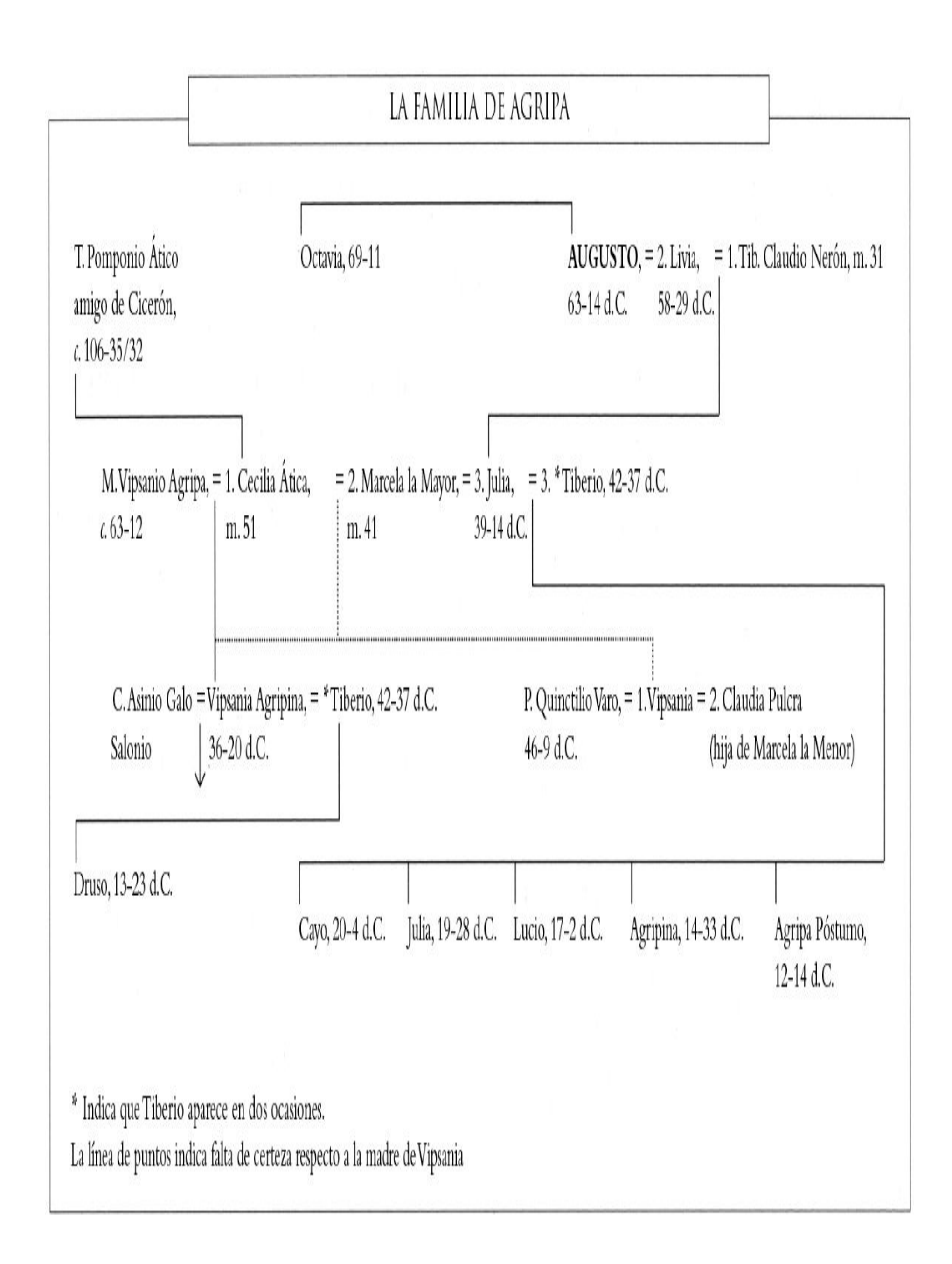
En mayúsculas las personas y miembros de la familia imperial vivos en la fecha del cuadro; las personas fallecidas o divorciadas aparecen en minúsculas. Todas las fechas son a.C.


LOS NIETOS DE AUGUSTO, LIVIA Y OCTAVIA EN EL 10 A. C.
AUGUSTO, = 1. Escribonia, = 2. LIVIA, = 1. Tib. Claudio Nerón,
63- 68- 58- m. 33
C. Claudio Marcelo, = Octavia, = M. Antonio, = Fulvia,
m. 40 69-11 m. 30 m. 40
JULIA, = 2. M. Vipsanio Agripa, c. 63-12 = 3. TIBERIO, = 1. Vipsania,
39- 42- 36-
DRUSO, 13-
DRUSO, = ANTONIA la Menor, 36-
38-
MARCELA la Menor, 40-
MARCELA la Mayor, 41- = JULO ANTONIO, 43-
ANTONIA la Mayor, 39-
CAYO, 20-
JULIA, 19-
LUCIO, 17-
AGRIPINA, 14-
AGRIPA PÓSTUMO, 12-
DOMICIA LÉPIDA, c. 19-
DOMICIO ENOBARDO, 17-
DOMICIA, c. 10
GERMÁNICO, 15-
LIVILA, 13-
CLAUDIO, 10-
CLAUDIA PULCRA, c. 13-
M. VALERIO MESALA BARBADO, c. 11-
LUCIO ANTONIO, 20-
En mayúsculas las personas y miembros de la familia imperial vivos en la fecha del cuadro; las personas fallecidas o divorciadas aparecen en minúsculas. Todas las fechas son a.C.


LOS DESCENDIENTES DE AUGUSTO EN EL MOMENTO DE SU MUERTE EN EL 14 D. C.
P. Cornelio Escipión = Escribonia, = 2. AUGUSTO, = 2. Livia, = 1. Tib. Claudio Nerón, m. 31
68-
63-14 d. C.
58-
Cornelia Escipión, 54-16 a.C.
M. Vipsanio Agripa, = JULIA, = 3. TIBERIO, = 1. Vipsania
c. 63-12 a.C.
39-
42-
36-
Druso, = ANTONIA la Menor,
38-9 a.C.
36-
L. EMILIO PAULO, 37 a.C.-14 d.C.
= JULIA, 19 a.C.-
AGRIPINA PÓSTUMA, 12 a.C.-
AGRIPINA, = GERMÁNICO,
14 a.C.-
15 a.C.-
DRUSO, = LIVILA,
13 a.C.
3 a.C.
CLAUDIO, 10 a.C.
EMILIA LÉPIDA 4/3 a.C.
NERÓN, 6 d.C.-
DRUSO, 7 d.C.-
CAYO (CALÍGULA) 12 d.C.-
JULIA, 5 d. C.-
M. JUNIO SILANO TURCUATO, 14 d.C.-
En mayúsculas las personas y miembros de la familia imperial vivos en la fecha del cuadro; las personas fallecidas o divorciadas aparecen en minúsculas.



ÁRBOL GENEALÓGICO SIMPLIFICADO DE LA ASCENDENCIA DE LOS EMPERADORES JULIO-CLAUDIOS
C. Julio César
dictador, 100-44 a.C.
Julia = M. Atio Balbo
Atia, m. 43 a.C. = C. Octavio, m. 59 a.C.
AUGUSTO, = 1. Escribonia, = 2. Livia, = 1. Tib. Claudio
63-14 d.C.
68-
58-29 d.C.
Nerón, m. 33
M. Antonio, = 2. Octavia, = 1. Claudio Marcelo,
m. 30
69-11 a.C.
88-40 a.C.
M. Vipsanio Agripa, = 2. Julia, 39 a.C.-14 d.C. = 3. Tiberio,
c. 63-12 a.C.
gob. 14-37 d.C.
Druso, = Antonia la Menor,
38-9 a.C.
36 a.C.-37 d.C.
Antonia la Mayor,
30 a. C.-33 d.C.
Marcela la Mayor,
m. 40 a.C.
Agripina, = Germánico,
14 a.C.-33 d.C.
15 a.C.-19 d.C.
Domicia Lépida, = 1. M. Valerio Mesala Barbado,
c. 10 a.C.-54 d.C.
c. 11 a.C.-20/21 d.C.
= 2. Fausto Cornelio Sila
Cayo, gobierna
37-41 d.C.
Agripina, = 1. Cn. Domicio = 2. Claudio, (4)
15-59 d.C.
Enobardo,
17 a.C.-39 d.C
gobierna 41-54 d.C.
= 3. Mesalina,
m. 48 d.C.
= 2. Elia Petina
Nerón, gob. = Claudia Octavia, 40-62 d.C.
54-68 d.C.
Claudia Augusta, 63 d.C.
Claudia Antonia, = Fausto Cornelio Sila,
30-66 d.C.
22-62 d. C.


LA FAMILIA DE AGRIPA
T. Pomponio Ático
amigo de Cicerón,
c. 106-35/32
Octavia, 69-11
AUGUSTO, = 2. Livia, = 1. Tib. Claudio Nerón, m. 31
63-14 d.C. 58-29 d.C.
M. Vipsanio Agripa, = 1. Cecilia Ática, = 2. Marcela la Mayor, = 3. Julia, = 3. *Tiberio, 42-37 d.C.
c. 63-12 m. 51 m. 41 39-14 d.C.
C. Asinio Galo =Vipsania Agripina, = *Tiberio, 42-37 d.C.
Salonio 36-20 d.C.
P. Quinctilio Varo, = 1. Vipsania = 2. Claudia Pulcra
46-9 d.C. (hija de Marcela la Menor)
Druso, 13-23 d.C.
Cayo, 20-4 d.C.
Julia, 19-28 d.C.
Lucio, 17-2 d.C.
Agripina, 14-33 d.C.
Agripa Póstumo,
12-14 d.C.
* Indica que Tiberio aparece en dos ocasiones.
La línea de puntos indica falta de certeza respecto a la madre de Vipsania

ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS

Ampelio, *Lib. mem.* = Lucio Ampelio, *Liber memorialis*

Apiano, *BC* = Apiano, *Guerras civiles*

Apiano, *Bell. Hisp.* = Apiano, *Guerras de Hispania*

Broughton, *MRR* 2 = T. BROUGHTON y M. PATTERSON (1951), *The magistrates of the Roman Republic* vol. 2

César, *BC* = Julio César, *Guerra civil*

César, *BG* = Julio César, *Guerra de las Galias*

*CAH*2 IX = J. CROOK, A. LINTOTT y E. RAWSON (eds.), *The Cambridge ancient history* 2.ª ed ., vol. IX: *The last age of the Roman Republic, 146-43 BC.*

*CAH*2 X = A. BOWMAN, E. CHAMPLIN y A. LINTOTT, A. (eds.), *The Cambridge ancient history* 2.ª ed., vol. X: *The augustan Empire, 43 BC-AD 69*

Cicerón, *Ad Att.* = Cicerón, *Cartas a Ático*

Cicerón, *Ad fam.* = Cicerón, *Cartas a sus amigos*

Cicerón, *Ad Quintum fratrem* = Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto*

Cicerón, *Agr.* = Cicerón, *Acerca de la ley agraria*

Cicerón, *Cat.* = Cicerón, *Las Catilinarias*

Cicerón, *De reg. Alex F.* = Cicerón, fragmento del *Discurso sobre el rey de Alejandría*

Cicerón, *Verres* = Cicerón, *Las Verrinas*

CIG = *Corpus Inscriptionum Graecarum*

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*

Comp. Nic. = Fragmento de Nicolás de Damasco, *Historia*

De vir. ill. = Anónimo, *Sobre hombres ilustres*

Dion = Dion Casio, *Historia de Roma*

Estrabón, *Geog.* = Estrabón, *Geografía*

Galeno, *Comm. In Hipp. Epid., CMG* = KÜHN, C., *Galenus Medicus* (1821-1833), complementado por H. DIELS *et alii* (1918-)

Gelio, *NA* = Aulo Gelio, *Noches áticas*

ILLRP = A. Degrassi (ed.) (1963-1965), *Inscriptiones latinae liberae rei republicae*

ILS = H. Dessau (1892-1916), *Incriptiones latinae selectae*

Josefo, *AJ* = Flavio Josefo, *Antigüedades judías*

Josefo, *BJ* = Flavio Josefo, *La guerra judía*

JRA = *Journal of Roman Archaeology*

JRS = *Journal of Roman Studies*

Justino = Justino, *Epítome*

Livio, *Per*. = Tito Livio, *Historia de Roma. Períoca*

OGIS = W. Dittenberger, *Orientis graeci inscriptiones selectae* (1903-1905)

Plinio el Joven, *Epistolae* = Plinio el Joven, *Cartas*

Plinio el Viejo, *NH* = Plinio el Viejo, *Historia natural*

Quintiliano = Quintiliano, *Instituciones oratorias*

Salustio, *Bell. Cat*. = Salustio, *Conjuración de Catilina*

Salustio, *Bell. Jug*. = Salustio , *Guerra de Jugurta*

Salustio, *Hist*. = Salustio, *Historias*

SEG. = P. Roussel, M. Tod, E. Ziebarth y J. Hondius (eds.), *Supplementum epigraphicum graecum* (1923-)

Serv. = Servio

Tácito, *Ann*. = Tácito, *Anales*

Valerio Máximo = Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*

Veleyo Patérculo = Veleyo Patérculo, *Historia de Roma*

BIBLIOGRAFÍA

Se incluyen todas las obras citadas en las notas. Como tengo por costumbre, cuando ha sido posible he intentado citar trabajos publicados de forma relativamente reciente en inglés, pues estos son los que resultarán más útiles al lector interesado que desee leer más sobre la cuestión. Recurriendo a las referencias mencionadas en esas obras se podrán ampliar esas lecturas con la importante literatura publicada en otros idiomas.

ADCOCK, F., *The Roman art of war under the Republic* (1940).

ALFÖLDY, G., *Noricum* (1974).

BADIAN, E., *Publicans and sinners* (1972).

—, «"Crisis theories" and the beginning of the Principate», en W. WIRTH, *Romanitas and christianitas* (1982), pp. 18-41.

BALSDON, J., «Fabula clodiana», *Historia* 15 (1966), pp. 65-73.

BARNES, T., «The victories of Augustus», *JRS* 64 (1974), pp. 21-26.

BARRETT, A., *Caligula. The corruption of power* (1989).

—, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002).

BARTON, T., «Augustus and capricorn: astrological polyvalency and imperial rhetoric», *JRS* 85 (1995), pp. 33-51.

BILLOWS, R., «The religious procession of the Ara Pacis Augustae: Augustus' *supplicatio* in 13 BC», *JRA* 6 (1993), pp. 80-92.

—, *Julius Caesar. The colossus of Rome* (2009). [Hay edición española: *Julio César. El coloso de Roma*, Gredos, 2011].

BINGEN, J., *Hellenistic Egypt: monarchy, society, economy, culture* (2007).

BIRCH, R., «The settlement of 26 june AD 4 and its aftermath», *Classical Quarterly* 31 (1981), pp. 443-456.

BOATRIGHT, M., «The Pomerial extension of Augustus», *Historia* 35 (1986), pp. 13-27.

BOWERSOCK, G., *Augustus and the Greek World* (1965).

—, «Augustus and the East: the problem of succession», en MILLAR & SEGAL (1990), pp. 169-188.

BRADLEY, K., «Wet-nursing at Rome. A study in social relations», en RAWSON (1986), pp. 201-229.

BRANDON, C., «Cement, concrete and settling barges at Sebastos: comparisons with other Roman harbour examples and the descriptions of Vitruvius», en A. RABAN y K. HOUM (eds.), *Caesarea maritima. A retrospective after two millennia* (1996), pp. 25-40.

BRUNT, P., *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971).

—, «The administrators of Roman Egypt», *JRS* 65 (1975), pp. 124-147.

—, «Princeps and equites», *JRS* 73 (1983), pp. 42-75.

—, «The role of the Senate in the Augustan regime», *Classical Quarterly* 34. 2 (1984), pp. 423-444.

CAMP, J., *The Archaeology of Athens* (2001).

CAMPBELL, B., «The marriage of soldiers under the Empire», *JRS* 68 (1978), pp. 153-166.

—, «War and diplomacy: Rome and Parthia, 31 BC-AD 235», en RICH & SHIPLEY (1993), pp. 213-240.

—, *The emperor and the roman Army 31 BC-AD 235* (1984).

CARSON, R., «Caesar and the monarchy», *Greece & Rome* 4 (1957), pp. 46-53.

CARTER, J., *The battle of Actium: the rise and triumph of Augustus Caesar* (1970).

CARTLEDGE, P., «The second thoughts of Augustus on the res publica in 28/7 BC», *Greece and Rome* 31 (1984), pp. 30-40.

CHAMPLIN, E., «Tiberius and the Heavenly Twins», *JRS* 101 (2011), pp. 73-99.

CHILVER, G., «Augustus and the Roman constitution 1939-1950», *Historia* 1 (1950), pp. 408-435.

CHRISTOL, M., *Une Histoire Provinciale. La Gaule narbonnaise av. J.-C. au* IIIe*siècle ap. J.-C.* (2010).

CLARKE, J., «Augustan domestic interiors: propaganda or fashion?» en GALINSKY (2005), pp. 264-278.

COLLINS, J., «Caesar and the corruption of power», *Historia* 4 (1957), pp. 445-465.

CONLIN, D., *The Artists of the Ara Pacis. Studies in the history of Greece and Rome* (1997).

CONNOLLY, P., *Greece and Rome at war* (1981).

COOLEY, M. (ed.), *The age of Augustus. Lactor 17* (2003).

CORBETT, J., «The Succession policy of Augustus», *Latomus* 33 (1974), pp. 87-97.

CRAWFORD, M., *Roman republican coinage* (1974).

CROOK, J., «Some remarks on the Augustan constitution», *Classical Review* 3 (1953), pp. 10-12.

CUNLIFFE, B., *Greeks, Romans and Barbarians: spheres of interaction* (1988).

CURCHIN, L., *The romanization of central Spain. Complexity, diversity and change in a provincial hinterland* (2004).

DELIA, D., «Fulvia reconsidered», en S. POMEROY (ed.), *Women's history and ancient history* (1991), pp. 197-217.

DENNISON, M., *Empress of Rome. The Life of Livia* (2010).

DERKS, T., *Gods, temples and ritual practices: the transformation of religious ideas and values in Roman Gaul* (1998).

DIXON, S., *The Roman mother* (1988).

DOWLING, M., *Clemency and Cruelty in the Roman World* (2006).

DRINKWATER, J., *Roman Gaul. The three provinces, 58 BC-AD 260* (1983).

—, «The Principate - lifebelt, or millstone around the neck of Empire?», en

O. HEKSTER, G. KLEIJN y D. SLOOTJES (eds.), *Crises and the Roman Empire* (2007), pp. 67-74.

DURÁN CABELLO, R. M., «Edificios de espectáculo», en X. RAVENTÓS (ed.), *Las capitales provinciales de Hispania 2. Mérida: Colonia Augustua Emerita* (2004).

DYSON, S., «Native revolt patterns in the Roman Empire», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2. 3 (1975), pp. 38-175.

—, *The creation of the Roman frontier* (1985).

—, *Rome. A Living portrait of an ancient city* (2010).

ECK, W., «Senatorial self-representation: developments in the Augustan period», en MILLAR y SEGAL (1990), pp. 129-167.

—, *The age of Augustus* (2003).

EDMONDSON, J. (ed.), *Augustus* (2009).

EHRENBERG, V. y A. JONES, *Documents illustrating the reigns of Augustus and Tiberius* (2.ª ed., 1975).

EVERITT, A., *Cicero. A turbulent life* (2001). [Hay edición española: *Cicerón*, Edhasa, 2007].

—, *Augustus: the life of Rome's first emperor* (2006). [Hay edición española: *Augusto. El primer emperador*, Austral, 2012].

FANTHAM, E., *Julia Augusti, the emperor's daughter* (2006).

FERRARY, J., «The powers of Augustus», en EDMONDSON (2009), pp. 90-136.

FERRILL, A., «Prosopography and the last years of Augustus», *Historia* 20 (1971), pp. 718-731.

—, «Augustus and his daughter: a modern myth», en C. DEROUX (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History* 2 (1980), pp. 332-346.

FEUGÈRE, M. (ed.), *L'Équipment militaire et l'armement de la République*. *Journal of Roman Military Equipment Studies* 8 (1997).

FINLEY, M. (ed.), *Studies in Roman property* (1976).

FISHWICK, D., *The imperial cult in the latin West: studies in the ruler cult of the Western Roman Empire*, vol. 3 (2002).

FLORY, M., «*Abducta Neroni Uxor*: The historiographic tradition on the marriage of Octavian and Livia», *Transactions of the American Philological Association* 118 (1988), pp. 343-359.

FLOWER, H., «The tradition of the *spolia opima*: M. Claudius Marcellus and Augustus», *Classical Antiquity* 19 (2000), pp. 34-64.

FRANZEN, P., «The Augustan legionary fortress at Nijmegen. Legionary and auxiliary soldiers», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 1257-1269.

GABBA, E., «The Perusine war and triumviral Italy», *Harvard Studies in Classical Philology* 75 (1971), pp. 139-160.

GABBA, E. (trad. de P. Cuff), *The Roman Republic, the army and the allies* (1976).

GALINSKY, K., *Augustan Culture* (1996).

—, *Augustus. Introduction to the Life of an Emperor* (2012).

GALINSKY, K. (ed.), *The Cambridge companion to the age of Augustus* (2005).

GARDNER, J., «The sictator», en GRIFFIN (2009), pp. 57-71.

GARNSEY, P., *Famine and food supply in the Graeco-Roman world. Responses to risk and crisis* (1988).

GELZER, M. (trad. de P. Needham), *Caesar. Politician and statesman* (1968).

GOLDSWORTHY, A., *The Roman Army at War 100 BC-AD 200* (1996).

—, «"Instinctive genius": the depiction of Caesar the general», en WELCH & POWELL (1998), pp. 193-219.

—, *In the name of Rome* (2004).

—, *The complete Roman army* (2004).

—, *Caesar: the life of a colossus* (2006). [Hay edición española: *César. La biografía definitiva*, La Esfera de los Libros, 2007].

—, *Antony and Cleopatra* (2010). [Hay edición española: *Antonio y Cleopatra*, La Esfera de los Libros, 2011].

GOUDINEAU, C., *César et la Gaule* (1995).

GOWERS, E., «Augustus and "Syracuse"», *JRS* 100 (2010), pp. 69-87.

GRANT, M., *Cleopatra* (1972).

GREEN, P., *Alexander to Actium: the historical evolution of the Hellenistic age* (1990).

GREENHALGH, P., *Pompey: the Roman Alexander* (1980).

GRIFFIN, J., «Augustus and the poets: "Caesar qui cogere posset"», en MILLAR y SEGAL (1990), pp. 189-218.

—, «The Elder Seneca and Spain», *JRS* 62 (1972), pp. 1-19.

GRIFFIN, M. (ed.), *A companion to Julius Caesar* (2009).

GRIMAL, P. (trad. de A. Train), *Love in ancient Rome* (1986). [Hay edición española: *El amor en la Roma antigua*, Paidós, 2000].

GRUEN, E., *The last generation of the Roman Republic* (1974).

—, «Cleopatra in Rome. Fact and fantasies», en D. BRAUND y C. GILL (eds), *Myths, history and culture in republican Rome. Studies in honour of T. P. Wiseman* (2003), pp. 257-274.

—, «Caesar as a politician», en GRIFFIN (2009), pp. 23-36.

GWYNN, A., *Roman education* (1926).

HALLETT, J., «Perusinae Glandes and the Changing Image of Augustus», *American Journal of Ancient History* 2 (1977), pp. 151-171.

HARMAND, J., *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant nôtre ère* (1967).

HARRINGTON, D., «The Battle of Actium - a study in historiography», *Ancient World* 9. 1-2 (1984), pp. 59-64.

HÖLBL, G. (trad. de T. Saavedra), *A history of the Ptolemaic Empire* (2001).

HOLDER, P., *The Auxilia from Augustus to Trajan* (1980).

HOLLAND, R., *Augustus. Godfather of Europe* (2004).

HUZAR, E., «Mark Antony: marriages vs. careers», *The Classical Journal* 81 (1985/1986), pp. 97-111.

JAMES, S., *Rome and the sword. How warriors and weapons shaped Roman history* (2011).

JOHNSON, J., «The authenticity and validity of Antony's will», *L'Antiquité Classique* 47 (1978), pp. 494-503.

JONES, A., «The *imperium* of Augustus», *JRS* 41 (1951), pp. 112-119.

—, «The elections under Augustus», *JRS* 45 (1955), pp. 9-21.

JONES, R., «The Roman military occupation of north-west Spain», *JRS* 66 (1976), pp. 45-66.

KENNEDY, D. (ed.), *The Roman army in the East. Journal of Roman Archaeology Supplements* 18 (1996).

—, «Parthia and Rome: eastern perspectives», en KENNEDY (1996), pp. 67-90.

KEPPIE, L., *Colonisation and veteran settlement in Italy: 47-14 BC* (1983).

—, *The Making of the Roman Army* (1984).

—, «A centurion of *Legio Martia* at Padova?», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 2 (1991), pp. 115-21 = L. Keppie, *Legions and Veterans: Roman army papers 1971-2000* (2000), pp. 68-74.

KING, D., *The Elgin marbles* (2006).

KOS, M., *Appian and Illyricum* (2005).

LACEY, W., «*Summi Fastigii Vocabulum*: the story of a title», *JRS* 69 (1979), pp. 28-34.

—, *Augustus and the Principate. The evolution of the system* (1996).

LANGE, C., *Res Publica Constituta. Actium, Apollo and the accomplishment of the triumviral assignment* (2009).

—, «The battle of Actium: a reconsideration», *Classical Quarterly* 61. 2 (2011), pp. 608-623.

LAST, H., «*Imperium Maius*: a note», *JRS* 37 (1947), pp. 157-164.

LE BOHEC, Y., *The imperial Roman army* (1994).

LEON, E., «Scribonia and her daughters», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 82 (1951), pp. 168-175.

LEVICK, B., «Abdication and Agrippa Postumus», *Historia* 21 (1972), pp. 674-697.

—, «Julians and Claudians», *Greece and Rome* 22 (1975), pp. 29-38.

—, *Tiberius the politician* (1999).

—, *Augustus. Image and substance* (2010).

LEWIS, N. y M. REINHOLD (eds.), *Roman civilization. Selected readings*, vol. 1 *The Republic and the Augustan age* (3.ª ed.,1990).

LIEBESCHUETZ, J., «The settlement of 27 BC», en C. DEROUX, *Studies in latin literature and Roman history* (2008), pp. 345-365.

LINDERSKI, J., «Aphrodisias and the *Res Gestae*: The *genera militiae* and the status of Octavian», *JRS* 74 (1984), pp. 74-80.

LINTOTT, A., «Electoral bribery in the Roman Republic», *JRS* 80 (1990), pp. 1-16.

—, *The Constitution of the Roman Republic* (1999).

—, *Cicero as evidence* (2008).

—, «The assassination», en GRIFFIN (2009), pp. 72-82.

LO CASCIO, E., «The size of the Roman population: Beloch and the meaning of the Augustan census figures», *JRS* 84 (1994), pp. 23-40.

LOWE, B., *Roman Iberia. Economy, Society and Culture* (2009).

LUCE, T., «Livy, Augustus and the Forum Augustum», en EDMONDSON (2009), pp. 399-415.

MACMULLEN, R., *Enemies of the Roman order. Treason, unrest and alienation in the Empire* (1967).

—, *Romanization in the time of Augustus* (2000).

MACNALLY, M., *Teutoburg forest AD 9. The destruction of Varus and his legions*. Osprey Campaign Series 228 (2011).

MAGIE, D., «Augustus' war in Spain (26-25 BC)», *Classical Philology* 15 (1920), pp. 323-339.

MANLEY, J., *AD 43. The Roman invasion of Britain – A reassessment* (2002).

MARROU, H., *A history of education in Antiquity* (1956).

MATYSZAK, P., *Mithridates the Great. Rome's indomitable enemy* (2004).

MAXFIELD, V., *The military decorations of the Roman army* (1981).

MAYOR, A., *The poison king* (2010).

MEIER, C. (trad. de D. McLintock), *Caesar* (1996).

MELLOR, R., *Tacitus* (1993).

MIERSE, W., *Temples and towns in Roman Iberia. The social dynamics of sanctuary designs from the Third Century BC to the Third Century AD* (1999).

MILLAR, F., *A study of Cassius Dio* (1964).

—, «Triumvirate and Principate», *JRS* 63 (1973), pp. 50-67.

—, *The emperor in the Roman world* (1977).

—, «Empire and city, Augustus to Julian: obligations, excuses and status», *JRS* 73 (1983), pp. 76-96.

—, «State and subject: the impact of monarchy», en MILLAR y SEGAL (1990), pp. 37-60.

—, *The Roman Near East 31 BC-AD 337* (1993).

—, *The crowd in the late Roman Republic* (1998).

— y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (edición en rústica corregida 1990).

MITCHELL, T., *Cicero: the ascending years* (1979).

—, *Cicero the senior statesman* (1991).

MORILLO CERDÁN, A., «The Augustean Spanish experience: the origin of the *limes* system?», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 239-251.

MORRISON, J. y J. COATES, *Greek and Roman oared warships* (1996).

MOURITSEN, H., *Plebs and politics in the late Roman Republic* (2001).

MURDOCH, A., *Rome's greatest defeat. Massacre in the Teutoburg forest* (2006).

NICOLET, C., «Augustus, government and the propertied classes», en MILLAR y SEGAL (1990), pp. 89-128.

NORTH, J., «Caesar at the Lupercalia», *JRS* 98 (2008), pp. 144-160.

OORTHUYS, J. (ed.), *The Varian disaster: the battle of the Teutoburg forest, Ancient Warfare* número especial (2009).

OSGOOD, J., *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006).

PAGET, R., «The ancient ports of Cumae», *JRS* 58 (1968), pp. 152-169.

—, «The naval battle of Cumae in 38 BC», *Latomus* 29 (1970), pp. 363-369.

PARKER, H., *The Roman legions* (1957).

PATTERSON, J., «The city of Rome revisited: from Mid-Republic to Mid-Empire», *JRS* 100 (2010), pp. 210-232.

PELLING, C., *Plutarch: life of Antony* (1988).

—, *Plutarch and History* (2002).

PITASSI, M., *The navies of Rome* (2009).

PLATNER, S. y T. ASHBY, *A topographical dictionary of ancient Rome* (1929).

POLLINI, J., «Appuleii and some others on the Ara Pacis», *American Journal of Archaeology* 90 (1986), pp. 453-460.

POTTER, D., «Emperors, their borders and their neighbours: the scope of imperial *mandata*», en KENNEDY (1996), pp. 49-66.

POWELL, A., «"An island amid the flame": the strategy and imagery of Sextus Pompeius, 43-36 BC», en POWELL y WELCH (2002), pp. 103-133.

—, *Virgil the partisan: a study in the re-integration of classics* (2008).

—y K. WELCH (eds.), *Sextus Pompeius* (2002).

POWELL, L., *Eager for glory. The untold Story of Drusus the Elder, conqueror of Germany* (2011).

PRICE, S., *Rituals and power. The Roman imperial cult in Asia Minor* (1985).

PURCELL, N., «Livia and the womanhood of Rome», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* (1986), pp. 78-105 = EDMONDSON (2009), pp. 165-194.

QUESADA SANZ, F., «*Gladius hispaniensis*: an archaeological view from Iberia», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 8 (1997), pp. 251-270.

—, *Armas de la antigua Iberia de Tartessos a Numancia* (2010).

RAAFLAUB, K., «The Political significance of Augustus' military reforms», en EDMONDSON (2009), pp. 203-228.

— y M. TOHER (eds.), *Between Republic and Empire. Interpretations of Augustus and his principate* (1990).

RAMSAY, J., «The Senate, Mark Antony and Caesar's legislative legacy», *Classical Quarterly* 44 (1994), pp. 130-145.

—, «Did Mark Antony contemplate an alliance with his political enemies in July 44 B.C.E.?», *Classical Philology* 96. 3 (2001), pp. 253-268.

—, «Mark Antony's judiciary reform and its revival under the Triumvirs», *JRS* 95 (2005), pp. 20-37.

—, «The proconsular years: politics at a distance», en GRIFFIN (2009), pp. 37-56.

— y A. LICHT, *The comet of 44 BC and Caesar's funeral games* (1997).

RAWSON, B. (ed.), *The family in ancient Rome* (1986).

— (ed.), *Marriage, Divorce and Children in Ancient Rome* (1991).

—, *Children and childhood in Roman Italy* (2003).

—, «Caesar's heritage: hellenistic kings and their Roman equals», *JRS* 65 (1975), pp. 148-159.

—, «The Ciceronian aristocracy and its properties», en FINLEY (1976), pp. 85-102.

—, *Intellectual life in the Roman Republic* (1985).

REA, J., «Lease of a red cow called Thayris», *The Journal of Egyptian Archaeology* 68 (1982), pp. 277-282.

REINHOLD, M., *Marcus Agrippa: a biography* (1933).

REYNOLDS, J., *Aphrodisias and Rome* (1982).

RIBERA I LACOMBA, A. y M. CALVO GÁLVEZ, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *Journal of Roman Archaeology* 8 (1995), pp. 19-40.

RICE, E., *Cleopatra* (1999).

RICE HOLMES, T., *The Roman Republic*, vols. 1-3 (1923-1928).

—, *The architect of the Roman Empire*, vol. 1 (1928).

RICH, J., *Declaring war in the Roman Republic in the Period of transmarine expansion* (1976).

—, «Augustus and the spolia opima», *Chiron* 26 (1996), pp. 85-127.

—, «The Parthian honours», *Papers of the British School at Rome* 66 (1998), pp. 71-128.

—, «Augustus, war *and* peace», en EDMONDSON (2009), pp. 137-164 = L. de BLOIS, P. ERDKAMP, G. DE KLEIJN y S. MOLS (eds.), *The representation and perception of Roman imperial power. Proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire (Roman Empire c.200 BC-AD 476). Netherlands Institute in Rome, 20-23 March 2002* (2003), pp. 329-357.

—, «Cantabrian closure: Augustus' Spanish war and the ending of his memoirs», en SMITH y POWELL (2009), pp. 145-172.

— y G. SHIPLEY (eds.), *War and society in the Roman world* (1993).

RICHARDSON, J., «The triumph, the praetors and the Senate in the early second century BC», *JRS* 65 (1976), pp. 50-63.

—, «*Imperium Romanum: Empire and the language of power*», *JRS* 81 (1991), pp. 1-9.

—, *The Romans in Spain* (1996). [Hay edicion española: *Hispania y los romanos*, RBA, 2006].

—, *Augustan Rome 44 BC to AD 14. The restoration of the Republic and the establishment of the Empire* (2012).

—, *Herod. King of the Jews and friend of the Romans* (1996).

RICKMAN, G., *The corn supply of ancient Rome* (1980).

RIHLL, T., «Lead slingshot (*glandes*)», *JRA* 22 (2009), pp. 149-169.

RODDAZ, J.-M., *Marcus Agrippa* (1984).

ROGERS, W., *Greek and Roman naval warfare* (1937).

ROLLER, D., *The building programme of Herod the Great* (1998).

ROSE, C., «Princes and barbarians on the Ara Pacis», *American Journal of Archaeology* 94 (1990), pp. 453-467.

ROSENSTEIN, N., *Imperatores Victi* (1993).

ROST, A., «The Battle between Romans and Germans in Kalkriese: interpreting the archaeological remains from an ancient battlefield», en A. MORILLO, N.

HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 3 (2009), pp. 1339-1345.

ROTH, J., *The logistics of the Roman army at war (264 BC-AD 235)* (1999).

ROYMANS, N., *Tribal societies in northern Gaul: an anthropological perspective. Cingula* 12 (1990).

SADDINGTON, D., *The development of the Roman auxiliary forces from Caesar to Vespasian (49 BC-AD 79)* (1982).

SALLER, R., «Anecdotes as historical evidence», *Greece and Rome* 27 (1980), pp. 69-83.

SALMON, E., «The evolution of Augustus' principate», *Historia* 5 (1956), pp. 456-478.

SALWAY, B., «What's in a name? A survey of Roman onomastic practice from 700 BC-AD 700», *JRS* 84 (1994), pp. 124-145.

SCHEID, J., «To honour the *princeps* and venerate the gods. Public cult, neighbourhood cults and imperial cult in Augustan Rome», en EDMONDSON (2009), pp. 275-299.

SCHEIDEL, W., «Emperors, aristocrats and the Grim Reaper: towards a demographic profile of the Roman elite», *Classical Quarterly* 49 (1999), pp. 254-281.

SCHLÜTER, W., «The battle of the Teutoburg forest: archaeological research at Kalkriese near Osnabrück», en J. CREIGHTON y R. WILSON, *Roman Germany. Studies in cultural interaction, Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 32 (1999), pp. 125-159.

SCHÜRER, E., G. VERMES y F. MILLAR, *The history of the Jewish people in the age of Jesus Christ*, vol. 1 (1973).

SCOTT, K., «The political propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49.

SEAGER, R., *Pompey the Great. A political Biography* (2.ª ed., 2002).

—, *Tiberius* (2005).

SHATZMAN, I., *Senatorial wealth and Roman politics, Collection Latomus*, vol. 142 (1975).

SHEPPARD, S., *Philippi 42 BC. The death of the Roman Republic, Osprey Campaign Series* 199 (2008).

—, *Actium: downfall of Antony and Cleopatra*. Osprey Campaign Series 211 (2009).

SHERK, R., *Roman documents from the Greek East* (1969).

SHERWIN-WHITE, A., *Roman foreign policy in the East, 168 BC-AD 1* (1984).

SIANI-DAVIES, M., «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46 (1997), pp. 306-340.

SIDEBOTHAM, S., «Aelius Gallus and Arabia», *Latomus* 45 (1986), pp. 590-602.

SIMPSON, C., «The date of the dedication of the temple of Mars Ultor», *JRS* 67 (1977), pp. 91-94.

SLATER, W., «*Pueri, turba minuta*», en *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 21 (1974), pp. 133-140.

SMITH, C. y A. POWELL (eds.), *The lost Memoirs of Augustus and the development of Roman autobiography* (2009).

SMITH, R., *Service in the post-Marian Roman army* (1958).

SPAUL, J., *ALA*2 (1994).

SPAWFORTH, A., *Greece and the Augustan cultural revolution. Greek culture in the Roman world* (2012).

SPEIDEL, M., «The Roman army in Judaea under the procurators», en M. SPEIDEL, *Roman army studies*, vol. 2 , Mavors (1992), pp. 224-232.

STAVELY, E., «The "Fasces" and "Imperium naius"», *Historia* 12 (1963), pp. 458-484.

STEVENSON, T., «The ideal benefactor and the father analogy in Greek and Roman thought», *Classical Quarterly* 42 (1992), pp. 421-436.

STOCKTON, D., «Primus and Murena», *Historia* 14 (1965), pp. 18-40.

—, *Cicero. A political biography* (1971).

SWAN, M., «The consular fasti of 23 BC and the conspiracy of Varro Murena», *Harvard Studies in Classical Philology* 71 (1967), pp. 235-247.

SYME, R., «Notes on the legions under Augustus», *JRS* 23 (1933), pp. 14-33.

—, «The Spanish war of Augustus», *American Journal of Philology* 55 (1934), pp. 293-317.

—, «The allegiance of Labienus», *JRS* 28 (1938), pp. 113-125.

—, *Tacitus* (2 vols., 1958).

—, «Imperator Caesar: a study in imperial nomenclature», *Historia* 7 (1958), pp. 172-188 = *Roman Papers*, vol. 1 (1979), pp. 181-196.

—, «Livy and Augustus», *Harvard Studies in Classical Philology* 64 (1959), pp. 27-87.

—, *The Roman revolution* (ed. rústica 1960).

—, *History in Ovid* (1978).

—, «The conquest of north-west Spain», *Roman Papers*, vol. 2 (1979), pp. 825-854.

—, «Neglected children on the *Ara Pacis*», *American Journal of Archaeology* 88 (1984), pp. 583-589

—, *The Augustan aristocracy* (1986).

TALBERT, R., «Augustus and the Senate», *Greece and Rome* 31 (1984), pp. 55-63.

TATUM, W., *The patrician tribune Publius Clodius Pulcher* (1999).

TAYLOR, L., *Party politics in the age of Caesar* (1949).

—, «The rise of Julius Caesar», *Greece and Rome* 4 (1957), pp. 10-18.

—, *Roman voting assemblies: from the Hannibalic war to the dictatorship of Caesar* (1966)

—, «The dating of major legislation and elections in Caesar's first consulship», *Historia* 17 (1968), pp. 173-193.

TCHERNIA, A., «Italian wine in Gaul at the end of the Republic», en P. GARNSEY, K. HOPKINS y C. WHITTAKER (eds.), *Trade in the ancient economy* (1983), pp. 87-104.

TODD, M., *Roman Britain* (3.ª ed.,1999).

—, *The early Germans* (2004).

TOHER, M., «Augustus and the evolution of Roman historiography», en RAAFLAUB y TOHER (1990), pp. 139-154.

TORELLI, M., *Typology and structure of Roman historical reliefs* (1982).

TREGGIARI, S., *Roman marriage* (1991).

—, «Divorce Roman style: how easy and frequent was it?», en RAWSON (1991), pp. 131-146.

TRILLMICH, W. (trad. C. Nader), «Colonia Augusta Emerita, capital of Lusitania», en EDMONDSON (2009), pp. 427-467.

TYLDESLEY, J., *Cleopatra. Last queen of Egypt* (2009).

TYRELL, W., «Labienus' departure from Caesar in january 49 BC», *Historia* 21 (1972), pp. 424-440

ULLMAN, B., «Cleopatra's pearls», *The Classical Journal* 52. 5 (feb. 1957), pp. 193-201.

VEYNE, P. (trad. B. Pearce), *Bread and circuses* (1992).

WALLACE-HADRILL, A., «Civilis Principis: between citizen and king», *JRS* 72 (1982), pp. 32-48.

—, «Image and authority in the coinage of Augustus», *JRS* 76 (1986), pp. 66-87.

—, *Suetonius* (2.ª ed., 1995).

—, «Family inheritance in the Augustan marriage laws», en EDMONDSON (2009), pp. 250-274 = *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 27 (1981), pp. 58-80.

WARD, A., *Marcus Crassus and the late Roman Republic* (1977).

WARDLE, D., «Valerius Maximus on the Domus Augusta, Augustus and Tiberius», *Classical Quarterly* 50 (2000), pp. 479-493.

—, «A perfect send-off: Suetonius and the dying art of Augustus (Suetonius Aug. 99)», *Mnemosyne* 60 (2007), pp. 443-463.

WATSON, G., *The Roman soldier* (1985).

WEBSTER, G., *The Roman invasion of Britain* (ed. rev., 1993).

WEIGEL, R., *Lepidus. The tarnished triumvir* (1992).

WEINSTOCK, S., *Divus Julius* (1971).

WELCH, K., «Sextus Pompeius and the *Res Publica* in 42-39 BC», en POWELL y WELCH (2002), pp. 31-63.

— y A. POWELL (eds.), *Julius Caesar as artful reporter: the* War commentaries *as Political Instruments* (1998).

WELLS, C., *The German policy of Augustus. An examination of the archaeological evidence* (1972).

—, «What's new along the Lippe: recent work in north Germany», *Britannia* 29 (1998), pp. 457-464.

WELLS, P., *The barbarians speak. How the conquered peoples shaped the Roman Empire* (1999).

—, *The battle that stopped Rome* (2003).

WHITE, L., «Herod and the Jewish experience of Augustan rule», en GALINSKY (2005), pp. 361-387.

WHITE, P., *Promised verse. Poets in the society of Augustan Rome* (1993).

WIEDERMANN, T., «The political background to Ovid's *Tristia* 2», *Classical Quarterly* 25 (1975), pp. 264-271.

WILBERS-ROST, S., «The site of the Varus battle at Kalkriese. Recent results from archaeological research», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 3 (2009), pp. 1347-1352.

WILLIAMS, C., *Roman homosexuality. Ideologies of masculinity in classical Antiquity* (1999).

WILLIAMS, G., «Did Maecenas "Fall from favour"? Augustan literary patronage», en RAAFLAUB & TOHER (1990), pp. 258-275.

WISEMAN, T., «*Conspicui postes tectaque digna Deo*: the public image of aristocratic and imperial houses in the late Republic and early Empire», en *L'Urbs. Espace urbain et histoire* (1987), pp. 393-413.

—, «The House of Augustus and the Lupercal», *JRA* 22 (2009), pp. 527-545.

WOLTERS, R., *Die Schlacht im Teutoburger Wald* (2008).

WOOLF, G., «Roman peace», en RICH y SHIPLEY (1993), pp. 171-194.

YAKOBSON, A., «*Petitio et Largitio*: popular participation in the centuriate assembly of the late Republic», *JRS* 8 (1992), pp. 32-52.

YAVETZ, Z., *Plebs and princeps* (1969).

—, *Julius Caesar and his public image* (1983).

—, «The *Res Gestae* and Augustus' public image», en MILLAR y SEGAL (1990), pp. 1-36.

—, «The personality of Augustus», en RAAFLAUB y TOHER (1990), pp. 21-41, 32.

ZANKER, P. (trad. A. Shapiro), *The power of images in the age of Augustus* (1988).

ZINK, S., «Reconstructing the Palatine temple of Apollo: a case study in early Augustan temple design», *JRA* 21 (2008), pp. 47-63.

ZIOLKOWSKI, J. y J. PUTNAM, *The Virgilian tradition. The first fifteen hundred years* (2008).



ADRIAN GOLDSWORTHY, doctor en Historia, estudió en el St Johns College de Oxford y ha enseñado en varias universidades. Entre sus libros, publicados a más de una docena de idiomas, cabe destacar *The roman Army at War, Roman Warfare, Las guerras Púnicas, Cannae, Grandes generales del ejército romano, César, La caída del Imperio romano, Antonio y Cleopatra* y la novela histórica *Soldados de honor* estos cuatro últimos publicados con gran éxito en La Esfera. Dedicado exclusivamente a la escritura, en la actualidad colabora en documentales televisivos sobre temas romanos y es profesor visitante en la Universidad de Newcastle.

Notas

[1] Lucas 2, 1-3 (traducción de F. Cantera y M. Iglesias, Biblioteca de Autores Cristianos, reimp. de la 3.ª ed., 2000). <<

[2] La más reciente miniserie de la HBO *Roma* (2006-2007) otorga al joven Octavio un carácter ligeramente más favorable, si bien cuando un actor diferente se encarga de la versión de más edad se vuelve más frío y calculador. También su sadismo es algo más que sugerido, como cuando le dice a su nueva esposa, Livia, que le dará placer hacerle daño mientras hacen el amor. <<

[3] *Julio César*, 4. 1. 1 [traducción española de Luis Astrana Marín]. <<

[4] Entre los recientes estudios breves sobre Augusto y su era, los mejores son D. SHOTTER, *Augustus Caesar* (2.ª ed., 1991); W. ECK, *The age of Augustus* (2003); K. GALINSKY, *Augustus. Introduction to the life of an Emperor* (2012); J. RICHARDSON, *Augustan Rome 44 BC to AD 14. The restoration of the Republic and the establishment of the Empire* (2012); destinados al gran público, R. HOLLAND, *Augustus. Godfather of Europe* (2004) se centra sobre todo en los años hasta Accio, mientras que A. EVERITT, *Augustus: the life of Rome's first emperor* (2006) trata sobre esa época y la posterior lucha por la sucesión. <<

[5] Juliano, *Césares* 309 a. C.; para una breve discusión sobre el mismo véase K. GALINSKY, *Augustan Culture* (1996), p. 373. <<

[6] Una útil visión de las actitudes de los historiadores hacia Augusto véase Z. YAVETZ, «The *Res gestae* and Augustus' public image», en F. MILLAR y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven*

aspects (1990), pp. 1-36, sobre todo pp. 22-26, así como J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 14-26. <<

[7] Para un estudio sobre las principales fuentes véanse F. MILLAR, *A study of Cassius Dio* (1964); A. WALLACE-HADRILL, *Suetonius* (2.ª ed., 1995); C. PELLING, *Plutarch and History* (2002); C. SMITH y A. POWELL (eds.), *The lost Memoirs of Augustus and the development of Roman autobiography* (2009); R. SYME, *Tacitus* (2 vols., 1958) y R. MELLOR, *Tacitus* (1993). <<

[8] Suetonio, *Augusto* 94. 5. <<

[9] Sobre la fecha véase Suetonio, *Augusto* 5. 1; sobre esta imagen compuesta y sobre los nacimientos en general véanse B. RAWSON, *Children and childhood in Roman Italy* (2003), *passim*, sobre todo pp. 99-113 y S. DIXON, *The Roman mother* (1988), pp. 106-108, 237-240. Véase también la colección de artículos en B. RAWSON (ed.), *Marriage, divorce and children in ancient Rome* (1991); sobre Julio César y su elección como *pontifex maximus* véase A. GOLDSWORTHY, *Caesar: the life of a colossus* (2006), pp. 124-126 y Suetonio, *Julio César* 59 sobre su falta de escrúpulos religiosos; sobre las cuestiones astrológicas planteadas por la fecha de Augusto y su posterior adopción del signo de Capricornio véase T. BARTON, «Augustus and Capricorn: astrological polyvalency and imperial rhetoric», *JRS* 85 (1995), pp. 33-51. <<

[10] Suetonio, *Augusto* 94. 1-12 para la retahíla de augurios, sobre todo 94. 3-4; Dion 45. 1. 2-3 repite la historia de la serpiente, probablemente utilizando a Suetonio directamente o una fuente común. <<

[11] Para una discusión detallada sobre los cónsules y otras magistraturas destacadas véase A. LINTOTT, *The constitution of the Roman Republic* (1999), pp. 94-120, sobre todo pp. 104-109. <<

[12] Suetonio, *Augusto* 94. 5, donde se afirma que destacado experto religioso y místico Publio Nigidio Figulo realizó la predic-

ción. Otras historias incluyen a Cicerón y Quinto Lutacio Catulo, en lo que probablemente fueran otros intentos por volverlas más creíbles. Sobre la cuestión de la cronología de los debates de las catilinarias véase la útil discusión en D. STOCKTON, *Cicero. A political biography* (1971), pp. 336-339, sobre todo p. 337. <<

[13] En general véase RAWSON (2003), pp. 105-112. <<

[1014] Para una visión general del significado de los nombres romanos véase B. SALWAY, «What's in a name? A survey of Roman onomastic practice from 700 BC-AD 700», *JRS* 84 (1994), pp. 124-145, sobre todo pp. 124-131. Para un detallado y perspicaz análisis de los nombres de Augusto y las costumbres de la época en general véase R. SYME, «Imperator Caesar: a study in imperial nomenclature», *Historia* 7 (1958), pp. 172-188 = *Roman Papers*, vol. 1 (1979), pp. 181-196. <<

[1015] Plutarco, *Catón el Viejo* 20. 3. Para una discusión más detallada de esta cuestión véase K. BRADLEY, «Wet-nursing at Rome. A study in social relations», en RAWSON (1986), pp. 201-129. <<

[16] Suetonio, *Augusto*, 94. 6. <<

[17] Para Mitrídates véanse P. MATYSZAK, *Mithridates the Great. Rome's indomitable enemy* (2004) y A. MAYOR, *The poison king* (2010). <<

[18] Suetonio, *César* 13 para el comentario a su madre; véanse también Plutarco, *César* 7, Dion 37. 37. 1-3; Veleyo Patérculo 2. 43. 3; en general véase GOLDSWORTHY (2006), pp. 124-127 = (2007), pp. 150-154. <<

[1019] Sobre la ascendencia de César véase GOLDSWORTHY (2006), pp. 31-34 = (2007), pp. 37-41; sobre Catilina véase STOCKTON (1971), pp. 73-78, 96-98, 100-107. <<

[20] T. MITCHELL, *Cicero: the ascending years* (1979), pp. 149-176, 222-225; STOCKTON (1971), pp. 79-84. <<

[1021] En general véase Salustio, *Bell. Cat.* 26-27; STOCKTON (1971), pp. 105-106; MITCHELL (1979), pp. 226-232 y T. RICE HOLMES, *The Roman Republic*, vol. 1 (1928), pp. 259-272; sobre «residente extranjero» *(inquilinus civis urbis Romanam)* véase Salustio, *Bell. Cat.* 31. 9; también es relevante el *Pro Murena* de Cicerón, pronunciado en defensa de uno de los candidatos triunfantes, acusado después de soborno. <<

[22] Salustio, *Bell. Cat.* 59. 3 sobre el águila. <<

[23] Cicerón, *In pisonem* 6. <<

[24] Para una descripción de la conspiración de Catilina véanse STOCKTON (1971), pp. 110-142 y MITCHELL (1979), pp. 219-240; sobre el papel de César en el debate véanse M. GELZER, *Caesar: politician and statesman* (1968), pp. 50-52; C. MEIER, *Caesar* (1996), pp. 170-172 y GOLDSWORTHY (2006), pp. 115-142 = (2007), pp. 144-172. <<

[25] Veleyo Patérculo 2. 59. 1-2 (traducción de la colección Loeb). <<

[26] Suetonio, *Augusto* 3, 5; Veleyo Patérculo 2. 59. 1-2; Dion 45. 1. 1 y Tácito, *Ann.* 1. 9; para una discusión sobre su riqueza véase I. SHATZMAN, *Senatorial wealth and Roman politics. Collection Latomus*, vol. 142 (1975), p. 387, incluyendo nn. 692 y 693, y en general E. RAWSON, «The Ciceronian aristocracy and its properties», en M. I. FINLEY (ed.), *Studies in Roman property* (1976), pp. 85-102; las excavaciones en el lado nororiental del Palatino han revelado una casa aristocrática ocupada y remodelada en los siglos II y I a. C. y subsiguientemente destruida en el incendio de Nerón, que posiblemente sea la poseída por Octavio, véase J. PATTERSON, «The city of Rome revisited: from mid-Republic to mid-Empire», *JRS* 100 (2010), pp. 210-232, sobre todo p. 223, n. 112, con referencia a recientes excavaciones italianas en la zona. <<

[27] Suetonio, *Augusto*, 1. 2. 2. <<

[28] Suetonio, *Augusto* 2. 3-3. 1; Apiano, *BC* 3. 23; lo más probable es que el nombre C. Octavio que aparece en el recibo de un préstamo, o *tessera*, esté asociado con el padre de Cayo Octavio. Para un estudio sobre la participación de los senadores en la realización de préstamos véase SHATZMAN (1975), pp. 75-79. <<

[29] Livio, *Pers* 98 habla de 900 000 como del total del censo realizado en el 70-69 a. C., si bien otras fuentes dicen que en total había 10 000 ciudadanos más, véase E. LO CASCIO, «The size of the Roman population: Beloch and the meaning of the Augustan census figures», *JRS* 84 (1994), pp. 23-40 para un estudio al respecto. Los totales para las poblaciones antiguas siguen siendo muy controvertidos. <<

[30] Plutarco, *Craso* 2 para la afirmación de que solo un hombre capaz de mantener un ejército podía llamarse a sí mismo rico; para sus posesiones véase Plinio, *NH* 33. 134, si bien contrástese con las estimaciones ligeramente inferiores de Plutarco, *Craso* 2 con comentarios en SHATZMAN (1975), pp. 375-378, y para Pompeyo pp. 389-393. Sobre sus carreras en general véanse respectivamente A. WARD, *Marcus Crassus and the late Roman Republic* (1977); P. GREENHALGH, *Pompey: the Roman Alexander* (1980) y R. SEAGER, *Pompey the Great. A political biography* (2.ª ed., 2002). <<

[31] Sobre el uso que Craso hacía del dinero véase Plutarco, *Craso* 2-3; para los senadores en deuda con él véase Salustio, *Bell. Cat*. 48. 5-6; sobre los *publicani* en general véase E. BADIAN, *Publicans and sinners* (1972). <<

[32] Suetonio, *Augusto*, 4. 1. <<

[33] R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 112; sobre las relaciones con Pompeyo véase Suetonio, *Augusto* 4. 1. <<

[34] Su edad es mera conjetura, pero basada en la asunción de que fue cuestor en el 73 a. C., el mismo año que Cayo Toranio, con el cual fue edil de la plebe, véase *ILS* 47. No obstante, como

Toranio fue derrotado a manos de Espartaco (Salustio, *Hist*. 3. 46; M. Floro 2. 8. 5), es igual de posible que sus carrera se ralentizara un poco, haciéndolos colegas en un momento posterior. Las pruebas se recogen en BROUGHTON, *MRR 2*, p. 110. <<

[35] Sobre la carrera de Cayo Octavio véase *ILS* 47; sobre la cantidad de legiones en este período véase P. BRUNT, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), pp. 446-472, cuyos cálculos consideran un mínimo de trece legiones en el 80 a. C. y un máximo de treinta y nueve/cuarenta legiones en el 71-70 a. C. <<

[36] Sobre el cargo de cuestor véase LINTOTT (1999), pp. 133-137, y sobre la fecha véase la nota 9 más arriba; sobre Toranio y Espartaco véanse Salustio, *Hist*. 3. 46 y M. Floro 2. 8. 5. <<

[37] LINTOTT (1999), pp. 129-133. <<

[38] Para un excelente resumen moderno de los primeros momentos de la carrera de Julio César véanse E. GRUEN, «Caesar as a politician», en M. GRIFFIN (ed.), *A companion to Julius Caesar* (2009), pp. 23-36; L. TAYLOR, «The rise of Julius Caesar», *Greece and Rome* 4 (1957), pp. 10-18 y GELZER (1968), p. 22 y, en general, GOLDSWORTHY (2006), pp. 82-151 = (2007), pp. 61-183 y R. BILLOWS, *Julius Caesar. The colossus of Rome* (2009), pp. 56-110, que enfatiza su consistente defensa de las causas populares. Sobre la *corona civica* véanse Gelio, *NA* 5. 6. 13-14; Plinio, *NH* 16. 12-13, con discusión en V. MAXFIELD, *The military decorations of the Roman army* (1981), pp. 70-74, 119-120. <<

[39] Sobre las candidaturas y el proceso electoral en general véanse L. TAYLOR, *Party politics in the age of Caesar* (1949), sobre todo pp. 50-75, y *Roman voting assemblies: from the Hannibalic war to the dictatorship of Caesar* (1966), sobre todo pp. 78-106, A. LINTOTT, «Electoral bribery in the Roman Republic», *JRS* 80 (1990), pp. 1-16; F. MILLAR, *The crowd in the late Roman Republic* (1998); H. MOURITSEN, *Plebs and politics in the late Roman Republic* (2001), sobre todo pp. 63-89 y A. YAKOBSON, «*Petitio* et *Largitio*: popu-

lar participation in the centuriate assembly of the late Republic», *JRS* 8 (1992), pp. 32-52. <<

[40] Q. Cicerón, *Breviario de campaña electoral* 35. Existe consenso general de que el autor de esta obra es Quinto Cicerón. Su producción literaria fue notable, aunque poco haya sobrevivido de ella. Estando de campaña con Julio César en las Galias le dijo a su hermano que había escrito cuatro tragedias en solo dieciséis días, Cicerón, *Ad Quintum fratrem* 3. 5/6. 8. <<

[41] Q. Cicerón, *Breviario de campaña electoral* 25-26 (traducción de la colección Loeb). <<

[42] Véase Putarco, *Catón el Joven* 8. 2. Sobre la importancia de que el candidato se aprendiera los nombres y que incluso cuando se los recordaran se mostrara natural véase Q. Cicerón, *Breviario de campaña electoral* 41-42. <<

[43] Sobre la postura de César véase Goldsworthy (2006), pp. 119-145, sobre todo pp. 121-124 al respecto del juicio de Rabirio Póstumo. Los argumentos de Billows (2009), pp. 56-110 hacen hincapié en la constante adhesión de César a las causas populares como una parte importante de su éxito. <<

[44] Salustio, *Bell. Cat*. 60. 7-61. 4. <<

[45] Para un resumen de la carrera de Pompeyo véase A. Goldsworthy, *In the name of Rome* (2004), pp. 152-180, para más detalles véase Seager (2002), pp. 20-38; sobre su apodo Valerio Máximo 6. 2. 8. <<

[46] Suetonio, *César* 15; Dion 37. 43. 1-4 y Plutarco, *Catón el Joven* 26. 1-29. 2. <<

[47] Q. Cicerón, *Breviario de campaña electoral* 45, 47-48 (traducción de la colección Loeb). <<

[48] Una cuestión bien tratada en Billows (2009), pp. 104-105. <<

[49] Para un estudio véase L. ROSS TAYLOR, Roman voting assemblies (1966), pp. 84-106. <<

[50] Veleyo Patérculo 2. 59. 2 sobre ser el primero en la elección, junto con E. GRUEN, *The last generation of the Roman Republic* (1974), pp. 118-119. <<

[51] Cicerón, *Ad Quintum fratrem* 1. 21 (traducción de la colección Loeb). <<

[52] Suetonio, *César* 11; Dion 37. 10. 1-3 y Plutarco, *Catón el Joven* 17. 4-5. <<

[53] Suetonio, *Augusto* 3. 1. <<

[54] Catulo 10; Cicerón, *Verres* 1. 40. <<

[55] Suetonio, *Augusto* 3. 2, 94. 5; Veleyo Patérculo 2. 59. 2; *ILS* 47; sobre la necesidad de los 5000 enemigos muertos véase Valerio Máximo 2. 8. 1 y el estudio de J. RICHARDSON, «The triumph, the praetors and the Senate in the early second century BC», *JRS* 65 (1976), pp. 50-63, sobre todo pp. 61-62. <<

[56] Tácito, *Ann*. 1. 9, Cicerón, *Filípicas* 3. 15 y GRUEN (1974), p. 143, n. 96. <<

[57] La cita de Celio procede de Cicerón, *Ad fam*. 8. 8. 9. <<

[58] Suetonio, *Augusto* 8. 1, 27. 1; Nicolás de Damasco 2 y Apiano, *BC* 4. 12. <<

[59] Nicolás de Damasco 3 y R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 127-128 y «Neglected children on the *Ara Pacis*», *American Journal of Archaeology* 88 (1984), pp. 583-589, 586, n. 17. <<

[60] Sobre el *paedogogus* véase Dion 58. 33. 1, que menciona que su agradecido pupilo le dio a Esfero un funeral público en el 40 a. C.; Cicerón, *Orator* 120; sobre la infancia en general véase B. RAWSON (ed.), *Children and childhood in Roman Italy* (2003), sobre todo pp. 99-113; sobre la educación véanse H. MARROU, *A history of education in Antiquity* (1956), pp. 229-291; A. GWYNN, *Ro-*

man education (1926), sobre todo pp. 1-32; Cicerón, *De re publica* 4. 3; para «una antigua y próspera familia ecuestre» véase Suetonio, *Augusto* 2. 3. <<

[61] Apiano, *BC* 2.9. <<

[62] Para un estudio de la cuestión véanse R. Seager, *Pompey the Great. A political biography* (2002), pp. 72-79 y T. Wiseman, en *CAH*^{2} IX, pp. 358-367. <<

[63] Para un ejemplo especialmente evidente del poder de la *auctoritas*, véase Valerio Máximo 3. 7. 8. <<

[64] Seager (2002), pp. 79-82, M. Gelzer (trad. de P. Needham), *Caesar* (1968), pp. 65-68; sobre la paga de los soldados merece la pena mencionar que Julio César fue capaz de doblar su salario sin volverlos ricos, Suetonio, *Julio César* 26, y para un estudio más amplio del ejército en esta época véase R. Smith, *Service in the post-Marian Roman army* (1958). <<

[65] Véase Cicerón, *Ad Att*. 1. 17. 9, 18. 3, 18. 7, 2. 1. 8, junto con E. Badian, *Publicans and sinners* (1972), pp. 101-104. <<

[66] Sobre su proconsulado en Hispania y su regreso véanse en general Gelzer (1968), pp. 61-70; A. Goldsworthy, *Caesar. The life of a colossus* (2006), pp. 148-59 = (2007), pp. 179-195; Gruen, «Caesar as a politician», en M. Griffin (ed.), *A companion to Julius Caesar* (2009), pp. 23-36, sobre todo pp. 29-31; sobre las fuentes clásicas respecto a las tácticas dilatorias de Catón véanse Apiano, *BC* 2. 8; Dion 37. 54. 1-2; Suetonio, *Julio César* 18. 2 y Plutarco, *Catón el Joven* 31. 2-3, *César* 13. 1. <<

[67] Syme (1960), pp. 34-35. <<

[68] Cicerón, *Ad Att*. 2. 3. 3-4. <<

[69] Sobre el consulado de Julio César véase L. Ross Taylor, «The dating of major legislation and elections in Caesar's first consulship», *Historia* 17 (1968), pp. 173-193; Gruen (2009), pp. 31-35; Gelzer (1968), pp. 71-101; C. Meier (trad. de D.

McLintock), *Caesar* (1996), pp. 204-223; GOLDSWORTHY (2006), pp. 161-181 = (2007), pp. 196-220; R. BILLOWS, *Julius Caesar. The colossus of Rome* (2009), pp. 111-129 y SEAGER (2002), pp. 86-100; sobre el arresto de Catón véanse Dion 38. 2. 1-3. 3, Suetonio, *Julio César* 20. 4, mientras que Plutarco, *Catón el Joven* 33. 1-2 proporciona una versión ligeramente diferente situando el arresto de Catón en otra ocasión en vez de durante el debate sobre la ley agraria. <<

[70] Sobre Atio Balbo como uno de los veinte comisionados agrarios véase Suetonio, *Augusto* 4. 1. <<

[71] Sobre el motín en el Foro véanse Dion 38. 6. 4-7. 2; Apiano, *BC* 2. 11; Plutarco, *Catón el Joven* 32. 2-6 y Suetonio, *Julio César* 20. 1; sobre los intentos de Bíbulo por impedir la legislación véanse Suetonio, *Julio César* 20. 2 y Dion 38. 8. 2, con comentarios en TAYLOR (1968), pp. 177-179. <<

[72] Suetonio, *Julio César* 21, 50. 1-2; Plutarco, *Pompeyo* 47-48, *César* 14 y Dion 38. 9. 1; sobre «un esposo para las mujeres y una esposa para los hombres» véase Suetonio, *Julio César* 52. 3. <<

[73] TAYLOR (1968), pp. 182-188 para un estudio de la *lex Vatinia* que otorgaba a Julio César su mandato. <<

[74] Nicolás de Damasco 3; para un estudio general sobre la educación romana véase la n. 4. <<

[75] Suetonio, *Tiberio* 2-3 y Cicerón, *De natura deorum* 2. 7 sobre Claudio Pulcror durante la primera guerra púnica. Sobre Clodio en general véase W. TATUM, *The patrician tribune Publius Clodius Pulcher* (1999) *passim*, y sobre el escándalo de la *Bona Dea* y su enemistad con Cicerón véase J. BALSDON, «Fabula Clodiana», *Historia* 15 (1966), pp. 65-73; para un estudio de la posición de la familia en el siglo I a. C. véase E. GRUEN, *The last generation of the Roman Republic* (1974), pp. 97-100. <<

[76] Dion 38. 12. 1-3; Cicerón, *De domo* 41, *Ad Att*. 8. 3; Suetonio, *Julio César* 20. 4 y Plutarco, *César* 14; véanse también

GELZER (1968), pp. 76-78 y SEAGER (2002), pp. 91-99. <<

[77] Para un buen estudio de la política en esos años véase J. RAMSAY, «The proconsular years: politics at a distance», en GRIFFIN (2009), pp. 37-56 y WISEMAN, en *CAH*[2] IX, pp. 366-381, 385-408. <<

[78] Sobre la «conferencia» de Luca y la confirmación de la alianza entre Pompeyo, Craso y Julio César véanse Suetonio, *César* 24. 1; Apiano, *BC* 2. 17; Plutarco, *Pompeyo* 50, *César* 21, *Craso* 14; véanse también GELZER (1968), pp. 120-124; SEAGER (2002), pp. 110-119; MEIER (1996), pp. 270-273 y A. Ward, *Marcus Crassus and the late Roman Republic* (1977), pp. 262-288. <<

[79] Sobre el aborto de Julia véase Plutarco, *Pompeyo* 53; sobre la partida de Craso de Roma véanse Cicerón, *Ad Att*. 4. 13 y Plutarco, *Craso* 16. <<

[80] Suetonio, *Julio César* 27. 1; sobre Carras y la muerte de Craso las fuentes principales son Plutarco, *Craso* 17-33 y Dion 40. 12-30. <<

[81] Sobre Clodio y Milón véanse GELZER (1968), pp. 145-152; MEIER (1996), pp. 297-301 y SEAGER (2002), pp. 126-135. <<

[82] Sobre Pompeyo como único cónsul véanse Plutarco, *Pompeyo* 54, *Catón* 47; Dion 40. 50. 4 y Apiano, *BC* 2. 23; sobre la posición de Pompeyo y su nuevo matrimonio véase SYME (1960), pp. 36-40, y sobre Cornelia véase también Plutarco, *Pompeyo* 55. <<

[83] Una descripción más detallada de las campañas en las Galias se encontrará en GOLDSWORTHY (2006), pp. 184-356 = (2007), pp. 222-431; sobre los *Comentarios* de César en general véase la colección de artículos en K. WELCH y A. POWELL (eds.), *Julius Caesar as artful reporter: the war commentaries as political instruments* (1998). <<

[84] Citas de Lucano, *Farsalia* 1. 125-126 (trad. de S. Braund para la colección Oxford) y Cicerón, *Ad Fam*. 8. 8. 9; en cuanto al camino hacia la guerra civil en general véanse GELZER (1968), pp. 169-194; SEAGER (2002), pp. 138-151; WISEMAN, en *CAH*2 IX, pp. 414-423 y GOLDSWORTHY (2006), pp. 358-379 = (2007), pp. 434-460. <<

[85] Apiano, *BC* 2. 28, con una versión ligeramente diferente en Plutarco, *Pompeyo* 58, cf. Dion 60. 64. 1-4. <<

[86] Plutarco *Pompeyo* 59; César, *BG* 8. 52. 3; Dion 40. 64. 3-4; Apiano, *BC* 2. 31-32; César, *BC* 1. 1-5; Suetonio, *Julio César* 29. 2 y Dion 41. 1. 1-3. 4. <<

[87] Suetonio, *César* 31-32; Plutarco, *César* 32 y Apiano, *BC* 2. 35. <<

[88] Citado en Suetonio, *César* 30. 4. <<

[89] Sobre el alarde de Pompeyo de pegar un pisotón veáse Plutarco, *Pompeyo* 57, 60; sobre «Sila lo hizo» véase Cicerón, *Ad Att*. 9. 10. 3; para una descripción y estudio de estas campañas véase A. GOLDSWORTHY, *Caesar. The life of a colossus* (2006), pp. 380-471 = (2007), pp. 461-574. <<

[90] Cicerón, *Ad Att*. 9. 7C. <<

[91] Sobre las campañas véase GOLDSWORTHY (2006), pp. 380-431 = (2007), pp. 461-524. <<

[92] Sobre el comportamiento de los comandantes romanos véase ROSENSTEIN, *Imperatores victi* (1993), pp. 114-151; para una descripción más amplia de la muerte de Pompeyo y la estancia de Julio César en Egipto véase A. GOLDSWORTHY, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 167-181. <<

[93] Suetonio, *Augusto* 8. 1; Nicolás de Damasco 3; sobre los funerales véase la famosa descripción de Polibio 6. 53. 1-54. 6. <<

[94] Tácito, *Diálogos* 28. 6 (traducción de la colección Loeb), p. 307. <<

[95] Nicolás de Damasco 3; Veleyo Patérculo 2. 59. 3; para una discusión más amplia de las actitudes hacia la maternidad y el papel de la madre véase S. DIXON, *The Roman mother* (1988), pp. 104-140, sobre todo pp. 129-135. <<

[96] Nicolás de Damasco 4; las villas de Filipo se mencionan en Cicerón, *Ad Att*. 12. 16, 12. 18, 14. 11; sobre la neutralidad de Marcelo véase R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 62. <<

[97] Suetonio, *Augusto* 8. 1, 94. 10; Dion 45. 1. 5-6, Nicolás de Damasco 4; sobre las ceremonias asociadas a la adopción de la *toga virilis* véase en general B. RAWSON, *Children and childhood in Roman Italy* (2003), pp. 142-144; sobre el sacrificio a Iuventus véase Dionisio de Halicarnaso 4. 15. 5. <<

[98] Sobre la elección como pontífice véanse Nicolás de Damasco 4; Cicerón, *Filípicas* 5. 17. 46 y Veleyo Patérculo 2. 59. 3. <<

[99] Suetonio, *Augusto* 79. 1-2. <<

[100] Salustio, *Bell Cat*. 25. <<

[101] Sobre el aspecto de Julio César véase Suetonio, *Julio César* 45. 1, sobre los ojos de Augusto Suetonio, *Augusto* 79. 2. Sobre las costumbres sexuales y Octavio véase Nicolás de Damasco 5, 15; la literatura sobre el sexo en la antigua Roma es amplia, no deja de crecer y demasiado a menudo refleja las preocupaciones modernas, pero una razonable introducción es P. GRIMAL (trad. de A. Train), *Love in ancient Rome* (1986); sobre Antonio y Citeris véanse Cicerón, *Ad Att*. 10. 10, *Filípicas* 2. 58, *Ad fam*. 9. 26; *De vir. ill*. 82. 2; Plutarco, *Antonio* 6, 9; el desagrado de Cicerón por ella solo se hace evidente en las *Filípicas* 2. 58, 69, 77; en general véase GRIMAL (1986), pp. 222-237; sobre la identidad de Lesbia como una de las hermanas de Clodio véase Apuleyo, *Apología*. 10. <<

[102] Suetonio, *Augusto* 8. 1, Veleyo Patérculo 2. 59. 3, Nicolás de Damasco 10-13, 15. <<

[103] Un buen resumen de la dictadura de Julio César es J. Gardner, «The dictator», en M. Griffin (ed.), *A companion to Julius Caesar* (2009), pp. 57-71; para más detalles véase M. Gelzer (trad. de P. Needham), *Caesar* (1968), pp. 272-333, C. Meier (trad. de D. McLintock), *Caesar* (1996), pp. 430-496. <<

[104] En general véanse E. Rawson, «Civil war and dictatorship», en *CAH*^{2} IX, pp. 438-467 y Syme (1960), pp. 61-96 sobre el partido de César y sus nuevos senadores. <<

[105] Cicerón, *Ad Att*. 4. 16. 3, 8, 17. 7; Suetonio, *César* 26. 2; Plinio, *NH* 36. 103, junto con Rawson en *CAH*^{2} IX, pp. 453-454. <<

[106] Suetonio, *César* 44. 2; Plinio, *NH* 18. 211; Plutarco, *César* 59; Macrobio, *Saturnalia* 1. 14. 2-3; T. Rice Holmes, *The Roman Republic*, vol. III (1923), pp. 285-287; Gelzer (1968), p. 289 y Z. Yavetz, *Julius Caesar and his public image* (1983), pp. 111-114. <<

[107] Descripciones de los triunfos en Dion 43. 19. 1-21. 4, 42. 3, 44. 1-3; Apiano, *BC* 2. 101-102; Plutarco, *César* 55; Suetonio, *César* 37; Plinio, *NH* 7. 92, Cicerón, *Filípicas* 14. 23; veánse también comentarios sobre los mismos en M. Gelzer, *Caesar* (1968), pp. 284-286; Holmes (1923), pp. 279-281, y en general S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), sobre todo pp. 76-77. <<

[108] El comentario de Julio César de que recompensaría incluso a un bandolero si le era leal en Suetonio, *Augusto* 72; más en general véase Goldsworthy (2010), pp. 183-190 sobre las deudas y las recompensas a sus seguidores. <<

[109] Suetonio, *Augusto* 8. 1, 41. 1; Nicolás de Damasco 6-15; Dion 43. 47. 3 y Tácito, *Ann*. 11. 25. 2, así como los comenta-

rios de R. BILLOWS, *Julius Caesar: the colossus of Rome* (2009), pp. 256-258 sobre su actitud hacia Octavio y sus sobrinos. <<

[110] Suetonio, *Julio César* 77. <<

[111] Para un estudio de los planes de Julio César, contrástense E. RAWSON, «Caesar's heritage: Hellenistic kings and their Roman equals», *JRS* 65 (1975), pp. 148-159; R. CARSON, «Caesar and the monarchy», *Greece & Rome* 4 (1957), pp. 46-53 y J. COLLINS, «Caesar and the corruption of power», *Historia* 4 (1957), pp. 445-465. <<

[112] Un excelente estudio de la verdadera importancia de Cleopatra es E. GRUEN, «Cleopatra in Rome. Fact and fantasies», en D. BRAUND y C. GILL (eds.), *Myths, history and culture in Republican Rome: studies in honour of T. P. Wiseman* (2003), pp. 257-274, y de modo más general GOLDSWORTHY (2010), pp. 192-203; la historia sobre la ley que permitiría a Julio César casarse con varias mujeres aparece en Suetonio, *Julio César* 52. 3. <<

[113] Sobre «No rey, sino césar» véase Suetonio, *Julio César* 79. 2; sobre las Lupercalias véanse Dion 44. 11. 1-3; Apiano, *BC* 2. 109; Plutarco, *César* 61, *Antonio* 12, Cicerón, *Filípicas* 2. 84-87, *De divinatione* 1. 52, 119; Suetonio, *César* 79. 2-3, y el reciente estudio de J. NORTH, «Caesar at the Lupercalia», *JRS* 98 (2008), pp. 144-160, quien sostiene convincentemente que Julio César no pudo haber organizado la cuestión con la esperanza de haberse convertido en rey y que, si estuvo planeado, su intención fue rechazarlo de forma muy visible; véase también WEINSTOCK (1971), pp. 318-341. <<

[114] Suetonio, *César* 41. 2, 76. 2, 80. 3; Dion 43. 46. 2-4; Plutarco, *César* 58; Plinio *NH* 7. 181; Cicerón, *Ad fam*. 7. 30. 1-2; GELZER (1968), pp. 309, 310-311 y HOLMES (1923), pp. 328-330. <<

[115] Suetonio, *César* 77; sobre Cicerón recibiendo injustificados agradecimientos provinciales véase Cicerón, *Ad fam*. 9. 15.

4; sobre el comportamiento de Julio César durante los juegos Suetonio, *Augusto* 45. 1. <<

[116] «Ya he vivido bastante», Cicerón, *Pro Marcello* 8, 25; «me odia», Cicerón, *Ad Att* 14. 1. <<

[117] Sobre los conspiradores en general véanse Gelzer (1968), pp. 323-329; Syme (1960), p. 44-45, 56-60, 64, 95; A. Lintott, «The assassination», en Griffin (2009), pp. 72-82, y las fuentes en Suetonio, *César* 83. 2; Dion 43. 47. 3, 44. 11. 4-14. 4; Apiano, *BC* 2. 111-114, 3. 98; Plutarco, *Antonio* 13, *Bruto* 6-13, *César* 62; Suetonio, *César* 80. 1. 3-4; Veleyo Paterculo 2. 58. 1-4; sobre el suicidio de Catón véanse Dion 43. 10. 1-13. 4; Apiano, *BC* 2. 98-99 y Plutarco, *Catón el Joven* 56. 4, 59. 1-73. 1. <<

[118] La cita de Cicerón procede de Cicerón, *Ad fam*. 15. 19. 4; sobre las obras en alabanza de Catón y el *Anti-Catón* véanse Cicerón, *Ad Att*. 12. 21. 1, 13. 40. 1, 46, 51. 1, *Orator* 10, 35; Plutarco, *Catón el Joven* 11. 1-4, 25. 1-5, 73. 4, *Cicerón* 39. 2, *César* 3. 2; Suetonio, *César* 56. 5, junto con Gelzer (1968), pp. 301-304, Holmes (1923), p. 311 y D. Stockton, *Cicerón* (1971), p. 138; el juramento de los senadores de proteger a Julio César en Suetonio, *Julio César* 84. 2; los conspiradores no juramentados en Plutarco, *Bruto* 12, al contrario que los seguidores de Catilina Salustio, *Bell. Cat*. 22. 1-2. <<

[119] Sobre el asesinato véanse Plutarco, *César* 66, *Bruto* 17, *Antonio* 13; Dion 44. 19. 1-5; Apiano, *BC* 2. 117 y Suetonio, *César* 82. 1-3. <<

[120] Cicerón, *Ad Att*. 14. 1 para la cita de Cayo Macio. <<

[121] Cicerón, *Ad Att*. 15. 12. 2. <<

[122] Suetonio, *Augusto* 9. 2; Apiano, *BC* 3. 9; Veleyo Patérculo 2. 59. 4; Dion 45. 3. 1 y Nicolás de Damasco 16 para el período pasado en Apolonia; los ejemplos de viajes por el mundo helenístico para estudiar retórica incluyen a Cicerón y Julio César,

véase Cicerón, *Bruto* 316; Suetonio, *César* 4. 2 y Plutarco, *César* 2. <<

[123] Apiano, *BC* 3. 9 enfatiza su entrenamiento con la caballería. <<

[124] Sobre Salvidieno y Agripa véase R. Syme, *The Roman revolution* (1960), pp. 129, nn. 2-3. <<

[125] Sobre la noticia y las reacciones a ella véase sobre todo Nicolás de Damasco 16 y los comentarios de J. Osgood, *Caesar's legacy.Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), p. 31, con comentarios sobre las expectativas de botín de las legiones en p. 47. <<

[126] Nicolás de Damasco 17-18; Apiano, *BC* 3. 10-11. <<

[127] Sobre el período posterior a los idus de marzo y el funeral de Julio César véanse en general Rawson, en *CAH*^{2} IX, pp. 468-470; Syme (1960), pp. 97-105; Osgood (2006), pp. 12-14; A. Goldsworthy, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 204-214, T. Mitchell, *Cicero the senior statesman* (1991), pp. 289-291; Apiano, *BC* 2. 120-123, 120 sobre la ironía de sobornar al pueblo al tiempo que se proclamaba la libertad. <<

[128] Sobre el testamento véase Suetonio, *Julio César* 83. 2 y para útiles estudios al respecto R. Billows, *Julius Caesar: the colossus of Rome* (2009), pp. 256-258 y Osgood (2006), p. 31, n. 71 con referencias al debate al respecto; sobre la posterior afirmación de Cicerón de que Julio César no habría regresado de Oriente véase Cicerón, *Ad Att*. 15. 2. 3. <<

[129] Antonio rechazó parte del legado de su padre, véase Cicerón, *Filípicas* 2. 44; respecto al poder sobre los libertos véase Apiano, *BC* 3. 94. <<

[130] Nicolás de Damasco 18; Apiano, *BC* 3. 11-13; Suetonio, *Augusto* 9. 2; sobre Cicerón al respecto de la campaña de Filipo véase Cicerón, *Ad fam*. 12. 2. 2; la cita de Aquiles en Apiano, *BC*

3. 13, que cita la *Ilíada* 18. 98: «Debo morir joven, entonces; puesto que no estuve junto a mi compañero cuando fue asesinado» (trad. de Lattimore). <<

[131] B. LEVICK, *Augustus. Image and substance* (2010), pp. 23-24 hace hincapié en que Octavio pretendía la supremacía desde el principio. <<

[132] Sobre el nombre véase el importante artículo de R. SYME, «Imperator Caesar: a study in imperial nomenclature», pp. 172-188. <<

[133] Nicolás de Damasco 18; Apiano, *BC* 3. 13-21; Cicerón, *Ad Att*. 14. 6. 1 y OSGOOD (2006), p. 31, n. 73; Cicerón, *Ad Att*. 14. 5. 3 pregunta a Ático sobre la llegada a Roma de César. <<

[134] Cicerón, *Ad Att*. 14. 10. 3; sobre los orígenes de Balbo y su trabajo para Julio César véase SYME (1960), pp. 71-73. Cicerón lo defendió una vez en los tribunales y el discurso se conserva en *Pro Balbo*; sobre el testimonio de Cicerón en general véase A. LINTOTT, *Cicero as evidence* (2008), esp. pp. 339-373. <<

[135] Para la cita véase Cicerón, *Ad Att*. 14. 11. 2; sobre Marcelo en buenos términos con los conspiradores *Ad Att*. 15. 12. 2; sobre las actitudes de los dos excónsules véase SYME (1960), pp. 114, 128. Syme se inclinaba por hablar de partido cesariano y pompeyano, pero sin presentarlos como grupos rígidos o permanentes. <<

[136] Sobre Dolabela véase SYME (1960), pp. 69, n. 2, 97, 150-151; sobre sus conflictos anteriores con Antonio véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 186-191. <<

[137] Plutarco, *Antonio* 4 para la imitación de Hércules y el estereotipo del soldado arrogante; sobre Antonio en general véase GOLDSWORTHY (2010), *passim*. <<

[138] Sobre la familia véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 52-65. <<

[139] Cicerón, *Filípicas* 2. 44 sobre el rechazo a parte de la herencia de su padre y 44-46 sobre su juventud; en general véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 81-104. <<

[140] Cicerón, *Filípicas* 2. 58, *Ad Att*. 10. 10, 13, *Ad fam*. 9. 26; Serv. En E10; *De vir. ill*. 82. 2. El desagrado de Cicerón solo se hizo público en las *Filípicas* 2. 58, 69, 7; véase también Plutarco, *Antonio* 6, 9; Plinio, *NH* 8. 55. <<

[141] Cicerón, *Filípicas* 2. 64-69, 72-74, 78; Plutarco, *Antonio* 10; Dion 45. 28. 1-4; Plutarco, *Antonio* 10 que hubo una separación entre César y Antonio. M. GELZER (trad. de P. Needham), *César* (1968), pp. 261-262 se inclina a considerarla seria, mientras que SYME (1960), p. 104 lo duda; respecto a ir montado en el mismo carruaje que Julio César, Plutarco, *Antonio* 11. <<

[142] Plutarco, *Antonio* 13. <<

[143] Véanse R. WEIGEL, *Lepidus. The tarnished triumvir* (1992), pp. 44-51 y SYME (1960), pp. 97-111; sobre la actitud de Antonio véase el penetrante estudio de J. RAMSAY, «Did Mark Antony contemplate an alliance with his political enemies in July 44 B.C.E.?», *Classical Philology* 96. 3 (2001), pp. 253-268, que si bien se centra más en los meses del verano, presenta un buen análisis de su actitud. <<

[144] Sobre Amacio y el altar a Julio César véanse Apiano, *BC* 3. 2-3, 36; Cicerón, *Ad Att*. 14. 15, SYME (1960), p. 99; sobre su intento de conseguir la aceptación del joven Octavio véase Nicolás de Damasco 14. <<

[145] J. RAMSAY, «The Senate, Mark Antony, and Caesar's legislative legacy», *Classical Quarterly* 44 (1994), pp. 130-145 tiene razón al mostrarse cauto a la hora de aceptar los juicios de Cicerón al completo y ofrece un excelente análisis de varias de las más controvertidas medidas y su contexto. Los detalles no alteran la cuestión central de que sacar esas leyes y concesiones era extre-

madamente beneficioso para Antonio, ya fueran o no genuinas decisiones del dictador. <<

[146] Apiano, *BC* 3. 27. 30, junto con Syme (1960), pp. 115-116; P. Brunt, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), pp. 477-483 y Osgood (2006), pp. 33-34. <<

[147] Cicerón, *Ad Att*. 16. 1, 2. 3, 4. 1, 5. 1; Apiano, *BC* 3. 24 y Plutarco, *Bruto* 21. 2-3; la cita en Cicerón, *Ad Att*. 15. 4. <<

[148] Cicerón, *Ad Att*. 16. 15. 1 menciona su decisión de hacer pública la incapacidad de Dolabela de devolver la dote. <<

[149] *Res Gestae* 1 (trad. de Brunt y Moore). <<

[150] Apiano, *BC* 3. 21-22; Suetonio, *Augusto* 10. 1-2, 95; Dion 45. 3. 4-7. 2, Nicolás de Damasco 28, véanse también R. Syme (1960), pp. 114-117, 116, n. 3 donde cita a T. Rice Holmes, *The architect of the Roman Empire*, vol. 1 (1928), p. 191 sosteniendo que los *ludi ceriales* fueron celebrado a finales de mayo en vez de en abril, como era lo habitual. <<

[151] Nicolás de Damasco 18 sobre los fondos de guerra de Julio César. Sobre sus apoyos financieros véase la nota siguiente. <<

[152] Apiano, *BC* 3. 23-24, 28; Suetonio, *Augusto* 10. 1; Dion 45. 6. 4; Cicerón, *Ad Att*. 15. 2. 3, junto con Syme (1960), p. 131 y J. Ramsay, «Did Mark Antony contemplate an alliance with his political enemies in July 44 B.C.E.?», *Classical Philology* 96. 3 (2001), pp. 253-268, sobre todo 253, n. 3 sobre la duración de la fiesta y sus fechas en este período. El artículo presenta un análisis muy útil sobre la cronología de los acontecimientos del verano del 44 a. C. <<

[153] Suetonio, *Julio César* 88; Plinio, *NH* 2. 93-94, junto con J. Osgood, *Caesar's Legacy.Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 40-41 y para un análisis muy detallado J.

RAMSAY y A. LICHT, *The comet of 44 BC and Caesar's funeral games* (1997), pp. 135-153. <<

[154] Sobre la elección del tribuno véase Apiano, *BC* 3. 31 para el relato más completo, que afirma que apoyó a un candidato, pero que la muchedumbre «pidió» que se presentara él, lo cual fue bloqueado por Antonio, y también Plutarco, *Antonio* 16; Dion 45. 6. 2; Suetonio 10. 2, con SYME (1960), p. 120 y Z. YAZETZ, *Plebs and princeps* (1969), pp. 73-75; sobre el cometa como un signo de su futura grandeza, Plinio, *NH* 2. 93. <<

[155] Sobre la cuestión de la reforma del jurado véase J. RAMSAY, «Mark Antony's judiciary reform and its revival under the Triumvirs», *JRS* 95 (2005), pp. 20-37, si bien en la p. 31 considera la necesidad de poseer unas propiedades valoradas en 40 000 o quizá 50 000 sestercios para pertenecer a la *prima classis* de la *Comitia centuriata* como una «cantidad extremadamente irrisoria» comparada con un censo ecuestre de ocho veces esa suma. Pese a lo cual seguía siendo en torno al doble de la muy generosa prima de licenciamiento que César no tardaría en prometer a sus soldados. También era la calificación mínima y, sin duda, las propiedades de algunos de ellos alcanzaban hasta el rango del censo ecuestre. <<

[156] Cicerón, *Ad fam*. 11. 28. 6-7 sobre la carta de Macio a Cicerón explicándole que su apoyo financiero al joven César era un deber contraído por su amistad con Julio César; Apiano, *BC* 3. 28-30 sobre la reconciliación y el voto, y 32-42 sobre sus relaciones y la subsiguiente supuesta conjura, y véanse también Cicerón, *Ad Att*. 16. 8. 1-2, *Ad fam*. 12. 3; Dion 45. 7-3-9.5, 12. 1-6; Plutarco, *Antonio* 16. Sobre el estatus de los voluntarios de César y los soldados que se unieron posteriormente a él, vease el estudio de J. LINDERSKI, «Aphrodisias and the *Res Gestae*: the *genera militiae* and the status of Octavian», *JRS* 74 (1984), pp. 74-80, donde sostiene que cualquier juramento realizado por los

hombres de César era parte de un reclutamiento de emergencia y no el juramento militar normal del *sacramentum*, sino una *coniuratio*, y discute las implicaciones del mismo para su estatus. <<

[157] Sobre los pensamientos y acciones de Cicerón durante este período véanse D. STOCKTON, *Cicero. A political biography* (1971), pp. 292-297 y RAMSAY (2001), sobre todo pp. 265-267. <<

[158] OSGOOD (2006), pp. 41-42; STOCKTON (1971), pp. 292-293, 297-299; A. LINTOTT, *Cicero as evidence* (2008), pp. 375-382; Apiano, *BC* 3. 5 sobre la fuerza de 6000 veterano de Antonio; Cicerón, *Ad fam*. 12. 2. 1, 3. 1 y Plutarco, *Cicerón* 43 sobre sus miedos. <<

[159] Apiano, *BC* 3. 40; Cicerón, *Ad Att*. 16. 8, escrita el 4 de noviembre del 44 a. C. informa de que César contaba con 3000 veteranos y mencionaba las esperanzas de este de pasar a su campo las legiones macedonias. <<

[160] Cicerón, *Ad Att*. 16. 11. 6. <<

[161] Sus preocupaciones con César en Cicerón, *Ad Att*. 16. 14. 1, la cita de Ático en 16. 15. 3, cf. Plutarco, *Cicerón* 44-6, junto con STOCKTON (1971), pp. 295-296. <<

[162] Cicerón, *Ad Att*. 16. 15. 3 para la cita y también Apiano, *BC* 3. 41-42; Dion 45. 12. 3-6. <<

[163] Cicerón, *Filípicas* 3. 20 sobre la afirmación de que Antonio tenía planeado hacer que declararan a César enemigo público. <<

[164] Sobre la inevitable estela de mercaderes y su presencia fuera del campamento de invierno de Quinto Cicerón en las Galias en el 53 a. C., César, *BG* 6. 37. <<

[165] Sobre los ascensos de Julio César de centuriones de unidades veteranas a grados superiores en legiones nuevas, por ejemplo, César, *BG* 6. 40. <<

[166] Apiano, *BC* 3. 31, 40-44; Dion 45. 12. 1-13. 5; Cicerón, *Filípicas* 3. 4, 6, 38-39, 4. 5-6, junto con OSGOOD (2006), pp. 47-

50; para un estudio de la *Legio Martia* y la posible lápida de uno de sus centuriones véase L. KEPPIE, «A centurion of *Legio Martia* at Padova?», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 2 (1991), pp. 115-121 = L. KEPPIE, *Legions and veterans: Roman army papers 1971-2000* (2000), pp. 68-74 y A. GOLDSWORTHY, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 219-221. <<

[167] Apiano, *BC* 3. 46; Dion 45. 13. 5, junto con SYME (1960), pp. 126-127. <<

[168] Sobre el ataque contra César véase Cicerón, *Filípicas* 3. 20, *BC* 3, pp. 44-46; Dion 45. 13. 5; sobre la mención de la *Legio Alaudarum* en noviembre véase Cicerón, *Ad Att*. 16. 8, si bien es posible que decidiera utilizar ese nombre porque quería presentar a los seguidores de Antonio como unos bárbaros. <<

[169] La cita de Josefo en *BJ* 3. 75; en general, sobre el ejército en este período véanse H. PARKER, *The Roman legions* (1957), pp. 47-71, sobre todo pp. 55-56; F. ADCOCK, *The Roman art of war under the Republic* (1940); P. BRUNT, *Italian manpower, 225 BC-AD 14* (1971); P. CONNOLLY, *Greece and Rome at war* (1981); M. FEUGÈRE (ed.), *L'équipment militaire et l'armement de la République*. *JRMES 8* (1997); E. GABBA (trad. de P. J. Cuff), *The Roman Republic, the army and the allies* (1976); L. KEPPIE, *The making of the Roman army* (1984); Y. LE BOHEC, *The imperial Roman army* (1994); J. HARMAND, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant nôtre ère* (1967); entre los estudios más generales se cuentan A. GOLDSWORTHY, *The complete Roman army* (2004) y el reciente y excelente S. JAMES, *Rome and the sword. How warriors and weapons shaped Roman history* (2011). <<

[170] La cita de Cicerón en Ad Att. 16. 5. 3, junto con OSGOOD (2006), p. 49 y STOCKTON (1971), pp. 299-306; la opinión de Quinto sobre los cónsules en Ad Att. 16. 27. 2; sobre Décimo Bruto en la Galia Cisalpina, Cicerón, Ad fam. 11. 6, 6a. 2. <<

[171] Cicerón, *Filípicas* 3. 2 (3, 5) (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[172] Cicerón, *Filípicas* 3. 3 (6) (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[173] OSGOOD (2006), pp. 49-51; LINTOTT (2008), pp. 385-388. <<

[174] SYME (1960), pp. 162-170; sobre la votación Apiano, *BC* 3. 30. <<

[175] Suetonio, *Augusto* 2. 3-3. 1, 4. 2 conserva algunos de estos insultos, en general véase K. SCOTT, «The political propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49. <<

[176] «Un chico que se lo debe todo a un nombre», Cicerón, *Filípicas* 13. 24; sobre César alagando a Cicerón véase Plutarco, *Cicerón* 45-46; sobre la estrategia de Cicerón véase STOCKTON (1971), pp. 300-302, 326-328. <<

[177] Apiano, *BC* 3. 48, 50-51; Dion 46. 29. 2-6; Cicerón, *Ad Brutum* 1. 12, *Filípicas* 5. 3-4, 25, 31, junto con RAWSON, en *CAH*[2] IX, pp. 479-481. <<

[178] Cicerón, *Ad fam*. 11. 20 (SB 401) (traducción de la colección Loeb, modificada). <<

[179] Apiano, *BC* 3. 27, 49, junto con J. OSGOOD, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), p. 50. <<

[180] Apiano, *BC* 3. 63, 79, junto con R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 171-172, 183. <<

[181] César, *BG* 8. *pref*. donde afirma que fue Balbo quien le urgió a escribir; véase también OSGOOD (2006), p. 51, n. 133 que menciona el favorable tratamiento de la VII y VIII legiones. <<

[182] Cicerón, *Ad fam*. 10. 6. 3, cf. *Filípicas* 13. 7-9, véase también A. LINTOTT, *Cicero as evidence* (2008), p. 399. <<

[183] Apiano, *BC* 3. 50, 65, Dion 46. 35. 1-37. 3, incluyendo las deserciones entre la caballería de César, Plinio *NH* 10. 110 sobre el uso de las palomas mensajeras. <<

[184] Sobre las dos batallas del Foro de los Galos véase Cicerón, *Ad fam*. 10. 30 para la vívida descripción de Servio Sulpicio Galva, que fue testigo ocular, y Apiano, *BC* 66-70; Dion 46. 37. 1-7, junto con OSGOOD (2006), pp. 51-55 y L. KEPPIE, *The making of the Roman army* (1984), pp. 115-118 y A. GOLDSWORTHY, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 225-227. Apiano enfatiza la silenciosa y maquinal matanza de las legiones veteranas; pero puede que no sea más que retórica. Conviene recordar que los únicos realmente veteranos presentes eran las cohortes pretorianas. Los oficiales y tropa de las legiones macedonias habían visto poco servicio activo. <<

[185] Apiano, *BC* 3. 71-72; Dion 46. 38. 1-7; Cicerón, *Ad fam*. 11. 13. 2; Suetonio, *Augusto* 10. 4 sobre el comportamiento de César, cf. el énfasis en su valentía y juventud en Veleyo Patérculo 2. 61. 4; sobre los desafíos al combate véase A. GOLDSWORTHY, *The Roman army at war 100 BC-AD 200* (1996), pp. 143-145. <<

[186] Apiano, *BC* 3. 73-75; Plutarco, *Antonio* 17-18; sobre la falta de animales de Décimo Bruto, Cicerón, *Ad fam*. 11. 13. 2. <<

[187] Cicerón, *Ad Brutum* 1. 6. 2 sobre un rumor de la época del que Bruto en realidad dudaba debido a que conocía personalmente al médico de Pansa, y Suetonio, *Augusto* 11 sobre historias posteriores de que César estuvo implicado en las muertes de Hircio y Pansa, cf. Tácito, *Ann*. 1. 10 donde se sugiere que Pansa fue envenenado y sus propios hombres convencidos para que asesinaran a Hircio; sobre el comandante que en el Foro de los Galos casi fue cogido por los antonianos y luego casi muerto por

equivocación por los de su propio lado Cicerón, *Ad fam*. 10. 30. 3. <<

[188] Cicerón, *Ad Brutum* 1. 3. 4, *Ad fam*. 10. 21. 4, 11. 19. 1, 11. 21. 2; Apiano, *BC* 3. 74; Dion 46. 40. 1 y RAWSON, en *CAH*² IX, pp. 483-485, SYME (1960), pp. 176-178 y D. STOCKTON, *Cicero. A political biography* (1971), pp. 318-323 para síntesis de la reacción del Senado y los momentos posteriores a la victoria en Mutina; la carta de Polión se encuentra en Cicerón, *Ad fam*. 10. 33. 1. <<

[189] Cicerón, *Ad fam*. 11. 11. 4 para la cita, *Ad fam*. 11. 19. 1 sobre la decepción de Décimo al no recibir el mando de la IV y la *Martia*; sobre la deserción del ejército de Lépido véanse Plutarco, *Antonio* 18; Apiano, *BC* 3. 80-84, Dion 46. 38. 6-7, junto con SYME (1960), pp. 178-179 y BRUNT (1971), pp. 481-484. <<

[190] STOCKTON (1971), pp. 319-330. <<

[191] Cicerón, *Ad fam*. 11. 20. <<

[192] Cicerón, *Filípicas* 13. 22-25. <<

[193] Apiano, *BC* 3. 82; Cicerón, *Ad Brutum* 1. 3. 2, 4. 3-6, *Filípicas* 14. 15; Plutarco, *Cicerón* 45, junto con STOCKTON (1971), pp. 325-328; LINTOTT (2008), pp. 416-421; Cicerón, *Ad Brutum* 1. 10. 3 (traducción de la colección Loeb 18.3) sobre los pariente de César fomentando su deseo de ser cónsul. <<

[194] Apiano, *BC* 3. 88; Suetonio, *Augusto* 26. 1; Dion 46. 42. 3-43. 6; SYME (1960), p. 185, n. 7, se muestra escéptico sobre los detalles de la historia. <<

[195] Apiano, *BC* 3. 88-95; Dion 46. 44. 1-49. 5; Veleyo Patérculo 2. 65. 2; *Res gestae* 1, junto con SYME (1960), pp. 185-188; sobre las legiones en esta época véase P. BRUNT, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), pp. 481-484. <<

[196] J. RAMSAY, «Did Mark Antony contemplate an alliance with his political enemies in July 44 B.C.E.?», *Classical Philology*

96. 3 (2001), pp. 253-268 sostiene que Antonio solo le preocupaba fortalecer su propia posición y que nunca se comprometió a una alianza permanente con los conspiradores. <<

[197] Sobre la formación del triunvirato, véase Plutarco, *Antonio* 19-21; Apiano, *BC* 3. 96-94. 46. 50. 1-56. 4, junto con SYME (1960), pp. 188-191, OSGOOD (2006), pp. 57-61; RAWSON, en *CAH*[2] IX, pp. 485-486 y GOLDSWORTHY (2010), pp. 228-231. <<

[198] Apiano, *BC* 4. 8 (traducción de la colección Loeb). <<

[199] Veleyo Patérculo 2. 67. 2 (traducción de la colección Loeb). <<

[200] Apiano, *BC* 4. 6, menciona que algunas fuentes hablan de que se ordenaron de inmediato doce muertes, mientras que otras dicen diecisiete. <<

[201] Sobre las proscripciones en general véanse Apiano, *BC* 4. 6-31, Dion 47. 1. 1-15. 4; Plutarco, *Cicerón* 46, *Antonio* 19, con buenas síntesis en J. OSGOOD, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 62-82 y R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 190-194; para una interesantes discusión sobre el impacto de las proscripciones, su representación y el papel del joven César véase A. POWELL, *Virgil the partisan: a study in the re-integration of classics* (2008), pp. 55-62, 68-69, quien señala que se corre el riesgo de olvidar el esencial salvajismo de esos asesinatos debido a lo acostumbrados que estamos a llamarlos «proscripciones»; sobre el tamaño de la fuerza llevada a Roma por cada triunviro véase Apiano, *BC* 4. 7; la cita de no escribir contra los triunviros se atribuye a Asinio Polión en Macrobio, *Sátiras* 2. 11.1. <<

[202] Apiano, *BC* 4. 8-11 ofrece una versión de la proclamación de las proscripciones que puede ser auténtica. Sobre la inclusión de Cayo Toranio véase Suetonio, *Augusto* 27. 1. <<

[203] Plutarco, *Antonio* 19-20; Apiano, *BC* 4. 5-30, 37; Dion 57. 1. 1-14. 5, junto con Syme (1960), pp. 190-196 y Osgood (2006), pp. 62-82; Plutarco, *Antonio* 20 (traducción de la colección Oxford, modificada) para la cita. <<

[204] Véase Plutarco, *Cicerón* 47-48; Apiano, *BC* 4. 19-20, junto con Osgood (2006), p. 78; para un estudio y otras fuentes véanse D. Stockton, *Cicero. A political biography* (1971), pp. 331-332; T. Mitchell, *Cicero. The senior statesman* (1991), pp. 322-324 y A. Everitt, *Cicero. A turbulent life* (2001), pp. 304-310. <<

[205] Dion 47. 8. 3-4; Plutarco, *Cicerón* 48-49, *Antonio* 20; Apiano, *BC* 4. 19, véase también Cornelio Nepote, *Ático* 9. 3-7, junto con A. Goldsworthy, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 245-246. <<

[206] Suetonio, *Augusto* 27. 1-2 hace hincapié en su persecución de las víctimas, en contraste con Veleyo Patérculo 2. 66-67 donde se echan las culpas firmemente sobre Antonio y Lépido, junto con K. Scott, «The political propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, sobre todo pp. 19-21; Powell (2008), pp. 63-68 sobre las actitudes hacia César y cómo es presentado en las fuentes, y Goldsworthy (2010), pp. 246-247. <<

[207] Sobre los vasos corintios véase Suetonio, *Augusto* 70. 2, y sobre Antonio proscribiendo a Verres por sus obras de arte Plinio, *NH* 34. 2. 6, junto con Scott (1933), pp. 20-21; sobre Antonio y Fulvia véanse Apiano, *BC* 4. 40 y Dion 47. 7. 4-5, 8. 5. <<

[208] Apiano, *BC* 4. 30 sobre las víctimas jóvenes y 4. 23-24 sobre historias de viudas; sobre el papel de las mujeres véase Osgood (2006), pp. 74-82. <<

[209] Apiano, *BC* 4. 23, junto con Osgood (2006), pp. 64-65, 79; el incidente de la esposa golpeada por el séquito de Lépido procede de una inscripción erigida como monumento a ella por

su esposo, conocida hoy de forma habitual (si bien probablemente inexacta) como la *Laudatio turiae*, véase OSGOOD (2006), pp. 67-74 para un estudio y referencias. <<

[210] Dion 47. 7. 4-5. <<

[211] Apiano, *BC* 4. 31-34; Dion 47. 14. 2-3, junto con OSGOOD (2006), pp. 84-88. <<

[212] Dion 47. 18. 3-19, junto con S. WEINSTOCK, *Divus Julius* (1971), pp. 386-398. <<

[213] Sobre la muerte de Atia, Suetonio, *Augusto* 61. 2; Dion 47. 17. 6; para el temprano compromiso y posterior matrimonio con Claudia, Suetonio, *Augusto* 62. 1; Veleyo Patérculo 2. 65. 2; Apiano, Plutarco, *Antonio* 20; sobre Claudia virgen en el momento del divorcio Dion 48. 5. 3. <<

[214] Un estudio sobre la cuestión en R. WEIGEL, *Lepidus. The tarnished triumvir* (1992), pp. 69-70, 77-79. <<

[215] Dion 47. 25. 3 y Apiano, *BC* 4. 100-101; véase también Apiano, *BC* 5. 17, que proporciona un detallado estudio sobre las actitudes de los soldados, y Cornelio Nepote, *Eumenes* 8. 2, quien compara a los veteranos macedonios con los soldados romanos contemporáneos en su avaricia y lo bien dispuestos que estaban a pelear en las guerras civiles; para ejemplos de las acuñaciones de Bruto véase M. CRAWFORD, *Roman republican coinage* (1974), pp. 498-508. <<

[216] Apiano, *BC* 4. 101-108 y Plutarco, *Bruto* 37-40. <<

[217] Apiano, *BC* 4. 106, 108; Dion 47. 37. 2-3 y Suetonio, *Augusto* 13. 1. <<

[218] Sobre las cifras véase Apiano, *BC* 4. 88, 108; para una discusión sobre las mismas, pero en general aceptando las cifras más altas, véase P. BRUNT, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), pp. 485-488, mientras que GOLDSWORTHY (2010), pp. 251-253 las pone en duda; compárese con Apiano, *BC* 4. 137, quien enfa-

tiza la escala de la campaña, con Dion 47. 39. 1, quien afirma que no se trató de las más nutridas batallas de la guerra civil; destaca también Veleyo Patérculo 2. 113, donde el futuro emperador Tiberio encuentra muy difícil controlar una fuerza de diez legiones reunidas en un punto. <<

[219] Sobre los desafíos a la batalla véase A. GOLDSWORTHY, *The Roman army at war 100 BC-AD 200* (1996), pp. 141-145. <<

[220] Sobre la primera batalla de Filipo véanse Apiano, *BC* 4. 109-114; Plutarco, *Bruto* 40-45; Dion 47. 42. 1-47. 1, y una descripción bien ilustrada en S. SHEPPARD, *Philippi 42 BC. The death of the Roman Republic* (2008); sobre la pérdida de sus pertenencias como causa del colapso de la moral véase César, *BG* 5. 33, en contraste con la buena disciplina en *BG* 5. 43 por parte de una legión diferente. <<

[221] Sobre las diferentes versiones del comportamiento de Octaviano véanse Plutarco, *Bruto* 41, *Antonio* 22; Dion 47. 41. 3-4, 46. 2; Veleyo Patérculo 2. 70. 1; Suetonio, *Augusto* 13. 1; Plinio, *NH* 7. 147, con un breve estudio en SYME (1960), pp. 204-205; OSGOOD (2006), pp. 95-96; STARK (1933), pp. 21-22 y POWELL (2008), p. 106. <<

[222] Apiano, *BC* 4. 125-131; Plutarco, *Bruto* 49-52, *Antonio* 22 (la única fuente que insinúa que César seguía enfermo durante la segunda batalla); Dion 47. 48. 1-49. 4. <<

[223] piano, BC 4. 129-131, 135; Suetonio, Augusto 13. 1-2; Dion 47. 49. 2; Plutarco, Bruto 53. 3, Antonio 22, Comparación de las vidas de Dion y Bruto 5. 1, junto con STARK (1933), pp. 22-23. <<

[224] *Res gestae* 2 (traducción de la colección Loeb). <<

[225] Para más detalles sobre las acciones de Antonio durante el siguiente año y medio véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 261-271, con particular énfasis en la elección de Cleopatra como soberano cliente. <<

[226] Apiano, *BC* 5. 3, 12; Dion 48. 1. 2-3. 6, junto con WEIGEL (1992), pp. 79-80. <<

[227] Para un estudio detallado de las confiscaciones véase L. KEPPIE, *Colonisation and veteran settlement in Italy: 47-14 BC* (1983), *passim* y OSGOOD (2006), pp. 108-151. <<

[228] Sobre la guerra perusina véanse Apiano, *BC* 5. 12-51; Dion 48. 5. 1-14. 6; Plutarco, *Antonio* 30; Veleyo Patérculo 2. 74-76, con estudios en E. GABBA, «The Perusine war and triumviral Italy», *Harvard Studies in Classical Philology* 75 (1971), pp. 139-160; SYME (1960), pp. 207-212; OSGOOD (2006), pp. 152-172 y C. PELLING en *CAH*² X, pp. 14-17. <<

[229] Sobre los proyectiles véase J. HALLETT, «Perusinae glandes and the changing image of Augustus», *AJAH* 2 (1977), pp. 151-171, así como T. RIHLL, «Lead slingshot (*glandes*)», *JRA* 22 (2009), pp. 149-169 que argumenta convincentemente que estos proyectiles pueden haber sido disparados con artillería muy ligera, posiblemente llevada a mano, en vez de con hondas, lo cual no altera el significado de sus mensajes. Sobre César casi muerto durante una incursión véase Suetonio, *Augusto* 14 que afirma que los asaltantes era gladiadores liberados, cf. Apiano, *BC* 5. 33; sobre una huida del asedio que termina después en tragedia véase Propercio, *Elegías* 1. 21. <<

[230] Sobre el final del asedio y el trato a los prisioneros véanse Apiano, *BC* 5. 46-49; Dion 48. 14. 3-6; Suetonio, *Augusto* 15 y Veleyo Patérculo 2. 74. 4 para la historia de que el fuego fue prendido por uno de los habitantes de la ciudad, junto con STARK (1933), pp. 27-28; sobre el sacrificio de Aquiles véase *Ilíada* 23. 21-22. <<

[231] Virgilo, *Églogas* 1. 67-72 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[232] Virgilo, *Églogas* 4. 4-12 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[233] Marcial, *Epigramas* 11. 20. 3-8, con comentarios en K. Scott, «The political propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, sobre todo pp. 24-26. <<

[234] Apiano, *BC* 5. 7; Dion 49. 32. 3 sobre Glafira y sobre Manio véanse R. Syme, *The Roman revolution* (1960), pp. 208-209 y Apiano, *BC* 5. 19. <<

[235] Apiano, *BC* 5. 13 y sobre todo 5. 15-17, con dos ejemplos de soldados amotinándose contre César, el segundo incidente de los cuales acabó con el asesinato del centurión, Nonio, y Dion 48. 8. 1-10. 1; Suetonio, *Augusto* 104. 12-106. 2 menciona su profunda convicción en su propio destino. <<

[236] Suetonio, *Augusto* 62. 1; Dion 48. 5. 3 sobre Claudia; sobre Caleno véanse Dion 48. 20. 3; Apiano, *BC* 5. 51, 54, 59-61. <<

[237] Apiano, *BC* 5. 55; Veleyo Patérculo 2. 76. <<

[238] Sobre la madre de Antonio, Julia, véase Apiano, *BC* 5. 52; sobre el padre de Labieno véase R. Syme, «The allegiance of Labienus», *JRS* 28 (1938), pp. 113-125 y W. Tyrell, «Labienus' departure from Caesar in January 49 BC», *Historia* 21 (1972), pp. 424-440; sobre el hijo véase Dion 48. 24. 4-25. 1; sobre la invasión parta véanse Dion 48. 26. 5 y Syme (1960), p. 223, con un estudio sobre la campaña y su contexto en D. Kennedy, «Parthia and Rome: eastern perspectives», en D. Kennedy (ed.), *The Roman army in the East. Journal of Roman Archaeology Supplements* 18 (1996), pp. 67-90, sobre todo pp. 77-81 y J. Osgood, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 185, 225-228. <<

[239] Dion 48. 12. 1-5; Apiano, *BC* 5. 20-24. <<

[240] Apiano, *BC* 5. 56-66; Dion 48. 28. 1-30. 2, junto con Syme (1960), pp. 129, 216-217, 242, 253-255 y Pelling, en

CAH^2 X, pp. 17-20; sobre Mecenas véase Syme (1960), pp. 129, 341-342, 359. <<

[241] Sobre Fulvia y el escepticismo al respecto de las fuentes véase D. Delia, «Fulvia reconsidered», en S. Pomeroy (ed.), *Women's history and ancient History* (1991), pp. 197-217, sobre su muerte véase Plutarco, *Antonio* 30; Apiano, *BC* 5. 59, Dion 48. 28. 3-4; sobre el matrimonio de Octavia véanse Plutarco, *Antonio* 31; Apiano, *BC* 5. 64; Dion 48. 28. 3-31. 3; Veleyo Patérculo 2. 78. 1, junto con Osgood (2006), pp. 188-201; Syme (1960), pp. 217-220 y E. Huzar, «Mark Antony: marriages vs. careers», *The Classical Journal* 81 (1985/1986), pp. 97-111, sobre todo pp. 103-111. <<

[242] Plutarco, *Antonio* 57, y en general Osgood (2006), pp. 193-200 para un buen estudio de la «cuarta égloga» de Virgilio en el contexto de esos años. Hubo otras opiniones sobre la identidad del bebé, incluida una referida al hijo de Polión. A ojos de los cristianos, el tono mesiánico y la fecha del poema (siglo I a. C.) se ha interpretado en ocasiones como referidos a Jesús. <<

[243] Apiano, *BC* 5. 53; Suetonio, *Augusto* 52. 2; Dion 48. 16. 3 y Syme (1960), p. 213. <<

[244] Véanse G. Rickman, *The corn supply of ancient Rome* (1980), pp. 60-61 y P. Garnsey, *Famine and food supply in the Graeco-Roman world. Responses to risk and crisis* (1988), pp. 202, 206-208. <<

[245] Véase K. Welch, «Sextus Pompeius and the *Res Publica* in 42-39 BC», en A. Powell y K. Welch (eds.), *Sextus Pompeius* (2002), pp. 31-63; sobre los comentarios de Casio al respecto de Cneo Pompeyo véase Cicerón, *Ad fam*. 15. 19. 4. <<

[246] A. Powell, «"An island amid the flame": the strategy and imagery of Sextus Pompeius, 43-36 BC», en Powell y Welch (2002), pp. 103-133, sobre todo pp. 105-109, 118-129, y A.

POWELL, *Virgil the partisan: a study in the re-integration of classics* (2008), pp. 31-83; sobre Lucio Antonio véase Dion 48. 5. 4. <<

[247] Apiano, *BC* 4. 25, 36, 85, 5. 143; Dion 47. 12. 1-13. 1; Veleyo Patérculo 2. 72. 5, 77. 2, junto con WELCH (2002), pp. 45-46; sobre el afeitado formal de César, Dion 48. 34. 3, con comentarios en M. FLORY, «*Abducta neroni uxor*: the historiographic tradition on the marriage of Octavian and Livia», *Transactions of the American Philological Association* 118 (1988), pp. 343-359, sobre todo p. 344. <<

[248] Apiano, *BC* 5. 67-68; Dion 48. 31. 1-6. <<

[249] Apiano, *BC* 5. 69-74; Dion 48. 36. 1-38. 3; Veleyo Patérculo 2. 77; Plutarco, *Antonio* 32, junto con SYME (1960), pp. 221-222, OSGOOD (2006), pp. 205-207 y POWELL (2008), pp. 190-191 y sobre todo WELCH (2002), pp. 51-54, quien sugiere que los exiliados pueden haber presionado a Sexto para que aceptara el tratado. <<

[250] Plutarco, *Antonio* 33; Apiano, *BC* 5. 76; Dion 48. 39. 2; Séneca, *Suasorias* 1. 6, junto con M. GRANT, *Cleopatra* (1972), pp. 129-30; sobre la campaña de Ventidio véase la breve narración en A. GOLDSWORTHY, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 286-268, con referencias a las fuentes antiguas. <<

[251] Véase Dion 54. 7. 2; Suetonio, *Tiberio* 6. 2-3, junto con A. BARRETT, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 10-11, 16-18. <<

[252] BARRETT (2002), pp. 3-10, 15-16; sobre la muerte de su padre véanse Dion 48. 44. 1 y Veleyo Patérculo 2. 71. 2. <<

[253] Suetonio, *Tiberio* 6. 1-3, *Augusto* 27. 4. <<

[254] *Ulixes stolatus*, Suetonio, *Cayo* 23; en general véanse FLORY (1988) y BARRETT (2002), pp. 11-14. <<

[255] Suetonio, *Augusto* 53. 1, 69. 1-2, con las últimas acusaciones presumiblemente referidas a cosas que Antonio había visto

en Roma; véanse también FLORY (1988), pp. 352-353 y BARRETT (2002), pp. 24-25, que discute sobre si la historia de abducir a una esposa durante la cena se refiere a Livia, aunque Claudio Nerón solo era expretor y no excónsul. <<

[256] FLORY (1988), pp. 345-346 afirma que «su deseo de celebrar el matrimonio antes del nacimiento del hijo de Livia sugiere que pretendía conseguir ventajas prácticas de él en vísperas de una guerra impopular. Es lo único que explica la prisa, que sabía produciría inevitablemente un escándalo sobre el niño por nacer y su relación con Livia». A pesar de lo cual, nadie es capaz de presentar ningún signo claro de esa inmediata ventaja política, por lo que es posible que esta nazca del deseo de ver en cada acción de César como la de un calculador y calmado intrigante político. Resulta mucho más sencillo y convincente verlo como un acto de exuberante juventud. <<

[257] BARRETT (2002), pp. 11-26 y FLORY (1988), p. 348; sobre el divorcio en general véanse S. TREGGIARI, *Roman marriage* (1991), pp. 435-482 y «Divorce Roman style: how easy and frequent was it?», en B. RAWSON (ed.), *Marriage, divorce and children in ancient Rome* (1991), pp. 131-146; respecto al comentario de César sobre Escribonia véase Suetonio, *Augusto* 62. 2; Suetonio, *Claudio* 1 dice que Druso nació tres meses después de que César y Livia se casaran, pero debe referirse a sus esponsales más que a la boda en sí. <<

[258] Suetonio, *Augusto* 70. 1-2 (traducción de la colección Loeb); sobre el banquete de bodas en general véase Suetonio, *Augusto* 70. 1; Dion 48. 43. 4-44. 5, junto con BARRETT (2002), pp. 24-27, quien asocia el festín de los doce dioses con los esponsales más que con la boda, y FLORY (1988), quien argumenta convincentemente que se trata del banquete de bodas; sobre los *deliciae*, Dion 48. 44. 3 y en general W. SLATER, «*Pueri*, *turba minuta*», en *BICS* 21 (1974), pp. 133-140. <<

[259] Dion 48. 45. 5-46. 1 y Apiano, *BC* 5. 78-80, que se refiere a Menas como Menodoro. <<

[260] Sobre la campaña véase Apiano, *BC* 5. 81-92; Dion 48. 46. 1-48. 4, junto con J. MORRISON y J. COATES, *Greek and Roman oared warships* (1996), pp. 149-152; M. PITASSI, *The navies of Rome* (2009), pp. 186-191; W. ROGERS, *Greek and Roman naval warfare* (1937), pp. 496-516 y R. PAGET, «The naval battle of Cumae in 38 BC», *Latomus* 29 (1970), pp. 363-369. <<

[261] Suetonio, *Augusto* 16. 2 para Neptuno y 70. 2 para el estribillo, véase también Apiano, *BC* 5. 100; Dion 48. 48. 6-49. 1, junto con POWELL (2002), pp. 120-126 y (2008), pp. 97-98. <<

[262] Sobre la incapacidad de Octaviano para reunirse con Antonio en el 38 a. C. véase Apiano, *BC* 4. 78-80, sobre la reunión en el 37 a. C. véanse Apiano, *BC* 5. 93-95; Plutarco, *Antonio* 35, junto con PELLING en *CAH*2 X, pp. 24-27 y P. BRUNT, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), p. 502 respecto al número de soldados prometidos por Antonio; sobre el final del primer período de cinco años del triunvirato véanse F. MILLAR, «Triumvirate and principate», *JRS* 63 (1973), pp. 50-67, sobre todo pp. 51, 53, y PELLING, en *CAH*2 X, pp. 67-68. <<

[263] Sobre Agripa en las Galias véase Dion 48. 49. 2-3; Apiano, *BC* 5. 92, junto con el estudio de J.-M. RODDAZ, *Marcus Agrippa* (1984), pp. 70-72, además de PELLING, en *CAH*2 X, p. 25 y SYME (1960), p. 231. <<

[264] Apiano, *BC* 5. 96-122; Dion 49. 1. 1-16. 2; Suetonio, *Augusto* 16. 1-3; Veleyo Patérculo 2. 79. 1-6; Livio, *Pers*. 128-129; véase también OSGOOD (2006), pp. 298-303; MORRISON y COATES (1996), pp. 154-157; PITASSI (2009), pp. 187-191; RODDAZ (1984), pp. 87-138, M. REINHOLD, *Marcus Agrippa: a biography* (1933), p. 29 señala la inexperiencia de Agripa en la guerra naval cuando se le confió el mando en el 37 a. C.; respecto al puerto de Agripa véase R. PAGET, «The ancient ports of Cu-

mae», *JRS* 58 (1968), pp. 152-169, sobre todo p. 161-169; sobre la *corona navalis* véase V. Maxfield, *The military decorations of the Roman army* (1981), pp. 74-76. <<

[265] *Res gestae* 3 (traducción de la colección Loeb). <<

[266] Suetonio, *Augusto* 17. 1 (traducción de la colección Loeb). <<

[267] Sobre este episodio véanse Veleyo Patérculo 2. 28. 3-4; Apiano, *BC* 5. 123-126; Dion 49. 11. 1-12. 4, con un estudio del mismo en R. Weigel, *Lepidus. The tarnished triumvir* (1992), pp. 88-92. <<

[268] Dion 49. 17. 1-18. 7, 50. 1. 4; Apiano *BC* 5. 127, 133-144; Veleyo Patérculo 2. 79. 5. <<

[269] Plutarco, *Antonio* 37. <<

[270] Para una descripción pormenorizada de la campaña véase A. Goldsworthy, *Antony and Cleopatra* (2010), pp. 304-320; sobre las pérdidas de Antonio véanse Plutarco, *Antonio* 49-51; Veleyo Patérculo 2. 82. 3; Dion 49. 31. 1-3, junto con A. Sherwin-White, *Roman foreign policy in the East, 168 BC-AD 1* (1984), pp. 320-321. Livio, *Pers*. 130 afirma también que durante la marcha por Armenia murieron 8000 hombres debido a las «tormentas», pero no proporciona una cifra total de bajas; sobre el casi suicidio de Antonio véase Plutarco, *Antonio* 48; los comentaristas modernos tienden a ser demasiado generosos con Antonio, e.g. R. Syme, *The Roman revolution* (1960), p. 264: «fue una derrota, pero no una desbandada o un desastre». C. Pelling, *Plutarch: life of Antony* (1988), pp. 220-243 es más realista y señala que Plutarco consideraba esta derrota como el punto de inflexión de la vida de Antonio. <<

[271] Apiano, *BC* 5. 130-131; *Res gestae* 4 y 25, donde se afirma que se devolvieron a sus dueños 30 000 esclavos; sobre el uso de esclavos en la armada de Octaviano véanse Suetonio, *Augusto* 16. 1; Dion 47. 17. 4, 48. 49. 1, 49. 1. 5, el último pasaje del cual

implica que se les concedió la libertad al ser licenciados; sobre los honores concedidos a César véanse P. ZANKER (trad. de A. Shapiro), *The power of images in the age of Augustus* (1988), pp. 40-42 y B. LEVICK, *Augustus. Image and substance* (2010), p. 40. <<

[272] Sobre esas campañas véanse Apiano, *Guerras ilíricas* 16-29 y Dion 49. 34. 2-38. 1, 43. 8, junto con E. GRUEN, en *CAH*² X, pp. 172-174 y, sobre todo, M. KOS, *Appian and Illyricum* (2005), pp. 393-471. <<

[273] Apiano, *Guerras ilíricas* 19-21, Suetonio, *Augusto* 20. <<

[274] Apiano, *Guerras ilíricas* 26, 27; Suetonio, *Augusto* 20, 24; sobre la cohorte diezmada por Antonio véase Plutarco, *Antonio* 39; Dion 49. 26. 1-27. 1, junto con SHERWIN-WHITE (1984), p. 318. <<

[275] J. OSGOOD, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 325-326. <<

[276] Dion 47. 15. 2-3, 48. 43. 2, 49. 43. 6-7, 49. 39. 1, junto con OSGOOD (2006), pp. 257-267 <<

[277] OSGOOD (2006), pp. 252-253, 326-331. <<

[278] Suetonio, Augusto 28. 3, Plinio NH 36. 121, y para un estudio véase N. PURCELL, en CAH2 X, pp. 782-789. <<

[279] Sobre la carrera de Cleopetra en general véanse GOLDSWORTHY (2010); M. GRANT, *Cleopatra* (1972) y TYLDESLEY, *Cleopatra. Last queen of Egypt* (2009); para una perspicaz revaloración de su importancia para Julio César véase E. GRUEN, «Cleopatra in Rome. Fact and fantasies», en D. BRAUND y C. GILL (eds.), *Myths, history and culture in republican Rome: studies in honour of T. P. Wiseman* (2003), pp. 257-274, en cuanto a la historia de la relación de su padre con los romanos véase M. SIANI-DAVIES, «Ptolemy XII Auletes and the Romans», *Historia* 46 (1997), pp. 306-340; para las menciones que hace de ella Cicerón véase Cicerón, *Ad Att*. 14. 8, 15. 15, con comentarios en GOLDSWORTHY

(2010), p. 234, contrastado con GRANT (1972), pp. 95-97; sobre Arsínoe véase Estrabón, *Geografía* 14. 6. 6, junto con P. GREEN, *Alexander to Actium: the historical evolution of the Hellenistic Age* (1990), p. 669 y GOLDSWORTHY (2010), pp. 235-236; sobre la muerte de Ptolemeo XIV véase Josefo, *AJ* 15. 39; *Contra Apión* 2. 58; Porfirio, *Fragmentos de historiadores griegos* 260. <<

[280] Sobre la muerte de Arsínoe y otro rival potencial véase Josefo, *AJ* 15. 89; Apiano, *BC* 5. 9; Dion 48. 24. 2; sobre la llamada al Líbano véanse Plutarco, *Antonio* 51; Dion 49. 31. 4. <<

[281] Plutarco, *Antonio* 53-54; Apiano, *BC* 5. 95, 138; Dion 49. 33. 3-4, junto con GRANT (1972), pp. 150-153; OSGOOD (2006), p. 336 y SYME (1960), p. 265. <<

[282] Sobre Octavia continuando actuando en nombre de Antonio en Roma véase Plutarco, *Antonio* 54; sobre la *tribunicia sacrosanctitas*, Dion 49. 15. 5-6, 38. 1, con un estudio de PELLING, en *CAH*2 X, pp. 68-69, así como A. BARRETT, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 31-32; sobre el favor conseguido al mitigar el impacto de las confiscaciones de tierras, e.g. Virgilio, *Églogas* 1. 40-47, junto con OSGOOD (2006), pp. 121-122. <<

[283] Plutarco, *Antonio* 54; Dion 49. 40. 3-4; Veleyo Patérculo 2. 82. 3-4, con comentarios en GRANT (1972), pp. 161-162 y PELLING, en *CAH*2 X, p. 40. <<

[284] Plutarco, *Antonio* 54; Dion 49. 41. 1-6, junto con PELLING en *CAH*2 X, pp. 40-41; OSGOOD (2006), pp. 338-339; GRANT (1972), pp. 162-175; J. BINGEN, *Hellenistic Egypt: monarchy, society, economy, culture* (2007), pp. 78-79 y G. HÖLBL, *A history of the Ptolemaic empire* (2001), pp. 244-245; la supresión del propio relato de Antonio en Dion 49. 41. 4. <<

[285] Horacio, *Epodos* 9. 11-16 (traducción de la colección Loeb). <<

[286] Plutarco, *Comparación entre Antonio y Demetrio* 4, junto con GRANT (1972), p. 188 y PELLING, en *CAH*2 X, p. 43. Sobre Hércules y Ónfala véase ZANKER (1988), pp. 57-65, sobre todo pp. 58-60; sobre las pociones mágicas véanse Dion 49. 34. 1 y Josefo, *AJ* 15. 93. <<

[287] Suetonio, *Augusto* 69. 2. <<

[288] Para un estudio de la guerra propagandística véanse K. SCOTT, «The political propaganda of 44-30 BC», *Memoirs of the American Academy in Rome* 11 (1933), pp. 7-49, sobre todo pp. 33-49, OSGOOD (2006), pp. 335-349; PELLING en *CAH*2 X, pp. 40-48 y SYME (1960), pp. 276-278. <<

[289] Suetonio, *César* 52. 2 sobre el panfleto escrito por Cayo Opio negando que Cesarión fuera hijo de Julio César; sobre la acusación de la alianza matrimonial con el rey Cotiso de Iliria, véase Suetonio, *Augusto* 63. 2. <<

[290] Plutarco, *Antonio* 55-56; Dion 49. 44. 3, 50. 1. 1-2. 2. <<

[291] Dion 49. 41. 4, 50. 2. 2-7, junto con OSGOOD (2006), pp. 252-253; sobre el final de triunvirato véase la excelente síntesis de PELLING, en *CAH*2 X, pp. 67-68. <<

[292] Veleyo Patérculo 2. 83. 1-2; Plinio, *NH* 9. 119-121, cf. Horacio, *Sátiras* 2. 3. 239-242; Valerio Máximo 9. 1. 2; Plinio, *NH* 9. 122; Suetonio, *Calígula* 37. 1, junto con B. ULLMAN, «Cleopatra's pearls», *The Classical Journal* 52. 5 (feb. 1957), pp. 193-2201; OSGOOD (2006), pp. 276-280 y GOLDSWORTHY (2010), pp. 337-339; la cita es de Veleyo Patérculo 2. 83. 3. <<

[293] Plutarco, *Antonio* 58; Suetonio, *Augusto* 17. 1; Dion 50. 3. 1-4. 1, junto con J. JOHNSON, «The authenticity and validity of Antony's will», *L' Antiquité Classique* 47 (1978), pp. 494-503. <<

[294] ZANKER (1988), pp. 72-77. <<

[295] Veleyo Patérculo 2. 86. 3 para Asinio Polión. Sobre el juramento véanse *Las obras del divino Augusto* 25. 2-3; Suetonio,

Augusto 17. 2, con un estudio en OSGOOD (2006), pp. 357-368; SYME (1960), p. 278, n. 3 afirma que más de 300 senadores se pasaron a Antonio, y su autoridad es una de las principales razones por las cuales esta cifra se repite tan a menudo como un hecho más que como una inferencia. <<

[296] Dion 50. 4. 1-6. 1; Livio, *Per*. 1. 32 para una detallada descripción de la ceremonia escrita después de que Octavio la reviviera; véase también J. RICH, *Declaring war in the Roman Republic in the period of transmarine expansion* (1976), pp. 56-58, 104-107. <<

[297] Dion 50. 9. 3; Plutarco, *Antonio* 56, junto con PELLING (1988), pp. 259-260 y *CAH*2 X, pp. 52, 55; M. GRANT, *Cleopatra* (1972), pp. 197-198 y R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 294-295. <<

[298] Sobre la campaña en general véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 360-364; para «sentado en un cucharón» véase Plutarco, *Antonio* 62, junto con PELLING (1988), pp. 271-272; sobre las deserciones véanse Plutarco, *Antonio* 59 , 63; Veleyo Patérculo 2. 84. 2; Dion 50. 13. 6, 14. 3, junto con OSGOOD (2006), pp. 372-373 y SYME (1960), p. 296. <<

[299] Sobre la batalla véase Plutarco, *Antonio* 64-66, 68; Dion 50. 14. 4-35. 6, junto con J. CARTER, *The battle of Actium: the rise and triumph of Augustus Caesar* (1970), pp. 203-213; S. SHEPPARD, *Actium: downfall of Antony and Cleopatra, Osprey Campaign Series* 211 (2009); OSGOOD (2006), pp. 374-375, 380-382; GRANT (1972), pp. 206-215 y PELLING (1988), pp. 278-289; GOLDSWORTHY (2010), pp. 364-369; D. HARRINGTON, «The battle of Actium - a study in historiography», *Ancient World* 9. 1-2 (1984), pp. 59-64 y C. LANGE, «The battle of Actium: a reconsideration», *Classical Quarterly* 61. 2 (2011), pp. 608-623, quien arguye que los historiadores se equivocan al considerar que la batalla no fue muy reñida; sobre la capitulación de las legiones de

Antonio véanse Plutarco, *Antonio* 68; Dion 51. 1. 4-3. 1 y Veleyo Patérculo 2. 85. 5-6, junto con L. KEPPIEg, *The making of the Roman army* (1984), pp. 134-136. <<

[300] Dion 51. 3. 1-4. 8, junto con PELLING, en *CAH*^{2} X, pp. 61-62. <<

[301] Dion 51. 6. 4-8. 7; Plutarco, Antonio 72-73, junto con PELLING (1988), pp. 297-300; sobre la aparente ayuda de Cleopatra a la invasión de César véase Dion 51. 10. 4-5; Plutarco, Antonio 76; véase GRANT (1972), pp. 222-223, quien duda de la traición y considera que las deserciones se debieron a lo desesperanzado de la situación. <<

[302] En general véase GOLDSWORTHY (2010), pp. 376-387, para la reunión de Cleopatra con César véanse Dion 51. 11. 3, 5-13; Plutarco, *Antonio* 82-83, junto con PELLING (1988), pp. 313-316 y Floro 2. 21. 9-10; sobre su muerte Estrabón, *Geografía* 17. 1. 10; Dion 51. 13. 4-14. 6; Plutarco, *Antonio* 84-86, junto con PELLING (1988), pp. 316-322, Veleyo Patérculo 2. 87. 1; véanse también GRANT (1972), pp. 224-228; TYLDESLEY (2009), pp. 189-195; E. RICE, *Cleopatra* (1999), pp. 86-91; P. GREEN, *Alexander to Actium* (1990), pp. 679-682 y G. HÖLBL (trad. de T. Saavedra), *A history of the Ptolemaic Empire* (2001), pp. 248-249; sobre Arsínoe en el triunfo de Julio César Dion 53. 19. 1-20. 4; Apiano, *BC* 2101. <<

[303] Dion 51. 15. 5-6; Plutarco, *Antonio* 81. Dion afirma que César realmente dio el discurso en griego, pero puede que se limitara a ignorar el uso de un orador local. <<

[304] Tácito, *Ann*. 1. 2 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[305] *Res gestae* 3, 4 (traducción de la colección Loeb). <<

[306] Horacio, *Odas* 1. 37 (traducción de la colección Loeb). <<

[307] Virgilio, *Eneida* 8. 678-699 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[308] Para un buen estudio de la presentación de la batalla, con referencias a la considerable literatura que existe sobre la cuestión, véase C. LANGE, *Res publica constituta. Actium, Apollo and the accomplishment of the triumviral assignment* (2009), pp. 75-90, junto con J. OSGOOD, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 370-372, 375-378. <<

[309] Horacio, *Epodos* 7. 1-10 (traducción de la colección Loeb); sobre el deseo popular de una victoria sobre los partos y la conquista de Bretaña véase J. RICH, «Augustus, war *and* peace», en J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 137-164, sobre todo pp. 143-146 = L. de BLOIS, P. ERDKAMP, G. de KLEIJN y S. MOLS (eds.), *The representation and perception of Roman imperial power: proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire (Roman Empire c. 200 BC-AD 476)* (2003), pp. 329-357. <<

[310] Horacio, *Epodos* 16, la cita está tomada de las líneas 1-9 (traducción de la colección Loeb). <<

[311] Horacio, *Epodos* 1 habla de Mecenas yendo con la flota de César y de cómo el poeta siente que debe seguirlo a pesar de su propia fragilidad, junto con OSGOOD (2006), pp. 362-363; sobre Horacio en Filipo, véase *Odas* 2. 7, donde habla de huir de la batalla, cf. *Epístolas* 2. 2. 46-51. <<

[312] Suetonio, *Augusto* 51. 1 y cf. Veleyo Patérculo 2. 86. 1-3, en cuanto a un estudio detallado de la clemencia de Augusto con antiguos enemigos véase M. DOWLING, *Clemency and cruelty in the Roman world* (2006), pp. 29-75. <<

[313] E. g. Tácito, *Ann*. 1. 1-2, 4, junto con W. LACEY, *Augustus and the principate. The evolution of the system* (1996), pp. 1-16. <<

[314] Dion 51. 19. 1-7, junto con Lange (2009), pp. 125-148 para un estudio detallado y Lacey (1996), pp. 182-183; sobre el deseo de paz véase Osgood (2006), pp. 389-398. <<

[315] Dion 51. 20. 4-5; Suetonio, *Augusto* 22; *Res gestae* 13, junto con Lange (2009), pp. 140-148 y J. Crook, en *CAH*^{2} X, pp. 74-75; Dion 51. 19. 7 sobre los derechos judiciales, los cuales compara con el voto de Atenea en Atenas y que le permitía votar en cualquier tribunal. Puede que se tratara de que le permitieron actuar como tribunal de apelaciones definitivo, pero los detalles no están claros; sobre el *augurium salutis* véase Lacey (1996), p. 41, n. 92. <<

[316] Suetonio, *Augusto* 63. 1 para el niño mortinato y, en general, A. Barrett, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 28-34, 118-122 y M. Dennison, *Empress of Rome. The life of Livia* (2010), pp. 89-96. <<

[317] Dion 55. 7. 2-3, con cita de la traducción de la colección Loeb; Atenodoro tomado de Plutarco, *Moralia* 207C. 7. <<

[318] Suetonio, *Augusto* 85. 1-2. <<

[319] Cita de Cornelio Nepote, *Ático* 20 (traducción de la colección Loeb). <<

[320] Sobre la vestimenta de los reyes de Alba Longa véase Dion 43. 43. 2, junto con S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), p. 324; sobre el interés por la Antigüedad entre la nobleza durante esta época véase E. Rawson, *Intellectual life in the Roman republic* (1985), pp. 102-103, 233-249. <<

[321] Véase Cornelio Nepote, *Ático* 20, y el estudio de J. Rich, «Augustus and the *spolia opima*», *Chiron* 26 (1996), pp. 85-127, sobre todo pp. 113-116. <<

[322] Cornelio Nepote, *Ático* 22. 3-4. <<

[323] Dion 51. 16. 3-17. 8, junto con A. Bowman, en *CAH*^{2} X, pp. 676-689; P. Brunt, «The administrators of Roman Eg-

ypt», *JRS* 65 (1975), pp. 124-147 y «*Princeps* and *equites*», *JRS* 73 (1983), pp. 42-75, sobre todo pp. 62-63; sobre Galo véase R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 252-253, 300. <<

[324] Dion 51. 18. 1; Suetonio, *Augusto* 18. 2. <<

[325] G. HÖLBL (trad. de T. Saavedra), *A history of the Ptolemaic Empire* (2001), pp. 14-15. <<

[326] Suetonio, *Augusto* 18. 1; Dion 51. 16. 5; sobre los retratos, incluido el período en el que se hizo que se pareciera a Alejandro Magno, véase K. GALINSKY, *Augustan culture* (1996), pp. 164-179, sobre todo pp. 167-168. <<

[327] Suetonio, *Augusto* 17. 4; Plutarco, *Antonio* 86; Dion 51. 15. 1 para el entierro de Antonio y Cleopatra, Dion 51. 19. 3-5 sobre la desgracia pública de Antonio y sus imágenes, junto con LANGE (2009), pp. 136-140; sobre la historia de Alejandro y el nudo gordiano véase Plutarco, *Alejandro Magno* 18. <<

[328] Dion 51. 18. 1-3, junto con SYME (1960), pp. 300-302 y F. MILLAR, *The Roman Near East 31 BC-AD 337* (1993), pp. 27-34. <<

[329] Josefo, *AJ* 14. 314-316 y 14. 301-312 (citas de la traducción de la colección Loeb); véase también J. OSGOOD, *Caesar's legacy: civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 105-106; sobre los templos y cultos véase Dion 51. 20. 6-8; sobre el culto imperial, véanse en general S. PRICE, *Rituals and power. The Roman imperial cult in Asia Minor* (1985) y J. SCHEID, «To honour the *princeps* and venerate the gods. Public cult, neighbourhood cults, and imperial cult in Augustan Rome», en EDMONDSON (2009), pp. 275-299, sobre todo pp. 288-299. <<

[330] Suetonio, *Augusto* 41. 1; Dion 51. 21. 5. <<

[331] Josefo, *AJ* 15. 161-178, 183-236, *BJ* 1. 386-397, 431-444, junto con E. SCHÜRER, G. VERMES y F. MILLAR, *The history of the jewish people in the age of Jesus Christ*, vol. 1 (1973),

pp. 301-303; Josefo, *BJ* 1. 397 sobre la unidad de guardaespaldas. <<

[332] Dion 51. 18. 2-3, junto con A. SHERWIN-WHITE, *Roman foreign policy in the East, 168 BC-AD 1* (1984), pp. 324-341 y RICH (2009), pp. 143-148. <<

[333] Dion 51. 19. 2-3, 20. 4, junto con LACEY (1996), pp. 39-41; sobre el rechazo a las coronas Dion 51. 21. 4. <<

[334] Sobre la historia de los cuervos véase Macrobio 2. 4. 29. <<

[335] Estrabón, *Geografía* 12. 35 sobre la ejecución de un líder y su hijo. <<

[336] Para los triunfos véanse Dion 51. 21. 4-9; Plutarco, *Antonio* 86; *Res gestae* 4 para los cautivos regios, junto con LANGE (2009), pp. 148-157 y LACEY (1996), p. 41; sobre Marcelo y Tiberio montando los caballos del carro véase Suetonio, *Tiberio* 6. 4. <<

[337] *Res gestae* 8. <<

[338] La redacción concreta varía y puede seguir apareciendo mencionado como César o Augusto. En ocasiones el orden era Augusto César o César Augusto. <<

[339] *Res gestae* 34 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada). <<

[340] Veleyo Patérculo 2. 89. 3. <<

[341] Dion 51. 21. 3-4; *Res gestae* 15. Dion Casio dice que Agripa fue recompensado con una bandera azul oscuro. No está claro de si es la misma bandera que recibió tras derrotar a la flota de Sexto Pompeyo u otra, véase Suetonio, *Augusto* 25. 3; sobre la colonización véanse P. BRUNT, *Italian manpower 225 BC-AD 14* (1971), pp. 332-344 y L. KEPPIE, *Colonisation and veteran settlement in Italy 47-14 BC* (1983), sobre todo pp. 58-86. <<

[342] Dion 51. 22. 1-4, CROOK, en *CAH*2 X, pp. 75-76 y P. ZANKER (trad. de A. Shapiro), *The power of images in the age of Augustus* (1988), pp. 79-82. <<

[343] Dion 51. 22. 4-9; *Res gestae* 22 para los juegos de César; Dion 51. 23. 1 para Estatilio Tauro y el honor especial de elegir a un pretor. <<

[344] Dion 53. 1. 1-2, junto con E. STAVELY, «The "fasces" and "imperium maius"» *Historia* 12 (1963), pp. 458-584, sobre todo pp. 466-468 y F. MILLAR, «Triumvirate and principate», *JRS* 63 (1973), pp. 50-67, sobre todo p. 62. <<

[345] Cicerón, *Ad fam*. 6. 18. 1, *Filípicas* 11. 5. 12, 13. 13. 27; Dion 43. 47. 3; Suetonio, *César* 76. 2-3, 80. 2; para un estudio detallado de los orígenes de los nuevos senadores de Julio César véase R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 78-96; sobre el período tras la muerte de Julio César véase J. OSGOOD, *Caesar's legacy. Civil war and the emergence of the Roman Empire* (2006), pp. 257-260, 283-288; sobre esclavos huidos descubiertos ejerciendo cargos véase Dion 48. 34. 5. <<

[346] Dion 52. 42. 1-5; Suetonio, *Augusto* 35. 1-2; *Res gestae* 8. <<

[347] Los triunfos fueron para Cayo Calvisio Sabino por Hispania el 26 de mayo, Cayo Carrinas por Galia el 6 de julio y Lucio Autronio Paeto por África el 16 de agosto. <<

[348] Tácito, *Ann*. 3. 28 «non mos, non ius»; sobre el papel de los triunviros a la hora de restaurar el Estado véase en general C. LANGE, *Res publica constituta. Actium, Apollo and the accomplishment of the triumviral assignment* (2009), *passim*. <<

[349] Dion 53. 2. 3, junto con W. LACEY, *Augustus and the principate. The evolution of the system* (1996), pp. 83-86; CROOK, en *CAH*2 X, pp. 76-77 y J. LIEBESCHUETZ, «The settlement of 27

BC», en C. DEROUX, *Studies in latin literature and Roman history* (2008), pp. 345-365. <<

[350] Sobre las elecciones véase A. JONES, «The elections under Augustus», *JRS* 45 (1955), pp. 9-21, sobre todo p. 11; sobre el tesoro véase Dion 53. 2. 1, 3. <<

[351] Sobre los trabajos de construcción véase *Res gestae* 20; Dion 53. 2. 4-6, junto con LACEY (1996), pp. 83-84 y, en general, ZANKER (1988), pp. 101-136. <<

[352] Dion 53. 1. 4-6. <<

[353] Dion 53. 1. 3, junto con ZANKER (1988), pp. 65-71, 240-254 y T. WISEMAN, «*Conspicui postes tectaque digna deo*: the public image of aristocratic and imperial houses in the Late Republic and Early Empire», en *L'Urbs. Espace urbain et histoire* (1987), pp. 393-413, sobre todo pp. 399-407; sobre los recientes estudios en el templo de Apolo véase S. ZINK, «Reconstructing the palatine temple of Apollo: a case study in early Augustan temple design», *JRA* 21 (2008), pp. 47-63. <<

[354] PURCELL, en *CAH*2 X, pp. 787-788; ZANKER (1988), pp. 66-71; Veleyo Patérculo 2. 86. 2. <<

[355] Dion 51. 23. 2-27. 3, Livio, *Per*. 134. <<

[356] Dion 51. 25. 2, junto con J. RICH, «Augustus and the *spolia opima*», *Chiron* 26 (1996), pp. 85-127, sobre todo pp. 95-97, y en general T. BARNES, «The victories of Augustus», *JRS* 64 (1974), pp. 21-26. <<

[357] Livio, *Per*. 4. 20. 5-7 (traducción de la colección Loeb); para un buen estudio de los *spolia opima* véase H. FLOWER, «The tradition of the *spolia opima*: M. Claudius Marcellus and Augustus», *Classical Antiquity* 19 (2000), pp. 34-64. <<

[358] Sobre la familia véase SYME (1960), pp. 424, 496-497. <<

[359] Sobre la asunción de que Craso solicitó y le fue denegado el derecho a dedicar los *spolia opima* véanse SYME (1960),

pp. 308-309 y «Livy and Augustus», *Harvard Studies in Classical Philology* 64 (1959), pp. 27-87, sobre todo pp. 43-47; CROOK, en *CAH*2 X, p. 80; LACEY (1996), pp. 87-88; MILLAR (1973), p. 62, J. RICHARDSON, «*Imperium Romanum: empire and the language of power*», *JRS* 81 (1991), pp. 1-9, esp. p. 8; sobre esta cuestión he seguido los tremendamente convincentes argumentos de E. BADIAN, «"Crisis theories" and the beginning of the Principate», en W. WIRTH, *Romanitas and christianitas* (1982), pp. 18-41, sobre todo pp. 24-27, y RICH (1996). <<

[360] Suetonio, *Augusto* 28. 1; el debate entre Agripa y Mecenas se encuentra en Dion 52. 1. 2-41. 2, junto con F. MILLAR, *A study of Cassius Dio* (1964), pp. 102-118. <<

[361] Sobre las (generalmente asumidas) diferencias con Julio César véase, e.g. P. CARTLEDGE, «The second thoughts of Augustus on the *res publica* in 28/7 BC», *Greece and Rome* 31 (1984), pp. 30-40, sobre todo pp. 34-35; SYME (1960), pp. 317-318; E. SALMON, «The evolution of Augustus' Principate», *Historia* 5 (1956), pp. 456-478, sobre todo pp. 459-462 y GALINSKY (2012), pp. 63, 152-153. Este supuesto también subyace en mucha de la bibliografía que estudia los últimos días del dictador y los motivos de los conspiradores. <<

[362] Sobre el final de la guerra civil véase Macrobio, *Saturnalia* 1. 12. 35 y, en general, LACEY (1996), pp. 81-82. <<

[363] Suetonio, *Augusto* 84; Dion 53. 2. 7 y 11. 1 sobre leer el discurso, y 53. 3. 1-10. 8 para la versión de Dion Casio. <<

[364] Dion 53. 8. 1-2 (traducción de la colección Loeb). <<

[365] Dion 53. 11. 1-4. <<

[366] Dion 53. 11. 5-12. 1. <<

[367] *Res gestae* 34, junto con LACEY (1996), pp. 86-88 y ZANKER (1988), pp. 91-94. <<

[368] Dion 53. 12. 2-16. 3, junto con LACEY (1996), pp. 89-95; LIEBESCHUETZ (2008), pp. 346-353; SALMON (1956), pp. 459-467; CARTLEDGE (1984), pp. 31-38; J. FERRARY, «The powers of Augustus», en J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 90-136, sobre todo pp. 90-99; A. JONES, «The *imperium* of Augustus», *JRS* 41 (1951), pp. 112-119, sobre todo pp. 112-114, y G. CHILVER, «Augustus and the Roman constitution 1939-1950», *Historia* 1 (1950), pp. 408-435 para un útil compendio sobre el debate hasta ese momento acerca del papel de las provincias y la guerra; en general, sobre las justificaciones de César al respecto de su posición véase J. RICH, «Augustus, war and peace», en EDMONDSON (2009), pp. 137-164, sobre todo pp. 153-157; sobre la continuación de la competencia aristocrática véase W. ECK, «Senatorial self-representation: developments in the Augustan period», en F. MILLAR y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (1990), pp. 129-167. <<

[369] Dion 53. 11. 5, junto con G. WATSON, *The Roman soldier* (1985), pp. 97-98 sobre la paga de los pretorianos, sosteniendo que la «paga doble» de Dion Casio debe haber sido un cálculo aproximado; sobre el control del ejército en general véase J. CAMPBELL, *The emperor and the Roman army 31 BC-AD 235* (1984), *passim*. <<

[370] Nótese Horacio, *Epodos* 7. 17-20 para una afirmación contemporánea de que Roma estaba maldita por el asesinato fratricida de Remo; sobre Rómulo y su muerte véase Livio, *Per*. 1. 16. 1-4. <<

[371] *Res gestae* 34; Suetonio, *Augusto* 7; Dion 53. 16. 7; Veleyo Patérculo 2. 91; LACEY (1996), pp. 92-95; ZANKER (1988), pp. 95-100 y SYME (1959), p. 59 e «Imperator Caesar, a study in nomenculture», *Historia* 7 (1958), pp. 172-188; para un estudio detallado de la asociación de las virtudes en el escudo y el argumento de que todo le había sido atribuido anteriormente a

Julio César véase S. WEINSTOCK, *Divus Julius* (1971), pp. 228-259. <<

[372] Suetonio, *Julio César* 77. <<

[373] Suetonio, *Augusto* 24. 1 sobre su reluctancia a permitir que las esposas de los gobernadores los acompañaran a las provincias; sobre Livia véase A. BARRETT, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 34-37. <<

[374] Virgilio, *Eneida* 6. 851-853: *tu regere imperio populos, Romane, memento*

(Hae tibi erunt artes) pacisque imponere morem,

parcere subiectis et debellare superbos. <<

[375] Horacio, *Odas* 3. 5. 2-4 (traducción de la colección Loeb, ligeramente modificada); sobre el papel de la guerra en la imagen pública de Augusto y la popularidad de atacar a los partos, britanos e indios véase J. RICH, «Augustus, war, *and* Peace», en L. de BLOIS, P. ERDKAMP, O. HEKSTER, G. de KLEIJN y S. MOLS (eds.), *The representation and perception of Roman imperial power. Proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire (Roman Empire, c.200 BC-AD 476)* (2003), pp. 329-357 = J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 137-164, sobre todo pp. 143-148; sobre Britania véase César, *BG*. 4. 20 sobre la supuesta ayuda britana a los galos, y para esas operaciones en general véase A. GOLDSWORTHY, *Caesar. The life of a colossus* (2006), pp. 278-292. <<

[376] En general véase M. TODD, *Roman Britain* (3.ª ed., 1999), pp. 15-22, G. WEBSTER, *The Roman invasion of Britain* (ed. rev. 1993), pp. 41-74 y J. MANLEY, *AD 43 The Roman invasion of Britain - A reassessment* (2002), pp. 37-50; sobre la circunnavegación de Britania véase Tácito, *Agrícola* 38. <<

[377] Dion 53. 22. 5; Orosio 6. 21.1-11; Floro 2. 33. 46-59. <<

[378] Sobre la lúgubres pruebas de Valencia véase A. RIBERA I LACOMBA con M. CALVO GALVEZ, «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *Journal of Roman Archaeology* 8 (1995), pp. 19-40 y César, *La guerra hispana* 32; estudios sobre la evolución de la frontera y las provincias romanas en Hispania son S. DYSON, *The creation of the Roman frontier* (1985), sobre todo pp. 199-236 y J. RICHARDSON, *The Romans in Spain* (1996), pp. 41-126; respecto a los orígenes de la *gladius hispaniensis* véase F. QUESADA SANZ, «*Gladius hispaniensis*: an archaeological view from Iberia», *Journal of Roman Military Equipment Studies* 8 (1997), pp. 251-270 y *Armas de la antigua Iberia de Tartessos a Numancia* (2010) para un estudio detallado del equipo y armamento hispano. <<

[379] Sobre Balbo véanse sobre todo Cicerón, *Pro Balbo* y RICHARDSON (1996), pp. 103, 106, 117, 119, 126, que cita a Cicerón, *Ad fam*. 10. 32. 3 donde Asinio Polión critica mordazmente el comportamiento de Balbo el Joven en Gades; sobre los ciudadanos nacidos en Hispania que buscaron hacer carrera pública véase M. GRIFFIN, «The Elder Seneca and Spain», *JRS* 62 (1972), pp. 1-19; sobre el número de *equites* de Gades véase Estrabón, *Geografía* 3. 5. 3; sobre la economía y sociedad en las provincias véase RICHARDSON (1996), pp. 149-178. <<

[381] Las opiniones de los romanos sobre Hispania fueron a menudos simplistas, al menos por parte de quienes no habían estado en ella, sobre lo cual véase el estudio de las anticuadas y estrafalarias descripciones incluidas junto a información más reciente en Estrabón en RICHARDSON (1996), pp. 150-168; nótese la mención que hace Dion Casio de un líder bandolero que al final fue perdonado y recompensado por Augusto cuando aquel se entregó, Dion 56. 43. 3. <<

[382] Sobre el emperador y el ejército en general véase J. CAMPBELL, *The emperor and the Roman army 31 BC-AD 235* (1984). <<

[383] Sobre el nuevo ejército de Augusto en general véanse L. KEPPIE, *The making of the Roman army* (1984), pp. 132-154; H. PARKER, *The Roman legions* (1957), pp. 72-92 y R. SYME, «Notes on the legions under Augustus», *JRS* 23 (1933), pp. 14-33. Existen al agunas dudas respecto a la fecha de creación de la *Legio XXI Rapax* y la *Legio XXII Deiotariana*. Esta última fue formada con soldados entrenados a la romana del rey de Galacia, a quienes se concedió la ciudadanía al ser aceptados en el ejército romano. Esto puede haber sucedido a la muerte del rey de Galacia en el 25 a. C. <<

[384] Sobre el total de 120 000 veteranos asentados en el 29 a. C. véase *Res gestae* 15. <<

[385] Suetonio, *Augusto* 38. 2. <<

[386] Salustio, *Bell. Cat*. 24. 2, 28. 4, 30. 1, 56. 1-2, 59. 3 sobre el excenturión Manlio, que reunió un ejército para Catilina, y cf. 59. 6 para el comandante contrario, Petreyo, quien sirvió treinta años como tribuno, prefecto, legado o pretor; Dion 52. 27. 4-5; véase el capítulo 6 para la recluta de Antonio de antiguos centuriones en el 44 a. C. y CAMPBELL (1984), pp. 101-109 sobre el papel de los centuriones, así como R. SMITH, *Service in the post-Marian Roman army* (1958), pp. 59-69. <<

[387] Véase KEPPIE (1984), sobre todo pp. 134-140, 142-143. <<

[380] Para las legiones en Hispania véase la reciente A. MORILLO CERDÁN, «The Augustean Spanish experience: the origin of the *limes* system?», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 239-251, 240; R. SYME, «The Spanish war of Augustus», *American Journal of Philology* 55 (1934), pp. 293-317, 298-301 y R. JONES, «The Roman military occupation of North-West Spain», *JRS* 66 (1976), pp. 45-66,

48-52; sobre la *Legio X Equestris* de Julio César véanse *BG* 1. 42 y KEPPIE (1984), p. 137. <<

[388] Para las legiones en Hispania véase la reciente A. MORILLO CERDÁN, «The Augustean Spanish experience: the origin of the limes system?», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 239-251, 240; R. SYME, «The Spanish war of Augustus», American Journal of Philology 55 (1934), pp. 293-317, 298-301 y R. JONES, «The Roman military occupation of North-West Spain», JRS 66 (1976), pp. 45-66, 48-52; sobre la Legio X Equestris de Julio César véanse BG 1. 42 y KEPPIE (1984), p. 137. <<

[389] Suetonio, *Augusto* 24. 2-25. 1; sobre los *commilitones* y el trato a los soldados véase CAMPBELL (1984), pp. 32-93. <<

[390] Suetonio, *Augusto* 25. 4. <<

[391] Para un estudio de los comandantes romanos véase A. GOLDSWORTHY, «"Instinctive genius": the depiction of Caesar the general», en K. WELCH y A. POWELL (eds.), *Julius Caesar as artful reporter: the war commentaries as political instruments* (1998), pp. 193-219; sobre la responsabilidad del fracaso Suetonio, *Augusto* 23 donde fracasos en las Galias y Germania son vistos como derrotas a pesar de que no fuera el comandante directo. <<

[392] Dion 53. 23. 5-7, *ILS* 8995, ll. 4 y ss., junto con CROOK en *CAH*² X, pp. 80-81; la seducción de Pomponia, la hija de Ático, en Suetonio, *Gram*. 16. <<

[393] Dion 53. 23. 6, 24. 1-2, y para un estudio véase LEVICK (2010), pp. 174-175. <<

[394] Suetonio, *Augusto* 66. 2, junto con R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 309-310, quien lo asocia a un incidente previo que implicaba a Craso, basándose en que Galo «puede» haber sido llamado a Roma tan pronto como en el 28 a. C.; sin

embargo, no parece haber motivo alguno para rechazar la fecha posterior de Dion Casio. <<

[395] Sobre las campañas del 26-25 a. C. véase el reciente estudio en Morillo Cerdán (2009) con referencias a las pruebas arqueológicas y en un contexto más amplio véase Gruen, en *CAH*^{2} X, pp. 163-166. Syme (1934) y «The conquest of northwest Spain», *Roman Papers*, vol. 2 (1979), pp. 825-854 y D. Magie, «Augustus' war in Spain (26-25 BC), *Classical Philology* 15 (1920), pp. 323-339 siguen siendo estudios útiles sobre las evidencias literarias; Suetonio, *Augusto* 85. 1 para la autobiografía, junto con J. Rich, «Cantabrian closure: Augustus' Spanish war and the ending of his memoirs», en C. Smith y A. Powell (eds.), *The lost memoirs of Augustus and the development of Roman autobiography* (2009), pp. 145-172; Dion 53. 25. 6-7 sobre la enfermedad de Augusto. <<

[396] Orosio 6. 21. 1-11; Florus 2. 33. 46-59. <<

[397] Morillo Cerdán (2009), p. 243. <<

[398] Floro 2. 33. 50. <<

[399] Morillo Cerdán (2009), pp. 243-244; sobre la legión véase Dion 54. 11. 5 junto con Keppie (1984), pp. 138, 157. <<

[400] E.g. Orosio 6. 21. 19-20, Estrabón, *Geografía* 12. 8. 18, junto con Crook, en *CAH*^{2} X, p. 82 y J. Richardson, *Augustan Rome 44 BC to AD 14. The restoration of the Republic and the establishment of Empire* (2012), pp. 93-94 que enfatiza hasta qué punto, mientras duró la estancia de Augusto, Tarraco se convirtió en el centro del mundo romano. <<

[401] Para un estudio del papel de Livia véase A. Barrett, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 127-129. <<

[402] Horacio, *Odas* 3. 14. 1-8 (traducción de la colección Loeb). <<

[403] Dion 53. 28. 1-3; *Res gestae* 15. 1, junto con CROOK, en *CAH*2 X, pp. 83-84. <<

[404] R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 372, que cita *ILS* 7448-9 para sus guardaespaldas. <<

[405] Dion 53. 23. 1-4, junto con P. ZANKER (trad. de A Shapiro), *The power of images in the age of Augustus* (1988), pp. 139-143. <<

[406] Dion 53. 26. 1-5, 27. 1-2, junto con comentario en T. BARNES, «The victories of Augustus», *JRS* 64 (1974), pp. 21-26. <<

[407] Sobre la expedición árabe de Elio Galo véanse Dion 53. 29. 3-8; Estrabón, *Geografía* 16. 4. 23-24, 17. 1. 53-54; *Res gestae* 26. 5, junto con S. SIDEBOTHAM, «Aelius Gallus and Arabia», *Latomus* 45 (1986), pp. 590-602 y GRUEN, en *CAH*2 X, pp. 148-151. <<

[408] Tácito, *Ann*. 6. 11 sobre Mesala Corvino, junto con SYME (1960), p. 403 y CROOK, en *CAH*2 X, pp. 81-82. <<

[409] Dion 53. 22. 1-2. <<

[410] Dion 53. 27. 5-6, 30. 1; Suetonio, *Augusto* 81. 1, junto con E. Badian, «"Crisis theories" and the beginning of the Principate», en W. WIRTH, *Romanitas and christianitas* (1982), pp. 18-41, 31 para la nota. <<

[411] Dion 53. 26. 1-2, 28. 3-4, 31. 2-3; Suetonio, *Tiberio* 8-9. 3, junto con B. LEVICK, *Tiberius the politician* (1999), pp. 19-24 y R. SEAGER, *Tiberius* (2005), pp. 12-13. <<

[412] *Res gestae* 15. 1; sobre la reluctancia de Pisón a presentarse a cargos véase Tácito, *Ann*. 2. 43. <<

[413] Sobre el grano, véase *Res gestae* 15. 1. <<

[414] Suetonio, *Augusto* 59 y 81. 1-2; Dion 53. 30. 1-3. <<

[415] Dion 53. 31. 1. <<

[416] Sobre la dimisión y Sestio véase Dion 53. 32. 3-4, junto con Syme (1960), p. 335. <<

[417] Dion 53. 32. 5-6. <<

[418] Estudios que permiten ver el debate existente entre historiadores son W. Lacey, *Augustus and the principate. The evolution of the system* (1996); pp. 100-116; A. Jones, «The *imperium* of Augustus», *JRS* 41 (1951), pp. 112-119, E; Stavely, «The "Fasces" and "Imperium Maius"», *Historia* 12 (1963), pp. 458-484; Salmon (1956), pp. 456-478, sobre todo pp. 464-473; J. Crook, «Some remarks on the Augustan Constitution», *Classical Review* 3 (1953), pp. 10-12; W. Lacey, «*Summi fastigii vocabulum*: the story of a title», *JRS* 69 (1979), pp. 28-34; H. Last, «Imperium maius: a note», *JRS* 37 (1947), pp. 157-164; J. Ferrary, «The powers of Augustus», en J. Edmondson (ed.), *Augustus* (2009), pp. 90-136, pp. 99-103, Syme (1960), pp. 335-338 y B. Levick, *Augustus. Image and substance* (2010), pp. 84-87. <<

[419] Dion 53. 32. 3. <<

[420] Para intentos de mostrar los acontecimientos del 23 a. C. como respuesta a una oposición conjunta véanse Syme (1960), pp. 335-356, donde también se la considera motivada por los aliados de Augusto, mientras que Levick (2010), pp. 80-86 ofrece un tratamiento más equilibrado; no obstante, Badian (1982), pp. 28-38 destroza convincentemente los principales argumentos de este punto de vista y sugiere en cambio que fue cuidadosamente preparado y dictado más por la enfermedad de Augusto; para los repetidos intentos de elegir cónsul a Augusto véase Dion 54. 6. 1-2, 10. 1, junto con A. Jones (1955), pp. 9-21, sobre todo p. 13. <<

[421] Dion 53. 32. 2. <<

[422] Tácito, *Ann*. 3. 56, junto con Lacey (1979). <<

[423] Wiseman, «*Conspicui postes tectaque digna Deo*: the public image of aristocratic and imperial houses in the late Republic and early Empire», en *L'Urbs. Espace urbain et histoire* (1987), pp. 393-413, sobre todo pp. 401-412 <<

[424] Dion 53. 32. 1, y un estudio sobre los poderes de Agripa durante esos años en Lacey (1996), pp. 117-131, sobre todo pp. 127-131. <<

[425] Dion 53. 31. 4-32. 1; Veleyo Patérculo 2. 93. 1-2; Josefo, AJ 15. 350; Suetonio, Augusto 66. 3. <<

[426] Dion 53. 30. 4, 33. 4; Veleyo Patérculo 2. 93. 1. <<

[427] Dion Casio menciona acusaciones de que Livia había asesinado a Marcelo 53. 33. 4-5 y Tácito, *Ann*. 1. 3 que Livia era considerada la responsable del asesinato de otros miembros de la familia; sobre la mortalidad de los aristócratas véase W. Scheidel, «Emperors, aristocrats, and the Grim Reaper: towards a demographic profile of the Roman elite», *Classical Quarterly* 49 (1999), pp. 254-281. <<

[428] Virgilio, *Eneida* 6. 860-865, 870-881 (traducción de la colección Loeb), Propercio 3. 18. <<

[429] Dion 54. 1. 1-3; véase G. Rickman, *The corn supply of ancient Rome* (1980), pp. 60-66, 179-186. <<

[430] Dion 54. 1. 4-2. 1, *Res gestae* 5. <<

[431] Dion 54. 2. 1-3. 1. <<

[432] Para Julio César véase *BG* 4. 11-16 y Plutarco, *Catón el Joven* 51. 1-2 para los ataques contra él en el Senado. <<

[433] Sobre el juicio de Primo veáse Dion 54. 3. 2-4; sobre el escaso juicio de Marcelo Dion 53. 31. 4. <<

[434] Sobre la conspiración véanse Dion 54. 3. 4-8 y Syme (1960), pp. 333-334; Levick (2010), pp. 80-83 y D. Stockton, «Primus and Murena», *Historia* 14 (1965), pp. 18-40 para el énfasis en el juicio y la conspiración como un factor impor-

tante en la reorganización de sus poderes por parte de Augusto, por lo general fechando esos incidentes en el 24 o 23 a. C., mientras que M. SWAN, «The consular *fasti* of 23 BC and the conspiracy of Varro Murena», *Harvard Studies in Classical Philology* 71 (1967), pp. 235-247 y BADIAN (1982) dejan claro que el conspirador no era el cónsul del 23 a. C. y que el juicio y la conspiración tuvieron lugar tras la dimisión de Augusto del consulado; Dion 53. 19 sobre la dificultad de comprender un período cuando todas las decisiones se toman en secreto y Suetonio, *Domiciano* 21 para comentarios sobre conjuras; sobre la oposición a los emperadores y las relación con Bruto y Casio véase R. MACMULLEN, *Enemies of the Roman order. Treason, unrest and alienation in the Empire* (1967), pp. 1-45. <<

[435] *Res gestae* 29. 2 (traducción de la colección Loeb). <<

[436] Horacio, *Epodos* 1. 12. 27-8 (traducción de la colección Loeb). <<

[437] Sobre Augusto y los *mandata* véase F. MILLAR, «State and subject: the impact of monarchy», en F. MILLAR y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (1990), pp. 37-60, sobre todo pp. 46-48, y sobre la naturaleza de los *mandata* véase D. POTTER, «Emperors, their borders and their neighbours: the scope of imperial *mandata*», en D. KENNEDY (ed.), *The Roman army in the East. JRA Supplementary Series 18* (1996), pp. 49-66. <<

[438] Dion 54. 6. 1-4; *Res gestae* 5. <<

[439] Dion 54. 7. 1; Estrabón, *Geografía* 6. 2. 4-5; Plinio, *NH* 3. 90, junto con R. WILSON, en *CAH*2 X, pp. 437-439. <<

[440] Sobre el derecho de los senadores a viajar a Sicilia sin permiso formal véanse Tácito, *Ann*. 12. 23. 1 y Dion 52. 42. 6. Dion Casio atribuye esto a Augusto y ambos afirman que la otra concesión similar se refería al caso de visitar haciendas en la Galia Narbonense. <<

[441] Véase A. WALLACE-HADRILL, «Image and authority in the coinage of Augustus», *JRS* 76 (1986), pp. 66-68. <<

[442] Mateo 22, 20-21, con comentarios en MILLAR (1990), pp. 44-45. <<

[443] J. REA, «Lease of a red cow called Thayris», *The Journal of Egyptian Archaeology* 68 (1982), pp. 277-282. <<

[444] *Inscriptiones Graecae* (1893-) II^2 3173, con comentarios en J. CAMP, *The archaeology of Athens* (2001), pp. 187-188. <<

[445] Estrabón, *Geografía* 10. 5. 3. <<

[446] CAMP (2001), pp. 188-193,y para un estudio más amplio de las actitudes romanas hacia Grecia y las actitudes griegas hacia Roma en el contexto augusteo véanse G. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek world* (1965), sobre todo pp. 42-61, 85-100, y A. SPAWFORTH, *Greece and the Augustan cultural revolution. Greek culture in the Roman world* (2012), *passim* y sobre todo pp. 59-86, 106-117 acerca de Atenas. <<

[447] En general véanse F. MILLAR, «Empire and city, Augustus to Julian: obligations, excuses and status», *JRS* 73 (1983), pp. 76-96 y P. VEYNE, *Bread and circuses* (1992) y sobre todo SPAWFORTH (2012). <<

[448] En general véase B. LEVICK, en *CAH*^{2} X, pp. 649-650; sobre las tropas para Elio Galo véase Josefo, *AJ* 15. 317; sobre Herodes y su derecho a escoger heredero véase Josefo, *AJ* 15. 343, 16. 129 y los comentarios de GRUEN, en *CAH*^{2} X, pp. 155-157. <<

[449] Dion 54. 9. 3; Josefo *AJ* 15. 343-348, 360, *BJ* 1. 398-400. <<

[450] En general véase D. ROLLER, *The building programme of Herod the Great* (1998), y para el puerto C. BRANDON, «Cement, concrete and settling barges at Sebastos: comparisons with other Roman harbour examples and the descriptions of Vitru-

vius», en A. RABAN y K. HOUM (eds.), *Caesarea Maritima. A retrospective after two millennia* (1996), pp. 25-40. <<

[451] Sobre los sebasteni en el ejército romano véase M. SPEIDEL, «The Roman army in Judaea under the procurators», en M. SPEIDEL, *Roman army studies*, vol. 2 (1992), pp. 224-232. <<

[452] Sobre el reino de Herodes, E. SCHÜRER, G. VERMES y F. MILLAR, *The history of the Jewish people in the age of Jesus Christ*, vol. 1 (1973), pp. 287-329, sobre todo pp. 309-315, proporciona una excelente introducción; sobre los Juego Olímpicos véase Josefo, *AJ* 16. 149, *BJ* 1. 427, y sobre su propio festival 15. 268-271; el intento de asesinato 15. 280-291; sobre los regalos de Herodes a las comunidades griegas véanse G. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek world* (1965), pp. 54-56 y SPAWFORTH (2012), pp. 84-86. <<

[453] Josefo, *AJ* 15. 217, 17 198, *BJ* 1. 672 y SCHÜRER (1973), p. 315. <<

[454] Josefo, *AJ* 15. 272-279. <<

[455] Josefo, *AJ* 15. 305-316. <<

[456] R. MACMULLEN, *Romanization in the time of Augustus* (2000), pp. 1-29. <<

[457] L. JALABERT, R. MOUTERDE *et al.*, *Inscriptiones grecques et latines de la Syrie* (1929-) 3. 718 = R. SHERK, *Roman documents from the Greek East* (1969), no. 58, doc. III; J. REYNOLDS, *Aphrodisias and Rome* (1982), no. 13. <<

[458] Dion 54. 7. 2. <<

[459] Dion 54. 7. 1-6; Suetonio, *Augusto* 82. 1 para el sombrero que protegía su piel del sol. <<

[460] Dion 54. 7. 2, 6. <<

[461] Dion 54. 5. 4-6; Estrabón, *Geografía* 17. 1. 54 (traducción de la colección Loeb); Dion 54. 6. 1 sobre los tumultos en Roma. <<

[462] Véanse Veleyo Patérculo 2. 91. 3-4; Suetonio, *Augusto* 19. 1 y Dion 53. 24. 4-6 que fecha erróneamente el incidente en el 26 a. C., junto con CROOK en *CAH*2 X, p. 89; R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 371-372 y W. LACEY, *Augustus and the Principate. The evolution of the system* (1996), pp. 148-149. <<

[463] Dion 53. 33. 1-2. <<

[464] Dion 54. 9. 4-6; Veleyo Patérculo 2. 94. 4, junto con LEVICK (1999), pp. 25-27 y R. SEAGER, *Tiberius* (2005), pp. 13-14. <<

[465] Dion 54. 8. 1-2; *Res gestae* 29. 2; Veleyo Patérculo 2. 91. 1; Suetonio, *Augusto* 21. 3, *Tiberio* 9. 1; Ovidio, *Fastos* 5. 579-584, junto con D. KENNEDY, «Parthia and Rome: eastern perspectives», en KENNEDY (1996), pp. 67-90, sobre todo pp. 82-83, y B. CAMPBELL, «War and diplomacy: Rome and Parthia, 31 BC-AD 235», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and society in the Roman world* (1993), pp. 213-240, sobre todo pp. 220-228; *dulce et decorum est pro patria mori*, Horacio, *Odas* 3. 2. 13. <<

[466] Para un detallado estudio de los honores y su contexto véase J. RICH, «The Parthian honours», *Papers of the British School at Rome* 66 (1998), pp. 71-128; sobre elefantes y triunfos véanse Plutarco, *Pompeyo* 14. 4, Plinio *NH* 8. 4; sobre el triunfo de Pompeyo y Suetonio, *Julio César* 37 para los elefantes como porta-antorchas. <<

[467] Sobre el arco véase RICH (1998), pp. 97-115 y, en general, sobre los honores GRUEN, en *CAH*2 X, pp. 159-160 y LEVICK (1996), pp. 236-237. <<

[468] Véanse LACEY (1996), pp. 138-140; SYME (1960), p. 367 y CROOK, en *CAH*2 X, p. 91. <<

[469] Dion 54. 9. 8-10; *Res gestae* 31-2, junto con Rich, «Augustus, war, and peace», en L. de Blois, P. Erdkamp, O. Hekster, G. de Kleijn y S. Mols (eds.), *The representation and perception of Roman imperial power. Proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476)* (2003), pp. 329-357 = J. Edmondson (ed.), *Augustus* (2009), pp. 137-164, sobre todo pp. 145-146. <<

[470] Virgilio, *Eneida* 1. 286-294 (traducción de la colección Loeb). <<

[471] Donato, *Vida de Virgilio* 31-32, 35. <<

[472] Suetonio, *Horacio* (traducción de la colección Loeb). <<

[473] «… caído sobre su esponja», véase Suetonio, *Augusto* 85. 2, *Horacio*, *passim*; un estudio en P. White, *Promised verse. Poets in the society of Augustan Rome* (1993), sobre todo pp. 3-34, 112-155; J. Griffin, «Augustus and the poets: "Caesar qui cogere posset"», en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects* (1990), pp. 189-218 y K. Galinksy, *Augustan culture* (1996), pp. 225-279, todos los cuales contienen referencias a la amplia literatura sobre la cuestión de los poetas augusteos. <<

[474] Suetonio, *Horacio*; Horacio, *Epístolas* 2. 1. 156-157; presionado para escribir, e.g. Hircio en el prefacio a *BG* 8; para un estudio véanse White (1993), pp. 112-142 y A. Powell, *Virgil the partisan* (2008), sobre todo pp. 3-30. <<

[475] Propercio 3. 5, 9, 12. <<

[476] Donato, *Vida de Virgilio* 20-24, 34, junto con Galinsky (1996), pp. 246-253. <<

[477] Donato, *Vida de Virgilio* 35-41. <<

[478] J. Ziolkowski y J. Putnam, *The Virgilian tradition. The first fifteen hundred years* (2008), pp. 44-45. <<

[479] Galinsky (1996), pp. 229-231 y Powell (2008), pp. 11-12, 151, 153-155, 159-161. <<

[480] Sobre Dido y un pequeño Eneas, Virgilio, *Eneida* 4. 328-329, Cleopatra 8. 685-714. <<

[481] Virgilio, *Eneida* 10. 510-605, 12. 291-305 para las escenas de batallas, la cita en 12. 295, el espíritu de Dido en 6. 450-476. <<

[482] Virgilio *Eneida* 12. 945-952. <<

[483] Para un estudio de las actitudes romanas ante los enemigos véase G. WOOLF, «Roman peace», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and society in the Roman world* (1993), pp. 171-194, sobre todo pp. 178-185. <<

[484] Eneas burlándose de sus enemigos mientras los mata, Virgilio *Eneida* 10. 510-605. <<

[485] Virgilio, *Eneida* 1. 286-294, que si se está refiriendo a Augusto implica una eventual deificación; 6. 666-670, junto con POWELL (2008), pp. 42-43, 133; sobre Julio César y Pompeyo, 6. 828-835. <<

[486] Dion 54. 10. 1-7; sobre el nombramiento del cónsul véase P. BRUNT, «The role of the Senate in the Augustan regime», *Classical Quarterly* 34. 2 (1984), pp. 423-444, sobre todo pp. 429-430. <<

[487] Suetonio, *Augusto* 37; B. LEVICK, *Augustus. Image and substance* (2010), pp. 89-90; SALMON (1956), pp. 456-478, sobre todo pp. 471-473, A. JONES, «The *imperium* of Augustus», *JRS* 41 (1951), pp. 112-119, sobre todo 117, y sobre el poder de los símbolos véase E. STAVELY, «The "fasces" and "imperium maius"», *Historia* 12 (1963), pp. 458-484. <<

[488] Dion 54. 13. 1-14. 5; Suetonio, *Augusto* 54, junto con CROOK, en *CAH*[2] X, pp. 91-93. <<

[489] Dion 54. 15. 1-8; Suetonio, *Augusto* 35, 54, junto con R. TALBERT, «Augustus and the Senate», *Greece and Rome* 31 (1984), pp. 55-63, sobre todo p. 61. <<

[490] Dion 54. 15. 1-4, 16. 1, 17. 3; Suetonio, *Augusto* 35, junto con Jones (1955). <<

[491] Dion 54. 6. 4-6, 8. 5, 10. 4, 12. 4-5. <<

[492] Dion 54. 11. 1-6 sobre la campaña cántabra. <<

[493] Dion 54. 12. 4-5, junto con W. LACEY, *Augustus and the Principate. The evolution of the system* (1996), pp. 117-131 sobre la provincia de Agripa. <<

[494] Suetonio, *Augusto* 55. 1 sobre la adopción. <<

[495] Suetonio, *Augusto* 53. 2-3 sobre lo sencillo que era acercarse a él. <<

[496] Macrobio, *Saturnalia* 2. 4. 31. <<

[497] Dion 54. 10. 5-7, 16. 1-2, *Res gestae* 6. 2, junto con CROOK en *CAH*2 X, pp.92-93. <<

[498] Dion 51. 16. 3-5. <<

[499] Dion 54. 16. 7. <<

[500] Dion 54. 16. 6, y en general A. WALLACE-HADRILL, «*Civilis principis*: between citizen and king», *JRS* 72 (1982), pp. 32-48. <<

[501] Dion 54. 23; Plinio, *NH* 9. 77; Séneca, *De ira* 3. 40. 2, *De clementia* 1. 18. 2, junto con R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 410; sobre Vedio véase R. SYME, «Who was Vedius Pollio?», *Roman Papers*, vol. 2 (1979), pp. 518-529. <<

[502] Suetonio, *Augusto* 45. 4, 55, Dion 54. 17. 4-5. <<

[503] Sobre los *ludi saeculares* en general véanse GALINSKY (1996), pp. 100-106; LEVICK (2010), p. 152 y PRICE, en *CAH*2 X, pp. 834-837. <<

[504] Horacio, *Carmen Saeculare* 17-20, 50-52 (traducción de la colección Loeb); una traducción de la inscripción que recoge los *ludi saeculares* se encuentra en N. LEWIS y M. REINHOLD (eds.), *Roman civilization. Selected readings*, vol. 1 *The Republic and*

the Augustan age (3.ª ed., 1990), pp. 612-616. Las citas, ligeramente modificadas, están tomadas de su traducción. <<

[505] Suetonio, *Horacio*, *Augusto* 86. 2; Donato, *Vida de Virgilio* 9; Dion 55. 7. 1-6, C. Williams, *Roman homosexuality. Ideologies of masculinity in classical Antiquity* (1999), pp. 157-159. <<

[506] Dion 54. 19. 2 (traducción de la colección Loeb). <<

[507] *Res gestae* 26. <<

[508] Dion 54. 20. 4-6; Suetonio, *Augusto* 23. 1; Estrabón, *Geografía* 7. 1. 4, menciona a los sugambos, dirigidos por el rey Melo, como aquellos que comenzaron la guerra de Augusto con los germanos, pero probablemente se refiera a un incidente posterior. <<

[509] Dion 54. 19. 1-2. <<

[510] Dion 54. 19. 3; sobre el templo de Quirinio véase Price, en *CAH*^{2} X, p. 822. <<

[511] R. Syme, *The Roman revolution* (1960), p. 369. <<

[512] Crook, en *CAH*^{2} X, pp. 94-95. <<

[513] Dion 54. 19. 6; Suetonio, *Tiberio* 12. 2; Levick (1999), p. 27 y Syme (1960), pp. 403-404. <<

[514] Dion 53. 12. 7, 54. 4. 1; sobre el desarrollo de la Narbonense véanse en general C. Goudineau, en *CAH*^{2} X, pp. 471-487; M. Christol, *Une histoire provinciale. La Gaule narbonnaise av. J.-C. au* III^e *siècle ap. J.-C.* (2010), sobre todo «La municipalisation de la Gaule narbonnaise», pp. 105-128, y J. Drinkwater, *Roman Gaul. The three provinces, 58 BC-AD 260* (1983), pp. 20-21. <<

[515] Sobre la Galia Transalpina durante los últimos años de la República véase Dyson (1985), pp. 165-173; Plinio, *NH*. 3. 31. <<

[516] Un estudio de la cuestión en Drinkwater (1983), pp. 17-25 y Goudineau, en *CAH*^{2} X, pp. 487-502. <<

[517] Sobre las campañas de Julio César véase A. GOLDSWORTHY, *Caesar. The life of a colossus* (2006), pp. 205-292 = (2007), pp. 248-353. <<

[518] Dion 54. 20. 1-2, 22. 1-2; Floro 2. 22; Estrabón, *Geografía* 4. 6. 7-8. <<

[519] Dion 54. 22. 2-5; Veleyo Patérculo 2. 95. 1-2; Estrabón, *Geografía* 4. 6. 9; *Res gestae* 26; Horacio, *Odas* 4. 4 y 14, junto con GRUEN, en *CAH*^{2} X, pp. 169-171, C. WELLS, *The German policy of Augustus. An examination of the archaeological evidence* (1972), pp. 59-69 y G. ALFÖLDY, *Noricum* (1974), pp. 52-61. <<

[520] Véase WOLFF, en *CAH*^{2} X, pp. 535-541. <<

[521] DRINKWATER (1983), pp. 12, 21, 119-140 y WELLS (1972), pp. 93-148. <<

[522] Sobre el comercio del vino véase A. TCHERNIA, «Italian wine in Gaul at the end of the Republic», en P. GARNSEY, K. HOPKINS y C. WHITTAKER (eds.), *Trade in the ancient economy* (1983), pp. 87-104; sobre la Galia en general, para un buen estudio de la sociedad gala véase N. ROYMANS, *Tribal societies in northern Gaul: an anthropological perspective*. *Cingula* 12 (1990), sobre todo pp. 17-47, y B. CUNLIFFE, *Greeks, Romans and Barbarians: spheres of interaction* (1988), sobre todo pp. 38-58 y 80-105. <<

[523] R. MACMULLEN, *Romanization in the time of Augustus* (2000), pp. 85-120; P. WELLS, *The Barbarians speak. How the conquered peoples shaped the Roman empire* (1999), pp. 49-78; CUNLIFFE (1988), pp. 48-49, 86-87, 96-97, 132-134; DYSON (1985), pp. 137-139, 154 y C. GOUDINEAU, *César et la Gaule* (1995), pp. 141-143. <<

[524] DRINKWATER (1983), pp. 18-27, 93-118, 141-159. <<

[525] César, *BG* 6. 15, sobre los aristócratas siendo juzgados por el número de guerreros que mantenían; Plinio, *NH* 30. 4.

13 para la prohibición de que los ciudadanos romanos tomaran parte en el culto druida; en general véanse DRINKWATER (1983), pp. 38-39, 44, 179-181, 206-207 y T. DERKS, *Gods, temples and ritual practices: the transformation of religious ideas and values in Roman Gaul* (1998), *passim*. <<

[526] En general véanse ALFÖLDY, en *CAH*^{2} X, pp. 449-663; J. RICHARDSON, *The Romans in Spain* (1996), pp. 41-126 y B. LOWE, *Roman Iberia. Economy, society and culture* (2009), sobre todo pp. 87-115; sobre el ejército véase A. MORILLO CERDÁN, «The Augustean Spanish experience: the origin of the *limes* system?», en A. MORILLO, N. HANEL y E. MARTÍN, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 239-251, sobre todo pp. 244-247. <<

[527] Véanse W. MIERSE, *Temples and towns in Roman Iberia. The social dynamics of sanctuary designs from the Third Century BC to the Third Century AD* (1999), pp. 54-127; LOWE (2009), pp. 87-115; MACMULLEN (2000), pp. 50-84; W. TRILLMICH (trad. de C. Nader), «Colonia Augusta Emerita, capital of Lusitania», en J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 427-467 y R. M. DURÁN CABELLO, «Edificios de espectáculo», en X. RAVENTÓS (ed.), *Les capitales provinciales de Hispania 2. Mérida: Colonia Augustua Emerita* (2004), pp. 55-61. <<

[528] Dion 54. 25. 5-6, junto con K. RAAFLAUB, «The political significance of Augustus' military reforms», en EDMONDSON (2009), pp. 203-228. <<

[529] Sobre las *ala Scaevae CIL* 10. 6011, con comentarios J. SPAUL, *ALA*^{2} (1994), pp. 20-21; sobre los *auxilia* más en general véanse D. SADDINGTON, *The development of the Roman auxiliary forces from Caesar to Vespasian (49 BC-AD 79)* (1982), pp. 15-26, 77-82 y P. HOLDER, *The uxilia from Augustus to Trajan* (1980), pp. 5-13; Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 25 y (con menos detalle)

Dion 55. 4. 2 sobre el juicio; en general, sobre la relación con soldados y veteranos véase J. CAMPBELL, *The emperor and the Roman army 31 BC-AD 235* (1984), pp. 32-59, 243-281. <<

[530] Dion 54. 15. 4-7, 27. 2-3; *Res gestae* 10 (traducción de la colección Loeb) para la cita; Suetonio, *Augusto* 16. 4, 31. 1; Ovidio, *Fastos* 3. 415-428. <<

[531] *Res gestae* 10, junto con PRICE, en *CAH*2 X, pp. 825-827 y S. WEINSTOCK, *Divus Iulius* (1971), pp. 276-281. <<

[532] Dion 54. 25. 1-4, 26. 1-2. <<

[533] Dion 54. 27. 1 y Suetonio, *Augusto* 56. <<

[534] Dion 54. 27. 4, junto con SYME (1960), pp. 377, 379. <<

[535] Dion 54. 26. 3-9 y en general R. TALBERT, «Augustus and the Senate», *Greece and Rome* 31 (1984), pp. 55-63 sobre los problemas de crear un debate genuinamente libre. <<

[536] Dion 54. 28. 1. <<

[537] Sobre el proverbio *nam concordia parvae res crescunt, discordia maximae dilabuntur*, véase Séneca *Epístolas* 94. 46 (cf. Salustio, *Bell. Jug*. 10. 6 junto con SYME p. 343, n. 1). <<

[538] 54. 28. 2-29. 8; Suetonio, *Augusto* 64. 1; Veleyo Patérculo 2. 96; Tácito, *Ann*. 1. 3. <<

[539] *Res gestae* 12 (traducción de la colección Loeb). <<

[540] Ovidio, *Fastos* 1. 709-718 (traducción de la colección Loeb). <<

[541] Dion 54. 29. 4-5; Suetonio, *Augusto* 42. 1. <<

[542] Dion 54. 2. 5. <<

[543] Dion 54. 25. 3; *Res gestae* 4, 12; sobre el Ara Pacis véase d. C.ONLIN, *The artists of the Ara Pacis. Studies in the history of Greece and Rome* (1997); M. TORELLI, *Typology and structure of Roman historical reliefs* (1982), pp. 27-61; P. ZANKER (trad. A. Shapiro), *The power of images in the age of Augustus* (1988), sobre

todo pp. 158-160, 179-183, 203-204 y K. GALINSKY, *Augustan culture* (1996), pp. 141-155; sobre la sugerencia de que la escena representa la *supplicatio* del 13 a. C., véase R. BILLOWS, «The religious procession of the Ara Pacis Augustae: Augustus' *supplicatio* in 13 BC», *JRA* 6 (1993), pp. 80-92. TORELLI (1982), p. 54 es uno de quienes abogan por una escena imaginaria, una «reunión que debería de haber tenido lugar», más que un acontecimiento real. <<

[544] Sobre las restauraciones véase CONLIN (1997), pp. 47-56. <<

[545] Para los diferentes puntos de vista sobre la identidad de algunos de los niños véase R. SYME, «Neglected children on the Ara Pacis», *American Journal of Archaeology* 88 (1984), pp. 583-589; J. POLLINI, «Appuleii and some others on the Ara Pacis», *American Journal of Archaeology* 90 (1986), pp. 453-460 y C. ROSE, «Princes and barbarians on the Ara Pacis», *American Journal of Archaeology* 94 (1990), pp. 453-467. <<

[546] Sobre los frisos del Partenón véase D. KING, *The Elgin marbles* (2006), sobre todo pp. 137-138 para su influencia en el Ara Pacis y la actitud de Augusto respecto a Atenas más en general. <<

[547] LEVICK (1999), pp. 28-30, aboga por la sucesión de una serie de parejas. <<

[548] Sobre el divorcio de Vipsania y el matrimonio con Julia véanse Dion 54. 31. 1-2, 35. 4; Suetonio, *Augusto* 63. 2, *Tiberio* 7. 2, junto con LEVICK (1999), p. 31 y SEAGER (2005), pp. 19-20. <<

[549] Dion 54. 31. 2-4 <<

[550] Para un estudio véase GRUEN, en *CAH*2 X, pp.178-181, C. WELLS, *The German policy of Augustus* (1972), pp. 246-250; J. RICH, «Augustus, war, and peace», en L. de BLOIS, P.

Erdkamp, O. Hekster, G. de Kleijn y S. Mols (eds.), *The representation and perception of Roman imperial power: Proceedings of the Third Workshop of the International Network, Impact of Empire (Roman Empire, c.200 BC-AD 476)* (2003), pp. 329-357 = J. Edmondson (ed.), *Augustus* (2009), pp. 137-164, sobre todo pp. 149-162 y A. Goldsworthy, *Caesar. The life of a colossus* (2006), pp. 205-214 = (2007), pp. 248-257. <<

[551] Suetonio, *Augusto* 71. 3 (traducción de la colección Loeb); sobre la popularidad de Druso entre la muchedumbre véase Tácito, *Ann*. 2. 41. <<

[552] Suetonio, *Augusto* 71. 2 para la letra y, de modo más general A. Barrett, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 38-44. <<

[553] Lucas 2, 1, junto con F. Millar, «State and subject: the impact of monarchy», en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (1990), pp. 37-60, sobre todo pp. 41-42. <<

[554] Livio, *Per*. 137-138; Dion 54. 32. 1. <<

[555] Sobre Nimega véase P. Franzen, «The Augustan legionary fortress at Nijmegen. Legionary and auxiliary soldiers», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 1 (2009), pp. 1257-1269, y de forma más general Wells (1972), pp. 93-148 y C. Wells, «What's new along the Lippe: recent work in north Germany», *Britannia* 29 (1998), pp. 457-464. <<

[556] Dion 54. 32. 1-3; Tácito, *Agrícola* 30. <<

[557] Dion 54. 33. 1-2; Floro 2. 30. 24; L. Powell, *Eager for Glory. The untold story of Drusus the Elder, conqueror of Germany* (2011), intenta reconstruir el transcurso de las campañas de Druso en detalle, para este año véanse pp. 81-92. <<

[558] En general véanse M. TODD, *The early Germans* (2004), pp. 17-47, P. WELLS, *The Barbarians speak. How the conquered peoples shaped Roman Europe* (1999), pp. 3-93. <<

[559] Sobre Julio César en la Galia véase César, *BG* 1. 23 y en general J. ROTH, *The logistics of the Roman army at war (264 BC-AD 235)* (1999), pp. 117-155. <<

[560] Dion 54. 33. 2-4; para un estudio de los ejércitos germanos y sus limitaciones véase A. GOLDSWORTHY, *The Roman Army at war 100 BC-AD 200* (1996), pp. 42-53. <<

[561] Dion 54. 33. 5-54. 4, 35. 4-5. <<

[562] Dion 54. 32. 1, 36. 2; Suetonio, *Claudio* 2. 1; Livio, *Per*. 139; César, *BG* 6. 13 sobre las reuniones anuales de druidas, junto con D. FISHWICK, *The imperial cult in the Latin West: studies in the ruler cult of the Western Roman Empire*, vol. 3 (2002), pp. 9-20. <<

[563] Suetonio, *Tiberio* 50. 1, *Claudio* 1. 4, junto con LEVICK (1999), p. 34 y SEAGER (2005), pp. 21-22. <<

[564] Dion 54. 36. 3-55. 1. 5; Suetonio, *Claudio* 1. 2-3; Livio, *Per*. 142, junto con WELLS (1972), pp. 163-211 sobre las conquistas. <<

[565] Dion 55. 2. 1-7; Valerio Máximo 5. 5. 3; Plinio, *NH* 7. 84; Séneca, *Ad Marciam* 3. 2, junto con SEAGER (2005), p. 22 y E. CHAMPLIN, «Tiberius and the Heavenly Twins», *JRS* 101 (2011), pp. 73-99, sobre todo pp. 76-81. <<

[566] Plinio, *NH* 36. 72-73. <<

[567] Macrobio, *Saturnales* 2. 5. 4. <<

[568] Anónimo, *La consolación a Livia* 349-356. Esta obra pretende dirigirse a Livia tras la muerte de Druso, pero puede tratarse de un ejercicio posterior de retórica escrito varias décadas después, durante el reinado de Claudio. Para un buen estudio del papel de Livia y que se ocupa de la cuestión véase N. PUR-

CELL, «Livia and the womanhood of Rome», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* (1986), pp. 78-105 = J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 165-194. <<

[569] Dion 55. 2. 3, 5-7; Suetonio, *Claudio* 1. 4-5; Séneca, *De consolatione ad Marciam* 4. 3, junto con A. BARRETT, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 44-45, 108-109. <<

[570] Dion 58. 2. 4; Suetonio, *Augusto* 71. 1, para un estudio véanse BARRETT (2002), pp. 122-126 y PURCELL (2009), pp. 167-172 <<

[571] Suetonio, *Augusto* 83; Plinio, *NH* 7. 75; BARRETT (2002), pp. 103-106, 180-181, 364, n. 7 con referencias a muchas inscripciones que recogen a miembros de la casa de Livia con tareas muy concretas, e.g. vestidoras u *ornatrices*, *CIL* 6. 3985, 4041, 4251, y un colocador de perlas, o *margaritarius*, *CIL* 6. 3981. <<

[572] Dion 55. 2. 4, junto con PURCELL (2009), pp. 165-168, 177-180. <<

[573] Suetonio, *Tiberio* 7. 2-3, junto con LEVICK (1999), pp. 31-32; R. SEAGER, *Tiberius* (2005), p. 20 y E. Fantham, *Julia Augusti, the emperor's daughter* (2006), pp. 79-82. <<

[574] Tácito, *Ann*. 1. 14. 3, 53. 2, junto con Levick (1999), p. 37. <<

[575] Macrobio, *Saturnales* 2. 5. 5, 7. <<

[576] Dion 55. 6. 2-3, cf. César, *BG*. 4. 7-9 sobre el arresto por parte de Julio César de los enviados de las tribus germanas, con Plutarco, *Catón el Joven* 51. 1-2 para una crítica contra ese abuso de confianza. <<

[577] Dion 55. 6. 4-5, junto con FANTHAM (2006), pp. 97-98. <<

[578] Dion 55. 6. 6-7; Suetonio, *Augusto* 31. 2; Macrobio, *Saturnales* 1. 12. 35; *Res gestae* 8, junto con M. BOATRIGHT,

«The pomerial extension of Augustus», *Historia* 35 (1986), pp. 13-27. <<

[579] Dion 55. 7. 16; Suetonio, *Horacio*, dice que el poeta falleció el 27 de noviembre del 8 a. C., cincuenta y nueve días después de la muerte de Mecenas; sobre la influencia de este último véase G. WILLIAMS, «Did Maecenas "fall from favour"? Augustan literary patronage», en K. RAAFLAUB y M. TOHER (eds.), *Between Republic and Empire. Interpretations of Augustus and his principate* (1990), pp. 258-275. <<

[580] Dion 54. 30. 2, 55. 3. 1-4. 2, 5. 3. <<

[581] Dion 55. 8. 1-2. <<

[582] Para un estudio véase E. CHAMPLIN, «Tiberius and the Heavenly Twins», *JRS* 101 (2011), pp. 73-99. <<

[583] Dion 55. 8. 2, junto con BARRETT (2002), pp. 46-47 y LEVICK (1999), pp. 36-37. <<

[584] Dion 55. 8. 3-4; Plinio, *NH*. 16. 20. <<

[585] Dion 55. 8. 5-6. <<

[586] Dion 55. 8. 6-7, para la inscripción véase *CIL* 6. 50 705 = *ILS* 3090 junto con PURCELL, en *CAH*2 X, pp. 800-802. <<

[587] Suetonio, Tiberio 9. 3, 11. 3; Veleyo Patérculo 2. 99. 1; Tácito, Ann. 56. 3; Dion 55. 9. 4, junto con Levick (1999), pp. 35-36. <<

[588] Dion 55. 9. 1-5, junto con LEVICK (1999), pp. 37-38 y, en general, IDEM, «Julians and Claudians», *Greece and Rome* 22 (1975), pp. 29-38. <<

[589] Dion 55. 9. 5-8; Suetonio, *Tiberio* 10. 1-2; Veleyo Patérculo 2. 99. 1-4. <<

[590] Estudios sobre la cuestión CROOK, en *CAH*2 X, pp. 100-101; LEVICK (1999), pp. 37-40 y *Augustus. Image and substance* (2010), pp. 182-183; SEAGER (2005), pp. 23-27; FANTHAM (2006), pp. 83-84; BARRETT (2002), pp. 48-49, J. CORBETT,

«The succession policy of Augustus», *Latomus* 33 (1974), pp. 87-97, sobre todo pp. 87-91, y R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 391-392, 413-414. <<

[591] Séneca el Joven, *Sobre la brevedad de la vida* 4. 2-5 referente a las quejas de Augusto sobre las cargas del cargo. <<

[592] Dion 55. 9. 9, 10a. 2-3, junto con GRUEN en *CAH*² X, pp. 182-183 y FANTHAM (2006), p. 99. <<

[593] Sobre los impuestos asiáticos, Dion 54. 30. 3. <<

[594] *EJ* 312 = *SIG*³ 780 (traducción tomada de M. COOLEY [ed.], *The age of Augustus. Lactor 17* [2003], pp. 197-198). <<

[595] Josefo, *BJ* 1. 538-551, y en general E. SHÜRER, G. VERMES y F. MILLAR, *The history of the Jewish people in the age of Jesus Christ*, vol. 1 (1973), pp. 320-329; GOODMAN, en *CAH*² X, pp. 741-742 y L. WHITE, «Herod and the Jewish experience of Augustan rule», en K. GALINSKY (ed.), *The Cambridge companion to the age of Augustus* (2005), pp. 361-387, sobre todo pp. 375-376 para los últimos años de Herodes. <<

[596] Sobre la broma de Augusto véase Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 11; sobre las ejecuciones véase Josefo, *BJ* 1. 648-653, sobre la intervención de ejército Sirio, *BJ* 2. 45-79. <<

[597] Véase R. SHERK, *Roman documents from the Greek East* (1969), n.º. 65 sobre el nuevo calendario, V. EHRENBERG y A. JONES, *Documents illustrating the reigns of Augustus and Tiberius* (2.ª ed., 1975), 311, v. <<

[598] Suetonio, *Augusto* 58. 2, donde afirma que recoge las palabras exactas dichas tanto por Mesala como por Augusto, junto con CROOK, en *CAH*² X, pp. 101-102 y LEVICK (2010), pp. 91-92, 204-205; para un estudio detallado sobre las diferentes aclamaciones y la celebración de esta recompensa véase W. LACEY, *Augustus and the Principate. The evolution of the system* (1996), pp. 193-197, y para un estudio en detalle del significado

de la expresión y el concepto de padre del Estado véase T. STEVENSON, «The ideal benefactor and the father analogy in Greek and Roman thought», *CQ* 42 (1992), pp. 421-436, que consiera que tanto Cicerón como Julio César fueron nombrados *pater patriae*, y M. GELZER (trad. de P. Needham), *Caesar, politician and statesman* (1968), p. 315, n. 2 para Julio César. <<

[599] *Res gestae* 35. <<

[600] Suetonio, *Tiberio* 7. 3 afirma que la pareja había dejado de dormir junta tras la pérdida de su hijo; sobre el estilo de vida en general véase FANTHAM (2006), sobre todo pp. 81-84. <<

[601] «Nasón fue nuestro maestro» (*Naso magister erat*), Ovidio, *Ars amatoria* 2. 744, 3. 812, y en general véase K. GALINSKY, *Augustan culture* (1996), pp. 261-269 que se centra en las *Metamorfosis*, pero sitúa a Ovidio en el contexto augusteo. <<

[602] Macrobius, *Saturnales* 2. 6-7, 9; Suetonio, *Augusto* 54. 2. <<

[603] Dion 55. 9. 11-16; Suetonio, *Augusto* 65. 1, *Tiberio* 11. 4; Veleyo Patérculo 2. 100. 2-5; Séneca, *Brevitate vitae* 4. 6, *De beneficiis* 6. 32; Plinio, *NH* 21. 8-9; Tácito, *Ann*. 1. 53, 3. 24. 3, 4. 44; sobre la identidad de los conspiradores y sus relaciones véase A. FERRILL, «Prosopography and the last years of Augustus», *Historia* 20 (1971), pp. 718-731, sobre todo p. 729, y «Augustus and his daughter: a modern myth», en C. DEROUX (ed.), *Studies in latin literature and Roman history* 2 (1980), pp. 332-346 y BARRETT (2002), pp. 48-51. <<

[604] Plinio, *NH* 7. 149 afirma que Julia tramó el asesinato de su padre y Dion 55. 10.15 afirma que Julio tenía designios de hacerse con el poder y de que otros hombres anónimos también fueron asesinados. <<

[605] Tácito, *Ann*. 3. 24, 4. 44; Dion 55. 10. 15. <<

[606] Suetonio, *Augusto* 65. 2 para Febe, y sobre la desgracia y el exilio en general véanse FANTHAM (2006), pp. 84-91 y E. LEON, «Scribonia and her daughters», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 82 (1951), pp. 168-175, sobre todo 173-174; FERRILL (1980), presenta un análisis razonado y escéptico sobre las teorías modernas de una conspiración política; LACEY (1996), pp. 202-209 sugiere que la principal preocupación era proteger la legitimación de Cayo y Lucio. <<

[607] Séneca, *De beneficiis* 6. 32. <<

[608] Ovidio, *Fastos* 5. 550-554, 567-568 (traducción de la colección Loeb). <<

[609] En general véase Dion 55. 10. 6; Veleyo Patérculo 2. 100. 2; Suetonio, *Augusto* 31. 5 y Ovidio, *Fastos* 5. 545-598; para la fecha véase C. SIMPSON, «The date of the dedication of the Temple of Mars Ultor», *JRS* 67 (1977), pp. 91-94. Es posible la fecha alternativa del 1 de agosto, pero los argumentos a favor del 12 mayo son más convincentes. <<

[610] Suetonio, *Augusto* 56. 2 para su negativa a obligar a los dueños de las propiedades a vender los terrenos necesarios para el Foro. <<

[611] Plinio, NH 36. 11, 102; sobre el Erecteo véase J. CAMP, The archaeology of Athens (2001), pp. 93-100; sobre el Foro de Augusto y su imaginería véanse P. ZANKER (trad. A. Shapiro), The power of images in the age of Augustus (1988), pp. 81-82, 113-114, 193-215; S. DYSON, Rome. A living portrait of an ancient City (2010), pp. 128-131 y W. LACEY, Augustus and the principate. The evolution of the system (1996), pp. 193, 197-202. <<

[612] Cf. Dion 56. 34. 2-3 para una procesión similar de grandes hombres del pasado en el funeral de Augusto; la expresión *summi viri* procede de una fuente tardía, *Scriptores historia augusta, Alexander Severus* 28. 6; para un estudio véase T. LUCE, «Li-

vy, Augustus, and the Forum Augustum», en J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 399-415, sobre todo pp. 403-406; sobre los fragmentos de las inscripciones véase *CIL* 1, pp. 186-202 para un estudio de los *elogia* y una útil selección traducida en M. COOLEY (ed.), *The age of Augustus. Lactor 17* (2003), pp. 238-239; sobre la participación de Augusto en la redacción de los *elogia* véase *NH* 22. 6. 13; sobre Cornelia véase *CIL* 1. 39. <<

[613] Respecto a las dudas sobre la identidad de Iulo véase Livio, *Per*. 1. 3; sobre Mario véase LUCE (2009), pp. 406-407, con la traducción del texto en COOLEY (2003), p. 238, K25. <<

[614] Suetonio, *Augusto* 31. 5; *Res gestae* 35. <<

[615] Dion 55. 10. 6-8; Suetonio, *Augusto* 43. 2. Es posible que Dion Casio incluyera los juegos funerarios en honor de Agripa como parte de las festividades generales. <<

[616] Dion 55. 10. 6-8; Suetonio, Augusto 43. 2. Es posible que Dion Casio incluyera los juegos funerarios en honor de Agripa como parte de las festividades generales. <<

[617] Véase ZANKER (1988), pp. 105-106 sobre la magnificencia de todos los grandes templos augusteos; respecto a las afirmaciones de un cambio de estilo alejado de una descaradamente regia forma de helenismo véase PURCELL en *CAH*2 X, pp. 788-90, con un punto de vista más convincente en K. GALINSKY, *Augustan culture* (1996), pp. 197-213. <<

[618] Plinio, *NH* 34. 48, 35. 93-94. <<

[619] Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 18. <<

[620] Como ejemplo de la asunción de que Augusto se distanció de Julio César véase Z. YAVETZ, «The personality of Augustus», en K. RAAFLAUB y M. TOHER (eds.), *Between Republic and Empire. Interpretations of Augustus and his principate* (1990), pp. 21-41, 32: «Gradual, pero consistentemente, se distanció de la me-

moria de Julio César»; sobre el templo de Mars Ultor véase Ovidio, *Fastos* 570-583, y GALINKSY (1996), p. 208 para una deliberada evocación de Julio César en el diseño del Foro Augusto. <<

[621] Tácito, *Ann*. 1. 1; Suetonio, *Claudio* 41. 2; en general véase M. TOHER, «Augustus and the evolution of Roman historiography», en RAAFLAUB y TOHER (1990), pp. 139-154. <<

[622] Véanse R. SYME, «Livy and Augustus», *Harvard Studies of Classical Philology* 64 (1959), pp. 27-87 y GALINSKY (1996), pp. 280-287. <<

[623] Véase LUCE (2009), pp. 406-415. <<

[624] Tácito, *Ann*. 4. 34; Séneca, *Cuestiones naturales* 5. 18. 4 sobre Livio preguntándose si había sido bueno o no que naciera Julio César; véase SYME (1959), p. 58 para un estudio con énfasis sobre un supuesto distanciamiento entre Augusto y Julio César. <<

[625] Suetonio, *Augusto* 51. 3 (traducción de la colección Loeb para la cita). <<

[626] Séneca, *Suasorias* 4. 22. <<

[627] Dion 55. 10. 17-18; Ovidio, *Ars amatoria* 1. 177-186, 203-204 para las citas (traducción de la colección Loeb), y más en general 177-129. <<

[628] Sobre Tiberio durante esos años véanse LEVICK (1999), pp. 39-42, 44-46, R. SEAGER, *Tiberius* (2005), pp. 23-29; sobre el divorcio de Julia llevado a cabo por Augusto en nombre de Tiberio, Suetonio, *Tiberio* 11. 4-5; la visita a los enfermos, Suetonio, *Tiberio* 11. 2; sobre el filósofo, Suetonio, *Tiberio* 11. 3. <<

[629] Dion 55. 10. 19; Veleyo Patérculo 2. 101. 1; Suetonio, *Tiberio* 11. 1, 12. 2, 13. 1, quien difiere sobre el comportamiento de Tiberio y dónde tuvo lugar el encuentro; para un interesante estudio sobre esos años véase G. BOWERSOCK, «Augustus

and the East: the problem of succession», en F. MILLAR y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (1990), pp. 169-188. <<

[630] BOWERSOCK (1990), p. 172. <<

[631] BOWERSOCK (1990), pp. 172-173, con un estudio sobre el debate en CAMP (2001), pp. 116-117; R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 425, 428-429 sobre Cayo y sus consejeros. <<

[632] Gelio, *NA* 15. 7. 3 (traducción de la colección Loeb, ligeramente enmendada). <<

[633] Suetonio, *Augusto* 64. 3, 89. 2; *De grammaticus et rhetoribus* 17. 2. <<

[634] Para una útil y perspicaz revisión de la evidencia literaria sobre la casa de Augusto en el Palatino véase P. WISEMAN, «The House of Augustus and the Lupercal», *JRA* 22 (2009), pp. 527-545, sobre todo pp. 527-536. <<

[635] Suetonio, *Augusto* 72. 1, 73, 78. 1-2; Plinio, *NH* 33. 49. <<

[636] Suetonio, *Augusto* 72. 3 para los huesos, 82. 1 sobre dormir con las puertas abiertas o fuera, sobre el estilo de vida de Augusto en general véase YAVETZ (1990), pp. 21-41, así como la nota de precaución de R. SALLER, «Anecdotes as historical evidence», *Greece and Rome* 27 (1980), pp. 69-83; sobre las pinturas murales véase J. CLARKE, «Augustan domestic interiors: propaganda or fashion?», en K. GALINSKY, *The Cambridge Companion to the Age of Augustus* (2005), pp. 264-278 y GALINSKY (1996), pp. 179-197; véase Vitruvio, *De architectura* 7. 5. 3-4 para la crítica de un arquitecto de las muy modernas modas que aparecen en el Palatino. <<

[637] Suetonio, *Augusto* 73, 82. 1. <<

[638] Suetonio, *Augusto* 75-77. <<

[639] Suetonio, *Augusto* 74, menciona que el único liberto que era invitado a cenar con él fue el chaquetero almirante Menas durante la guerra contra Sexto Pompeyo; para la broma véase Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 8. <<

[640] Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 14-15. <<

[641] Macrobio, *Saturnales* 2. 4. 20; Suetonio, *Augusto* 53. 3; sobre la eficacia del humor véase YAZETZ (1990), pp. 36-38. <<

[642] Suetonio, *Augusto* 29. 3, 86. 1-88, 95, 97. 1-2; Gelio, *NA* 10 11. 5, 24. 2. <<

[643] Suetonio, *Augusto* 72. 2, 80-83, junto con E. Gowers, «Augustus and "Syracuse"», *JRS* 100 (2010), pp. 69-87. <<

[644] Suetonio, *Augusto* 56. 2 para la recomendación de sus familiares a los votantes; sobre Cayo en Oriente véanse Dion 55. 10. 20, 10a. 4-5; Veleyo Patérculo 2. 101. 1-3, junto con A. SHERWIN-WHITE, *Roman foreign policy in the East, 168 BC to AD 1* (1984), pp. 325-341. <<

[645] Dion 55. 10a. 5-10; Veleyo Patérculo 2. 102. 1-3; Suetonio, *Augusto* 65. 1-2; Tácito, *Ann*. 1. 3. <<

[646] Veleyo Patérculo 2. 103. 1-2. <<

[647] Suetonio, *Augusto* 65. 2. <<

[648] Una inscripción de Pisa (*ILS* 140) deja claro que la muerte de Cayo fue conocida allí el 2 de abril y la noticia debió de llegar a Roma antes; para un estudio de las decisiones tomadas este año véase R. BIRCH, «The settlement of 26 June AD 4 and its aftermath», *Classical Quarterly* 31 (1981), pp. 443-456; sobre el nombre de César y las asociaciones de la familia y su residencia véase D. WARDLE, «Valerius Maximus on the Domus Augusta, Augustus, and Tiberius», *Classical Quarterly* 50 (2000), pp. 479-493. <<

[649] Suetonio, *Calígula* 4. 1; en general véase los estudios de LEVICK (1999), pp. 47-52 y R. SEAGER, *Tiberius* (2005), pp. 29-

32; sobre Emilio Paulo y su familia extensa véase R. SYME, *The Augustan aristocracy* (1986), pp. 104-127. <<

[650] Suetonio, *Tiberio* 12. 2-3, 15. 1; Veleyo Patérculo 2. 102; Tácito, *Ann*. 3. 48. <<

[651] Dion 55. 13. 1a-2; Veleyo Patérculo 2. 103. 1-104. 1; Suetonio, *Tiberio* 15. 2, junto con el estudio de BIRCH (1981), sobre todo pp. 444-448. <<

[652] La cita de Veleyo Patérculo 2. 104. 1; para un estudio véanse CROOK, en *CAH*² X, p. 105; LEVICK (1999), pp. 49-50 y SEAGER (2005), pp. 29-32; sobre las cartas de Augusto a Tiberio véase Suetonio, *Tiberio* 21. 2-6. <<

[653] Sobre la participación de Livia véanse Dion 55. 10a. 10; Plinio, *NH* 7. 149; Tácito, *Ann*. 1. 3; Suetonio, *Augusto* 65. 1, junto con A. BARRETT, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 52-59, 241-242; sobre las afirmaciones de una amplia rivalidad entre las familias véase B. LEVICK, «Julians and Claudians», *Greece and Rome* 22 (1975), pp. 29-38. <<

[654] Dion 55. 13. 2; Suetonio, *Tiberio* 16. 1 afirma que la concesión fue solo por tres años, pero en la *Res gestae* 6 Augusto hace mucho más probable que fuera por una década. <<

[655] Suetonio, *Tiberio* 15. 2 sobre la seriedad con la que Tiberio consideró su adopción. <<

[656] Dion 55. 13. 1, 14. 1-22. 2; Séneca, *De clementia* 1. 9. 1-10, junto con LEVICK (1999), p. 54; BIRCH (1981), p. 447; BARRETT (2002), pp. 131-133 y SYME (1986), p. 266. <<

[657] Dion 55. 12. 4-5, Tácito, *Ann*. 1. 53. <<

[658] Dion 55. 13. 4-7, y en general véase C. NICOLET, «Augustus, government, and the propertied classes», en F. MILLAR y E. SEGAL (eds.), *Caesar Augustus. Seven aspects* (1990), pp. 89-128; sobre Hortensio Hortalo y sus cuatro hijos en el 16 d. C.

véase Tácito, *Ann*. 1. 37-38, junto con NICOLET (1990), pp. 95-96; sobre las elecciones véase LEVICK (1999), pp. 51-54. <<

[659] Para una introducción útil véase TREGGIARI, en *CAH*[2] X, pp. 893-897. <<

[660] Dion 55. 13. 1a, 29. 5-7; Veleyo Patérculo 2. 104. 2-107. 3; para una síntesis de los hallazgos en Lahnau-Waldgrimes véase R. WOLTERS, *Die Schlacht im Teutoburger Wald* (2008), pp. 65-69. <<

[661] Veleyo Patérculo 2. 108. 1-109.4; sobre los marcomanos y los suevos en general véanse Tácito, *Germania* 38-41 y Estrabón, *Geografía* 7. 1. 3. <<

[662] Veleyo Patérculo 2. 109. 4-110. 2; Dion 55. 28. 6; en un tremendamente retórico discurso atribuido a Marabodo, se afirma que doce legiones fueron desplegadas contra él, Tácito, *Ann*. 2. 46. <<

[663] Dion 56. 16. 3 (traducción de la colección Loeb). <<

[664] Dion 55. 29. 1-30. 6; Veleyo Patérculo 2. 110. 2-6; sobre la respuesta del ejército romano a la rebelión véase A. GOLDSWORTHY, *The Roman army at war 100 BC-AD 200* (1996), pp. 79-95. <<

[665] Dion 55. 27. 6-28. 4; Josefo, *BJ* 2. 111-118, *AJ* 17. 314. <<

[666] Plinio, *NH* 7. 149 para el intento de suicidio. <<

[667] Dion 55. 24. 9-25. 6; *Res gestae* 17, junto con L. KEPPIE, *The making of the Roman army* (1984), pp. 147-148. <<

[668] Véanse Suetonio, *Augusto* 25. 2; Veleyo Patérculo 2. 110. 6-111. 2, junto con KEPPIE (1984), pp. 168-169, que cita a V. EHRENBERG y A. JONES, *Documents illustrating the reigns of Augustus and Tiberius* (2.ª ed., 1975), p. 368 para el reclutamiento obligatorio de ciudadanos. <<

[669] Suetonio, *Augusto* 24. 1, y en general véase NICOLET (1990), pp. 99-101. <<

[670] Sobre los *vigiles* véase Dion 55. 26. 4-5, junto con G. WATSON, *The Roman soldier* (1985), pp. 19-20; sobre los demás problemas véase Dion 55. 26. 1-27. 3. <<

[671] Suetonio, *Augusto* 19. 1; Dion 55. 27. 1-2, junto con BIRCH (1981), pp. 450-452; LEVICK (1999), pp. 55-59 y T. WIEDERMANN, «The political background to Ovid's *Tristia* 2», *Classical Quarterly* 25 (1975), pp. 264-271, sobre todo pp. 265-268. <<

[672] Dion 55. 26. 2-3, 27. 3-5; Suetónio, *Claudio* 2. 2. <<

[673] Dion 55. 32. 1-2; Suetonio, *Augusto* 51. 1, 65. 1, *Claudio* 2. 2; Veleyo Patérculo 2. 112. 7; Tácito, *Ann*. 1. 5-6, junto con BIRCH (1981), pp. 446-452 y B. LEVICK, «Abdication and Agrippa Postumus», *Historia* 21 (1972), pp. 674-697, esp. pp. 690-693. <<

[674] Dion 55. 32. 1, junto con LEVICK (1999), pp. 51-52 y A. JONES, «Elections under Augustus», *JRS* 45 (1955), pp. 9-21, sobre todo pp. 13-17. <<

[675] Dion 55. 32. 1, junto con LEVICK (1972), pp. 690-697; BIRCH (1981), pp. 448-451, 455-456 y BARRETT (2002), pp. 57-65. <<

[676] Tácito, *Ann*. 1. 3. <<

[677] Veleyo Patérculo 2. 111. 3-4; sobre la guerra en general véanse Dion 55. 29. 1-32. 4, 34. 4-7, 56. 11. 1-17. 1; Veleyo Patérculo 2. 110. 1-116. 5. <<

[678] Veleyo Patérculo 2. 113. 1-2; Suetonio, *Tiberio* 16. 1, junto con GOLDSWORTHY (1996), pp. 35-37, 116-125. <<

[679] Dion 55. 31. 1 para la afirmación de que Augusto creía que Tiberio no estaba imprimiendo a la campaña la rapidez ne-

cesaria… en destacado contraste con sus anteriores ruegos de precaución a sus generales, Suetonio, *Augusto* 25. 4. <<

[680] Dion 55. 33. 5-34. 3. <<

[681] Suetonio, *Augusto* 65. 1, 4, 72. 3, 101. 3; Tácito, *Ann*. 3. 24, 4. 71; Plinio, *NH* 7. 75, junto con BIRCH (1981), pp. 452-454, R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 432, 468 y (1986), pp. 115-127, 188-199. <<

[682] Ovidio, *Tristes* 2. 207 habla de «dos crímenes, una canción y un error»; para un estudio véase R. SYME, *History in Ovid* (1978), pp. 206-229. <<

[683] Suetonio, *Augusto* 65. 4, junto con LEVICK (1999), pp. 55-62 y CROOK en *CAH*2 X, pp. 108-109 los cuales estudian la cuestión con prudente precaución. <<

[684] Veleyo Patérculo 2. 127. 3 (traducción de la colección Loeb). <<

[685] Sobre Arminio y los comienzos de su vida véase sobre todo Veleyo Patérculo 2. 118. 1-3; Tácito, *Ann*. 2. 9-10. 88, junto con P. Wells, *The battle that stopped Rome* (2003), pp. 105-110 y A. MURDOCH, *Rome's greatest defeat*. *Massacre in the Teutoburg forest* (2006), pp. 75-97, sobre todo pp. 83-86; sobre la reticencia de Augusto a conceder la ciudadanía Suetonio, *Augusto* 40. 3. <<

[686] Sobre Varo véanse WELLS (2003), pp. 80-86; MURDOCH (2006), pp. 49-74 y R. SYME, *The Roman revolution* (1960), pp. 401, 424-425, 434, 437. <<

[687] Tácito, *Ann*. 1. 57-59; Veleyo Patérculo 2. 118. 4. <<

[688] Veleyo Patérculo 2. 117. 2-4, incluidas las citas, Dion 56.18. 1-5. <<

[689] En general véase S. DYSON, «Native revolt patterns in the Roman Empire», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2. 3 (1975), pp. 38-175. <<

[690] Sobre este ejército véase Veleyo Patérculo 2. 117. 1, sobre la rebelión véase Dion 56. 18. 5-19. 4. <<

[691] Dion 56. 20. 1-2 y nótese a los libertos en el cenotafio del centurión Marco Celio, *CIL* 13 8648 = *ILS* 2244; sobre el diván véase W. Schlüter, «The battle of the Teutoburg Forest: archaeological research at Kalkriese near Osnabrück», en J. Creighton y R. Wilson, *Roman Germany. Studies in cultural interaction. Journal of Roman Archaeology Supplementary Series* 32 (1999), pp. 125-159, sobre todo pp. 148-149; sobre el matrimonio de los soldados véase B. Campbell, «The marriage of soldiers under the Empire», *JRS* 68 (1978), pp. 153-166. <<

[692] Veleyo Patérculo 2. 118. 4; Dion 56. 19. 2-3; Tácito, *Ann*. 1. 58. <<

[693] Sobre la excavación y las diferentes reconstrucciones de la batalla véanse A. Rost, «The battle between Romans and Germans in Kalkriese: interpreting the archaeological remains from an ancient battlefield» y S. Wilbers-Rost, «The site of the Varus battle at Kalkriese. Recent results from archaeological research», ambos en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín, *Limes XX: Estudios sobre la frontera romana. Roman Frontier Studies. Anejos de* Gladius 13, vol. 3 (2009), pp. 1339-1345, 1347-1452; Schlüter (1999), pp. 125-159; Wells (2003); Murdoch (2006); M. McNally, *Teutoburg forest AD 9. The destruction of Varus and his legions* (2011) está bien ilustrado, como también lo está la fácilmente accesible colección de artículos de J. Oorthuys (ed.), «The Varian disaster: The battle of the Teutoburg forest», *Ancient Warfare* número especial (2009); las principales fuentes antiguas son Dion 56. 19. 1-22. 2; Veleyo Patérculo 2. 119. 1-5, Tácito, *Ann*. 1. 61-62. La narración que sigue se basa en todos ellos, donde se puede encontrar un estudio más detallado. <<

[694] Véase la reacción de algunos de los legionarios de Julio César ante la pérdida de su impedimenta en *BG* 5. 33, si bien compárese con 5. 44. <<

[695] Sobre el correcto comportamiento de los comandantes véase GOLDSWORTHY (1996), pp. 163-165. <<

[696] Tácito, *Ann*. 1. 57-58, 71; Veleyo Patérculo 2. 119. 5. <<

[697] Veleyo Patérculo 2. 117. 1. <<

[698] Dion 56. 23. 1-4; Suetonio, *Augusto* 23. 1-2. <<

[699] Suetonio, *Augusto* 23. 2; sobre las legiones véase L. KEPPIE, *The making of the Roman army* (1984), pp. 163-169. <<

[700] Dion 56. 22. 2.ª-4; Veleyo Patérculo 2. 120. 1-6, junto con WELLS (2003), pp. 200-212 y MURDOCH (2006), pp. 121-128. <<

[701] Sobre la *vastatio* véase J. ROTH, *The logistics of the Roman army at war, 264 BC-AD 235* (1999), pp. 148-155, 298-305. <<

[702] Dion 56. 25. 2-3. <<

[703] Suetonio, *Tiberio* 21. 5-6. <<

[704] Dion 56. 17. 1-3. 25. 1; Suetonio, *Tiberio* 17. 2, *Res gestae* 4, junto con LEVICK (1999), pp. 61-64 y T. BARNES, «The victories of Augustus», *JRS* 64 (1974), pp. 21-26. <<

[705] Para un buen estudio del impacto de estas leyes véase A. WALLACE-HADRILL, «Family inheritance in the Augustan Marriage Laws», en J. EDMONDSON (ed.), *Augustus* (2009), pp. 250-274 = *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 27 (1981), pp. 58-80. <<

[706] Dion 56. 1. 2-10. 3; Suetonio, *Augusto* 34. 2, 89. 2. <<

[707] Tácito, *Ann*. 3. 25-28 donde se enfatiza incluso la dureza de la ley renovada, junto con S. TREGGIARI, *Roman marriage* (1991), sobre todo pp. 60-80; véase también el estudio de K. GALINSKY, *Augustan culture* (1996), pp. 128-140, quien sitúa estas preocupaciones dentro de un miedo mayor a que los fallos

de moralidad condujeran a desastres como la derrota de Varo. Es posible que la ley fuera aprobada después de que llegaran las noticias de ella, pero parece probable que su forma final ya hubiera sido decidida. <<

[708] Dion 56. 25. 7-8, 27. 4; Suetonio, *Augusto* 43.3. <<

[709] Sobre Labieno véanse R. SYME, *The Roman revolution* (1960), p. 486 y B. LEVICK, *Augustus. Image and substance* (2010), pp. 190-191. <<

[710] Dion 56. 25. 4, 27. 1; Tácito, *Ann.* 1. 72, junto con SYME (1960), pp. 486-487. <<

[711] Dion 56. 26. 1-3, 28. 2-3. <<

[712] Dion 56. 28. 4-6; sobre la posición de Tiberio en esos años véase LEVICK (1999), pp. 61-67. <<

[713] Dion 56. 29. 1-6; Suetonio, *Augusto* 97. 1-3; *Res gestae* 8. <<

[714] Tácito, *Ann.* 1. 5; Dion 56. 30. 1 respecto al viaje; Suetonio, *Augusto* 101. 1-3 sobre el testamento, donde estipula que ninguna de las dos Julias debía ser enterradas en el Mausoleo, pero una prohibición similar para Póstumo parece probable; SYME (1960), p. 433 se muestra desdeñoso con el incidente, mientras que LEVICK (1999), pp. 64-65 presenta un buen caso en favor de que el viaje tuvo lugar. <<

[715] Dion 56. 29. 2. Con mucho, el relato más detallado de los días finales de Augusto nos lo proporciona Suetonio, *Augusto* 97. 3-100. 1, que incluye la mayoría de los detalles mencionados más adelante. Hay un buen estudio en D. WARDLE, «A perfect send-off: Suetonius and the dying art of Augustus (Suetonius Aug. 99)», *Mnemosyne* 60 (2007), pp. 443-463. <<

[716] Suetonio, *Augusto* 98. 2 para la cita. <<

[717] Sobre la cita de las mandíbulas, Suetonio, *Tiberio* 21. 2; Dion 56. 31. 1 asegura que la mayoría de sus fuentes afirman

que Tiberio no llegó hasta después de la muerte de Augusto. <<

[718] Dion 56. 30. 1-4, junto con A. Barrett, *Livia. First lady of imperial Rome* (2002), pp. 242-247. <<

[719] Suetonio, *Augusto* 99 (traducción de la colección Loeb). <<

[720] Dion 56. 30. 4. <<

[721] La cita es de Suetonio, *Augusto* 99. 1; Dion 31. 1 para la afirmación de que Livia ocultó su muerte por unos días. <<

[722] Suetonio, *Augusto* 100. 2; Dion 56. 31. 2. <<

[723] Los principales relatos del funeral proceden de Suetonio, *Augusto* 100. 2-4; Dion 56. 34. 1-42. 4; al contrario que Suetonio, Dion hace que Druso hable desde la Rostra junto al templo del divino Julio y Tiberio lea su elogio desde la Rostra antigua. <<

[724] Suetonio, Augusto 100. 4; Dion 56. 42. 3. <<

[725] Dion 44. 2. 1-3 (traducción de la colección Loeb). <<

[726] Tácito, *Ann*. 1. 2. <<

[727] Tácito, *Ann*. 1. 8. <<

[728] Sobre el nombre véase Levick, *Tiberius the politician* (1999), p. 247, n. 11 para referencias y estudio. <<

[729] Sobre la ascensión Tiberio y los primeros meses de su principado véanse Levick (1999), pp. 68-81 y R. Seager, *Tiberius* (2005), pp. 40-59. <<

[730] Tácito, *Ann*. 1. 15. <<

[731] Tácito, *Ann*. 1. 11 sobre el consejo de Augusto. <<

[732] Sobre el principado de Tiberio en más detalle véanse Levick (1999) y Seager (2005). <<

[733] Eutropio, *Breviarium* 8. 5; para un argumento de que el legado de Augusto fue un sistema casi destinado a fracasar véase J. Drinkwater, «The Principate - lifebelt, or millstone around

the neck of Empire?», en O. HEKSTER, G. KLEIJN y D. SLOOTJES (eds.), *Crises and the Roman empire* (2007), pp. 67-74; para las secuelas del resultado del asesinato de Calígula véase A. BARRETT, *Caligula. The corruption of power* (1989), pp. 172-176. <<

[734] Para los plebeyos era obligatorio ser edil o tribuno. A los patricios les estaba permitido omitir tales cargos. <<

[735] Para los plebeyos era obligatorio ser o edil o tribuno. A los patricios les estaba permitido omitir tales cargos. <<

[736] Oficialmente, la edad mínima silana de cuarenta y dos años siguió siendo un requerimiento legal. En la práctica, parece haberse aplicado el límite inferior de treinta y tres años. No está claro si fue algo universal o debido a excepciones concretas. <<

[737] Ocasionalmente suplementados por cónsules sufectos, nombrados para reemplazar a los cónsules electos después de que estos o bien murieran o bien dimitieran. <<

[738] Sobre las menciones del nacimiento de Jesús en fuentes tempranas véanse Tácito, Ann. 15. 44; Josefo, AJ 18. 63-64. 20. 200, con un estudio en E. SCHÜRER, G. VERMES y F. MILLAR, The history of the Jewish people in the age of Jesus Christ, vol. 1 (1973), pp. 430-441 como introducción a la copiosa literatura del testimonium Flavianum, donde algunos, pero probablemente no todos, los pasajes son interpolaciones posteriores; sobre el nacimiento de Julio César véase A. GOLDSWORTHY, Caesar: the Life of a colossus (2006), p. 30. <<

[739] Josefo, *BJ* 2. 117-118, *AJ* 17. 355, 18. 1, 26, *ILS* 2683; para un estudio véase SCHÜRER (1973), pp. 258-259, que menciona que *ILS* 918 recoge a un senador anónimo que sirvió dos veces como legado imperial, al menos una de las veces en Siria, lo que puede, o no, referirse a Quirinio. El apologeta cristiano Tertuliano (finales del siglo II a principios del siglo III d. C.) complica las cosas aún más al fechar el nacimiento de Jesús en el

momento de un censo organizado por el legado sirio Coponio, véase Tertuliano, *Contra Marcion* 4. 19; Estrabón, *Geog*. 12. 5. 6 y Tácito, *Ann*. 3. 48 recogen una victoria conseguida por Quirinio en la frontera de Cilicia, que probablemente tuviera lugar en algún momento en torno al 4-3 a. C., quizá durante su período como legado de Galacia y Panfilia. <<

[740] Véase GOUDINEAU, en *CAH*[2] X, p. 490 para los censos en la Galia. <<

[741] Para un estudio muy útil véase SCHÜRER (1973), pp. 399-427 y de forma más breve P. RICHARDSON, *Herod. King of the Jews and friend of the Romans* (1996), pp. 295-298. <<

[742] Sobre Egipto véase A. BOWMAN, en *CAH*[2] X, pp. 679-686, 689-693. <<

[743] Sobre escepticismo respecto a la matanza véase RICHARDSON (1996), pp. 297-298 la cual puede ser presentada como un hecho en libros con aparentemente tan escasa relación como A. MURDOCH, *Rome's greatest defeat. Massacre in the Teutoburg forest* (2006), p. 59. <<

ÍNDICE